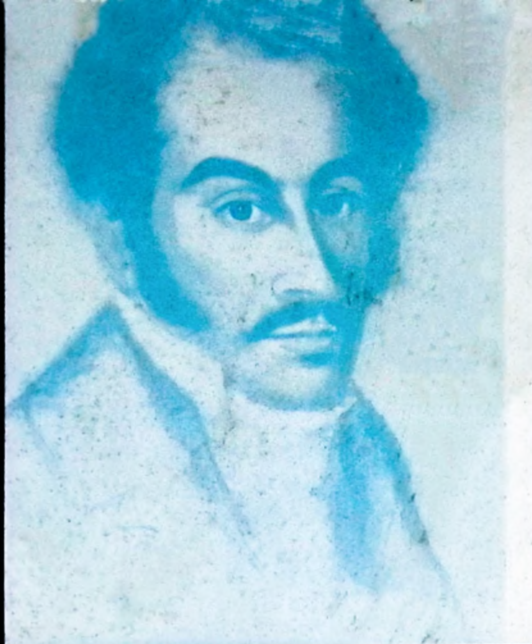


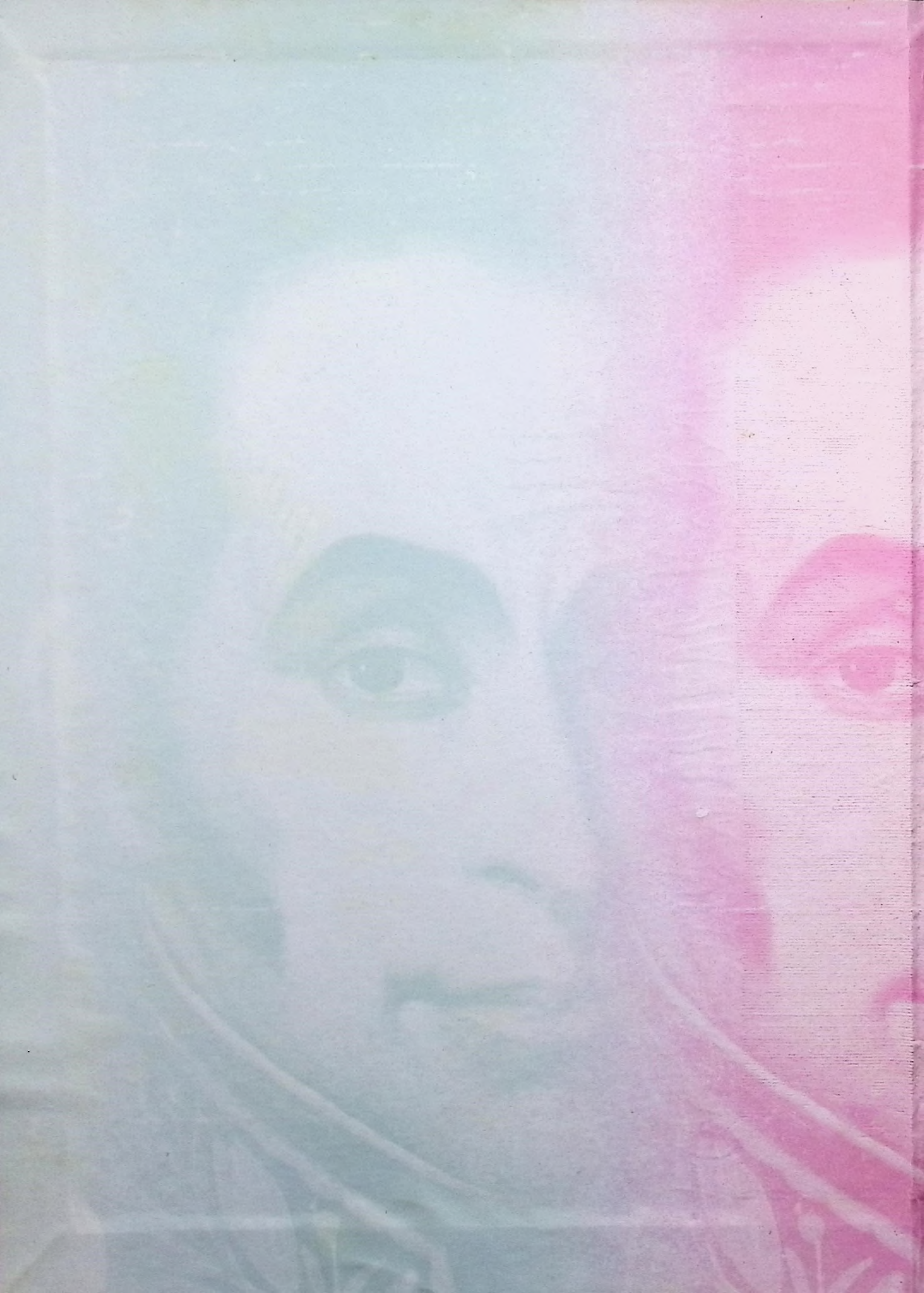


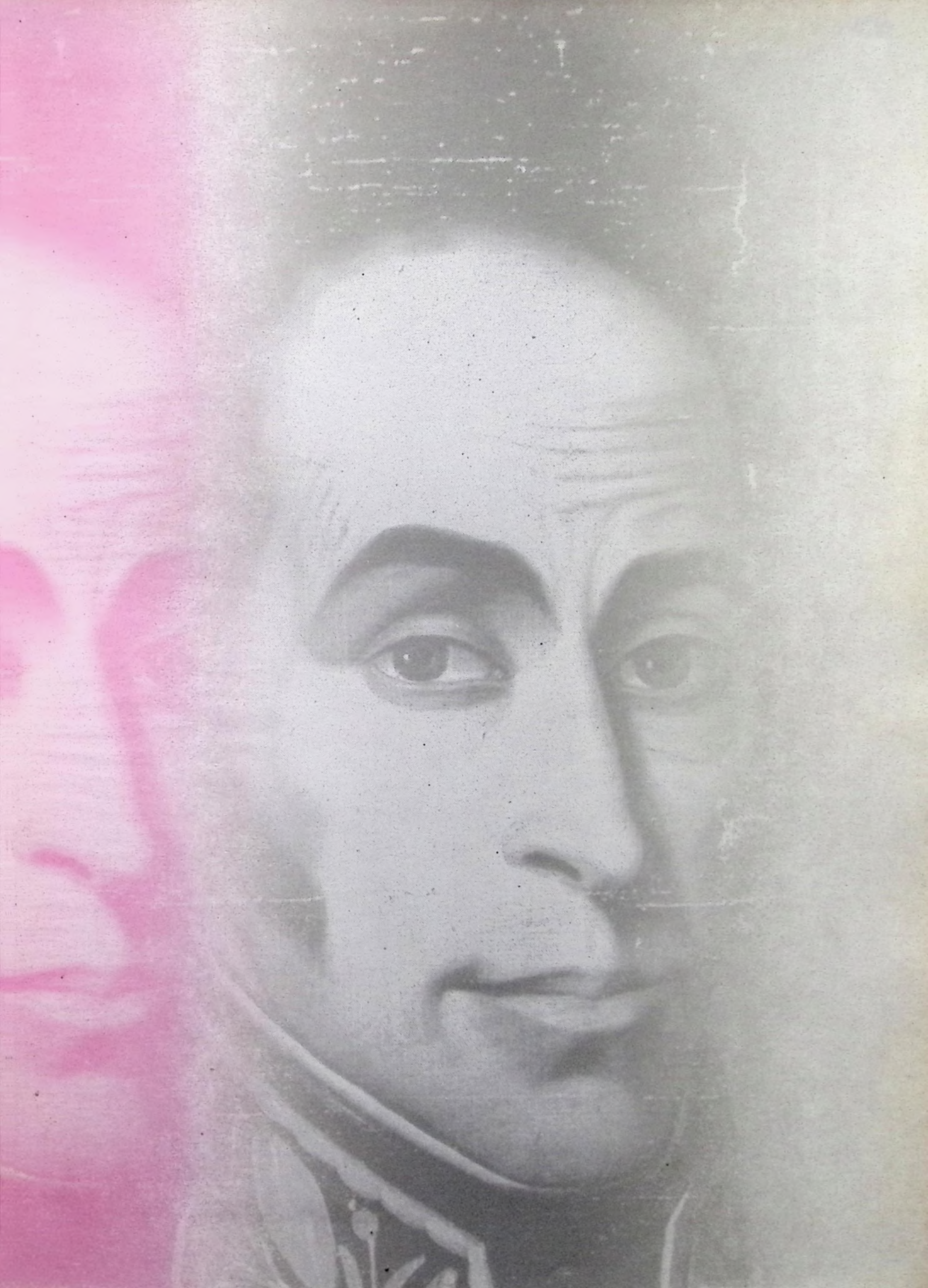


AUGUSTO MIJARES

EL LIBERTADOR

DIAGRAMACION MATEO MANAURE
IMPRESO POR EDITORIAL ARTE





EL LIBERTADOR



Simón Bolívar

Oleo por el pintor peruano José Gil de Castro, en 1825.
De esta obra dijo el Libertador:
"...retrato mío hecho en Lima con la más grande exactitud y semejanza".

Augusto Mijares

EL LIBERTADOR

"El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano".

Carta de Bolívar a Páez, el 6 de marzo de 1826.

"Libertador es más que todo; y, por lo mismo, yo no me degradaré hasta un trono".

Carta a Santander, el 19 de setiembre de 1826.

FUNDACIÓN EUGENIO MENDOZA Y FUNDACIÓN SHELL
CARACAS / 1964

OBRAS DEL AUTOR

La interpretación pesimista de la Sociología Hispanoamericana. Primera edición, en folleto, Caracas, 1938. Segunda edición, en volumen, Madrid, 1952.

Hombres e Ideas en América. Primera edición, Caracas, 1940. Segunda edición, Caracas, 1946.

Educación, México, 1946.

Libertad y Justicia Social en el pensamiento de Don Fermín Toro, Caracas, 1947.

La luz y el espejo, ensayos, Caracas, 1955.

Los adolescentes, novela, Barcelona (España), 1958.

El proyecto de América, Caracas, 1960.

Don Julián Viso, Biografía, Caracas, 1960.

La evolución política de Venezuela, 1810-1960, en el libro *Venezuela Independiente,* 1810-1960, Caracas, 1962.

Lo afirmativo venezolano, Caracas, 1963.

JUSTICIA

Exigir de un autor que sea objetivo al narrar una vida apasionante, es un contrasentido; así como la pretensión de humanizar a los héroes, que con tanta frecuencia se vocea a propósito de las biografías, no deja de ser una pedantería insufrible.

En todo caso, esa humanización del hombre extraordinario no puede consistir en buscarle afanosamente pequeños defectos, como si con eso quedara reducido al rasero común. Más de acuerdo con la realidad sería, por el contrario, insistir en que sus extravíos y desfallecimientos pueden justificarse por las mismas razones que nos explican los de los otros hombres, y sin que por ellos el personaje mismo descienda de su categoría excepcional.

No me atrae tampoco la representación clásica de la Justicia, como una estatua vendada y con una balanza en la mano. Prefiero la justicia combatiente de los santos y de los héroes, la que con ojos alertas y acompañada del amor, la generosidad y el entusiasmo, está dispuesta a recorrer el mundo como una diosa viva; no la que espera en un trono a que lleguen los oprimidos a suplicarle, sino la que sale a buscarlos.

Y puesto que esa fue la justicia en que creyó Bolívar, de acuerdo con ella es como debe juzgársele; no en la balanza de la estatua impasible.

He sido rigurosamente imparcial en la elección y estudio de los documentos que debía utilizar; pero declaro que ese trabajo de investigación en nada disminuyó mi respeto por el Libertador, y que termino su biografía con la misma devoción con que la comencé.

Uso abundantemente de citas y de referencias al pie de página, por dos motivos: para que al lector no le queden dudas de que mis aseveraciones están respaldadas en cada caso por documentos fidedignos, y para facilitar la consulta de las fuentes correspondientes a los estudiosos y a los jóvenes que deseen profundizar algún punto.

La Fundación Eugenio Mendoza y la Fundación Shell tomaron a su cargo esta edición, por iniciativa del doctor Carlos Mendoza Goiticoa, antiguo y cordial amigo del autor; el señor Oswaldo Aranda Clavo hizo el índice onomástico que la acompaña; los doctores Pedro Grases y Héctor Guillermo Villalobos me han ayudado con oportunos consejos; mi hija Marisela Mijares Felce elaboró las fichas que he utilizado.

A. M.

I

"CARACAS ES MI PATRIA"

Con esa mezcla de pasión idealizante y de apego carnal con que ama el hombre a la mujer, así, desde el Perú, recordaba Bolívar a Venezuela en 1825. En carta para su tío Esteban Palacios le dice que por la llegada de éste a la Patria y la evocación de Venezuela que le sugiere, "todo lo que tengo de humano se removió ayer en mí". Estaba entonces en el cenit de su gloria, y los halagos inherentes al triunfo sin igual que había obtenido, y, por otra parte, las responsabilidades de tan extraordinario poder, sacudían su imaginación, ya en un sentido, ya en otro. Lisonjas, fiestas, amores, se ofrecían al vencedor; pero, al mismo tiempo, desde ese corazón de la América adonde lo habían llevado sus victorias, y árbitro de una extensión geográfica tan grande como la de toda Europa, debía sopesar los problemas que por doquiera surgían. Sin embargo, su pensamiento vuelve una y otra vez a su lejana tierra nativa, "mi querida Venezuela que adoro sobre todas las cosas", según le escribe al Marqués del Toro.

En carta del mismo año para el general Mariano Montilla, leemos: "...mi derecha estará en las bocas del Orinoco y mi izquierda llegará hasta las márgenes del río de la Plata, mil leguas alcanzarán mis brazos, pero mi corazón se hallará siempre en Caracas". Y en noviembre de 1826 dice a Páez: "En el día no tengo más mira que servir a Venezuela; demasiado he servido a la América; ya es tiempo de dedicar a Caracas todo mi conato, toda mi solicitud; por Caracas he servido al Perú; por Caracas he servido a Venezuela; por Caracas he servido a Colombia; por Caracas he servido a Bolivia; por Caracas he servido al Nuevo Mundo y a la Libertad...".

Pero si con tal vehemencia se expresa en los días de triunfo, más conmovedor es aún cuando, llevado a los límites de la congoja y de la confusión por los ataques que se desataron contra él, repite desesperadamente el mismo testimonio de amor. "Yo no puedo vivir —clama en agosto de 1829— bajo el peso de la ignominia que me agobia, ni Colombia puede ser bien servida por un desesperado, a quien le han roto todos los estímulos del espíritu y arrebatado para siempre todas las esperanzas". Sin embargo, cuando tiene que referirse a los venezolanos que le ofenden, escribe: "Diré, no obstante, que no les aborrezco, que estoy muy distante de sentir el deseo de venganza, y que ya mi corazón les ha perdonado, porque son mis compatriotas y, sobre todo, caraqueños...".

No son manifestaciones oficiales destinadas a la publicidad; son citas tomadas de cartas familiares dictadas en las más diversas ocasiones. Se ad-

vierte que tiene siempre ante sí a Venezuela como realidad tangible y con voz de obligación precisa: "Deseo con ansia —había manifestado en julio del 28— mejorar la suerte del pueblo de Venezuela... el pueblo está tan miserable, que es preciso aliviarlo a todo trance"; y en noviembre del 29 reitera a uno de sus íntimos, el doctor José Angel Alamo: "Venezuela es el ídolo de mi corazón y Caracas es mi patria".

Había nacido, efectivamente, en Caracas, el 24 de julio de 1783. ¿Cómo era entonces aquella capital de la provincia de Venezuela? El Conde de Segur, que la visitó en el mismo año de 1783, anotó: "La ciudad de Caracas se ofreció a nuestros ojos con bastante majestad... nos pareció grande, limpia, elegante y bien construida".

Sin embargo, para un viajero acostumbrado a las capitales europeas, Caracas, que era apenas una aldea tropical de 35.000 habitantes, debía de estar muy lejos de la majestad y elegancia que el cortesano francés encontró en ella.

Pero otras dos circunstancias le daban aquel encanto y la transformaban milagrosamente a los ojos de cuantos entonces la visitaron: la belleza de la naturaleza circundante y el excepcional florecimiento que en aquellos tiempos habían logrado la cultura criolla y la vida caraqueña.

Situado a más de 900 metros sobre el nivel del mar, el privilegiado valle de Caracas logra unir a la opulencia que es característica de la fauna y de la flora tropicales, el dulce clima que la frescura de la montaña le procura. Más que un valle, es un repliegue —una florida cuenca— del macizo montañoso que lo protege, el cual se levanta al norte de la ciudad, y separándola del mar, hasta 2.600 metros en la "Silla del Avila", y al sur se extiende en numerosas y poco elevadas cumbres, entre las cuales parece que las miradas van a deslizarse hasta la región de los Llanos y las riberas de los grandes ríos.

Es sólo una ilusión, porque las verdaderas llanuras venezolanas quedan bastante alejadas de la Capital; pero la proximidad del mar sí se hace sentir por una espaciosa abra, que desde el oeste de la capital desciende hasta la costa, y forma cauce, a través del monte, a la perturbadora y áspera brisa del Caribe.

Más frecuente y más apreciado por los caraqueños es el viento del este. Seco y sedante, les llega cargado con la frescura y el perfume que recoge en su largo recorrido al hilo de la montaña, entre los cafetales, los "tablones" de caña de azúcar y los huertos de naranjos, guayabos y mangos que hacia esa parte del valle se prolongan por más de dos leguas.

El río Guaire, entonces de abundante y limpio caudal, limitaba la ciudad por el sur, y tres riachuelos —el Caruata, el Catuche y el Anauco— la atravesaban desde el norte y le traían las aguas de la montaña, que distribuidas por numerosos canales, algunos de ellos descubiertos, regaban los jardines familiares o alimentaban las fuentes públicas.

Frondosos árboles cubrían la corriente de esos tres riachuelos; entre ellos los catuches o guanábanos, de sabrosos frutos, y los imponentes bucares, que los indígenas habían llamado anaucos. Por el contrario, a orillas del Guaire sólo espaciados sauces crecían entre las despejadas vegas y ponían en el paisaje su nota de imprevista melancolía; gratos compañeros para el joven, que meditabundo como ellos, seguía el variable curso del agua con un volumen de versos en la mano, o escondido entre los faldones de la casaca, el último "libro prohibido" de política o de filosofía.

Pero el orgullo de los caraqueños es su montaña, el Avila. Adusto y majestuoso cuando durante la estación seca muestra casi desnuda la tensa musculatura con que se apoya en las profundas torrenteras, esa apariencia amedrentadora no la conserva mucho tiempo. Casi siempre es, por el contrario, sereno y sonriente, abuelo tolerante para las graciosas nubecillas que le cuelgan blancas barbas. Muy escarpado en apariencia, los caraqueños saben, sin embargo, que está lleno de rincones encantadores, paseos favoritos de las familias los más próximos, y señuelo constante, los más remotos, de los ojos que desde la capital sueñan con sus cascadas y su fragante boscaje. Y con las deslumbrantes perspectivas que desde ellos se atalayan, sobre el propio valle o sobre el vecino mar. Las primeras lluvias, en mayo, cubren los flancos del monte con hierbas de moradas espigas, y las miradas se deslizan con delectación desde la selva que lo corona hasta esas suaves pendientes de apacibles matices verde y lila, que se abren dondequiera que el boscaje lo tolera. Ya en junio, la nueva vegetación que se ha hecho más vigorosa, comienza a ahogar el tinte violeta, y los dos colores se funden en un matiz bronceado. Muy pronto predomina el verde en toda la montaña, sin otra rivalidad que la de algunos muy elevados árboles, que logran florecer ostentosamente, a pesar de la apretada sombra que los rodea. Son casi siempre amarillos araguaneyes o bucares rojos, y lucen tan gallardos, que han dado origen a un apodo muy halagüeño: "palo floreado" llama el pueblo, por ellos, al hombre de valor y de apostura excepcionales.

Tal fascinación poseía el valle de Caracas que, habiendo sido fundada la ciudad en 1567, apenas nueve años después el gobernador Pimentel trasladó a ella la capital de la Provincia. Con entusiasmo la elogia el cronista colonial Oviedo y Baños, y parece que busca una sutil correspondencia moral cuando anota que sus calles "ni mantienen polvo ni consienten lodos".

Así era Caracas. Pero tanto como esta belleza del paisaje, al extranjero lo sorprendía la curiosidad intelectual y la inquietud política de los caraqueños. "Las comunicaciones múltiples con la Europa comerciante —escribía Humboldt— y ese mar de las Antillas que he descrito antes como un Mediterráneo con muchas bocas, han influido poderosamente sobre el progreso de la sociedad en la isla de Cuba y en las bellas provincias de Venezuela. En ninguna parte de América la sociedad ha tomado una

fisonomía más europea. El gran número de indios cultivadores que habitan México y el interior de Nueva Granada dan a estos países un carácter particular, yo diría más exótico. A pesar del aumento de la población negra, uno se cree, en La Habana y en Caracas, más cerca de Cádiz y de los Estados Unidos que en ninguna otra parte del Nuevo Mundo".

Pero la verdad es que ese espíritu público, que Humboldt consideraba *europeísmo*, era producto de impulsos íntimos que se manifestaban en la vida de toda la ciudad. La enseñanza oficial era escasa y rutinaria, pero los criollos buscaban por sí mismos, con ardor y sagacidad, la ocasión de instruirse. El historiador Baralt, que juzga aquélla con marcada severidad, aporta, sin embargo, valiosas referencias sobre la cultura que había prosperado fuera de las aulas. Por una parte asienta, con natural asombro, que "en Venezuela no existió nunca una clase en donde se enseñara la historia de España y su literatura"; pero de seguidas advierte: "Las primeras ideas de los naturales acerca de las humanidades las aprendieron en libros extranjeros. Los nombres de Racine, Corneille, Voltaire y otros insignes autores franceses fueron conocidos y ensalzados primero que los de Lope de Vega, Calderón, Garcilaso, Granada, León, Mariana y tantos otros príncipes de la literatura castellana". Lo cual, quizás, antes que lamentarlo, tendríamos que celebrarlo hoy, porque aceleró la emancipación espiritual del país y quizás su independencia política.

La Universidad de Caracas fue renovada a fines del siglo XVIII, en numerosos puntos de crítica y de filosofía, por obra de un caraqueño, el padre Baltasar Marrero, que jamás había salido fuera de la Provincia y muy pocas veces fuera de Caracas [1]. Asimismo, sin auxilio de la Metrópoli, los caraqueños habían fundado una escuela de música que produjo compositores de alta calidad y tuvo, además, la feliz influencia de hacer fraternizar a todas las clases sociales. "He encontrado —observaba también Humboldt— en las familias de Caracas decidido gusto por la instrucción, conocimiento de las obras maestras de la literatura francesa e italiana y notable predilección por la música, que cultivan con éxito, y la cual, como toda bella arte, sirve de núcleo que acerca las diversas clases de la sociedad". En efecto, con tanto fervor acogió el pueblo aquella iniciativa, que en el primer aniversario del 19 de abril de 1810 cinco orquestas populares, de treinta ejecutantes cada una, contribuyeron a los festejos.

Una familia caraqueña —los Ustáriz— mantenía un salón literario análogo a los franceses, donde se reunían los hombres más distinguidos e ilustrados de la sociedad, a leer y discutir. A veces para mostrar también lo que ellos mismos habían escrito. Años más tarde allí leyó sus primeros trabajos Andrés Bello, y entre ellos una traducción de la tragedia *Zaira*, de Voltaire. Este es un dato muy significativo; y más, porque habiéndole preguntado

1. *Filosofía Universitaria Venezolana*, por el doctor Caracciolo Parra León. Caracas, 1933.

Bolívar a Bello la razón de que hubiera escogido aquella obra, a su juicio de escaso valor, Bello le respondió que era la única de Voltaire no vertida todavía al castellano. Lo cual prueba que todas las producciones del temido demoledor eran bien conocidas por aquellos jóvenes.

También en un francés contemporáneo —Depons— encontramos este juicio sorprendente, al comparar a los criollos con los peninsulares: "Si la competencia se mantuviera en el terreno de los conocimientos adquiridos, indudablemente los criollos llevarían la ventaja, pues, en general, los venidos de España encuentran en el país gente que los supera en cultura" [1].

Paralelamente a aquel florecimiento en las artes y las letras, el alma nacional, que comenzaba a adquirir consistencia, buscaba expresión política propia. Ya volveremos sobre esto cuando, pocos años después, encontremos esa tendencia convertida en firme conciencia republicana. Sólo adelantaré por ahora algunos episodios de aquella inquieta vida pública, que resultarán casi increíbles para los que consideran la Colonia como una época de abyecta somnolencia.

Por una concesión muy especial, los alcaldes de Caracas habían obtenido el privilegio de gobernar la Provincia en caso de vacante. Al parecer tal oportunidad sólo podría presentarse en las muy raras ocasiones en que el Gobernador de la Provincia falleciera repentinamente, y mientras llegaba su reemplazo desde la metrópoli; pero los caraqueños encontraron manera de ampliar aquella prerrogativa en forma que nadie hubiera previsto; no sólo litigando encarnizadamente con las autoridades peninsulares cuando el nombramiento del Gobernador pudiera parecer viciado, sino procediendo también a "apear" de su cargo a los gobernadores que por un motivo u otro se hacían odiosos.

En abril de 1623 muere el gobernador don Juan Tribiño Guillamas, y encárganse del gobierno los Alcaldes Ordinarios de Caracas; pero cinco meses más tarde preséntase don Diego Gil de la Sierpe con el nombramiento de Gobernador interino expedido por la Real Audiencia de Santo Domingo. Desconocíase así el derecho que tenían los alcaldes, y Gil de la Sierpe agrava esta violación cometiendo tropelías desde su misma llegada a la Provincia. Veamos cómo procedió el Cabildo, según el cronista Blas José Terrero, que no simpatizaba por cierto con el ánimo levantisco de los criollos: "Era el interés el dominante de este hombre (Gil de la Sierpe) que precipitándolo en varios excesos lo hizo en breve tiempo odioso a la ciudad de Coro. Pasa de aquí a la de Caracas, y con él al mismo tiempo la noticia y el ejemplar de su carácter. Nombra por su Teniente General de Gobernador a Nicolás de Peñaloza, en virtud del título que le despachó el día 25 de diciembre, y hácelo recibir en el cabildo que presidió él mismo, el día 27

---

1. Francisco Depons: *Voyage à la partie orientale de la Terre-Ferme, dans l'Amorique Meridionale.* Traducción de Enrique Planchart. Caracas, 1930, pág. 400.

del mismo mes y año. Nada se asomaba hasta este día en el semblante de sus capitulares que pudiera hacer entrar en cuidado; a lo menos, si había algún artificio secreto, el Cabildo usó aquí de un prodigioso disimulo, supuesto que al cuarto día, que era el 31, estaba ya depuesto del gobierno, preso y mandado pregonar para que ninguno de cualquiera calidad que fuese lo tuviera por tal Gobernador ni Capitán General..." [1].

En 1703 el Gobernador don Nicolás Eugenio de Ponte da muestras de enajenación mental y es declarado incapaz; pero el jefe de las armas don Juan Félix de Villegas se opone a que los alcaldes asuman el gobierno y les impone una consulta a la Audiencia de Santo Domingo. Nombra la Audiencia Capitán General interino a don Francisco de Berroterán, Marqués del Valle de Santiago, no acepta éste, y entonces el Ayuntamiento se acoge a su derecho y pone a los alcaldes en posesión del gobierno. Trata Villegas de resistir una vez más, y como los capitulares se mantienen firmes, cree que puede recurrir a la fuerza y da orden a su guardia de no obedecer a los alcaldes; pero éstos alzan sin vacilar el estandarte real, y clamando en la plaza pública: "¡Traición, traición, favor al Rey!", reúnen a sus parciales, se hacen seguir por el pueblo y obligan a Villegas a renunciar su mando militar y a reconocer la autoridad del Cabildo.

A veces hasta la propia voluntad del monarca se eludía con subterfugios legales o era francamente desobedecida. Así sucedió en 1725, cuando el Obispo de Caracas recibió órdenes del Rey para que se reconociera de nuevo al Capitán General Portales, separado del gobierno por el Cabildo: éste insistió en la deposición del Gobernador y "despachó hacia Valencia 800 hombres de tropa —dice Depons— con orden de aprehender a Portales y conducirlo a la capital" [2].

Casos semejantes se repitieron muchas veces, y según el mismo cronista Terrero, llegaron a ser "demasiadamente diestros los Alcaldes en el asunto de apear Gobernadores".

Que se den a estos hechos interpretaciones más o menos amplias, poco importa. Lo indiscutible es la vitalidad que expresan, el vigor que demuestran en una nación que, a punto de sentirse adulta, ensayaba sus fuerzas y adquiría adiestramiento político.

En cuanto a Caracas en particular, podemos considerar símbolo de su activa juventud a aquellos hermanos Luis y Javier de Ustáriz que mantenían en su casa el salón literario de que hemos hablado. Cultivaban la poesía, el teatro, la música; sabios, los llamó Humboldt. Llegarían también a ser héroes, porque durante la guerra emancipadora murieron por la patria. Artistas, sabios y héroes; o si preferimos decir menos, entusiastas, reflexivos y generosos. Como muchos otros que fueron sus invitados en aquel

1. *Teatro de Venezuela y Caracas*, por Blas José Terrero. Caracas, 1926, pág. 114.
2. Depons, *op. cit.*, pág. 160.

salón, y que entre exaltadas lecturas y con intocada fe en lo que la libertad haría por la perfectibilidad individual y social, se preparaban para vivir aquel ideal o morir por él.

Los versos que muchos años después don Andrés Bello consagró a los dos hermanos, nos permiten adivinar cómo vivían; y comprendemos que por haberlos conocido íntimamente es por lo que el poeta se pregunta si el amable Javier se regocijará en la vida de ultratumba con la música y la poesía, como en sus días terrenos, o si preferirá el coloquio con los héroes y atisbar en el porvenir el triunfo universal de la libertad.

Hoy todo esto puede parecernos sólo una estampa romántica. Para aquellos jóvenes era una realidad tan precisa que por ello lo sacrificaron todo. Sacrificio, además, sin rencor y sin jactancia; como concebían también, sin rencor y sin jactancia, la necesidad de darle ancha base a la República.

Muy pronto, sin embargo, aquella feliz armonía de refinamiento y generosidad tendría que convertirse en áspera acción, porque catástrofes casi inconcebibles iban a caer sobre Venezuela: el terremoto de 1812, la guerra a muerte, la dispersión producida por las persecuciones políticas, el aniquilamiento de familias enteras y de todas las riquezas visibles. Pero de tal manera era consustancial con el espíritu de Caracas aquella manera de ser, que en 1827 un viajero francés, P. D. Martín Maillefer, encuentra en la semidestruida ciudad el mismo ambiente que impresionó a Humboldt: "Los extranjeros y los americanos mismos la consideraban —escribe— la ciudad más agradable y más europea de todo el continente meridional. Por varios años la guerra civil ha continuado los estragos de la naturaleza. Los españoles hacían la guerra a muerte, no solamente a los hombres, sino también a los rebaños y a los árboles. A duras penas salvados del temblor de tierra, los restos de la población de Caracas se vieron forzados a huir de sus hogares, sotechados a medias, para escapar de un enemigo más implacable aún que los volcanes. Hoy, cuando un tercio del caserío está en ruinas aún, y las heridas de la guerra bien lejos de haberse cicatrizado, la sombra de la antigua Caracas vale más que la mayoría de las ciudades del Nuevo Mundo: la amenidad de las costumbres, el gusto de las artes, la devoción consciente a la causa de la libertad, un clima delicioso y el encanto de las ruinas, imprimen a esta capital peculiar fisonomía que se graba profundamente en la mente del viajero" [1].

La casa donde nació Bolívar, propiedad de sus padres, distaba menos de 200 metros de la Plaza Mayor. Por el fondo se comunicaba con la de su abuelo materno, que quedaba al volver la esquina llamada hoy de los Traposos; y en el ángulo noroeste de la misma manzana de casas, dando frente al extremo sureste de la Plaza Mayor, una hermosa mansión que

1. P. D. Martín Maillefer: *Los Novios de Caracas*, pág. 154. Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1955.

pertenecía al presbítero Juan Félix Jerez Aristeguieta y Bolívar, y que era parte de un mayorazgo que aquel sacerdote estableció por encargo de su madre doña Luisa de Bolívar y Ponte de Jerez Aristeguieta, pasaría a ser también propiedad del futuro Libertador. A unas treinta varas, hacia el sur, vivían las hermanas Aristeguieta, llamadas las "Nueve Musas"; y otros parientes y amigos formaban la vecindad. Cosa muy natural en una ciudad pequeña y oligárquica, en la cual aquel agrupamiento material de las familias era consecuencia y símbolo de los entrecruzados vínculos que las unían.

Hermosa y agradable, la casa solariega de los Bolívar no poseía, sin embargo, otra belleza arquitectónica que la de sus soleados patios interiores, casi todos convertidos en jardines; los corredores que alrededor del patio principal formaban un claustro grato para las tertulias informales y el juego de los niños; y los salones de elevada techumbre, tan adecuados por sus exageradas proporciones para atenuar la temperatura en los meses calurosos, como propicios para dar solemnidad a las recepciones y fiestas que muy de cuando en cuando debía ofrecer la familia.

De los muebles que la adornaban y del género de vida que llevaban sus moradores, encontramos sugerentes evocaciones en un inventario de los bienes del menor Simón Bolívar, hecho en 1795, aunque ese inventario se refiere a la casa del mayorazgo heredado por Bolívar, y no a la casa donde éste nació. Arañas de cristal, espejos, cómodas de cedro embutidas en ébano, plata labrada; 17 cornucopias, abundancia que sorprende, pero que es fácil comprender porque en ellas se colocaban las bujías que, además de las arañas, iluminaban los salones; siete tibores, dos floreros y otras piezas de porcelana china; algunas imágenes de Santos, tal es lo más importante de la minuciosa lista.

Para alumbrar el zaguán y los corredores, dieciséis eran los "hacheros de poner candiles, de cedro, con una vara y cuarta de largo, con sus brocales de hoja de lata para poner las luces". Y había también "un estrado de guadamacil con veinte y una varas cuadradas". Sin duda para recibir en él a las visitas de más categoría; o para colocarse la familia en los días solemnes, cuando sus protegidos y la servidumbre venían a saludarla.

Figuran asimismo en el inventario, tres sillas de mano. Debían de ser muy ostentosas, pues se especifica que tenían forros y cortinajes de damasco en el interior, y la más preciada de ellas estaba también tapizada al exterior en guadamacil. El guadamacil o guadamací fue introducido por los árabes en España y su nombre viene de Gadames, región de Trípoli. Es el cuero adornado con dibujos pintados o en relieve, a veces de un gusto exquisito. La silla de mano que ostentaba tan delicado exterior tenía "su cajón de cedro en que se guarda", según dice el asiento corres-

pondiente, y pensamos que sería tan grande como un garage moderno el tal cajón.

Dato muy significativo: se mencionan "dos retratos de Reyes"; pero no se dice a quiénes representan, ni se usa fórmula alguna de respeto para designarlos. Se adivina que desde hacía mucho tiempo eran solamente objetos de adorno.

II

"PRIMERAS EMOCIONES"

Tanto el padre de Bolívar, don Juan Vicente de Bolívar y Ponte, como la madre, doña María de la Concepción Palacios y Blanco, pertenecían a las mejores familias de Caracas. El mismo nombre de Simón tenía historia en la colonia, porque Simón de Bolívar se llamó el primero de los antepasados que pasó a la América, y también su hijo, por lo cual se les distinguió, según costumbre de la época, diciendo Simón de Bolívar el Viejo y Simón de Bolívar el Mozo.

Ambos llegaron a Venezuela a fines del siglo XVI, y Bolívar el Viejo volvió muy pronto a España como Procurador General ante la Corte, de las ciudades de Caracas, Coro, Trujillo, Barquisimeto, Carora, El Tocuyo y Maracaibo. Llevaba varias súplicas encaminadas al fomento de la Colonia, y a procurarle mayor autonomía; y entre otras, una muy significativa: que no enviara la Audiencia de Santo Domingo jueces en comisión "si no fuere en negocios muy arduos y muy graves... porque de enviar los dichos jueces, como de ordinario se envían muchas veces, son fatigados e molestados e vienen a menos y se empobrecen los vecinos".

Aparte de la importancia que por ellos mismos tenían, los Bolívares se unieron muy pronto, por sucesivos matrimonios, a las familias de los primeros conquistadores y pobladores de la Provincia: a la de Garci González de Silva, duro combatiente, que hasta tal punto impresiono la imaginación popular que el color de su penacho —amarillo y negro— le dio nombre a un pájaro y a una fruta [1]; a la del fundador de Caracas, don Diego de Losada, que sería también antepasado del futuro Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre; a la del fundador de Valencia, Alonso Díaz Moreno, que cuando pasó a Venezuela tenía fortuna propia y a su vez entroncó con las personas más ilustres del país; a la de Francisco Infante, también de los fundadores de Caracas; a la de Juan de Villegas, tres veces Gobernador de Venezuela. Y de la misma manera daría su sangre a la del Libertador, aquel capitán Andrea de Ledezma, fascinante figura que anticipa en América al Quijote creado después por Cervantes en España: a muy pocos años de haber sido fundada Caracas, avanzaron contra ella unos filibusteros que hicieron huir a la desarmada población; solo Andrea de Ledezma, ya muy anciano, les hizo frente; y en su viejo caballo, lanza en ristre, los atacó para salvar la honra de la nueva ciudad.

1. El pájaro es el "gonzalito", de plumaje también amarillo y negro; y la fruta es el "garcigonzalo", de pulpa amarilla y semilla negra.

Cayó, acribillado de heridas, pero admirados los corsarios de su extraordinario sacrificio, tomaron en hombres el cadáver, y precedidos de su jefe, en alto la espada desnuda, lo restituyeron a Caracas.

Esos enlaces con los fundadores de la Colonia no era para los criollos simple motivo de vanagloria intrascendente: los que así estaban ligados al trabajo y penalidades de los primeros colonizadores, se sentían por ello legítimos dueños del país; y éste es uno de los elementos psicológicos que aparecen con más frecuencia en la formación, durante el régimen español, de una conciencia nacional. En la llamada carta profética de Jamaica, advertirá el Libertador: "El Emperador Carlos V formó un pacto con los descubridores, conquistadores y pobladores de América que, como dice Guerra, es nuestro contrato social. Los reyes de España convinieron solemnemente con ellos que lo ejecutasen por su cuenta y riesgo, prohibiéndoseles hacerlo a costa de la real hacienda, y por esta razón se les concedía que fuesen señores de la tierra, que organizasen la administración y ejerciesen la judicatura en apelación, con otras muchas exenciones y privilegios que sería prolijo detallar. El Rey se comprometió a no enajenar jamás las provincias americanas, como que a él no tocaba otra jurisdicción que la del alto dominio, siendo una especie de propiedad feudal la que allí tenían los conquistadores para sí y sus descendientes" [1].

Apoyados en este sentimiento, los venezolanos, lejos de considerarse inferiores a los españoles que llegaban de la Metrópoli, los miraban con desdén, como intrusos que era preciso tener a raya. En esto no excluían ni a los más altos funcionarios, y era un estado de ánimo en el que llegaron a participar hasta las llamadas clases inferiores. En 1625 un grupo de mulatos rebeldes le advertía al gobernador Meneses: "Nosotros hemos conquistado este hermoso suelo con nuestro valor, con nuestra abnegación y nuestros sacrificios. Tú no has traído más que tu espada, ¿y qué vale la espada de un aventurero? Piénsalo con calma y madurez, y ve si tu cabeza está bien asegurada sobre el cuello" [2].

Las propias Leyes de Indias establecían que "por honrar las personas, hijos y descendientes legítimos de los que se obligaron a hacer población y la hubieren acabado y cumplido su asiento, les hacemos hijosdalgo de solar conocido... y les concedemos todas las honras y preeminencias que deben haber y gozar todos los hijosdalgo y Caballeros de estos Reinos de Castilla"; palabras que al evocar la colosal empresa que aquellos hombres habían cumplido, la consagraban como la base efectiva de su preeminencia. A fines de la Colonia, Depons observa también, como

1. *Cartas del Libertador*, tomo I, pág. 192. En lo sucesivo, al citarlas indicaremos solamente: *Cartas*, con el tomo y la página.

2. Don Luis Alberto Sucre: *Gobernadores y Capitanes Generales de Venezuela*, pág. 123.

hemos visto, el antagonismo entre criollos y peninsulares, y al hablar de la superioridad que aquéllos se atribuían, agrega: "Esta opinión crea en ellos una especie de orgullo por haber nacido en el Nuevo Mundo y les forma un inalterable apego por su patria natural".

Doña Concepción, la madre del futuro Libertador, podía exhibir un abolengo tan ilustre como el de su marido. Su padre era don Feliciano Palacios y Sojo y Gil de Arratia, y su madre, doña Francisca Blanco Heredia. Era sobrina, por consiguiente, de don Pedro Palacios y Sojo, fundador de la célebre Escuela de Música de Caracas, de la cual ya hemos hablado; aunque a este hermano de su padre, que tanta nombradía adquirió en la Colonia por aquella institución, se le llamaba simplemente "el Padre Sojo", y así pasó a la historia. De él heredó la madre del Libertador el gusto por la música, pues se sabe que doña Concepción tocaba el arpa. En general, tanto los Palacios, como los Blanco y Herreras, fueron familias de inclinaciones intelectuales y fina sensibilidad. Durante la guerra dieron, sin embargo, bravos combatientes a la patria; y es especialmente seductora como ejemplo de patriotismo la figura de doña Josefa Palacios, hermana de doña Concepción. Cuando niña le tocó cuidar a Bolívar huérfano, y a pesar de que sólo le excedía en nueve años, consta en el testamento de don Feliciano que ella y su otra hermana, María Ignacia, trataban a Simón y a su hermano Juan Vicente "como a hijos suyos". Casada en 1798 con José Félix Ribas, que durante la guerra sería el defensor de Caracas y merecería ser llamado el "Invencible", cuando éste fue sacrificado por los realistas, aquella heroína dio muestras de una entereza admirable. "Cuando toda Venezuela fue subyugada en 1814, una caraqueña, la señora doña Josefa Palacios, viuda del benemérito don José Félix Ribas, prefirió enterrarse viva antes que soportar la presencia de los devastadores de su país. Bajo los trópicos, sujeta a achaques de hidropesía, se mantuvo aquella venerable señora por seis años encerrada en un cuarto pequeño, acompañada de sólo sus criadas; sin recibir otra visita que la del médico que la asistía, e ignorada de todos. El general Bolívar, que sabía su paradero, en la memorable entrevista que tuvo en Santa Ana con Morillo, le habló de aquella señora, y le suplicó que a su regreso a Caracas, la visitase y la persuadiese a salir de su encierro, la pusiese casa por cuenta suya; en suma, se la recomendó del modo más estrecho. Morillo, que pareció entonces arrepentido de sus crímenes y querer reconciliarse con la humanidad que tanto había ultrajado, cumplió la palabra que diera a Bolívar. Cuando volvió a Caracas, envió un edecán a manifestarle el encargo que el general Bolívar había hecho a Morillo, y los deseos que éste tenía de poder serle útil y acreditar la sinceridad de sus promesas. De nada sirvieron las invitaciones de Morillo, repetidas por su edecán y por otras personas. Su contestación fue siempre la misma: —Digan ustedes a su general que Josefa Palacios no abandonará este lugar mientras su patria

sea esclava; no lo abandonará sino cuando los suyos vengan a anunciarle que es libre y la saquen de él" [1].

Pero en la familia Bolívar debemos narrar también un episodio de muy diferente índole, que aunque apenas merecería algunas líneas, como dato pintoresco, estamos obligados a exponer con cierta amplitud, porque algunos escritores se han empeñado en darle importancia histórica, afianzando en él las más peregrinas suposiciones. Objetivamente es así: cien años antes del nacimiento del Libertador figura en su línea paterna una señora de madre desconocida, doña Josefa Marín de Narváez. Era hija de don Francisco Marín de Narváez, acaudalado prohombre de la sociedad colonial, y según el testamento de éste la había tenido "en una doncella principal cuyo nombre callo por decencia". Pero un enemigo político del Libertador, el virulento Rafael Diego Mérida —que Bolívar llamaba el Malo, con mayúscula, y que luego retrataremos mejor— publicó en un libelo que doña Josefa "era hija de Narváez y de su manceba la indígena de Aroa". De esta publicación tomó el dato Riva Agüero, el hombre que después de haber sido Presidente del Perú no tuvo vergüenza de entrar en tratos con los realistas, y en sus *Memorias y Documentos para la Historia de la Independencia en el Perú*, donde trató de cohonestar su conducta amontonando calumnias contra Sucre, Bolívar y San Martín, dio a su vez un nuevo giro a la leyenda de doña Josefa y afirmó que ésta no era hija de una indígena, sino de una negra de Caracas. Y finalmente, Salvador Madariaga, en su reciente biografía de Bolívar, no sólo acepta y acumula aquellas interesadas deformaciones, sino que, al parecer con la mayor seriedad, quiere deducir de ellas conclusiones trascendentales: "Aunque Bolívar era blanco —dice— tenía pequeños afluentes de sangre negra y de sangre india; así se explica que fuera representativo de un estado de ánimo continental en un momento dado de la historia, si no fuera así dejaría de ser coherente. En este caso sus ideas serían vesánicas, delirios de un demagogo irresponsable o de un loco de atar". O sea, que si el ímpetu de Bolívar como Libertador no se pudiera explicar como resentimiento de un zambo, resultaría para Madariaga incomprensible.

Verdad es que esta manera de juzgar es perfectamente coherente con otras del mismo escritor. En su *Cuadro Histórico de las Indias* trata de explicar de la siguiente manera la emancipación de Hispanoamérica: "...por curiosa coincidencia de la historia la labor progresista de unos cuantos déspotas ilustrados españoles llevó a los jesuitas a cooperar en extraño contubernio con las otras dos cofradías internacionales, la de los masones y la de los judíos, en la destrucción del imperio español". De modo que en aquel grandioso acontecimiento, mediante el cual nacieron veinte Repúblicas que

1. Narración de la *Biblioteca Americana*, revista que en 1823 dirigían en Londres don Andrés Bello y García del Río. El dato fue suministrado por el doctor Pedro Grases al doctor Vicente Lecuna, quien lo insertó en su *Catálogo de Errores y Calumnias en la Historia de Bolívar*, tomo I, pág. 34.

se dieron instituciones nuevas y han perpetuado la cultura española, Madariaga sólo ve un contubernio y una destrucción. No podemos menos que recordar, por contraste, cómo juzgaba el viejo Pitt la rebelión de las colonias norteamericanas, a pesar de que por ser él mismo contemporáneo de aquel conflicto, un falso sentimiento patriótico hubiera podido cegarlo: "Los americanos —decía— son hijos legítimos de Inglaterra y no bastardos; yo me regocijo de que América oponga resistencia. Tres millones de hombres, cuyo sentimiento de libertad estuviese decaído, que voluntariamente consintiesen en ser esclavos, serían instrumentos apropiados para esclavizar a todo el resto".

Si acaso hubo efectivamente en doña Josefa Marín de Narváez algo de sangre india, estaría bien disimulado cuando el padre se atrevió a declarar en su testamento que la había engendrado en doncella principal; y es una verdadera extravagancia suponer que, cien años después, aquella "impureza" perdurara con fuerza suficiente para determinar la conducta del Libertador. No una sola vez, sin embargo, esgrime Madariaga aquel fantástico argumento racial. Comentando algunas declaraciones de Bolívar contra el despotismo español en América, concluye: "Si Bolívar no hubiera tenido sangre india en las venas, esta frase suya hubiera bastado para justificar su encierro en un manicomio". Es difícil que otro español, al recordar cómo fueron en España los abyectos y largos reinados de Carlos IV y Fernando VII, juzgara exagerado cualquier desahogo que, allá o aquí, se hubiera escrito durante aquella época. Por otra parte, la literatura declamatoria que usaron los libertadores, en todas las revoluciones es igual, y sólo un escritor tan rencoroso como Madariaga es capaz de tomarla como elemento de juicio. Aun en épocas más sosegadas, ¿no son los españoles mismos quienes han fustigado con más violencia a su propio país? ¿No es el propio Madariaga quien nos ha dicho que la envidia es el distintivo del carácter español? [1]. Y un escritor tan glorificado como Ortega y Gasset, ¿no ha llegado a establecer esta síntesis tremenda: que "la historia de España entera, y salvo fugaces jornadas, ha sido la historia de una decadencia"? Estas exageraciones no nacen, a menudo, del rencor, sino del afecto, por un despecho análogo al que hace blasfemar al amante ante cualquier falta de la persona amada; no indican cinismo, sino una exacerbada protesta del sentido moral contra ciertas situaciones que nos llevan a generalizar sin reflexión. También los hispanoamericanos incurrimos con frecuencia en desesperadas diatribas contra nosotros mismos, y las de Bolívar contra España no tienen otro sentido. Mucho más dañino es ese tipo de desahogo pasional cuando se le da aspecto de doctrina científica, como hacen los escritores españoles citados; sin embargo, Madariaga quiere cobrarle al Libertador lo que considera su antiespañolismo, fabricándole una genea-

1. Madariaga: Ensayo comparativo entre *Ingleses, franceses y españoles*. Citado por el doctor Angel Francisco Brice en su valioso estudio *El Bolívar de Marx ampliado por Madariaga*. Caracas, 1952, pág. 7.

logía y un carácter especiales a base de conocidos libelos. De todos modos, no deja de ser desagradable que hoy nos veamos obligados a levantar un expediente de limpieza de sangre a un genio que consagró toda su vida a la libertad, sólo porque un escritor aprovecha la notoriedad de que goza para introducir en la historia aquellos chismes pueblerinos. Que no otro carácter tuvieron en la propia época colonial, a pesar de ser ésta tan alarmista en tales investigaciones. Hasta los Palacios, tíos de Bolívar, aludían a aquel incidente llamándolo con desenfadado donaire "el nudo de la Marín". Y que no rebajó en nada la consideración de primer rango de que gozaba la familia, lo prueba el hecho de que ésta siguió entroncando con las mejores de la provincia, incluso las que llevaban título nobiliario.

Entre los padres de Bolívar existía una gran diferencia de edad. Cuando casaron, en 1773, don Juan Vicente tenía 47 años y sólo 15 doña Concepción. Además de Simón, tuvieron dos hijas que fueron las primogénitas, María Antonia y Juana, y un hijo varón que recibió el nombre del padre, Juan Vicente, y que era dos años mayor que el futuro Libertador. Otra hija, póstuma, murió el mismo día de su nacimiento.

Muy pronto quedaron huérfanos aquellos niños. Don Juan Vicente, el padre, murió en enero de 1786, y doña Concepción sólo le sobrevivió seis años más. Antes de cumplir los nueve años, Simón había perdido, pues, padre y madre.

Hasta entonces había sido feliz. En la carta de 1825 para su tío don Esteban Palacios, evoca así su lejana niñez: "¡Cuántos recuerdos se han aglomerado en un instante sobre mi mente! Mi madre, mi buena madre tan parecida a Ud. resucitó de la tumba, se ofreció a mi imagen. Mi más tierna niñez, la confirmación y mi padrino, se reunieron en un punto para decirme que Ud. era mi segundo padre. Todos mis tíos, todos mis hermanos, mi abuelo, mis juegos infantiles, los regalos que Ud. me daba cuando era inocente... todo vino en tropel a excitar mis primeras emociones".

Pero además de estas figuras familiares que rodearon de alegría la infancia del Libertador, en los recuerdos de éste aparece con frecuencia otra imagen extrañamente nimbada de afecto y poesía: la negra Hipólita, que fue su nodriza. En carta desde el Perú para María Antonia, fechada el 10 de julio de 1825, Bolívar le dice: "Te mando una carta de mi madre Hipólita, para que le des todo lo que ella quiere; para que hagas por ella como si fuera tu madre, su leche ha alimentado mi vida y no he conocido otro padre que ella". Aparte de la frescura de sentimientos que demuestra esta carta, escrita a tanta distancia de la negra nodriza en el tiempo y en el espacio, es impresionante que en ella Bolívar llame a Hipólita padre y madre, a la vez. Habitualmente el amor hacia el padre, unido a sentimientos de respeto y obligación, no se asemeja en ningún muchacho al cariño hacia la madre, que representa sobre todo ternura

y halagos; y menos debían confundirse en aquella época de severas costumbres. Bolívar, sin embargo, une en Hipólita ambos afectos; y a la vez que recuerda la razón primera de su agradecimiento hacia ella, nos sugiere que debió de existir entre ambos una constante intimidad. En 1823 Bolívar le había fijado una pensión mensual de treinta pesos, y en julio de 1827 ordenó darle 49 pesos más; pero como María Antonia parece que había descuidado el pago de la mensualidad, Bolívar se la encomienda en setiembre a don José Angel Alamo y le autoriza a girar contra él por el monto de un año. En una postdata, agrega: "Antonia recibió el dinero en letras para este fin. Sea Ud. mejor amigo que mi hermana". Lo cual indica cuánta ansiedad y cólera le producía el pensamiento de que Hipólita careciera de algo.

Otra mujer, situada en el extremo opuesto de la jerarquía social, había amamantado también al Libertador; ante el inesperado conflicto de que la madre no podía alimentarle, y mientras se hacía venir a Hipólita, el niño recién nacido de doña Concepción recibió la primera leche de los pechos de una íntima amiga de ésta, doña Inés Mancebo de Miyares, esposa de don Fernando Miyares, quien fue después Gobernador por el Rey de la Provincia de Maracaibo. Tampoco la olvidó Bolívar jamás. En 1813 la recomienda al coronel Pulido, Gobernador de Barinas: "Fue ella —le dice— la que en mis primeros meses me arrulló en su seno". Y catorce años después, en 1827, le escribe al coronel Blanco, Intendente del Departamento del Orinoco: "Con el mayor interés me empeño con Ud. para que se tome la pena de oír en justicia a mi antigua y digna amiga la señora Mancebo de Miyares que, en mis primeros días, me dio de mamar. ¿Qué más recomendación para quien sabe amar y agradecer?" [1].

Como vemos, las referencias que dejó Bolívar a través de toda su vida coinciden en hacernos suponer que su infancia fue dichosa y estuvo rodeada de sólidos afectos. Su padre murió cuando Simón tenía solamente dos años y medio; pero de su madre recuerda la bondad; de Hipólita, que le sirvió de padre y madre; del tío Esteban, el afecto y los regalos; a su tía Josefa la recomienda a Morillo, a pesar de la enemistad que separó a Bolívar de Ribas, su esposo; y asimismo las imágenes de los hermanos, del abuelo, del padrino, se unen espontáneamente a aquel tropel de sonrientes evocaciones. Análogo afecto guardó a sus maestros, Bello, Rodríguez, Pelgrón. Pero aun las personas que sólo por un momento se mezclaron

1. Por las citas que hago, ver *Cartas*, tomo III, pág. 197; tomo V, pág. 19; tomo VI, pág. 326, y tomo VII, págs. 37 y 38. Según una leyenda muy difundida, otra negra llamada Matea fue también nodriza del Libertador. Pero en contraste con la copiosa documentación acerca de Hipólita, de Matea no aparece rastro alguno en la correspondencia de Bolívar. Por otra parte, Matea vivía aún cuando se celebró el centenario del nacimiento del Libertador, en 1883, y Guzmán Blanco la llevó del brazo al Panteón en aquella ocasión. Si Matea hubiera sido efectivamente nodriza de Bolívar, tendría en 1883 no menos de 115 años; y todavía vivió algunos más. Todo nos induce a pensar, pues, que el auge dado a Matea sólo tuvo por objeto procurarle a Guzmán aquella aparatosa escena.

entonces a su vida, las asocia con fruición a esos sentimientos placenteros. Y como vasto fondo del cuadro, la ciudad de Caracas se le hace inolvidable.

Esa niñez feliz y segura quizás nos explique la facilidad con que Bolívar concede después su afecto, respeto o admiración. Nadie más distante que el Libertador del escepticismo, el desdén y los recelos que suelen nacer en los políticos de larga experiencia. Y en contraste con el carácter adusto de otros héroes, Bolívar, ni por las contrariedades que momentáneamente le atormentaran, ni por los desengaños que hubiera podido rememorar, dejará de ser con los que trata efusivo y entusiasta.

Siempre dispuesto a ensalzar las buenas cualidades que descubría en los otros, no pocas veces los pone sobre sí mismo. Así, cuando en una ocasión quiere ponderar a O'Leary las excepcionales dotes de Sucre, dijérase que aprovecha la circunstancia para elogiar con igual calor a otros cuatro de sus colaboradores: "Es —díjole— uno de los mejores oficiales del ejército, reúne los conocimientos profesionales de Soublette, el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salom; por extraño que parezca no se le conoce, ni se sospechan sus aptitudes. Estoy resuelto a sacarle a luz, persuadido de que algún día se rivalizará". Sorprendente razón esta última, si se considera con cuánto celo casi todos los hombres que llegan al primer rango en los gobiernos vigilan para que nadie se les equipare. Hasta en la industria, la ciencia y el arte, esa es la actitud habitual de los que llegan a predominar. Pero lo característico es que, con respecto a Sucre, aquellos elogios objetivos van acompañados siempre por el entusiasmo y el afecto. "Sí, mi querido Sucre, Ud. es uno conmigo, excepto en su bondad y en mi fortuna", le escribe en 1828. Y ya al final de la vida de ambos, en mayo de 1830: "Yo me olvidaré de Ud. —le dice—, cuando los amantes de la gloria se olviden de Pichincha y de Ayacucho" [1].

Con la misma elevación de ánimo que demuestra cuando elogia a Sucre, Santander, Salom, Briceño y Soublette, acata los consejos de Peñalver, lo reconoce que ellos le movieron a convocar el Congreso de 1819, y lo lisonjea llamándole Mentor y Padre. Se preocupa además por su situación personal con la solicitud de un buen hijo. Con la mayor naturalidad le escribe en mayo de 1821: "He sabido con mucho sentimiento, por el portador, que Ud. se halla en extrema miseria; y como no tengo un maravedí de que disponer, le envío a Ud. la adjunta orden para mi criado, que tiene mi equipaje, para que se lo entregue, lo venda y se socorra. Entre otras cosas debe haber alguna plata labrada que, de cualquier modo, se puede vender de pronto" [2].

Con razón podrá proclamar: "Cuando yo doy mi confianza, la doy toda

---

1. *Cartas*, tomo VIII, pág. 100, y tomo IX, pág. 267.
2. *Cartas*, tomo II, pág. 349.

entera". A Manuel Palacio Fajardo le confía sin reservas la corrección de su discurso de Angostura y acepta sus observaciones. Son bien conocidos los inauditos conceptos con que atribuye a don Simón Rodríguez todos los méritos de su formación espiritual, y las muestras de afecto y respeto con que lo agasajaba. Le entusiasma la virtud de don Cristóbal Mendoza y sufre por su enfermedad y muerte como si se tratara del más entrañable amigo. Preocupado por la suerte del general Urdaneta, le ofrece en dos ocasiones la mitad de su fortuna; y con igual confianza en otro amigo, cuando se ve arruinado y perseguido, no vacila en decir a don José Angel Alamo: "Yo moriré como nací, desnudo. Ud. tiene dinero y me dará de comer cuando no tenga". A Salom le pide con cariñosa insistencia que continúe en el servicio público; y le agradece después que lo haya hecho, como si se tratara de un favor personal: "...todos los enemigos de Ud. —declara—, yo los adopto como míos, porque sólo los malvados pueden profesar odio a la virtud" [1]. Al doctor Vargas, a quien sólo conocía de fama, le tributa cuando comienza a tratarlo, la mayor deferencia, lo invita a su mesa, delibera con él sobre los problemas de la educación popular en Venezuela, le abre paso al Rectorado de la Universidad de Caracas, y poco después lo nombra entre sus albaceas testamentarios.

Cuando estando Bolívar en el Perú, el gobierno de Bogotá, por animadversión de Santander contra José Rafael Revenga, hace un desaire a éste: "La ofensa hecha al justo —le escribe el Libertador al propio Santander— es un golpe contra mi corazón"; y le manda decir a Revenga: "Que si quiere venir a mi lado vivirá conmigo como hermano" [2].

Hasta los más humildes llega aquella efusión de sus sentimientos: "¿Recuerda Ud., Salom —decíale en unas confidencias a este jefe—, la alegría del ejército cuando en Betoyes se le racionó de plátanos? Puede decirse que hacía dos días que no comía. Ese ejército, sin embargo, no se quejaba. Seguía proporcionando la constancia a los trabajos...". A Juan José Rondón le atribuye la victoria de Pantano de Vargas, y en la víspera de cumplirse el primer aniversario de aquel triunfo, escribe festivamente a Santander: "Mañana es San Rondón...".

Ni a sus enemigos les regateó el Libertador las alabanzas. El año 13 combatió por primera vez contra el español don Ramón Correa. Venía sobre Venezuela, atormentada su imaginación por los horrores que en su patria realizaban los realistas y ya se incubaba en su mente la proclama de guerra a muerte; sin embargo, reconoce ser aquel jefe un enemigo caballeroso, y en lo sucesivo nunca dejará de elogiarlo. Cuando siete años después, en 1820, se firman los tratados de regularización de la guerra, "es menester —recomienda Bolívar al gobierno— hacer algún elogio de los negociadores españoles que son excelentes sujetos y muy humanos; pero se distinguirá

1. *Cartas*, tomo V, pág. 153.
2. *Cartas*, tomo III, pág. 272.

al brigadier Correa que, sin duda, es el mejor hombre que pisa la tierra" [1].

Con mayor razón, frente a los que considera sólo como adversarios políticos, sus arrebatos de cólera cedían pronto a la humanidad y a la reflexión. El general Mariano Montilla, que había sido su amigo desde la infancia, llegó a enfrentársele con tal encarnizamiento que en Jamaica fue a provocarlo para un lance personal; sin embargo, cuando se reconciliaron, el Libertador le confía un mando de primera categoría; celebró los triunfos que Montilla obtuvo en el Magdalena; cuando de nuevo aquel quisquilloso jefe volvió a mostrarse resentido por una nimiedad epistolar, el Libertador lo desarmó con cariñosas explicaciones, y de allí en adelante el afecto que los unía se conservó inalterable. En forma análoga logró la adhesión del general Santiago Mariño, después de las graves divergencias que los separaron, pues apenas dio demostraciones el jefe oriental de que volvía a colaborar en la defensa común, "sólo, sí, recomiendo a Ud. mucho —le indicaba Bolívar a Sucre— que, si el general Mariño se somete voluntariamente, se le trate con la mayor dignidad, y como a un hombre que acaba de hacer un importante servicio con no haber manchado las armas de Venezuela con la guerra civil". A Santander y a Córdova los enaltece o disculpa hasta la víspera misma del rompimiento inevitable. Cuando ya no podía contar con la lealtad de Páez, sacrifica sin embargo su resentimiento, y preocupado por conservar la unidad de Venezuela, llega a escribir a uno de sus deudos: "Mis deseos con respecto a mis parientes y amigos de Venezuela han sido y son marchar muy en armonía y enteramente de acuerdo en todo con el general Páez..."; y arriesga esta generosa y suicida afirmación: "Más vale estar con él que conmigo, porque yo tengo enemigos y Páez goza de opinión popular". También había recomendado para servir en Venezuela al general Ayala, que era su adversario y después fue su fanático detractor: "El General Ayala —insistía sin embargo Bolívar—, nunca ha sido adicto a mí, pero el estimar la honradez es un aliento para los otros, de parte de quien juzga con imparcialidad a sus mismos enemigos".

Ya volveremos sobre estas particularidades del carácter bolivariano. Por ahora sólo hemos querido esbozarlas en relación con el ambiente que rodeó su infancia, pues aunque no compartimos el dogmatismo de los que quieren explicar el carácter de los adultos en relación inflexible con los acontecimientos de su vida infantil, es muy posible que la risueña niñez del Libertador fuera la causa principal de su exuberante vida espiritual. Sobre todo, de la espontaneidad de sus afectos, que expresa con igual calor a mujeres y amigos, a los jóvenes que surgen a su lado y a los ancianos que se le acercan con consejos o amonestaciones, a la humilde esclava que ennoblece con el nombre de madre, y hasta a las cosas inanima-

1. *Cartas*, tomo II, pág. 287.

das y a los simples recuerdos, como es el caso de su ciudad natal y de las personas y cosas que de ella evoca.

Algunas anécdotas que se popularizaron mucho en Venezuela presentaban a Bolívar como un niño turbulento en constante antagonismo con su tutor, el licenciado Sanz. Se escribió, asimismo, que se le había llevado a vivir con éste porque doña Concepción, enferma, no podía tenerlo a su lado. Hoy poseemos pruebas documentales de que nunca Sanz fue tutor de Bolívar, ni lo tuvo en su casa; pero, además, los recuerdos tan precisos del Libertador sobre su vida en el hogar, demuestran que durante sus primeros años no se separó de las personas que nombra —doña Concepción, Hipólita, los hermanos, el abuelo, los tíos—, y sugieren el feliz equilibrio sentimental que el niño disfrutó hasta los nueve años, que fue cuando perdió a su madre.

Casi todos aquellos cuentos sobre la infancia de Bolívar fueron inventados para presentarlo como un niño excepcional, y los introdujo en nuestra historia don Arístides Rojas, excelente narrador que en cierto modo descubrió para los venezolanos el encanto de la "pequeña historia", pero que a menudo usó sin reservas de su fantasía, a falta de documentos. Y antes y después de él, los escritores románticos consideraron indispensable atribuirle a Bolívar una niñez indómita, para hacer del Libertador un personaje byroniano o lograr contrastes victorhuguescos. Se juzgaba, según esa moda, que de un niño normal no podía salir un genio. Finalmente, no han faltado tampoco —ya en estos días de publicidad a toda costa— escritores tipo Madariaga que han buscado en esas supuestas turbulencias infantiles del Libertador indicios fatales. Para desengaño de unos y de otros, Bolívar, según la documentación que actualmente poseemos, fue un niño común y corriente —normal hasta en sus ocasionales rebeldías, como pronto veremos—, aunque ya desde sus primeros años, ardiente y tenaz.

La holgura económica de la familia Bolívar, y la espaciosa casa que habitaba, debían de favorecer también alrededor de Simón niño aquel ambiente de despreocupación y alegría que adivinamos en las añoranzas del Libertador. Todas las casas de Caracas eran entonces de una sola planta y en sus corrales o patios posteriores crecían árboles frutales que atraían a los pájaros. Incluso los más salvajes llegaban desde la vecina montaña, seducidos por los naranjos y guayabos que desbordaban por encima de los muros exhibiendo su dorada y olorosa carga. Aquello era para los hermanos Bolívar un motivo de fascinación inagotable; y podemos imaginar sus exclamaciones de júbilo cuando unos a otros se mostraban las aves que cada cual admiraba más: los *azulejos,* de tan rápido vuelo que parecen un relámpago azul entre la fronda; los *gonzalitos,* amarillos y negros; los *turpiales,* que a estos dos colores unen finos matices rojos, y tienen los ojos ribeteados de azul; los *arrendajos,* que imitan los toques de clarín; el *capanegra,* de tímido canto, parecido al

de un canario que no hubiera terminado su aprendizaje; el desafiante *cristofué*, de abombado pecho amarillo; los *cardenales*, de suntuoso traje rojo y negro. Pero más admirados que todos, los colibríes, que en Venezuela llaman *tucusitos*. Ninguno se asemeja a otro en forma, tamaño o plumaje, y en cada uno se encuentran tantos colores y dispuestos de tan variada manera, que cuando los niños lograban atrapar alguno no se cansaban de señalar en él las novedades que descubrían. A veces vuelan con tal velocidad, que apenas se oye el zumbido que hacen al rasgar el aire y al instante se les ve desaparecer como brillantes y minúsculas saetas; pero también suelen, en pleno vuelo, detenerse en un punto y mecerse en el aire, suspendidos milagrosamente por la sola vibración de las alas. Así liban su alimento, sin posarse en la planta, en vuelo inmóvil frente a las flores, mientras introducen en ellas el fino pico y la golosa lengua.

Flores, frutas y pájaros formaban de esa manera, bajo el exigente sol de los trópicos, un torbellino de colores, aromas y cantos. Pero más aún que este mágico espectáculo, ocupaba a los niños de la familia Bolívar el ejercicio de su propia fantasía, en exploración incansable a través de los pasadizos y senderos que comunicaban la casa paterna con la de los Palacios. Alguna larga y vacía habitación de misteriosos ecos los hacía estremecer con el recuerdo de duendes y aparecidos; ante una puerta mucho tiempo cerrada y cargada de telarañas, se preguntaban si tras ella se abriría un jardín de bellezas nunca vistas, si se guardaría allí un olvidado botín de oro y piedras preciosas, o si sería la entrada de un calabozo donde vivía en perpetuo encierro un loco o un criminal. Bajo la fronda de un jazminero se fabricaban minúsculas chozas, que les daban la ilusión de encontrarse en plena selva: o bien, dentro de alguna abandonada silla de mano, se convertían en grandes personajes que iban a visitar al señor Obispo o a la señora Marquesa.

Los regalos del tío Esteban —que recordaba después el Libertador—, serían con frecuencia animales poco familiares a los niños: una ardilla, una tortuga o un venadito. Quizás un burro, y hasta un caballo, cuidadosamente escogidos para los primeros paseos de Juan Vicente o de Simón. Según las costumbres de la época, se guardaban en el pesebre, que en lo más remoto del corral reunía los finos caballos de silla de los señores y la vaca con su ternerillo, que procuraba leche fresca a la familia. Y también podía ser regalo del tío el loro que desde un aro presenciaba el corretear de los chicos, y que de vez en cuando, excitado por el bullicio de éstos, los alertaba con agudos gritos o en voz baja y rezongona: —Juan, Juana, María, Simón.

Desgraciadamente, aquel ambiente cambió por completo con la muerte de doña Concepción, que ocurrió el 6 de julio de 1792, o sea, pocos días antes de cumplir Simón los nueve años. La tutela que ella ejercía pasó a su padre don Feliciano Palacios y Sojo, y los chicos siguieron viviendo

en la casa solariega, aunque dormían en la de aquel abuelo. Sin embargo, don Feliciano estaba ya tan enfermo, que en agosto del mismo 92 se ocupaba en su testamento, y dispuso que fueran designados tutores por separado a Juan Vicente y a Simón: para el primogénito señaló a don Juan Félix Palacios y Blanco, y para Simón al tío Esteban. Pero como éste se hallaba ausente en España, su hermano don Carlos Palacios y Blanco quedó encargado de la tutela a la muerte de don Feliciano, en diciembre de 1793.

Fue lo peor que podía ocurrir, porque don Carlos era un hombre de estrecha mentalidad y carácter duro. De tal manera, que a pesar de ser el mayor de los Palacios Blanco, no pensó en él su propio padre para designarlo tutor de uno de los menores, y sólo recibió la tutela de Simón, por la serie de incidentes que hemos mencionado. Además, no se había casado, y la atención que debía prestar a sus propiedades rurales lo alejaban frecuentemente de Caracas.

Fácil es, pues, imaginar cuál sería la situación de Simón a los once años. Sus dos hermanas mayores habían casado en el mismo año de la muerte de doña Concepción, y probablemente la negra Hipólita se había ido con María Antonia; el tío Esteban seguía en Madrid, y el abuelo, último refugio de cariño para los niños, murió, como hemos dicho, a fines de 1793. A consecuencia de este último acontecimiento, Juan Vicente y Simón debieron de separarse también, para seguir cada cual a su tutor. Simón quedó, pues, solitario, con la servidumbre y el tosco don Carlos; oprimido por éste, o desdeñado, cuando estaban juntos, y abandonado totalmente a sí mismo durante las frecuentes temporadas en que el tío solterón se iba al campo.

Nada tiene de extraño, por consiguiente, un suceso que ocurrió entonces y que comentado fuera de esa concatenación de fechas y de acontecimientos, algunos escritores han sobrevalorizado: el 23 de julio de 1795, justamente el día anterior al de cumplir sus doce años, Simón se fugó de la casa de don Carlos y buscó refugio en la de su hermana María Antonia. Así lo participan ésta y su esposo, don Pablo de Clemente y Francia, a la Real Audiencia el día 24; y tan abandonado estaba el niño, que cuando aquel Tribunal comenzó las diligencias no encontró a quién dirigirse: asienta que don Esteban, el tutor en propiedad, estaba en España, y don Carlos, el interino, no estaba en Caracas. Necesariamente ordena, pues, que Simón permanezca por ahora con su hermana "haciéndose saber a don Juan Nepomuceno Ribas y don Francisco Palacios, o el que de ellos estuviere encargado de su asistencia, le contribuya los alimentos correspondientes" [1].

---

1. Expediente ante la Real Audiencia de Caracas sobre domicilio tutelar del menor don Simón Bolívar. Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Nº 149, Caracas.

Don Carlos trató, sin embargo, de recuperar la custodia de Simón y comenzó entonces un ruidoso pleito entre las dos ramas de la familia. Don Carlos acusaba a María Antonia de haber estimulado la fuga del niño, lo cual no sería en realidad ni sorprendente ni reprobable, conocidas las condiciones en que aquél vivía; pero suponían además los hermanos Palacios Blanco que don Pablo Clemente y Francia codiciaba los bienes del menor, aunque don Pablo y María Antonia no pretendían la tutela propiamente dicha, sino tan sólo cuidar del chico. Tan violentos se mostraron los Palacios, que Esteban llegó a escribir a su hermano Carlos: "Destruye primero las rentas del pupilo en sacar a luz tus derechos que el que se rían esos pícaros de ti". Este exceso, que a primera vista resulta tan repulsivo, creemos, sin embargo, que no tiene tanto alcance como sugiere, pues Esteban, aunque hombre superficial, mereció siempre el cariño del Libertador. Por otra parte, cuando éste en 1830 se encontró arruinado, y tan perseguido por sus enemigos políticos que con razón temía carecer de lo más elemental si se iba al extranjero, Esteban le ofreció 10.000 pesos, que era todo cuanto podía reunir. Si consideramos que durante toda su vida Esteban sufrió por falta de recursos, que por esta razón le temía mucho a la miseria, que ya el año 30 estaba anciano y también se sentía perseguido, debemos considerar como un rasgo muy noble aquella oferta a su sobrino. Probablemente el escandaloso consejo que daba a su hermano Carlos, sólo expresaba su preocupación de que los gastos del proceso pesaran excesivamente sobre las rentas del pupilo.

Pero don Carlos sí se muestra, durante todo el incidente, torpe y violento. En una de sus exposiciones ante el Tribunal, manifiesta: "Al mismo tiempo que el pupilo me venera y se sujeta ciegamente a mi voluntad, estoy cierto de que me profesa mucho amor y la mejor ley"; lo cual no le impide acusarlo de "absolutamente desaplicado a todo género de instrucción" y atribuir su fuga al deseo de "escaparse del decente recogimiento" en que él lo tenía. Asimismo, a pesar del manifiesto abandono del niño, alega hipócritamente, para reclamarlo, que "los pupilos deben vivir junto con sus tutores, porque éstos son dados para la custodia, educación e instrucción de la persona de aquéllos, como fines principales, y como menos principales para la conservación, aumento y administración de sus bienes"; y de seguidas desmiente esta aparente finalidad de su reclamación declarando que es su intención "transferirle a casa de don Simón Rodríguez, maestro de la Escuela Pública de Primeras Letras, que siendo un sujeto de probidad y habilidad notorias y estando destinado por su oficio a la enseñanza de los niños, podía más cómodamente proveer a la educación de éste, teniéndole siempre a su vista y en su propia casa que es bastante cómoda y capaz". Esto a su vez resultó mentira, porque habiendo accedido el Tribunal a aquel traslado, en una inspección posterior que hizo a la casa de Rodríguez se comprobó que con él vivían "su legítima mujer doña María de los Santos Ronco, con tres criados o domésticos a su

servicio. su hermano don Cayetano Carreño, la mujer de éste doña María de Jesús Muñoz, con un niño recién nacido, don Pedro Piñero y un sobrino de éste, cinco niños pupilos entregados por sus padres y (sic) encargado de su educación y asistencia, e igualmente la suegra de dicho Rodríguez, la de su hermano y dos cuñadas de ocho y trece años". Como vemos, tan heterogéneo amontonamiento humano era algo bastante diferente a la casa que Simón había disfrutado y a la que tenía derecho por su fortuna; y era tal la escasez de recursos, origen de tal promiscuidad, que "el menor expresó estar regularmente servido, pero su maestro don Simón Rodríguez insinuó que le sería más útil y mejor a su tranquilidad y ocupaciones el que de su propia casa se le suministrasen los alimentos, porque su pobreza quizá no le permitiría muchas veces complacer el paladar del niño".

La "extracción" del menor del hogar de su hermana, para llevarlo a aquel internado, se hizo en la forma más odiosa. Primero se trató de que regresara con don Carlos, pero Simón se negó, "expresando que los magistrados no podían obligarle a que viviese en la (casa) de su tutor... que los tribunales bien podrían disponer de sus bienes, y hacer de ellos lo que quisiesen, mas no de su persona; y que si los esclavos tenían libertad para elegir amo a su satisfacción, por lo menos no debía negársele a él la de vivir en la casa que fuese de su agrado". Esta actitud del menor la consideraba su hermana como loable demostración de "constancia y firmeza", así como había advertido, contra la apreciación de don Carlos, que Simón era de "comprensión y talento no ordinarios, vivo y perspicaz para advertir las cosas". Según O'Leary, que probablemente lo sabía por confidencias de Bolívar, a éste, cuando era niño, le gustaba participar en la conversación de las personas mayores; lo cual también pudo considerar María Antonia como una demostración de feliz madurez; mientras que para don Carlos sería, por el contrario, prueba de un carácter irrespetuoso, según las ideas de la época y, sobre todo, las de aquel áspero solterón.

Pero en definitiva, aquel litigio tenía que decidirse en favor del tutor. Por disposición de la Real Audiencia, un escribano de ésta se presentó a las ocho de la noche en la casa de María Antonia, y aunque debía ser bastante impresionante el espectáculo —escribano, alguaciles, parientes del uno y del otro bando, solemnes requerimientos del Tribunal, curiosos deteniéndose en plena calle; y la noche cerrada, en hora que era entonces la de estar rezando para acostarse—, el niño volvió a resistirse y fue sacado a viva fuerza.

Don Pablo de Clemente y María Antonia narran ante la Audiencia lo sucedido, así: "Para su cumplimiento pasó el mismo don Carlos a mi casa, acompañado del predicho preceptor a la hora señalada en él, de las ocho de la noche. Y habiendo hecho nosotros la misma manifestación de dicho menor, halló en él la misma resistencia que antes para salir de

nuestra casa, asiéndose a mí, don Pablo, con gritos y lágrimas para que no permitiese que lo sacasen, en cuya vista, don Carlos le echó mano y lo llevó hasta la calle arrastrando".

"Con la bulla que ocasionaron los gritos y lágrimas del menor, se juntó en la calle no poca gente, y entre ella don Feliciano Palacios hermano de don Carlos y éste viendo la resistencia de aquél, y que permanecía asido a mí, don Pablo, le dio un golpe en los pechos y lo hizo desprender".

A pesar de eso —o por eso mismo— a los nueve días Simón se fugó de la nueva residencia que se le imponía. Afortunadamente por cortas horas y sin consecuencias, pues lo restituyó a ella amistosamente "el confesor del Ilustrísimo Señor Obispo, de cuya parte se me dejó recado para que no reprendiese al niño por el solo motivo de su fuga", según manifiesta a los magistrados don Simón Rodríguez.

A su vez incurrieron María Antonia y su esposo en un singular desacierto, y fue que, perdida la esperanza de recobrar a Simón, porque la Audiencia no consideraba conveniente "que el referido pupilo se eduque en la compañía de dichos don Pablo y doña María Antonia Bolívar, su hermana, así por el mucho amor de ésta, como porque uno y otra son demasiadamente mozos, y no de la mayor experiencia para precaver los inconvenientes que nacen de una educación voluntaria", los esposos Clemente Bolívar pidieron que al niño se le internara en el Colegio Seminario de Caracas. Ya esto lo había propuesto el Fiscal de aquel Tribunal, mientras la propia Audiencia indicaba el atroz arbitrio de que "algún sujeto de edad, madurez y de toda probidad... acompañe continuamente a dicho don Simón a casa del maestro y fuera de ella". Felizmente, don Carlos, secundado por don Simón Rodríguez, se opuso al empleo de aquel carcelero de vista que pretendía la Audiencia, y a que se internara a Simón en el Seminario; haciendo valer contra esta última pretensión que los internos de dicho Instituto "deben ser y son siempre adultos, para resistir a la dureza y fatiga de la comunidad"; que debían vestir "la opa y beca que les están señaladas por preciso distintivo, y cuyo vestuario es incompatible con el de militar que debe traer continuamente don Simón de Bolívar como destinado a la carrera de la milicia"; y, lo más obvio, que el menor no mostraba "vocación al estado eclesiástico... mirándola como incompatible con la posesión y goce de su mayorazgo que perdería por el mismo hecho de hacerse eclesiástico".

Inesperadamente todo terminó, porque el propio niño manifestó su deseo de volver a la casa de don Carlos, y así lo acordó el Tribunal. Aunque muy doloroso, el incidente había durado menos de tres meses.

III

"EL CAMINO DE LA PERFECCION SE COMPONE DE MODIFICACIONES FAVORABLES"

Aquel choque infantil que obligó al niño Bolívar a reflexionar prematuramente, más con el corazón que con la mente, tuvo en su vida una repercusión conmovedora. Ya hemos narrado que cuando se le quiso restituir a la casa de su tutor, el chico respondió "que los tribunales bien podían disponer de sus bienes, y hacer de ellos lo que quisieran, mas no de su persona; y que si los esclavos tenían libertad para elegir amo a su satisfacción, por lo menos no debía negársele a él la de vivir en la casa que fuese de su agrado". Pues bien, en 1824 encontramos que por circular de su Secretaría General, y por expresas órdenes suyas, se ampara a los esclavos que quieran cambiar de dueño, con un lenguaje tan desusado en las órdenes oficiales, que forzosamente nos hace recordar la vehemencia con que el pequeño Simón se expresó en 1795. Es grato transcribir todo el documento. Está fechado en Trujillo del Perú, el 24 de marzo de 1824, y dice así: "Todos los esclavos que quieran cambiar de señor, tengan o no tengan razón, y aun cuando sea por capricho, deben ser protegidos y debe obligarse a los amos a que les permitan cambiar de señor concediéndoles el tiempo necesario para que lo soliciten. S. E. previene a V. S. dispense a los pobres esclavos toda la protección imaginable del gobierno, pues es el colmo de la tiranía privar a estos miserables del triste consuelo de cambiar de dominador. Por esta orden S. E. suspende todas las leyes que los perjudiquen sobre la libertad de escoger amo a su arbitrio y por su sola voluntad. Comunique V. S. esta orden al Síndico Procurador General para que esté entendido de ella y dispense toda protección a los esclavos" [1].

Dijérase que el Libertador siente vivo aún el dolor de aquella violencia que se le hizo cuando lo extrajeron de la casa de su hermana, y resuelto ahora a prevenir las minucias curialescas con que se podían burlar sus disposiciones, no vacila en ordenar que se ampare a los esclavos, "tengan o no tengan razón". A él lo habían devuelto a la casa de su tutor en virtud de unas leyes más cuidadosas de respetar las formas jurídicas que de averiguar lo que estuviese ocurriendo en la mente y el corazón del atribulado niño; por eso, ahora, "suspende todas las leyes" que perjudiquen

1. *Decretos del Libertador.* Publicaciones de la Sociedad Bolivariana de Venezuela. Imprenta Nacional, Caracas, 1961, tomo I, pág. 289.

a los infelices negros, y ordena que se les dispense "toda la protección imaginable del gobierno".

Encontramos comprobado así, una vez más, que los traumas infantiles tienen repercusiones bienhechoras y nobles o perniciosas y desmoralizadoras, según otros factores del desarrollo espiritual que siguen en el misterio. También el espíritu humano posee, como nuestro cuerpo, fuerzas vitales capaces de anular o transformar los choques perniciosos que la vida inevitablemente nos ha de producir, desde la infancia. En numerosas ocasiones insistirá el Libertador en abolir la esclavitud, o al menos dulcificarla; y casi siempre sus alegatos tienen un calor de humanidad que excede en mucho del simple propósito político. En comunicación al Congreso de Colombia, en 1821, clama: "Los hijos de los esclavos que en adelante hayan de nacer en Colombia deben ser libres, porque estos seres no pertenecen más que a Dios y a sus padres, y ni Dios ni sus padres los quieren infelices"[1]. No duda tampoco en arriesgar por ello su prestigio. Comentando su proyecto de Constitución para Bolivia, expresa: "Mi discurso contiene ideas algo fuertes, porque he creído que las circunstancias así lo exigían; que los intolerantes y los amos de esclavos verán mi discurso con horror, mas yo debía hablar así, porque creo que tengo razón y que la política se acuerda en esta parte con la verdad"[2]. ¡Cuántas veces lo movería a esa patética actitud el recuerdo de aquel momento de congoja, en que el niño que parecía rodeado de todos los privilegios se sintió tan desamparado como un esclavo!

Naturalmente se abre aquí una interrogación muy importante: ¿volvió Simón realmente por su libre voluntad a la casa de don Carlos, o cedió ante las coacciones que de un lado y otro se desataron contra él?

Es indudable que, aparte de la presión material, aquella insensata querella entre sus parientes más próximos pudo quebrantar la voluntad del niño. Pero el hecho de que no volvieran a manifestarse en él desajustes en la conducta, nos induce a pensar que aquí comenzó sobre el futuro Libertador la benéfica influencia de don Simón Rodríguez.

Debemos, sin embargo, estudiar el caso, porque desde 1795, en que Bolívar tenía doce años, hasta 1799 en que marchó a España antes de cumplir los quince, transcurre la época menos conocida de su vida. Y, desde luego, como tema de sicología, una de las más interesantes. Se sabe, por cartas suyas, que recibió lecciones de cuatro maestros: el Padre Andújar, Guillermo Pelgrón, Andrés Bello y Simón Rodríguez. Tomás Cipriano de Mosquera menciona también, probablemente por confidencias del mismo Bolívar, a otros dos maestros: Carrasco y Vides y el presbítero José Antonio Negrete; pero éstos, sin duda alguna, no tuvieron influencia

---

1. *Cartas*, tomo II, pág. 321.
2. *Cartas*, tomo V, pág. 323.

en la formación espiritual del joven. Lo mismo puede decirse del Padre Andújar, que le enseñaba matemáticas, porque aunque este sacerdote debía de ser persona de acusada personalidad, ya que Humboldt lo recordaba muchos años después como "uno de nuestros amigos", sus relaciones con Bolívar no fueron prolongadas ni íntimas [1]. Guillermo Pelgrón y su familia fueron siempre muy apreciados por el Libertador, pero sobre todo porque se consagraron también al servicio de la patria, y para 1814 dos de los hijos de aquel maestro habían dado su vida por ella y otro estaba gravemente herido. Sobre don Andrés Bello dejó Bolívar un testimonio en el cual se advierte lo que los unía y lo que los separaba: "Ultimamente —decía en carta de 1829 a don José Fernández Madriz—, se le han mandado tres mil pesos a Bello para que pase a Francia; y yo ruego a Ud. encarecidamente que no deje perder a ese ilustrado amigo en el país de la anarquía. Persuada Ud. a Bello que lo menos malo que tiene la América es Colombia, y que si quiere ser empleado en este país que lo diga y se le dará un buen destino. Su patria debe ser preferida a todo; y él es digno de ocupar un puesto muy importante en ella. Yo conozco la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío: fue mi maestro cuando teníamos la misma edad, y yo le amaba con respeto. Su esquivez nos ha tenido separados en cierto modo, y, por lo mismo, deseo reconciliarme: es decir, ganarlo para Colombia" [2].

Pero Bello sólo tenía 14 años en 1795; su ascendiente sobre Bolívar, que se adivina de índole intelectual más que afectiva, debe situarse, pues, en años posteriores. El verdadero maestro del Libertador, con sentido exclusivo, fue, pues, don Simón Rodríguez; y desde este primer encuentro con su alumno debemos dedicarle amplio campo al estudio de la acción formativa que ejerció sobre su predestinado discípulo.

Desde muy joven, durante el régimen español, llegó don Simón Rodríguez a ser ventajosamente conocido; y hasta podemos decir que gozaba de un respeto sorprendente, pues muy difícil debía ser, para un maestro pobre, arrancar pruebas de estimación como las que veremos, a aquella sociedad aristocrática. Desde años antes del proceso narrado dirigía en Caracas una escuela pública, a la cual concurrían los propios hijos del gobernador Guglielmi y los niños más distinguidos de la ciudad, Mariano, Tomás y Juan Pablo Montilla, Leandro Palacios, Juan Paz del Castillo, Tomás Lander, Bolívar. Había presentado también al Ayuntamiento, en 1794, una ambiciosa representación titulada: *Reflexiones sobre los defectos que vician la escuela de primeras letras en Caracas y modo de lograr su reforma por un nuevo establecimiento*", y si recordamos que tales iniciativas muy pocas veces se vieron en aquellos días, aun en España, no debemos vacilar en incluir a aquel joven maestro de 22 años entre los

1. Humboldt, *Viaje...*, tomo II, pág. 445.
2. *Cartas*, tomo VIII, pág. 304.

hombres de pensamiento que en cierto modo representan la emancipación espiritual del país antes de haberse realizado su emancipación política. En la familia materna de Bolívar gozaba fama de hombre cuidadoso y muy honrado, y aunque don Feliciano Palacios y Sojo sólo le da el humilde título de amanuense, debía de apreciarlo mucho, porque encargó para él a España, libros por valor de 2.088 reales, cuantiosa cantidad para entonces. A propósito de ellos escribía además a su hijo Esteban: "...son para el amanuense que me escribe que es don Simón el hermano de Cayetanito Carreño. Es hombre muy de bien y de bastante habilidad para llevar mis asuntos...".

En el expediente que hemos analizado a propósito de la fuga de Simón, coinciden también todos en elogiar a Rodríguez. Don Carlos Palacios dice que es "sujeto de probidad y habilidad notoria"; María Antonia Bolívar, refiriéndose a la escuela que regentaba don Simón, reconoce "la arreglada enseñanza y sana doctrina de ella y de su maestro"; la Real Audiencia lo llama "sujeto de notoria probidad y habilidad en su oficio", y finalmente, cuando don Carlos Palacios se opone a que Simón sea internado en el seminario, no vacila en decir: "No se divisa cual sea la mayor ventaja que va el pupilo a ganar en ser transferido al Seminario Conciliar, porque si allí ha de estar al cuidado del rector y en su defecto del vicerrector, los cuales son personas de notoria probidad y santidad, destinados por su empleo a la educación de los jóvenes, aquí, quiero decir en la casa de don Simón Rodríguez, vive y vivirá el pupilo bajo la inmediata custodia y superior dirección de éste, que es sujeto no de menor virtud y probidad que aquéllos". Lo cual era mucho decir en una época en que la condición sacerdotal no admitía parangón.

Consta también en los mismos documentos que el niño Bolívar, al manifestar al tribunal su deseo de volver a la casa de su tutor, añadió: "Continuando bajo la enseñanza y dirección de su maestro don Simón Narciso Rodríguez". Y como al mismo tiempo éste renunció a la dirección de la escuela pública y Bolívar fue retirado de ella, en septiembre y octubre respectivamente del mismo año 1795, es lógico inferir que fue para que Rodríguez se encargara del cuido y educación del menor. Se realizaba así, además, lo que aparece ser en definitiva el acuerdo de todos, pues en el auto final de la Real Audiencia leemos: "En atención a lo expuesto por el menor don Simón de Bolívar y a lo representado por don Pablo Clemente y Francia, doña María Antonia Bolívar y don Carlos Palacios, su tutor, pase dicho menor a vivir a la casa y cuidado de éste, como lo solicita, con prevención al citado don Carlos que siendo como le será indispensable celar sus haciendas y las de su menor, haciendo para ello ausencias de esta capital, solicite una persona de respeto, si posible fuera sacerdote, que esté a la mira y viva con él, procurando su mejor educación y asistencia diaria a los estudios".

Para afirmar que fue don Simón Rodríguez la persona elegida para aquella misión, encontramos, además de todo lo narrado, otro indicio muy significativo: si sus relaciones con el niño hubieran terminado con aquel enojoso accidente, es seguro que Bolívar habría conservado un detestable recuerdo de la casa de Rodríguez, donde se le había recluido a la fuerza y sólo encontró un ambiente de pobreza y de promiscuidad. No fue, sin embargo, así, y aparte de su devoción por don Simón Rodríguez, también a su hermano Cayetano y a toda su familia le demostró siempre cariño y respeto. Para don Cayetano existe una carta del Libertador, fecha 27 de junio de 1825, en la cual lo llama por dos veces "mi querido amigo", elogia a don Simón como filósofo y hombre desinteresado, y termina afectuosamente: "El año que viene nos iremos para Colombia y allá nos veremos" [1]. Inusitada demostración de familiaridad de parte de un hombre que estaba tan alto.

Pero es sobre todo en el inalterable acatamiento que Bolívar tributó siempre a Rodríguez, donde debemos ver la prueba de que la afinidad espiritual que los unía comenzó en la propia época en que, de muchacho dolorido y en peligro de ser un amargado, Rodríguez lo rescató gracias a su prodigiosa intuición pedagógica y lo convirtió en un adolescente entusiasta.

Cuando diez años después Bolívar llegó a Europa, ya adulto y libre, pero demasiado joven y sacudido por otra crisis decisiva —la de su prematura viudez y su vida sin orientación—, buscó por su propia voluntad a don Simón Rodríguez; con otros jóvenes hispanoamericanos convivió con él en amable camaradería, lo llevó consigo en su viaje a Italia y se sometió de nuevo a su dirección espiritual.

Y en 1823, cuando ya Libertador de una gran parte de la América, pero terriblemente angustiado por los resultados que podía tener la campaña del Perú, lo asediaban también las dificultades de organizar este nuevo mundo, que lo aclamaba como árbitro pero no siempre lo obedecía, apenas supo que don Simón había regresado a la América, le escribió al Vicepresidente Santander: "He sabido que ha llegado de París un amigo mío, don Simón Rodríguez; si es verdad, haga Ud. por él cuanto merece un sabio y un amigo mío que adoro. Es un filósofo consumado, y un patriota

1. *Cartas*, tomo XI, pág. 281. Contrasta extraordinariamente con esta actitud, la animadversión que siempre conservó Bolívar por don Carlos Palacios. "No existen de él para don Carlos —observa Monseñor Navarro— sino dos cartas tardías, una de Bilbao y otra de Caracas mismo, en tono seco y casi áspero, sobre arreglo de cuentas". Más que áspera, la última, que es de 1803, cuando Bolívar, ya emancipado, recibió de don Carlos las cuentas de su tutela. Crudamente le dice que no puede aprobarlas sin un examen que debe tardar más de un mes, y añade: "Si a mi llegada a esta ciudad, Ud. hubiese rendido las expresadas cuentas, yo habría tenido lugar de examinarlas y a esta fecha ya estaríamos fuera de este cuidado". Basta recordar el conocido desinterés de Bolívar y la cortesía que siempre guardó en su correspondencia, aun con los enemigos, para afirmar que esta carta a su tío es excepcional.

sin igual, es el Sócrates de Caracas, aunque en pleito con su mujer, como el otro con Jantipa, para que no le falte nada socrático. Dígale Ud. que me escriba mucho; y dele Ud. dinero de mi parte librándolo contra mi apoderado de Caracas. Si puede que me venga a ver".

Al propio don Simón le escribió en enero del 24, y comenzaba por reprocharle cariñosamente no haber ido a verle: "¡Oh, mi maestro! ¡Oh, mi amigo! ¡Oh, mi Robinson! Ud. en Colombia, Ud. en Bogotá y nada me ha dicho, nada me ha escrito". Y agrega este estupendo recuerdo consagratorio: "Ud. maestro mío, cuánto debe haberme contemplado de cerca aunque colocado a tan remota distancia. Con qué avidez habrá seguido Ud. mis pasos; estos pasos dirigidos muy anticipadamente por Ud. mismo. Ud. formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso".

En otro párrafo, agrega: "En fin, Ud. ha visto mi conducta; Ud. ha visto mis pensamientos escritos, mi alma pintada en el papel, y Ud. no habrá dejado de decirse: todo esto es mío, yo sembré esta planta, yo la regué, yo la enderecé tierna...". Lo cual es una prueba más de que la influencia de Rodríguez debe situarse en aquellos años que fueron decisivos para Bolívar niño.

Enfermo, preocupado y triste se encontraba el Libertador en esos días de su carta a Rodríguez, el año 24, y poco antes había escrito a Sucre: "Estoy pronto a dar una batalla a los españoles para terminar la guerra de América, pero no más. Me hallo cansado, estoy viejo y ya no tengo nada que esperar de la suerte; por el contrario, estoy como un rico muy avaro, que tengo mucho miedo de que me roben mi dinero; todo son temores e inquietudes; me parece que, de un momento a otro, pierdo mi reputación, que es la recompensa y la fortuna que he sacado de tan inmenso sacrificio".

Todavía le doblegaba aquel abatimiento, tan contrario a su carácter, cuatro meses después, y vuelve a pensar en Rodríguez como consejero y amigo, a pesar de que el orgulloso maestro no se había apresurado a buscarlo. En carta a Santander, fecha 6 de mayo de 1824, Bolívar insiste: "A don Simón Rodríguez dele Ud. dinero de mi parte, que yo lo pago todo, para que me venga a ver. Yo amo a ese hombre con locura. Fue mi maestro y mi compañero de viajes, y es un genio, un portento de gracia y de talento para el que lo sabe descubrir y apreciar. Todo lo que diga yo de Rodríguez es nada en comparación de lo que me queda. Yo sería feliz si lo tuviera a mi lado, porque cada uno tiene su flaco. Empéñese Ud. porque se venga, en lo que me hará Ud. un gran servicio; porque este hombre es muy agradable y, al mismo tiempo, puede serme útil. Con él podría yo escribir las memorias de mi vida. El es un maestro que enseña divirtiendo, y un amanuense que da preceptos a su dictante. El es todo para mí. Cuando yo le conocía valía infinito. Mucho debe haber

cambiado, para que yo me engañe. Gire Ud. contra mí el dinero que le dé y mándelo. Yo tengo necesidad de satisfacer estas pasiones viriles, ya que las ilusiones de mi juventud se han apagado. En lugar de una amante, quiero tener a mi lado un filósofo; pues, en el día, yo prefiero Sócrates a la hermosa Aspasia".

Y no era tan sólo Bolívar quien guardaba tales recuerdos de don Simón. Otro de sus discípulos, Juan Paz del Castillo, que en 1824 había ascendido hasta el grado de general, participaba en aquel año al Libertador la llegada de Rodríguez y le hablaba de pasar el resto de su vida "en su compañía amigable que hizo los encantos de nuestros primeros años".

Sin embargo, a pesar de que tantos documentos coincidentes nos demuestran la calidad espiritual de Rodríguez y que Bolívar en sus conflictos espirituales lo buscó siempre que pudo, eminentes historiadores venezolanos han negado la influencia que tuvo sobre el Libertador. Creemos que ello se deba principalmente a la fama de excéntrico que adquirió después aquel incomparable maestro, y a la combatiente irreligiosidad que se le atribuía; por lo cual algunos escritores desdeñaron profundizar en sus audaces iniciativas de reformador social y otros sentían heridas sus creencias por el pensamiento de que la niñez de Bolívar hubiera sido confiada a la dirección de un descreído.

Sobre las excentricidades de don Simón, debemos admitir que ya anciano y exacerbada su natural altivez por diferentes causas, se habituó a desafiar al mundo usando sarcasmos que parecían cínicos; y también su travieso ingenio se complacía en escandalizar aun a las personas más respetables, como sucedió con don Andrés Bello. Pero de la copiosa leyenda que nació de esta actitud podemos restar hoy, con pruebas irrefutables, muchas patrañas; lo cual nos permite deducir que en los otros puntos la fantasía debió de exceder en mucho a la realidad. Se dijo, por ejemplo, que don Simón había abandonado su apellido paterno, Carreño, a consecuencia de una disputa sobre religión con su hermano Cayetano, que era creyente y con el cual se disgustó definitivamente. No es verdad, puesto que en el expediente varias veces mencionado se puede ver que ya firmaba Simón Narciso Rodríguez, y vivía, sin embargo, en la misma casa con su hermano. Rodríguez era su apellido materno, y en aquellos tiempos ocurría con frecuencia —aun en las familias más distinguidas— que algunos de sus miembros cambiaran un apellido por el otro. También se dijo que por espíritu blasfematorio no había querido poner a sus hijos nombres de santos, sino de vegetales; pero la verdad es que por ninguna parte se vieron tales hijos de nombres estrafalarios. Según parece, a una chiquilla que presentaba como su hija la llamaba cariñosamente *zanahoria*, y de allí pudo nacer la leyenda. Igualmente falso —o cuando menos, exagerado—, es que Rodríguez abandonara totalmente a su esposa. Que no se llevaba bien con ella es verdad, según nos lo dice Bolívar al recordar

en ese sentido los pleitos de Sócrates y Jantipa; pero por otra carta del Libertador sabemos que Rodríguez, en aquella misma época, le asignó a su esposa cien pesos mensuales, apenas hubo comenzado a recibir sueldo regularmente. Acerca de su irreligiosidad tampoco dejaremos de recordar que en su estudio *Sociedades Americanas* y a propósito de la inmigración que podía introducir el luteranismo en América, encontramos esta curiosa afirmación, muy parecida a las de los católicos más intransigentes: "Que la pluralidad de cultos no es admisible en todos los lugares, en todos los tiempos ni en todas las circunstancias". Y en su partida de defunción consta que recibió los últimos sacramentos. Si en puntos tan precisos la leyenda deformó de tal modo la verdad, ¿no es lógico restar mucho de todo lo demás?

Es cierto que, como hemos dicho, él mismo estimulaba aquellas patrañas por desprecio a la gazmoñería con que se le juzgaba: "Las explicaciones tienen siempre el aire de chismes", le escribía arrogantemente a Bolívar en 1826 [1]. Hasta en las raras ocasiones en que accedió a justificarse, no abandonó su tono desafiante. A unos amigos que en el Ecuador le interrogaban sobre aquella supuesta particularidad de los nombres que daba a sus hijos, les contestó: "Si yo fuese judío, hubiera llamado a mis hijos como me llamo yo, Simón, que es nombre bien judío; o Lucas, o Marcos, o Juan, de que usaron los hebreos; si yo fuera hereje, les habría puesto los nombres de Abraham, Isaac o Jacob, que llevaban los patriarcas muchos años antes de la venida de Cristo. Pero la verdad es que no soy judío, ni tampoco hereje y con que Dios sepa lo que soy, me sobra y basta" [2].

También para los espíritus rutinarios aparecerían como excentricidades sus ideas de reforma social. En una época en que Europa se recreaba en su propia perfección y los otros pueblos sólo anhelaban importar las ideas e instituciones europeas, don Simón tenía la audacia de escribir: "La Europa es ignorante, no en literatura, no en ciencias, no en arte, no en industrias; pero sí en política. Un velo brillante cubre en el viejo mundo el cuadro más horroroso de miseria y de vicios". Un siglo después comenzaron a verse las consecuencias de esa miseria y de esos vicios, ¡y todavía no se ha encontrado remedio al profundo conflicto que engendraron!

Refiriéndose a las disposiciones que tomó el Libertador sobre la educación en Bolivia, algunas de ellas bajo la influencia del propio don Simón, explicaba: "Expidió un decreto para que se recogiesen los niños pobres de ambos sexos... no en *Casas de Misericordia* a hilar por cuenta del Estado, no en *Conventos* a rogar a Dios por sus bienhechores, no en *cárceles* a purgar las miserias o los vicios de sus padres, no en *hospicios*

1. O'Leary, tomo IX, pág. 513.
2. *Escritos de Simón Rodríguez*. Compilación y estudio bibliográfico por Pedro Grases. Prólogo por Arturo Uslar Pietri. Caracas, 1954. Ver también la obra crítica de don J. A. Cova, *Don Simón Rodríguez, Primer Socialista Americano*". Caracas, 1947.

a pasar sus primeros años aprendiendo a servir, para merecer la preferencia de ser vendidos a los que buscan criados fieles o esposas inocentes... los niños se habían de recoger en casas cómodas y aseadas con piezas destinadas a talleres... se daba ocupación a los padres de los niños recogidos, si tenían fuerzas para trabajar... tanto los alumnos como sus padres gozaban de libertad, ni los niños eran frailes, ni los viejos presidiarios".

En medio del adocenado pensamiento político de entonces, y de todos los tiempos, era difícil que alguien se detuviera a analizar aquellos proyectos que, por otra parte, su empecinado autor sólo defendía látigo en mano: "Al verme recoger niños pobres —escribía a Bolívar— unos piensan que mi intención es hacerme llevar al cielo por los huérfanos... y otros que conspiro a desmoralizarlos para que me acompañen al infierno. Sólo Ud. sabe, porque lo ve como yo, que para hacer repúblicas es menester gente nueva, y que de la que se llama decente lo más que se puede conseguir es que no ofenda... Puede ser que la fortuna me ayude al fin y Ud. ha de ser mi Reina de España...".

Esa comparación de sí mismo con Colón, acude con frecuencia a su pluma, y el comentarista frívolo quizá sólo vea en ella candidez o megalomanía. La verdad es que aquella reiterada alusión nacía, por el contrario, de esta generosa y conmovedora esperanza: que en los niños, y sobre todo en los niños americanos, existía todo un mundo por descubrir.

¿Y acaso no es todavía verdad? Tres mil años antes de Cristo el hombre fue capaz de concebir y realizar obras materiales portentosas, y también ya anhelaba entonces bondad y justicia; sin embargo, en nuestros días no sabe aún cómo debe educarse al niño. Una persona medianamente instruida conoce multitud de cosas sobre el mundo que nos rodea y sobre cuerpos celestes que están a distancias apenas concebibles, pero si el hombre más sabio baja sus miradas de esa lejanía sobre su propio hijo, se siente perplejo como ante un mundo desconocido.

Ese es el enigma que obsesiona al pedagogo, porque lo considera la clave de todos los problemas humanos. Don Simón Rodríguez lo sentía, además, con una intensidad llena de esperanza: "Hoy se piensa —escribía— como nunca se había pensado, se oyen cosas que nunca se habían oído, se escribe como nunca se había escrito, y esto va formando opinión en favor de una reforma que nunca se había intentado, *la de la sociedad*". En esto fue indomable. Muerto el Libertador y acorralado él mismo por la vejez, la miseria y el conformismo ambiente, todavía clamaba: "Quién sabe si las observaciones de un viejo, que está pensando en la gloria en lugar de pensar en su entierro, no hacen que los americanos abran los ojos sobre la suerte de sus hijos, y, en parte, sobre la suya".

Se ha dicho que era un roussoniano; pero aunque el destino le concedió el arquetipo del Emilio, rico, independiente y genial, y a pesar de que

tal discípulo lo recompensaba diciéndole: "Ud. formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso", triunfo éste que hubiera deslumbrado a Rousseau, la ambición de Rodríguez alcanzaba más lejos, deseaba ser el maestro de los niños pobres: "Entre tantos hombres de juicio —clamaba—, de talento, de algún caudal, como cuenta la América, entre tantos bien intencionados, entre tantos patriotas..., no hay uno que ponga los ojos en los niños pobres. No obstante, en éstos está la industria que piden, la riqueza que desean, la milicia que necesitan, en una palabra... la Patria". Y como si se sintiera con fuerzas para salir adelante con todos los problemas del continente a cuestas, pedía: "Dénseme los muchachos pobres, o dénseme los que los hacendados declaran libres al nacer, o no pueden enseñar o abandonan por rudos, o dénseme los que la Inclusa bota...".

¿Y si no se iba a intentar eso, para qué independizar a la América? ¿Para exhibir repúblicas librescas sin hacer "gente nueva"? ¿Para que servilmente dócil a la moral y a las ideas europeas, este nuevo mundo renunciara a su destino y se conformara con unir sus extravíos a aquel hormiguero de "miseria y de vicios" que bullía bajo el brillante escenario de Europa? Hoy podemos apreciar las consecuencias de estas interrogaciones; pero entonces sólo a Bolívar podía dirigirse Rodríguez con la desesperada invocación: "Usted lo sabe porque lo ve como yo".

Muchas de estas ideas no existirían aún, claro está, en el joven maestro que con el simple título de amanuense entró en la casa de los Bolívar; pero su proyecto de reorganizar la enseñanza primaria en Caracas nos indica que ya meditaba en una vida más amplia para su país; exigente imagen que a su vez abriría cauce a las fuerzas sin empleo de su discípulo.

Con algunas de las máximas pedagógicas y políticas que después escribió don Simón Rodríguez, podemos reconstruir lo que significaría para Bolívar el encuentro con él en aquellos momentos de crisis. El tosco don Carlos opinaba en una carta a Esteban Palacios que a su sobrino era preciso "hablarle gordo"; don Simón Rodríguez, por el contrario, tenía como guía pedagógica que "por cálculos no dispone el hombre de sus pasiones; la filosofía consiste en conocerse, no en contrahacerse", y con sabia parsimonia se dedicaría a libertar la fantasía de su discípulo de las menudas travesuras infantiles que la ocupaban, para corregirlo sin desfigurarlo.

No se proponía destruir sus pasiones, sino darles sentido y finalidad. No quería que el niño fuera entre sus manos cera dúctil, según era costumbre unánime en la época, sino ordenar armoniosamente los elementos vitales de su personalidad. No se proponía apoderarse de aquel espíritu, sino "partearlo", extraerlo con cuidado y habilidad del seno de sus propias confusiones. Por eso después Bolívar, reiteradas veces, lo compararía a Sócrates.

"El camino de la perfección se compone de modificaciones favorables", era otra máxima de don Simón Rodríguez en la cual se expresa también la misma idea de que es necesario aceptar la realidad para superarla, de que es preciso respetar el curso cambiante de las cosas, sin desistir por eso de dirigir nuestro destino. Y ningún pensamiento podía ser más adecuado que ese para servir de emblema al carácter bolivariano.

La perfección no se obtiene de una vez y definitivamente, como la beatitud celestial; nos acercamos a ella mediante adquisiciones que es necesario lograr y defender día a día. No es un estado, sino un camino. Así, a través de repetidas modificaciones favorables conquistaría Bolívar la síntesis de grandeza moral a que llega en los diez últimos años de su vida. También por medio de rectificaciones incesantes se desarrollan todas sus empresas, entre alternativas de fracasos y victorias que su constancia supera, imperturbable. Si analizamos sus campañas, aunque no se puede decir que en todas venció, sí puede asegurarse que nunca fue vencido, porque siempre estuvo presto a recomenzar con fe y valor inagotables.

Es también la virtud que Bolívar predica incesantemente. En su *Memoria* a los habitantes de Nueva Granada, diciembre de 1815, observa: "El soldado bisoño lo cree todo perdido, desde que es derrotado una vez; porque la experiencia no le ha probado que el valor, la habilidad y la constancia corrigen la mala fortuna" [1]. En 1817, al cabo de tres años de continuada adversidad, escribe a Briceño Méndez: "¿No volarán Uds. a romper los grillos de los otros hermanos que sufren la tiranía enemiga? Sí, sí, Uds. volarán conmigo hasta el rico Perú. Nuestros destinos nos llaman a las extremidades del mundo americano... La fortuna no debe luchar vencedora contra quienes la muerte no intimida..." [2]. Hasta del francés toma un proverbio en el mismo sentido: "*A force de forger on devient forgeron*", le recuerda a Santander en 1820 [3]. Y cuando en el Perú lucha contra un enemigo que podía reunir hasta 20.000 hombres, y tiene que ocuparse a la vez en apaciguar las disensiones civiles y reanimar la moral de los republicanos, escribe, sin embargo, a Sucre: "El cuadro es horroroso, pero no me espanta, porque estamos acostumbrados a ver muy de cerca fantasmas más horribles, que han desaparecido al acercarnos a ellos".

Pero durante aquella primera convivencia de Rodríguez y Bolívar, la recompensa sin igual para el maestro sería observar que aquellas modificaciones favorables, a cuya perseverante ordenación confiaba la perfectibilidad del carácter, iban surgiendo día a día en el niño que se le había confiado. "Un portento de gracia y de talento... un maestro que

1. *Cartas*, tomo I, pág. 38.
2. *Cartas*, tomo I, pág. 250.
3. *Cartas*, tomo II, pág. 190.

enseña divirtiendo", recordaría después el Libertador. ¡Pero qué sentimiento de triunfo exaltaría también al fervoroso pedagogo al observar que el chico, tan desdeñado por don Carlos, seguía con extasiada atención sus lecciones! Y sobre todo, que era dócil ante la única persona que, por la posición subalterna que ocupaba, hubiera podido considerar inferior a él.

Muchos de aquellos "libros extranjeros" —como los llamaría Baralt—, en los cuales aprendieron los criollos la historia y la literatura de otros pueblos, antes de que conocieran las de España, y que al encanto de lo nuevo añadían con frecuencia la magia de lo prohibido, debían ofrecer, tanto al maestro como al discípulo, espléndidos descubrimientos.

La historia no era todavía una ciencia, ni era ya simple crónica de sucesos pasados. El altisonante *pathos* de la época le daba, también a ella, su particular animación. Era, como la tragedia a lo Racine y como también las de Voltaire, canto épico y lección de moral intrépida, escenario de héroes y estímulo para la acción. Es fácil imaginar, pues, con cuánto calor Rodríguez —que era todavía joven, no lo olvidemos—, la aprovecharía para trasladar al ánimo de su discípulo las máximas con que alimentaba sus propios sueños y ambiciones. Por ejemplo, ésta que más tarde usó en la defensa del Libertador: "Todos saben que el que no hace nada no está expuesto a reconvenciones, porque nunca yerra; la inacción es un yerro que vale por muchos"; o esta otra, improvisada quizá después de haber leído, juntos, alguna de las *Vidas de Plutarco*: "El hombre que no nació para emprender cosas grandes, nunca aparece en el lugar donde se ejecutan"; solapados desafíos que llevaban al discípulo a meditar sobre su porvenir y le dejaban clavadas en el corazón punzantes interrogaciones.

Poco a poco las fuerzas del adolescente, que sin objetivo se hubieran convertido en extravíos, encontraban índice orientador en la cariñosa sagacidad del maestro. María Antonia Bolívar reprochaba a don Carlos Palacios haber abandonado la vigilancia de su pupilo, y que éste andaba en "paseos a pie y a caballo y, lo que es peor, en juntas de otros muchachos no de su clase". Hoy debemos juzgar como un feliz azar aquellas escapatorias de Bolívar fuera del artificioso cuadriculado a que lo sometía su posición social. En esos paseos adquirió el futuro Libertador aquel tino en el trato, que espontáneamente hermanaba el señorío y la afabilidad. Pero, sobre todo, aprendió a conocer y amar al que debía ser su pueblo, el heterogéneo y dramático pueblo de Venezuela. Ya veremos cómo, desde los días iniciales de la Revolución, comenzó a aparecer en él, gracias a aquellas adquisiciones, el futuro conductor de multitudes.

Era preciso evitar, sin embargo, que la súbita emancipación del chico degenerara en vulgaridad, y que, si le llegaba el caso de actuar en aquella reforma de la sociedad que Rodríguez veía próxima, se convirtiera en

un demagogo irresponsable. ¡Si lo sabría este maestro, que necesitaba recordarlo continuamente para su propio dominio! Bajo su prematura gravedad sentía subir a menudo el encontrado oleaje de su juventud, y una irresistible simpatía lo aproximaba entonces a aquel muchacho, que como él mismo, era un barquichuelo equipado con el velamen de una fragata.

Por eso esta primera educación de Bolívar es de los temas que permiten explorar acontecimientos de la vida espiritual que parecen aventuras novelescas. Rodríguez, a pesar de sus iniciativas para renovar la enseñanza pública en Caracas, se había visto hasta entonces constreñido por la miseria a la promiscuidad de aquella casa suya, donde pupilos y discípulos presenciaban las intimidades de varias familias; y ni siquiera recibían alimentación adecuada. Ahora, por el contrario, en la hermosa casa de Bolívar encontraba silencio para la reflexión, jardines para el académico paseo, libros bien escogidos a la mano; y, sobre todo, un discípulo al cual consagrarse exclusivamente, y tal como lo pidiera Rousseau: huérfano, rico, sano y de fino linaje. El niño Bolívar encontraba por su parte un maestro como jamás había visto: sin pedantería, entusiasta, buen compañero en las lecturas tanto como en los paseos; tan cuidadoso, que el exigente don Feliciano lo elogiaba por esa virtud, y a la vez de tan ardiente imaginación que toda enseñanza se transformaba en sus labios en vivientes evocaciones.

Por eso no vacilamos en afirmar también que aquella crisis infantil que obligó a Bolívar a huir de la casa de don Carlos, y el contraste que representó para él la compañía de don Simón Rodríguez, fue la causa principal del minucioso cuidado que el Libertador demostró después por la formación de la niñez. Claro está que este interés puede explicarse como un aspecto de su actividad política, dirigida invariablemente a planes de largo alcance y a forjar ciudadanos para estas nuevas repúblicas. Pero su insistencia en numerosos pormenores, que trata en sus proyectos como un pedagogo profesional, más que como un hombre de Estado, indica que los problemas espirituales relacionados con la educación le llegaban a lo más profundo. Así, cuando en el cenit de su carrera, treinta años después de aquel suceso, redacta un borrador sobre la Instrucción Pública, el calor con que se expresa indica una raigambre emotiva que viene desde muy lejos. "Los premios y castigos morales —escribe—, deben ser el estímulo de racionales tiernos; el rigor y el azote, el de las bestias". Y añade que aquél es el único sistema que "produce la elevación del espíritu, nobleza y dignidad en los sentimientos, decencia en las acciones. Contribuye en gran manera a formar la moral del hombre, creando en su interior ese tesoro inestimable por el cual es justo, generoso, humano, dócil, moderado, en una palabra, hombre de bien" [1].

1. *Papeles de Bolívar*, publicados por don Vicente Lecuna. Caracas, 1917, pág. 301. Citado también en la valiosísima obra del doctor Armando Rojas, *Ideas educativas de Simón Bolívar*, 1951.

Señala también el Libertador la diferencia entre el maestro brutal y pedante, que entonces debían soportar todos los niños, y el hombre generoso y de sencillos modales, el "filósofo benigno", que el Estado debía elegir para formar ciudadanos. "El Director de una escuela —leemos—, es decir, el hombre generoso y amante de la Patria, que sacrificando su reposo y su libertad se consagra al penoso ejercicio de crearle ciudadanos al Estado, que le defiendan, le ilustren, le santifiquen, le embellezcan, y le engendren otros tan dignos como él, es sin duda benemérito de la patria... Claro está que no hablo de los que llaman maestros de escuela; es decir, de aquellos hombres comunes, que armados del azote, de un ceño tétrico y de una declamación perpetua, ofrecen más bien la imagen de Plutón que la de un filósofo benigno... es la escuela de los espíritus serviles, donde se aprende con otros vicios el disimulo y la hipocresía, y donde el miedo no permite al corazón el goce de otra sensación... El gobierno debe proceder como hasta aquí: elegir entre la multitud, no un sabio, pero sí un hombre distinguido por su educación, por la pureza de sus costumbres, por la naturalidad de sus modales, jovial, accesible, dócil, franco, en fin, en quien se encuentre mucho que imitar y poco que corregir... Decirle a un niño vamos a la escuela o a ver al maestro, era lo mismo que decirle: vamos al presidio, o al enemigo; llevarle, y hacerle vil esclavo del miedo y del tedio, era todo uno".

Es sorprendente la vivacidad y el acierto de esa descripción, en un borrador inconcluso, escrito a vuela pluma por Bolívar y que dejó inédito entre sus papeles.

No podía pedir un sabio para el mal remunerado cargo de maestro. Sin duda ya pedía demasiado. Y sin embargo, insiste: "Un hombre de genio, que conozca el corazón humano, y que lo corrija con arte; un sistema sencillo, y un método claro y natural, son los medios eficaces por donde la sociedad puede hacer en pocos días extraordinarios y brillantes progresos. Sin estos requisitos, en vano se amontonarán preceptos y trabajos: todo será embarazo y confusión". Insiste, porque angustiado ante aquel reinado del tedio y del temor que era la escuela de entonces, volvía a la contemplación directa de su infancia. Sus exigencias no eran, en suma, sino la evocación del educador "jovial, accesible, dócil, franco" que, bajo la figura de don Simón Rodríguez, lo había salvado cuando niño.

Las adquisiciones íntimas que logró bajo su influencia le formaron el corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Y sin embargo, de todas las máximas del maestro, una especialmente debió ser para él compañera inseparable: que el camino de la perfección se compone de modificaciones favorables. Era el secreto de la perseverancia y del valor; y podía ser también, en los momentos de adversidad, la advertencia que le enseñara a reconciliarse con el mundo y consigo mismo.

IV

"TRES SIGLOS DE CULTURA"

Mientras el niño Bolívar iba ajustando así las turbulentas fuerzas de su mundo íntimo, a su alrededor culminaba un largo proceso histórico no menos agitado.

Durante la guerra de emancipación, en momentos de intensa angustia, cuando parecía perdida la República y entre los horrores de aquella lucha a muerte se consumían las adquisiciones de la civilización milenaria que a través de España habíamos heredado, "han desaparecido —decía el Libertador—, tres siglos de cultura, de ilustración y de industria" [1].

Es una evocación de nuestro pasado colonial bien diferente a la que se complace en presentarlo como una época de ignorancia y fanatismo. Es hora, pues, de que, desligados de la retórica agresiva que surgió durante la pugna con la Metrópoli, y de la literatura romántica posterior, ambas interesadas en oponer, como contraste a la libertad y a la República, un negro fondo de abyección colonial, investiguemos cuál fue el ambiente en que se formaron los libertadores.

No es necesario seguir diciendo que rompimos las cadenas de la esclavitud. La verdadera causa de la emancipación hispanoamericana fue ésta: que ya desde mediados del siglo XVIII América sentía en sí misma una pujanza que en España continuaba adormecida; y por eso, para la renovación mundial que se anunciaba, el criollo americano estaba mejor preparado que aquellos peninsulares —escritores, políticos y funcionarios— que siendo sus contemporáneos parecían ser siempre sus abuelos.

"La juventud americana —observó Humboldt—, sacrificando una parte de sus preocupaciones nacionales, ha asumido una predilección manifiesta a favor de las naciones cuya cultura es más avanzada que la de la España europea. En tales circunstancias no debemos extrañar que las alteraciones políticas ocurridas en Europa desde 1789 hayan excitado vivo interés en unos pueblos que mucho tiempo antes ya aspiraban a gozar de varios derechos, cuya privación constituye al mismo tiempo un obstáculo para la pública prosperidad y un motivo de resentimiento contra la Madre Patria" [2].

---

1. Proclama en Caracas, el 6 de mayo de 1814. Ver *Proclamas y discursos del Libertador.* Caracas, 1939, pág. 110.

2. Humboldt: *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España.* México, 1941, pág. 197.

Ya hemos visto cómo elogiaba también el sabio alemán el ambiente europeo que encontró en La Habana y en Caracas. Pero tanto lo impresionó, que vuelve a recordarlo en otra de sus obras; y hasta nos parece que retoca con placer el cuadro. "Al norte —dice—, entre la cordillera de Venezuela y el mar Antillano, se hallan concentradas industriosas ciudades, limpias aldeas y tierras esmeradamente cultivadas. Incluso el amor al arte, la cultura científica y acendrado amor a las libertades cívicas ya se han despertado en estos parajes hace mucho tiempo" [1].

Esta vitalidad de las naciones americanas no ajusta, desde luego, con las diatribas que se desataron contra la vida colonial al proclamarse la independencia, y después de ésta. Es inconcebible que aquella inquietud intelectual y política de los criollos, brotara de la noche a la mañana de un régimen de rutina y servilismo.

El francés Depons, que fue agente de su gobierno en Caracas, de 1801 a 1804, analizó con mucha sagacidad el sistema colonizador de España, y señalaba en comparación con el seguido por otras naciones esta diferencia esencial: que España formó en América verdaderas naciones con todos los elementos necesarios para su propia evolución, mientras que "la base del sistema de Francia, por ejemplo, ha consistido en que criollos y europeos consideren las colonias como morada transitoria, a donde sólo se va por el deseo de enriquecerse y de donde debe salirse en cuanto se logre este objeto". Y agrega: "La vocación del criollo francés por la tribuna, la iglesia, la soledad de los claustros, las armas o la medicina, no pueden satisfacerse sino en la Metrópoli, pues no existen en las colonias, Universidades, Facultades de derecho ni de medicina, seminarios, obispados, canongías, prebendas, conventos, ni escuelas militares... Los cargos importantes, no se conceden sino en Francia. Para que aproveche al orgullo la riqueza, es necesario regresar a la patria. El gobierno español, por el contrario, no pone reparos en otorgar a personas que nunca han salido de América, poco más o menos los mismos favores, mercedes y distinciones que concede en Europa" [2].

Esas observaciones tienen validez 160 años después, como recriminación y enseñanza para las naciones conquistadoras europeas. Porque los profundos desajustes que se manifiestan en los países africanos y asiáticos que se están emancipando, y los odios que dividen al mundo por esa causa, se deben principalmente a que aquellas potencias consideraron siempre sus posesiones ultramarinas como lugares de explotación, y nada de su propio espíritu trasladaron a ellas.

---

1. Humboldt: *Cuadros de la Naturaleza.* Citado por Hans Schneider en *La idea de la emancipación de América en la obra de Alexander von Humboldt*, ponencia presentada por su autor en el Congreso de Academias e Institutos Históricos celebrado en Caracas en julio de 1961.
2. Francisco Depons, *op. cit.*, pág. 141.

Pero aquella misma holgura con que el criollo americano se asentaba en su país, tendía a separarlo de la Metrópoli; porque aun antes de la independencia, se acostumbró a buscar por sí mismo en otras naciones europeas lo que España no podía darle.

Ya hemos visto que los escritores franceses, sin excluir a los "prohibidos" del siglo XVIII, fueron mejor conocidos en Venezuela que los clásicos castellanos; que por el mismo espíritu de iniciativa, la Escuela de Música de Caracas fue fundada por los criollos sin auxilio de la Metrópoli y adquirió gran auge popular, y que la Universidad de Caracas fue modernizada por un caraqueño —el padre Baltasar Marrero—, que nunca había viajado fuera de la Provincia. Para probar esta renovación de los altos estudios humanísticos en Venezuela, el doctor Caracciolo Parra León recurrió a un método rigurosamente científico: analizar las tesis de grado de aquella época. Indica además, con muy buen criterio que la propia cultura de Marrero nos fuerza a reconocer, que aquellos conocimientos "modernos" llegaron a Venezuela antes de que se le hubiera concedido a ésta, a fines del XVIII, el comercio libre, que algunos señalan como única causa del despertar de la Provincia [1].

Con relativa abundancia y bastante libertad recibía Venezuela libros de toda índole. En el solo año de 1794 llegaron a Caracas 71 cajas de libros de España y 9 del extranjero [2], y ya hemos visto que el abuelo de Bolívar encargó en una ocasión para el futuro maestro del Libertador más de 2.000 reales en libros.

Desde luego, la educación general estaba viciada, tanto como las costumbres, por numerosos prejuicios. Un criollo eminente —el licenciado Miguel José Sanz—, denunció ante el Ayuntamiento de Caracas aquella situación, y, aparte de las deficiencias que señala, deja ver que la vanidad era el defecto que trastornaba las ideas de padres e hijos sobre la formación que debía darse a éstos. "Generalmente —escribía— se juzga no existir más ciencia fuera de la contenida en la Gramática de Nebrija, la filosofía Aristotélica, las Institutas de Justiniano, la Curia Philippica, la Teología de Gonet y la de Larraga; y se cree que basta con saber redactar memorias, decir misas, lucir cordones de Doctor o llevar hábitos sacerdotales o monacales; que la decencia prohibe trabajar la tierra y ordena el desprecio de las artes mecánicas y útiles. Por pura ostentación se viste uniforme militar; se traduce mal el francés para afear el castellano; se obtiene el título de Abogado para ganar el sustento diario, se reciben las órdenes sacerdotales para adquirir consideración, y se hace voto de pobreza en un convento precisamente para librarse de ella".

Estos juicios nos hacen pensar inmediatamente que a lo menos aquel estado

---

1. Caracciolo Parra León, *op. cit.*
2. Arístides Rojas: *Humboldtianas.*

social no impedía la aparición de hombres como Sanz, tan sagaces en hurgar el fondo del mal, como brillantes para expresarlo. Pero el contraste entre la mentalidad del crítico y el medio en que se ha formado, nos indica, además, que aquella sociedad estaba recibiendo los embates de hombres que eran ya absolutamente diferentes a ella; que se habían emancipado e iban a emanciparla.

"Pocos niños hay en Caracas —agregaba Sanz— que no se crean más nobles que todos los demás y no se precien de tener un abuelo Alférez, un tío Alcalde, un hermano monje o un sacerdote por pariente. Tales defectos, hijos sólo de la educación, engendran y nutren odios de familia y transforman a los ciudadanos en seres irracionales y falaces. La buena fe, el reposo, el amor, la confianza, no pueden existir en un país donde cada quien se esfuerza en distinguirse de los otros por el nacimiento y la vanidad; donde en lugar de inspirarle al niño la justa emulación por las virtudes de sus buenos compatriotas y el horror de los vicios y delitos de los malos, no se le enseña, o por lo menos de boca de sus padres no oye, sino que Pedro no es tan noble como Antonio, que en la familia de Juan existe tal o cual mancha y que la de Diego vistió de luto cuando la de Francisco entroncó con ella".

Nos hacen recordar estas palabras la pintura del antiguo régimen en Francia, según las Memorias de Saint Simon. "Todo era —dice Taine al comentarlas— materia de distinciones, rivalidades, insultos... No había acto alguno que no fuera motivo de honores para unos, de mortificación para los otros. ¿Logrará mi mujer un asiento de honor? ¿Subiré yo a las carrozas del Rey? ¿Podré entrar con mi carroza en el palacio real? ¿Podré llevar manto para visitar al Duque? ¿Se me concederá la insigne gracia de llevarme a Meudon? ¿Tendré la dicha de ser admitido en Marly? En la oración fúnebre de mi padre, ¿será a mí, o al Cardenal oficiante, a quien el predicador dirigirá la palabra?"

Trasladadas a un medio más reducido y pobre, tales extravagancias no se atenuaban, naturalmente. En la crítica que les hace Sanz no debemos ver, pues, sino el choque entre las aspiraciones de renovación —republicanas antes de la República— que ya poseía el criollo, y la rutina cortesana que nos venía de Europa.

Por ese mismo contraste el Precursor Miranda, cuando comienza a viajar, hace a algunos de los mejores institutos de Norteamérica y de Europa reproches muy parecidos a los que nuestra Universidad le inspiraba a Sanz. Sobre la Universidad de Boston, observa: "Paréceme este establecimiento más bien calculado para formar clérigos que ciudadanos hábiles e instruidos, y cosa por cierto extraordinaria que no haya una cátedra siquiera de las lenguas vivientes y que la teología sea la principal cátedra". Y en Copenhague señala: "El griego, latín, derecho natural, historia, etc., son los ramos que se estudian, sin que la física ni las matemáticas entren para nada.

De allí pasamos a una institución que dejó fundada Borrichius... Tienen su librería, etc., para que se cultivase la química; mas con cuánta sorpresa vi que en lugar de esta ciencia lo que se estudia son las obras de Lutero para formar clérigos".

Contra el régimen español también se recuerda a menudo que si las altas clases sociales disfrutaban de cierta cultura, el pueblo permanecía por completo ignorante. Lo mismo sucedía en Europa. Y tanto que, cien años después, a fines del siglo XIX, a pesar del empuje de las ideas democráticas, en Inglaterra había más de un 50 por ciento de analfabetos. Asimismo, en Francia, una de las ideas "revolucionarias" de Víctor Hugo en 1871, que por cierto se le quedó sin realizar, era proponer en la Asamblea Nacional la instrucción popular gratuita y obligatoria.

En esos mismos días Renán, según Jorge Brandes, se burlaba, pura y simplemente, de las esperanzas que éste ponía en la educación popular. Bien podemos decir, pues, que en el siglo XVIII la idea de que el Estado debía educar al pueblo no existía en absoluto.

Recordamos también que a Rousseau únicamente le preocupaba la educación del joven rico, huérfano y saludable; para obtener un tipo de selección. Como pedagogo, aquel vehemente reformista seguía apegado, pues, a un ideal estrechamente aristocrático.

Pero tampoco faltaron por completo en Venezuela las iniciativas para remediar nuestro defectuoso estado social. Según el cronista Oviedo y Baños, que habla para 1723, en Caracas "hasta los negros (siendo criollos) se desdeñan de no saber leer y escribir", lo cual nos indica que no debía ser tan absoluta como se ha dicho la ignorancia popular; ya hemos visto que en 1794 don Simón Rodríguez presentó al Ayuntamiento de Caracas un plan para mejorar las escuelas de primeras letras que existían; en 1805 se fundó una escuela exclusivamente para los pardos, y a propósito de esa fundación se trataron cuestiones tan importantes, desde el punto de vista pedagógico y social, como la de que los egresados de esa escuela fueran posteriormente los maestros en ella.

Pero es sobre todo en la inquietud política, que se precisa en Venezuela desde los días de la colonización, donde advertimos que la nacionalidad adquiriría sorprendente madurez.

Sabor de las mejores tradiciones españolas, destruidas en la metrópoli y ahora con nuevo vigor en América, tienen algunos de los episodios en que los criollos se defienden del absolutismo. En 1586 el gobernador Rojas quiso usurpar al Cabildo de Caraballeda el nombramiento de los Alcaldes: "Se hicieron representaciones que no fueron escuchadas —narra Depons—, pero esto no impidió que en la época ordinaria de las elecciones se procediese según el uso a la de los Alcaldes. Los que el Gobernador había nombrado se presentaron, pero no fueron recibidos. El abuso

del poder había levantado de tal manera a estos hombres celosos de sus prerrogativas que se manifestaron resueltos a desafiarlo todo para sostenerlas. Por su parte, el Gobernador, irritado por tal actitud, agregó a la primera injusticia otra más grande todavía, y tuvo la temeridad de ordenar el arrestro de cuatro Regidores que encerró en calabozos por haber llenado dignamente los deberes de su cargo. Los habitantes de Caraballeda consideraron esta injusticia como hecha a cada uno de ellos. Todos tomaron la laudable resolución de abandonar una ciudad donde la Ley había recibido un ultraje tan criminal; todos se retiraron a Valencia y a Caracas. La ciudad no fue desde entonces sino guarida de reptiles y aves de rapiña. Entretanto el Rey, conforme al sistema que el Gobierno se había impuesto de reprimir las violaciones de la Ley, censuró la conducta del Gobernador y le infligió penas consideradas suficientes para que sus sucesores en el gobierno se abstuviesen de cometer nuevos atentados contra los derechos de los vasallos del Rey. Los Regidores fueron puestos en libertad y obtuvieron todas las satisfacciones que razonablemente se les podía dar. Se invitó a los habitantes de Caraballeda para que volviesen a sus hogares, pero ninguno de ellos hizo caso a la invitación. Respondieron que no habitarían jamás un país que les recordaría sin cesar la ofensa que habían recibido" [1].

En el capítulo primero hemos narrado algunos casos en que los alcaldes de Caracas ocurrieron a los medios más audaces para hacer respetar su prerrogativa de gobernar a la Provincia en caso de vacante.

En virtud de ese privilegio, no menos de treinta veces ocuparon los criollos la Gobernación de la Provincia. No es, pues, exagerado decir que las primeras familias del país se ejercitaron a menudo en el gobierno, antes de reclamarlo definitivamente con la independencia absoluta.

Y también en los sucesos a que dieron lugar esas rivalidades volvemos a encontrar en los venezolanos el respeto a la ley, que amparaba sus prerrogativas, unido extrañamente al uso de la fuerza. Con grillos y cadenas aseguraron a uno de los gobernadores depuestos; y a otro de ellos le recuerdan ese precedente, como si de gracia no se lo aplicaran. En el caso de Portales, ya narrado, no sólo contra este Gobernador sino contra el Obispo, su aliado, marcharon decididamente: "...con gran aparato se presentó S. S. el Obispo al Cabildo, y muy ceremoniosamente hizo leer por su escribano la Real Cédula de 15 de octubre de 1723, con el intento de reponer a Portales en el gobierno; contestaron los cabildantes que no era el caso previsto por aquella Cédula el de que se trataba, pues ella se refería únicamente a la primera prisión de Portales y no a la actual, emanada de la orden de la Real Audiencia de Santa Fe. Previsto tenían Portales y Escalona el fracaso de su plan por los medios pacíficos, y resuelto el fiar el éxito a las armas. Cuando el Obispo salió del Ayun-

1. Depons, *op. cit.*, pág. 53.

tamiento fue recibido por la gente que de antemano tenían apostada en la plaza, con gritos de vivas, aclamando al Gobernador, el que en ese mismo momento salió del palacio a caballo, poniéndose a la cabeza de la gente, en son de guerra. Los Alcaldes, por su parte, con la guardia y la guarnición de la cárcel, aumentadas con muchos de sus partidarios, marcharon sobre el Gobernador, acampado en la plazuela de San Francisco; pero Portales no era popular en Caracas, la gente que pudo reunir fue poca y mal armada; por el contrario, a las filas de los Alcaldes acudieron muchos, y con poco esfuerzo quedaron triunfantes, refugiándose Portales en el Convento de San Francisco" [1].

Pero el acontecimiento más importante en Venezuela en el siglo XVIII, en el cual se manifiesta ya un decidido sentimiento nacionalista, fue la oposición que durante cincuenta años hicieron los criollos a la Compañía Guipuzcoana, hasta verla desaparecer. Había establecido el Rey aquella empresa de negociantes vascos con el objeto de facilitar la comunicación directa de la Provincia con España y acabar con el contrabando; a cambio de lo cual se concedió a la Compañía el monopolio del comercio con Venezuela y otras ventajas de orden económico. Pero muy pronto la Guipuzcoana comenzó a usurpar atribuciones políticas, y sobornando o intimidando a los gobernadores —o haciendo destituir a los que no se le sometían, pues también los hubo que dieron ejemplo de honestidad y firmeza—, llegó a ejercer una verdadera tiranía. Las decisiones más importantes del gobierno las dictaban a los funcionarios peninsulares los Factores de la Compañía; según la voluntad e intereses de éstos eran nombrados los Tenientes Justicias de cada pueblo, y estos funcionarios oprimían a los vecinos de su jurisdicción con impuestos y atropellos; la Compañía compraba a precios viles los productos venezolanos de exportación y exageraba caprichosamente el valor de las mercancías que traía de España; finalmente, como ni aun así podía abastecer adecuadamente a la Provincia, ella misma ejercía el contrabando que estaba obligada a erradicar, y en Caracas existía, dicen los documentos, "una tienda que públicamente y con notorio escándalo llamaban de Curazao" [2].

Tales fueron algunas de las quejas que, acompañadas de abultados expedientes, elevaron al Rey los ofendidos criollos. Al mismo tiempo numerosos motines estallaron sucesivamente en varios pueblos, y mientras algunos de ellos parecen en los documentos originales escenas de Lope de Vega, otros, por la participación de mulatos y negros, anticipan el carácter igualitario que tendría después la guerra emancipadora.

---

1. Luis Alberto Sucre: *Gobernadores y Capitanes Generales de Venezuela*. Caracas, 1928, pág. 234.
2. Curazao pertenecía a los holandeses y era la isla de donde venía a Venezuela casi todo el contrabando. Para más pormenores sobre estos importantes episodios de nuestra vida colonial, ver: "Boletín del Archivo Nacional", Nº 85, Caracas; *Interpretación Pesimista de la Sociología Hispanoamericana*, por Augusto Mijares, Madrid, 1952; y el estudio de este mismo autor publicado en el tomo II de las ponencias presentadas a la "Mesa Redonda de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia", Caracas, 1961.

Pero no simples motines, sino verdaderas sublevaciones, fueron los movimientos contra la Compañía acaudillados en 1749 y 1751 por don Juan Francisco de León. Seguido de un ejército popular —pues así podían considerarse, dada la escasa población del país, los ochocientos hombres que reunió durante los primeros días del levantamiento—, ocupó a Caracas, obtuvo el apoyo del Cabildo y de los principales vecinos, que reunidos a voz de pregonero se pronunciaron contra la Compañía, y aunque por su inexperiencia y la artería del Gobernador, consintió en disolver sus fuerzas y finalmente fracasó en una tercera tentativa, dejó toda la Provincia "alborotada y libertosa", según la expresión que usa uno de los jueces del proceso.

"Alborotada y libertosa". No parece expresión de un juez, sino un ensayo de proclama. América estrenaba sus primeras palabras subversivas.

Por primera vez también se unían todas las clases sociales en un propósito común. A De León lo seguían muchos canarios, blancos de ojos azules, como él, pero también bastante gente "de color quebrado", según asientan los escribanos. Y cuando aquella masa heterogénea se encuentra a las puertas de la ciudad con los miembros del Ayuntamiento y los principales vecinos, se sabe muy bien que aunque éstos van aparentemente a apaciguar "la sedición", en realidad están dispuestos a respaldarla. De León decía proceder "en nombre de los vecinos de la ciudad de Caracas y su Provincia, tanto nobles como plebeyos" [1]; y, en efecto, "reunida la Asamblea —narra Gil Fortoul—, el 22 de abril, bajo la presidencia de los Alcaldes Miguel Blanco Uribe y Nicolás de Ponte, y con asistencia de los más ricos propietarios —Marqueses de Mijares, de Toro, de Torresaca, del Valle de Santiago, e individuos de las familias Bolívar, Tovar, Galindo, Solórzano, Blanco de Villegas, Ibarra, Ponte, Ascanio, Jedler, de la Madriz, etc.—, acuerda por unanimidad que la Compañía es perjudicial a la Provincia y al Tesoro Real...".

También durante la conquista y la colonización habían llegado unidos nobles y plebeyos, hidalgos arruinados y criadores de cerdos o simples aventureros, que en el valor, los sacrificios y el trabajo que aquella empresa requería buscaban legítimos títulos de grandeza. Pero esa promisora igualdad había sido desquiciada: indios y negros —y después sus descendientes, mestizos, mulatos, zambos— reducidos a "clases inferiores" constituían en América una heterogeneidad social más injusta y más peligrosa que la existente en Europa. Y salvo que se recurriera al atroz arbitrio de exterminar a los indios y de mantener esclavizados a los negros indefinidamente —como sucedió en las colonias europeas no españolas—, aquellas desigualdades de clase, si no se resolvían por otros medios, serían siempre un obstáculo insuperable para que estos países adquirieran la

---

1. Boletín del Archivo ya citado, pág. 40.

consistencia orgánica de verdaderas naciones. El indio y los mestizos habían sido asimilados a los "blancos del estado llano" por la propia legislación española; pero el pigmento negro imprimía indeleble marca de inferioridad. En Europa, Montesquieu había escrito: "No se puede aceptar la idea de que Dios, que es un ser tan sabio, haya puesto un alma, y sobre todo un alma buena, en un cuerpo todo negro...". Y como sucede en muchas aberraciones morales, la crueldad usada contra los esclavos se convertía en un motivo más de menosprecio; no se podía olvidar la condición abyecta a la cual habían sido reducidos, y esto mismo se usaba como argumento contra ellos. "Es imposible que supongamos —dice el mismo Montesquieu— que esas gentes son hombres; porque al considerarlos hombres, comenzaríamos a creer que nosotros no somos cristianos". Menos que animales eran, bajo la indiferencia general. En el momento de ser tasado para la venta, un negro esclavo no tenía siquiera la individualidad que se indica cuando se dice, por ejemplo, una cabeza de ganado: el negro sólo se consideraba "una pieza" cuando medía por lo menos siete cuartas; los de menor estatura se agrupaban, se les medía, se sumaban las medidas, y esa suma dividida por siete daba el número de "piezas" [1]. En cierta ocasión, un Factor de la Guipuzcoana solicitaba permiso para desembarcar en Puerto Cabello unos negros que a bordo de un buque recién llegado se estaban muriendo: el motivo que hace valer es "evitar a la Real Compañía el grave perjuicio que le ocasionaría su muerte"; y no se le ocurre ni la más elemental consideración de piedad [2].

Bolívar llegó a señalar la forma más audaz de igualitarismo, para acabar con esa dislocación íntima que la heterogeneidad racial introducía en la base de nuestras sociedades: "La sangre de nuestros ciudadanos es diferente: mezclémosla para unirla", dirá al Congreso de Angostura en 1819. Pero setenta años antes —en este 1749 que evocamos—, debía ser sorprendente que por primera vez "la gente principal" de Caracas se mezclara con aquella agitada turba que seguía a De León. En las turbulencias anteriores, los "mantuanos" habían estado acompañados solamente por "sus parciales"; ahora se confundían en una verdadera tropa popular. Hasta entonces habían dirimido sus pleitos con sutiles razones ante los Tribunales o con representaciones a la Corte, y no pocas veces mediante intrigas palaciegas; ahora se enfrentaban a todo ese aparato que tradicionalmente los protegía. El Capitán General escapó hacia la costa, pero ellos se quedaron en la capital, hablando con levantadas voces en las asambleas, codeándose en las calles con los "pardos" que, unos armados de lanzas, otros con viejos mosquetes, muchos con el vernáculo "machete" que llegaría a ser su sable de batalla, recorrían las calles mirando jactanciosos

1. Archivo Nacional de Caracas, Sección "Capitanía General", tomo III, folios 269 y siguientes.
2. Archivo Nacional, Sección "Capitanía General", tomo III, folio 266.

las casas abandonadas por las autoridades españolas y los empleados de la Compañía.

Algunos historiadores que no llegaron a conocer suficiente documentación sobre estos sucesos, han afirmado que el Cabildo de Caracas, después de haber estimulado a De León, lo abandonó. No es cierto. Cuando era más fuerte la represión contra el cabecilla rebelde, el Cabildo levantó un nuevo y agresivo expediente contra la Compañía; y no cesó en sus reclamaciones hasta verla desaparecer.

Semejante a la amplitud social del movimiento fue su extensión geográfica: hasta Maracaibo, extremo occidental de lo que sería después la República de Venezuela, llegó la agitación de los Cabildos; y en el centro del país, no fueron solamente los pueblos donde podía tener influencia De León los que se movieron, y Caracas, que había sido el foco de la oposición; también los poblados valles de Aragua se levantaron y sus milicias marcharon sobre la capital, acaudillados por el Maestre de Campo don Gaspar de Córdova y su hermano el Sargento Mayor don Lorenzo de Córdova.

Estos dos jefes, a la cabeza de las mismas milicias, habían defendido a Puerto Cabello contra los ingleses el año 1743; así como fue don Mateo Gual, también venezolano, el que detuvo en La Guaira otro intento de invasión de los mismos ingleses. Ambos hechos habían sido silenciados para darle la gloria de aquellas acciones al Gobernador español, "de donde le resultó el título de Excelentísimo a don Gabriel José de Zuloaga sin haberlo merecido", dicen los expedientes de la época. El padre Terrero, cronista contemporáneo de aquellos sucesos, elogia con entusiasmo a los hermanos Córdova, "jefes a cuyo valor y esfuerzos debía S. M. la defensa milagrosa que poco antes se había hecho de Puerto Cabello contra los ingleses", y se indigna de que el premio de estas hazañas fuera remitirlos presos a España por su participación en la revuelta contra la Guipuzcoana. Este testimonio es particularmente valioso, porque el padre Terrero, aunque caraqueño, no aprobaba el ánimo levantisco de los venezolanos, y sólo en el caso de la Guipuzcoana y de los hermanos Córdova se pone al lado de sus compatriotas.

Ya teníamos, pues, en América, un verdadero patriotismo esencialmente criollo y de doble acción: contra el invasor extranjero y al mismo tiempo contra las usurpaciones de los gobernantes metropolitanos.

Reaparece, además, en todos los incidentes de estos años un principio de raíz española, que en la península había desaparecido bajo el absolutismo monárquico, mientras que en América adquiere renovado vigor. Me refiero a que es la opinión de la provincia y sus intereses lo que se invoca contra la Compañía, y no la voluntad real, que en España —y en toda Europa, para entonces—, hubiera sido decisiva. Cuando De León ocupa a Caracas, la declaración que pide al Cabildo y a las personas

"nobles y ancianas" es si la Compañía causa "notable perjuicio al bien público y común de la Provincia"; y cuando después convoca al pueblo en la Plaza Mayor, lo que demanda es que "digan quién y en nombre de quién se ha pedido en esta causa", a lo cual contestan los vecinos que "en nombre de todos los de la Provincia". Los otros expedientes levantados contra la Compañía fijan siempre el mismo principio.

En realidad debemos considerar, pues, que las rebeliones de 1749 y 1751 no fueron sino un episodio dentro de una vasta conmoción que durante cincuenta años agitó a Venezuela. Una lucha cívica ininterrumpida se desarrolla en esos años paralelamente a motines e insurrecciones; la madurez política y el sentido nacionalista que van adquiriendo los criollos se manifiestan evidentemente. Así, por ejemplo, entre los arbitrios que usaron para agitar la opinión pública y lograr que ésta fuera escuchada, obtuvieron en 1733 los caraqueños que el Gobernador consultara a las "demás ciudades y villas de la provincia... para que expresasen si convenía o no el establecimiento de dicha Real Compañía". La consulta resultó adversa a la Guipuzcoana, pero la documentación correspondiente "se extravió" poco después en manos de los gobernadores afectos a la Compañía. Sin embargo, lejos de desalentar esto a los criollos, les dio pie para pedir en 1750 que "se librara un despacho circular a los Cabildos de las ciudades y personas que concurrieron a las juntas que para el efecto se hicieron, para que nombren en Caracas persona apoderada que concurra al Tribunal en el curso del juicio que se tenía instaurado". Lo cual hubiera equivalido a reunir en la capital a todos los representantes de la Provincia en una especie de Congreso de Municipalidades. No lograron los caraqueños su propósito esta vez, pero mantuvieron a la Provincia en situación de plebiscito; y todos los acontecimientos que se han narrado no fueron sino la consecuencia de esa unánime y prolongada agitación.

No son menos interesantes los pormenores que surgen aquí y allá en las actas y testimonios del proceso. Don Nicolás de León, hijo de don Juan Francisco, y fundador él mismo del pueblo llamado *El Guapo*, escribe a uno de sus seguidores: "Pues ya ve Vuestra Merced que nos toca de obligación el defender nuestra patria, porque si no la defendemos seremos esclavos de todos ellos".

"Ellos", distinción agresiva en la cual está implícito el "nosotros", la conciencia de la nacionalidad.

Pero, ¿cómo no ha de conmovernos, además, que a mediados del siglo XVIII un campesino de esta oscura colonia —porque al fin y al cabo no era más don Nicolás de León— tuviera aquel concepto tan preciso de la patria? En Europa todavía la nacionalidad tenía como centro al Soberano y sólo se hablaba de "los vasallos de S. M."; o de los "súbditos del Rey". Cuando más, de los "intereses del Reino". Ni siquiera en Norteamérica había aparecido todavía la noción de la Patria desligada de toda represen-

tación personal; como entidad que por sí misma impusiera obligaciones, según lo señala el joven De León.

En definitiva, don Juan Francisco de León, vencido, fue castigado con deportación a España y nota de infamia. La sentencia ordenaba que su casa fuera demolida "y que todo el suelo de ella sea regado y sembrado de sal, poniéndose en el territorio que correspondiere a la pared que cae a dicha plaza (la de la Candelaria), de modo que pueda de todos ser vista, una columna de piedra o de ladrillo de altura regular, y en ella una tarjeta de metal con inscripción en que se diga ser aquella justicia mandada por S. E. en nombre del Rey Nuestro Señor". Y en la tarjeta se reiteraba que era justicia del Rey "con Francisco de León, amo de esta casa, por pertinaz, rebelde y traidor a la Real Corona y por ello reo. Que se derribe y siembre de sal para perpetua memoria de su infamia".

Pero de poco les sirvió al Monarca y a sus representantes aquel aparatoso escarmiento. Como final de aquellos sucesos informaba a la Corte el Intendente Abalos: "El nombre del Rey, el de sus ministros y todos los españoles se oye por estos Patricios con el mayor tedio, aversión y desafecto... El encono y tono doloroso con que se lamentan se hace mayor cada día, y si S. M. no les concede o les dilata el libre comercio sobre que suspiran, no puede contar con la fidelidad de estos vasallos, pues a cualquiera insinuación y auxilio que les amaguen los enemigos de la Corona prestarán pronto sus oídos y corazones y será imposible o muy difícil el remedio".

Y agregaba Abalos esta observación, que se convirtió en anticipo de lo que sucedió durante la guerra de Independencia: "No es este un vaticinio vano, sino pronóstico de un conocimiento inmediato de la tierra; y si se perdiere esta parte de la América... con esta puerta en su poder se absorberá fácilmente el que la tuviese todo el resto del continente. El que dominase las Provincias de Caracas y Cumaná e isla de Trinidad, será señor de toda esta parte occidental, y con ella tendrá una próxima disposición para internar también a lo demás".

No sería, desde luego, como pensaba Abalos, un poder extranjero el que adueñado de Venezuela se derramaría sobre el resto del continente para señorearlo. Del propio seno de aquella colectividad ambiciosa, que tanto en la búsqueda de horizontes intelectuales más amplios, como en sus inquietudes políticas, se distanciaba cada vez más de la Metrópoli, nacía la voz que hablaba a oídos y corazones; entre los propios criollos crecía el hombre de cabeza privilegiada y voluntad indomable que en cinco naciones sustituiría los estandartes españoles con las nuevas banderas que se daba la América.

V

"HERMANOS EN JESUCRISTO, IGUALES POR DIOS"

Al final del siglo XVIII surge también la sin igual figura del Precursor don Francisco de Miranda. Es el primer hispanoamericano que se hará oír en Europa, donde llega a ocupar rango inquietante entre generales y políticos; es el primero que habla a toda la América y precisa en sus proyectos la conciencia de una sola patria continental; logra afirmarla, porque siembra discípulos y obtiene adeptos en casi todas las colonias de España; mientras recorre Europa en altibajos vertiginosos de angustias y esplendor, se va preparando para organizar el vasto imperio ideal que lleva en su mente, y estudia minas, escuelas, puertos, penitenciarías, ejércitos, universidades, obras de regadío, bibliotecas, fortificaciones, sistemas de gobierno, historia, arte, comercio, con tal ímpetu y provecho que llega a sorprender por su erudición a los propios especialistas a quienes interroga.

Pero, sobre todo, mientras realiza ese aprendizaje, forma con austero empecinamiento su personalidad íntima, que llega a ser más fascinante que todas sus aventuras. Sigue en ello las normas que entonces se consideraban clásicas, a veces felizmente transformadas por el fervor romántico naciente; y de tal manera troquela en sí mismo el exigente arquetipo de héroe y filósofo que ha escogido, que ya nunca más descenderá de esa altura: ni en los momentos en que toca la miseria y pone, sin embargo, condiciones al gobierno británico y le rechaza el mando de un ejército; ni ante el Tribunal del Terror en París, cuando se defiende, no para ser absuelto simplemente, sino para salir aclamado por el pueblo; ni ante la vejez que se le acerca y que desdeña para venir, sólo con tres exiguas embarcaciones, a desafiar a España en las desiertas costas de su Venezuela nativa. Y también siempre igual a sí mismo será: entre las tropas bisoñas y levantiscas de sus compatriotas, a los cuales encabeza, a los sesenta y dos años, en una carga a sable en La Victoria; en la noche absurda de La Guaira, cuando se yergue indomable ante el "bochinche"; en las siniestras bóvedas de la prisión, desde las cuales levanta su voz por la América y por sus antiguos compañeros, sin mencionar sus propios sufrimientos; en su última prisión, cercano a la muerte, cuando el carcelero le pregunta si le hacen sufrir mucho los grillos, y contesta con impasible desdén: "Me pesan menos que los que llevé en La Guaira".

El padre de Miranda y el padre de Bolívar figuraron entre los criollos

que reclamaban contra la Compañía Guipuzcoana [1]; pero, aunque el dato es sugerente, no trato de convertirlo en símbolo. Es imprescindible esbozar en este punto de mi narración lo que fue Miranda, porque nació en 1750 y su separación de España se realiza a fines de ese siglo XVIII que estudio, pero ya volveré a él cuando verdaderamente sea oportuno enlazar su acción a los sucesos que se realizaban en América.

El ánimo levantisco de los venezolanos alarmó al fin a la Metrópoli. Poco después de aquellos sucesos en que el Cabildo de Caracas soliviantó al pueblo contra el Gobernador Portales y el Obispo, fue creado el cargo de Teniente de Gobernador, con derecho para el que lo ejercía de asumir la autoridad suprema de la Provincia en caso de vacante, con lo cual se quitó a los alcaldes de la capital esta prerrogativa. Pero como no por eso abandonó el Ayuntamiento "el especioso pretexto y voluntario erróneo concepto de que los negocios e intereses del público están puestos a su cuidado", según acusación que le hacía el Intendente Abalos, el gobierno de Madrid tomó nuevas medidas para limitar su actividad. Con ese objeto fueron creados cuatro cargos de regidores supernumerarios para el Cabildo de Caracas, que serían nombrados directamente por el Monarca, y éste dispuso además que uno de los dos alcaldes debía escogerse siempre entre los españoles europeos. Pera impedir por otra parte la erección de nuevos Cabildos, se evitó dar título de "ciudad" a las poblaciones, aunque por su desarrollo lo merecieran; y así, observa Humboldt que La Victoria sólo era legalmente un "pueblo", a pesar de que "con dificultad acepta uno la idea de un pueblo con 7.000 habitantes, hermosos edificios, una iglesia embellecida con columnas de orden dórico (no estaba aún terminada, y desde hacía cinco años se trabajaba en ella), y todos los recursos de la industria comercial" [2].

Otras medidas de la Metrópoli no fueron ya de simple recelo, sino de franca animadversión; como fue la de negar a los venezolanos en 1770 el establecimiento de una Real Audiencia [3].

Dentro de esa suspicacia recíproca entre la Provincia y la Corte de Madrid, no es de extrañar que otras disposiciones reales de aquellos días agitaran la opinión pública en Venezuela.

Una de ellas fue el establecimiento de las Milicias de Pardos, con la necesaria consecuencia de que éstos lograrían vestir uniforme militar y

---

1. Por el padre de Miranda, ver la biografía de éste por William Spence Robertson, Ediciones Anaconda, pág. 15. Por el padre de Bolívar, ver "Boletín del Archivo Nacional", Nº 85, Caracas, ya citado, págs. 1, 3 y 5, donde figura don Juan Vicente Bolívar en unos autos contra la Guipuzcoana en 1750. Este último dato sobre Bolívar es interesante, porque don Vicente Lecuna, investigador a quien pocos datos escaparon, dice que sobre don Juan Vicente Bolívar nada se sabe desde 1747 a 1759 (Ver Lecuna: *Catálogo...*, pág. 19).
2. Humboldt: *Viaje...*, tomo III, pág. 76.
3. Con ese carácter de "castigo" considera la negativa el Padre Terrero, que por cierto la aprueba, siempre bajo la obsesión de "los pecados de Caracas". *Op. cit.*, pág. 166.

comenzarían a romper por ese camino la separación de clases. Bien sabido, es, en efecto, que los "pardos" no podían llevar espada, ni usar bastón, ni tener tapetes en la iglesia para arrodillarse, ni las mujeres cubrirse la cabeza con mantos, de donde vino el nombre de "mantuanos" con que se señalaba a las clases superiores. El ascenso repentino de aquella "gente inferior" a las galas y privilegios de la condición militar causó, pues, escándalo entre los que, por rutina o por temor, consideraban pernicioso cualquier cambio en la sociedad. El propio Capitán General informó al Ministerio sobre los inconvenientes de dar un mismo uniforme a los milicianos blancos y a los pardos, pues éstos, decía, pueden por su carácter "petulante y orgulloso" llegar hasta olvidar "la notabilísima diferencia que hay de un simple hombre blanco al más condecorado de ellos" [1].

Pero el gobierno metropolitano mostróse más radical aún al expedir en 1795 una Real Cédula que se llamó de "gracias al sacar". De acuerdo con ella, nada menos que la dispensa simple y llana de la calidad de pardos, el distintivo de "Don" y hasta declaración de hidalguía y limpieza de sangre, podían obtenerse mediante el pago de ciertas cantidades que minuciosamente se fijaban en un arancel expedido en 1801, con otra Real Cédula que ratificaba la primera.

Verdadero furor causaron semejantes innovaciones; y las actas del Cabildo de Caracas, y sus representaciones al Rey contra aquellas medidas, asombran por lo inhumano de sus argumentos. Según ellas los pardos tenían "el infame origen de la esclavitud y el torpe de la ilegitimidad", y dispensados de su condición "quedarían habilitados entre otras cosas para los oficios de República propios de personas blancas, y vendrían a ocuparlos sin impedimentos, mezclándose e igualándose con los blancos y gentes principales de mayor distinción en la república, en cuyo caso, por no sufrir este sonrojo, no habría quien quisiese servir los oficios públicos...". Reiteran los del Cabildo "la inmensa distancia que separa a los blancos y pardos, la ventaja y superioridad de aquéllos, y la bajeza y subordinación de éstos"; y doloridos aún por el asunto de las milicias, recuerdan con alarma "que muchas veces, adornado un oficial de su uniforme, dragones y espada, con un poco de color en la cara, se usurpa obsequios equivocados que elevan su pensamiento a otros objetos más altos".

Anotemos de paso que en estos Ayuntamientos reaccionarios de fines del siglo XVIII sólo figuraron dos o tres de los apellidos criollos que venían encabezando la tradición nacionalista de Venezuela. Pero en todo caso, si odiosa era la actitud de esos Cabildantes, no debemos creer que tenían algo de generosas las reales disposiciones mencionadas. Eran sencillamente un desvergonzado remate de privilegios que, lejos de atenuar la distinción de clases, la hacía más absurda y enconada. En la práctica llegó hasta contrasentidos grotescos. Parece que una de las sentencias

1. Archivo Nacional, Caracas, Sección "Capitanía General", tomo VI, folio 233.

dictadas a su amparo imponía literalmente: "Que se tengan por blancas a las negras Bejarano"; y tal escarnio suscitó esta extravagancia, obtenida por dinero, que siglo y medio después podía oírse en Caracas, como resumen de cualquier situación absurda, la misma expresión: "Sí; que se tengan por blancas a las negras Bejarano".

Es necesario recordar también que en aquel frenesí racista del Cabildo caraqueño se reflejaba la alarma que había producido en todo el mundo el asesinato masivo de los blancos, realizado poco antes por los negros sublevados en Santo Domingo. Muchos años después, Víctor Hugo le dio forma novelesca y narraba que los mulatos, si el padre blanco vivía aún, convenían unos con otros: "Mata tú a mi padre que yo mataré al tuyo", atroz organización del exterminio que dejó a la isla sin otra población que la de color.

En la propia Venezuela, carácter racista tuvo la insurrección de los negros de Coro en 1795, y fue acompañada de saqueos, asesinatos y otros excesos contra los blancos. Con la agravante de que las autoridades españolas respondieron con igual ferocidad: "He degollado nueve de los aprehendidos, sin más proceso que el de la voz", informaba un Teniente Justicia Mayor al Capitán General. Igual pena se aplicó a otros muchos; y al cabecilla de la insurrección —un zambo llamado José Leonardo Chirinos— se le condenó en Caracas "a muerte de horca que se ejecutará en la plaza principal de esta capital, adonde será arrastrado desde la Cárcel Real y verificada su muerte, se le cortará la cabeza y las manos y se pondrá en una jaula de fierro sobre un palo de veinte pies de largo en el camino que sale de esta misma ciudad para Coro y para los valles de Aragua, y las manos serán remitidas a esa misma ciudad de Coro para que una de ellas se clave en un palo de la propia altura, y se fije en la inmediación de la Aduana llamada de Caujarao, camino de Curimagua, y la otra en los propios términos en la altura de la sierra donde fue muerto Don Josef de Tellería" [1].

Afortunadamente, otro movimiento libertador, pero de índole totalmente contraria, vino a demostrar que no se había interrumpido la evolución de Venezuela hacia formas más amplias de convivencia y justicia. Me refiero a la conspiración de don Manuel Gual y don José María España en el año 1797. De familias distinguidas ambos cabecillas, e hijo el primero de don Mateo Gual, defensor de La Guaira contra los ingleses, su tentativa fue la primera que proclamó categóricamente la independencia y propuso un sistema democrático para la organización política de todo el continente. Según las "Ordenanzas" que debían regir provisionalmente la sublevación, "se declara la igualdad natural entre todos los habitantes de las Provincias y distritos, y se encarga que entre Blancos, Indios, Pardos, y morenos reine la mayor armonía, mirándose como hermanos en Jesucristo, iguales

1. Pedro M. Arcaya: *Insurrección de los negros de la serranía de Coro*. Caracas, 1941, pág. 214.

por Dios... queda abolido el pago del tributo de los indios naturales... queda desde luego abolida la esclavitud como contraria a la humanidad"; se le da al movimiento el nombre de "Revolución del Pueblo", se ordena que los comandantes expedirán sus órdenes en nombre del "pueblo americano" y se señala como objetivo de la conspiración "restituir al pueblo americano su libertad".

En toda esta terminología es evidente la influencia de la Revolución Francesa y de las teorías que la precedieron. Se considera la igualdad como un derecho natural, y no se la "establece", sino se la "declara", porque como los otros derechos naturales debía considerarse preexistente e imprescriptible. Por la misma razón no se habla de dar al pueblo la libertad, sino de "restituírsela". Pero en un punto fundamental se apartan los conspiradores venezolanos del modelo francés: "Como hermanos en Jesucristo, iguales por Dios", quieren que vivan en armonía todos los ciudadanos. Y, desde luego, también por la amplitud con que acoge a blancos, indios y negros dentro de la igualdad natural, se separan de la Revolución norteamericana.

Varios liberales españoles, que llegaron presos a La Guaira por haber participado en la Península en la conocida Conspiración de San Blas, tuvieron actuación muy importante en la tentativa de Gual y España. Tanto, que muchos historiadores les atribuyen el papel principal y hacen derivar del liberalismo español la ideología de aquel movimiento. Sin embargo, el corto tiempo transcurrido entre la llegada de aquellos revolucionarios y el momento en que la conspiración de los criollos toma cuerpo y logra libertar a los prisioneros, nos parece prueba irrefutable de que los planes subversivos estaban ya muy adelantados en Venezuela [1]. De otra manera no se explicaría que unos reos condenados por delitos políticos y que debían permanecer "abovedados" en las prisiones de La Guaira, lograran inmediatamente establecer comunicación con el exterior y organizar todo un plan subversivo. Por lo demás, también consta en numerosos documentos, que a lo menos desde 1794 José María España y otros tenían en La Guaira un grupo revolucionario activo y vehemente [2].

---

1. El doctor Pedro Grases, con la perspicacia y la fidelidad a los textos históricos que demuestra en todos sus trabajos, ha estudiado minuciosamente el asunto en su análisis de *La conspiración de Gual y España y el ideario de la Independencia*. Caracas, Edición del Comité de Orígenes de la Emancipación, 1949. Pero aunque se inclina a la interpretación que yo trato de atenuar, nos da las siguientes fechas de la llegada de los conspiradores españoles: Juan Bautista Picornell llegó el 3 de diciembre de 1796; Sebastián Andrés, José Lax y Manuel Cortés Campomanes, arribaron en febrero, abril y mayo de 1797, respectivamente. Y las cosas marcharon tan de prisa, que en junio de ese mismo año sus correligionarios de Venezuela lograron que escaparan.
2. Casto Fulgencio López: *Juan Picornell y la Conspiración de Gual y España*. Ediciones Nuava, Cádiz, 1955. Aunque en esta documentada biografía también se otorga a Picornell influencia decisiva sobre la conspiración de 1797, López insiste en ponderar el "grupo España" que funcionaba en La Guaira varios años antes. Ver también Héctor García Chuecos: *Estudios de Historia Colonial Venezolana*, Caracas, 1937; y Blanco Azpurua: *Documentos...*, tomo I, pág. 370.

Dato de intenso significado es que en una de las proclamas de esta revolución se evoca el castigo impuesto a Juan Francisco de León; y si recordamos que el padre Terrero, aunque de ideología rabiosamente conservadora, también reclamaba por la gloria de los hermanos Lorenzo y Gaspar de Córdova —perseguidos como seguidores de De León—, encontramos una rica veta que indica cómo la conciencia nacionalista de los venezolanos demostraba su continuidad en las más variadas formas.

En diciembre de ese año la Real Audiencia de Caracas prohibió la circulación de los *Derechos del hombre y del ciudadano*, así como de otros papeles sediciosos que llegaban, dice, "de las islas de Santo Domingo y la de Trinidad desde que la ocupan los ingleses". Pero llegaban también de la Guadalupe, donde Picornell los hacía imprimir; y en Nueva Granada y en la propia Venezuela corrían ya en tal abundancia aquellas aguas subterráneas de la revolución, que hoy cuesta trabajo determinar su origen y curso.

¡Si hasta en las cautelosas sesiones de los propios Tribunales se alzaban las voces subversivas! Juan Germán Roscio, abogado que después fue uno de los redactores del Acta de Independencia, y que para 1797 ejercía su profesión en Caracas y en Valencia, fue acusado por unos colegas españoles rivales de haber sostenido en estrados afirmaciones igualitarias —subversivas, heréticas y sacrílegas, dicen los acusadores—, que coincidían con las sostenidas por Gual y España; y aunque Roscio se defiende de su pretendida complicidad en la conspiración de éstos, no vacila en reiterar que "los hombres nacieron todos libres, y todos son igualmente nobles, como formados de una misma masa y creados a imagen y semejanza de Dios" [1]. Lo cual equivalía a repetir, casi literalmente, el principio fundamental de las "Ordenanzas".

La persecución de los conjurados de 1797, que al principio fue muy tibia durante el gobierno de don Pedro Carbonell, se intensificó dos años después con el nuevo Capitán General, Guevara y Vasconcelos, y llegó a excesos atroces. La sentencia contra don José María España disponía que fuera ahorcado y descuartizado, que sus miembros quedaran expuestos en sendas picotas en los lugares de La Guaira y Macuto que habían sido escenario de su tentativa revolucionaria, y sus bienes confiscados. Iguales penas sufrieron los otros reos principales que las autoridades lograron apresar. Todos los cómplices o presuntos encubridores sufrieron en las cárceles implacables interrogatorios; y la propia esposa de don José María España, mujer de singular entereza, fue reducida a prisión a pesar de encontrarse grávida, quedó incomunicada y más tarde se la condenó a ocho años de reclusión en la Casa de Misericordia de Caracas. Otros conspiradores recibieron largos años de presidio; y más de treinta personas

---

1. *Historia del Colegio de Abogados de Caracas*, por el doctor Héctor Parra Márquez. Caracas, 1952, págs. 574 y 446, respectivamente.

fueron desterradas. Pena esta última quizá peor que la muerte, a causa de la organización colonialista del continente.

Don Manuel Gual había logrado escapar a la isla de Trinidad, y allí murió envenenado, según se dijo, por orden de Guevara y Vasconcelos; lo cual puede creerse sin dificultad, de acuerdo con las otras formas de represión usadas.

El suplicio de don José María España causó espanto. El escritor Juan Vicente González, que por haber tratado a muchos de los que presenciaron aquel suceso debió de tener información de primera mano, describe así la pavorosa escena: "El 8 de mayo de 1799, la ciudad de Caracas vestía de luto; las puertas de las casas estaban cerradas, colgadas de negro las ventanas; y la voz llorosa de las mujeres que rezaban adentro, el tañido de las campanas que tocaban agonía, y el aire pavoroso de los unos, grave y apresurado de los otros, anunciaban un acontecimiento singular y terrible.

"Poco pueblo, alguna tropa y niños presididos por sus maestros, ocupaban la plaza mayor, y veían salir con ansiedad extraña, desde la cárcel pública, hoy reemplazada por la casa de Gobierno, un grupo confuso, que se acercaba lentamente, compuesto de soldados y de frailes de todas las órdenes, rezando éstos, prestas las armas aquéllos; y de hermanos de la Caridad y de Dolores, con vino y agua en las manos, o con un platillo en que recogían limosna, al fúnebre son de estas palabras: «Hagan bien para hacer bien por un hombre que están para ajusticiar». Venía realmente un bulto indefinible sobre una manta levantada por unos hermanos y tirado de vil caballo, con quien hablaban alternativamente dos sacerdotes, y que parecía escuchar con entereza, y dejarse ir voluntariamente hacia donde le llevaban. Era don José María España, que era arrastrado al último suplicio. Tendría como cuarenta años; y sin la blanca mortaja que le envolvía, habríase admirado un hombre de ademán resuelto, de agradable y gentil presencia. Por entre el ruido monótono de las armas, la salmodia del clero, los dobles de las iglesias y el dolorido acento de los que pedían por su alma, resonaba la dura voz del pregonero, que iba delante pregonando la sentencia que le condenaba...

"Cuando hubo llegado España al pie de la horca, el doctor F. José Antonio Tinedo, su antiguo amigo y que era uno de los sacerdotes que le auxiliaban, le hizo detener, con los ojos bajos, atadas las manos, entre un círculo de oficiales, para que expiase cristianamente un movimiento de orgullo que le había sorprendido a los aprestos de la muerte. Entonces el cura de la iglesia metropolitana subió con él las escaleras del elevado suplicio, abrazándole y cubriéndole amorosamente con sus hábitos. Aún no había bajado y ya el reo de lesa majestad agonizaba bajo el innoble peso del verdugo.

"El pueblo, humano, sencillo, aún no acostumbrado a hacer un espectáculo de la muerte, quedó por algún tiempo atónito, inmoble; los niños, espan-

tados, se apretaban unos con otros, alrededor de sus maestros; y muchos, entre los mismos actores, comenzaban a retirarse, mudos y tristes..." [1].

Según la leyenda, don José María España exclamó frente al patíbulo: "En este mismo lugar serán honradas mis cenizas por la patria". Y parece que de sus mismos contemporáneos viene esa tradición, pues fue sin duda en acatamiento a aquella profecía que en 1811, cuando se iba a levantar por primera vez la bandera de Venezuela en la Plaza Mayor de Caracas, se concedió a los hijos del mártir el privilegio de sostenerla. ¿Sería aquella exclamación de España el movimiento de orgullo que el sacerdote le hizo expiar? [2].

En aquella Venezuela de fines del siglo XVIII, que comenzaba a fijar así su fisonomía política, había también muchos criollos, a quienes sin vacilación ya podemos llamar patriotas, que quizá no pensaban en la separación de España, pero sí se ocupaban, con un nuevo criterio del bien público, en la transformación que América requería. Gracias a ellos los proyectos de renovación social se anticiparon hasta cierto punto a los de emancipación política. El licenciado Miguel José Sanz criticaba, como hemos visto, el sistema de educación predominante y los defectos del carácter nacional con tan certero juicio, que sus observaciones todavía mantienen validez. No es aventurado afirmar que ya pensaba también en una ley agraria que modificara las condiciones del campo venezolano, puesto que éste fue uno de los primeros proyectos que expuso a la consideración pública apenas hubo obtenido Venezuela su autonomía [3]. Don Simón Rodríguez pretendía reorganizar la educación elemental y hacerla accesible a todos. El Conde de Tovar trataba de sustituir los esclavos por jornaleros o aparceros blancos, para el cultivo de la tierra: "Noblemente ocupado —observó Humboldt—, en los medios convenientes para la extinción progresiva de la esclavitud de los negros en estas comarcas, se lisonjeaba el Conde de Tovar con las esperanzas de que se hiciesen menos indispensables los esclavos para el propietario, y de que se ofreciese a los manumisos la facilidad de volverse hacendados". Y añade el sabio alemán: "Me agrada entrar en estos detalles sobre la agricultura colonial, porque prueban a los habitantes de Europa lo que ha largo tiempo no es dudoso ya para los habitantes ilustrados de las colonias, es a saber, que el Continente de la América española puede producir azúcar, algodón y añil por medio de manos libres, y que los malaventurados esclavos pueden hacerse campesinos, hacendados y propietarios" [4]. También obedeciendo a esas mismas ideas, el Marqués de Mijares había dotado gratuitamente de tierras a cuarenta familias de las Islas Canarias, con las cuales fundó el pueblo de San Antonio de los Altos, cerca de Caracas.

---

1. Juan Vicente González: *Biografía del General José Félix Ribas*. Caracas, 1946.
2. Es la interpretación de Casto Fulgencio López en su citada biografía de Picornell.
3. Véase en ese sentido la biografía del prócer por el doctor Juan Saturno Canelón. Caracas, 1956.
4. Humboldt: *Viaje...*, tomo III, pág. 94.

El alcance social de esas iniciativas difícilmente podríamos apreciarlo hoy, si no recordáramos la citada observación de Humboldt. Para abolir la esclavitud se hacía necesario probar primero que no era indispensable, como se sostenía en Europa, y también en este punto, encontramos en Montesquieu un testimonio sorprendente: "El azúcar sería demasiado caro si no se hiciera trabajar por esclavos la planta que lo produce", decía con el mayor desenfado el admirado autor de *El espíritu de las leyes.* Y consideraba que esto justificaba la abominable institución.

Tiene, pues, gran importancia que algunos americanos se dedicaran a destruir por su base, con eficaces ejemplos prácticos, aquellos prejuicios incompatibles con la futura reorganización de estos países; y por otra parte, de alcance universal.

Ese inapreciable ímpetu de la América Hispana hacia formas de vida más amplias, inspiró a algunos estadistas españoles la idea de anticiparse a una ruptura violenta con estas colonias, mediante un sistema de gobierno que les diera cierta autonomía. Bien conocido es el proyecto del Conde de Aranda en ese sentido; y después de él, hasta el mediocre Manuel Godoy pretende en sus Memorias haber visto el problema, y narra que "puesto a la cabeza del gobierno, y observada y reconocida con sobradas pruebas la edad de adolescencia a que eran llegados los habitantes de la América, no tardé en persuadirme de que era fuerza gobernarlos como gente moza"; por lo cual proponía "que en lugar de virreyes fuesen nuestros infantes a la América, que tomasen el título de príncipes regentes, que se hiciesen amar allí, que llenasen con su presencia la ambición y el orgullo de aquellos naturales, que les acompañase un buen consejo con ministros responsables, que gobernase allí un senado, mitad de americanos y mitad de españoles", etc. [1].

Demasiado audaz para el rutinario criterio de los Borbones españoles; y muy poco para la América, que ya se sentía republicana y democrática. Por eso tenía que ser esta parte del Imperio español —en aquel momento, la más pujante y alerta—, la que decidiera el rumbo en aquella cima donde ya se advertía la separación de las aguas.

Que siempre un momento dado divide la inmensidad del tiempo en pasado y futuro, no es cierto sino como una trivialidad. Para que sea verdad con un sentido más profundo, ese instante debe estar señalado por un acontecimiento tan decisivo que en nada se asemeje lo que fue antes a lo que será después. En aquellos días era evidente ese límite trascendental. Atrás quedaban los tres siglos de cultura, pero también de estrecha vida colonial, que debíamos a España; mientras, en el porvenir, ilimitadas posibilidades para el individuo y para la sociedad volvían a darle a la América el incitante hechizo de un Nuevo Mundo.

---

1. Manuel Godoy: *Memorias del Príncipe de la Paz.* Madrid, 1836.

VI

"TODAS LAS ESPECIES A UN GOLPE"

Desde 1794, cuando sólo tenía once años, Bolívar había manifestado insistentes deseos de viajar a España. Podemos suponer que sintiéndose desamparado, por la muerte de la madre en 1792 y la del abuelo en 1793, sólo buscaba con aquel viaje reunirse en la Metrópoli con el tío Esteban, a quien amaba por su parecido con doña Concepción. Y, desde luego, este refugio sentimental adquiría más seducción para él por contraste con la ruda tutela de don Carlos.

Pero el viaje, además de largo, era bastante peligroso, tanto por la travesía en sí misma, como por la guerra que en tierra y mar sostenía España; contra Francia, primero, y después contra Inglaterra. Por otra parte, muy difícil habría sido para Esteban, soltero, cuidar de aquel chicuelo, que en un país de clima y costumbres diferentes al suyo necesitaría ayuda hasta para enseñarlo a abrigarse convenientemente durante los fríos inviernos que él no conocía en el trópico. Entonces la pulmonía era casi siempre mortal, y en la propia España se hablaba con temor del viento helado que la sierra de Guadarrama enviaba sobre Madrid, "tan sutil que apaga una vida y no apaga un candil", como decía la rima.

Con muy buen sentido, pues, Esteban se opuso a aquel proyecto y adivinando las insistencias de Simón, "para tenerlo entretenido —le aconsejaba a Carlos—, puedes figurarle que yo estoy pronto a marchar, que éste como es tiempo de guerra es muy expuesto y peligroso" [1].

Pero encontramos que el año 1798, Esteban ha cambiado de parecer y propone que le envíen a los dos hermanos, Simón y Juan Vicente: "Te he dicho también —escribe al mismo Carlos—, que estando como estoy situado en Madrid y en gran conocimiento de la Corte es coyuntura muy favorable para que vengan Juan Vicente y Simón, en donde podrán tomar alguna instrucción buena y veremos lo que la suerte pueda dar de sí en favor de ellos, teniendo como tienen mucho adelantado por sus grandes facultades". Este cambio de actitud podía explicarse porque ya ambos hermanos estaban bastante crecidos, pero intervenía en él, además, otro motivo que honra mucho a Esteban: hasta entonces la situación económica de éste en Madrid había sido muy estrecha y de tener a Simón consigo se hubiera supuesto que vivía a expensas de su pupilo; por el contrario, en 1798 fue

1. *Correspondencia entre los hermanos Palacios Blanco.* Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Nº 52, Caracas.

nombrado "Ministro del Tribunal de la Contaduría Mayor de Cuentas de Madrid", cargo que a pesar del largo título no pasaba de ser mediocre, pero desde el cual esperaba Esteban ascender muy pronto, gracias a la protección de su amigo Manuel Mallo, del que luego hablaremos. Por estos motivos había desistido de volver a Caracas y se proponía, como lo expresa en su carta, ayudar en la Corte a sus sobrinos. No sin base atribuyo aquellos escrúpulos a Esteban. El año anterior de 1797 se oponía a que don Carlos pasara a vivir con Bolívar en la casa del Mayorazgo de éste, y con toda franqueza le decía a su hermano que era para "no excitar la crítica pública de que te prevales de la curatela de este niño para habitar su casa". Esteban era en el fondo muy semejante a su padre y a su hermana Concepción, bondadoso y recto.

Análoga oferta en favor de sus sobrinos reitera en carta de febrero del 99. Pero ya Simón navegaba hacia allá acompañado solamente por un amigo y compatriota que iba a seguir estudios militares en España, Esteban Escobar, pues Juan Vicente Bolívar parece que no se animó a seguirlos.

Con mucho cuidado se había escogido el buque y la ruta que ofrecía mayor seguridad, y anduvieron acertados en la elección, porque el tío Pedro Palacios, que embarcó casi al mismo tiempo, sufrió por dos veces que los corsarios enemigos tomaran la embarcación en que iba y pasó innumerables trabajos. Bolívar, por el contrario, viajó muy felizmente. Salió de La Guaira el 19 de enero de 1799 en el navío "San Ildefonso"; el 2 de febrero tocó en Veracruz, y como La Habana, donde también debía de hacer escala el barco, estaba bloqueada por los ingleses, el "San Ildefonso" permaneció mes y medio aguardando en aquel puerto mexicano. Lejos de ser éste un contratiempo enojoso, le permitió a Bolívar subir a la ciudad de México, donde se alojó en la casa de un Oidor de la Audiencia a quien había sido recomendado por el Obispo de Caracas. El 20 de marzo siguieron ruta, tocaron en La Habana, ya libre, Bolívar y Escobar visitaron también esta ciudad, y finalmente, rumbo directo a España, el 31 de mayo desembarcaron en Santoña, cerca de San Sebastián.

Desde Veracruz escribió Bolívar a su tío Pedro la primera carta suya que ha pasado a la historia. El estilo muy desordenado y la pésima ortografía de ella sorprenden a muchos historiadores como demostración de una ignorancia que no esperaban, mientras otros se empeñan en destacar, como atenuantes, la "regularidad de las letras" y que "las cuatro caras de la carta —dice Lecuna— son planas de escritura, admirables por la armonía del dibujo". Efectivamente, la carta está escrita como la plana de un escolar, con la trabajosa regularidad que a duras penas podía alcanzar un niño convencido de su propia deficiencia. Pero también, escandalizarse por esto sería pedante. En personas adultas relativamente cultivadas, y hasta en documentos oficiales, no encontramos menos desigual la ortografía del castellano durante el siglo XVIII. Es preciso distinguir, además, entre la

educación que se daba a un "joven noble", destinado a la carrera militar, y la que se imponía a un futuro letrado.

En aquella época llegaba hasta ser deliberado el descuido de la enseñanza libresca en los planteles aristocráticos de Inglaterra, según podemos ver en las biografías de Byron y de Shelley, por Maurois.

Esto se debía a que consideraban primordial la formación del carácter, y si el exceso de cultura, de escrúpulos y de dudas, podía afectar la decisión y el ánimo sufrido que se reclamaban de un futuro señor, no vacilaban en sacrificar aquello a esto. Don Simón Rodríguez no llegaría a oponer en forma tan radical el cultivo de la inteligencia a la firmeza de la voluntad; pero la influencia de Rousseau lo alejaba por otros motivos de la enseñanza memorística y rutinaria. Para él, toda la enseñanza debía ser acción o estímulo para la acción, y hasta las disciplinas superiores —la historia, la crítica, la moral— debían tener como finalidad el perfeccionamiento del individuo o de la sociedad.

En suma, aquella carta de Bolívar es, ni más ni menos, la que se podía esperar de un niño de su clase sin preparación especial para las letras. Por lo menos sabía que no lo estaba haciendo muy bien: "Usted no extrañe la mala letra —dice—, pues ya lo hago medianamente bien pues estoi fatigado del mobimiento del coche en q[e]. hacabo de llegar, y por ser mui a la ligera la he puesto mui mala y me ocurren todas las espesies a un golpe". Lo mismo que les pasa a los demás niños; éste no podía sospechar que era ya "el futuro Libertador" y que su laborioso ejercicio infantil lo iban a juzgar algunos desde este punto de vista.

Más interesante, a propósito de esta primera carta de Bolívar, es recordar la oposición que siempre manifestaría después el Libertador a que su correspondencia se publicara. En octubre de 1825 escribía a Santander: "No mande Ud. a publicar mis cartas, ni vivo ni muerto, porque ellas están escritas con mucha libertad y con mucho desorden". Y asimismo en su testamento ordenó: "Que los papeles que se hallan en poder del señor Pavageau se quemen". Sin embargo, en esa documentación íntima está lo mejor del Libertador, la expresión más espontánea y vivaz de sus ideas, el testimonio de lo que sufrió por la patria y por las dificultades que presentaba su reorganización republicana, la exuberancia sentimental con que prodigó su afecto o aprecio a subalternos y amigos, las numerosas consideraciones de orden moral que tan desgarrador patetismo dan a sus vacilaciones políticas. "Yo sujetaría al Libertador —escribió O'Leary—, a un examen que muy pocos escogerían para ser juzgados, el de su correspondencia particular, y dudo que ninguno, aunque fuera menos franco y exaltado que lo fue el General Bolívar, saldría tan puro como él de semejante ordalía, si se puede usar de la expresión en este sentido". Y por el hecho mismo de que Bolívar jamás pensó que se publicaría, resulta una fuente histórica insospechable.

De su paso por México quedó también una anécdota que O'Leary narra así: "El general Alava, que a la sazón estaba en México y conoció a Bolívar en el palacio del virrey, me ha referido que un día, rodando la conversación sobre la revolución francesa, el joven venezolano se expresó con tanta audacia, que asombró a los oyentes, y habría causado gran disgusto al virrey si otro de más años o de más extensas relaciones en el país, hubiese emitido semejantes opiniones".

Aunque esta anécdota sea muy seductora, nos parece absolutamente inadmisible. Es preciso ignorar la cautela con que se habla en los regímenes despóticos sobre cualquier tema que toque la política, para aceptar que en el palacio del virrey de México, y ante personas de paso, se promoviera ese tema de la revolución francesa. Menos verosímil aún es que el niño Bolívar, que pasaba tantos trabajos para escribir una carta a su tío, se atreviera a opinar, a lengua suelta, sobre acontecimientos que apenas se conocían en América por algunas publicaciones clandestinas; y finalmente, llega al absurdo suponer que dentro de la rígida etiqueta de la época se le permitiera hacer aquello ante personas mayores y de tal jerarquía, sin que a lo menos se recurriera a cambiar inmediatamente la conversación a las primeras palabras del entremetido forastero.

Otros autores traen una versión del mismo episodio más verosímil, pues suponen que el incidente se originó por algunas preguntas hechas al venezolano sobre la revolución de Gual y España. En este caso, la imprudencia de las preguntas se podría explicar por la curiosidad de conocer un acontecimiento ocurrido en Venezuela y apenas mencionado en México, y sin duda nadie temería tampoco que Bolívar se excediera en la respuesta, ni menos que aprobara la conspiración. Pero a su vez resulta muy probable que el joven criollo, arrastrado por espontánea simpatía hacia los perseguidos o por cierto puntillo regionalista, tomara la defensa de sus desventurados compatriotas.

Pero todo este trabajoso arreglo se viene abajo al considerar que el suplicio de España y de sus compañeros fue lo que conmovió la opinión pública, más que la propia conspiración de 1797; que cuando Bolívar se encontraba en México apenas comenzaba a reactivarse en Caracas el proceso contra los conspiradores, olvidado desde hacía dos años, y que ninguno de los comprometidos había sido sacrificado aún. El interés que hemos supuesto entre los contertulios del virrey por enterarse de lo que había pasado en Caracas, y la vehemencia de Bolívar en defender a sus infortunados compatriotas, resultan, pues, evidentes anacronismos.

Hemos insistido porque así como repudiamos esta anécdota que aureola de poética rebeldía la niñez de Bolívar y que con el arreglo que hicimos podía pasar como fidedigna, encontraremos otras francamente ridículas y, al refutarlas, sólo nos guiará el mismo interés por la verdad que nos mueve en este caso.

El estudio del gradual desarrollo de Bolívar hacia su plenitud —tan interesante como tema sicológico e histórico—, merece, además, que se le limpie de las confusiones que muchos autores admiten por pereza, y casi todos con mal entendido entusiasmo si embellecen sus relatos.

La formación del carácter en el niño Simón durante los últimos años del siglo XVIII coincide cronológicamente con las manifestaciones categóricas de Venezuela hacia la independencia. Pero no nos llevará ese sincronismo casual a unir los dos hechos en una cómoda síntesis que nos permita de una vez presentar a Bolívar como miniatura del futuro Libertador.

Todo lo contrario. Aquel ambiente de emancipación, cuya característica más admirable es que fue creciendo y precisándose hasta aparecer como una coherente doctrina política, tan explícita en la revolución armada de 1797 como en los alegatos de Roscio ante la Audiencia, no creemos, sin embargo, que penetrara en la casa donde vivía Bolívar. En todo caso, no encontraría sino comentarios adversos. Los Palacios Blanco —me refiero a los varones— fueron todos realistas, a excepción de uno de ellos llamado Francisco que murió por la patria en 1814 con el grado de Teniente Coronel; y de aquellos tíos adversos a la causa republicana, los dos que frecuentaban a Simón eran los más empedernidos. Don Feliciano (que no debe confundirse con su padre don Feliciano Palacios y Sojo, abuelo de Bolívar), llegó hasta firmar en 1819 el llamado Manifiesto trilingüe promovido por las autoridades españolas contra el Libertador; y don Carlos, que ejercía la tutela inmediata de Bolívar, unía de tal modo la brutalidad en las maneras al más cerrado conservadurismo político, que en carta a Esteban sobre la revolución de Gual y España, concluye con este frenético galimatías: "En América, como que vivimos metidos entre esta canalla que se hace preciso tenerlos abatidos y aun a cada uno en su clase" [1].

Imaginar que a pesar de esa clausura espiritual que debía rodearle, y de la vigilancia consiguiente, Bolívar podía ser, a su edad, un revolucionario, sería hacer novela.

En cuanto a la influencia de don Simón Rodríguez, cesó, porque éste salió para Europa en 1797. Rodríguez era, por otra parte, más un reformador social que un agitador político; muy vehemente cuando trataba temas generales, pero distraído o desdeñoso frente a situaciones concretas. Se ha dicho que estuvo comprometido en la conspiración de Gual y España y que por eso huyó de Venezuela en aquel año. Tampoco es cierto: en el voluminoso expediente relativo a aquel suceso jamás se le menciona, y don Simón no era hombre que pudiera pasar inadvertido.

Desde su niñez hasta la entrada en la adolescencia, el único propósito de Bolívar que aparece comprobado por los documentos, es el de viajar a España, difícilmente compatible con el desvío hacia ella que ya se le

1. Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Nº 52, pág. 541, Caracas.

supone. Veremos también que varios años después todavía se encuentran intocadas en él las creencias religiosas de su familia. Debemos inferir, pues, que tanto en política como en religión, Rodríguez no intentó convertir a su discípulo en un prematuro jacobino; como han supuesto varios autores, unos con deleite y otros con horror.

Nada hubiera sido, por otra parte, más contrario a las convicciones pedagógicas de don Simón. Arraigar en Bolívar las virtudes fundamentales de un carácter viril, proveerlo de los elementos necesarios para que juzgara más tarde por sí mismo sobre los problemas que todavía no estaban a su alcance, y confiar honradamente todo lo demás al libre desarrollo espiritual de su discípulo, era el método socrático que Bolívar celebraba en su enseñanza.

No; ciertamente Simoncito —como todavía lo llamaban sus tíos— no era un genio prematuro, ni un héroe en cierne, cuando por primera vez pisó tierra española antes de cumplir sus dieciséis años. Iba a penetrar en un mundo sólo conocido a través de vagos relatos, exagerados ya en un sentido, ya en otro; es muy fácil imaginar, pues, lo que sentiría: la pompa y los placeres de la Corte; los grandes personajes que en ella vivían; las mujeres, los estudios, los espectáculos, y los peligros que hacían la vida de la metrópoli una aventura; el temor de sentirse aislado o torpe en un ambiente tan nuevo y la natural ambición de sobreponerse a esta inferioridad y llegar a sobresalir, tales debían ser las imágenes y sentimientos que ocupaban su mente.

Uno de los anacronismos que falsean más a menudo la historia de los grandes hombres es el empeño de considerarlos desde la niñez conducidos en línea recta hacia el fin que los espera. Sólo en el estudio del carácter, en sus adquisiciones fundamentales, que casi siempre aparecen muy temprano, consideramos lícito anticiparnos a los acontecimientos. Pero en cuanto al objetivo preciso en que ese carácter ha de ejercitarse, la vida es una escenografía que cambia a cada momento, desde la niñez a la virilidad de un individuo. La constancia no consiste en hacer siempre lo mismo, sino en dirigirse siempre a un mismo fin. ¡Cuántas bifurcaciones aparecen a cada paso en los caminos del genio! ¡Y cuántas veces las brujas de Macbeth tratan de burlarlo con sus arteros augurios!

Excepto aquellos jóvenes que han sido sacudidos prematuramente por choques muy violentos que polarizan sus fuerzas hacia un fin exclusivo, bueno o malo, y los genios que como un Juan Sebastián Bach crecen en un cerrado ambiente acorde con sus inclinaciones, por regla general los adolescentes, aun los mejor dotados, sólo experimentan en su primer contacto con la vida una confusa exaltación sin finalidad definida.

Tanto puede entusiasmarlos verse a sí mismos en el porvenir como espléndidos señores rodeados de magnificencia, como proponerse que han de soportar las privaciones más dolorosas por el triunfo de tal o cual ideal.

Pensar que disfrutarán de muchas mujeres o que se consagrarán a una sola con amor insuperado, son sueños que alternativamente ocupan su fantasía sin que adviertan contradicciones. La gloria ostentosa del guerrero o la paciente y recatada consagración del pensador, los seducen por igual. Entre ser inflexibles conductores de pueblos o místicos hermanos de todos los seres, ni han escogido ni necesitan escoger todavía. Y es que, en realidad, aún no han salido de su inocente egoísmo, desconocido por ellos mismos. Si anhelan salvar al mundo y están dispuestos a los mayores sacrificios, es porque cuentan con que en esa actitud serán admirados por todos.

Sólo más tarde, mucho más tarde a veces, se aprende que la gloria se paga casi siempre con atroces dolores; y que el verdadero heroísmo no se prueba en la alegre conquista del predominio, sino en las amargas horas, o años, en que todo parece perdido y es preciso recomenzar, una y otra vez. A aquel niño Bolívar lo esperaba un día, en que después de haber sido glorificado hasta el delirio, se vería tan acosado por calumnias e intrigas y tan atormentado por el inminente derrumbamiento de su obra, que hasta por su reputación ante la posteridad habría de temer. Ya hemos visto cómo llegó a considerarse, según sus palabras, "un desesperado, a quien le han roto todos los estímulos del espíritu y arrebatado para siempre todas las esperanzas"; y sin embargo, debió seguir adelante, y se apoyó en aquel mismo dolor para perdonar a sus compatriotas que le ofendían. En la adolescencia, si ya se han leído esas cosas en la historia de los héroes, no se conciben como una realidad que desgarra cuerpo y alma, sino como una exultante contraposición que no añade sino mayor belleza al heroísmo.

Cuando unos años después de lo que venimos narrando, Bolívar ve a Napoleón en dos ocasiones solemnes, el deslumbramiento que experimenta participa todavía de la confusión del adolescente: admira el traje sencillo que llevaba Napoleón, pero se advierte que no le habría interesado tanto sin el contraste con el brillo del Estado Mayor del Emperador; le parece despreciable, como algo anacrónico, la corona que éste se ciñó, pero lo fascina sin reservas, "la aclamación universal y el interés que inspiraba su persona" [1].

En aquel mes de junio de 1799, que fue cuando llegó a Madrid, no lo podemos evocar, pues, sino muy ufano dentro de su uniforme de Subteniente de las Milicias de Aragua, asombrado a menudo ante los suntuosos edificios de la capital española, y en otras ocasiones afectando, por el contrario, indiferencia o desdén ante todo lo que se le mostrara, para no aparecer como un alelado indiano.

Durante el viaje en coche de Santoña a Madrid, los monótonos trigales de España y los desolados paisajes en que la erosión parece poner al descubierto el esqueleto del globo, quizá lo hicieron añorar el brillante

1. *Diario de Bucaramanga, por el General L. Perú de Lacroix.* Edición crítica por Monseñor Nicolás E. Navarro. Caracas, 1935. Pássim.

paisaje venezolano y los pájaros y las flores que lo alegran durante todo el año. Pero más probable es que su curiosidad estuviera pendiente de los viñedos y olivares que daban a la metrópoli el monopolio del vino y del aceite; o bien, en aquel norte de España tan lleno de recuerdos, inquiriera con ansia por el desfiladero de Roncesvalles y, en Burgos, por el Cid.

También debió de pasar cerca de la Puebla de Bolívar, cuna de sus antepasados. Precisamente Esteban Palacios había ido a España con objeto de completar las pruebas sobre la genealogía de la familia y hacer efectivo un título de Marqués adquirido por don Juan de Bolívar y Villegas a comienzos del siglo y que ahora correspondía al primogénito Juan Vicente.

Apenas hubo llegado a Madrid, el tío Esteban lo llevó el 16 de junio a conocer la Corte, en Aranjuez. No sabemos qué impresión le hizo a Simón, ni si el lujo que por primera vez veía se sobrepuso en él a la estupefacción que debía producir, en un joven acostumbrado a nuestras recatadas costumbres, la vergonzosa vida de Carlos IV, María Luisa y Godoy. Aquel triángulo de un rey abyecto, una reina esclavizada a su lujuria y el favorito inepto y jactancioso, hería de tal manera la imaginación de los americanos, que años después, un hombre de leyes tan ponderado como Roscio no llamaba a Fernando VII sino "el hijo de María Luisa", lo cual era, casi sin disimulo, el insulto más procaz que puede emplearse en la lengua castellana.

En esos días aquella situación tocaba de cerca, además, a Bolívar y a su tío, porque al parecer Manuel Godoy había sido sustituido en su posición cerca de la Reina por Manuel Mallo, joven neogranadino que había pasado su niñez en Caracas y que era desde entonces tan íntimo amigo de Esteban Palacios que éste vivía en Madrid en la casa de aquél, y a ella llevó también a Simón. Mallo llegó, efectivamente, hasta el lecho de María Luisa, aunque en definitiva no sustituyó en el favor real a Godoy; hasta parece que éste favorecía aquellas relaciones, que lo aliviaban de la parte más enojosa de su alto cargo. Naturalmente, esto no hacía sino más picante aquel escándalo, y el Embajador francés en Madrid hizo pasar a la historia una anécdota que vale por varios volúmenes. Refiere que asomados a un balcón del Palacio, el Rey, la Reina y Godoy, el Monarca preguntó de pronto: "—Manuel, ¿quién es ese Mallo? Cada día le veo con un nuevo coche y nuevos caballos. ¿De dónde saca tanto dinero? —Majestad, contestó Godoy, Mallo no tiene un ochavo; pero se sabe que está mantenido por una vieja fea, que roba a su marido para enriquecer a su amante. El Rey, reventando de risa, dijo a la Reina que estaba presente: —¿Qué dices de esto, Luisa? —Carlos, respondió la Reina, ya sabes que Manuel siempre está de broma" [1].

---

1. Godoy, por Hans Roger Madol, pág. 84. Citado por Carlos Pereira, en *La Juventud Legendaria de Bolívar*, Madrid, 1932, pág. 140; y por don Vicente Lecuna en *Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar*, tomo I, pág. 90.

La dirección de los asuntos públicos no había sido menos vergonzosa. Gastos de aquella índole se hacían en el momento en que el erario se encontraba exhausto y se había recurrido al papel moneda. La administración estaba tan abandonada que ni siquiera cuidaba la marina, de la cual dependían, sin embargo, las comunicaciones del imperio y la existencia misma de éste. Después de haber roto con la Francia revolucionaria, sin obtener en la guerra contra ésta ninguna ventaja, el gobierno español hizo la paz; pero solamente nuevos desastres y humillaciones consiguió en este camino. Por complacer a los franceses declaró la guerra a Inglaterra y esto ocasionó la derrota de la escuadra española en la batalla del cabo San Vicente, y la pérdida de la isla de Trinidad, en las costas de Venezuela.

Los americanos sufrían especialmente a causa de aquella situación, porque los buques ingleses impedían el comercio y amenazaban sus puertos; y para colmo de sus males, la metrópoli les prohibió el comercio con los neutrales, lo cual acabó de arruinar a los agricultores y dejó el aprovisionamiento de estas colonias pendiente del contrabando que pudieran lograr. En Madrid se rumoreaba insistentemente que el Marqués de Ustáriz iba a ser incluido en el Ministerio, lo cual habría favorecido mucho a sus compatriotas los venezolanos; pero el hecho de ser americano alejaba mucho —se decía también— aquella posibilidad. Muy bien, pues, quedaban advertidos los criollos que en los males comunes les tocaba la peor parte, y de que no estaría jamás en sus manos contribuir a remediarlos.

En la correspondencia entre los hermanos Palacios Blanco —unos en Madrid y otros en Caracas—, aparecen con frecuencia alusiones a aquellos acontecimientos, aunque muy pronto advirtieron que las cartas eran interceptadas y leídas.

Godoy llegó a ser tan odiado que el clero y el Consejo de Castilla lo atacaron; y la Corte estaba tan relajada, que por no disgustar al Directorio accedió a expulsar del reino a los realistas franceses, lo cual no debía de contribuir, por cierto, a estimular en la propia España la fidelidad a la realeza.

Semejante desorganización moral debió producir en Bolívar, que sin duda jamás la había sospechado desde la provinciana Caracas, una impresión indeleble. Aunque por otra parte la falta de discusión pública ocasionaba que tales sucesos, separados a veces unos de otros por varios años, perdieran su cabal significación y se diluyeran entre los chismes sin trascendencia que cada día se echaban a rodar. Toda la vida nacional tenía un carácter de antecámara palaciega, muy diferente al que solemos suponer hoy a través de la narración histórica sistematizada.

Y la opinión general "visible" era francamente monárquica. No exagero. Refiriéndose a la conspiración de San Blas, descubierta poco antes, Menéndez y Pelayo se sorprende de "la complicidad" en ella de un español a quien considera hombre apreciable, y al narrar sucesos posteriores se

expresa con tal frenesí contra los constitucionalistas españoles y los revolucionarios hispanoamericanos, que no vacila en acusar a aquéllos de cómplices interesados de éstos; dice que en el Congreso de Cádiz los diputados americanos "alquilaban" sus servicios al "bando" que tuviera mayores probabilidades de triunfo, y llama a Miranda "antiguo terrorista". Si un pensador de tal categoría demuestra, tantos años después, semejante menosprecio por uno de los pocos movimientos liberales que en aquel siglo afloraron en España, y se lanza con cerrada ira contra los republicanos americanos, fácilmente podemos suponer cuán prevenida se mostraría entonces la mentalidad general ante cualquier intento renovador. También hemos visto que Salvador Madariaga, político además de escritor, no considera la independencia del Nuevo Mundo sino un "contubernio" de jesuitas, masones y judíos, y sólo se explica al Libertador como producto de un oscuro resentimiento racial.

La emancipación americana fue, justamente, una saludable reacción de la parte del imperio más evolucionada políticamente —la España americana— contra la rutina y la corrupción de la España metropolitana. Esto fue expresado con admirable sagacidad por Bolívar y otros pensadores revolucionarios, incluso con la creación de ese concepto —"la España americana"— que después de la Independencia pudo mantenernos unidos a la otra en un empeño común de perfeccionamiento político. Pero, salvo muy raras excepciones, los críticos políticos españoles desconocen o rechazan esta interpretación de nuestra independencia. No es de extrañar, pues, que así como a los republicanos de este lado del Atlántico los llamaron rencorosamente "insurgentes" y "rebeldes", a los liberales de la Metrópoli los menospreciaran como "traidores" y "afrancesados".

Si el tío Esteban era demasiado frívolo para ahondar en estos problemas, tenía también bastante dignidad para no lanzarse detrás de Mallo en sus intrigas de alcoba, aunque estuvieran tan bien remuneradas. Según carta de su hermano Pedro Palacios para Carlos: "Esteban se mantiene bajo aquellas primeras y moderadas impresiones que le fueron influidas por nuestro buen padre y según ello se gobierna en todo sin entrar en mucho manejo y travesura como lo exigen las circunstancias actuales". Lo cual no deja de ser, a través de las descuidadas expresiones de aquella correspondencia íntima, una estupenda evocación del severo ambiente familiar que pesaba todavía sobre Esteban.

Ese testimonio de Pedro, que nos muestra a su hermano bastante alejado de Mallo, desautoriza también una fantasía de O'Leary conservada por otros historiadores, quizá con la intención de apoyar la conseja de que Bolívar jugó cuando niño con el futuro Fernando VII y le derribó la gorra, en simbólico anticipo de la corona de América que le arrebataría. Según supone O'Leary, Bolívar "solía acompañar a Mallo, pero siempre con repugnancia, a la corte y a los sitios reales en las cercanías de Madrid.

En algunas de estas ocasiones fue testigo involuntario de la depravación de María Luisa. Ella hacía con liberalidad los gastos de su favorito, cuya mesa era servida de las cocinas reales; si algún plato agradaba a la reina lo mandaba de su propia mesa a la de Mallo, y con frecuencia entraba en los aposentos de aquél cuando Bolívar se encontraba en ellos".

Bolívar no había sido amigo de Mallo, ni era de su edad. Es casi inverosímil, pues, esa repentina intimidad, en contraste con el retraimiento de su tío. También según el mismo Embajador francés ya citado, Mallo vivía "siempre rodeado de espías y sin libertad para reunirse con nadie"; y en la correspondencia de los Palacios, observamos que éstos, ya establecidos en casa aparte, aunque frecuentaban la de Mallo en Madrid y a veces comían en ella, lo veían raras veces porque el favorito permanecía en la Corte.

Esteban y Simón abandonaron la casa de Mallo cuando también llegó a Madrid don Pedro, después del accidentado viaje que hemos mencionado. Como lo observan ellos mismos en sus cartas, ya hubieran sido seis personas —contando el criado que cada uno tenía— aposentados en casa ajena. Montaron, pues, nueva residencia en la calle de los Jardines, en julio de 1799.

Ya en agosto le escribía don Pedro a Carlos, sobre la existencia que llevaba Bolívar: "Este niño lo tiene Esteban muy aplicado y él sigue con gusto y exactitud el estudio de la lengua castellana, el escribir en que está muy ventajoso, el baile, la historia en buenos libros, y se le tiene preparado el idioma francés y las matemáticas. Está sujetico y observa mediana conducta, o por mejor decir buena, con que por esta parte vive descansado" [1].

Esto concuerda con un apunte que sobre esa época de la vida de Bolívar escribió Esteban mucho tiempo después: "Situado en la corte de Madrid —dice—, fue muy fácil proporcionarle maestros que adornasen su persona de algunos conocimientos y ejercicios propios de la juventud. A la vez y en su propia casa, le despertaba el maestro de esgrima, al cual seguía el de lengua francesa, y por último el de danza; una parte de la tarde la ocupaba en la clase de matemáticas; a todo se prestó siempre dócil y contento".

Pero esta vida fue interrumpida por el acontecimiento menos previsible: el tío Esteban fue reducido a prisión. Imposible ha sido hasta el presente averiguar la causa de tan extraño suceso; algunos suponen que se debió a intrigas palaciegas relacionadas con los amores de Mallo y la Reina, celos de ésta, etc.; pero un investigador tan tenaz como don Vicente Lecuna declara en sus últimos trabajos que no ha logrado ninguna interpretación fidedigna.

---

1. *Correspondencia entre los hermanos Palacios Blanco*, ya citada. Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Nº 52, pág. 656, Caracas.

Más novelesco aún llega a ser este episodio por el hecho de que Mallo no parece haber intervenido en favor de su íntimo amigo, y, por otra parte, mientras se trataba a éste con tal inquina que llegó a estar incomunicado y permaneció año y medio encarcelado... siguió cobrando sus sueldos como funcionario del gobierno. Según carta de Bolívar, fechada el 13 de enero de 1802, "mi tío Esteban... está bueno y privado de toda comunicación. Esto es todo lo que puedo decir a Vd. sobre el particular. El no tiene apoderado, de suerte que hay infinito trabajo hasta para cobrar sus sueldos" [1].

Todo lo cual nos hace imaginar también el tipo de gobierno que tenía España. Vemos que un individuo, aun con relaciones valiosas, podía ser reducido a prisión, quedar incomunicado, cobrar desde la prisión su sueldo como funcionario público y recuperar su libertad después de largo tiempo, sin que se llegara a saber el motivo de todo aquello.

1. *Cartas*, tomo XI, pág. 1.

VII

"MI SEÑORA DOÑA TERESA"

Preso Esteban, su hermano Pedro se trasladó a Cádiz, y el joven Simón pasó a vivir en la casa del Marqués de Ustáriz, con el cual tenía ya estrechas relaciones. Entra así en la existencia de Bolívar otro personaje de extraordinario carácter y extensa cultura, que no dudamos en considerar como decisivo, a la par con don Simón Rodríguez, en la formación espiritual del Libertador.

Era también caraqueño, de la misma familia Ustáriz de que ya hemos hablado; pero pasó a España bastante joven y allí ocupó posición prominente durante cincuenta años. En una nota publicada en Sevilla con ocasión de su muerte, leemos que fue Intendente en varias provincias, y a base de la experiencia adquirida en aquellos altos cargos, "presentó al Ministerio un largo y sabio informe con las reglas más oportunas para aumentar la población en su extensa superficie, mejorar la agricultura, poner en cultivo muchos terrenos montuosos y condenados a la esterilidad, establecer la buena administración de justicia, y la debida separación entre la autoridad judicial y el gobierno político, evitando los males que su confusión acarreaba. Mereció este informe la aprobación superior, produjo la erección de la Audiencia de Cáceres, y en muchos puntos se adoptó como regla general para toda la península" [1].

Cuando España fue invadida por Napoleón, "el Marqués de Ustáriz bien distante de imitar la timidez y el egoísmo de tantos otros magistrados del Reino, mezcló al momento su voz con la del pueblo aragonés... y fue uno de los primeros vocales de la junta de gobierno". En este movimiento, que aunque fuera momentáneamente, redimió a España de las vergüenzas que había sufrido y sacó a luz ideas políticas que hubieran podido transformar su vida pública, el Marqués de Ustáriz trabajó con "el fuego y entusiasmo de la juventud".

"Escribía al mismo tiempo en secreto —dice la misma nota— sobre planes de constitución política del reino; en cuya materia poseía un caudal precioso de noticias históricas, combinadas con particular crítica y filosofía; y éste era últimamente su principal estudio porque repetía con frecuencia: nada hemos hecho si antes de acabar esta guerra no tenemos una constitución que nos libre para siempre de tiranos y de favoritos, y que restituya al pueblo su dignidad".

1. Citada por Vicente Lecuna en *Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar*. Caracas, 1956, tomo I, pág. 117.

También Miranda, que visitó a Ustáriz muchos años antes, cuando éste era Intendente de Badajoz, en 1778, anota en su diario: "Encontré en él un sujeto amable, instruido y celoso del bien de su patria" [1]. Lo cual equivale a un elogio excepcional en la pluma de Miranda, que en aquellos años no encontraba nada que elogiar en los funcionarios españoles de la decadencia.

No podía esperarse que fuera republicano, sobre todo por la reacción unánime que habían producido en Europa los excesos de la Francia revolucionaria, pero sin duda podemos aceptar literalmente el juicio con que termina la nota que glosamos: "Eran sobresalientes su desinterés y su amor al Rey y al bien público; sus modales muy populares y su trato amable y franco; profundos sus conocimientos en las ciencias morales y políticas; infatigable su aplicación y estudio en el arreglo de todos los ramos que estuvieron bajo su autoridad; su literatura vasta y escogida; su entendimiento claro y sin preocupaciones, y sus virtudes, públicas y privadas, poco comunes".

Ese feliz equilibrio de bondad y rectitud, de señorío y de sensibilidad democrática, debieron de subyugar a Bolívar. Pero también el sentido crítico y la experiencia de Ustáriz fueron como ventana que por primera vez se abría en la vida del joven hacia los caminos que comenzaba a buscar. Porque si en don Simón Rodríguez había encontrado un portento de gracia y de talento, según su expresión, esas mismas cualidades estaban acompañadas en Ustáriz de los conocimientos precisos adquiridos en una extensa actuación política y administrativa. Según O'Leary, "en él se figuraba Bolívar ver a uno de los sabios de la antigüedad. Se recreaba en su sociedad y por ella dejaba los libros porque, decía, que más se aprendía conversando con el Marqués que en las obras de aquellos sabios. Ustáriz debió sin duda de ejercer grande influjo en el ánimo de Bolívar, que hasta en sus últimos días se complacía en recordarle y hablar de él con veneración. La posibilidad de separar la América del Sur de la Metrópoli era tema frecuentemente discutido entre los dos amigos; y en tales ocasiones Ustáriz, ya entrado en años, aunque no desaprobaba la idea, presentaba las dificultades de la empresa con tan sólidos argumentos, que habrían entibiado el ardor de su joven compañero a no tener éste tan profundas sus convicciones".

Salvo la última apreciación, que, a nuestro juicio, atribuye a Bolívar ideas que aún no habían madurado en él, la narración de O'Leary debe reproducir recuerdos oídos de boca del Libertador con bastante frecuencia; y ya veremos que aquellas cualidades del carácter de Ustáriz son las que después Bolívar busca y ensalza en los amigos y consejeros que va

---

1. Miranda, Archivo, tomo I, pág. 133.

encontrando: Peñalver. Palacio Fajardo, Roscio, Mendoza, Sucre, Revenga, Camilo Torres, Mosquera, Vargas, Salom.

Pero otro acontecimiento de índole personal, aunque absorbente para el joven, debía contribuir a que aquellas preocupaciones políticas nacientes no se precisaran más. Y fue que el subteniente don Simón de Bolívar se enamoró. Parece haber sido una pasión muy violenta, pues habiendo llegado a Madrid en junio de 1799, ya en septiembre del año siguiente, y apenas había cumplido los 17 años de edad, le participa en carta a don Pedro Palacios su propósito de casarse.

Y por cierto que muy ceremonioso se muestra en dicha carta Simoncito, pues comenzaba por advertir que ha de casarse para conservar el Mayorazgo, "y por haberme apasionado —agrega— de una señorita de las más bellas circunstancias y recomendables prendas, como es mi señora doña Teresa Toro, hija de un paisano y aun pariente". Este compatriota, padre de la novia, era don Bernardo Rodríguez del Toro, tío del Marqués del Toro y de don Fernando del Toro, entrañables amigos de Bolívar durante toda su vida. Pero a pesar de tan favorables circunstancias, don Bernardo exigió con muy buen juicio que el matrimonio se aplazara algún tiempo, por la corta edad del pretendiente. La madre de la novia, doña Benita de Alaiza y Medrano, ya había muerto.

A consecuencia de aquella decisión de don Bernardo, aunque el idilio siguió con gran entusiasmo, Bolívar debió volver a sus estudios. Que cada día se unían mejor a la influencia del Marqués de Ustáriz, educador sin proponérselo y acertadísimo pedagogo sin saber pedagogía. Años después, Ducoudray Holstein, venenoso enemigo del Libertador, a pesar de esto, escribía: "Había adquirido en el curso de sus viajes aquel hábito mundano, aquella cortesía y suavidad de maneras que le distinguían y que tan atractiva influencia ejercieron sobre todos cuantos le trataban".

Apenas seis cartas de Bolívar se han conservado de esa época de su primer viaje a Europa, pero en ellas encontramos ya dos datos de bastante interés psicológico. Uno de ellos es la espontaneidad con que Bolívar otorgaba su afecto y respeto a las personas que lo merecían. Al Marqués de Ustáriz lo llama el "único tutor que tengo aquí", con lo cual se quería referir, sin duda —ya que Ustáriz no fue nunca legalmente su tutor—, a que en ausencia de sus dos tíos, Ustáriz tenía derecho a guiarlo. A don Pedro Palacios, cuando le participa su propósito de casarse, le reconoce que "nadie tiene el interés y dominio en mis cosas como Ud.", y siempre termina sus cartas con una expresión de cariño, "de su más afecto sobrino que lo ama de todo corazón". Pero, sobre todo, en su relación con Esteban es particularmente efusivo: se advierte que le dolió mucho su prisión, y en respuesta a don Pedro, cuando éste le participa las gestiones que está haciendo en favor del preso, le escribe: "Conozco que nadie está más interesado en la causa del miserable, como Ud.: pero yo no puedo menos

que dar a Ud. las más rendidas gracias por este paso que Ud. da en alivio de mi buen padrino. Seguramente que no es posible manifestar mi contento. Un presentimiento del buen éxito que tendremos, me hace entregarme a las más lisonjeras esperanzas".

Comento estas manifestaciones afectivas de Bolívar, como ya lo hice con las de su infancia, porque anticipan una de sus características psicológicas que no le arrebataron ni la edad ni los desengaños. Con la misma exuberancia sentimental, y siempre con tanto respeto como afecto, se prodiga hacia todos los que lo rodean, tanto cuando se encuentra en la plenitud del triunfo y de los halagos, como en las horas de aquella abismal desesperación de la cual hemos traído algunas citas.

Suponer que un revolucionario ha de ser necesariamente un individuo de arrebatos demoledores, que un genio no puede compartir los sentimientos humanos normales, y que la bondad y el afecto no encajan en un carácter enérgico, son prejuicios demasiado extendidos. Hasta parece que, por regla general, al servilismo de la masa sólo el maltrato y el menosprecio le arrancan acatamiento. Aprovechando ese extravío del juicio colectivo, y gracias a la propaganda, se convierten con frecuencia en héroes aparatosos individuos que apenas debían calificarse como vesánicos ensoberbecidos; y que, por desgracia, antes de mostrar su efectiva debilidad, enloquecen a las multitudes y hacen derramar mucha sangre y muchas lágrimas. Trasladado ese criterio a la historia, atribuye a muchos grandes hombres atropellos y desplantes que no son sino los que el escritor supone que debe destacar en su héroe para que sea reconocido como verdaderamente grande. En ese sentido, la necedad y el mal gusto han desnaturalizado más la vida de Bolívar que las calumnias deliberadas de sus enemigos. Y, desde luego, para presentarlo como un hombre "irresistible" —con lo cual quieren decir que a nadie respetaba ni de nadie oía consejos—, comenzaron por pintarlo como un muchacho indomable y un joven desenfrenado.

No hemos intentado presentarlo como un niño sin problemas, ni menos como un adolescente sin fuego; pero —acompañando cada afirmación con una prueba documental— vemos cómo esa agitación confusa de su personalidad en formación fue buscando conscientemente objetivos superiores. Generosos y delicados estímulos —a través del abuelo Palacios, de don Simón Rodríguez, de Esteban y del Marqués de Ustáriz—, lo ayudaron en sus días de crisis; y sentimientos de cariño, de solidaridad familiar y de consagración al bien público le sirvieron de ejemplo. Todavía adolescente, ya la firmeza del carácter sabe ejercerla en la persecución tenaz de fines precisos y serios —su viaje, sus estudios, su primer amor—, bastante alejados ya de los caprichos infantiles. Adquiere, sobre todo, una firme y precoz admiración por ciertos valores éticos, y si respeta y quiere a Rodríguez y a Ustáriz, y ama a Pedro y Esteban, es porque ya, con segura

mirada viril, aprecia en ellos dotes de talento, conocimientos o bondad que acata con entusiasmo.

El otro dato interesante sobre la vida espiritual de Bolívar en aquellos días, según sus cartas, es que había conservado intactas sus creencias religiosas. Y las manifiesta con una devoción y humildad que no sospecharíamos. En la carta a su tío Pedro, ya citada, en la cual le manifiesta su alborozo por las diligencias que aquél hace en favor de Esteban, agrega: "Mis oraciones son pocas, y poco eficaces por el sujeto que las hace; pero no por eso dejaré de aplicarlas todas al buen resultado del celoso interés que Ud. tiene en este negocio" [1].

Esto nos hace pensar de nuevo en don Simón Rodríguez. Los sentimientos religiosos de Bolívar le venían de su madre y de su abuelo materno, el cual llegó hasta oponerse al viaje de Simón a Europa por temor a que se contagiara de la incredulidad que la Revolución Francesa, a su juicio, había puesto de moda. Pero tanto la madre como el abuelo murieron cuando Bolívar era todavía muy niño; y no volvemos a encontrar otra persona de influencia sobre él hasta que algo después aparece don Simón Rodríguez. Si éste hubiera sido para aquellos años el combativo ateo que algunos historiadores parecen evocar con horror, fácil le habría sido destruir o atenuar en Bolívar aquella religiosidad. Debemos concluir, pues, o que don Simón no era todavía tan descreído en aquella época de su juventud, y que quizá tampoco lo fue nunca con la violencia que se le atribuye, o que tuvo la honradez de no imponerse al niño en tan delicado punto.

Otro incidente vino a perturbar también aquel feliz sosiego que disfrutaba Bolívar entre su recién nacido amor y los elíseos diálogos con el Marqués de Ustáriz. Y fue que unos esbirros madrileños lo atacaron y ofendieron sin que todavía se sepa por qué. O'Leary relata el suceso de esta manera: "En el otoño de 1801 pasó don Bernardo con su familia a Bilbao; esta ausencia causó amarga pena a Bolívar. A poco de la partida de la familia Toro, sobrevino un acontecimiento que, aparte del gran disgusto que le produjo, le obligó a salir también de la capital. Paseando un día a caballo por la puerta de Toledo, fue detenido y registrado, en virtud de orden del Ministro de Hacienda, que alegaba como pretexto de semejante desafuero, la infracción de la ordenanza que prohibía usar gran cantidad de diamantes sin permiso; pero fue el verdadero motivo que la Reina, acosada por los celos y conociendo la intimidad del joven americano con Mallo, creyó poder hallar entre los papeles de Bolívar los indicios de alguna intriga amorosa de su favorito. Lleno de indignación por el ultraje que se le hacía, rehusó someterse a la pesquisa, y desenvainando la espada, amenazó castigar al primero que se le acercase. Algunos de sus amigos que por aquel sitio atinaron a pasar, intervinieron y el asunto quedó arre-

1. *Cartas*, tomo I, pág. 7.

glado; después de esto nada pudo inducirlo a permanecer por más tiempo en Madrid. Provisto de un pasaporte, tomó el camino de Bilbao y voló a unirse con el objeto de su amor, ya al terminar el año. Pocos días solamente pudo gozar de tan apetecida sociedad, porque don Bernardo se vio obligado a regresar a la capital".

La narración que del mismo suceso hace en sus Memorias el general Tomás Cipriano de Mosquera, el cual, tanto como O'Leary, pudo haberlo oído del propio Libertador, difiere poco de la anterior. Don Vicente Lecuna, a su vez, analiza ambas versiones y observa que el incidente debió ocurrir, no en el otoño, sino antes del 20 de marzo, puesto que una carta de Bolívar de esa fecha anuncia ya que esa misma noche sale para Bilbao. Lecuna considera, además, "suposiciones ridículas e ilógicas" las causas atribuidas por O'Leary y Mosquera a la detención de Bolívar, y prefiere suponer que éste "llevaba uniforme sin pertenecer a los cuerpos en servicio", y como en esos días se preparaba la guerra de España contra Portugal, el incidente se debió a exageradas precauciones militares. Esto nos parece más inverosímil aún, porque tales precauciones no se confiarían a guardias irresponsables, con derecho a registrar a un oficial uniformado; y porque deja sin explicar cómo al reconocerse el uniforme —cosa que forzosamente sucedería—, en lugar de recibir Bolívar un desagravio, se le prohibió permanecer en Madrid. Esto último no está probado, pero Lecuna lo admite: "La prohibición —dice—, duró desde el 20 de marzo de 1801 hasta el 29 de abril de 1802". Y es lo único que puede explicarnos por qué Bolívar pensaba, en agosto de 1801, casarse por poder: "Mi matrimonio —dice en carta de esa fecha—, se efectuará por poder en Madrid, y después de hecho vendrá don Bernardo con su hija, para embarcarnos de aquí en un neutral que toque en Norte América".

Se nos hace difícil, claro está, admitir que la prisión de Esteban y el atropello a Bolívar pudieran realizarse por una simple intriga de alcoba. Pero si un país está gobernado en tal forma que semejantes cosas pueden ocurrir sin que las propias víctimas sospechen los motivos, debemos aceptar que cualquier explicación, por fútil que sea, no será más absurda que los hechos mismos. Existe, además, cierto sincronismo entre los dos sucesos: la prisión de Esteban parece haber comenzado en septiembre de 1800 y el incidente de la puerta de Toledo fue en marzo siguiente; en abril de 1802 obtuvo Bolívar pasaporte para volver a Madrid y en el mes de enero siguiente aparece en carta de Esteban que éste goza ya de "tal cual libertad".

Si quisiéramos darle más categoría a aquellos hechos, intentaríamos relacionarlos con las persecuciones que se realizaban entonces en Venezuela a causa de la conspiración de Gual y España; y es cuando menos curioso que Bolívar escribiera a su tío Pedro, precisamente el 20 de marzo de 1801: "Yo no sé que le sucede a las cartas que siempre vienen atrasadas, pues

en este correo no he tenido carta de Ud. y quizá en el otro vendrán, lo que me incomoda infinito porque es señal evidente que las cojen, las leen y las vuelven a echar al correo". Pero sin dejarnos arrastrar por sarcasmos efectistas, nos atrevemos a decir que, si bien las autoridades peninsulares en Venezuela podían llegar a aquella clase de vigilancia, la policía de Madrid estaba más ocupada sin duda en las intrigas del Palacio Real que en la suerte que pudiera correr el Imperio.

Por otra parte, así como Esteban, aunque preso e incomunicado seguía empleado en el gobierno, a Bolívar no se le permitía ir a Madrid, pero sí pudo salir libremente para París y regresar.

Este viaje fue de enero a marzo de 1802 y permitió a Bolívar presenciar la celebración de la Paz de Amiens. Por este motivo pudo dejar en él extraordinaria impresión, pues, como es bien sabido, el entusiasmo que despertó aquel tratado conmovió a toda Francia, y Napoleón, proclamado "restaurador del Estado y genio de la paz", lo aprovechó para establecer el Consulado vitalicio y romper así, a un mismo tiempo, con la Francia revolucionaria y con la "legitimista".

Lamentablemente, no se han conservado cartas de Bolívar de aquellos días; pero, según las alusiones que hizo sobre Napoleón en años muy posteriores, conservadas por Perú de Lacroix y otros, parece que la proclamación posterior del Imperio lo impresionó mucho más que aquellos festejos. Quizá, según la interpretación que vengo siguiendo, porque ya tenía ideas políticas más definidas en el momento de la Coronación, en tanto que, para este comienzo del año 1802, lo absorbía su proyecto de casarse y volver a Venezuela.

Hasta podemos afirmar categóricamente que su visita a la capital de Francia en aquel año de 1802 fue accidental, provocada por el incidente de la puerta de Toledo y por el regreso de su novia de Bilbao a Madrid, pues en carta para su tío Pedro, fecha 23 de agosto de 1801, insistía en que pensaba contraer el matrimonio por poder —él en Bilbao y ella en Madrid— y regresar inmediatamente "en un neutral que toque en Norte América" [1]. O sea, que para esa fecha no pensaba en otro viaje.

Por otra parte, sólo dos meses permaneció en París. Para el 30 de marzo ya estaba de regreso en España, en abril pasó de Bilbao a Madrid, y el 26 de mayo pudo, por fin, celebrar el tan deseado matrimonio. No había cumplido todavía diecinueve años; María Teresa tenía veinte.

La novia pudo exhibir, como testigo del acto y primer declarante acerca de su soltería, a un empingorotado "Sr. Don Luis Quijada Quiñones y Moreno, Marqués de Inicio, Conde de Revolledo, Contador mayor de los Reinos y Secretario de la Diputación", el cual la llama "su sobrina carnal".

---

1. *Cartas*, tomo I, pág. 7.

Por el contrario, Bolívar no tuvo a su lado ningún pariente inmediato, pues de sus dos tíos, Esteban se hallaba preso y Pedro no pudo llegar de Cádiz. En cambio, si Bolívar debía de sentirse doblemente feliz, por su matrimonio y por el regreso a Venezuela, la joven desposada no dejaria de pensar con aprensión en el peligroso viaje, y en aquellas tierras desconocidas donde iba a establecerse, que la imaginación de los europeos poblaba de misterios y peligros.

Creemos que ese propósito de Bolívar, de volver a Venezuela inmediatamente después de su matrimonio, es muy revelador desde el punto de vista psicológico. Y de bastante alcance histórico si consideramos a Bolívar, como efectivamente lo era ya, un representativo de aquella oligarquía criolla orgullosa de sentirse americana, y que apoyada en este sentimiento se lanzaría pronto a buscar la independencia.

Las condiciones del Mayorazgo que había recibido le imponían, es verdad, vivir en Venezuela; pero ya los hermanos Palacios Blanco habían encontrado la manera de salvar este obstáculo, pretextando el servicio del Rey, o utilizando la célebre "Real Cédula de Gracias al sacar", que, mediante dinero, todo lo permitía. Así lo tenían planeado en su correspondencia desde que Bolívar pasó a España, porque juzgaban que el joven encontraría en la Corte oportunidades de progreso y brillo que la Colonia no podía ofrecerle[1].

A eso podían añadir ahora que aquel ostentoso tío de Teresa le abriría los salones más aristocráticos; o si lo prefería, el Marqués de Ustáriz, que lo trataba como un hijo, lo guiaría en la política o en la administración pública. También, de haber seguido el sentir común, Bolívar habría vuelto con su joven esposa a París, que en esos días disfrutaba, gracias a la reciente paz, de un deslumbrante paréntesis de seguridad y alegría.

Pero Bolívar pensaba en otras cosas: quería arraigar en Venezuela, y por lo mismo que ya comenzaba a sentirse mejor enterado del pensamiento universal y acerca de lo que realmente significaba la América, sentía impaciencia de regresar a ella y discutir con sus compatriotas aquellos conocimientos que en los palacios de Madrid no pasaban de ser un fútil adorno. Casarse y establecerse en Venezuela formaban en su espíritu dos propósitos inseparables: el amor a Teresa y el deseo de conducirla al país que sería su patria, se unían en él en un mismo sentimiento profundo y serio. Venezuela lo llamaba: lo llamaban aquellos abuelos fundadores que hicieron suyo este nuevo mundo entre peligros y penalidades.

Todo eso significaba en el fondo su decisión de regresar. Y de ese sólido criollo americano que ya era Bolívar iba a surgir el Libertador. Evolución bastante diferente a la que han creado los escritores cursis,

1. Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Nº 52, Caracas.

que se empeñan en presentar a Bolívar para aquella época como un joven desenfrenado o un prematuro jacobino.

De acuerdo con la vehemencia del joven marido y señor, muy poco después de la boda los recién casados salieron de España, y ya a fines de agosto estaban en Caracas.

Tres años y medio había durado la ausencia de Bolívar; salió todavía niño y regresaba de veinte años, casado y para asumir la plena propiedad de los bienes heredados de sus padres y del cuantioso Mayorazgo de la Concepción. Fue en la casa correspondiente a este vínculo, esquina llamada de Las Gradillas, en el ángulo sureste de la Plaza Mayor de Caracas, donde se estableció con María Teresa.

Fiestas y agasajos aguardaban a los nuevos esposos. Además de la juventud y simpatía de ambos, Teresa despertaba sin duda la curiosidad, más o menos matizada de envidia, de todas las jóvenes casaderas de la Provincia. Y todos esperaban de ellos interminables relatos de lo que sucedía en la Corte y acerca del nuevo personaje de resonancia mundial, Napoleón.

Es también de imaginar el entusiasmo de Bolívar en mostrar a su esposa las bellezas del paisaje tropical, los árboles y frutos desconocidos para ella: la caña de azúcar; el café; los centenarios samanes, algunos de los cuales, como el de Güere en los valles de Aragua, podían albergar bajo su sombra todo un batallón; el arbusto productor del cacao, tan extraño con sus gordas mazorcas rojas llenas del dulce grano y que nacen directamente del propio tallo de la planta. Y aquellos pájaros multicolores y bulliciosos que Bolívar desde su niñez —diría él— no veía.

María Teresa encontraba en Caracas, además, a un primo también titulado, el Marqués del Toro; y, con gran sorpresa, en la tertulia de los Ustáriz y en los otros salones, iba descubriendo que había entrado en una sociedad cultivada y fina, que hacía música y leía versos. Un poco taciturnos, demasiado graves, los hombres, es verdad; y también escandalosamente imprudentes en sus opiniones políticas, pues no sólo comentaban sin cuidado algunos libros revolucionarios, sino que sobre la propia situación local expresaban vehementes críticas.

La observación de que los hombres de Caracas eran demasiado serios, en comparación con la gracia y vivacidad de las damas, es opinión del Conde de Segur; y sobre la audacia con que se hablaba de política, existe un testimonio de Humboldt que, aunque hostil a esa particularidad porque ésta lo sorprendió en un momento en que deseaba gozar de la naturaleza sin esa interferencia de los intereses humanos, es, sin embargo, demostración de la atención que ponían todas las clases sociales en la marcha de la vida pública. Dice el sabio alemán que cuando por primera vez entraba en Caracas encontró a otros viajeros en lo alto del Avila; "eran caraqueños —agrega— y disputaban entre sí acerca del movimiento por la inde-

pendencia... sorprendióme la agitación que reinaba en los ánimos... Cuando entramos en la hostería, un hombre de edad, que con mayor calma había hablado, recordó a los demás cuán imprudente era, en el cerro como en la ciudad, en esos tiempos de delación, entregarse a discusiones políticas".

A orillas del Guaire, en el límite sur de la ciudad, la familia Bolívar tenía una posesión de recreo a cuya entrada se leía: "Aquí hallaréis reunidas a las comodidades de la ciudad, las delicias del campo". Esta inscripción, en latín, había sido escogida por don Andrés Bello, que reemplazó a don Simón Rodríguez como maestro de Bolívar cuando Rodríguez se fue a Europa. Una casa, jardines y caballerizas ocupaban en esta quinta más de tres hectáreas, y dos cedros gigantes que la adornaban se llamaban de Tamanaco, porque era tradición que ya existían en la época de la conquista, y que allí este cacique libró uno de sus combates contra los españoles. De las otras propiedades de los Bolívares, la que siempre se menciona es la hacienda de San Mateo, en los valles de Aragua; pero creemos que este renombre se debe a las acciones de armas que allí se realizaron en la época de la Independencia. Durante su juventud, Bolívar prefería su hacienda de Yare, más cercana a Caracas, y donde había iniciado grandes plantaciones de añil. Hacia el norte y el este de la ciudad, sus paseos favoritos eran las márgenes del Catuche y del Anauco. En las del Catuche existía —y existe hoy— un frondoso samán proveniente de una estaca del samán de Güere; y bajo su sombra volverían a encontrarse ahora Bolívar y don Andrés Bello, pues aunque éste había sido su maestro, apenas en dos años le excedía de edad.

De esa manera, entre fantasías y proyectos, los dos esposos hacían suya a Venezuela, amada con tanto fervor por Bolívar y que le deparaba a Teresa una revelación todos los días. ¡Cuánto se alegraría su padre, que era también caraqueño, cuando le refiriera en sus cartas —pensaba ella— estos descubrimientos que iba haciendo, y supiera que se sentía feliz en su nueva patria!

Pero quizá no llegó a recibir la primera respuesta de don Bernardo. Entonces era endémica en el trópico la fiebre amarilla, que mataba en pocos días, a veces en horas, cuando apenas se había logrado diagnosticarla por el "vómito negro" que la acompañaba. Atacada por esta terrible enfermedad, más grave aún para los europeos, la desdichada Teresa murió cuando apenas llevaba cinco meses en Caracas, el 22 de enero de 1803.

No parece exagerado nada de lo que se ha escrito sobre el dolor de Bolívar en aquel trance. Con dedicación absorbente la había amado desde su llegada a España, poniendo de lado las tentaciones y frivolidades de un mundo que por primera vez veía; y más tarde, apasionado y grave, había centrado en ella sus proyectos de "fincar" en Venezuela. A un mismo tiempo todo aquello se había venido abajo en apenas cinco días, que fue cuanto pudo resistir Teresa a la dolencia.

Y pensar que aquella fiebre era "tropical", como decían con tanto temor los europeos; era venezolana, en cierto sentido; de "su Venezuela" que él le estaba mostrando a la esposa con tanto afecto.

Nunca más buscó otro amor como éste, que le exigió constancia y pureza. En los primeros días de sus amores con Teresa le escribía al tío Pedro: "Querrá Dios darme algún hijo". Después no volvió a pensar jamás en ese tipo de unión perdurable. Como renunciación sin análisis pero irrevocable, llevó siempre en la intimidad de su conciencia a aquella esposa casi doncella. A las otras mujeres las amará de paso, sin concederles importancia. Aun con la fascinadora Manuelita Sáenz, que muerto él debía darle conmovedora prueba de abnegación y amor, fue injusto en ese sentido: tuvo con ella la lealtad —acaso más egoísta que generosa, aunque parezca lo contrario— de proponerle que se separaran, porque "nada en el mundo —según le escribía— puede unirnos bajo los auspicios de la inocencia y del honor"; y solía llamarla "la amable loca", aunque ella merecía mucho más. Sólo encontró de nuevo a Teresa, ya al final de su vida, en otra joven que lo llamaba "Mi glorioso" y a quien él llamaba "la gloriosa"; cuyo verdadero nombre era Joaquina Garaicoa y que, sin embargo, rendida de amor, firmaba "Gloriosa Simona Joaquina Trinidad... y Bolívar". Pero entonces el Libertador se muestra tan exageradamente cuidadoso de no mancharla, que aunque sabemos los miramientos y la delicadeza que lo obligaban a ello, adivinamos también en aquella actitud una supervivencia avasalladora de su primer amor.

No quedó Bolívar inconsolable en la forma que quiso presentarlo la moda romántica, pregonando su dolor con enfáticas palabras y dándose a sí mismo en espectáculo; pero quizá un análisis de su vida amorosa posterior, nos llevaría a admitir que fue siempre el viudo de Teresa, sin saberlo él mismo.

Sin embargo, eso fue después. ¡Tántas cosas sucederían después! En aquellos momentos no sucedía nada. Viendo a su esposa tendida en el estrecho ferétro, en el salón principal de la casa donde ya había comenzado a brillar, el único sentimiento del joven sería ese "parece mentira", tan absurdo y a la vez tan legítimo, con que solemos comentar la muerte de los seres queridos. La habían vestido después de su muerte con un rico traje de brocado blanco y su cabeza reposaba sobre el faldellín con que su esposo había sido bautizado. Tenía apenas veintiún años, y antes de enfermar sus facciones conservaban todavía la frescura de la doncellez. Sin embargo, ahora Bolívar no se atrevía a levantar el pañuelo que le cubría la cara, por no ver aquel rostro adorable manchado por el atroz color amarillo de la bilis, que la calcinante fiebre había derramado por todo el cuerpo, hasta la epidermis. Durante dos años la había cortejado en Madrid, sin decaer en entusiasmo. ¡Con cuánta solemnidad había comenzado a tratarla: "¡Mi señora doña Teresa!".

VIII

"SOBRE EL CAMINO DE LA POLITICA"

La muerte de Teresa echaba abajo todos los proyectos de Bolívar. Su propia instalación material después de aquella desgracia se le convertiría en un irritante problema. ¿Permanecería solitario en la vasta mansión del Mayorazgo, equipada para el desarrollo de una larga familia? ¿Se acogería a una compasiva instalación provisional en la casa de Juan Vicente o en la de alguna de sus hermanas casadas?

Hasta por despecho contra aquel golpe del destino, se le haría odioso el proyecto de permanecer en Venezuela, antes preparado con tanto cuidado. Decidió volver a Europa; y su aptitud para rehacerse rápidamente ante las desgracias, que después probaría en tantas circunstancias, también durante esta primera prueba vino en su auxilio. Comenzó casi de inmediato a preparar el viaje, y a ello debemos atribuir que el 9 de agosto del mismo año 1803 solicitara de la Real Hacienda 20.000 pesos que debía reintegrar en Cádiz con el valor de los frutos de sus haciendas, enviados a los representantes comerciales que tenía en aquel puerto. No estaba destinada esa cantidad, sin embargo, a los gastos del viaje mismo, sino a dejar bien respaldado el fomento de las haciendas que debía abandonar.

Aun en tiempos normales, y con mayor razón en los de guerra, no era aconsejable viajar con dinero y debía evitarse el traslado de caudales cuando no era absolutamente indispensable. Por eso tampoco aquella operación era un préstamo propiamente dicho: se hacía con todo el que pudiera afianzarla convenientemente, y tenía por objeto evitar el riesgo que los exportadores de frutos corrían al trasladar el precio de éstos a la América, a la vez que le facilitaba al gobierno colonial el envío de fondos a la península. Sin embargo, a veces la interrupción de las comunicaciones, o la escasez de numerario en América, impedía que se accediera a esos convenios. Tal sucedió en este caso "en atención —dice la resolución de Real Hacienda— a que desde que se recibieron las primeras noticias relativas a las presentes ocurrencias, estimó conveniente esta Superintendencia, no se verificase entrega alguna de los caudales remisibles a España" [1]; pero esta providencia tiene fecha 11 de agosto y ya el 31 del mismo mes se dio otra concediendo a Bolívar 12.000 pesos.

Parece que los dedicó por completo a unas plantaciones de café y añil que había comenzado en sus fundos de Ceuce y Yare, y tan interesado

---

1. Citado por Lecuna en *Catálogo...*, tomo I, pág. 140.

estaba en ellas, que apenas hubo llegado a Cádiz le escribió a su encargado en Caracas pidiéndole cuenta minuciosa de todo lo hecho, "hasta las más pequeñas cosas que acontezcan en esas haciendas". Con su ardor habitual agregaba: "Cada día tengo más ansias de ver en Ceuce una hermosa hacienda de café [1].

Me he extendido en estos pormenores porque indican cómo Bolívar reanudó valientemente sus actividades a raíz de la desgracia que lo había abatido. Aquel trabajo —en un hombre que jamás fue codicioso— era sobre todo una forma de lucha, uno de los caminos que exploraría antes de encontrar el definitivo; pero evidentemente estaba ligado, además, a la misión de "fundar" que por todos los cauces de su abolengo le venía.

Ya para octubre tenía concluidos sus preparativos de viaje; el 23 de ese mes otorgó poder general a su hermano Juan Vicente, y debió embarcarse inmediatamente, pues ya a fines de diciembre de 1803 se encontraba en Cádiz.

Muy diferente al primero debía de ser este su segundo viaje a Europa: en aquél, su corta edad, la insuficiente instrucción con que contaba, y el amor que tan temprano le salió al paso, lo redujeron casi por completo al cuidado de su propia persona y a los proyectos que alrededor de aquella pasión podía concebir. Ahora el propio vacío que en su vida se había hecho, en cierta manera, lo libertaba bruscamente, y si el espectáculo que el mundo presentaba entonces era como para avivar la imaginación más tardía, para la ardiente fantasía de Bolívar y su necesidad de acción debió de ser como un soleado y amplio campo abierto súbitamente ante un prisionero.

La carrera casi inconcebible de Napoleón, y su genio, fascinaban a sus mismos enemigos. Por primera vez, después de la acompasada marcha de las monarquías en Europa y del caos en que cayó la Revolución Francesa, la voluntad de un hombre sacudía todo el viejo continente y demostraba cuánto podía hacer un poder personal e improvisado dirigido simultáneamente a restablecer el orden y a continuar la revolución. "Los tiempos se regeneran. La ambición ya está permitida", había exclamado Mirabeau al comienzo de la Revolución. Bajo Napoleón, aquello volvía a ser cierto por una doble razón: porque las probabilidades de ascenso y gloria seguían abiertas para cualquiera, y porque el incomparable ímpetu de aquel improvisado señor se contagiaba a todos.

Aquellos mariscales y funcionarios del imperio, salidos casi todos del pueblo o de la pequeña burguesía, y encumbrados hasta las más altas posiciones —inclusive la realeza—, bajo la sola exigencia de que fueran tan aptos como lo demandaba la titánica voluntad que los reunía, era, en efecto, un aspecto de la revolución democrática mundial, quizá más

---

1. *Cartas*, tomo XI, pág. 3.

fascinante que cuantas leyes igualitarias pudieran dictarse. Pero no era tampoco la demagogia, porque ni el despilfarro, ni la ineptitud, ni las complicidades inspiradas por el miedo o el espíritu de partido, iban a ser toleradas. Para ser grande era preciso ser grande, frase que se nos ha ocurrido al correr de la pluma y que si se hubiera lanzado entonces no habría sonado como una tautología, sino como un grito de guerra contra el favoritismo y la rutina, a cuyo amparo se formaban los grandes en todas las Cortes europeas. Recordemos que hasta en Inglaterra —que había servido sin embargo como modelo de organización política—, los grados de oficiales en el ejército se compraban, no por soborno, sino como norma legal, y que esa institución subsistió hasta fines del siglo XIX, a pesar de que se había observado reiteradamente que la superioridad de las fuerzas navales inglesas sobre las de tierra se debía a que en aquéllas los ascensos se lograban por méritos y servicios.

En las Cortes borbónicas de España e Italia todas las formas de la corrupción y de la negligencia se unían, además, a aquel sistema secular; alrededor de los monarcas absolutos de Rusia, Austria y Prusia, el círculo palaciego se mantenía ajeno por completo a los intereses populares; en todas partes la rutina y el parasitismo sólo se interrumpían —más que todo en apariencia— cuando por casualidad las inclinaciones personales de algún monarca coincidían con lo que se consideraba la grandeza del Estado. La Revolución Francesa había resquebrajado por primera vez ese mundo caduco; y así como demostró que "el pueblo en armas" era superior a los ejércitos cortesanos, parecía que iba a imponer en la política, y en todas las otras formas de predominio, un principio análogo de agresiva renovación.

La República no había logrado, sin embargo, crear una administración eficaz que sirviera de base estable a esa renovación gigantesca. Es todavía el problema de todos los ensayos políticos radicales. La justicia social en nuestros días no tiene su peor enemigo en los que se le oponen por egoísmo, sino en los que olvidan por entusiasmo que si no hay la posibilidad de crear una organización administrativa que le dé realidad concreta a los principios políticos, los hombres que siguen aferrados a éstos toman fatalmente el camino de ocultar sus errores con mentiras y las mentiras con atropellos y crímenes. Tal fue lo que ocurrió con la Revolución Francesa y lo que ocurre en muchas de nuestros días.

Napoleón parecía haber encontrado un rumbo nuevo entre esos escollos, y si su administración triunfaba a base de eficacia y méritos —como él y sus improvisados príncipes en los campos de batalla—, ningún límite detendría ya las aspiraciones del pueblo. Negocios, política, arte, ciencia, nada podía haber, en ninguna de las actividades humanas, que no llegara a conquistarse así mismo en lucha abierta e igual.

Esa era la verdadera revolución que todos querían, tangible, inmediata,

con resultados directos para las aspiraciones que cada cual alimentaba; y Francia era todavía el centro de esa inquietud universal, aunque hoy nos sea difícil concebir aquel ambiente de entusiasmo, después de las parodias, ridículas unas, otras aterradoras, que Napoleón ha suscitado.

Desde luego, no faltaban totalmente la corrupción y las intrigas dentro de aquel cuadro deslumbrante, como luego veremos. Y, sobre todo, una sombra se veía crecer fatídicamente detrás de tantas esperanzas en marcha. Era la de ese mismo poder, que unas veces por sus propios excesos, y otras porque había conciencias e instituciones que muy legítimamente rehusaban sometérsele, después de haber sido símbolo de paz y organización, parecía convertirse en guerra y desorden.

Cuando apareció Napoleón, muchas naciones vieron en él un libertador, y para todos los pueblos representaba sin duda una vida más amplia y digna que la impuesta por aquellos gobiernos al viejo estilo, que para sobrevivir debían mantener a sus súbditos en la ignorancia y la inmoralidad. Sin embargo... sin embargo, estos prometedores horizontes se estrechaban cada vez más. Víctor Hugo cantaría después los días "en que el nombre de Francia hacía temblar al mundo". Precisamente, lo que todos temían. No es raro, pues, que muchos conservaran intactas las viejas ansias de libertad; y que las trasmitieran a las nuevas generaciones, aunque sólo fuera durante las veladas familiares. Nimbadas por esto mismo aquellas aspiraciones de un nuevo y fresco idealismo. Sucedía así, sobre todo, en los pueblos que, entre el despotismo de sus propios reyes y el de Napoleón, que ya sentían "extranjero", tenían forzosamente que buscar nuevas rutas. El establecimiento de la República en Francia había sido acompañado de experiencias aterradoras; pero este fracaso podía ser solamente circunstancial, puesto que en América las nuevas instituciones progresaban unidas a normas de trabajo, y de dignidad para todos, que seguían siendo un sueño para las sociedades aristocráticas de Europa.

El movimiento precursor de la Revolución Francesa había tenido como centro una imagen idealizada de la República romana y el propósito de unir la moral privada a la felicidad pública. Cuando Franklin estuvo de Embajador en la Corte de Luis XVI, la aristocracia francesa se extasiaba ante las medias de algodón y los zapatos sin hebilla del extraordinario "cuáquero", dispuesta también ella a renegar de su esplendor y ensayar aquella vida honesta y sencilla, que suponían libre de inquietudes e infortunios del otro lado del Atlántico. Después muchos prohombres de la Revolución, comenzando por Mirabeau, vendido en secreto a la Corte, y por el "incorruptible" Robespierre, tan cuidadoso en acicalarse como lo era en preparar la muerte de sus adversarios. convirtieron aquello en una farsa, donde lo único real era la sangre que corría a torrentes. Y todavía vino un otro "después" —los "después" se suceden en las revoluciones con velocidad fantasmagórica, sin que pueda conocerse la causa, ni nadie acierte

a saber si debe acomodarse al "después" de hoy o si ha de esperar al de mañana—, todavía vino después el desenfreno sin pudor del Directorio, y los nuevos ricos, hechos al amparo de la política, llegaron a escandalizar más que los antiguos príncipes.

Estoy tratando de pintar los encontrados sentimientos que Bolívar hallaría en Europa. Aquella desnaturalización de la República —dirían a su vez los republicanos—, no había sido sino un azar funesto; y lo repetirían sin duda, infatigablemente, bajo la lámpara familiar o en las conversaciones de obreros y campesinos, los idealistas sobrevivientes; que así, de cada generación, quedan siempre hombres que rehusan apostatar, y en el hogar, en el taller o en la calle preparan sus próximos hijos espirituales.

También se hablaría a veces en esas tertulias semiclandestinas, de un suramericano extraordinario —Miranda—, que había recorrido toda Europa preparando la emancipación de las colonias españolas, y que considerado un erudito en el arte militar, en política, en historia y filosofía, en administración pública, y hasta en música y antigüedades, se prometía dedicar esos conocimientos a la organización de los países que debía libertar. Durante la Revolución Francesa escaló los primeros rangos, tomó la plaza de Amberes y se enfrentó a Dumouriez cuando éste quiso traicionar a la República. Opuesto también a los excesos de Robespierre, había logrado a pesar del predominio de éste, que el implacable Tribunal Revolucionario lo absolviera; y el pueblo de París lo llevó en triunfo hasta su residencia. Con la misma inflexibilidad de carácter había rehusado seguir a Napoleón, que en aquel imprudente extranjero reconocía sin embargo "el fuego sagrado". Por eso había desaparecido ahora de la vida pública, pero aquella América del Sur, a la que él daba vida con sus vehementes proyectos y el ejemplo de su vida, se unía así a las esperanzas que mantenían intactas los americanos del Norte.

Los pensadores más serios se unían a esa invocación de una vida mejor para el individuo y para la sociedad. Condorcet había puesto todo su talento de economista, matemático y filósofo al servicio de una tesis que aseguraba, como esencial e indefinida, la perfectibilidad del género humano. Su fe en que los retrocesos accidentales en el progreso de la humanidad, se debían solamente a la superstición y a la tiranía, llegó a ser un credo indiscutible. Jeremías Bentham proyectaba para la América una legislación ideal, que hiciera reinar la justicia y la razón en este nuevo mundo, no contaminado por las concupiscencias y la hipocresía que arruinaban en Europa todas las instituciones.

Tal era, confuso y cambiante, pero lleno de promesas e incitaciones, el mundo en que Bolívar iba a entrar. Muchos eran los caminos que en él se ofrecían al entusiasmo de un joven.

Hemos visto, sin embargo, que cuando desembarcó en Cádiz todavía volvía con insistencia sus miradas hacia Venezuela y no imaginaba su porvenir

sino arraigado en ésta, probablemente cuidando de aquellas "hermosas haciendas", acerca de las cuales quería saber "las más pequeñas cosas".

Por eso nos parece que pueden aceptarse literalmente las confidencias que veinticuatro años después le oyó Perú de Lacroix, sobre su estado de ánimo al emprender este viaje. "Miren ustedes —decía— lo que son las cosas; si no hubiera enviudado, quizá mi vida hubiera sido otra; no sería el general Bolívar, ni el Libertador, aunque convengo en que mi genio no era para ser Alcalde de San Mateo".

Más interesantes son, en el mismo diario, sus observaciones subsiguientes. De manera indudable nos indican que durante aquel viaje fue cuando nacieron en él ideas políticas precisas, aunque desdibujadas al principio, como dije antes, entre el confuso emerger de imágenes contradictorias. "Huérfano a la edad de 16 años y rico —continuó narrando— me fui a Europa, después de haber visto a México y la ciudad de La Habana: fue entonces cuando en Madrid, bien enamorado, me casé con la sobrina del viejo Marqués del Toro, Teresa Toro y Alaiza; volví de Europa para Caracas en el año de 1801 con mi esposa y les aseguro que entonces mi cabeza sólo estaba llena con los vapores del más violento amor, y no con ideas políticas, porque éstas no habían todavía tocado mi imaginación; muerta mi mujer y desolado yo con aquella pérdida precoz e inesperada, volví para España, y de Madrid pasé a Francia y después a Italia; ya entonces iba tomando algún interés en los negocios públicos, la política me interesaba, me ocupaba y seguía sus variados movimientos. Vi en París, en el último mes del año 1804, el coronamiento de Napoleón: aquel acto o función magnífica me entusiasmó, pero menos su pompa que los sentimientos de amor que un inmenso pueblo manifestaba al héroe francés; aquella efusión general de todos los corazones, aquel libre y espontáneo movimiento popular excitado por las glorias, las heroicas hazañas de Napoleón, vitoreado en aquel momento por más de un millón de individuos, me pareció ser, para el que obtenía aquellos sentimientos, el último grado de aspiración, el último deseo como la última ambición del hombre. La corona que se puso Napoleón en la cabeza la miré como una cosa miserable y de moda gótica; lo que me pareció grande era la aclamación universal y el interés que inspiraba su persona. Esto, lo confieso, me hizo pensar en la esclavitud de mi país y en la gloria que cabría al que lo libertase; pero ¡cuán lejos me hallaba de imaginar que tal fortuna me aguardaba! Más tarde sí empecé a lisonjearme que un día podría yo cooperar a su libertad, pero no que haría el primer papel en aquel grande acontecimiento. Sin la muerte de mi mujer no hubiera hecho mi segundo viaje a España y es de creer que en Caracas o San Mateo no me habrían nacido las ideas que me vinieron en mis viajes, y en América no hubiera adquirido aquella experiencia ni hecho aquel estudio del mundo, de los hombres y de las cosas que tanto me ha servido en todo el curso de mi carrera política. La muerte de mi mujer me puso muy temprano sobre

el camino de la política; me hizo seguir después el carro de Marte en lugar de seguir el arado de Ceres: vean, pues, ustedes, si ha influido sobre mi suerte" [1].

Es sorprendente que a pesar de esta narración autobiográfica que señala con tanta precisión la diferencia entre el primer viaje de Bolívar a Europa y el segundo y va destacando en éste el desarrollo gradual de sus aspiraciones, casi todos los biógrafos del Libertador insisten en mezclar caprichosamente los elementos de un proceso psicológico tan interesante. Vuelvo a observar la influencia de la frivolidad y el mal gusto: tenemos a la vista una formación espiritual que comienza en temprana edad con las bases del carácter; sigue con la adquisición de conocimientos y experiencias que Bolívar realiza por su propia cuenta y al lado de Ustáriz, y se precisa luego como un ideal de amplio contenido patriótico y humano. El Libertador nos narra en esa forma la natural y equilibrada ampliación de su personalidad; nada de ensueños egocéntricos con anticipados delirios de grandeza. ¿Por qué adulterar la verdad y sustituir esa feliz evolución por una confusa mezcla de arrebatos y profecías?

El itinerario que según aquella relación siguió Bolívar en Europa, apenas necesita también completarse. Pero es indispensable limpiarlo de otras suposiciones que lo embrollan. De una vez advertimos, sin embargo, que desistimos de rebatir pormenorizadamente las fantasías que se han acumulado sobre la vida de Bolívar en esta época. Sencillamente las pondremos de lado casi siempre, pues de otra manera fatigaríamos al lector, perturbando antes que esclareciendo la narración de lo que auténticamente se conoce.

Bolívar recurrió a copiosas lecturas para aliviar el tedio de la larga travesía entre Venezuela y España. Mancini cita entre los autores que había tomado para el viaje, a Plutarco, Montesquieu, Voltaire y Rousseau. A fines de diciembre desembarcó en Cádiz; y sólo permaneció en esta ciudad hasta principios de febrero, en que salió para Madrid. Sabemos con seguridad que trató de sus negocios con los representantes comerciales que en aquel puerto tenía. Pero según una narración de Mitre, también en Cádiz fue admitido en la "Gran Logia Americana" y prestó juramento de fidelidad al sistema republicano como "el más adaptable al gobierno de las Américas". Consideramos dudoso que en un mes —pues no fue mayor su permanencia en aquella ciudad—, los vigilados liberales de Cádiz se aventuraran a franquearse con el joven aristócrata indiano y lograran iniciarlo en la Logia. Preferimos, pues, seguir aceptando la propia versión de Bolívar sobre sus ideas políticas, no definidas para aquella época.

---

1. Perú de Lacroix, *op. cit.*, pág. 226. Hemos corregido levemente en la cita el enrevesado castellano del autor francés, pero sin adulterar nada; por eso hemos dejado como fecha del regreso de Bolívar a Venezuela, después de su primer viaje, el año 1801, que por error indica Perú Lacroix en lugar de 1802.

Lo cierto es que en febrero ya estaba en Madrid, donde le esperaba el duro trance de revivir, al lado del padre de su esposa, los breves días de felicidad que pudo darle a ésta. Débil compensación de esta renovada pena fue encontrar, en la capital de España, a un amigo a quien siempre quiso, Fernando Rodríguez del Toro, primo de Teresa. Con él siguió viaje a París en abril.

En Francia se establece entonces, justamente hasta abril del año siguiente de 1805, en que emprende su conocido viaje a Italia. Regresa a Francia en diciembre de 1805 o principios de 1806, y de nuevo permanece en ella, y casi seguramente en el propio París, hasta setiembre de 1806. Aquí finaliza prácticamente su permanencia en Europa; sólo por la necesidad de buscar un buque neutral para regresar, sube hasta Hamburgo; allí embarcó en octubre para Estados Unidos, y tras un visita de cuatro meses a sus principales ciudades, volvió a Venezuela. Hahía salido a fines de 1803 y en junio de 1807 estaba de nuevo en Caracas; de aquellos tres años y medio, casi dos los pasó en Francia, pero no consecutivos, sino separados por los ocho meses que dedicó a Italia.

Al llegar a París, él y Fernando Toro se encontraron con varios jóvenes hispanoamericanos, entre los cuales estaban los ecuatorianos Carlos Montúfar y Vicente Rocafuerte. Montúfar era hijo del Marqués de Selva Alegre, que sería en 1809 Presidente de la Junta Revolucionaria establecida en Quito, la primera en Suramérica; y él mismo dio su vida en la lucha por la independencia. Rocafuerte no tomó parte activa en la emancipación, y por eso se sentía en una "falsa posición" frente a sus antiguos compañeros, y fue enemigo del Libertador durante los últimos años de la Gran Colombia " [1].

Entre estos extranjeros en la flor de la edad, así agrupados en la ciudad encantadora, se estableció rápidamente amable e íntima camaradería. En la cual participaba —sorprendente hallazgo— don Simón Rodríguez, el recordado maestro de Caracas. No olvidemos que Rodríguez apenas había rebasado los treinta años, y por eso fue, en gran parte, sólo un compañero más en aquel grupo. En 1826 le escribía a Bolívar: "No sé si usted se acuerda que estando en París, siempre tenía yo la culpa de cuanto sucedía a Toro, Montúfar, a usted y a todos sus amigos" [2], palabras que sugieren las amistosas riñas que a cada momento surgirían entre aquellos jóvenes y el travieso pero respetado pedagogo.

Rodríguez había salido de Caracas, según se cree en 1797, y poco se

---

1. Sobre Rocafuerte decía Fanny de Villars a Bolívar en 1830: "Sólo el amor propio lo tiene alejado de Ud... la falsa dirección que él había tomado a consecuencia de las divisiones en las diferentes Repúblicas, lo aisla de todo, y en esta situación Ud. podría atraérselo por el bien general y por él mismo, que no puede ofrecerse encontrándose en una falsa posición con respecto a sus compatriotas y a Ud. mismo" (Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Nº 52, pág. 668, Caracas).
2. O'Leary, tomo IX, pág. 513.

sabe de su vida en Europa, sobre la cual se han tejido innumerables leyendas. Lo único seguro es que tomó el nombre de Samuel Robinson; que siguió dedicado a la enseñanza y se entusiasmaba con la idea de promover una renovación de la educación en general. Muchos años después, en *Luces y virtudes sociales,* ediciones de 1834 y 1840, "mis borradores sobre Instrucción Pública —dice— tuvieron principio a fines del siglo pasado en Europa, donde viví enseñando por espacio de muchos años". En realidad habían comenzado en Venezuela, con la Memoria al Ayuntamiento de Caracas, de la cual ya hemos hablado; pero el hecho de que la omita nos sugiere que sus trabajos posteriores en Europa, por desgracia perdidos, debieron ser mucho más importantes. En Bayona y en París fue profesor de español; y es obra suya —siempre bajo el nombre de S. Robinson— la primera versión al castellano de la *Atala* de Chateaubriand. Apareció dicha traducción en 1801 y aunque Fray Servando Teresa de Mier pretende en sus Memorias ser el verdadero autor de ella, hoy no puede quedar la menor duda de que fue Rodríguez [1].

Pero una mujer aparece también en la vida de Bolívar, apenas se hubo establecido éste en París. Se trata ahora de una mujer casada, Fanny Dervieu du Villars, que por su propia familia llevaba el apellido Trobriand, y a éste añadía ella, a veces, el de Aristeguieta, a través del cual se decía prima de Bolívar, aunque nadie ha encontrado rastros de este parentesco.

Forzosamente hemos de abrir aquí un paréntesis en nuestra narración para presentar el verdadero carácter de estas nuevas relaciones amorosas de Bolívar, que han sido el centro de las más extravagantes fantasías. El esposo de Fanny, conde y coronel, fue ascendido a general en tiempos de la Restauración, lo cual puede indicar algunos servicios o buenas relaciones; pero, aparte de esto y un nombramiento en la guarnición de Lyon, su actividad principal había sido como proveedor del ejército, cargo que no daba ciertamente mucho lustre. Según refiere en sus *Memorias* la reina Hortensia, en París "al Terror habían sucedido los bailes, las fiestas y la alegría. Las fortunas de Francia habían pasado a manos de los proveedores de los ejércitos. Ellos hacían los honores de la capital, y en una sola fiesta gastaban el dinero fácilmente adquirido".

Las otras noticias realmente fidedignas sobre Fanny nos han llegado a través de sus propias cartas, pero éstas son de la época más lamentable de su vida, cuando venida a menos de la holgura que disfrutaba en su época de amores con Bolívar, y encumbrado ya éste como Libertador, Fanny tiene que importunarlo con solicitudes absurdas y usando irritantes y pequeñas mentiras. Encontramos así que en 1821 le pide "de ciento cincuenta a doscientos mil francos", cifra que ella no encuentra "por encima de vuestra grandeza actual y futura, sobre todo ahora que la paz

1. Ver el magnífico trabajo crítico al respecto del doctor Pedro Grases en la obra *Escritos de don Simón Rodríguez*, Caracas, 1954.

os ha hecho recuperar vuestra fortuna en Caracas"; continúa en cartas sucesivas con varias peticiones análogas, y por fin le ofrece en 1825 "los servicios" de su hijo Augusto, en esta forma: "Si Ud. desea estrechar nuestros lazos de parentesco escogiéndole una mujer de vuestra familia, él iría a buscarla y Ud. me lo devolvería a Francia con el título y las funciones de Cónsul General de Colombia..."[1].

Estas extravagancias se explican muy bien porque Fanny prosperó precisamente en aquellos salones del Directorio y del Consulado, donde la vanidad de los nuevos ricos y las necesidades de algunos nobles arruinados urdían las más peregrinas combinaciones, al lado de los advenedizos con mando —militares y funcionarios— que perdían la cabeza entre aquella mezcolanza y, a su vez, la agravaban. Arrastrados todos por los cambios que había sufrido la vida pública con una rapidez que entonces no tenía precedentes, nadie sabía —ni deseaba saber— si pertenecía al antiguo régimen, a la revolución o al imperio; y corriendo desesperadamente tras los favores, parecían reproducir la concepción antigua que Saint Simon observó bajo Luis XIV y que Taine comenta así: "Educados en la igualdad, jamás comprenderemos nosotros estas aterradoras distancias, la agitación del corazón, la veneración, la humildad profunda que sentía un hombre delante de su superior, la pasión vehemente con la cual se apegaba a la intriga, al favoritismo, a la mentira, a la adulación y hasta a la infamia, para trepar un escalón por encima de su estado"[2]. Una vez más, antes de haber terminado la igualitaria revolución, ya el dinero, bajo el Directorio, había vuelto a establecer aquellas aterradoras distancias. Napoleón introdujo nuevas formas de predominio, muchas de ellas legítimas, pero aquellos hábitos palaciegos tendían a sobrevivir.

Sólo un ambiente tal puede explicarnos que Fanny le ofreciese su hijo a Bolívar para que se lo reexpidiera, como quien dice a vuelta de correo, casado con una mujer que no conocía, pero Cónsul. Y nada menos que veintinueve años tenía el jovencito, según la misma carta, "es capitán de caballería desde hace dos años, posee la estimación de sus jefes y camaradas", etc., etc.

Pero más aún debieron de enfadar a Bolívar en las cartas de su antigua amante las pueriles invenciones con que trataba de comprometerlo: varias veces se lamenta de que ha sufrido persecuciones políticas por su fidelidad al Libertador, y en otras ocasiones le ofrece a Bolívar, por el contrario, su valimento en la Corte de los restaurados Borbones. En 1825 le escribe:

---

1. Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Nº 52, Caracas. En esta misma fuente encontramos que un hermano del esposo de Fanny, también coronel, estuvo en Colombia a fines de 1827 y principios del 28, allí presenció en Cartagena unos motines contra el Libertador, se embarcó en seguida para Nueva York, y desde esta ciudad le pide a Bolívar 4.000 piastras, invocando el riesgo que corre su honor a causa de ciertas deudas y de la quiebra de sus banqueros en París.
2. H. Taine: *Essais de critique et d'histoire.* París, 1920, pág. 201.

"Mi situación en la sociedad y aun en la Corte de Francia es buena. Ya no se considera un crimen que os pertenezca, y advierto en esto que ha habido un buen cambio". Lo cual olvidó el año siguiente, porque refiriéndose al de 1820, le dice a Bolívar: "...pero lo que más le sorprenderá a usted, mi querido primo, será saber que el 20 de abril de 1820, quien con el más vivo interés me interrogó acerca del carácter de usted, de su talento y de su nacimiento, fue el Rey Luis XVIII, que me concedió una audiencia solicitada por mí, con el objeto de desvanecer los cargos hechos a mi hijo, a quien su coronel, el marqués de Rochedragon, había amenazado con expulsión del regimiento, porque una carta amistosa y llena de entusiasmo que dirigía a usted había sido interceptada. El Rey, lleno de bondad y con su genio solícito, me dijo que me tranquilizara; me pidió el retrato de usted, que entregué al señor duque de Chartres, su primer gentil-hombre, y lo tuvieron en el palacio de las Tullerías durante ocho días" [1].

Verdaderamente que sorpresa, y algo más, debió sentir Bolívar ante esa noticia de que Luis XVIII, el protegido de la Santa Alianza, el campeón de la "legitimidad", el monarca que le envió a Fernando VII los "cien mil hijos de San Luis" para restablecer el absolutismo en España, le pidiera a Fanny en 1820 un retrato del Libertador y lo conservara en palacio ocho días. Sin duda para mostrárselo a sus cortesanos "con el más vivo interés", "lleno de bondad", etc. Muy parecido todo a las patrañas que algunos aventureros europeos y norteamericanos usan todavía para deslumbrar a ciertos presidentes de estos países. Pero que con Bolívar, claro está, no podían properar; y esto nos explica que el Libertador, sólo de *cuando en cuando* respondiera a su antigua amante, como ella misma decía. En efecto, con fecha de 1820, Fanny le reprocha que no contesta sus cartas; insiste en ello en febrero de 1821 y abril de 1823; y en agosto de 1825 observa que la primera y última carta que ha recibido de él es de fecha 20 de julio de 1822. En la carta de 1823 le dice que conserva su retrato —probablemente alguno que le dio antes de regresar a Venezuela— y por una carta de Bolívar para Leandro Palacios, del 14 de agosto de 1830, sabemos también que el Libertador le envió otro retrato [2].

Este aspecto lamentable que nos presenta Fanny, ya no joven, y atormentada por la pérdida de su fortuna, no debe sin embargo destruir por completo la evocación que es natural hacer de ella, cuando rica y rodeada de una sociedad brillante, aunque acaso no fuera muy selecta, su casa ofreció un amable refugio al desconocido caraqueño. Para ser una encantadora amante en París no necesitaba Fanny ser una Cornelia; ni a Bolívar le interesaría,

1. O'Leary. Narración, tomo I, pág. 62, edición de 1952, Caracas.
2. Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Nº 52, págs. 655, 657, 659 y 660, respectivamente. Caracas. Por la carta a Palacios, ver *Cartas*, tomo IX, pág. 286.

para saborear su juvenil conquista, averiguar si la nobleza del marido de Fanny y sus proezas militares eran de primer rango.

El análisis que hago no va sino contra los que han tomado esta aventura de Bolívar, y otras más o menos auténticas, como acontecimientos decisivos en la vida del héroe. Si Bolívar dejó escrito: "Libertador es más que todo; y por lo mismo yo no me degradaré hasta un trono", es ridículo querer honrarlo inflando alrededor de él cuentos de reyes y aristócratas. Bolívar fue un samán, no una enredadera; veámoslo crecer, empecinado y lento, en medio de los cambios que la vida le presentaba, como crecían en su tierra nativa aquellos árboles destinados a ser grandes y duraderos. Ponerlo a trepar entre esas leyendas de que le derribó la gorra a Fernando VII, de que en los salones de Fanny disputó con tal o cual príncipe, y de que Luis XVIII deseaba conocerlo, aparte de ser falso es ridículo.

O'Leary incorporó muchos de esos cuentos a su valiosa obra, y eso les dio gran autoridad porque podía suponerse que los había oído del Libertador. Provenían de la misma Fanny, la cual, en la época de sus desesperadas invenciones, se los refirió al general Leandro Palacios; y fue de éste que pasaron, después, a O'Leary. La vida de Bolívar fue, desde su infancia y su juventud, una batalla y una liberación; su grandeza, trabajosamente lograda, no tiene el carácter de una gracia presentida, sino el de una conquista lograda por la constancia y el valor. No pongamos decorado de opereta a su solemne dramatismo. Que, por lo demás, sólo por ser inhábil el biógrafo o vulgar el lector, se hace necesario sustituir con adornos de papel pintado la poesía que lleva en sí misma la vida de los grandes hombres.

Pero esta aventura con Fanny adquirió también importancia, y suscitó varias leyendas, por dos cartas que se suponían dirigidas a ella por Bolívar y que han tenido singular fortuna entre historiadores y poetas. Hoy se sabe que no fueron para Fanny; las cosas que narran están entremezcladas a tantos anacronismos y errores de hecho, que apenas con laboriosos acomodos podría sostenerse que fueron escritas por Bolívar; y, desde luego, no hay en ellas un sólo párrafo que pueda servir de material histórico. Esto nos ha persuadido a suprimirlas aquí, pero en vista de la difusión que alcanzaron, las analizamos en el *Apéndice.*

De esas cartas, y de los extravagantes comentarios con que se las ha acompañado en cada reproducción, nació principalmente la leyenda de que Bolívar se entregó en Europa a una vida de disipación sin objeto ni sosiego, a causa de la desesperación que todavía le producía la muerte de su esposa.

Y asimismo se le atribuyeron ideas políticas exaltadas que derramaba sin la menor prudencia en los salones de París, suscitando altercados con los altos personajes del imperio. Fútil efectismo que no tenemos por qué conservar.

Como lo observa sagazmente Vicente Lecuna, la fortuna de Bolívar estaba casi toda "vinculada", o sea que formaba parte de un mayorazgo, y por eso el beneficiario no la podía enajenar ni gravar. Los gastos del joven caraqueño no podían exceder, pues, del monto de sus rentas, aunque éstas, cuantiosas sin duda, le permitirían ser bastante espléndido, a la par cuando menos de los acaudalados hispanoamericanos que eran sus compañeros.

A esto, y no más, debe reducirse la noticia de sus prodigalidades. En cuanto a amores y devaneos, el general Serviez, que lo acompañó en algunas de sus campañas por la independencia, relata: "Conservaba de París el recuerdo que se conserva de una primera pasión. En medio de las graves preocupaciones del Libertador, era para él como un recreo de colegial el dar mentalmente un paseo por el Palais Royal. Dotado entonces de extremado ardor para el placer, y, en particular, para los placeres fáciles, era cosa realmente extraordinaria ver al libertador de su patria citar, una por una, a cuantas bellezas femeninas había conocido en Francia, con una exactitud y una precisión que honraban su memoria: citaba los retruécanos de Brunet, cantaba los "couplets" en boga, y reía de sus calaveradas de joven con una expresión verdaderamente ingenua" [1]. Todo muy natural, si no se le da mayor importancia. El mismo Serviez agrega: "Pero su verdadero entusiasmo lo mostraba cuando exponía recuerdos de otro género. El me refería sus emociones por la gloria y la libertad, cuando presenciaba las paradas militares del Primer Cónsul en la Plaza del Carrousel, y repetía los aires patrióticos de la música de los regimientos franceses, impresionado por la gloria que resplandecía en todos esos actos" [2].

También para sorpresa de los que quisieran darle trascendencia a aquellas expansiones juveniles de Bolívar, encontramos que éste, con excepcional gravedad para sus años, había llevado consigo a su sobrino Anacleto Clemente, entonces niño todavía, para iniciar su educación en Europa. Esta responsabilidad, asumida espontáneamente por Bolívar, y el sentimiento de solidaridad familiar que indica, no empalman en absoluto con el estado de nihilismo espiritual que algunos suponen en él por la muerte de su esposa, ni con el atolondramiento y libertinaje que otros escritores encuentran seductor atribuirle. Por lo demás, en la carta donde el propio Libertador hace referencia, en 1826, a este propósito suyo de educar esmeradamente a su sobrino, encontramos muy precisas sus ideas sobre lo que un joven podía hacer y lo que le estaba vedado. Dice así: "Lima, 29 de mayo de 1826. Señor Anacleto Clemente. Anacleto: Cansado ya de oir las quejas de tu madre y de tu familia, voy a hablarte por la última vez aprovechando la ocasión de mi edecán O'Leary que te llevará esta carta: te dirá de viva

---

1. Citado por Jules Mancini en su biografía de Bolívar. París, 1923, pág. 136. De la obra publicada en París, en 1832, bajo el título *L'Aide de Camp ou l'Auteur Inconnu. Souvenirs de Deux Mondes*, que se considera como unas memorias del general Serviez.

2. Citado por Lecuna, *Catálogo...*, tomo II, pág. 46.

voz cuán disgustado estoy por tu mala conducta y te intimará la orden de que inmediatamente te vayas para Venezuela a estar al lado de tu familia, si no a cuidarla, al menos a no desacreditarla como lo has estado haciendo en Bogotá. Te lo digo por última vez, Anacleto; si no te vas inmediatamente de Bogotá, si no abandonas ese maldito vicio del juego, te desheredo para siempre; te abandono a ti mismo. Es una vergüenza para ti y para tu familia ver la infame conducta que has tenido en Bogotá, librando contra tu pobre madre sumas que no las gasta un potentado, abandonando tu mujer, y, para hacer lo que faltaba, desacreditando al Vicepresidente; faltando de este modo a tu patria, a tu honor, a tu familia y a tu sangre" [1].

En alguno de los capítulos que siguen comentaremos otro párrafo de esta misma carta, en el cual Bolívar señala como ejemplo para Anacleto a los llaneros que, por respeto a sí mismos, "se han hecho caballeros", dice. Pero con lo ya transcrito podemos suponer que la conducta de Bolívar en París, durante su juventud, muy bien puede situarse entre lo que dice Serviez y las obligaciones que el Libertador indica a su sobrino en nombre del honor y de la sangre. Sin que nadie frenara entonces su despreocupación juvenil y el ardor de su temperamento, su respeto a sí mismo le impedía caer en la vulgaridad o el relajamiento. Recordemos que durante su primer viaje a Europa, la visita que hizo a la capital de Francia fue accidental, según la carta a su tío Pedro ya citada; que apenas permaneció en París dos meses, y que entregado al recuerdo de Caracas, y al pensamiento de regresar a Venezuela y formar familia, hasta los acontecimientos políticos de aquel momento en Francia lo impresionaron poco. Es natural, pues, que ahora, en 1804, viudo a los veintiún años, encontrara fascinante el descubrimiento que iba haciendo de la encantadora ciudad; y que sobre todo en los primeros días, las mujeres y otras distracciones atrajeran especialmente su atención. Mujeres fáciles, sí, que disfrutaba con ingenua sorpresa. Pero sin que le ataran el espíritu, llamado ya a otras inquietudes.

Justamente a partir de 1804 es cuando Bolívar acelera el paso en el camino de su formación intelectual, con una vehemencia que ya anuncia la del Libertador. Entre el Bolívar familiar y un poco modoso que hasta entonces encontramos —y en el cual la única demostración de carácter firme es el propósito que tiene de arraigar en su tierra nativa, con esposa, hijos y los bien cuidados fundos— y el Bolívar de 1812, brillante escritor y pensador político que penetra con segura mirada en la entraña de la revolución, tenemos que colocar largas y ardientes horas de dudas y de apasionadas cavilaciones. También, sin duda, de discusión con Rodríguez, con los criollos hispanoamericanos que vivían en París y con hombres eminentes como Humboldt y Bonpland, con los cuales llega a tener en esos días relativa intimidad. En 1822 Humboldt le recordará: "La amistad con que el general Bolívar se dignó honrarme después de mi regreso de México, en una

1. *Cartas*, tomo V, pág. 319.

época en que hacíamos votos por la Independencia y libertad del Nuevo Continente...”; y cuando en el año siguiente el Libertador pide al Dictador del Paraguay la libertad de Bonpland, dice que a éste le espera “con la ansia de un amigo y con el respeto de un discípulo”.

Y para que un joven criollo interesara entonces a aquellos sabios, y él mismo sintiera gusto en relacionarse con ellos, debía tener una instrucción poco común.

Ese es el camino de la política que según las confidencias del Libertador a Perú de Lacroix, se abrió entonces para él. Política que todavía sería, durante unos años, de tipo universal, excursiones por la historia y reflexiones sobre hombres y acontecimientos. Buena preparación para la política apremiante, de acción y fundamentalmente hispanoamericana, que debió emprender después.

IX

"JURO..."

Tenía el hábito de la lectura, que conservó toda su vida. Según Mancini, al salir de Venezuela había tomado para la travesía del Atlántico, a Plutarco, Montesquieu, Voltaire y Rousseau. Más de veinte años después, en 1828, Voltaire era su preferido, según Perú de Lacroix: "Después de almorzar —dice éste en el *Diario de Bucaramanga*— S. E. fue a ponerse en su hamaca y me llamó para que oyese el modo con que traduce los versos franceses en castellano; tomó la *Guerra de los Dioses* y la leyó como si fuera una obra escrita en español; lo hizo con facilidad, con prontitud y elocuencia; más de una hora quedé en oirlo y confieso que lo hice con gusto y que muy raras veces tuvo necesidad S. E. pedirme de traducirle algunas voces. En la comida volvió S. E. en hacer el elogio de la obra del Caballero de Parni; pasó después a elogiar las de Voltaire, que es su autor favorito; criticó luego algunos escritores ingleses, particularmente a Walter Scott, y concluyó diciendo que la *Nueva Eloísa* de Juan Jacobo Rousseau no le gustaba, por lo pesado de la obra y que sólo el estilo es admirable; que en Voltaire, se encuentra todo: estilo, grandes y profundos pensamientos, filosofía, crítica fina y diversión" [1].

El propio Libertador dejó referencias de los autores que estudió y una de ellas parece referirse a la época de su vida en París. Sus expresiones en este caso —carta a Santander, fecha 20 de mayo de 1825— tienen desusada violencia, a causa de sentirse herido por un "godo, servil, embustero" que le atribuía escasos conocimientos: "Mi madre y mis tutores —dice— hicieron cuanto era posible para que yo aprendiese: me buscaron maestros de primer orden en mi país. Robinson, que Ud. conoce, fue mi maestro de primeras letras y gramática; de bellas letras y geografía, nuestro famoso Bello; se puso una academia de matemáticas sólo para mí por el padre Andújar, que estimó mucho el barón de Humboldt. Después me mandaron a Europa a continuar mis matemáticas en la Academia de San Fernando; y aprendía los idiomas extranjeros con maestros selectos de Madrid; todo bajo la dirección del sabio marqués de Ustáriz, en cuya casa vivía. Todavía muy niño, quizá sin poder aprender, se me dieron lecciones de esgrima, de baile y de equitación. Ciertamente que no aprendí ni la filosofía de Aristóteles, ni los códigos del crimen y del error; pero

1. Lacroix, *op. cit.*, pág. 305. Hemos copiado fielmente el enrevesado castellano del Coronel francés; y para compensar este defecto en el ánimo del lector, le informamos que "Lacroix es muy prudente y sagaz", decía Bolívar.

puede ser que Mr. de Mollien no haya estudiado tanto como yo a Locke, Condillac, Buffon, D'Alembert, Helvetius, Montesquieu, Mably, Filangieri, Lalande, Rousseau, Voltaire, Rollin, Berthot y todos los clásicos de la antigüedad, así filósofos, historiadores, oradores y poetas; y todos los clásicos modernos de España, Francia, Italia y gran parte de los ingleses" [1].

La mención de Aristóteles que hace Bolívar se explica por la reacción que se había producido en todo el mundo contra la invocación a su autoridad, que había anulado desde la Edad Media el libre análisis. En América esa reacción se unía al ansia de buscar nuevos caminos en todas las actividades, y tenemos un juicio de Juan García del Río que refleja muy bien ese estado de ánimo: "La filosofía comenzaba —dice— a romper en Europa los grillos de la terminología, cuando entre nosotros consistía en un modo de raciocinar sutil, alambicado y abstracto; Aristóteles, desterrado de ella por el universal Bacon, se había refugiado en América: la duda reinaba en la patria de Galileo, Descartes, Newton y Leibnitz, mientras que del otro lado del Atlántico estaba entronizada la más ciega credulidad" [2]. Como en todo movimiento de liberación, los que ahora se sentían orgullosos de "la nueva filosofía", exageraban contra la anterior. Pero Bolívar no quería tampoco aparecer como un atolondrado, que renegando del formalismo que se personificaba en Aristóteles, se sometiera con entusiasmo no menos ciego a cualquier innovador. Este es el sentido de la oposición que hace. Por otra parte, casi todos los autores que cita, y con los cuales estaba efectivamente familiarizado como es fácil ver en sus cartas y escritos políticos, fueron en su tiempo la fuente de las ideas más dinámicas; y contribuyeron a estimular aquella curiosidad intelectual de la época, que fue el primer paso para dar a la política y a las ciencias mayor difusión.

El erudito investigador don Manuel Pérez Vila ha logrado determinar los otros autores favoritos de Bolívar, de acuerdo con las citas o referencias de éste. "En sus escritos —apunta— aparecen los nombres de José de Acosta, Antonio de Solís, Herrera el de las *Décadas* famosas, del Padre Las Casas, junto a Robertson, a Humboldt y a fray Servando Teresa de Mier, autores todos que tratan de América en sus obras. Las sombras de Pizarro, Almagro, Garci-González de Silva, Cortés, Carlos V, o de los Welsares hacen frente a las de Atahualpa, Huaina-Cápac, Manco-Cápac, Manaure, Montezuma y Tupac Amaru. De las páginas de *La Araucana* surge Colocolo; y de las leyendas indígenas la resplandeciente figura de Quetzalcoatl, que estudia el historiador jesuita Acosta". Y agrega: "En *Mi delirio sobre el Chimborazo*, que el Libertador escribió hacia 1822, señala el Dr. Pedro Grases haber hallado analogías con uno de los *Sueños*

---

1. *Cartas*, tomo IV, pág. 337.
2. *Revista del estado anterior y actual de la instrucción pública en la América antes española*. Repertorio americano, tomo I, pág. 235. Londres, octubre de 1826.

de Quevedo: *El Mundo por de dentro y por de fuera.* Expone el autor que, aun cuando se trata, en el fondo, de dos piezas distintas, «la construcción con personajes abstractos está dentro de la tipología de Quevedo, de quien indudablemente sería lector Bolívar». Por referencias directas o indirectas, sabemos que Bolívar conocía al Padre Isla —*Fray Gerundio*—, a Ercilla —*La Araucana*—, posiblemente a Góngora, así como a moralistas y tratadistas políticos como Gracián y Saavedra Fajardo. Más bien que leerlo, es seguro que durante su estancia en Madrid vería representar el famoso sainete-parodia *Manolo*, de Ramón de la Cruz, al cual se referirá en su carta a Olmedo de junio de 1825: «Manolo y el Cid son hermanos, aunque hijos de distintos padres».

"Con todo, las obras de los autores franceses modernos, y los filósofos de esa nación, forman lo más consistente de su acervo cultural, o por lo menos lo que más ampliamente se refleja en sus escritos. Los nombres de Montesquieu, de Rousseau, de Voltaire —en especial, los dos primeros— son frecuentemente mencionados, y sus ideas aducidas, sea para apoyarlas o para combatirlas. Se tiene la impresión —pero no es, hasta ahora, sino eso— de que las obras de Montesquieu hablan principalmente a la inteligencia de Bolívar, en tanto que las de Rousseau hallan sobre todo eco en su sensibilidad. Junto a ellos, el conde Volney, cuya dedicatoria en la edición castellana cita Bolívar textualmente en su Discurso de Angostura y de quien vuelve a acordarse en el Cuzco, en 1825. También el abate Raynal, Marmontel, la baronesa de Staël, Carnot el Convencional, Benjamín Constant, el poeta Casimir Delavigne, el Abate De Pradt, el Obispo Gregoire, el conde Guibert, La Condamine, el Abate Carlos de Saint Pierre, Sieyés. Y, junto a ellos, Racine y Corneille, Boileau, La Fontaine y Descartes, para no repetir los nombres que el propio Bolívar da en su carta de Arequipa tantas veces citada" [1].

O'Leary también nos menciona los filósofos estudiados por el Libertador; y no puede haber duda de que se refiere a la época del segundo viaje de Bolívar a Europa, cuando dice: "Helvecio, Holbach, Hume, entre otros, fueron los autores cuyo estudio aconsejó Rodríguez". Y agrega: "Admiraba Bolívar la austera independencia de Hobbes, a pesar de las marcadas tendencias monárquicas de sus escritos; pero le cautivaron más las opiniones especulativas de Spinoza, y en ellas, tal vez, debemos buscar el origen de algunas de sus propias ideas políticas". La seguridad con que lanza estos juicios el cuidadoso edecán del Libertador, nos hace meditar. ¿Será lícito suponer que Bolívar comentó a menudo con él los autores que cita? Sabemos que el Libertador le encargó a Chile, en 1823, obras de Voltaire, Locke, Robertson y otros escritores. Hoy estamos acostum-

---

1. Manuel Pérez Vila: *La formación intelectual de Bolívar: estudios y lecturas.* En los *Escritos del Libertador.* Edición de la Sociedad Bolivariana de Venezuela. Caracas, 1964, págs. 442 y 443.

brados a considerar que un hombre culto debe poseer necesariamente mucha "información". En aquellos días un hombre de pocos libros podía ser hombre de muchas ideas, porque las lecturas se dejaban sedimentar y se las saboreaba como verdadero alimento espiritual.

Existe otra referencia al gusto literario del Libertador, que corresponde a los últimos días de su vida. Según Cornelio Hispano, cuando Bolívar llegó casi moribundo a la casa de don Joaquín Mier en Santa Marta, comenzó a buscar en la biblioteca los libros que podría leer, y comentó a su huésped: "... aquí tiene usted la historia de la humanidad. Aquí está GIL BLAS, el hombre tal cual es, aquí tiene usted el *Quijote*, el hombre como debiera ser". Y pocos días después, vencido por la melancolía, exclamó: "Jesucristo, don Quijote de la Mancha y yo hemos sido los más insignes majaderos de este mundo".

Como guía en aquellas lecturas, y para darles vida, Bolívar tenía a su lado a don Simón Rodríguez. Aunque hemos supuesto que éste aceptaría en el grupo de los jóvenes hispanoamericanos la posición de un compañero más, no por eso dejaría de vigilar sobre su antiguo alumno; aunque siguiendo con paciente sagacidad aquel método socrático que después Bolívar elogiaría en él y que, en este caso, consistía en no dejar que el joven advirtiera aquel cuidado.

En la conocida carta de 1824, ya citada, en la cual Bolívar le reconoce a Rodríguez que formó su corazón "para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso", agrega el Libertador: "Yo he seguido el sendero que Ud. me señaló. Usted fue mi piloto aunque sentado sobre una de las playas de Europa. No puede Ud. figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que Ud. me ha dado; no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que Ud. me ha regalado. Siempre presentes a mis ojos intelectuales las he seguido como guías infalibles. En fin, Ud. ha visto mi conducta; Ud. ha visto mis pensamientos escritos, mi alma pintada en el papel, y Ud. no habrá dejado de decirse: todo esto es mío, yo sembré esta planta, yo la regué, yo la enderecé tierna...".

Se advierte, pues, que la influencia de Rodríguez sobre su discípulo fue tanto intelectual como moral, y que debió ejercerse sobre Bolívar tierno, niño, y cuando, ya adulto, Rodríguez podía hablar a su mente tanto como a su corazón. En ambas ocasiones don Simón llegó a tiempo para ser el libertador del futuro Libertador: en la primera evitó que la rebeldía del acosado niño se convirtiera en un grave desajuste del carácter; en París impidió que el indómito joven encontrara artero sosiego en el placer buscado todos los días. En uno y en otro caso se propuso reagrupar las dispersas fuerzas espirituales de Bolívar y señalarles nuevas perspectivas. "Por cálculos no dispone el hombre de sus pasiones...", se repetiría muchas veces a sí mismo, para obligarse a proceder con cautela cuando

trataba de orientar las de sus discípulo. Desde luego, su seducción intelectual no debía provenir de los conocimientos que derramara sobre éste, o que le sugiriera por medio de lecciones formales, sino del encanto con que animaba la historia; de la vivacidad y penetración con que juzgaba sobre hombres y acontecimientos.

Entre el pseudoclasicismo que se puso de moda a partir de Luis XIV y que glorificaba a los republicanos de Grecia y Roma sin ningún deseo de imitarlos, y la reacción romántica que ya entrado el siglo XIX se declaró cansada de Aristides, Brutos y Catones, se produjo una época de transición en que se unen los mejores elementos de aquellas dos. Es la que predomina durante la Revolución Norteamericana y la Revolución Francesa; y en la América del Sur perdura bastante más. Durante esos años, aquellos héroes ejemplares, de los cuales se iba a renegar, adquirieron mayor vida que nunca por obra del naciente ímpetu romántico. El ideal de vivir "como un antiguo" deja de ser tragedia altisonante y contagia sinceramente a la juventud. Ya veremos cómo durante el viaje de Miranda por la América del Norte, entre él y una muchacha semicampesina se plantea muy seriamente la comparación entre Franklin y Aristides. Era que esa asimilación del pasado al presente estaba en el corazón de todos. No de otro modo pensaban tampoco los jóvenes que en Caracas se reunían en el salón de los Ustáriz y en los conciertos de la Escuela de Música: los Carreño, Ribas, Montillas, Buroz, Salias, Pelgrón, Bolívar, Tovar, que salieron después, por familias enteras, a morir por la revolución. Estoicos a la antigua y románticos a la moderna.

Esas estupendas aproximaciones son frecuentes en épocas de gran empuje vital; pero desde la desaparición del clasicismo teatral hasta el pleno auge del romanticismo literario, la transición en que clasicismo y romanticismo aparecen mezclados, tiene además otras manifestaciones no menos significativas. Así, encontramos, por ejemplo, que la Razón fue entronizada con alardes de entusiasmo muy poco razonables. Y no me refiero solamente a la conocida escena de la Revolución Francesa: también aquel afán de pensadores y políticos, desde Locke hasta Bentham, de destruir y reconstruir al Estado *racionalmente*, era mucho más *pasional* —y romántico antes del romanticismo— de lo que sus propios autores creían. En la renovación de la sociedad que se intentaba no se tomaban en cuenta las pasiones, la anárquica intervención de lo colectivo, los accidentes históricos. Sólo se inquiría lo esencial, lo fundamental, lo eterno; la Razón, la Justicia, la Libertad eran los únicos objetivos dignos de una mentalidad superior. Pero lo cierto es que estos ideales, en su origen absolutamente clásicos, antirrománticos —porque nacieron como arquetipos— eran seguidos con una vehemencia completamente romántica.

Y hasta podemos decir que cuando el romanticismo triunfa en el teatro y en Francia, en 1830, en realidad ya había muerto; no sería en lo sucesivo

sino eso, teatro, hombres y decorado de cartón. El verdadero romanticismo era el que existía antes, en las costumbres; el que se enloquecía en nombre de la Razón, el que consideraba perfecta a la República romana. El que glorificaba a héroes de la antigüedad clásica a veces absolutamente falsos, pero admirablemente falsificados para servir de estímulo a la exaltación en que se quería vivir.

Por eso para el Bolívar que llegó a París en 1804 estaban todavía de moda Plutarco y sus héroes. Y a muchos jóvenes los salvaban Plutarco y sus héroes de la vulgaridad y la rutina. La humanidad ha dado siempre el carácter de heroísmo, no al combatir vulgar, sino a una íntima condición ética que pone al hombre por encima de sus semejantes: héroe es el que se resiste cuando los otros ceden; el que cree cuando los otros vacilan; el que se conserva fiel a sí mismo cuando los otros se prostituyen. El que se subleva contra la rutina y el conformismo en que se complacen los cobardes.

Así era como sentía don Simón Rodríguez el heroísmo; y uno de sus recursos más frecuentes sería el de convertir en ejemplos el valor, la constancia, el ánimo sufrido o el desprendimiento, según los casos, de los grandes hombres que con ardiente plasticidad arrancaba a la historia para hacerlos convivir con su asombrado oyente.

Entre esos héroes ya había algunos americanos. La mayor parte de ellos no figuraban, desde luego, en las escasas crónicas que podían leer los criollos, y Rodríguez tendría que reconstruir sus vidas según las tradiciones orales conservadas en cada país o divulgadas por los viajeros; pero por eso mismo sus relatos tomarían un sabor de leyenda más excitante para el joven. Así aparecerían por primera vez ante éste los indígenas de sonoros nombres, Cuauhtémoc, Caupolicán, Guaicaipuro, Sorocaima; Juan Francisco de León y Nicolás, su hijo, canario aquél y venezolano éste, como para marcar con estos orígenes la progresiva separación de España; los comuneros de Nueva Granada y Venezuela, tan españoles por su demanda de "buen gobierno", y sacrificados sin embargo como rebeldes; Tupac Amaru, que a fines del siglo XVIII se presenta con inesperado atuendo de Inca; don Manuel Gual y don José María España, los primeros en darle carácter democrático a la revolución. Muchos de estos patriotas —patriotas antes de nacer la patria, patriotas que comenzaron por inventar su propia patria— habían sido pintados con los más negros colores por los realistas, calumniados o menospreciados, y para Bolívar era quizá una revelación casi increíble lo que iba conociendo por boca de Rodríguez sobre los sucesos y personajes de su tierra.

Pero no siempre necesitaban recurrir a la historia para traer a sus conversaciones extraordinarias figuras. Aún vivían hombres, como Kosciusko, que eran ya héroes plutarquianos; Washington había muerto poco antes; los que luchaban por la libertad en Grecia y en Italia eran considerados, todos, como iguales a los paladines de la antigüedad clásica.

Por las propias calles de París podían ver pasar también personajes fascinantes. Cuando Napoleón invadió a Italia había dicho a sus tropas: "Soldados, estáis desnudos y hambrientos; el Gobierno os debe mucho y no puede daros nada. Voy a conduciros a las llanuras más fértiles del mundo, en las que encontraréis honor, gloria y riqueza...". Esta imprudente proclama nos hace pensar hoy en las odiosas depredaciones que ensombrecían aquel dudoso honor de los conquistadores. Pero entonces muy pocos se detenían a reflexionar en eso.

Las imaginaciones juveniles preferían seguir su fabulosa expedición a Egipto, las victorias con que sacudió una antigüedad de veinte siglos, y el aventurado regreso para barrer la floja corrupción del Directorio. La guerra era todavía un peligroso y brillante deporte, y la gloria militar no había perdido nada de su prestigio. Si hoy una nación se lanza contra otra, juzgamos que es por codicia o por la megalomanía de unos cuantos dirigentes que casi siempre escapan a los peligros que desencadenan; y nos asombra leer en la historia cuántas veces Europa fue a la guerra para que, por ejemplo, Francia adquiriera la orilla izquierda del Rin... y la conservara hasta que otra guerra, poco después, se la arrebataba. Pero en aquellos momentos, hasta el sacrificado pueblo enloquecía de entusiasmo al escuchar tambores y trompetas, y si algún cuidadoso burgués pensaba en los hijos o en los bienes que podía perder en tales aventuras, se le consideraba cobarde.

No eran tampoco tan insensatos estos sentimientos. Consideremos que todavía estaba cerrado para el pueblo el acceso a la gloria científica, literaria o artística, que hoy, gracias a la instrucción pública gratuita, puede ser, desde la escuela, legítima ambición del niño más pobre; no existía tampoco la notoriedad que dan los deportes, el periodismo, el cine, la televisión, ocasiones de emulación y triunfo abiertas a todos en nuestros días; la posibilidad de adquirir riquezas y posición por la industria y el comercio estaba también reducida a muy escasos afortunados.

La guerra era, pues, especialmente para el hombre del pueblo y el pequeño burgués, la única forma de escapar a la subordinación y a la estrechez. Y cuando las multitudes se extasiaban ante aquellos desfiles marciales encabezados por príncipes y generales que poco antes eran anónimos ganapanes, cada uno sentía como una adquisición propia que, según la célebre frase, el más oscuro soldado quizá llevaba en su mochila el bastón de un futuro mariscal.

Ya hemos visto que Bolívar presenció la coronación de Napoleón, según sus confidencias a Perú de Lacroix. La transcripción que éste hace de los recuerdos que guardaba el Libertador de aquel acontecimiento, tiene sorprendente vivacidad. Confusos sentimientos entre los cuales predominaban la admiración y el entusiasmo, eso debió sentir Bolívar; y también —con el inevitable egoísmo de la juventud— punzantes dudas sobre lo que debía significar para su propio destino aquel espectáculo sin igual

que le había tocado presenciar. No olvidemos que para un joven ávido, todo lo que ve es materia de asimilación, y aunque sin confesarlo, ante el suceso más grandioso sólo está pensando en cómo hacer suyo aquel ejemplo, incorporar a su vida aquella experiencia. Si ya en Bolívar comenzaban a precisarse ideas políticas debió sentir dolor o cólera al evocar la apagada vida que predominaba en su América. Y también asfixiante ansiedad debía unirse al torbellino de sus otros sentimientos, al comparar aquella omnipotencia personal de Napoleón con su propia insignificancia —apenas veintiún años, unidad perdida entre la multitud— y como tercer término con la obra portentosa de emancipar a la América.

En aquellos mismos días una ocurrencia de mucha menor importancia al parecer, debió de servir asimismo de rudo acicate a la ambición del predestinado caraqueño. Y fue que hablando con Humboldt sobre la posible independencia de la América Hispana, aquel sabio le manifestó: "Yo creo que su país ya está maduro; mas no veo al hombre que pueda realizarla" [1].

¡Qué hiriente desafío le lanzaba el destino, por boca del hombre que con más cariño había revelado a Europa las bellezas del Nuevo Mundo y las promesas de su ya firme civilización! Y si Bolívar todavía estaba enredado en aquellas aventuras del Palais Royal, ¡qué reproche tan oportuno! En otra forma, era la misma desdeñosa sentencia que Rodríguez le repetiría para obligarlo a reaccionar: "El hombre que no nació para emprender cosas grandes, nunca aparece en el lugar donde se ejecutan".

En abril de 1805 Bolívar pasó a Italia. Lo acompañaban don Simón Rodríguez y Fernando Toro, que eran por feliz coincidencia las dos personas que él habría escogido por encima de todas, porque siempre fueron los preferidos entre sus amigos. También sabemos por las cartas ya citadas de los Dervieu du Villars, que Bolívar los encontró en Milán. "A menudo recuerdo —le escribía en 1830 el marido de Fanny—, nuestros paseos en Milán y vuestras observaciones sobre la situación de esta nación que indicaban ya el genio que ha iluminado vuestra vida". Otra referencia a la misma época, de Fanny, es mucho menos poética, salvo que quisiera sugerirle algo a Bolívar sobre la paternidad de su hijo Eugenio: "Mi Eugenio, del cual estaba embarazada en Italia", dice.

Parece, según la primera de estas citas, que Bolívar permaneció algún tiempo en Milán, y según Lecuna, se encontraba en esa ciudad el 26 de mayo de 1805 cuando Napoleón fue coronado como Rey de Italia. Probablemente por este acontecimiento estaban allí Du Villars y su esposa, quizá en el séquito de Napoleón. Bolívar debió de presenciar muchos de los festejos que se hicieron en esa ocasión, y por el *Diario de Bucaramanga* sabemos

---

1. Narración del Ilustre Prócer don Cristóbal Mendoza, en el Prefacio de su *Colección de Documentos relativos a la vida pública del Libertador de Colombia y del Perú, Simón Bolívar, para servir a la historia de la Independencia de Sur América*, tomo I, pág. VII. Edición de Devisme Hermanos, Caracas, 1826.

que asistió "a una gran revista pasada por Napoleón al ejército de Italia en la llanura de Montesquiaro (Monte Chiaro), cerca de Castiglione".

Fue durante esta revista cuando se asombró de la sencillez con que vestía Napoleón, en contraste con el oro y los brocados que ostentaban sus subalternos. Según la transcripción de Perú de Lacroix: "Yo —dijo S. E.—, ponía toda mi atención sobre Napoleón y sólo a él veía entre toda aquella multitud de hombres que había allí reunida; mi curiosidad no podía saciarse y aseguro que entonces estaba muy lejos de prever que un día sería yo también el objeto de la atención, o si se quiere de la curiosidad, de casi todo un continente".

Estos sentimientos del joven Bolívar parecen impropios a algunos historiadores, empeñados en considerar a Bolívar desde entonces como un intransigente republicano. Nos parece exagerado este escrúpulo, si consideramos la gloria que todavía aureolaba a Napoleón y el descrédito que sobre la República habían echado los excesos de la Revolución. Por otra parte, tanto en esta cita, como en la otra que hicimos sobre la coronación de Napoleón, Bolívar está muy lejos de aparecer como monárquico o cesarista; simplemente se muestra agitado y curioso ante el "hombre" a quien todo el mundo admiraba.

Según O'Leary, Bolívar no había querido asistir a la coronación de Napoleón en París: "El embajador español —escribe— invitó a Bolívar a formar en su séquito para presenciar aquella ceremonia, pero no sólo rehusó la invitación, sino que se encerró en su casa todo el día"; y sin embargo, el mismo autor dice sobre la consagración en Milán: "No menos espléndida que las fiestas del Piamonte fue la entrada triunfal de Napoleón en Milán, ni más brillante la coronación del Emperador de los franceses que la del Rey de Italia. Pero por imponente y fastuosa que fuese esta ceremonia, Bolívar, aunque testigo de ella, conservaba los sentimientos que en París le habían alejado de otra semejante y halló más placer en contemplar la noble ciudad y sus preciosos suburbios". Lo cual no atenuaría la inconsecuencia de encerrarse en su casa "todo el día", cuando la primera, y concurrir a la segunda. Creemos simplemente que esas violencias atribuidas a Bolívar son retoques sentimentales, y tanto en cuanto a los hechos, como en cuanto a las impresiones que debió de experimentar el futuro héroe, preferimos la versión de Perú de Lacroix.

Por otra parte, lo que narra O'Leary sobre la actitud de Bolívar frente a Napoleón, tiene semejanza muy sospechosa con otra anécdota en Roma, que el mismo biógrafo nos aporta y que también juzgamos pueril invención. "Acompañó Bolívar —dice— al embajador español al Vaticano, para ser presentado a Pío VII. Al acercarse a Su Santidad, advirtióle el embajador en voz baja y en lengua española, que debía arrodillarse para besar la cruz de la sandalia del Pontífice. Bolívar se negó a cumplir con esta parte de la ceremonia, y fue en vano que el embajador, turbado, le dijese

que era indispensable sujetarse a la etiqueta; por toda respuesta hizo un movimiento de cabeza que indicaba su firme resolución de no ceder. Notó el Papa la sorpresa y el embarazo del embajador, y sospechando la causa, dijo con bondadosa condescendencia: «Dejad al joven indiano hacer lo que guste», y extendiendo la mano, permitió que Bolívar le besase el anillo, lo que hizo del modo más respetuoso. Informado el pontífice de que era sur-americano, le dirigió varias preguntas y quedó muy satisfecho de las respuestas que le dio. Fuera ya del palacio, el embajador le reprendió por no haberse conformado con el ceremonial de aquella corte: «Muy poco debe estimar el papa, replicó Bolívar, el signo de la religión cristiana, cuando lo lleva en sus sandalias, mientras los más orgullosos soberanos de la cristiandad lo colocan sobre sus coronas»".

Resulta poco explicable esa coincidencia de que ambos embajadores —en París y en Roma— quisieran llevar a Bolívar en su séquito; y, el primero, en una ocasión en que tales invitaciones, forzosamente muy restringidas, se las disputaban todos los personajes, españoles e hispanoamericanos que se encontraban en París. Es casi inverosímil también que no se le hubiera indicado previamente a Bolívar, cuando la audiencia en el Vaticano, el ceremonial que, según lo supone O'Leary, debía seguirse; y, finalmente, es imposible admitir que el joven caraqueño, sin ninguna categoría especial, ocupara el primer puesto al lado del embajador.

De Milán siguieron nuestros viajeros a Venecia, Ferrara, Bolonia, Florencia, Perugia y Roma. Rodríguez había logrado que parte del viaje se hiciera a pie, proyecto muy de acuerdo con el espíritu fantaseador de don Simón y su insaciable curiosidad. A Bolívar debió de seducirle también esa manera de ir saboreando, con libres y lentos pasos, los caminos y recuerdos de aquella tierra privilegiada. Uno de los encantos de Italia es que las contradictorias emociones que asaltan nuestro espíritu no se dañan unas a otras, y con la misma naturalidad asimilamos el misticismo de Asís que la ruda exaltación de Roma, la ambigua fascinación de Venecia, el ambiente de Florencia, exquisita y turbulenta, o la incomparable sensualidad de Nápoles. Sea por la belleza del paisaje o por la armonía de éste con los acontecimientos que allí se han desarrollado, podemos recibir sucesivamente las más variadas impresiones sin confusión ni violencia, como si ya vinieran sedimentadas por su larga inmersión en el tiempo, o nos llegaran tamizadas por la dulce naturaleza circundante.

Quizá en Florencia leyó por última vez a Maquiavelo. O'Leary nos dice que no compartía en absoluto la admiración que suele tributarse a este escritor, "contra quien tenía la vulgar preocupación que ha hecho que el nombre de ese grande y calumniado patriota sea sinónimo de astucia política y de crimen". Y agrega en una nota: "Estando en Cartagena, poco antes de su muerte, me visitó Bolívar un día, y viendo sobre mi mesa un tomo de una nueva edición de las obras de Maquiavelo, observó que en

vez de leerlas podría emplear mejor el tiempo. A este propósito hablamos del mérito de esas obras y notando yo que Bolívar conocía a fondo cuanto contenía la nueva edición, preguntéle si la había leído recientemente; me contestó que desde su salida de Europa, hacía 25 años, no había vuelto a leer ni una línea de los escritos de Maquiavelo".

Aparte de las desdichas que sufrió y el amor por su país, que ennoblecen la vida del gran escritor florentino, como político no puede olvidarse que señaló la duplicidad y el crimen como camino y precio de la grandeza. El propio personaje, César Borgia, a quien glorifica tanto, nos prueba que aquellos principios no eran para él nebulosa teoría, y que viéndolos aplicados en una realidad de engaños, depredaciones y asesinatos, tampoco lo hacían retroceder. Lo cierto es que nadie desearía ser súbdito de un César Borgia, ni su amigo, ni su vecino, ni su aliado; y nadie desearía vivir en un mundo donde todos los príncipes fueran como él. Pero aun apartando este argumento, a través del cual todo lo que es humano parece testimoniar contra el poder adquirido por tales medios, también podemos observar que el fugaz predominio de César Borgia se debió más al poder con que lo respaldaba su padre que a la habilidad o valor del hijo. Alejandro VI aparece como un personaje de vigor más probado, y usó también de la perfidia sin limitación alguna; sin embargo, todo lo que hizo estaba llamado a desaparecer. Así, pues, el propio concepto de que la grandeza y la fuerza se obtienen rompiendo con todo respeto humano, resulta insostenible ante esos deleznables resultados.

Numerosos acontecimientos de nuestra época prueban que la admiración de las multitudes —y de algunos escritores— por los gobernantes libres de escrúpulos, se alimenta de la pusilanimidad y servilismo de los hombres comunes; y pocas veces seduce a los que son verdaderamente enérgicos. El hombre cohibido y rutinario se adscribe con entusiasmo a esos déspotas que rompen toda traba social, porque siente ingenuamente que así participa del poder que representan. Incapaz, además, de grandeza, ese hombre que se entrega al proselitismo personalista, tampoco sabe que su mediocridad depende de sus propias limitaciones, y anhelando vengar en los demás la subordinación en que ha vivido, colabora con frenesí en las persecuciones que el tirano desata.

Por supuesto, el día de la derrota y la dispersión ese tortuoso acomodo personal desaparece, el hombre "irresistible" de ayer escapa perseguido por las escobas de la chusma, los ditirambos se convierten en burlas o maldiciones, y la misma multitud que corría tras él para aclamarlo, lo persigue para escarnecerlo. En concreto, sabemos muy bien cuál fue la reacción contra Alejandro VI apenas hubo muerto, y la oscura posición con que se conformó César Borgia, cuando ya no tuvo la protección de su padre.

La gloria de que sigue disfrutando Maquiavelo —aunque arrastre a

muchos hombres eminentes— no es extraña a aquel mecanismo psicológico de liberación y venganza. Por eso no es raro que Bolívar rehusara plegarse en ese punto al sentir común. Su aversión a las artimañas y a las concesiones oportunistas de la política llegó a ser en él tan fuerte que de virtud pasó a defecto. En 1822, cuando era árbitro de medio continente, escribió al coronel Briceño Méndez: "Seré en las elecciones del Sur lo que he sido en las de todas partes. Quiero decir que no tendré en ellas la menor intervención, como no la he tenido jamás". Conducta arrogante y honesta, pero suicida, porque sus adversarios no sentían iguales escrúpulos en utilizar sus altas posiciones para predominar en el Congreso. Por eso él y sus partidarios, desconcertados, tenían que ser arrollados en los cuerpos deliberantes por los intereses o las ideologías que fácilmente se ponen de acuerdo en la cómoda posición de ser irresponsables. Sin embargo, todavía un acuerdo con Santander hubiera podido derrumbar el soporte clave de aquella coalición; pero Bolívar no quiso mentirle a su adversario la amistad que antes le había otorgado; y después hubo de reconocer: "El no habernos compuesto con Santander nos ha perdido a todos". En muchos otros casos su repugnancia al trabajo político subterráneo y al regateo mendaz con sus opositores, le ocasionaron angustias y reveses. No obstante, aún en los momentos finales de su carrera, cuando sólo le ofrecía la América un reducido retiro para terminar su vida, se negó a aceptar la hospitalidad del Ecuador, por la misma aversión a convertirse en centro de intrigas y parcialidades.

En el momento de visitar Bolívar a Italia, los dos propósitos que ennoblecen la vida de Maquiavelo —expulsar de su patria a los extranjeros y unificarla— debían aparecer, sin embargo, particularmente conmovedores a aquellos viajeros. Que sin duda recordaban la gloria y el genio que en otros tiempos alumbraron aquel suelo, y a la vez observaban de cerca la abyección de los gobiernos que sufría. Bolívar no dejaría de asociar a lo que le sugería el pasado de Italia lo que esperaba del porvenir de su América. Pero la mirífica visión en que se integraban sus confusos sueños era la libertad, la dignificación de los pueblos. Nada parecido a los tortuosos ajustes de un César Borgia, y a la esclavitud con que el déspota hace pagar a sus súbditos lo que él considera la grandeza del Estado.

Excitado por esos sentimientos, que en el diálogo cotidiano con Rodríguez y con Toro se precisaban cada día más, llegó Bolívar a Roma. Y a mediados de agosto, durante una excursión de los tres venezolanos al Monte Sacro, ocurrió el célebre juramento. Bolívar, exaltado por el recuerdo de la gloria y las miserias de Roma, súbitamente apareció transfigurado a la vista de sus atónitos compañeros, y juró ante ellos consagrarse a la independencia de América. En ese momento podemos decir que nació el Libertador. Pues como lo escribiría posteriormente don Simón Rodríguez, anticipándose a una observación de Nietzsche muy parecida: "Los

bienhechores de la humanidad no nacen cuando empiezan a ver la luz, sino cuando empiezan a alumbrar ellos" [1].

El propio Libertador le recuerda su juramento a Rodríguez, en la carta de Pativilca, con estas palabras: "¿Se acuerda Ud. cuando fuimos juntos al Monte Sacro en Roma a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria? Ciertamente no habrá Ud. olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros; día que anticipó por decirlo así, un juramento profético a la misma esperanza que no debíamos tener".

Esta patética evocación que hace Bolívar, diecinueve años después y entre la multitud de frases halagüeñas con que saluda el regreso de Rodríguez a la patria, prueba que aquel episodio no es una invención romántica, como podría parecer. En el Libertador dejó la impresión de un verdadero compromiso y, tanto en los reveses como en los triunfos, debió recordarlo siempre.

Sólo así queremos conservarlo en su biografía: como humana compañía, porque hay recuerdos que son vivientes compañeros; como el testigo a quien debía rendir cuentas de su fidelidad. La forma retórica bajo la cual se reproduce siempre, y los añadidos con que suele adornársele, ni son fidedignos ni le añaden grandeza. Las palabras del juramento que se dan en todas las narraciones proceden de una publicación hecha en 1883 por el escritor colombiano Manuel Uribe, de acuerdo con las confidencias que le hizo don Simón Rodríguez. Pero claro está que esta versión de segunda mano, y escrita tantos años después del suceso, apenas conservaria rasgos muy adulterados del original [2].

Por muy poca fantasía que tenga el lector no dejará de imaginar lo que debió ser aquella escena para los tres americanos que, a la vista de Roma, ante la incógnita de su propio destino y de lo que América podía ser, buscaban un signo, un augurio; y resolvieron su ansiedad en un juramento.

La libertad no era entonces un frío concepto político, disecado por la crítica, ni nadie pensaba en invocarla con distingos y sofismas. Como una nueva manera de vivir la sentían todos; debía cambiar la moral pública y la privada; sin ella no era posible concebir ni dignidad, ni justicia, ni felicidad; sólo luchando por ella merecían adquirir los hombres recuerdo perdurable en la posteridad. Ejemplos numerosos nos demuestran la devoción que en todas partes suscitaban estos ideales; y cómo hermanaba a los hombres más disímiles la esperanza de que todos los pueblos podían conquistar la libertad. Beethoven consideraba que "la libertad es la finalidad del arte, como lo es de la vida entera".

1. Tanto la observación como la cita son de don Manuel Pérez Vila, en su estudio ya citado. No hemos hecho sino agregarle la semejanza con el pensamiento de Nietzsche.
2. Ver Mancini, pág. 150. *Catálogo* de Lecuna, tomo I, pág. 154.

El Coronel norteamericano William S. Smith, yerno de John Adams, se entusiasmó tanto con la empresa de Miranda y de tal modo "le satisface —según le escribe— contribuir a liberar aquellos países del yugo de la opresión, suministrar un asilo contra los perseguidores y fundar naciones emancipadas del azote de los tiranos y de las intrigas y vicios de las corrompidas cortes", que arriesgó en esa ayuda cuanto tenía: su dinero, su posición política, el nombre de su familia, y hasta su propio hijo. "Formado en el culto de la libertad", según agrega en la carta donde lo ofrece a Miranda como Ayudante de Campo. Humboldt ponía la ciencia al servicio del mismo ideal: "Al afirmar la unidad de la especie humana —escribía—, también nos oponemos a aceptar el antipático supuesto de razas humanas superiores e inferiores. Todas están destinadas a la libertad, por igual" [1].

Creemos que vale la pena haber interrumpido el curso de la narración para recordar al lector aquel ambiente excepcional. Además, muy poco queda por decir acerca de la permanencia de Bolívar en Europa. ¿Será cierto que acompañó a Humboldt y a Gay Lussac en una ascensión al Vesubio? Así lo narra el científico francés Boussingault en sus *Memorias*, y, como hemos dicho, las relaciones posteriores de Bolívar con Humboldt indican que entre ellos hubo, en aquella época, relativa intimidad.

Bolívar volvió a París a fines de 1805 y en enero de 1806 fue ascendido en aquella ciudad de Hermano a Oficial en la Logia de San Alejandro de Escocia. Se hace constar en el acta que había sido "recientemente iniciado" y que su ascenso es "a causa de un próximo viaje que está a punto de emprender" [2].

Es que ya sentía de nuevo el llamado de su tierra nativa y a pesar de que el estado de guerra entre Napoleón y el resto de Europa hacía difíciles los viajes por tierra y más peligrosos que nunca los marítimos, Bolívar decidió regresar a Venezuela. Más que por sí mismo, debía mostrarse cuidadoso por el niño Anacleto que lo acompañaba; y no sería poco enojoso para ambos recordar los peligros que don Pedro Palacios había encarado en su viaje de Venezuela a España, por aquellas mismas causas.

Pero una vez más Bolívar realizó la travesía sin mayores contrariedades; aunque sí sufrió bastante por el mal tiempo, y por unas calenturas —¿fiebres palúdicas?— que por primera vez se mencionan en su correspondencia y que después lo afectarían a menudo. En octubre de 1806 subió por Holanda hasta Hamburgo y allí tomó un buque norteamericano; se sabe que ya el 1º de enero de 1807 se encontraba en Charleston,

---

1. *Kosmos*, tomo I, pág. 385. 1845-62.
2. Agradecemos al doctor Pérez Vila copia del acta que mencionamos, tomada de la reproducción facsimilar que guarda la "Fundación John Boulton" de Caracas. Ver también pág. 318 de su trabajo sobre la formación intelectual de Bolívar, varias veces citado.

Carolina del Sur; siguió a Filadelfia, donde dejó a su sobrino en un instituto de educación, y en junio de 1807 ya estaba en Caracas. Son los únicos datos seguros que tenemos sobre su viaje, pues las otras referencias que dan algunos historiadores, a veces con minuciosas particularidades, no tienen apoyo documental alguno.

En los Estados Unidos, Bolívar recibió una impresión que para él no tenía precedentes: "Durante mi corta visita a los Estados Unidos, por primera vez en mi vida vi la libertad racional", dijo mucho tiempo después [1]. En efecto, lo que en Europa se llamaba libertad era la conquistada por Inglaterra; pero en ese sistema —que sólo por oposición al absolutismo continental merecía ser glorificado— el pueblo no participaba, ni por las elecciones ni por otro medio alguno, en la dirección de los negocios públicos; todavía la preeminencia social, las riquezas y el renombre eran patrimonio hereditario de unos pocos; hasta la comida y la educación elemental permanecían fuera del alcance de la mayoría. En Estados Unidos, por el contrario, Bolívar debió ver con asombro cómo el esfuerzo individual era la medida de todas las adquisiciones. Solo, sin guardias, en una cabalgadura que no era superior a las que usaba su padre el granjero, llegaba a las puertas de su despacho el Presidente de la República. Y aunque era nada menos que Tomás Jefferson, uno de los padres de la Patria, aquello no tenía el carácter de una lección para sus conciudadanos; era la expresión de una forma de vida que todos sentían como la única natural y honesta. Sin dejarse intimidar por las costumbres aristocráticas de Europa, ni pensar en imitarlas, la República definía su propia tradición, y más que una nueva política creaba una moral nueva. Muchas de las escenas que Bolívar veía, como esa del Presidente cabalgando a la manera de un notario rural, en severo traje y humilde caballo, le parecerían estampas para la ilustración de las utopías europeas sobre el buen gobierno y la felicidad republicana; pero la imperturbable naturalidad con que todos seguían aquella vida sencilla, lo convencía cada día más de que sería perdurable. ¡Quién sabe!, quizá algún día —pensaba— se hiciera realidad esta inverosímil suposición aventurada por don Simón Rodríguez: que América le sirviera de ejemplo a Europa.

A la vista tenía, además, dos realizaciones inobjetables: que una educación igual para todos probaba allí no ser inferior a la educación aristocratizante de Europa; y que el acceso constante de los de abajo a la dirección del país, al bienestar y a la notoriedad, no engendraba violencias ni desórdenes.

Era, en verdad, esta realidad política una máquina más asombrosa que aquel barco movido por el vapor que miró alejarse un día de los muelles

---

1. Según carta de Beaufort F. Watts, Encargado de Negocios de los Estados Unidos, para Henry Clay. Citada por William R. Manning en su obra *The Independence of the Latin American Nations*. 1925. Tomo II, pág. 1322.

de Nueva York; el primero que en el mundo podía verse. Asimismo, en esos momentos, aquella era la única democracia en que el ideal y la experiencia se equilibraban en armonioso progreso. Hoy diríamos, la única democracia funcional; Bolívar la llamó "libertad racional", muy a la francesa.

Y ahora sí, próximo a la plenitud, aunque sólo tenía veintitrés años, y enriquecido por conocimientos y observaciones sobre los cuales había aprendido a reflexionar, podemos comenzar a buscar en él al futuro Libertador. Tal como se presentó en Caracas le convenía ya, con las salvedades imprescindibles, el retrato que muchos años después le hizo su edecán O'Leary: "Bolívar —escribe— tenía la frente alta, pero no muy ancha, y surcada de arrugas desde temprana edad, indicio de pensador; pobladas y bien formadas las cejas; los ojos negros, vivos y penetrantes; la nariz larga y perfecta: tuvo en ella un pequeño lobanillo que le preocupó mucho, hasta que desapareció en 1820 dejando una señal casi imperceptible; los pómulos salientes; las mejillas hundidas, desde que lo conocí en 1818; la boca fea y los labios algo gruesos. La distancia de la nariz a la boca era notable. Los dientes blancos, uniformes y bellísimos; cuidábalos con esmero. Las orejas grandes pero bien puestas. El pelo negro, fino y crespo, lo llevaba largo en los años de 1818 a 1821, en que empezó a encanecer, y desde entonces lo usó corto. Las patillas y bigotes rubios; se los afeitó por primera vez en el Potosí, en 1825. Su estatura era de cinco pies seis pulgadas inglesas. Tenía el pecho angosto; el cuerpo delgado, las piernas sobre todo. La piel morena y algo áspera. Las manos y los pies pequeños y bien formados que cualquier mujer habría envidiado. Su aspecto, cuando estaba de buen humor, era apacible, pero terrible cuando irritado: el cambio era increíble.

"Hablaba mucho y bien; poseía el raro don de la conversación y gustaba de referir anécdotas de su vida pasada. Su estilo era florido y correcto; sus discursos y sus escritos están llenos de imágenes atrevidas y originales. Sus proclamas son modelos de la elocuencia militar. En sus despachos lucen, a la par de la galanura del estilo, la claridad y la precisión. En sus órdenes, que comunicaba a sus tenientes, no olvidaba ni los detalles más triviales, todo lo calculaba, todo lo preveía.

"Tenía el don de la persuasión, y sabía inspirar confianza a los demás. A esas cualidades se deben, en gran parte, los asombrosos triunfos que obtuvo en circunstancias tan difíciles, que otro hombre sin esas dotes y sin su temple de alma se habría desalentado. Genio creador por excelencia, sacaba recursos de la nada.

"Gran conocedor de los hombres y del corazón humano, comprendía a primera vista para qué podía servir cada cual; muy rara vez se equivocó. Hablaba y escribía francés correctamente, e italiano con bastante perfección; de inglés sabía poco, aunque lo suficiente para entender lo

que leía. Conocía a fondo los clásicos griegos y latinos, que había estudiado, y los leía siempre con gusto en las buenas traducciones francesas".

Así lo verían, a su regreso, en Caracas. Ahora sí era verdad que "nadie lo reconocería", según la expresión hiperbólica que usan en Venezuela, sobre todo los ancianos, para indicar los cambios experimentados por un joven.

X

"OBRA MAGNA"

Cuando Bolívar llegó a Caracas, a mediados de 1807, era todavía ardiente motivo de discusiones en la ciudad la fracasada invasión emancipadora del general Francisco de Miranda por el occidente del país.

Es tiempo, pues, de que abramos aquí un paréntesis en nuestra biografía del Libertador, para ocuparnos de aquel hombre extraordinario que con razón ha sido reconocido en todo el continente como el Precursor de su independencia. Muy joven todavía, antes de cumplir los veintiún años, Miranda había salido de Venezuela para comenzar su carrera militar en la Metrópoli; y como si desde entonces presintiera la posición excepcional que ocuparía en ambos continentes, también al iniciar ese su primer viaje empezó a reunir la copiosa documentación sobre su vida, que organizada por él mismo alcanzó 63 volúmenes encuadernados, que siempre llevaba consigo [1]. Por eso podemos apoyarnos en su propio diario para precisar que salió de La Guaira el 25 de enero de 1771 y desembarcó en Cádiz el 1º de marzo subsiguiente.

Había nacido también, como Bolívar, en Caracas, el 28 de marzo de 1750; y en tanto que la casa solariega de los Bolívares distaba menos de 200 varas de la Plaza Mayor, en dirección sureste, la de Miranda estaba situada a distancia poco menor de aquel centro de la ciudad, hacia el suroeste. Pero treinta y tres años separaban el nacimiento de Miranda del de Bolívar, y también en cuanto a sus antepasados debemos señalar esta diferencia: que los del Libertador eran criollos y los más remotos habían llegado a Venezuela cuando la fundación de las primeras ciudades, mientras que Miranda sólo por la línea materna tenía este arraigo ancestral, pues su padre, por el contrario, había nacido en las Islas Canarias, de una familia originaria de España.

Hemos dicho que Miranda organizó el archivo que debía ser testimonio de su vida como si presintiera desde sus veinte años los extraordinarios acontecimientos en los cuales sería primera figura. Más acertado sería decir que fue porque desde esa edad se había formado el propósito inflexible de alcanzar mundial preeminencia. Su vida, en efecto, no tiene ese

1. Estos 63 volúmenes, editados por el Gobierno de Venezuela entre los años 1929-1950 dieron 23 tomos, a los cuales se agregó un tomo XXIV con la documentación que el Marqués de Rojas incluyó en su obra *El General Miranda*, París, 1884. Los papeles encuadernados por Miranda llegaban solamente hasta 1810; los documentos aportados por Rojas estaban distribuidos así: "Documentos referentes a la campaña de Francia", "Documentos referentes a la campaña de 1806" y "Cartas inéditas referentes a la campaña de Venezuela".

carácter de improvisación y de azar que tienen casi todas las vidas humanas, aun las de los hombres geniales; en Miranda todo parece ser deliberado, fruto logrado por su ambición y su tenacidad; natural manifestación de una grandeza que él conquistó desde temprano en sí mismo y después impuso a las circunstancias. Los accidentes exteriores pueden variar en su vida, pero en la fortuna o en la desgracia él permanecerá inmutable, como broncínea estatua alrededor de la cual, siempre a menor nivel, se mueven los otros hombres. De la moda de su época asimiló la veneración por la antigüedad clásica y la conciencia casi religiosa de que la virtud pública y la privada se unían en el precepto de vivir como un antiguo, como un romano. Pero hay otra moda de aquellos días que no pudo contagiarlo: la afectación sentimental. El romanticismo naciente no sólo buscaba en todos los aspectos de la vida la exaltación de los sentimientos; también imponía el acatamiento fetichista de las palabras que indicaran esa exaltación. Ser "un hombre sensible" era, a más de distinguido, indicio de virtudes cívicas y humanas. La misma magia tenían las expresiones "un público sensible", "un magistrado sensible", y probablemente hasta "una cortesana sensible". El propio Napoleón se entusiasmaba con el afectado sentimentalismo de Ossian. Pero a Miranda no lo seduce esa moda, y en todo aparece, por el contrario, adusto y dueño de sí mismo. Rastreando minuciosamente en su conducta, en sus documentos, en sus opiniones, vemos que sólo dos cosas lo apasionan: la ciencia y la libertad. El arte mismo —en el cual llegó a adquirir conocimientos que sorprenden— no parece haber sido para él sino eso: conocimientos. Salvo la música —a la cual se entregaba activamente, porque gustaba de tocar la flauta— y que quizá era un recurso para sosegar su insomnes fantasías.

Tanto llegó a connaturalizarse con ese ideal, dentro del cual la razón y la voluntad debían ser como la maza y el cincel de un escultor infatigable, que también como filósofo y héroe lo ven las mujeres que caen bajo su fascinación; a pesar de que la prestancia física y la inmoderada sensualidad del caraqueño, podían borrar a lo menos para ellas y en la intimidad, aquella apariencia. Con Scipión lo compara una de sus admiradoras francesas; y a la poetisa inglesa miss Williams, que narra la vida de Miranda en las prisiones de la Francia revolucionaria, y cómo se entregaba al estudio de la historia y de las ciencias "bajo la continua expectativa de la muerte", lo seduce sobre todo "esa fuerza de ánimo filosófica que poseía en el más alto grado".

Pero más sugerente aún es encontrar que para la inquieta e inquietante Delfina de Custine, Miranda es Sócrates[1]. Aquella linda aristócrata francesa poseía espiritualidad y seducción por abolengo, pues era hija de madame de Sabrán, que por aquellas cualidades tiene renombre todavía

1. Ver la deliciosa monografía *Miranda et Madame de Custine*, por el historiador venezolano C. Parra Pérez, París, 1950.

en la literatura francesa. Refiriéndose a ellas, y a propósito de un libro de M. A. Bardoux sobre madame Custine, escribe Anatole France: "Puesto que M. Bardoux se detiene placenteramente en los primeros años de su heroína y nos muestra a Delfina al lado de su madre, hablemos nosotros también de esta madre digna de una alabanza inmortal. Evoquemos del fondo del pasado su sombra encantadora" Y acerca de la hija, exclama: "Qué maravillosa cultura la que produjo una Delfina de Custine" [1].

Cuando Delfina se entregó a Miranda acababa de dar valerosas pruebas de cariño y delicadeza a su marido y a su suegro, sacrificados ambos durante la Revolución Francesa. Después de sus amores con el caraqueño, iba a ser también amante de Fouché y de Chateaubriand. "Delfina es respetuosa, sin embargo, de las jerarquías humanas; y mientras que el venezolano seguirá siendo para ella su «Sócrates», reserva para el nuevo amante (Fouché) el más doméstico y menos clásico apodo de *Cheché*", anota Picón Salas. Pero además, aquella encantadora marquesa, que a pesar de los amantes que sucedieron a Miranda no perdía nada de su fina calidad humana, no sólo en oposición a "Cheché" valoriza a su "Sócrates": aun en los brazos del autor de *René*, que era en aquellos días como ascender a un talamo olímpico, no olvida al suramericano, y a pesar de estar éste perseguido por Napoleón, le escribe: "El tiempo, que nunca se detiene, quizá nos aproximará... Yo espero, pues, que volveremos a vernos y que todavía disfrutaremos juntos aquellos buenos momentos que, gracias a vuestra elocuencia, no se borran jamás y quedan tanto en la mente como en el corazón! Mamá dice que ella os escucharía un día entero!"

Si tal impresión producía Miranda en aquellas mujeres, de las cuales unas representaban, como Madame de Sabrán, lo más estilizado del viejo régimen, mientras otras, como Delfina, y como Madame Stäel y madame Tallien, también devotas de Miranda, se preciaban de reunir en sus salones a las tumultuosas celebridades de los nuevos tiempos, con mayor razón los hombres, cuando el señorío del suramericano no los hería y lograban colocarse a su altura, quedaban atrapados por la inusitada mezcla de ardiente fantasía y vastos conocimientos que en aquel extranjero descubrían.

Los versos que le consagra Lavater expresan admirablemente esa impresión que dejaba en todos. Cuando Miranda lo visitó, Lavater se encontraba en el vértice de su celebridad. Los personajes más importantes de Europa discutían su teoría de la *Fisiognómica*, que era aceptada nada menos que por Goethe, Jacobi, Herder y Stolberg. Catalina de Rusia mantuvo con él tan asidua correspondencia que más tarde fue publicada en dos volúmenes. Miranda era, por el contrario, apenas "un modesto Coronel español que viajaba por placer y por curiosidad", como dice Parra-Pérez. Sin em-

---

1. Anatole France: *La vie litteraire*, tomo I, págs. 471 y 479. Edición de Calman Levy, París, 1950.

bargo, el adusto y apasionado pensador suizo lo distingue especialmente entre la multitud de personajes europeos a quienes debía atender, le pide que se deje retratar, y al dorso de su retrato le consagra en exaltados versos este "estudio" del carácter que le parece descubrir en Miranda: "Hombre todopoderoso, tú vives en el sentimiento de tu fuerza. Los secretos del corazón los ves, mejor que escucharlos! ¿Quién puede penetrar la realidad como tú, a quien tan pocas cosas escapan? ¿Quién comprende como tú las debilidades de los débiles? ¿Quién como tú comprende la fortaleza de los fuertes? ¡Cuánta resolución, cuánta energía y cuánta habilidad, cuánto orgullo desdeñoso y cuánto valor la naturaleza te ha dado" [1].

Por cierto que también Lavater parecía muy inclinado, desde la cumbre de su celebridad, a aquel "desdeñoso orgullo" que descubría en el venezolano. Igual que éste, no toleraba que el mundo de sus pensamientos y de sus ambiciosas quimeras quedara a merced de los importunos, aunque fueran aquellos halagüeños peregrinantes que de toda Europa venían a consultarlo. Sólo cuando se trata de Miranda le pide, por el contrario, que lo visite, como una indemnización, le dice, por "tantos extranjeros fastidiosos, incapaces de dar o de recibir ideas". Más tarde volverá a escribir acerca de él: "Es un hombre que lleva en sí un mundo de hombres... un mundo de inspiración y de energía".

Sobre el retrato hecho para Lavater, dice Robertson en su *Vida de Miranda*: "El dibujo muestra a Miranda como un joven dandy, con camisa plegada, chaleco y levita de paño oscuro. Frente ancha pero ligeramente fugitiva, ojos luminosos, nariz prominente, boca fuerte y mentón redondo y enérgico, son los rasgos más notables de este rostro vivo, hermoso y bien rasurado. Su fisonomía adquiere relieve por el cabello artísticamente peinado y empolvado, que Miranda llevaba largo y trenzado a la espalda. Frente a este retrato a lápiz podemos comprender perfectamente por qué dijo alguna vez Miranda en su diario que gozaba del favor de las damas".

Pero nos hemos adelantado demasiado, por el deseo de sugerir al lector lo que el joven Miranda se proponía ser en 1771.

Para emprender el camino de sus ambiciosos ensueños, encontramos que en aquel mismo año comienza a adquirir libros con el propósito de "perfeccionar mi incompleta educación", según escribirá más tarde; y compra en España, el año siguiente, un grado de Capitán, con el cual entró a servir en el Regimiento de Infantería de la Princesa.

Los títulos de los libros adquiridos por Miranda constan en su Archivo, y nos indican sus amplios propósitos: diccionarios y gramáticas para el

---

1. Ese retrato de Miranda fue descubierto entre los papeles de Lavater, en la Biblioteca Nacional de Viena, por el eminente historiador venezolano C. Parra Pérez. También de la obra de éste, *Miranda et Madame de Custine*, ya citada, hemos traducido al español los versos escritos por Lavater al dorso del retrato, y tomamos varias de las citas que hacemos.

estudio del francés, inglés e italiano, tratados de matemáticas y arte militar, obras de geografía y de historia. Entre éstas, muy significativamente, cuatro tomos sobre las revoluciones inglesas y dos acerca de las revoluciones rusas. Pero no faltaba tampoco la literatura, y así como aquel temerario revolucionario llevaría siempre entre sus papeles de conspirador la flauta que solía tañer para sosegar su espíritu, ahora añade a aquellos volúmenes que debían sumirlo en ardientes cavilaciones, un ejemplar de Virgilio. Que fue siempre una de sus lecturas preferidas, pues más de treinta años después, cuando en vísperas de invadir a Venezuela, se despide del Presidente norteamericano Jefferson, copia en su carta a éste los versos en que el poeta latino anunciaba —¿anticipo de la América republicana?— que la concordia y la felicidad volverían a habitar entre los hombres: "*Ultima Cumai venit. . .*".

Miranda sabía disfrutar de la literatura a conciencia. En cierta ocasión, "en Vevey —nos cuenta Parra-Pérez— una vez instalado confortablemente en el mesón de *Las Tres Coronas*, el Coronel (Miranda) fue a comprar *La Nueva Heloísa* y en la propia librería, leyó varios pasajes donde Rousseau habla de esos «sitios deliciosos». El acogedor librero se toma el trabajo de mostrar al viajero, desde la terraza de la tienda, que da sobre el lago, el admirable paisaje. Después, ya en su habitación, nuestro lector emplea la noche en repasar «la bella y exacta descripción que de esos lugares hace el hábil y poético escritor»". Esta última expresión es del propio Miranda y el episodio nos demuestra que juzgaba con la fruición de un buen catador.

También por su archivo sabemos que esa primera lista de libros, comprados en 1771, debía completarse inmediatamente con otros autores —Hume, Locke, Bolingbroke, Raynal, Las Casas— que también aparecen anotados por él; y "como entre sus adquisiciones —apunta Robertson— se cuentan cajas de cedro para sus libros y globos, es evidente que Miranda había empezado a tratar sus pertenencias con amoroso cuidado". Vemos así, en perspectiva, aquella asombrosa biblioteca que a través de toda su vida enriqueció Miranda con la constancia y el acierto de un erudito. "Cuando fue registrada la casa de Miranda en París —nos recuerda Pijoán en su *Historia del Mundo*— los agentes de la Convención encontraron *une bibliotheque immense, composée des libres les mieux choisis et les plus rares, les cartes des tous les pays et des meilleurs geographes*... Miranda pudo en 1806 procurarse dos mil libras esterlinas pignorando su biblioteca en Londres".

No era su intención, sin embargo, adquirir conocimientos solamente. Creíase entonces que el hombre, al enriquecer su mente perfeccionaba su carácter, así como se esperaba que al salir los pueblos de la ignorancia se libertarían de los prejuicios y de las malas pasiones que los extraviaban. De acuerdo con la antigua imagen del Sabio, la vida pública y la vida privada volvían a considerarse inseparables, y en la formación individual el cultivo del

entendimiento y el dominio de la conducta debían prosperar hermanados y llegar a natural equilibrio.

Este exaltado concepto de la perfectibilidad jamás se había perdido, pero sólo en aquel final del siglo XVIII volvió a adquirir el dinamismo que tuvo en sus mejores tiempos. Sobre todo dejó de ser secreto de unos pocos filósofos, y se pensó que era accesible a todos los hombres.

Como hemos dicho, también compró Miranda, en 1772 un grado de Capitán, por el cual pagó 8.000 pesos. Esto de comprar distinciones, cargos y grados, sorprende a muchos lectores en nuestros días, y hasta escritores respetables lo juzgan venalidad por parte de España. Ya hemos explicado que era una costumbre universal, y que en Inglaterra la compra de los grados en el ejército perduró hasta fines del siglo pasado. De todos modos, no compró Miranda aquellas insignias de Capitán para venir a lucirlas frívolamente entre sus compatriotas ni para envejecer contemplándolas, sino para buscar con renovado afán ocasiones de destacarse. En junio de 1774 pide a sus superiores un puesto de acción que le permita "desplegar su celo y energía", para lo cual hace valer que posee adelantados conocimientos en ciencia militar, geometría, geografía, inglés, francés, italiano y latín. Así logra, a fines del mismo año, ir como voluntario a la defensa de Melilla contra los musulmanes.

Este fue su bautismo de fuego y Miranda lo aprovechó para hacer ver a sus jefes —quizá para probarse a sí mismo— que era audaz y valiente. Pero también se mostró impaciente y altanero, lo cual comenzó a suscitarle enemistades: navegando de Málaga a Melilla, el mal tiempo hizo temer por la suerte de la embarcación y tanto los prácticos como los oficiales opinaron por regresar al puerto español. Miranda, por el contrario, protestó porque ello retardaba el auxilio que esperaba Melilla, obtuvo copia del Consejo de Guerra celebrado al efecto, e hizo valer su actitud ante el Capitán General de Málaga. Apenas hubo llegado a la línea de fuego, insta a su jefe para que se le confíe una partida de treinta hombres, con los cuales se compromete a inutilizar la artillería enemiga: "Hago formar —dice— con dicha gente un pequeño pelotón bien ordenado, precedido de un cabo y cuatro hombres de valor, con el objeto de sorprender y matar las primeras centinelas que se encuentren, y arrojándome al mismo tiempo con la demás gente, sable en mano, sobre la batería (pues de la pistola sólo se deberá usar en caso muy urgente por no alarmar los puestos inmediatos) paso la guardia a cuchillo".

Este episodio es muy sugerente, porque en 1812, ya al final de su carrera y cuando tenía sesenta y dos años, Miranda repite en cierto modo aquel rasgo de su juventud, cuando en la batalla de La Victoria, sin que lo embarazara su rango de Generalísimo, "a la cabeza de algunos lanceros se arrojó a lo más reñido de la refriega", según el coronel Austria, que estuvo a su lado en aquella campaña.

Inmediatamente después de la defensa de Melilla, Miranda pidió que se formase un cuerpo especial con los oficiales que habían combatido en ella, para seguir contra Argel; y aunque no fue aceptado su ambicioso proyecto, él, personalmente, sí estuvo entre las fuerzas que en julio de 1775 desembarcaron en las playas argelinas. Las tropas españolas fueron batidas y Miranda escapó milagrosamente, pues tres proyectiles lo tocaron en las piernas y otro le destrozó entre las manos el mosquete con que combatía.

No obtuvo, sin embargo, adelanto alguno en su carrera, salvo que en el informe oficial sobre su cuerpo se le reconoció que "poseía probado valor, gran aplicación e indudable capacidad, pero que debía desplegar mayor prudencia". ¿Era esto último un elogio más a su temeridad, o un reticente reproche porque ya su ambición y sus iniciativas molestaban?

Es de suponer que el contraste entre estas condiciones que no le podían negar y la rutina a que se le condenaba, produjeran en el impetuoso criollo impaciencia y quizá resentimiento; de tal manera que en los informes de sus superiores, en los años sucesivos, alternan nuevos elogios con graves acusaciones de insubordinación y de otras irregularidades.

Comienza ya a ser así la vida de Miranda la incesante lucha en que su superioridad se cambia a veces en altanería y menosprecio, al sentirse enredado entre las malezas de la mediocridad, el favoritismo y los bajos rencores que le cierran el paso.

Nuevos libros aparecen entre sus adquisiciones: de política, de historia, de derecho, de literatura, de idiomas, de música, Montesquieu, Helvetius, Grocio, Puffendorf, Corneille, Molière, Pope, y, otra vez, Virgilio. Seguía cultivando el latín, y adquirió también una gramática y un diccionario para el griego. Pero esta actividad intelectual también le acarrea persecuciones: se supo que había adquirido algunos volúmenes de filosofía en francés y fue acusado de poseer "libros vedados y pinturas indecentes". Parece que, privadamente, el inspector general del ejército español le hizo un cargo mucho más grave: nada menos que de intentar "subvertir las Leyes del Reino".

Afortunadamente, después de varios años en estos desesperantes altibajos, Miranda encontró al fin otra ocasión, en 1780, de emplear en campo más amplio su actividad, cuando España se unió a Francia para ayudar a las Colonias inglesas de Norteamérica en su lucha por la independencia. En Cádiz se organizó una expedición militar destinada a hacer efectiva esa ayuda, y Miranda pidió ser incorporado a ella. Sin embargo, una vez más, tuvo el venezolano que abrirse paso un poco a la fuerza, pues en realidad sólo embarcó como "supernumerario del regimiento de Aragón",

aunque ya en junio de ese mismo año lo encontramos como Capitán efectivo en el mismo cuerpo [1].

A las órdenes del gobernador de la Luisiana don Bernardo de Gálvez, las tropas donde iba Miranda se batieron en la captura de Baton Rouge, Natchez y Mobile, puestos ingleses fronterizos, y en el sitio y expugnación de Pensacola. "Mandara o no a los voluntarios americanos en estas operaciones, como se ha pretendido, Miranda entró en la ciudad con los vencedores", dice Robertson. Y agrega este pormenor de tanto sabor psicológico: "el 12 de mayo compró algunas obras de literatura inglesa a un librero de Pensacola".

Pero lo más importante que ocurrió entonces a Miranda, tanto para su carrera como para su vida espiritual, fue haber sido nombrado Ayudante de Campo del General Juan Manuel de Cagigal, que algunos años antes, como Coronel del Regimiento de la Princesa, había sido su jefe y le había otorgado paternal amistad. Como Gobernador de Cuba, Cagigal comandó la expedición que cooperó en el ataque a Pensacola; y en recompensa a la conducta de Miranda durante esta campaña lo ascendió a Teniente Coronel. Era el año 1781: bastante tiempo y muchos servicios había empleado el joven americano para obtener aquel ascenso.

Sin embargo, lo más valioso para Miranda fue que su eminente jefe depositó absoluta confianza en él y lo defendió tenazmente contra las intrigas que aquel mismo favor despertó. La primera calumnia contra Miranda fue que, como "apasionado entusiasta de los ingleses", había permitido al general británico Campbell visitar las fortificaciones de La Habana; y todo un expediente tuvo que levantar el acusado para probar que no estaba en aquella ciudad cuando Campbell pasó por ella. Después el propio Cagigal y Miranda fueron acusados de contrabando, y hasta llegó a dictarse orden de prisión contra el venezolano, en tanto que la investigación contra Cagigal quedó reservada al propio Monarca. Parece ser que durante una comisión a Jamaica sobre canje de prisioneros, que Cagigal confió a Miranda, éste facilitó efectivamente a un comerciante jamaiquino el envío a Cuba de algunos géneros de contrabando; pero fue con el objeto de obtener en cambio informes sobre la situación de Jamaica, a la cual se proponía atacar Cagigal. Esas acusaciones de contrabando eran, por otra parte, muy frecuentes en la época, y la verdad es que el "comercio ilícito", como lo llamaban, era inevitable en las posesiones españolas por el empeño de la Metrópoli en reservarse el abastecimiento de las colonias sin poseer un

---

1. Hemos consultado como fuentes básicas para estos capítulos sobre Miranda, las siguientes: *The life of Miranda*, by William Spence Robertson, University of North Caroline Press, 1929; *Francisco de Miranda y el antiguo régimen español*, por Lautico García, S. J., Caracas, 1961; *Francisco de Miranda*, por Mariano Picón Salas, y las obras sobre Miranda y su familia del historiador venezolano don Angel Grisanti. Desde luego, la fuente más abundante y valiosa acerca del Precursor tiene que ser el doctor C. Parra-Pérez, cuyos trabajos de investigación y crítica no pueden ser superados.

desarrollo industrial adecuado. A lo cual debe añadirse que las dificultades y retardos del tráfico marítimo —y las guerras que a veces lo interrumpían durante largas épocas— hacían imprescindible también aquel recurso. Ya hemos visto que en Venezuela la propia Compañía Guipuzcoana, establecida por el Rey para erradicar el contrabando, llegó a ejercerlo sin disimulo alguno. En las propias colonias inglesas la situación no era mejor, y la moral pública estaba de tal manera en favor del comercio ilegal, que suprimirlo se consideraba "detestable" [1]. Lo cierto es que, en definitiva, Cagigal apoyó decididamente la conducta de su Ayudante, se comprometió a responder por él ante la Corte de Madrid, y aseguró que el propio Miranda se rehabilitaría ante el Rey.

Así sucedería, efectivamente... dieciséis años después, por sentencia absolutoria dictada en 1799. De modo que Miranda, inocente y favorecido por Cagigal, no pudo obtener justicia; ¡y en cambio fue absuelto del cargo de contrabandista cuando ya merecía pena de muerte como conspirador!

Que los mediocres y envidiosos se le enredaran entre las piernas o trataran de subírsele a las espaldas, sería siempre el destino de Miranda; sarcástico castigo para la arrogancia de este hombre, que entre los peligros y en el infortunio permanecía impasible, pero le exasperaba todo lo que fuera débil o vulgar.

Por el momento no perjudicaron mucho aquellas maniobras la carrera de Miranda, pues tomó parte al lado de Cagigal en la captura de las islas Bahamas y fue ascendido a Coronel [2]. Pero no estaba dispuesto, sin embargo, el orgulloso caraqueño a perder su tiempo entre intrigas y regateos. Decidió separarse del servicio, y la carta en que lo participa a Cagigal indica el ambicioso plan al cual consagraba su vida: "...no sólo fue —le dice— por sustraerme a la tropelía que conmigo se intentó, sino para dar al mismo tiempo principio a mis viajes a países extranjeros, que sabe Ud. fue siempre mi intención concluida la guerra. Con este propio designio he cultivado de antemano con esmero los principales idiomas de la Europa... Todos estos principios (que aún no son otra cosa); toda esta simiente que con no pequeño afán y gastos se ha estado sembrando en mi entendimiento por espacio de 30 años que tengo de edad, quedaría desde luego sin fruto ni provecho por falta de cultura a tiempo". Y agre-

1. Es la palabra que usa Maurois en su *Historia de los Estados Unidos*, en la cual aporta interesantes datos sobre aquel estado de ánimo, que a veces se considera como un vicio exclusivo de las costumbres y de la organización comercial hispano-americana.

2. Hay en este punto una contradicción en los documentos, pues a veces se le da a Miranda ese título de Coronel, aunque Cagigal sólo habla, en una carta a su Ayudante, de haberlo propuesto por dos veces para aquel grado, "con la correspondiente paga". Esta última frase me sugiere la siguiente explicación: en el ejército español se ascendía a "Coronel graduado" y después a "Coronel vivo y efectivo", distinción que existía también en los otros grados de la oficialidad. Debemos entender, pues, que Miranda era para aquella fecha Coronel graduado, y que Cagigal proponía que se le hiciera Coronel vivo y efectivo con el sueldo correspondiente.

gaba, muy de acuerdo con la universalidad a que aspiraban los grandes espíritus de la época: "La experiencia y conocimiento que el hombre adquiere visitando y examinando personalmente con inteligencia prolija, en el gran libro del Universo, las sociedades más sabias y virtuosas que lo componen, sus leyes, gobierno, agricultura, policía, comercio, arte militar, navegación, ciencias, artes, etc.... es lo que únicamente puede sazonar el fruto y completar en algún modo la *obra magna* de formar un hombre sólido y de provecho".

Cagigal teme, sin embargo, que la decisión de Miranda implique una ruptura definitiva con el gobierno español, y le contesta: "Siga vmd. enhorabuena el plan de su idea; pero merézcale mi amistad y mi cariño el único favor de que, ínterin yo le aviso desde Madrid las resultas de estos particulares, vmd. no ha de tomar partido ni variar sus promesas en un punto".

Mucho debía apreciar Cagigal a Miranda para insistir con tanta solicitud. No vacila en reconocerle "las ventajas que al Estado pueden resultar de sus conocimientos y constante aplicación"; le recuerda que "no es extraño lo que a vmd. le sucede, pues proporcionalmente todos los que sobresalen en el mundo pasan por la misma senda", y vuelve a ofrecerle categóricamente: "Espero que con mi llegada a la Corte se dé curso a esta instancia, y que informado S. M. mejor de los servicios y carácter de su persona... logre mayores satisfacciones, teniendo sus amigos la de verle en nuestro país con gusto general, y yo satisfacer el cariño paternal con que siempre he mirado su persona".

Esto ocurría el año 1783. De acuerdo con un documento que —en copia y por consiguiente sin las firmas auténticas— conservaba Miranda en su archivo, el año anterior de 1782 tres personajes de la ciudad de Caracas, don Juan Vicente Bolívar, don Martín Tovar y el Marqués de Mijares, le habían dirigido una comunicación en la cual se mostraban decididos a romper la "insoportable e infame opresión" bajo la cual vivía Venezuela y aclamaban a Miranda como el "primogénito" que debía dirigir aquella empresa. Hacían también mención de otros informes que le habían enviado en julio de 1781, y en definitiva lo autorizaban "para que en nombre nuestro y de toda la provincia" buscara el auxilio de potencias extranjeras, si era necesario, "para el rescate de un tan maldito cautiverio". Pero por muy tentadora que sea esta carta para darle color y calor a nuestra narración, debemos considerarla como apócrifa, sin vacilación alguna. Es imposible, en efecto, aceptar que en 1782 el joven Miranda pudiera aparecer ante sus lejanos compatriotas como el caudillo de la emancipación; ni menos que en Caracas se conocieran sus ideas de independencia y las ignorasen las autoridades españolas. Aparte de que, como hemos visto,

aquellos años corresponden en Venezuela a una reacción conservadora incompatible con la exaltación que el documento expresa [1].

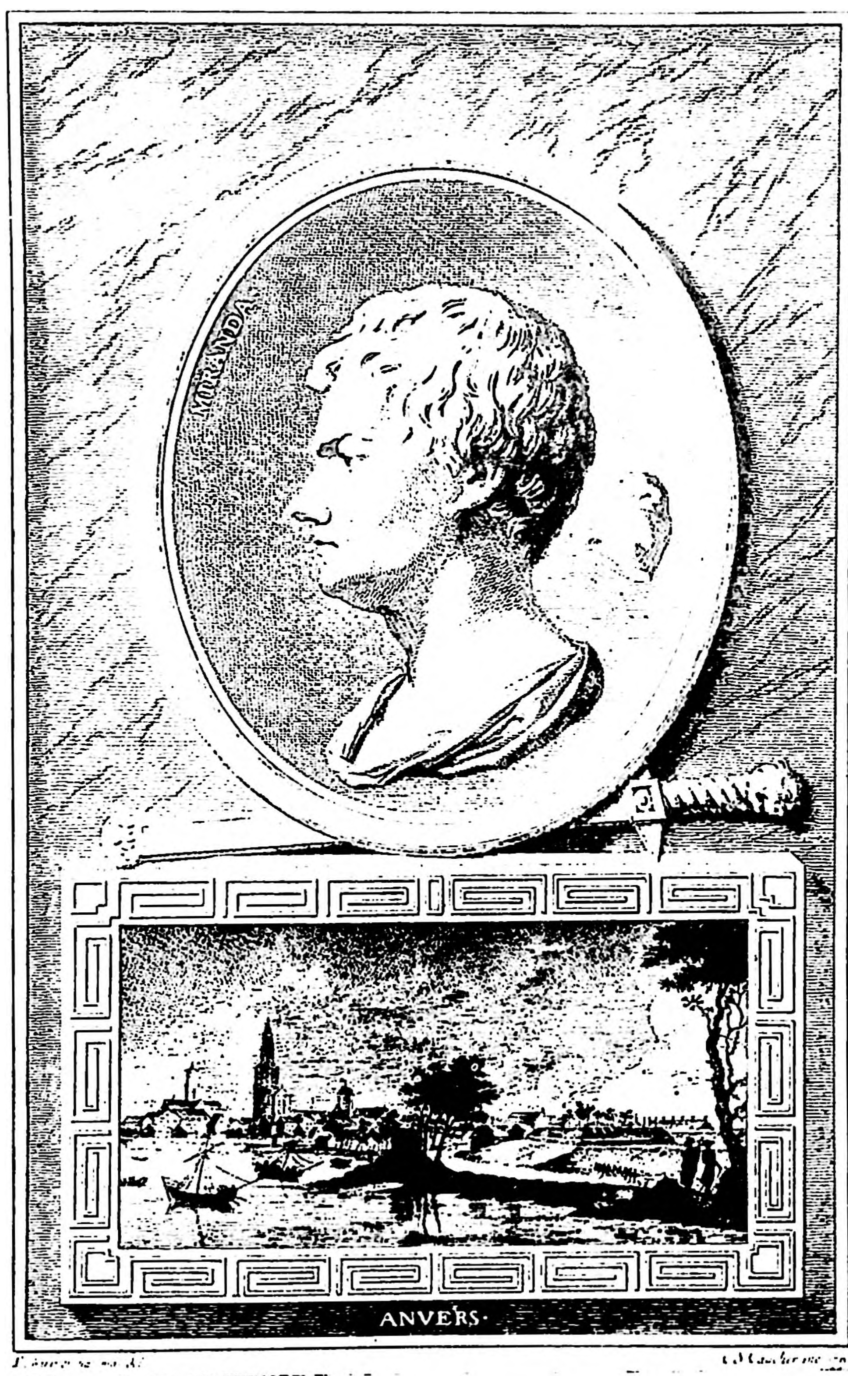
Dudoso es, además, que Miranda se propusiera desde entonces acaudillar la emancipación de Suramérica. Desde muy joven se había dado cuenta del atraso en que vivía España, pues ya en las primeras páginas de su diario de viajes por la Metrópoli aparecen con frecuencia expresiones de severa crítica: "Reino desdichado", "infeliz provincia", etc. También sabía que esta actitud lo hacía sospechoso: "No es el delincuente a quien buscan, sino mi persona", le escribía a Cagigal durante las falsas acusaciones que hemos narrado. Pero sólo un poco después aquel descontento comenzó a cristalizar en un verdadero plan de emancipación: "En el año 1784 —decía Miranda en una Memoria que Robertson cita—, en la ciudad de Nueva York, formé un proyecto por la libertad e independencia de todo el continente hispano americano con la cooperación de Inglaterra" [2].

Justamente las recién emancipadas colonias del Norte fueron el primer país que visitó Miranda al separarse de España. Iba a proseguir aquella "obra magna" de perfeccionarse, que anunciaba en su carta a Cagigal. Es evidente el nuevo ímpetu que adquiere su espíritu al sentirse más dueño de sí mismo y en un ambiente de fervorosa renovación. Los campos de batalla y las fortificaciones, el funcionamiento de los tribunales y el sistema de gobierno en cada Estado, el desarrollo de la agricultura y la educación pública, todo lo observa con ardiente curiosidad. Hasta algunas costumbres bastante primitivas, que debían chocarle, logra poetizarlas al calor de sus sueños. Así ocurre cuando en un banquete público observa que toda clase de personas, magistrados, pueblo y aristocracia, fraternizan comiendo carne de cerdo y bebiendo ron: "Es imposible —anota— concebir sin la vista una asamblea más puramente democrática; y que abone cuanto los poetas, historiadores griegos, nos cuentan de otras semejantes entre aquellos pueblos libres de Grecia". Extraña alucinación en un hombre que jamás se plegaría después a hacer demagogia; pero ¿cómo podría juzgar de otra manera si consigo llevaba a Homero y a Virgilio, y probablemente aquella misma noche los había releído?

Lo que más le interesa, sin embargo, es observar a los hombres y sorprender el secreto de los que en cualquier esfera habían sobresalido. Jueces, militares, teólogos, políticos, diplomáticos, hombres de ciencia, van enrique-

---

1. Véase también, en el mismo sentido, el estudio del historiador venezolano don Alfredo Boulton en el *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Nº 173, Caracas, enero-marzo de 1961. La "carta de los mantuanos" —que es como se llama habitualmente aquel documento— se encuentra en el Archivo original de Miranda en el tomo I, folio 120; y en el tomo XV, pág. 69, en la edición impresa del mismo, Caracas, 1938. Robertson la cita con algunas variantes.
2. Robertson, edición en inglés de The University of North Caroline Press, 1929, pág. 43, tomo I. En la traducción de la editorial Anaconda, Buenos Aires, 1947, pág. 46, se desnaturaliza lo escrito por Miranda, porque dice "se formó el proyecto", en lugar de "formé el proyecto" ("I formed a project") que es como lo trae Robertson.



Francisco de Miranda
Obra del grabador y dibujante francés
Charles-Etienne Gaucher, 1793.
[*Cortesía Alfredo Boulton*]



Simón Bolívar
Miniatura sobre marfil de autor desconocido, hecha en París entre 1804 y 1806.
[*Cortesía Shell*]

ciendo el museo de celebridades que cuidadosamente juzga y coloca en su portentoso archivo. De casi todos recibe, además, demostraciones de aprecio, y aun de admiración. "Erudito forastero" y "viajero inteligente y exacto observador de todo lo que puede instruir el espíritu o añadir dignidad a la naturaleza humana", lo juzga el doctor Andrew Turnbull. El Mayor Eustace le expresa "el ansioso ardor con que he buscado su compañía en todas las ocasiones"; y el historiador David Ramsey le escribe a un amigo: "He tenido tanto placer, y adquirido tantas informaciones del portador, Coronel Miranda, que deseo el honor de presentárselo a Ud. para que traben relación. Nació en América del Sur y tiene alto rango en el ejército de Su Majestad Muy Católica. Ama la libertad con un ardor que honraría al estado más libre del mundo. Hace poco llegó a ésta, y ha sido distinguido respetuosamente por la mejor gente de la metrópoli... estoy seguro de que hombres de sentimiento y de inclinación al estudio tendrán sumo placer en su compañía".

Filadelfia le produjo a Miranda grata impresión: ciudad hermosa, libre y comerciante, la llama. Tuvo allí ocasión, además, de conocer a Washington y comió con él. Pero quizá por reacción contra la emoción que debió sentir en espera de este encuentro excepcional, Miranda juzga fríamente al libertador del Norte: considera "usurpación tan caprichosa como injusta" que "habiendo tanto personaje ilustre en América, que por su virtud y talentos han formado la grande y complicada obra de esta independencia", toda su gloria se concentre en Washington, y concluye con este helado juicio: "Su trato es circunspecto, taciturno y poco expresivo; bien que un modo suave y gran moderación le hacen soportable".

La verdad es que esto sucedía en diciembre de 1783, días de graves reflexiones para Washington. Había ido a Filadelfia para renunciar definitivamente al mando del ejército, y durante el acto los diputados permanecieron cubiertos para indicar claramente la supremacía del poder civil. Sin embargo, la debilidad de las instituciones que se estaban creando no autorizaba tanta arrogancia. Contradictorias opiniones y muchos problemas agitaban entonces a la que sería dentro de poco una ejemplar y gran democracia, y seis meses antes de aquella ceremonia "en junio de 1783 —narra un historiador actual— un grupo de soldados borrachos, en Filadelfia, asustó tanto al Congreso que éste se refugió en Princeton, donde el *College* dio hospitalidad a los legisladores en desbandada". Nada extraño, pues, es que Washington se mostrase "taciturno y poco expresivo". ¡Si el joven Coronel venezolano, entonces impaciente y sacudido por tantos proyectos, hubiera podido entrever lo que a él mismo le reservaba el destino!

Por ser Washington demasiado taciturno, lo desconcertó. Pero por un motivo totalmente contrario, juzga con extremada severidad a Lafayette: "carácter mediocre", lo llama, y dice que su excesivo afán de recibir

honores es "una ridícula farsa política". Diferente es la impresión que le causa en Nueva York el general Henry Knox, a quien debía la nueva República la reorganización de su artillería durante la guerra, y que sería después Ministro de la Guerra de la Confederación. El juicio que Miranda le consagra en su diario es muy característico de la importancia que daba siempre a la inteligencia y a los conocimientos: "Es —dice— uno de los militares más instruidos en la teoría y práctica del arte de la guerra de cuantos caudillos he conocido en este continente, incluso el *Idolo* (Washington), su trato es bastante agradable y su conversación interesante". Knox, por su parte, escribía a un amigo, que Miranda "posee vastos conocimientos de hombres y cosas, y sus oportunidades han sido superadas tan sólo por su ambición de mejorarlas". Verdadera intimidad se estableció entre ambos, y es evidente la consideración con que lo trataba Knox: "Le pido mil perdones —le escribe— por no haberle visto durante la pasada semana. Tenía la firme determinación de visitarle, todos los días, pero una serie de accidentes perversos frustró mis intenciones. Si no está comprometido y puede hacerme el placer de pasar este día en Dorchester, el criado con el coche tiene orden de esperarle. No tenemos visitas". También conoció a Tomás Paine, el popular agitador político, que con su panfleto *"Common Sense"* había conmovido considerablemente la opinión pública durante la Revolución norteamericana, y debía extender su influencia también a la Hispanoamérica.

Con Alejandro Hamilton tuvo "frecuentes conversaciones" acerca de la emancipación suramericana, según escribió después el propio Hamilton. Era este político norteamericano hombre culto, refinado y de gran audacia intelectual, en lo cual se asemejaba a Miranda; pero entre ellos existía además otro motivo de aproximación: el duro sentido aristocrático de la vida, el desdén casi colérico con que solían ver todo lo que fuera débil. Pese al amor de ambos a la libertad, ese fondo profundo del carácter les impediría siempre fraternizar con los demás.

Tan confuso era entonces el terreno político que una asociación de oficiales franceses y norteamericanos —la *Society of the Cincinnati*— quiso tener carácter hereditario; esto alarmó tanto, que la hizo sospechosa y John y Samuel Adams la consideraron una "forma nueva e insidiosa de nobleza". Miranda aceptó, sin embargo, una invitación a comer que le hicieron algunos de sus miembros.

No sabemos cómo comentaría esto con Samuel Adams, al cual solía hacer apremiantes interrogaciones sobre la vida americana. "Tuvimos nuestras conferencias muy dilatadas —cuenta el mismo Miranda— acerca de la Constitución de esta República, y a dos objeciones que le propuse sobre la materia, manifestó convenir conmigo después que masticó bien los puntos". Las dos objeciones eran muy mirandinas: una, que daba en las instituciones más importancia a la propiedad que a la virtud; y la

otra, que se admitía como un derecho de la humanidad la libertad de cultos y se excluía, sin embargo, al que no fuera cristiano de todo cargo legislativo o representativo. En definitiva, Miranda reconoce en Samuel Adams un "famoso republicano", y le agradece, con respeto, que le dio "muchas noticias interesantes sobre el origen, principios y ocurrencias de la pasada revolución, favoreciéndome con su trato familiarmente".

Es preciso considerar que Miranda acababa de salir de un mundo estrechamente jerarquizado, y que apenas comenzaba a ver los resultados de la democracia en una experiencia sin precedentes y todavía insegura. No debe extrañarnos, pues, que no siempre fueran consecuentes sus opiniones. Ya hemos visto su entusiasmo por aquel banquete al aire libre en el cual le parecía ver reproducida la democracia de la Grecia heroica; asimismo, en Nueva Inglaterra anota que, a pesar de la pobreza del suelo, "tal es la industria y espíritu que la libertad inspira a estos pueblos, que de una pequeña porción sacan con qué mantener sus crecidas familias, pagar fuertes taxas, y vivir con comodidad y gusto, mil veces más felices que los propietarios de las ricas minas y feraces tierras de México, Perú, Buenos Aires, Caracas y todo el continente américo-español". Asimismo lo vemos dentro de sus ideas renovadoras cuando observa complacido, en Hartford, que los libros de la biblioteca pública eran más leídos que los guardados con tanto celo en El Escorial. Pero se muestra intolerante si ese mismo espíritu de renovación perturba su imagen ideal de la República: "Varias ocasiones —escribe en Massachussetts— asistí a la Asamblea legislativa del Estado, donde tuve ocasión de ver patentemente los defectos e inconvenientes a que está sujeta esta Democracia, poniendo el Poder Legislativo en manos enteramente de la *ignorancia.* Uno de los legisladores recitaba versos de memoria en medio de un debate que no entendía, otro al fin de éste y estarse hablando por dos horas del asunto, preguntaba cuál era la moción para votar... y así la mayor parte; de modo que los puntos más absurdos e injustos se han visto debatidos, propuestos y aprobados en estas democráticas asambleas por todo el continente".

En otra ocasión advierte que una negrita, llegada de Guinea, recibió alguna educación en América, logró escribir en prosa y en verso y fue admirada en Inglaterra; pero luego "sufrió el mismo descuido que los talentos padecen por todas partes... y en el día está muriéndose en la indigencia". Concluye que "el ente racional es el mismo en cualquier forma o aspecto". Pero cuando el igualitarismo lo toca de cerca, vuelve decididamente a sus costumbres aristocráticas: "No olvidaré mencionar aquí —anota en una posada de Nueva Inglaterra— que el espíritu de republicanismo es tal en este país que el mozo de mulas que gobernaba el carruaje y todos los demás nos sentábamos juntos a la mesa, y no fue con poca pena que hube de conseguir que a mi criado le diesen de comer separadamente". Esta vez olvidó que Nausicaa, aunque hija de un

rey, guiaba el carro en que iba ella misma a lavar sus ropas a orillas del mar con sus doncellas.

También es severo en sus juicios como intelectual: desprecia al comodoro Hopkins porque lo encuentra ignorante y carece de conocimientos geográficos; en el Colegio de Rhode Island encuentra muy deficientes la biblioteca y el material científico; y sobre la Universidad de Harvard observa: "Paréceme este establecimiento más bien calculado para formar clérigos que ciudadanos hábiles e instruidos, y cosa por cierto extraordinaria que no haya una cátedra siquiera de las lenguas vivientes y que la teología sea la principal cátedra de dicho colegio".

Al asentar ese juicio debió de pensar que, al fin y al cabo, no era tan mala la Universidad de Caracas, aunque se le hacían parecidos reproches. Miranda guardaba buen recuerdo de ella, y tanto en su testamento de 1805 como en el de 1810, dispuso: "A la Universidad de Caracas se enviarán en mi nombre los libros clásicos griegos de mi biblioteca, en señal de agradecimiento y respeto por los sabios principios de literatura y de moral cristiana con que alimentaron mi juventud"; sorprendente testimonio en aquel hombre, más dispuesto siempre a la admiración que al cariño.

También cuando en Salem anotó que allí se ahorcaba a las brujas "en tiempos de craso fanatismo", debió pensar por contraste que, a pesar de las leyendas que él mismo estimulaba contra el fanatismo español, en la América hispana no se habían visto tales extravíos. En verdad, ni una sola condena a muerte fue dictada por la Inquisición en Suramérica. Y en Caracas —la sonriente aldea tropical que todavía veía en sus sueños— ¿cómo pensar que en su soleado valle existieran brujas? Ninfas, sí las había; él las había visto a orillas del Guaire y del Anauco cuando niño aún, leía el *Telémaco* en espera de leer a Homero. Ninfas, sí; pero brujas malvadas solamente en los cuentos. Y hasta los niños sonreían al hablar de ellas, con menos temor que curiosidad.

No podían faltar numerosas mujeres entre las amistades que Miranda entreteje en el curso de su viaje. Algunas parecen damas bastante intelectualizadas, que cambian libros con el viajero; otras sugieren relaciones más ligeras. "Mientras estuvo Ud. en esta ciudad le agradó mucho la compañía femenina", le recuerda maliciosamente Elisa Livingston; y un año después le escribe: "Sayre pasa el invierno con los Duers, amigos de Ud. Nunca encuentro a esos hombres sin que estén hablando de Ud, y bebiendo a la salud de la Reina de los *Incas*". Según parece por esta última expresión, ya Miranda había hablado, entre sus íntimos, del *Incado* que varios años después propondría a Pitt; pero es una de las pocas veces en que vemos a una mujer mezclada a sus planes políticos. ¿Sería la propia Elisa esa Reina del Incado mirandino que permaneció en la región de la utopía?

A las incesantes lecturas de Miranda, y a ese afán de prepararse para lo más alto, debemos atribuir que apenas evadido de la estrecha esfera de un militar en servicio, se manejara con tanto aplomo entre el vasto mundo de aquella nueva República. Incluso podríamos encontrar exagerada la seguridad con que parece sopesar personajes y acontecimientos, como si quisiera supeditarlos a su exigente criterio. Pero es que en realidad él se estaba haciendo, para su propia guía, un mundo a lo Plutarco, y es natural que los héroes que iba colocando en él fueran sometidos a reiteradas pruebas. Apenas ha rebasado los treinta años y trata de jerarquizar el mundo en que entraba, para fijar los valores morales e intelectuales que va a hermanar con los arquetipos clásicos de sus libros. Con bastante humildad había confiado a Cagigal que el objeto de sus viajes era perfeccionar su "incompleta educación"; bien podemos decir que a menudo hay más entusiasmo que petulancia —escrúpulos y veneración, no desenfado— en la insistencia con que da muchas vueltas alrededor de cada uno de los personajes que conoce.

Lo que sorprende es que muchos de ellos le correspondieron con vehementes elogios. John Adams, que tanto por haber sucedido a Washington en la Presidencia de la República como por su excepcional posición en sociedad, debía estar adiestrado en juzgar a los hombres, dejó escrito: "Miranda adquirió entre nosotros reputación de haber hecho estudios clásicos, de poseer conocimientos universales y de ser maestro en el arte de la guerra. Se le decía muy sagaz, de imaginación muy viva y curiosidad insaciable. Miranda sabía más que cualquiera otro sobre nuestra vida social y política, sobre nuestra guerra, batallas y escaramuzas, sitios y combates, los que conocía y juzgaba con mayor serenidad y justicia que cualquiera de nuestros hombres de Estado" [1].

Tan desusados encomios los considera Robertson "extravagantes". Sin embargo, si reflexionamos que según este mismo autor, Miranda había examinado las fortificaciones de Charleston, Filadelfia, New York, Newport y Boston, que había recorrido los campos de batalla de Bunker Hill, Brandyvine y Saratoga, que de escogidos militares se había hecho dar explicaciones y descripciones gráficas de toda la guerra; y si añadimos que a cuantos hombres trató los interrogaba empecinadamente sobre leyes, costumbres, tribunales, educación, historia, geografía, etc., como se ve por los asientos que va dejando en su diario, no resulta imposible que tal acopio de datos bajo la fuerza de una inteligencia perspicaz y vívida, como era indudablemente la del venezolano, diera aquel resultado que sorprende a su biógrafo. Por otra parte, también éste trae otra opinión —de Williams Duer en carta al Secretario de la Tesorería en Londres—

---

1. Adams, Works, tomo X, pág. 138. Citado por Robertson, *op. cit.*, pág. 56.

que coincide en forma impresionante con la de Adams. Al presentarle a Miranda, le dice: "...me agradecerá Ud. cuando tengamos el placer de vernos, por haberle proporcionado una relación tan valiosa, que estará en condiciones de dar a Ud., no sólo una descripción muy exacta del país inexplorado en que nació, sino datos mucho más justos de los recursos, los talentos y el estado de la política en los Estados Unidos, que los que podría Ud. obtener de la mayoría de sus nativos".

La carta del General Knox para Miranda, que hemos citado antes, se relacionaba con el propósito de emancipar las colonias españolas, lo cual en las conversaciones entre ambos había llegado a ser un proyecto objeto de discusión pormenorizada. 5.000 hombres reclutados en la Nueva Inglaterra para servir durante 5 años, las armas y municiones que la empresa requeriría, los gastos y muchos pormenores de la ejecución, se consideraban en un documento que quedó en el Archivo de Miranda.

Pero es evidente que este plan no era de ejecución inmediata, pues el mismo mes en que fue escrito —noviembre de 1784— Miranda terminaba sus preparativos para embarcar rumbo a Inglaterra, y dejó a Knox un código secreto para sus futuras comunicaciones.

Hamilton conocía también el proyecto y es muy posible que fuera él quien impusiera la necesidad de obtener el apoyo de Inglaterra. De todos modos éste debía ser el objeto inmediato del viaje de Miranda, aparte de establecer relaciones con los posibles descontentos que existieran dentro de las colonias suramericanas.

¿Existían realmente esos descontentos en número apreciable? ¿Serían hombres capaces de pasar del descontento pasivo a la acción efectiva? ¿Cómo reaccionaría el clero? ¿Cómo reaccionarían las clases privilegiadas? Esas interrogaciones, y muchas otras que debían desvelar a Miranda se complicaban al considerar la dispersión de los habitantes en la enorme extensión del continente suramericano. Meses tardaban las comunicaciones entre ciudades al parecer tan cercanas como Caracas y Bogotá. Si no se podía hacer una larga preparación para lograr que simultáneamente se pronunciaran varias ciudades de las más importantes, las que se lanzaran aisladamente caerían en breve tiempo ante las fuerzas veteranas de la Metrópoli. Acaso se necesitara un Precursor que sacrificara su vida en esa siembra sobre todo un continente. Un Deucalión, por los hombres que debía hacer surgir de la tierra. Un Moisés, que aceptara ver solamente desde lejos la Tierra Prometida. Así como a Jesús lo tentó el demonio, a Moisés lo retó y tentó el propio Dios: porque hacerle saber que no entraría en la Tierra Prometida y pedirle, sin embargo, que siguiera guiando el pueblo hacia ella, era una manera de probar sus fuerzas, un reto y una tentación. Pero ¿acaso el secreto de la grandeza no es siempre ése: algo que para llenar toda nuestra vida debe quedar, por eso mismo, inconcluso?

No bastaba tampoco que la Revolución triunfara como empresa militar. Sería preciso organizarla después. Entre destruir a los tiranos y fundar la libertad hay un largo trecho. Afanosamente lo había seguido muchas veces Miranda en sus libros de historia, en busca de una respuesta para lo que pudiera suceder en su América, pero no encontraba, no encontraba una solución sin peligros. Quizá la hallara en Europa, donde un grupo de espíritus selectos dirigían hacia los problemas sociales y políticos todos los recursos de la filosofía, de la crítica histórica, de la naciente pedagogía.

En su carta a Cagigal señalaba como objetivo de sus viajes estudiar "las sociedades más sabias y virtuosas", a la vez que cumplir la obra magna de formarse a sí mismo. Al final de su carrera, en su testamento dice que sus papeles "contienen mis viajes e investigaciones en la América, Europa, Asia y Africa, con objeto de buscar la mejor forma y plan de Gobierno para el establecimiento de una sabia y juiciosa libertad civil en las Colonias Hispano Americanas". En realidad son tres puntos de vista sobre una misma imagen, muy siglo XVIII.

Nos cuenta el propio Miranda que en su viaje por Norteamérica, en un relevo del camino encontró una linda muchacha que leía la *Histoire Ancienne* de Rollin, y comentando entre ambos aquel libro, la lectora le dijo al forastero que Franklin era superior a Aristides. La muchacha, el viajero, el lugar, el tema de la conversación y el paralelo final, pintan el espíritu de la época mejor que varios volúmenes. En ese ambiente se vivía —a veces hasta en las posadas de los caminos— durante ese alborear del romanticismo. Divinizaron la historia. Idealizaron demasiado a los hombres. Sería bellaco, sin embargo, sonreír. Muchas cualidades admirables nacieron entonces, y hasta en el siglo siguiente, de aquella exaltada credulidad.

XI

"QUE YO NO PUEDO ABANDONAR..."

Aunque en Norteamérica Miranda se había relacionado con hombres de primer rango y, en cierto sentido, había echado las bases de sus ambiciosos proyectos, cuando salió para Europa en diciembre de 1784 no imaginaba sin duda que en los próximos diez años su fortuna se elevaría tanto que él mismo llegaría a ser una de esas figuras de proscenio. Ni menos podía pensar que esto ocurriría, no en América, hacia la cual constantemente volvía sus miradas, sino en la propia Europa, y en la nación —Francia— que, por el momento, era la más extraña a sus planes y preferencias sentimentales.

Según su costumbre, durante el viaje empleó las horas a bordo en leer obras de historia y de filosofía, y apenas hubo llegado a Londres envió al general Knox una gramática y un diccionario. Poco después escribe a su cuñado Arrieta: "La Filosofía, el Gobierno, las Academias de Ciencias, Asambleas Parlamentarias y Sociedad de Sabios y hombres de Estado dividen todo mi tiempo por la presente; y contribuyen en algún modo a mitigar el peso de la dura adversidad".

Esta adversidad de que se queja se debía en gran parte a las persecuciones que ya desataban contra él los agentes del Gobierno español. Aunque Miranda visitó la Legación de España en Londres, y el ministro Bernardo Del Campo le retribuyó la visita, el venezolano advirtió muy pronto que lo espiaban. Como hombre de "mucho talento, gran discernimiento y una inteligencia más que ordinaria", fanático por la libertad y capaz de colaborar en "cualquier proyecto audaz" contra el imperio español, así lo pintaban Del Campo y sus espías ante la Corte de Madrid. Agregaban que sería conveniente robar los documentos que poseía o quemárselos. A más no se atrevían, por respeto a las leyes inglesas y por las valiosas relaciones que ya Miranda comenzaba a hacer. El mismo Del Campo informaba que algunos lores y varios oficiales ingleses eran amigos del hispanoamericano; y a fines del año el *Political Herald and Review* describía así al que comenzaba a ser inquietante representativo de un continente hasta entonces desconocido: "En Londres, nos aseguran, se encuentra en este momento un hispanoamericano de gran importancia e investido de la confianza de sus conciudadanos, que aspira a la gloria de ser el libertador de su país. Es un hombre de ideas sublimes y penetrante comprensión, diestro en las lenguas antiguas y modernas, entendido en libros y conocedor del mundo. Ha dedicado muchos años al estudio de

la política general; origen, progreso y terminación de las distintas clases de gobiernos; circunstancias que agrupan y mantienen a las multitudes humanas en las sociedades políticas; y causas por las cuales estas sociedades son disueltas y absorbidas por otras. Este caballero, después de visitar todas las provincias de Norte América, vino a Inglaterra, que considera como la madre patria de la libertad y la escuela de la ciencia política. Como amigos de la libertad, evitamos dar mayores precisiones acerca de esta distinguida personalidad"[1].

Dos amigos, además, adquirió Miranda, que serían los más fieles entre todos, y los que lo ayudarían durante largos años con mayor abnegación y eficacia. Uno fue un comerciante inglés llamado John Turnbull, que estando de visita en Cádiz en 1777 con unos amigos, recibió algunas atenciones del entonces capitán Miranda, las cuales retribuyó poco después con unos libros y algunos papeles de música. El otro fue el coronel William S. Smith, yerno y secretario de John Adams. Ya hemos visto el apasionado retrato de Miranda que dejó escrito Adams. Este era, entonces, Ministro de su país en Londres, y en 1797 sucedería a Washington en la Presidencia de la República. En cuanto a su yerno Smith, había conocido al venezolano en New York y debía guardar de él imponente recuerdo, puesto que, a pesar de su alta posición, se apresuró a dejar tarjeta en el alojamiento del viajero en Londres, expresando su intención de "presentar sus respetos al Coronel de Miranda como amigo de los derechos del hombre y de la Bienaventuranza de la Sociedad".

Ya veremos la calidad extraordinaria que adquirió después esta amistad. Por lo pronto, seguro es que Miranda la encontró muy grata, pues invitó a Smith a acompañarlo durante un viaje al Continente que proyectaba. Así fue como, previo el permiso de Adams a su secretario, aquellos dos extraños caballeros del ideal dejaron a Inglaterra, rumbo a Holanda, en agosto de 1785.

Muy poco había adelantado el proyecto emancipador de Miranda. En unas notas escritas siete años más tarde, él mismo nos explica: "Pasé —dice— con este objeto a Inglaterra en el principio de 1785; mas los embarazos y disgustos en que la nación se hallaba con motivo de la pérdida de sus Colonias y de los gastos excesivos de la pasada guerra, no daban campo a presentar en el momento asuntos de esta magnitud, y así resolví ocupar el tiempo que era necesario aguardar en examinar atentamente los diversos gobiernos y sistemas políticos de la Europa".

El Gobierno español, por el contrario, activó su persecución. Aunque el ministro Del Campo aparentaba buenas relaciones con Miranda y llegó hasta darle una carta de presentación para su colega en Prusia, anuló ésta por medio de un mensaje secreto y directo. Al mismo tiempo se

1. Robertson, *op. cit.*, edición Anaconda, pág. 62.

trataba de obtener de los Borbones de Francia que hicieran detener al criollo si pasaba por este reino. En lo sucesivo Miranda estaría siempre rodeado de asechanzas, y a punto de desaparecer en una de aquellas prisiones de Estado donde los paternales gobiernos de entonces olvidaban para siempre a sus hijos díscolos.

Casi cuatro años, hasta junio de 1789, duró el viaje que Miranda emprendió en agosto de 1785; y, en el orden del itinerario que fue anotando en su diario, abarcó Holanda, Prusia, Sajonia, Austria, Hungría, Venecia, Bolonia, Florencia, Pisa, Roma, el Sur de Italia, Grecia, Egipto, Turquía, Rusia, Suecia, Noruega, Dinamarca, otra vez Holanda, varias ciudades alemanas, Suiza y Francia. A caballo, en diligencia, a veces en un barco que la tempestad zarandeaba mientras él, imperturbable, leía; en las carrozas que compartían con él los personajes con quienes intimaba; y hasta en carruaje propio, porque un príncipe ruso le regaló el suyo, irá el robusto criollo dando tumbos por los mal cuidados caminos de Europa, navegando por el Mar Negro o ascendiendo gozosamente una cuesta de la Hélade, desde la cual contempla simultáneamente con su anteojo el Helicón y el Parnaso, el mar de Lepanto y las islas de Salamina, las colinas de Atenas [1]. Muy pocos viajeros habían logrado algo parecido. Chateaubriand hizo, varios años después, el itinerario de París a Jerusalén y le dedicó un libro.

Miranda tenía que cuidar del complicado guardarropa de un gentilhombre de entonces: trajes de etiqueta, abrigos, medias de seda, pelucas, zapatillas, botas de montar, espadín, pistolas. No quería olvidar la flauta, que llevaba consigo desde que era capitán de España, y que en sus horas atormentadas lo sosegaba; ni el Virgilio, su compañero en el campo y en las horas de recogimiento. Partituras musicales, recuerdos de mujeres y algún croquis hecho por él mismo de una fortificación o de un monumento, se mezclaban en su equipaje con papeles que era preciso vigilar celosamente: su diario, los documentos que copiaba en relación con su empresa emancipadora —una lista de los jesuitas expulsados de América, apuntes militares aprovechables, alguna relación fidedigna de las sublevaciones de Tupac Amaru y acerca de los Comuneros de Nueva Granada— y la correspondencia que recibía o debía enviar, para mantener al día la carta de navegar en que se iba convirtiendo el océano de su vida.

En cuanto a los libros que no eran, como el Virgilio, de cabecera, acostumbraba adquirirlos a su paso por cada ciudad, literalmente los devoraba, según los apuntes que va haciendo, y los remitía inmediatamente a Londres. Su biblioteca llegó a tener 6.000 volúmenes. ¿Cuántos de ellos los leyó durante este viaje?

---

1. Así nos lo cuenta en su *Diario*, tomo II, pág. 119, de la edición oficial ya mencionada.

Es muy sugerente inquirir aquí y allá, entre sus comentarios, lo que más le interesaba en aquella época de su vida.

A primera vista apenas advertimos preferencias. En Suiza, lee simultáneamente sobre teología y sobre artes, a Calvino y a Mengs. En Génova el mal tiempo lo detiene en la posada y lee a Winckelmann, el Discurso de Beccaria sobre el comercio, una historia de la ciudad, una "sátira ingeniosísima y jocosa" contra los frailes, un estudio sobre hospitales y la obra de Howard. Sobre ésta anota que ha sido "traducida en francés y desfigurada", lo cual indica que ya la había leído y que de memoria comparaba los dos textos. En Suiza lo encontramos leyendo de nuevo a Winckelmann, unas *Cartas sobre Dinamarca*; la *Ciencia de la Legislación* de Filangieri, y una obra de Choisseul sobre Grecia; pero, naturalmente, Rousseau y Voltaire lo ocupan especialmente. Ya hemos visto que habiendo entrado en una librería a comprar la *Nueva Eloísa,* en el propio establecimiento se quedó absorto en su lectura; con respecto a Voltaire, es sorprendente que le reproche "un poco de declamación".

Aquí es oportuno un aparte que no carece de interés. Rousseau y Voltaire son dos autores tan definidos que casi se puede inferir el carácter de un hombre culto de aquella época por la preferencia que diera a uno u otro de ellos. Ahora bien, siempre se ha dicho que Bolívar fue un rousseauniano; y estaríamos inclinados a pensar que Miranda debía ser, de acuerdo con su índole, al parecer más analítica que sentimental, un volteriano. Pero la verdad parece ser —según las escasas referencias auténticas que poseemos y excluyendo las leyendas que se repiten por rutina— que Miranda prefirió a Rousseau y Bolívar a Voltaire.

Bien está que la realidad se burle así de nuestras presuntuosas simplificaciones. Acaso en Miranda, estatua de bronce, había más pasión que cálculo; hasta en esa misma actitud estatuaria que derivaba de su apasionado culto por la antigüedad. Acaso en Bolívar, el hombre de los arrebatos irresistibles, llegó a predominar el espíritu reflexivo y crítico, por lo menos cuando se replegaba a solas consigo mismo, y por reacción contra aquellos impulsos de su temperamento que desde niño aprendió a vigilar.

Hemos pensado también en esto, porque quizá fuimos demasiado esquemáticos al decir que para Miranda el arte era sobre todo conocimiento; instrucción y no deleite. No faltan en su archivo pruebas de profundo sentimiento artístico. Por el teatro y los conciertos sentía tal pasión que a veces, sin tiempo para cambiar el traje después de un viaje, corría a la sala de espectáculos en botas de montar, lo cual debía ser una extravagancia imperdonable, puesto que nuestro viajero lo anota sin disculpárselo él mismo. Numerosas obras de música poseía en su biblioteca y, aparte la habilidad que poseyera como ejecutante en la flauta, sus conocimientos debían ser bastante seguros, pues en Hungría dialogó largamente con Haydn sobre el mérito de Boccherini y otros temas musicales. Entre los

pintores. Rafael lo fascina hasta el punto de anotar en Milán que una copia del cuadro "San Juan, La Virgen y el Niño" supera a un original de Leonardo que está al frente, y de seguidas agrega: "Después a la Ambrosiana, a darme un hartazgo del diseño de Rafael, que creo es la mejor composición pictórica que existe".

Con la misma pasión disfruta de la belleza en las estatuas y monumentos: cuando lord Elgin trasladó a Londres los mármoles del Partenón, Miranda, aunque ya los había visto en Atenas, corrió a admirarlos de nuevo. "Cuando no tiene cita con Vansittart ni con ningún otro personaje —narra Picón Salas— pasa tardes enteras en el Museo Británico; admira los frisos y las metopas, la divina proporción de los torsos, el ritmo de los grandes grupos escultóricos, y con afán de coleccionista guarda entre sus papeles croquis a lápiz y descripciones impresas de todo lo que ha visto y curioseado".

De la literatura gozaba con el refinamiento de un sibarita intelectual. Sabemos cómo se tomaba el cuidado de comparar el paisaje suizo con "la bella y exacta descripción" hecha por Rousseau, que acababa de releer. Asimismo, en Rihnflden se regocija "con la rural idea de coger ciruelas del árbol que daba sobre las ventanas y comerlas leyendo las Geórgicas de Virgilio".

Rafael, Virgilio y la flauta, extrañas compañías espirituales para aquel titán criollo, empeñado en sacudir los pilares del imperio español. Porque este objetivo capital de su vida no lo olvida jamás, desde luego. Numerosas obras de instrucción militar aparecen entre sus anotaciones; estudia donde quiera que va la organización de las tropas, los desfiles y maniobras; se hace dar explicaciones pormenorizadas; y por sí mismo observa campos de batalla, arsenales y fortificaciones. Y por cierto que en este contacto directo con la realidad muestra la misma audacia de juicio con que juzgaba a los hombres, porque así como en algunas iglesias de Roma, sin excluir San Pedro, lamenta el exceso de accesorios y adornos, en la inspección de fortalezas llega a criticar al propio Vauban.

Pero los libros que lee con más frecuencia son, naturalmente, los de filosofía, historia, leyes, origen y desarrollo de las revoluciones, organización de las sociedades y de la administración pública. Altar aparte ocupa en su mente "el inmortal Montesquieu". Así lo llama cuando asienta en su diario la visita que hizo a La Brède; y añade, todavía emocionado: "Yo me asomaba por las ventanas para observar los objetos que tenía presentes su imaginación, por si en ellos podía descubrir algo de aquella *energía* y *vigor* que animan sus escritos... no me hartaba de considerar el sitio en que la *más brillante* obra del espíritu humano se había producido".

Sin embargo ni aun ante Montesquieu, Miranda renunciaba a juzgar por sí mismo. A propósito de un incidente de la política francesa, comenta

Parra-Pérez: "Adviértase que Miranda, enamorado de Montesquieu y de su separación de poderes, no vacila en compartir la opinión de aquellos, muy numerosos, que después de haber aplaudido la rebelión de los parlamentos, comenzaban a considerarlos impertinentes. El coronel seguía aquí sus autores favoritos, sobre todo Voltaire, Helvetius y Marmontel, que no eran particularmente tiernos con respecto a aquellos cuerpos formados por tipos artificiosos y enredadores, inclinados a la usurpación" [1].

Desde muy joven Miranda había considerado a Montesquieu y a Beccaria como modelos de "solidez", pero más feliz con el segundo que con el primero, pudo conocerlo en persona. Fue en Milán: Beccaria le recibió con "sumo agrado", anota Miranda; le preguntó por Franklin; hablaron de la Inquisición, que también había funcionado en Milán; del terror que a ella había tenido Beccaria; del que ahora sentía ante el Gobierno, por lo cual "tenía otras cosas escritas, mas no se atrevía a publicarlas"; de que había rechazado también una invitación de la Emperatriz de Rusia "por el temor del despotismo y Siberia, de que tanto le habían hablado". Y, por contraste sin duda, el sabio italiano "estaba tan contento hablando de la América".

Poco después visitó también a Gibbon: "¡Homero estaba sobre su mesa!", apunta; y lo llama "el Tácito de estos tiempos". Pero a pesar de esta demostración de respeto, el diálogo fue bastante desenvuelto: tuvieron un "gran debate", porque Gibbon afirmó que Inglaterra nada había perdido con la Independencia de América; analizaron varias obras de historia, aunque una de ellas Miranda no la conocía sino por referencias, y largamente pasaron revista a personajes y acontecimientos políticos de América y Europa. Naturalmente, la falta de libertad en ésta tenía que aparecer: Gibbon le contó a Miranda "que un noble inglés a quien habían embargado sus libros en Viena en tiempos de María Teresa, había pedido por favor al Ministro Kaunitz que se los devolviera, y que le había respondido que su poder se extendía bastante en el gobierno, mas que en asunto a *libros prohibidos* ni aun osaría hablar a la soberana".

Miranda era un tipo tan intelectualizado que hasta su conflicto con España va a consultarlo en los libros, como una cuestión de principios y de justicia. En su *Diario* encontramos este asiento tan revelador desde el punto de vista psicológico: "Leyendo el *Derecho de Gentes* de Vattel, por si yo puedo equivocarme en cuanto a mi conducta, que siempre he querido vaya reglada con el *derecho natural* que es la *justicia* y la *razón* mismas... no sé a la verdad qué motivo o razón tenga la España para pretender injuriarme en los términos que lo hace... ni en qué le haya podido faltar... mas esto es querer buscar lo imposible... Con gusto y consuelo sin embargo he visto mis derechos defendidos...". Quería decir,

1. Traduzco de la obra *Miranda et Madame de Custine*, ya citada.

sin duda, que la independencia era un derecho de los americanos, y que como tal no podía ser falta ni ofensa contra España.

Pero a diferencia de muchos de sus contemporáneos, a Miranda no le interesa solamente el problema político y la modificación formal del Estado. En sus primeros reproches al régimen español, cuando en la Metrópoli era aún Capitán en servicio, se advierte que la Administración pública le interesa más; y aquellas primeras expresiones que deja en su diario —"desdichado reino", "infeliz provincia"—, se refieren siempre a deficiencias de esa índole: en la industria y en la agricultura; en las ciudades y caminos, por la negligencia o la corrupcción de los funcionarios. Más tarde comienza a meditar también sobre la organización social, tiene ocasión de comparar el nuevo régimen que aparece en Norteamérica con el tipo de jerarquización dentro del cual había vivido. "Sociedades sabias y virtuosas", "magistrados prudentes y honrados", "ciudadanos ilustrados y probos" —matrimonios de palabras que eran entonces indisolubles— forman las imágenes que van a unirse a sus reflexiones sobre la realidad. Tal es la mezcla de buen sentido y de idealismo en que se forma su espíritu y que lo guía en busca de enseñanzas para su América; mucho de Franklin y mucho de Rousseau, recíprocamente atemperados; pero también, sin que lo supiera él mismo, mucho del tradicional anhelo que los españoles llamaban "buen gobierno".

De esa preocupación práctica por el bienestar colectivo provienen sus abundantes apuntes sobre aseo de las ciudades, educación popular, explotación de minas, sistemas empleados en la agricultura, organización de cárceles y asilos, protección a la niñez desvalida o delincuente. En las márgenes del Ródano pasa de unos estudios sobre arqueología a informarse con unos labriegos sobre el cultivo de la vid y la fabricación del vino; cuando encuentra niños y adultos mezclados en los correccionales se lamenta con acentos que parecen de don Simón Rodríguez: "Dios sabe cuántos de estos inocentes perderán su salud para siempre", anota al visitar una "Casa de Trabajo" donde los niños baten la lana y absorben sin protección el polvo que se produce; las leyes penales anticuadas y el defectuoso funcionamiento de las penitenciarías lo acongojan; se regocija donde encuentra bibliotecas que faciliten la lectura al público; cuando en el Sur de Francia advierte la ignorancia del pueblo, la considera una prueba de envilecimiento.

Aunque Miranda llega en estos viaajes a intimar con la Emperatriz Catalina, a sentarse en la mesa al lado del Rey de Polonia, a cierta familiaridad con el Príncipe de Hesse, que le hizo un halagüeño horóscopo y en carta posterior lo titula "mi querido conde", aunque personajes como Potemkin y Eszterhazy el Magnífico lo agasajan, parece menos apegado que antes a su condición de hidalgo, pues observamos que, con gran despreocupación, en Pistoya, anota: "Dije que era mercante

(que es lo mismo que decir plebeyo) y así me jeringaron los guardas cerca de una hora", y poco después, en Lucca, "habiendo dicho que era noble, luego se me franqueó la puerta sin incomodarme".

El episodio más sonado en este viaje de Miranda por el continente fue la acogida que obtuvo en Rusia. Tales demostraciones de aprecio recibió de la Emperatriz Catalina que dieron lugar a la leyenda de que el venezolano había sido su amante. Nos parece, sin embargo, una de tantas invenciones cursis, análogas a las que se empeñan en presentarnos a Bolívar jugando a la pelota con el futuro Fernando VII, como si la amistad con este paleto coronado pudiera ser una honra; o como primo de la Condesa Fanny y desconcertante contertulio en los dorados —pero con oro no muy limpio— salones del Directorio.

Desde luego, tanto Miranda como Catalina poseían una voracidad sexual que lindaba con lo morboso. No tiene, pues, ninguna importancia averiguar si el apuesto extranjero subió, o no, al lecho de la Emperatriz. Pero a pesar de que ésta le había hecho saber que "lo amaba como una madre", expresión que Rousseau y madame Warren habían hecho sospechosa; y aunque en una ocasión le ofreció públicamente de sus propias manos una naranja —familiaridad excesiva y que bien podía ser un símbolo, tropicalizado para halagar al criollo— nos inclinamos a creer que sus relaciones fueron puramente intelectuales. No olvidemos que ambos coleccionaban celebridades; Catalina se había hecho una especie de corte intelectual con todos los hombres notables de Europa, y Miranda siempre andaba a la caza de algún ejemplar de excepción para colocarlo al lado de sus arquetipos clásicos.

Otros hechos nos obligan también a rechazar aquella suposición. Uno, es que las relaciones íntimas entre Catalina y Miranda terminaron por iniciativa de éste, que manifestó su decisión de seguir viaje y obtuvo en ese momento de su real protectora las más categóricas y decisivas demostraciones de amistad: autorización para usar el uniforme de Coronel de los ejércitos imperiales, una gruesa suma de dinero, y cartas de recomendación para que los representantes del Imperio en el extranjero acogieran a Miranda, lo amparasen y le ofrecieran sus propias casas por asilo, si era necesario, "*lui offrir le cas échéant sa maison même pour azile*". Si Catalina y Miranda hubiesen sido amantes, muy difícil habría sido que aquella Dido setentrional se conformara con que su Eneas la abandonara a los siete meses de haberla conocido. Ni como mujer, ni como emperatriz, podía considerar tolerable que él tomara la iniciativa y todo el mundo lo supiera.

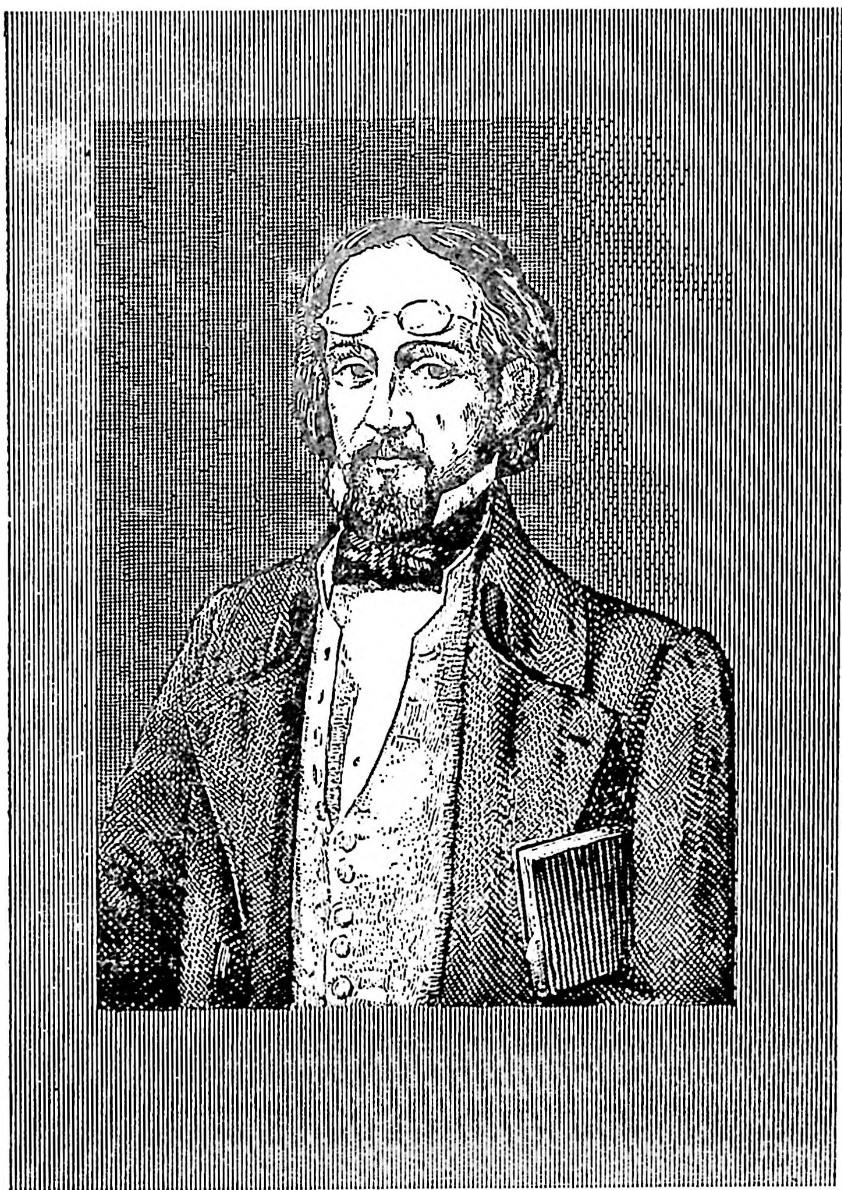
Considérese también que antes de haber sido presentado a la Emperatriz, Miranda recibió del Príncipe Potemkin un tratamiento excepcional durante más de un mes, pues lo llevó en su propio carruaje a visitar sus dominios y la península de Crimea recién conquistada, lo introdujo en

la Corte, etc. Si la fascinación personal de Miranda, su talento y sus conocimientos le granjearon en esa forma el acceso al favor del Príncipe, ¿por qué no suponer que fueron también la causa de que Catalina lo distinguiera apasionadamente? Bien sabido es que esta soberana se enorgullecía de mantener correspondencia con todos sus contemporáneos de algún genio, o ingenio, y que solamente con Lavater sus cartas llegaron a ser tan numerosas que, como hemos dicho, fueron publicadas en dos volúmenes. Es muy natural, pues, que deseara asociarse en cierto sentido a la suerte de aquel representante extraordinario de un continente que comenzaba a ser conocido en Europa, y que el propio viajero se proponía emancipar. Miranda podía hablarle de la tierra de los Incas y, a la vez, pintarle como eran Washington y Adams; contarle de las tierras tropicales americanas, tanto como de sus campañas contra los moros en el Norte de Africa; recitarle a Homero y compararlo con lo que acababa de ver en Grecia; evocar el Senado romano o juzgar sobre el Parlamento inglés. ¿No es suficiente para que lo encontrara fascinante aquella princesa, cuya curiosidad intelectual no puede negarse?

El doctor Guthrie, eminente cirujano inglés al servicio de la Emperatriz, nos dejó también testimonio de esa impresión que Miranda producía; y ratifica, asimismo, que fue por su propia voluntad que dejó Rusia. En carta a un colega suyo de Edimburgo comienza por decirle que Miranda "es difícil descubrir en qué rama de la cultura antigua o moderna es deficiente"; y agrega: "Contesta al historiador, al filósofo o al naturalista todas las preguntas que pueden arrojar luz sobre sus respectivas investigaciones... Nuestra Gran Señora ha estado bromeando con él acerca de las llamas de la Inquisición y aun le ha invitado a quedarse en Rusia, honor que rara vez se confiere a un oficial, por distinguido que sea... El Rey de Polonia tuvo también la idea de conocerle durante su último viaje, y le hizo proposiciones similares; en resumidas cuentas, parece que todos los amantes y protectores de las letras se interesan por el primer sudamericano completamente ilustrado que ha llegado a Europa".

Los Borbones de España, que eran negligentes para todo menos para perseguir, no habían cejado, sin embargo, en su propósito de atrapar a Miranda; y por sus relaciones y alianzas con las otras Cortes europeas es casi milagroso que no lo lograran. Ahora tenían razón para desearlo más que nunca, pues según informaba el Conde de Cobentzel a Viena, Miranda vivía en íntimo contacto con los diplomáticos extranjeros y con la Corte rusa. "Es un hombre —agregaba— de temperamento altanero y vastos conocimientos que habla muy libremente de todo, pero denuncia particularmente a la Inquisición, al gobierno de España, al Rey y al Príncipe de Asturias. Hace muchas alusiones ofensivas a la ignorancia española".

Catalina cortó las impertinentes gestiones del representante español, respondiéndole que el aprecio que hacía de Miranda era por sus condiciones



Simón Rodríguez



Andrés Bello
Oleo conservado en la Biblioteca
Nacional, Caracas.
*[Cortesía del Centro Audiovisual
del Ministerio de Educación]*

personales, que directamente había podido juzgar, y no por el rango que hubiera tenido en España; y que si el Coronel representaba un peligro para el imperio español, "en ninguna parte podía estar mejor que en Rusia, pues era estar a la mayor distancia".

Miranda reiteró su despedida a Catalina manifestándole que "nada que no fuera el propósito grande e interesante que le ocupaba en ese momento" podía privarle del placer de pagar con sus servicios la benevolencia de la Emperatriz; y parece que era muy sincero al expresar estos sentimientos, pues siempre se manifestó después apasionado defensor de Rusia y de aquella Princesa. Bien es verdad que la protección de Catalina no cesó con la partida del interesante peregrino. Hasta aquel extremo de alojarse Miranda en la casa del propio representante diplomático ruso llegó a cumplirse; y esta persistencia del favor imperial nos demuestra, a su vez, que no se debió a frívola curiosidad, ni llegó a ser amor; en el primer caso hubiera desaparecido al alejarse Miranda; en el segundo, se habría convertido en despecho o desdén.

Como hemos dicho al señalar el itinerario de Miranda, su vuelta por el continente terminó con una visita a Francia. Era temerario acercarse de esa manera a Madrid; en varias ocasiones le habían advertido que agentes españoles le tendían asechanzas; casi siempre los diplomáticos franceses colaboraron con los españoles en su persecución; y tanto desconfiaba él de unos y otros, que al propio Lafayette —que encontró en Prusia— y al Conde de Segur, en Rusia, los trató con ofensiva reserva. "Tuve visita del Conde de Segur en un cuarto solos esta mañana y me parece hombre de juicio, me manifiesta amistad mucha y yo no creo nada...". Así lo asentó en su *Diario* [1]. Segur, por su parte, calificó a Miranda como "hombre culto, ingenioso, intrigante y audaz", pero retribuye con chismes y pequeñas calumnias la animadversión que el venezolano le había demostrado.

Miranda, sin embargo, apartó toda prudencia por su deseo de visitar a Francia, y bajo el nombre de Meiroff y con pasaporte ruso, entró en los dominios de los Borbones franceses. Con bastante detenimiento recorrió todo el Sur de Francia; siguió a Burdeos, subió por la costa oeste hasta El Havre y, finalmente, entró en París.

Era el año 1789 y, a pesar de ello, Miranda parece no advertir la Revolución que comienza. Verdad es que a la mayoría de los franceses les pasaba lo mismo, sin excluir a los que debieran considerarse mejor informados o más capacitados para juzgar. Así, cuando el venezolano visitó en Marsella al Abate Raynal, que había obtenido celebridad mundial por sus ideas revolucionarias, el vehemente renegado no creía madura a Francia para la Revolución, y sólo veía en la efervescencia reinante una "moda" más, que pronto sería olvidada: "Yo he visto en París —le decía a Miranda—

1. Tomo II, pág. 264 de la edición oficial ya citada.

cuando la moda de la *Agricultura* se puso en voga, que los tocadores de las damas estaban cubiertos de libros de ella, y de arados, de modo que hubiérase creído que toda la nación iba a hacerse agricultora... y en seis meses que cambió la moda, todo desapareció como si nada hubiese estado; otra temporada se dio en tratar de la *educación*, de modo que el *Emilio* de Rousseau, y cuanto tratara de ella, se encontraban por todas partes; cambió la moda, y así desaparecieron éstos como los antecedentes" [1]. No sabía Raynal cuando así hablaba, que su propia celebridad, producto de esa moda tornadiza, desaparecería muy pronto; y que, por el contrario, aquellos sucesos a los cuales menospreciaba, engendrarían otros de tal importancia que él mismo, Raynal, se acobardaría ante ellos.

Ya en París, Miranda debió seguir sin embargo con extraordinario interés la instalación de los Estados Generales y los acontecimientos decisivos que se produjeron inmediatamente; pero la vigilancia policial que se ejercía contra él, le aconsejaron sin duda abstenerse de comentar por escrito lo que pensaba. Esta es la opinión de Parra-Pérez, y en apoyo de ella advierte que Miranda, una vez seguro en Londres, rompe ese silencio y escribe a Potemkin que la Francia tiene un gobierno "detestable" y que cualquier cosa que resulte de la anarquía actual será mejor que lo anterior.

En junio de 1789 Miranda se instaló en la capital inglesa; pronto reanudó su correspondencia con los amigos que había dejado en Norteamérica, y trató de establecer relaciones con los hispanoamericanos que pudieran interesarse en sus proyectos. Como siempre, logra rápidos y seguros progresos en el ánimo de los hombres importantes que va conociendo: el general Melville, que empleaba sus ocios de militar retirado en escribir, lo invita con frecuencia a su mesa y le consulta sobre historia y geografía; sir Frederick Haldimand, ex gobernador británico en la América del Norte, declara que encuentra cada día más interesante a Miranda y lo agasaja en su casa; el doctor Marshall, médico, le escribe: "Con placer me encontré con Ud. en la ciudad, y le dejé con pesar. Considérole ahora como un moderno Puffendorf: la historia de Europa tiene en Ud. un perfecto maestro"; Turnbull se mostró de nuevo dispuesto a servirle con sus influencias y su dinero. Lo prensentó, en efecto, a otro ex gobernador inglés, Thomas Pownall, que después de largas y minuciosas conferencias con el conspirador hispanoamericano, puso gran interés en sus proyectos, y lo relacionó con el Primer Ministro William Pitt.

Encontramos así a Miranda, a los pocos meses de haber entrado en Inglaterra, el 14 de febrero de 1790, en entrevista con Pitt. Como siempre, se mueve con desenvoltura; y como si no se encontrara frente al formidable Ministro que era quizá, en esos momentos, el hombre más poderoso del mundo, observa los libros de su biblioteca para juzgar sobre la formación

1. Miranda, Archivo, edición oficial, tomo IV, pág. 187.

intelectual de su interlocutor. Tito Livio y Eurípides, que encuentra entre los otros autores favoritos de Pitt, debieron satisfacerle.

Miranda presentó a Pitt un vasto plan de emancipación para la América del Sur, basado en la idea de que ésta, por su riqueza y población tenía derecho a la independencia y podría obtenerla por sí misma, pero que necesitaba de la ayuda inglesa para contrarrestar el poderío naval de España y porque el aislamiento geográfico de los países suramericanos les impedía auxiliarse recíprocamente. El nuevo Estado, que siempre Miranda había llamado para sí mismo, en sus apuntes, COLOMBIA, abarcaría desde el Mississipi hasta el Cabo de Hornos, con excepción del Brasil; y debía organizarse, según los planes de su creador, en forma "mixta y similar a la de la Gran Bretaña", con un Emperador o Inca al frente del Poder Ejecutivo y dos Cámaras como Poder Legislativo, una de ellas elegida por sufragio popular. Como institución original, extraída por Miranda de sus lecturas, dos censores debían velar por la educación de la juventud y la moralidad de las costumbres, y un cuerpo de ediles tendría a su cargo las obras más importantes de la administración pública. Muchos otros pormenores se indicaban, naturalmente, tanto en lo relativo al porvenir de este nuevo mundo, como en relación con la población actual, estado de las exportaciones, el contrabando, las minas, etc. En definitiva, de 12 a 15.000 soldados de infantería y 15 navíos de línea consideraba Miranda suficientes como aporte británico a la empresa; y por su parte, la nueva nación, aseguraba, pagaría puntualmente aquellos servicios; concertaría con Inglaterra un plan de comercio "recíprocamente ventajoso"; un canal a través del Istmo de Panamá, facilitaría la navegación europea con el Pacífico y el extremo Oriente; y "considerando la analogía de carácter que existe entre las dos naciones y los resultados que naturalmente han de derivarse de la LIBERTAD y de un buen gobierno que dé instrucción a la masa general de los hombres... tenemos que esperar que pronto veremos crecer a una nación respetable e ilustre, digna de ser la íntima aliada de la potencia más sabia y célebre de la tierra".

Sí; muy hermoso. Sólo que Inglaterra no aspiraba a ver surgir naciones respetables e ilustres en ningún continente, ni a Pitt le interesaba libertad e instrucción para la masa general de los hombres. Había demasiada "igualdad" en aquel plan, y los ingleses estaban acostumbrados a obtener en sus aventuras, con menos riesgos, mayores provechos.

Si añadimos a esto que desde entonces Inglaterra comenzó una política de estimular o refrenar a Miranda, según se lo aconsejara el estado de sus relaciones con España, comprenderemos fácilmente que aquellas negociaciones estaban destinadas a fracasar. "He sido vendido por un tratado de comercio con España", exclamó Miranda cuando se dio cuenta al fin de que el inglés no prohijaría su proyecto.

Afortunadamente, si Miranda llegó a confiar en Pitt más de lo que debía

—lo cual alarmó al propio Pownall, y en ocasiones parece avergonzarlo por su compatriota— la doblez y el oportunismo con que se le trató lo hizo reaccionar violentamente, y esto salvó su dignidad y la rectitud de sus intenciones. En relación con España, declaró categóricamente: "Y espero que, como mis deseos son puramente *patrióticos* y mis miras ofrecer mis servicios a mi país, y promover los intereses y ventajas de la Gran Bretaña, en cuanto sea compatible, no me exigirán servicios contra España por ninguna otra causa. Este es un punto de delicadeza para mí, no obstante la autorización del derecho de la guerra y el ejemplo de hombres grandes y virtuosos en los tiempos antiguos y modernos". En esto jamás cedió en sus negociaciones con los políticos ingleses, y en su correspondencia con Castlereagh ratificó igualmente que se negaba a servir contra España "con cualquier otro propósito que no fuese la emancipación de Sudamérica".

Más adelante veremos otras manifestaciones de esa susceptibilidad nacionalista de Miranda. Volvamos ahora a 1792. Por desgracia, nuestro héroe tenía que tratar también con el Gobierno inglés su situación económica; pero en este caso, como en muchos otros, en el portentoso archivo que nos dejó encontramos un documento que corta cualquier equívoco. Es una carta en la que el noble Pownall le dice: "He estado en situaciones similares a aquella en que se encuentra Ud. mismo en el momento presente. Puedo por lo tanto, y lo hago, comprender todos sus sentimientos y coincidir perfectamente con su razonamiento sobre ellos. Siente Ud. bien y razona bien, cuando dice que no quiere aceptar en forma alguna ofrecimientos pecuniarios, si ello no está basado en un proyecto de contratar sus servicios. Empero, recuerde que tiene en vista un Gran Asunto y espero que nunca dejará de tenerlo presente... Así, con esas miras, por mucho que desprecie Ud. el dinero —y peor que desprecio, al extremo de ofenderse con la persona que lo ofrece— acéptelo antes que ponerse en cualquier situación que pueda incapacitarle para perseguir su objeto".

Exasperaba también a Miranda que los papeles que había confiado a Pitt —y lo cual fue motivo de la alarma de Pownall que hemos mencionado— no se los devolvían. Varias evasivas primero, y después la excusa desvergonzada de que algunos de ellos se habían extraviado, pusieron fuera de sí al venezolano. "Espero que todos ellos me serán devueltos sin que se guarden copias, traducciones ni nada", le reiteró al Ministerio inglés; y como si no fuera bastante clara la insinuación injuriosa de esa frase, le escribió personalmente a Pitt: "...quizá piensa Ud. que cuando yo salga de este país podrá emplear mis proyectos como quiera. No, Señor; nunca debería Ud. olvidar que todas las ideas involucradas en esos planes le fueron comunicadas expresamente con el fin de promover la libertad y felicidad del pueblo hispanoamericano y el bienestar y el honor de Inglaterra, como objetos enteramente compatibles uno con otro... ¡Señor! ¡Papeles transferidos personalmente al Primer Ministro de Gran Bretaña y considerados por él como de gran importancia nacional, perdidos!

Permítame abstenerme de hacer los comentarios provocados por estas peculiares circunstancias...".

Entretanto, infatigable, había concebido el propósito de pasar a Francia, que por los principios revolucionarios proclamados con alcance universal, debía encontrarse predispuesta a colaborar en su proyecto con respecto a la América del Sur. Con esas nuevas ideas en la mente, llegó a París en marzo de 1792, y tras algunas semanas que empleó en establecer relaciones con los dirigentes de la nueva situación, Roland, Ministro del Interior; Dumouriez, Ministro de Relaciones Exteriores; Petion, Alcalde de París; Brissot, uno de los políticos más influyentes en aquel momento —y durante las cuales tampoco descuidó las visitas que debían ser su diario alimento intelectual: a la biblioteca real, al taller del escultor Houdon, etc.—, el ascendiente que había adquirido entre sus nuevos amigos era tal, que el 11 de agosto escribió en su diario: "Mi amigo el Alcalde de París (Mr. Petion) viéndome decidido a partir para Inglaterra, donde yo tenía compromisos de la mayor importancia, me ha dicho que por qué no aceptaba servicio en Francia, por la causa de la libertad, que yo amaba tanto. etc.... que me darían un cargo ventajoso y que podría prestar servicios esenciales".

Para apreciar el alcance de estas proposiciones es preciso recordar que desde el día 9 de ese mes la sombra de poder que detentaba Luis XVI había desaparecido, porque habiendo sido invadidas las Tullerías por el populacho en la noche de ese día, la familia real buscó asilo en la Asamblea Nacional y ésta suspendió al Rey en sus funciones. A fines de setiembre, el primer decreto de la Convención declararía abolida la monarquía.

Miranda no se deslumbró, sin embargo, ante la magnífica oportunidad que se le ofrecía. Advirtió lealmente a los nuevos dirigentes de la política francesa su condición de extranjero, y después de nuevas entrevistas con Petion y el Ministro de la Guerra Servan, precisó en un documento dirigido a éste las tres condiciones mediante las cuales aceptaba: que se le diera grado y sueldo de Mariscal de Campo; que al terminar la guerra pasara a un cargo civil o militar que le permitiera vivir cómodamente en Francia; y que se le dejara en libertad de ocuparse principalmente en su propósito de emancipar las colonias hispanoamericanas. "Es preciso —puntualizaba— que su causa sea protegida eficazmente por Francia, por ser la de la Libertad. y que se me conceda permiso (en el momento en que se presente la ocasión) de ocuparme principalmente en su felicidad, estableciendo la Libertad e Independencia del país...".

En una comida con Servan y el Ministro de la Marina Monge, se dieron los últimos toques al acuerdo; y el 5 de setiembre de 1792 Miranda recibió sus *Lettres de Service* para incorporarse como Mariscal de Campo al Ejército del Norte que ahora comandaba el General Dumouriez.

Pero como si aun en aquellos momentos de triunfo Miranda necesitara renovar explícitamente los votos que había hecho desde su juventud, en carta al Conde Voronzow, repite: "Que yo me haya unido a los defensores de la libertad no debe extrañaros, puesto que sabéis que es mi divinidad favorita y que me consagré a su servicio mucho antes que la Francia hubiera pensado en ello. Pero lo que me ha decidido con más fuerza, es la esperanza de poder un día ser útil a mi pobre patria, que yo no puedo abandonar".

XII

¡UN QUIJOTE... SIN EXCLUIR LA LOCURA!

Una trayectoria meteórica realizó Miranda en su nuevo cargo. Como sería la de Dumouriez y, en general, la de todos los militares y políticos de ese momento en que el menor fracaso se pagaba con la deshonra y con la muerte. Miranda no sólo salvó la vida: el pueblo de París le ratificó clamorosamente, al final, los honores que se le habían reconocido por sus primeros triunfos. Fue de los más afortunados.

Apenas hubo llegado al frente de batalla, el venezolano tuvo su primer encuentro con el enemigo en un lugar llamado Morthomme, donde con los 2.000 hombres que comandaba derrotó a los prusianos tres veces superiores en número. En unas notas que guardaba para sí, el propio Miranda comenta: "Los diferentes cuerpos bajo mis órdenes regresaron en la noche al campo, satisfechos de haberse medido por la primera vez con los prusianos y haberlos batido en número inferior". Era, efectivamente, la primera victoria que obtenían los bisoños voluntarios de la República contra las tropas de línea invasoras, y por eso el efecto moral de este combate superaría en mucho a su importancia estratégica. Un año después, Miranda, acusado ante la Convención, hizo valer aquel triunfo, casi con las mismas palabras con que lo había anotado poco después de la acción: "Yo tuve el honor —reclamaba— de obtener la primera victoria de nuestras armas contra los prusianos, en los alrededores de Grand-Pré, el 12 de setiembre" [1].

Pero aquellos entusiastas reclutas del pueblo, tan generosos y valientes, podían también ser desorganizados fácilmente, y pocos días después en Wargemoulin estuvieron a punto de desbandarse porque se había hecho correr entre ellos el rumor de que sus generales los traicionaban. Miranda, espada en mano, se mezcló a la tropa, arengó a los soldados y detuvo el pánico. Las empenachadas palabras con que glorificó al día siguiente a los batallones que se agruparon a su alrededor para salvar al ejército, tienen todavía el calor del momento: "El General Miranda —les dijo— se cree obligado a declarar públicamente la calurosa aprobación que merecen, por

---

1. Sigo casi exclusivamente la interpretación del Dr. C. Parra Pérez, autoridad insuperable en la materia. Algunos autores franceses, especialmente Paul Adam, que glorificó extraordinariamente a Miranda, dieron más importancia al encuentro de Valmy, ocurrido dos días después del de Morthomme, y que no fue, según Parra Pérez, sino un duelo de artillería, en que los soldados no pasaron de simples espectadores. Ver Parra Pérez: *Miranda et la Revolution Française*, París, 1925, y *Miranda et Madame de Custine*, París, 1950.

su conducta en la jornada del 15 de setiembre, el batallón de tropas de línea 43º y el batallón de Guardias Nacionales 1º de Mayenne et Loire. Ellos merecerán igualmente el agradecimiento de todo el ejército, como han recibido ya el del General Comandante en Jefe y el de todos aquellos que, como él, son verdaderos amigos de la libertad y de la igualdad". Así comenzaba a formarse aquel ejército que durante muchos años tendría que luchar contra toda la Europa coaligada.

Petion estaba encantado con estos primeros aciertos de su amigo: "Miranda se ha portado —le escribe— como oficial de experiencia y excelente ciudadano, que sabe como merecer la confianza de los soldados que están bajo su mando". Y como un fino halago a las esperanzas más arraigadas en el suramericano, agregaba: "No se trata solamente de asegurar el triunfo de la libertad de Francia, sino de la libertad del mundo entero. Nunca lucharemos por una causa más grande o más noble". En cuanto a Dumouriez, es sorprendente el fervor con que recomienda a Miranda y lo halaga personalmente. "Su correspondencia con París —dice Parra-Pérez— está en esta época llena de elogios ditirámbicos para su subordinado, al cual atribuye, simplemente, verdadero genio". Y, directamente, en carta de Dumouriez a Miranda encontramos: "Su amistad, mi querido Miranda, es mi más preciosa recompensa... Su sublime filosofía es lo que nos une".

Servan, Monge y Brissot manifestaron también sentimientos análogos. Pero, paradójicamente, esa unanimidad en favor del venezolano, estuvo a punto de cortar su carrera y llevarlo al desastre, porque aquellos amigos concibieron el proyecto de nombrarlo Gobernador de Santo Domingo, para revolucionar desde esta isla a la América española. Monge y Brissot instan a Dumouriez a fin de que les ceda a Miranda para aquella empresa, y el segundo le escribe: "Es necesario promover esta revolución en España y en América al mismo tiempo. El destino del movimiento en la América española depende de un hombre: le conoce Ud., le estima, le ama: ¡es Miranda! Los Ministros han estado buscando recientemente a alguien para reemplazar a Desparbes en Santo Domingo. ¡Un rayo de luz me invadió! Dije: nombren a Miranda. Miranda pondrá término muy pronto a las miserables querellas de los coloniales; pronto pondrá en razón a los blancos turbulentos y se convertirá en ídolo de la gente de color. Entonces, con qué facilidad será capaz de sublevar las colonias que poseen los españoles en las Antillas y el Continente americano? Al frente de 12.000 hombres de las tropas de línea que ahora están en Santo Domingo, y de diez a quince mil valientes mulatos que proveerán nuestras colonias, ¿con qué facilidad invadirá las posesiones españolas, teniendo también bajo sus órdenes una escuadra, mientras los españoles no disponen de fuerzas para oponerse a él?".

Aparentemente era el mismo plan acariciado por Miranda durante largo tiempo, y sin embargo, a pesar de que éste parece que lo acoge con cierto entusiasmo y llega hasta consultarlo con Knox, Hamilton y Smith, de pronto

lo desecha. La razón que da a Brissot es que, si bien conoce muy bien las posesiones hispanoamericanas, ignora por completo la situación de las colonias francesas que deben servirle como base de operaciones, y que, por otra parte, su nombramiento para Santo Domingo, provocaría una reacción violentísima de los gobiernos de Madrid y Londres.

Todo muy razonable, desde luego; pero no lo suficiente, creemos, para que hubiese disuadido a aquel soñador empedernido que, con recursos muy inferiores, siempre estuvo dispuesto a intentar la empresa; y que en 1806 con sólo tres pequeñas embarcaciones y algunos reclutas vino a desafiar en el continente todo el poderío que podía allegar España. La verdadera razón de la negativa de Miranda debemos buscarla en aquella repugnancia suya a servir de instrumento contra España en favor de cualquiera otra nación. Ya hemos visto con qué violencia se lo manifestó siempre a los ingleses, y aunque en este caso de Francia podían invocarse nuevos principios —la revolución universal de que se hablaba— el nombramiento al servicio de un gobierno extranjero lo debía alarmar. Nuestro héroe fue tan susceptible en este punto de la intervención extranjera, que también insistió siempre en que las tropas auxiliares que pudieran ayudarle tendrían que considerarse subordinadas al gobierno que los criollos se dieran. "He respondido —asienta en su diario— que ni por un minuto consentiría yo que una fuerza extranjera ejercitase ninguna autoridad ni tomase el tono de conquistador en el país y que bajo el estandarte americano solamente serviría yo, o convidaría a mis compatriotas a reunirse". Este fragmento se refiere a los ingleses durante una negociación posterior, pero es evidente que a Francia hubiera tenido que hacerle la misma advertencia. Lo cual habría sido imposible si comenzaba por comandar la empresa con uniforme y nombramiento franceses.

Miranda rechazó, pues, en definitiva aquellas proposiciones que parecían tan tentadoras; y afortunadamente la habilidad con que lo hizo, y su comportamiento en la campaña evitaron la mala impresión que su negativa pudo causar. Como siempre, admiradores entusiastas lo acompañaban, y, entre otros, el veterano Duval, que se había distinguido con él en Wargemoulin, le escribe: "Yo espero, mi querido general y amigo, que Ud. permanecerá con nosotros como general en jefe de nuestro ejército y no aceptará ir a América... Quédese en Francia...". Lejos de caer en desgracia, se le concedió despacho de Teniente General y recibió el mando de ocho Brigadas en el Ejército del Norte. Poco después sustituyó al general La Bourdonnaye en el mando de las fuerzas que operaban contra Amberes, activó el asedio de esta plaza y obtuvo su capitulación el 29 de noviembre de 1792.

Durante la ocupación de esa ciudad, una vez más tenemos ocasión de admirar el don casi magnético que poseía Miranda de atraerse amigos en las circunstancias más extraordinarias. Ahora es nada menos que el Obispo de

aquella diócesis a quien encontramos prendado del sorprendente general revolucionario, que sin duda al entrar en el palacio episcopal se encaminó de seguidas a la biblioteca, y que quizá las primeras interrogaciones que hizo al prelado fueron sobre sus lecturas favoritas. Es lo que podemos suponer porque, en definitiva, el Obispo le regala al expugnador de la ciudad varios clásicos latinos y españoles, y la dedicatoria es: "Homenaje debido al hombre de letras, al filósofo lleno de encanto y vastos conocimientos, al gran personaje militar de quien Homero, y después Horacio, habrían dicho: *Qui mores hominum multorum vidit et urbes*".

También con aquel triunfo el destino le proporcionaba a Miranda un buen desquite de las amarguras que acababa de sufrir frente a Pitt. Porque Amberes, que era una de las plazas fuertes más codiciadas de Europa, había sido siempre, además, una pesadilla para Inglaterra, y muy a menudo, durante siglos, sus guerras contra España, contra Francia, contra Holanda, contra Austria, tuvieron por causa el deseo de evitar que alguna de estas potencias se hiciera fuerte en esa parte del litoral europeo.

Una vez más, esta conquista de Amberes por Francia convertiría en guerra declarada el sordo antagonismo que separaba a las dos naciones. Inglaterra, Holanda, Prusia, Rusia, Austria y España se unieron en lo que se llamaría después la Primera Coalición. Francia estaba sola. Pero tomó la ofensiva e invadió a Holanda. Por lo menos algo nuevo era ya indiscutible: que "el pueblo en armas" podía batirse contra los mejores ejércitos profesionales de Europa, y que los improvisados generales de la República se iban mostrando superiores a los príncipes y duques que por derecho de sangre ascendían a los primeros rangos de los ejércitos europeos. Si mediante estos hechos la República obligaba a las viejas monarquías a revisar su jerarquización secular, y a admitir los méritos y conocimientos como base de la preeminencia política y militar, el triunfo de la democracia estaría asegurado aunque la República misma desapareciera. Y eso fue lo que sucedió. La República se suicidó por sus excesos; pero sus triunfos de aquellos días, aunque al parecer efímeros, iniciaron una nueva valorización social que es la base de la democracia europea del siglo siguiente [1].

Para el desarrollo de las nuevas operaciones, Miranda debía tomar a Maestricht, pero los holandeses no rindieron la plaza, aunque Miranda anunciaba el 25 de febrero del 93 que la asediaba estrechamente y estaba incendiada en cinco puntos. También Dumouriez, después de algunos triunfos parciales, había sido detenido en Dordrecht; y aquellas dilaciones dieron tiempo a que acudieran refuerzos austríacos al mando del Duque

1. Separamos así la tabla de valores sociales establecida en Norteamérica de la que iniciaba entonces la Revolución Francesa, porque creemos que la primera, de no haber existido la segunda, se habría considerado durante largo tiempo como inadaptable a Europa. Durante el siglo pasado la democracia que trataba de abrirse paso en Europa era muy diferente de la norteamericana, y aún hoy existen entre una y otra diferencias esenciales.

de Coburgo y arrollaran en el Roer al general Valence. A consecuencia de esta derrota, Miranda quedó amenazado por otros nuevos contingentes enemigos y tuvo que abandonar el sitio.

La invasión a Holanda quedaba, pues, frustrada; pero los franceses conservaban a Bélgica. Desgraciadamente, aquellos reveses de los republicanos habían introducido rivalidades entre Miranda y Valence, mientras Dumouriez, que desde la ejecución de Luis XVI, en enero del 93, había cesado de ser leal a la República, "se apresuró —dice un escritor de la época— a correr el riesgo de una batalla, con la esperanza, si salía victorioso, de hacerse temible a la Convención, y si era derrotado, de aliarse con el enemigo para marchar contra la Montaña" [1].

Tal fue la razón de que Dumouriez abandonara unas posiciones que Miranda juzgaba inexpugnables, para atacar al enemigo con fuerzas inferiores en Neerwinden. "Estoy sorprendido —escribía Miranda a Petion— de que Dumouriez haya sido capaz de semejante error". Pero Dumouriez a su vez acusó a Miranda, porque las tropas mandadas por éste fueron las primeras en ceder ante el ataque de los imperiales; y obtuvo contra "el extranjero" —así habían comenzado a llamarlo, él y Valence— una orden para ser juzgado por el Tribunal Revolucionario.

Con respecto a la derrota sufrida en Neerwinden, dos hechos en favor de Miranda quedaron después definitivamente probados: que los cuerpos a sus órdenes que se desbandaron e introdujeron el desorden en el ejército eran de bisoños reclutas que sus jefes inmediatos no pudieron dominar; y que las fuerzas de Miranda eran muy inferiores en número a sus contrarios. "La mayoría (de los reclutas) nos abandonó cobardemente, a pesar de los esfuerzos que hicimos por reagruparlos", dijeron los veteranos Roualt y Champmorin, que, espada en mano y mezclados a la tropa, en vano quisieron detener su fuga. Y el barón Jomini, en su *Histoire Critique et Militaire des Guèrres de la Révolution*, agrega: "La aserción de Dumouriez es injusta; indudablemente ignoraba que Miranda había estado luchando contra fuerzas muy superiores que lo rodearon, y que por no haber llegado al campo de batalla todos los soldados de Miacznisky su retirada se hizo inevitable". Miranda, por su parte, narra así las observaciones que hizo a Dumouriez: "No se había ordenado antes hacer un reconocimiento sobre el lado izquierdo; teníamos un río frente a nosotros sin ningún sitio vadeable; los enemigos ocupaban, muy ventajosamente las alturas de Halle y Vildere. Le pregunté si conocía aproximadamente el número de las fuerzas enemigas; me respondió que las calculaba en 52.000 hombres. (Las nuestras eran de 35.000). ¿Y creéis probable que podamos dispersar los enemigos de semejante posición? Pero observé que no quería reflexionar y que estaba decidido a emprender la batalla a toda costa".

---

1. Louvet de Couvrai: *Memoires*. Citado por Robertson.

Añade Parra-Pérez que Dumouriez confió a Miranda la misión de cubrir la retirada después de la derrota, y que según la propia relación oficial del mando imperial esta operación fue ejecutada "con mucho orden y sangre fría".

Bien sabido es que tanto Dumouriez como Valence desertaron del servicio de la República, aunque Valence tuvo la delicadeza de manifestar que jamás serviría contra sus compatriotas, cualesquiera que fueran sus extravíos, mientras Dumouriez intentó un pronunciamiento con las fuerzas que se le habían confiado, y después se pasó pura y simplemente al enemigo. Según narración de Miranda, Dumouriez le había manifestado "que sería necesario marchar a París con el ejército para restablecer la libertad".

"—Creo peor el remedio que la enfermedad y ciertamente lo impediría si pudiera, le contestó Miranda.
"—¿Combatiríais contra mí?
"—Quizás, si vos atentáis contra la libertad.
"—¿Seríais, pues, Labienus?
"—Labienus o Catón, me hallaréis siempre del lado de la República".

Para vengarse de esta respuesta y para anticiparse a la denuncia que contra él podía presentar Miranda, fue por lo que Dumouriez se apresuró a acusarlo en los mismos momentos en que le confiaba la delicada tarea de cubrir la retirada de todo el ejército.

Pero a pesar de que tantos hechos concordantes venían en su auxilio, no por eso la situación de Miranda dejaba de ser sombría. Con razón aquella cárcel de la Conserjería, donde se le recluyó, era llamada la "antecámara de la tumba", porque eran muy escasos los que no salían de ella para la guillotina. Por otra parte, Miranda debía responder, no sólo por Neerwinden, sino por toda su actuación en la campaña, lo cual daba ocasión a sus enemigos, y a los fanáticos sedientos de sangre que entonces pululaban en la prensa y alrededor del Tribunal y de la Convención, de remover cuantos pormenores pudieron perjudicarlo. Cómplice de Dumouriez, General negligente, "brissotista" y agente de Inglaterra, eran las acusaciones que alternativamente se le enrostraban. Pero lo peor es que no se proponían destrozarlo porque realmente lo creyeran culpable: Miranda era, como lo diría después Michelet, "la espada de la Gironda"; anularlo y deshonrarlo significaba, pues, para Marat, para Danton, para Robespierre, para los jacobinos y todos los exaltados que los coreaban, destruir con un mismo golpe al partido de los girondinos, y abrir libre cauce al terror que invocaban como salvador. De tal manera que la absolución de Miranda fue —hecho que no se ha destacado, creemos—, la última victoria de los girondinos en aquellos días.

El proceso fue de una dramaticidad "sublime", según el calificativo entonces de moda. Defensor de Miranda fue Chauveau Lagarde, que después

se haría célebre como defensor también de María Antonieta; pero el acusador era Fouquier Tinville, que en esta ocasión hacía cuanto era posible para no perder su fama de "implacable". Y más encarnizados que todos, Marat y Anacharsis Clootz atacaban al procesado por la prensa, al mismo tiempo que lo hacían Robespierre en la Convención y Danton en los Jacobinos. Miranda se mantiene en todo momento altivo, lacónico, preciso, frío. Valga esta muestra: "Ataque de Maestricht, por orden; mi retirada, aprobada; batalla de Neerwinden, contra mi opinión", así se defendió.

En otro momento obtuvo un efecto teatral sin proponérselo: fue cuando habló en favor del general La Bourdonnaye, enemigo suyo y entonces en desgracia. Por esto último, sus palabras despertaron murmullos de desaprobación; pero a la vez todos debieron admirar la orgullosa sinceridad a que deseaba ceñirse. Asimismo debió de conmover a jueces y auditorio que el anciano general La Noue, llamado como testigo de la acusación, declarara que los errores atribuidos a Miranda en Lieja no debían imputarse sino a Valence.

El veredicto definitivo fue absolutorio por unanimidad, y el *Moniteur,* al comentarlo en la edición del 21 de mayo de 1793, agregó: "El pueblo aplaudió la sentencia concerniente a Miranda, así como su discurso; lo abrazaron, lo llevaron en triunfo y lo coronaron". Hasta el propio Fouquier Tinville y los jurados se unieron a los aplausos de la multitud, y el Presidente del Tribunal Revolucionario, J. B. Montané, felicitó a Miranda por escrito y lo invitaba a "un banquete republicano".

Volvemos además a encontrar en todas las manifestaciones que se hacen en honor de Miranda un aspecto de su carácter, que es el que impresiona siempre a cuantos lo tratan. Durante el proceso había declarado el poeta y patriota norteamericano Joel Barlow: "Mis amigos en Londres lo eran también de Miranda; eran los más decididos amigos de la libertad, los más celosos defensores de la Revolución Francesa. Siempre alababan a este guerrero filósofo, y expresaron su profunda satisfacción cuando se enteraron de que había entrado al servicio de la libertad en Francia". Después del proceso, el general Pille, aunque había sido lugarteniente de Domouriez en Bélgica, lo felicita y agrega: "Puede decírsele a Ud. con Séneca: *Virtus cum violata est, refulsit.* Los enemigos no han podido arruinarle con sus persecuciones; han demostrado simplemente a Francia su verdadero valor". Y Chauveau Lagarde, que proclamó como el día más feliz de su vida aquel en que había defendido a Miranda, se complace en pintarlo así: "No puede imaginarse más grandeza en el carácter, más elevación en las ideas, o amor más sincero por todas las virtudes... Sostengo que ningún hombre que haya asistido al proceso puede vacilar en admitir, no sólo que Miranda es inocente, sino que es un hombre altamente moral y virtuoso; y declaro por mi honor que varios testigos

que le acusaron con gran violencia, desde entonces han proclamado su inocencia y depositado en mis manos las retractaciones más formales".

No terminaremos sin embargo este análisis del carácter mirandino, hecho por tan variados personajes siempre coincidentes, sin incluir otro testimonio en que asoma el reproche que con más frecuencia se le hizo también a Miranda durante toda su vida. En el informe que Cochelet pasó en aquellos días a la Convención acerca de los generales franceses, observa: "Miranda posee un talento vasto y profundo. Ama la libertad y la igualdad como un joven ama a su querida amante... Constantemente se ocupa en sus deberes; jamás le observé distraído un solo instante; me parece poseer todas las cualidades morales de un buen General: autoridad, inteligencia, vigilancia, discernimiento, probidad, patriotismo, amor al soldado, respeto de la disciplina y comprensiva visión. Solamente podría reprochársele su vivacidad, el aire de altivez en su actitud, y el hecho de que no muestra suficiente simpatía hacia aquellos hombres que son menos perspicaces, menos inteligentes y menos activos que él".

Europeos de la más alta posición se habían mostrado ya resentidos con Miranda por su altanería; y parece que en 1812, en Venezuela, aquella falta de flexibilidad que le encontraba Cochelet fue la causa principal de que solamente muy pocos de sus compatriotas simpatizaran con él. Es verdad que en ese mismo año 12 comprobaremos que hizo prodigios de voluntad para contemporizar con hombres —como Roscio— que aunque sinceros lo atacaban injustamente, y con otros —como Mérida— que no merecían sino ser despreciados. Pero probablemente aquel esfuerzo, que hacía por patriotismo y por íntima disciplina, no podía contrarrestrar, en sus maneras y en los pormenores del trato cotidiano, la severidad con que juzgaba a los que eran menos inteligentes y menos capaces que él. ¡Y tenían que ser tantos, en Venezuela como en Europa!

Pero volvamos a Francia y a aquel Año Terrible, 1793. Poco tiempo pudo gozar Miranda de la apoteosis en que se había convertido su proceso, y del amable retiro que se procuró cerca de París, donde comenzó a reunir sus amados libros, sus papeles de música, cuadros, porcelanas y esculturas. A escasos días de su absolución, los girondinos fueron barridos del poder y Miranda volvió a ser, según expresión de la poetisa inglesa Helen María Williams, ferviente admiradora suya en aquellos días, uno de los "objetos particulares del furor de Robespierre".

Muy natural, de acuerdo con las diferencias de carácter que los separaban: aquel infatuado demagogo, terrorista trufado de mala retórica y embadurnado de polvos de arroz, que iba a bañar en sangre a Francia y que, fuera de eso, no aporta para figurar en la historia ni una acción loable, ni un pensamiento que pueda recordarse, ni siquiera una frase ingeniosa, tenía que odiar al imponente y ardoroso General, que evidentemente lo despreciaba.

Miranda, además, tanto por su propia personalidad como por sus numerosos amigos y admiradores, era un peligro para aquel gobierno del terror, que por otra parte se anticipaba a ver enemigos por doquiera. El Comité de Salud Pública ordenó, pues, su detención a principios de julio del mismo año 93 y fue recluido en la prisión de La Force.

Esta cárcel, de la cual fluían sin interrupción hacia la guillotina carretadas de víctimas y que sin embargo siempre estaba colmada de nuevos acusados, cobijaba entonces uno de los espectáculos más extraordinarios de la historia universal. Porque a la anarquía política que se reflejaba allí en su heterogénea población siempre cambiante, en la cual se mezclaban aristócratas, girondinos, intelectuales, y no pocas veces extremistas de los que el día anterior pedían la guillotina para los tibios y ahora aparecían rotulados como "sospechosos" por Robespierre, se unía un extraño fenómeno psicológico: que todos se preparaban para la muerte, pero cada uno quería encontrar una manera de agonizar y morir que por su firmeza o elegancia diera testimonio de sus creencias y fuera su último desafío. Algunos relataban anécdotas frívolas y reían, aun en los momentos en que los torvos carceleros deletreaban dificultosamente las nóminas de los que debían subir a la carreta; eran los que después, desde ésta, miraban a las turbas con insultante afectación y sonreían desdeñosamente ante sus amenazas. Otros meditaban encarnizadamente sobre el hombre y la libertad, y arreglaban los últimos apuntes para sus memorias; se habían olvidado de sí mismos pero temblaban de impaciencia porque les parecía que aún podían sorprender el secreto de cómo aquellos hermosos sueños de fraternidad universal habían desembocado en aquello que veían. Otros, muchos, casi todos los girondinos, reiteraban rabiosamente su fe en la República; que nadie creyera que por el propio y miserable sufrimiento de esos instantes, ellos habían renegado de ella, o la consideraban perdida; algún día el pueblo... y aquí cada cual volvía a enhebrar sus sueños favoritos y se alejaba tras ellos; como lo habían hecho cuando comenzaban, como lo hacían apenas dos años antes.

Fácil es adivinar lo que hizo Miranda: reunió cuantos libros pudo obtener y se rodeó de un selecto grupo de contertulios con los cuales departía sobre política, arte y filosofía. Sólo pudo saberse que había pensado en la muerte porque sus compañeros advirtieron que guardaba consigo un pomo de veneno: no le interesaba aquella muchedumbre que deliraba bajo los jacobinos, ni siquiera para desafiarla desde los estrados de la carreta o de la guillotina; prefería la muerte por su propia mano, que tenía algo de voluntaria, una apariencia siquiera de haber sido libremente escogida. Para el hombre que había querido vivir según los arquetipos clásicos, a falta de la espada de Catón, que las circunstancias le negaban, el veneno de Sócrates era un digno final.

En ese camino se le anticipó el joven Achille du Chatelet, del cual hace

Picón Salas esta preciosa miniatura: "Tiene apenas treinta y cuatro años, y es uno de aquellos intelectuales que convirtió en jefe de armas la Revolución. Redactó el cuaderno que sus comprovincianos de Peronne mandaron en 1789 a la Asamblea Nacional; movió a artesanos y labriegos, y desde los clubes políticos de su provincia saltó a mandar tropas en el Ejército del Rhin. Casi gangrenada la rodilla izquierda, de un tiro de cañón recibido en Courtray, y abrumado por las más ruines intrigas políticas, se le lleva a la prisión de La Force. Discípulo de Condorcet, sabio en idiomas vivos y muertos, ha logrado conducir hasta su celda toda una biblioteca enciclopédica. Y en torno de algún Séneca en edición Elzevir —cuenta Madame Rolland— se forja la discusión de los bravos espíritus. Du Chatelet conoce demasiado los libros, pero no conoce suficientemente la vida y busca en la amistad de Miranda aquel discurso complementario sobre la naturaleza humana". Antes de suicidarse, Du Chatelet redactó un documento en el cual declaraba que había vendido a Miranda todo lo que poseía en La Force. "Este es el modo —escribió a su vez Miranda— que quiso tomar este virtuoso y desgraciado amigo (preparado ya, y resuelto a tomar el veneno) para dejarme en memoria suya sus libros, muebles, etc."

Durante esos días Du Chatelet había actuado muchas veces como árbitro en las discusiones que sobre política y estrategia sostenían Miranda y otro de los eruditos prisioneros, L. A. Champagneux, que afortunadamente sobrevivió y dejó escritos sus recuerdos de esos días. Y si Du Chatelet legó a Miranda sus libros, Champagneux quiso confiarle su hijo, destinado a la carrera militar: "Si tiene oportunidad de verle a Ud. —le escribía, ya libre—, le pido que le inspire el amor al trabajo y a la causa que ha abrazado...".

Eran habituales también en el grupo de Miranda los girondinos Vergniaud y Valazé, el general Lecuyer, el diputado Adam Lux, impetuoso admirador de Carlota Corday; y un joven, Armando de Custine, alrededor del cual surgen varias figuras que, como él mismo, parecen estampas románticas. Su padre era el general Adan Felipe de Custine, que cuando lo llevaban a ejecutar y la multitud pedía: "¡A la guillotina! ¡A la guillotina!", contestaba burlón: "¡Ya vamos, canalla, ya vamos!" Armando, aunque había permanecido fiel a sus ideas republicanas, también saldría de La Force para el cadalso, pero entretanto recibía a veces en aquella cárcel la visita de su joven esposa Delfina. Era ésta de tan deslumbrante belleza que su propia madre, la espiritual Madame de Sabran, en cierta ocasión en que estuvo cuatro años sin verla, exclamó trasportada, al reencontrarla: «¡Dios mío, hija mía, qué bella eres!». Aquella delicadísima flor de aristocracia tenía, además, una cultura sorprendente. A los ocho años —narra Parra Pérez—, ya había leído a Corneille, Racine y Voltaire; más tarde se sumerge en los clásicos y por carta a su hermano sabemos que le entusiasmaba Plinio. Lo mismo podía meditar con Diderot y d'Holbach,

que soñar con Goethe... y hasta con Ossian. En cuanto a coraje y encantos, Anatole France nos narra así su actitud durante el proceso de su suegro: "...el viejo General de Custine había sido llevado ante el Tribunal revolucionario. Su nuera, a pesar de que tenía motivos de queja contra él, lo asistió ante los jueces, y fue, como hemos dicho, su más elocuente defensor. Todos los días estaba en el Palacio de Justicia desde las seis de la mañana; allí esperaba que su suegro saliera de la prisión; le saltaba al cuello, le daba noticias de sus amigos, de su familia. Cuando él comparecía ante sus jueces, ella lo miraba con los ojos bañados en lágrimas. Se sentaba frente a él, en un escabel debajo del tribunal. Apenas el interrogatorio se suspendía ella se apresuraba a ofrecerle los cuidados que su estado exigía; después de cada sesión, empleaba horas en interceder, secretamente, con los jueces y los miembros de los comités. Su gracia podía conmover los corazones más rudos" [1]. Podemos imaginar la impresión que sus visitas producirían en el lóbrego recinto de la prisión. Allí la conoció Miranda y bien lejos estaba de pensar que, antes de dos años, la tendría entre sus brazos como amante.

Miranda se salvó de la muerte porque la reciente y ruidosa absolución que había obtenido impedía enviarlo inmediatamente al cadalso. El propio Fouquier Tinville aplazó el "segundo proceso exigido por Robespierre, hasta que el tirano no quiso oír hablar más de postergaciones y excusas, y personalmente inscribió el nombre de Miranda en la fatal lista del 12 Thermidor", según cuenta la poetisa Williams, ya citada. Afortunadamente, era ya tarde para Robespierre; su caída y muerte hizo cesar el Terror. Miranda fue libertado en enero de 1795, y casi inmediatamente escribió al general Knox: "Tomo la pluma solamente para decirle que vivo, y que mis sentimientos por nuestra querida Colombia, así como por todos mis amigos de esa parte del mundo no han cambiado en lo más mínimo, a pesar de los acontecimientos destinados a arruinar la Francia".

Se abre aquí para Miranda un paréntesis que en muchos aspectos se separa del sentido global de su vida. En aquel ambiente de corrupción y de menudas intrigas que sucede en Francia a la devastación del Terror, en realidad no tenía puesto ni el patriota americano ni el soñador girondino que convivían en Miranda. Conserva en la opinión pública rango de primera fila, y hasta hay momentos en que parece el único hombre capaz de agrupar y conducir un movimiento de reacción saludable contra el relajamiento colectivo. Intelectuales y militares —inquietos, unos, por ambición, otros por patriotismo— lo visitan; y desde Suiza y Alemania le llegan, de monárquicos y de republicanos descontentos, insinuaciones que coinciden con lo que en el interior desea la parte incontaminada del país. Una vez más lo encarcelan, porque lo temen, en el propio año 1795; y

1. Anatole France: *Oeuvres complètes*. París, Calmann Levy, 1930, tomo VI, pág. 480.

poco después se esgrime contra él, con amenaza de expatriarlo, una ley que restringía la actividad política de los extranjeros. Sin embargo, lo que en realidad debía anularlo es algo más impreciso y a la vez más fuerte que todas esas medidas policiales. La política activa se desarrolla ahora en los salones, alrededor de unas cuantas mujeres hasta la víspera más conocidas por sus costumbres fáciles que por su espiritualidad; los contactos entre los que manejan la cosa pública se hacen por medio de intrigantes como Fouché, elevados a la categoría de políticos, o por obra de aquellos "proveedores de los ejércitos", que saqueaban al país y enriquecían a funcionarios y militares. Miranda cede en parte a esa moda y se instala con lujo, bordea el precipicio; pero afortunadamente, prefiere todavía a madame Stäel y a la viuda de Petion. Y no olvida ni un momento —salvador recuerdo— aquella patria lejana que prometió no abandonar jamás.

En una de esas reuniones Miranda y Napoleón se conocieron. Según la Duquesa de Abrantes, el futuro Emperador comentó ante ella: "Cené allí con hombres de la más grande importancia; y uno, entre otros, que desearía volver a ver: es un Don Quijote, con la diferencia que éste no está loco". Y como la dueña de la casa insistiera en saber a quién se refería, añadió: "Es el General Miranda: este hombre lleva el fuego sagrado en el alma".

Esta escena tan interesante fue, sin embargo, adulterada en forma muy enojosa. Narra Parra-Pérez que Salicetti, otro de los que oyeron aquel juicio, agregó en la conversación, una vez que Napoleón hubo salido, que el encuentro de éste con Miranda se había efectuado en la casa de un "pícaro", según parece mexicano enemistado con España. Pero a su vez esta aseveración de Salicetti —descubre Parra-Pérez— fue atribuida después al propio Napoleón y, para colmo, como si hubiera indicado que el pícaro era Miranda [1]. Es muy importante esta aclaratoria del erudito investigador venezolano, apoyada en la cita correcta de la Duquesa de Abrantes, porque nada menos que Robertson, en su *Vida de Miranda,* aceptó sin más examen aquella tergiversación.

La impresión que Miranda produjo en Bonaparte, no obtuvo reciprocidad: nuestro girondino jamás manifestó entusiasmo o admiración por Napoleón. Es muy posible que compartiera el juicio de su amiga madame de Stäel, según la cual los felices éxitos de Bonaparte se debían tanto a las virtudes que le faltaban como a los talentos que poseía. Entre otras cosas, reforzaría esta dura apreciación un comentario que Miranda debió de escuchar a menudo en esos días: que el ambicioso General tomó como esposa a la querida del inepto Barras para recibir como dote el mando del ejército de Italia. No era sino una verdad a medias, porque Bonaparte

1. C. Parra Pérez: *Miranda et Madame Custine.* París, 1950, pág. 240.

amaba locamente a Josefina, y más correcto sería decir que aquel mando fue la dote de Napoleón, para que se decidiera a aceptarlo la turbulenta criolla, En todo caso, Bonaparte debía de crecer mucho después de eso, pero es difícil que un hombre del carácter de Miranda y ya próximo a los cincuenta años, perdonara a un joven tan humillante comienzo.

En 1798 Miranda abandona a Francia. Ya no regresará a ella sino por unos meses —noviembre de 1800 a marzo de 1801— apenas con un "permiso tácito" del Primer Cónsul y para ser expulsado definitivamente como sospechoso de conspirar contra el gobierno. No Quijotes, sino conquistadores con exacto sentido de lo que debían apropiarse, como su propio clan familiar, era lo que deseaba Napoleón al lado suyo. Y por supuesto, nada de "fuego sagrado". Aunque aquella rapacidad del corso, tan práctica al parecer, fuera también en otro sentido, salirse de la realidad. Su propia madre, a cada victoria comentaba con sanchesca filosofía: "¡Con tal que dure!" Y en definitiva los sueños de Miranda fueron más duraderos que el imperio napoleónico.

Salvo esos cuatro meses en Francia, Miranda va a permanecer en Inglaterra todos aquellos años, consagrado exclusivamente a su propósito de emancipar las colonias españolas. Con su extraordinaria actividad ha preparado en el propio año 1797, mientras se ocupa en los preparativos para salir de Francia, lo que se ha llamado el "Pacto de París". Un convenio mediante el cual los "Diputados de las villas y Provincias de la América Meridional" lo comisionan para tratar con Inglaterra el envío de una expedición que ayude a los hispanoamericanos a declararse independientes. Pero es el caso que los flamantes diputados de tan vasto continente apenas eran tres —Pedro José Caro, José del Pozo y Sucre y Manuel José Salas— completamente desconocidos y, como buenos revolucionarios, sin credenciales de ninguna especie. Un peruano, Don Pablo Olavide, que había adquirido bastante renombre en Europa por sus ideas liberales y por haber sido perseguido por la Inquisición —especie de Abate Raynal hispanoamericano, que, como el francés, terminó por horrorizarse de sus "ideas" cuando vio los excesos de los jacobinos— estaba asociado también en el Acta de París para actuar con Miranda. Lo cual hubiera podido dar cierto lustre a aquel papel, si no fuera porque Olavide estaba ya muy anciano, próximo a hacer público su arrepentimiento, y, desde luego, no pensaba en absoluto en ir a Londres.

Tales circunstancias —que hemos expuesto con la mayor crudeza— hacen que varios historiadores consideren el Pacto de París como una precipitada maniobra de Miranda para arrancar a Pitt la colaboración que tanto anhelaba. El texto del convenio y lo que hemos narrado sobre la firmeza de Miranda frente a Inglaterra nos llevan, por el contrario, a esta otra interpretación: que en realidad el Precursor quería, mediante aquella Acta y por deleznable que fuera, dejar constancia escrita de que la América Hispana —su Colombia— trataba con Inglaterra de nación a nación y

en pie de igualdad absoluta. Si se llegaba a negociar sobre esas bases, todas aquellas triquiñuelas que lo habían atormentado —los papeles perdidos en manos de Pitt, las proposiciones ambiguas, los rumores esparcidos en España y en Francia de que era "un agente de Inglaterra"— quedarían apartadas, y las relaciones de nación a nación con Inglaterra adquirirían seguridad y decoro. En ese sentido el Acta de París fija puntos muy significativos: el objetivo final no es una expedición inglesa solamente, sino una verdadera alianza tripartita entre Inglaterra, Estados Unidos y la América Meridional; para el tratado con Inglaterra se propone como modelo el que concluyeron en 1778 Francia y los Estados Unidos, lo cual implicaba excluir de antemano toda concesión territorial o de soberanía; y, desde luego, se reservaba al General Miranda la dirección exclusiva de las operaciones militares y los acuerdos con Inglaterra y Estados Unidos acerca de los recursos que otras naciones aportarían en calidad de "aliadas". ¿Demasiado cándido Miranda al creer que Inglaterra podía ayudarlo desinteresadamente? Como si quisiera responder a este reproche, en su testamento de 1805 pone a salvo su "correspondencia y negociaciones con los Ministros de S. M. B., desde el año 1790 hasta el presente día, acerca de la Independencia absoluta y del establecimiento de la libertad civil en todo el continente americano; *en los propios términos que la Francia lo hizo con los EE. UU. de América*". Esta última expresión, que repite siete años después el principio establecido en el Pacto de París, trata también de justificar la confianza que puso en la ayuda inglesa. ¿Por qué no podía esperar Miranda que se repitiera un hecho que él había presenciado, aunque ahora fuera Inglaterra y no Francia la potencia tutelar de las nuevas Repúblicas?

En ese sentido el Acta de París revela una finalidad que es extraño no se le haya reconocido antes.

En todo caso, si la representación que ese documento confería a Miranda era muy discutible, otra debía llegarle en 1798 de extraordinario valor moral. Es la carta que le escribe don Manuel Gual, refugiado entonces en la isla de Trinidad después de su fracasada conspiración en unión de don José María España, y en la cual le reclama con apasionado acento: "¡Miranda! Si por lo mal que le han pagado a usted los hombres; si por el amor a la lectura y a una vida privada, como anunciaba de usted un diario, no ha renunciado usted estos hermosos climas, y la gloria pura de ser el salvador de su Patria; el pueblo americano no desea sino uno: venga usted a serlo... Miranda! Yo no tengo otra pasión que de ver realizada esta hermosa obra, ni tendré otro honor que de ser un subalterno de usted".

A lo cual contestó Miranda en 1800 que el objeto de sus esfuerzos sería siempre el mismo: "la felicidad e Independencia de nuestra amada Patria, por medios honrosos y para que *todos* gocen de una pura y sabia libertad".

Y añadía: "Trabajemos, pues, con perseverancia y rectas intenciones en esta noble empresa, dejando lo demás a la Divina Providencia, árbitro supremo de las obras humanas. Que cuando no nos resultase (a nosotros personalmente) más gloria que la de haber trazado el plan y echado los primeros fundamentos de tan magnífica empresa, harto pagado quedaremos..."

Cumplía entonces Miranda sus 50 años y un imprevisto tinte de melancolía parece advertirse en su respuesta. ¿Es que en él vuelve a aflorar el cristiano español que ahora incorpora la nueva devoción de la Patria al sentimiento de eternidad y de consagración absoluta propio de sus viejas creencias? ¿O siguen siendo sus palabras la norma estoica, que desdeña las contingencias exteriores y pone por encima de todo la resistencia subjetiva de la rectitud y la constancia? ¿O son simplemente la protesta del eterno altanero, que se niega a subordinar el valor de su adusto ideal a los azares del triunfo y de la derrota, que ahora cubiletean en manos ajenas? De todo esto debía de haber en aquellas palabras, tiernas y duras a un mismo tiempo, humildes y soberbias, las más adecuadas para enaltecer a todos los precursores, porque en ellas la aparente renuncia se transforma en una reclamación de gloria eterna.

Precisamente su obra de Precursor, la preparación ideológica de la noble empresa, el ejemplo de perseverancia y abnegación que ella demandaba, es lo que va a desarrollar ahora Miranda en Londres. Lo mismo que Gual, muchos otros hispanoamericanos convergen hacia él, en busca de orientación o para confiarle sus proyectos. El caso más patético es el de Bernardo Riquelme, que después con su apellido paterno, O'Higgins, fue el libertador de Chile. Muy triste estaba entonces, en Londres, este hijo del lejano Arauco. Y tanto que, más tarde, le escribía a su padre desde Cádiz: "Envidia me da ver a todos mis paisanos recibir cartas de sus padres. Mas yo ¡Pobre infeliz! De nadie". Miranda lo acogió como a un hijo, le enseñó personalmente las matemáticas, y en el ensueño magnífico de una América unida y libre sublimizó la vehemencia de aquella solitaria juventud. O'Higgins por su parte lo llama "padre de los oprimidos", declaraba que quería besar sus manos, destinadas a "romper esos fierros que nuestros compatriotas y hermanos cargan tan ominosamente", y más tarde evocaría así el cuadro inolvidable de aquella iniciación: "No perdió tiempo Miranda en iniciar a su discípulo en los secretos de los gabinetes de Europa y de Washington con respecto a los asuntos de América. Una librería valiosa era el lugar donde se estudiaba la política de las naciones, dedicando lo más importante del tiempo al arte de la guerra. Y en las largas noches del invierno relataba a sus discípulos anécdotas de los héroes de la Revolución Francesa, reflexiones sabias para que ellos recordasen las defecciones que ensangrentaron y sofocaron en la cima la libertad de que debía participar el mundo entero". También conservó siempre consigo el futuro Libertador de Chile las últimas recomendaciones que le hizo

Miranda cuando se separaron, bajo el título de: "Consejos de un viejo sudamericano a un joven compatriota al regresar de Inglaterra a su país". Según Vicuña Mackenna, los llevaba ocultos en el forro de su sombrero [1].

Numerosas sociedades secretas se encargaban también de difundir, por toda la América y hasta en la propia España, aquellas ideas liberales, más que nunca perseguidas entonces, aun en la propia Inglaterra, a causa de la reacción contra la Revolución Francesa. Es muy difícil determinar imparcialmente la influencia de aquellas sociedades, y si eran verdaderamente masónicas, o "al estilo masónico" como dicen algunos historiadores. Casi todos los comentaristas exageran o desdeñan su acción, según sus propios prejuicios. Se sabe con certeza que Miranda fundó una en Londres llamada "Gran Reunión Americana"; que sus adeptos se titulaban "Caballeros Racionales" y que algunas filiales con el nombre de Lautaro, el caudillo araucano, se establecieron en América. Desde luego, casi todos los precursores de la independencia, y muchos de los libertadores, fueron masones. El historiador Alfonso Rumazo González, que cita una copiosa bibliografía sobre el tema, le da gran importancia a las relaciones de Miranda con los masones norteamericanos Adams, Hamilton, etc., y a la actividad de la "Sociedad Lautaro" de Londres [2]. También Bolívar —aparte de la supuesta iniciación en Cádiz, que consideramos imposible— aparece ascendido de "hermano" a "Caballero Oficial Masón de la Respetable Logia Escocesa de San Alejandro de Escocia", según documento de enero de 1806, donde se asienta así mismo que había sido "recientemente iniciado" [3].

Pérdida muy lamentable en el grupo hispanoamericano fue la muerte en el propio Londres, en 1798, de don Juan Pablo Vizcardo, ex-jesuita peruano, el cual dejó, entre otros papeles inéditos confiados a Miranda, una "Carta a los españoles americanos", que debía de ser durante muchos años el documento revolucionario acogido con más calor en la América Hispana. Impresa esa carta el año siguiente en Filadelfia y enviada por Miranda a Trinidad para ser distribuida en todos los países sudamericanos, "verá —le dice el Precursor a Gual— con qué sólidas, augustas y evidentes razones nuestro compatriota Vizcardo sostiene victoriosamente la justicia y belleza de nuestra causa". Y Gual le contesta a Miranda que la había leído "con sagrado entusiasmo".

De esa manera, por la actividad de Miranda en Londres durante esos años, todos los libertadores hispanoamericanos quedaron ligados, directa o indirectamente, a su obra de adoctrinamiento y ejemplo. Aquella escena en la biblioteca del General convertido en maestro, que O'Higgins recordaba, se repetiría muchas veces con otros "compatriotas" de su vasta Colombia.

---

1. Archivo de don Bernardo O'Higgins. Santiago de Chile, 1946, págs. 7, 13 y 22.
2. Rumazo González: *Biografía de Manuela Sáenz*. Buenos Aires, 1945, pág. 52.
3. Agradecemos el dato y copia del documento al doctor Manuel Pérez Vila.

Hasta 1810 en que llegan a Londres Bolívar, López Méndez y Bello, para participar al Precursor que Venezuela había proclamado su autonomía y lo esperaba.

En toda la España Americana se realizaba así lo más difícil de la empresa emancipadora, sincronizar los impulsos iniciales para hacer patente ante España y el mundo la pujanza de la revolución. También, gracias a la unidad que Miranda daba a aquella preparación ideológica, simultáneamente se robustecían los que debían ser principios básicos de la reorganización continental: solidaridad de los países hispanoamericanos; instituciones civiles, igualmente alejadas del jacobinismo y del bonapartismo; y —consigna categórica— "que no deberá permitirse jamás que la influencia de cualquier potencia extranjera intervenga en la administración de nuestro país, porque en tal caso la América española sería apetecida y despojada por cualesquiera otras potencias marítimas que deseen entrar en el reparto", según escribía Miranda a Gual y repetía, incansable, a cuantos se le acercaban.

Pero si ese "fuego sagrado" que ardía en Miranda acabó por alarmar a Bonaparte, a los políticos ingleses ni siquiera les importaba averiguar si existía. La tensión en que entonces vivía Inglaterra frente al avance de Napoleón hacia la dominación mundial, la obligaba a unir todos sus esfuerzos alrededor de aquel objetivo vital. Algunos británicos excepcionales —el abnegado Turnbull, Vansittart— seguían apegados generosamente a los proyectos de Miranda, pero en vano éste proponía al gobierno ya un medio ya otro para que se le facilitase desembarcar en Venezuela y sublevarla. Llegó a conformarse con que se le dieran tres mil fusiles y tres mil sables y el derecho a enganchar en las Antillas inglesas seiscientos esclavos como reclutas. Todo lo cual ofrecía pagar en Venezuela con ganado vacuno y mulas para el abastecimiento de las mismas Antillas. En otra ocasión, el solo ofrecimiento de un pasaporte para Trinidad lo entusiasma: "Esta concesión —escribe— nos pareció una gran ventaja, y el Conde Voronzow nos alentó a dar este paso; porque si se capturaba una plaza en la América del Sur, pronto obtendríamos auxiliares. Este buen amigo agregó que si no fuera por las rarezas de Pablo I, o si viviese aún la Emperatriz Catalina, me procuraría dos fragatas rusas y dos mil soldados, que era todo lo necesario".

En realidad se encontraba, pues, preso en Inglaterra; aunque las atenciones que recibía doraban su cautiverio, y también, según los vaivenes de la política europea, con frecuencia parecía que la ruptura de Londres con España se haría inevitable y se le confiaría el mando de la anhelada expedición libertadora.

Por fin, a mediados de 1805 Miranda perdió definitivamente esta esperanza y decidió partir para Estados Unidos. A una última insinuación que se le hizo para que aguardara un poco más, contestó con su altivez habitual

que no se le podía acusar de precipitación ya que en el breve plazo de un año "cuatro veces había sido testigo de la violación de las promesas" que le habían hecho "los Ministros de Su Majestad".

Antes de embarcar para Estados Unidos hace testamento, porque está decidido a seguir, en cualquier forma, sobre Venezuela. Nada más conmovedor que aquel documento, como recuerdo de lo que dejaba Miranda tras sí cuando forzó desesperadamente aquella incierta aventura. Poseía en París "una preciosa colección de pinturas, bronces, mosaicos, gouaches y estampas", y calculaba que Francia le adeudaba alrededor de 10.000 luises por sueldos no percibidos; en Londres, aparte de los muebles, plata para el servicio, y adornos de la casa en que vivía, su biblioteca alcanzaba a 6.000 volúmenes, entre ellos los clásicos griegos que, como hemos dicho, legó a la Universidad de Caracas. Pero dejaba, sobre todo, un hijo —Leandro— de 18 meses de edad, y esperaba el segundo que se llamaría Francisco. Engendrados cuando ya Miranda se acercaba a la ancianidad, y con la humilde Sara Andrews, su ama de llaves —¡después de tantas aventuras amorosas!— estos hijos habían hecho nacer en Miranda sentimientos de ternura que jamás había conocido. Incluso a propósito de Leandro, y como si el cariño hacia éste removiese en el padre lo más entrañable, encontramos en Miranda otro regreso inesperado hacia la tradición española: su empeño en bautizarlo como católico. Así se lo impone a la madre, que es protestante, y pese al desvío que podía provocar tal ceremonia entre sus amigos. "Como para que la raza y la tradición españolas prevalezcan en sus descendientes sobre todas las demás", señala Picón Salas.

En noviembre de 1805 llega Miranda a Nueva York. El maravilloso William S. Smith y otros amigos estimulan los primeros festejos en honor del viajero; el General Knox le escribe acerca del "enorme placer" con que ha sabido su llegada; los propios deudos de Washington y numerosos políticos y hombres de negocios lo agasajan. Pero ni el Presidente Jefferson ni el Secretario de Estado Madison le ofrecieron otra cosa que "cerrar los ojos" ante los preparativos que por su cuenta hiciera Miranda. Entonces éste se decide pura y simplemente por comprar lo que pueda para formar su propia expedición. Cuenta con 2.000 libras que obtuvo en Londres con garantía de su valiosa biblioteca, más otra cantidad, algo menor, que le había dado el gobierno inglés; Smith le ofrece reunir hasta 50.000 dólares para ayudarlo, y algunos negociantes aceptan darle crédito por lo que falte. Con todo, es bien poco lo que se puede adquirir: un buque armado con 21 cañones, que llevaba el mismo nombre del hijo —*Leander*— y dos pequeñas embarcaciones —*Bacchus* y *Bee*— que se le unieron más tarde; menos de 600 fusiles; 15 carabinas y algunos sables y machetes. Como equipo humano: sólo 200 reclutas, sin ninguna experiencia militar, enganchados en Norteamérica: algunos, idealistas y generosos; los más, reclutados con los métodos que entonces se usaban en semejantes casos, el engaño o la paga mercenaria.

Enternece y encoleriza ver que a eso había quedado reducida la empresa para la cual Miranda calculaba indispensable, en los planes que presentó a Pitt, de 12 a 15.000 soldados de infantería y 15 navíos de línea. Ya no eran siquiera las dos fragatas y los dos mil hombres de que hablaba con Voronzow; ni aquel mínimo de seiscientos reclutas y 3.000 fusiles con que hace poco se conformaba. Un buque comprado de ocasión, dos goletas y doscientos reclutas, para afrontar en mar y tierra todos los recursos que España podía allegar.

Ahora sí recordamos a Don Quijote cuando, a punto de armarse, advierte que no tiene celada que le proteja la cabeza y tiene que aderezarse una por sus propias manos. Y si Miranda sabía que Bonaparte lo había llamado un Quijote excepto en la locura, quizá hubiera corregido desdeñosamente en esta ocasión, y muy a la española: —¡Un Quijote, sin excluir la locura!

Para completar el cuadro, que es de aquellos con que la historia supera a la ficción, aparece a su lado otro espléndido caballero: el que hemos llamado maravilloso Smith, el Coronel norteamericano William S. Smith, que en esos momentos ofrece a Miranda su hijo como Ayudante de Campo con esta recomendación, que sólo ellos dos entre todos entendían: que aquel joven había sido "formado en el culto de la libertad".

Aventura quijotesca, sí; pero sólo hasta cierto punto. Porque Miranda, que no dejaba de ser nunca el hombre del razonamiento severo e inflexible, no falta tampoco en este caso a esa norma. Su decisión no fue dictada por la desesperación, ni por el despecho, ni en otro sentido por un entusiasmo irreflexivo. Fue voluntario y necesario remate que en ese momento debía poner a su vida. Porque sólo así podía "hacer buenas sus palabras", probar que también sabía morir por ellas, salvar la sinceridad de lo que ofrecía y de lo que pedía. La indecisa situación internacional le aconsejaba esperar, su situación en Inglaterra lo tentaba a esperar, el apostolado que realizaba lo autorizaba a esperar; pero ya en los umbrales de la ancianidad, si no iba a ofrecer su vida por aquel ideal, podía caer sobre él una sombra equívoca. Asimismo, al final del siglo, otro caballero andante hispanoamericano, José Martí, sería llevado por el mismo argumento "práctico" —cálculo rigurosamente práctico: salvar con un gesto el sentido de toda una vida— sería llevado, pese a los ruegos de todos, a ofrecerse a la muerte en una empresa igualmente temeraria. También —suya es la expresión— para "hacer buenas sus palabras", y porque "para mí la Patria —había declarado— no será nunca triunfo, sino agonía y deber". Lo mismo que pensaba Miranda cuando en su carta a Gual no pide otra gloria que la de haber echado los fundamentos de la magnífica empresa.

Por otra parte, con aquella facultad, también quijotesca, de transformar las circunstancias exteriores y adaptarlas a la realidad que él lleva en sí y que debe prevalecer, Miranda se comporta a bordo, entre la abigarrada tropa que lo rodea, como si estuviera en su biblioteca de Londres adoctri-

nando aquellos discípulos selectos que después van a ser los libertadores del Continente. Y lo sorprendente es que, espiritualmente, una vez más, triunfa. "Asumió —dice un testigo presencial— maneras de padre e instructor ante los jóvenes. Habló de las perspectivas de éxito y de los preparativos que se hacían, con la mayor confianza. Describió con colores ardientes la gloria y las ventajas de la empresa. En otra oportunidad relató sus viajes, sus sufrimientos y sus evasiones, de tal modo que suscitó su admiración y su simpatía. Parecía ser maestro de idiomas, de ciencias y de literatura" [1].

Pero el Ministro español ante el gobierno norteamericano, que había vigilado y hostilizado a Miranda, redobló sus esfuerzos apenas se enteró de la salida de la expedición; alertó al Virrey de México, al Gobernador de Cuba y al Capitán General de Venezuela; reclamó al Gobierno de Washington, y a sus quejas se unieron las del Ministro de Napoleón. También el representante de la Corte de Madrid en París protestó por lo que consideraba benévola actitud de los Estados Unidos; el Coronel Smith fue separado del cargo oficial que ejercía, y tanto Jefferson como Madison tuvieron que negar haber ayudado a Miranda. En resumen, que detrás de aquel desguarnecido convoy sólo quedaba un mundo indiferente u hostil; y cuando Miranda izó a bordo del *Leandro* la primera bandera de ese mundo que iba a levantar entre sus brazos, no tenía a su lado un solo hispanoamericano digno de pasar con él a la historia.

El fracaso era, pues, inevitable. En un encuentro con los guardacostas españoles, cerca de Puerto Cabello, fueron apresadas las dos goletas *Bacchus* y *Bee;* Miranda recurre a las Antillas inglesas en busca de auxilios y logra algunos refuerzos en Trinidad, pero cuando desembarcó en las costas de Coro encuentra desierto todo el litoral. Nadie para leer sus proclamas, nadie para escuchar su voz. El único ser humano que se le aproxima —salvo dos esclavos fugitivos y una negra que encuentra en la cárcel por homicida— es un jinete que le trae la contestación del Obispo de la Diócesis a los requerimientos que le ha hecho Miranda. Y así se entera éste de que aquel prelado no sólo permanece fiel al Rey, sino que ha excomulgado al "hereje" invasor —"nuevo Belial", "monstruo", "ateísta", le llama— y a todos los que lean sus papeles sediciosos.

Esa soledad que encontró Miranda pudo ser voluntaria por parte de los venezolanos, alucinados por la propaganda española que presentaba a Miranda como hereje, jacobino y agente del gobierno inglés; pero también las autoridades acostumbraban usar esa estrategia que hoy llamaríamos de tierra arrasada, contra todos los invasores. En los papeles del Archivo Nacional, Caracas, hemos encontrado que en 1779 se temía por esas mismas costas de Coro una invasión de los ingleses, y las autoridades regio-

1. Citado por Robertson, pág. 262.

nales recibieron orden del Capitán General de mantener a los hacendados listos para internar sus esclavos y ganados —y, desde luego, para huir ellos mismos— si se realizaba el temido desembarco [1].

Imposible de todo punto era que Miranda se aventurara hacia el interior con el escaso y bisoño contingente de extranjeros de que disponía. Después de haber permanecido unos días escrutando en vano aquel desierto que se abría ante él, decidió el 13 de agosto de 1806 reembarcarse por el puerto de La Vela. Dejará en Trinidad, donde va a refugiarse antes de volver a Inglaterra, la imprenta que traía para Venezuela. Será efectivamente, dos años después, la primera que tendrá su patria. Así como también, según el destino que le había dado Miranda, esa imprenta comenzaría a servir la causa de la libertad, después del 19 de abril de 1810.

1. Augusto Mijares: *Hombres e Ideas en América.* Ensayos, Caracas, 1940, pág. 114.

XIII

"NACIO COLOMBIA"

La posición de primer rango que Miranda llegó a ocupar en Europa y la impresión que dejaba en cuantos lo conocían, nos ha hecho suponer que Bolívar y Rodríguez debieron de oír su nombre en los salones de la alta sociedad francesa y en los círculos de viejos republicanos.

Pero si es imposible pensar que Bolívar ignorara la actuación de Miranda, no tenemos por qué suponer que conociera exactamente sus ideas sobre la emancipación del continente. Por su misma índole estos trabajos debían mantenerse ocultos en gran parte; sabían de ellos algunos políticos europeos y unos cuantos liberales americanos; también los discípulos e iniciados que Miranda iba formando aquí y allá, en medio de su azaroso proyectar. Hasta es de temer que lo que al público había traslucido no fuera grato a los hispanoamericanos residentes en París; deformado, como es de suponer, por los funcionarios españoles, los cortesanos de Napoleón y los criollos conservadores. Las relaciones de Miranda con los ingleses, aunque llevadas por aquél con el orgullo españolizante que ya hemos señalado, eran la base de una propaganda contra él que durante años habían mantenido las autoridades españolas y que la trasmisión oral agravaba más aún, como sucede siempre. Proyectos como el de los revolucionarios franceses de enviar a Miranda a Santo Domingo, y la subsiguiente sublevación racista en aquella isla, que aterró a todos los vecinos del Caribe, eran hechos que también han podido alarmar a los criollos. Y a tanto llegó, y tan duradera fue esa desconfianza, que en 1808 el Gobernador de Curazao informaba al gobierno inglés: "No puedo menos que insistir en llamar respetuosamente la atención de Su Señoría a los verdaderos sentimientos de los habitantes de Caracas respecto del General Miranda, y asegurarle que es tan general y decidida la opinión pública contra él, que su aparición como agente del gobierno británico influirá más que ningún otro suceso a aflojar los lazos que hoy unen la Tierra Firme con la Gran Bretaña" [1].

Tales circunstancias podrían explicarnos por qué cuando Bolívar supo en Francia la invasión de Miranda en 1806, se mostrara excesivamente cauto. En una carta a su amigo Alexandre Dehollain, fechada en París el 23 de junio de 1806, sólo dice sobre aquel extraordinario acontecimiento: "todas las noticias que nos dan sobre la expedición de Miranda

1. Archivos del *Colonial Office*. Curazao, 1808. Citado también por Gil Fortoul: *Historia Constitucional de Venezuela*, tomo I, pág. 149.

son un poco tristes, porque se pretende que tiene el proyecto de sublevar el país, y esto puede causar mucho mal a los habitantes de la colonia" [1]. Desde luego, esa reserva podría explicarse también porque tanto la policía de Francia como la de España, en estrechas relaciones, eran hostiles a Miranda; y Bolívar sabía muy bien que el secreto de la correspondencia no se respetaba. En todo caso, es significativo que en esta carta no aparezcan las obligadas protestas de fidelidad al Rey, y los denuestos contra "el traidor" que el Capitán General de Venezuela obtuvo en esa ocasión de los caraqueños. Bajo el implacable apremio de aquel funcionario —el mismo Guevara y Vasconcelos que había activado la persecución contra Gual y España, hasta llevarlos a la muerte— los principales vecinos de Caracas contribuyeron con treinta mil pesos para poner a precio la cabeza de Miranda; su retrato y sus proclamas fueron quemados por mano del verdugo en la Plaza Mayor de la ciudad; y el clero, a ejemplo del obispo de Mérida que ya hemos citado, añadía los sambenitos de "hereje" y "ateo" a la aterradora imagen que se trataba de arraigar entre los americanos.

Era bastante, pues, que Bolívar, en su carta, se limitara a eludir un juicio de fondo acerca de aquel sorprendente suceso, y sólo lamentara los daños materiales que aparentaba temer.

Ya veremos que, pocos años después, en 1810, a Bolívar se debió, casi exclusivamente, el regreso de Miranda a Venezuela; que en este punto contrarió las instrucciones de la Junta Suprema que lo había enviado a Londres; que Miranda se hospedó en Caracas en la propia casa de Bolívar, y que éste se consagró a hacerle ambiente propicio; aun en contra de sus íntimos amigos y parientes los Toros.

Claro que, a falta de documentos, surgen a cada momento en estos casos, preguntas acerca de las cuales es grato divagar un poco. Y es bueno que el autor se las haga, aunque sólo sea para contrariar a los escritores que se empeñan en impedir a sus lectores reflexionar por su propia cuenta. Por ejemplo: ¿Comenzaría Bolívar a modificar los prejuicios que podía tener sobre Miranda a causa de lo debió oír en Estados Unidos, durante su viaje de regreso, en 1807? No es temerario suponerlo, pues aunque las autoridades norteamericanas se hubieran mostrado tan frías en ayudar la expedición mirandina del año anterior, ya hemos visto que otros republicanos acogieron a Miranda con entusiasmo. Y tampoco es desdeñable lo que en las logias y otras sociedades secretas de aquel país pudo oir Bolívar acerca de su extraordinario compatriota, en absoluta oposición a las calumnias que hasta entonces había escuchado.

De todos modos, es evidente que entre 1807 y 1810 encontramos lagunas en la vida de Bolívar que no deben salvarse con las acostumbradas

1. *Cartas*, tomo I, pág. 17.

fantasías que nos lo presentan como si ya fuera el Libertador, en completa madurez y listo para entrar en acción.

Incluso en otro aspecto de su psicología, muy interesante —sus amores, sus relaciones femeninas—, la falta de datos fidedignos durante esos mismos años inquieta nuestra imaginación. En su adolescencia lo hemos visto —apasionado y a la vez con un sorprendente equilibrio sentimental— entregado a un solo amor y al empeño de asegurar con su matrimonio el mayorazgo y la continuidad de su familia; sigue a este período, como natural reacción a la muerte de su esposa, el paréntesis del segundo viaje a Europa, amores fugaces y sin importancia, subordinados en gran parte a las exigencias de su desarrollo intelectual y a la inquietud política que comienza a precisarse en él. Si damos aquí un salto, podemos anticipar que más tarde lo encontraremos, aun en los momentos más azarosos de sus campañas, comprometido siempre en amores que en algunas ocasiones parecen duraderos y profundos. ¿Cómo no preguntarnos, pues, cuál sería su situación sentimental cuando en 1807, en plena juventud, volvió a encontrar en Caracas a tantas muchachas de su misma cultura y de su misma clase social? Según el Conde de Segur, aquellas caraqueñas eran "tan notables por la belleza de sus rostros, la riqueza de sus trajes, la elegancia de sus modales y por su amor al baile y a la música, como por la vivacidad de cierta coquetería que sabía unir muy bien la alegría a la decencia". ¿No le hicieron ninguna impresión?

¿Por qué no se volvió a enamorar? ¿Tampoco volvió a sentir siquiera el deber familiar de perpetuar su nombre y su fortuna, que asomaba al lado de su pasión por "mi señora doña Teresa"? Las jóvenes caraqueñas se harían afanosamente parecidas preguntas, cuando, asomadas a sus balcones, lo veían pasear a caballo por las empedradas calles de Caracas, durante las dulces y perturbadoras tardes tropicales. Y todavía el historiador, deseoso de penetrar en la intimidad de su personaje, tiene que preguntarse lo mismo.

Quizá en todo ello podamos ver una demostración más de que la situación política de su patria comenzaba a ser para él preocupación exclusiva y absorbente. No puede haber dudas de que era ya un revolucionario convencido; pero muchos de los compatriotas que formaban su círculo más íntimo eran crudamente reaccionarios, como sus propios tíos, los Palacios. Otros, aunque no lo fueran, después de la humillación que les había impuesto Guevara y Vasconcelos, ocultarían quizá su despecho aparentando sincera devoción al monarca. Y habría también —era inevitable— los que se sentirían desconcertados; los que buscaban, de buena fe y doloridos, cómo orientarse en medio de aquella revolución que por primera vez desbordaba de los libros y debía precisarse en hechos. No pocos de estos espíritus desconcertados se acercarían al joven Bolívar, que

por su posición y por su reciente viaje a Europa, podía darles —creerían ellos— la consigna decisiva.

En el círculo de los Ustáriz el recién llegado se encontraba ahora más cómodo, porque él también, con los conocimientos adquiridos en los últimos años, podía discutir de política y filosofía con buenas citas a la mano, opinar sobre teatro y arte, declamar versos en francés. Pero también aquel amable recinto, aunque había salido ileso del brutal reclutamiento que realizó Guevara y Vasconcelos, para "execrar" a Miranda, sentía sacudidas sus puertas por el ululante viento de la Revolución. Ya sus contertulios no podían seguir tomando como un hermoso sueño el afán reformista con que Rousseau los seducía; ni podían repetir las punzantes críticas de Voltaire como si sólo se tratase de seductoras acrobacias mentales; Hobbes los alertaba contra la revolución, advirtiéndoles que el hombre es malvado y anárquico por naturaleza y que todo lo que tienda a debilitar la autoridad omnipotente del Estado implica una regresión al desorden y a las depredaciones de las sociedades primitivas; pero, aparte de que Rousseau opinaba todo lo contrario, he aquí que Bentham no sólo confiaba en la posibilidad de sociedades ideales, sino que hasta los propios criminales se proponía redimirlos en establecimientos racionalmente estudiados.

Venezuela tenía además problemas muy suyos: la heterogeneidad racial, su escasa y dispersa población; los vicios políticos heredados de España; la ignorancia del pueblo. Pero en este último punto el temor se convertía en esperanza. Es que faltaba en realidad —argumentarían los optimistas— penetrar en aquel oceánico campo de la educación popular, el cual nadie había explorado hasta ahora. Comenzaba apenas a descubrirse en Europa que hasta la propia educación de los privilegiados había sido en extremo defectuosa, ¿cuánto no se lograría, pues, cuando, con los nuevos métodos y la sensata utilización de nuestros recursos espirituales, la educación se orientara racionalmente hacia el perfeccionamiento individual y la conquista del bien público?

La perplejidad y el entusiasmo alternaban así en los espíritus; y en los acontecimientos no eran menores las contradicciones. Cuando la Revolución Francesa se convirtió en una orgía de sangre y, por otra parte, la repercusión de aquellos extravíos desató en Santo Domingo una lucha racista devastadora, en Venezuela el sentimiento nacionalista, que a mediados del siglo aparecía claramente revolucionario, cambió de rumbo. Es innegable la reacción conservadora de los venezolanos en el asunto de las milicas de pardos, en la oposición a las Reales Cédulas de "gracias al sacar" y en la actitud pasiva que adopta la opinión pública ante el suplicio de los conjurados de 1797. Todo esto tenía por base la alarma qeu habían causado los excesos de los "ateos y regicidas" que habían aparecido súbitamente detrás de los hermosos deseos de Libertad, Igualdad

y Fraternidad. Pero he aquí que de la noche a la mañana los Borbones de España aparecen aliados a los victimarios de Luis XVI, y los hispanoamericanos se encontraban en el aprieto de que, para ser fieles a su Rey, debían sonreír a los regicidas del país vecino. Prueba tanto más peligrosa cuanto más ingenua y sincera fuera la fidelidad de estos provincianos. Con Napoleón debía suceder lo mismo: el temor que sentían estos "buenos vasallos" de que aquel conquistador extendiera su garra sobre España, se cambió de pronto en estupor al saber que los propios monarcas españoles entregaban al advenedizo la corona de los Reyes Católicos. Nueva vuelta al torniquete que les apretaba las sienes: para ser fieles al Rey era preciso —se les reclamaba— aceptar otro Rey. Carlos IV llegó en su ignominia hasta acusar a su hijo ante el Emperador francés y "no perderé tiempo —agregaba— para informar debidamente a Vuestra Majestad Imperial, a quien respetuosamente ruego me ayude con su sabiduría y consejo". Fernando VII por su parte pidió a Napoleón que lo casara con una "princesa" de la familia Bonaparte y "me atrevo a decir —prometía— que esta unión y la publicidad de mis deseos, que haría saber a toda Europa si V. M. me lo permite, pueden ejercer influencia saludable en los destinos de España y arrancar de un pueblo ciego y furioso el pretexto para inundar de sangre el suelo de su patria en nombre de un príncipe, el heredero de su antigua dinastía, que se ha convertido a consecuencia de un solemne tratado, por su propia elección y por la más gloriosa de todas las adopciones, en un príncipe francés y un hijo de Vuestra Majestad Imperial".

Muchos de estos documentos fueron publicados, en aquellos mismos días, por la propia corte española, y Miranda los insertaba, para los americanos, en *El Colombiano*, periódico que había comenzado a editar en Londres.

Otro cambio de sentimientos que consternaría a los criollos era el que se les iba a exigir con respecto a Inglaterra: ésta era, no sólo la nación "hereje" por antonomasia y la adversaria tradicional de España, sino también un enemigo que estos países siempre tenían ante sus puertas y que habían aprendido a odiar y temer con muy buenas razones. Ingleses eran casi siempre aquellos corsarios que saqueaban las nacientes ciudades de las Indias. Inglaterra armaba aquellas flotas que de golpe se apoderaban de un puerto o de una isla de población española y ya no lo aflojaban más: Curazao y Trinidad, muy cerca de Venezuela, habían caído así en su poder. Durante las frecuentes guerras entre Inglaterra y España, los buques ingleses interrumpían el comercio, y los frutos americanos se pudrían en las matas o en los almacenes; aparte de que nunca se sabía si el barco que salía cargado con ellos, en plena paz, no sería sorprendido durante la travesía por un pirata inglés fuera de toda ley, o por una declaratoria de guerra más imprevisible que una tormenta. En esas luchas "contra el inglés" se formó en Hispanoamérica un patrio-

tismo especial, basado en intereses y sentimientos que eran "nuestros" tanto como de España; y ya hemos visto con cuánto ardor reclamaban los venezolanos que ellos, y no los españoles, habían sido los defensores de La Guaira y Puerto Cabello, a mediados del siglo, contra la invasión intentada por Inglaterra. Más tarde, la actitud de Miranda, y su reciente invasión en 1806, habían permitido a las autoridades españolas inflamar ese orgullo nacionalista, y rodear de un luciferino nimbo de renegado a todo el que simpatizara con la nación blasfema, depredadora. Pero cuando el pueblo español se levanta contra la vergonzosa abdicación de sus reyes, tropas inglesas llegan a la península para auxiliarlo; y aunque españoles e hispanoamericanos olvidaran que algunos años antes, durante otra guerra análoga, Inglaterra se había apoderado de Gibraltar y todavía no lo había devuelto; aunque aparentaran creer que Carlos y Fernando eran "cautivos" del Emperador, no resultaba poca sorpresa recibir como amigos en los puertos de estas posesiones, aquellas naves británicas que siempre habían despertado odio y temor.

Agentes de Napoleón y emisarios ingleses llegaron simultáneamente a Caracas para pedir, unos el sometimiento al francés, de acuerdo con el ejemplo de los propios reyes legítimos; otros, para recordar a los criollos que el pueblo español, acaudillado por sus Alcaldes y el General "no importa quién", se había sublevado por cuenta propia y ganaba batallas al invencible.

La primera reacción de los caraqueños en 1808, cuando supieron la abdicación de Carlos IV y la renuncia de Fernando, fue, como podía esperarse, de ingenua lealtad: el pueblo corrió a las puertas del Ayuntamiento dando vivas a Fernando y mueras a Napoleón, y aquel cuerpo organizó inmediatamente la solemne proclamación del "rey legítimo": encabezados por el Alférez Real don Feliciano Palacios —el tío de Bolívar— que llevaba en alto el Real Pendón, Cabildo y pueblo reunidos recorrieron las principales calles y plazas de la ciudad gritanto: "Castilla, Castilla, Castilla, y Caracas, por el señor don Fernando VII y toda la descendencia de la Casa de Borbón". No indicaba poca decisión jurar así obediencia a unos reyes que por su parte habían abandonado tan cobardemente a sus súbditos, y bien puede decirse que los pueblos de América repetían así, sin conocerlo todavía, el ejemplo quijotesco del Alcalde de Móstoles, que al frente de su exigua aldea, por su propia cuenta declaró la guerra a Napoleón.

Aquella actitud ponía sin embargo al Capitán General don Juan de Casas en un conflicto, porque las noticias que él recibía de la metrópoli legalizaban la abdicación de Bayona. Esta es una particularidad que algunos historiadores no advierten, y por eso repiten contra Casas —y más aún contra su sucesor Emparan— la acusación de doblez y de inclinarse

a los franceses, que entonces le hacían los criollos. La perfidia venía del propio "rey legítimo" que le había cedido este título al usurpador. Categóricamente, Carlos IV escribía a Fernando: "Hijo mío, los pérfidos consejos de quienes te rodean han colocado a España en situación crítica y ya no puede ser salvada sino por Napoleón"; y Fernando, a su vez, desde su "cautiverio" felicitó a José por su ascensión al trono de España, congratulaba al Emperador por sus triunfos contra el pueblo español y hacía festejar con luminarias esas victorias. Al Capitán General de Venezuela no podía exigírsele, pues, la misma actitud que los crédulos vasallos conservaban todavía.

Sin embargo, cuando se supo en este lado del Atlántico que en España se estaban constituyendo Juntas para la defensa de Fernando y la lucha contra el invasor, Casas encontró en ello un pretexto para plegarse a los deseos de Caracas y sugirió al Cabildo formar también una Junta para esta Provincia. Naturalmente, el Ayuntamiento aceptó esta invitación, pero procediendo con más entusiasmo del que Casas hubiera deseado, propuso que la Junta tuviera dieciocho vocales, entre los cuales un representante del Cuerpo de cosecheros, uno por los comerciantes y uno por el pueblo. Por primera vez se le reconocía al pueblo derecho a participar en el Gobierno; y, además, se anticipaba que cada dos años debían efectuarse nuevas elecciones. Demasiado para el comprometido Casas; y "terriblemente peligroso y puerta abierta a las mayores perturbaciones", dirían los más reaccionarios que él.

De esa manera, también por el camino de la lealtad se desembocaba en el de la revolución. Y como, además, en semejantes situaciones nunca faltan los exaltados, un extraño personaje aparece en primera fila: don Manuel Matos, que a pesar de ser Capitán retirado de milicias y rico agricultor, "ha llegado el tiempo —proclama— en que los americanos gocemos de nuestra libertad; en la presente ocasión es necesario que salgamos de todos los españoles y quedemos sólo los criollos, y los isleños, porque éstos son buenos".

El Capitán inglés Beaver, Comandante del buque de guerra "Acasta", había sido enviado en aquellos días a explorar el estado de la opinión pública en Caracas. He aquí el juicio que trasmite: "Creo poder aventurarme a decir que son (los criollos) leales en extremo y apasionadamente adictos a la rama española de la Casa de Borbón; y que mientras haya alguna probabilidad de la vuelta de Fernando VII a Madrid, permanecerán unidos a su Madre Patria. Pero si aquello no sucediese pronto, creo poder afirmar, con igual certidumbre, que se declararán independientes por sí mismos... Estos habitantes no son de ningún modo aquella raza indolente y degenerada que encontramos en la misma latitud de

Oriente: antes parecen tener todo el vigor intelectual y energía de carácter que se han considerado generalmente como distintivos de los habitantes de regiones más septentrionales"[1].

El coronel Robertson, enviado con aquel mismo objeto a Maracaibo, opinaba también: "Todos los habitantes están muy deseosos de una estrecha e íntima unión con la Gran Bretaña; pero de ningún modo resueltos a someterse a ella. Si no sube al trono de España un príncipe de la Casa de Borbón, su deseo es hacerse independientes; y aun hoy me parece que predomina la idea de preferir constituirse en Estado soberano bajo un príncipe de su antigua dinastía"[2].

Entre su vieja lealtad, ya insostenible, y la necesidad de asumir la responsabilidad a que los acontecimientos los llamaban, oscilaba sin duda el ánimo de los venezolanos. El ambiente se caldeaba cada día más, y aunque el Gobernador Casas consideraba ya como subversivo el proyecto de establecer una Junta, los caraqueños insistieron en ello. En un nuevo intento para constituirla, descubierto a fines del mismo año 1808, aparecen comprometidas todas las familias prominentes de la ciudad, que constituían además, por sus relaciones sociales y por las extensas posesiones que tenían en Aragua, en los valles del Tuy y en Barlovento, la representación efectiva de la Provincia.

Apoyada sin embargo en su prestigio tradicional, la Real Audiencia les abrió proceso, mantuvo arrestados a los principales conspiradores, unos en su propia casa y otros en los cuarteles de la ciudad, confinó a algunos de ellos en sus fundos, y decididamente informó a España que el verdadero objeto de la intentona era "establecer la independencia de estas provincias, separándolas de la Metrópoli".

Algunos episodios que salen a luz en el proceso recuerdan el ánimo levantisco que era tradición en la oligarquía caraqueña. El Conde de Tovar había asistido a los conciliábulos "conducido en un butacón por su avanzada edad", y cuando se le toman declaraciones —ya arrestados sus dos hijos con los demás conjurados— expuso arrogantemente: "Cuatro hombres infames, a cuyos vicios sería funesto el establecimiento de la Junta, han dividido el pueblo en partidos: ellos han dicho a los europeos que nosotros tratábamos de asesinarlos, y a los pardos, que queríamos hacerlos nuestros esclavos. Los europeos se alarman contra nosotros, porque los viles sectarios del gobierno les dicen que somos sus enemigos. Los pardos aspiran a destruirnos porque se les ha hecho creer que atentamos contra su libertad. Ni los unos ni los otros tienen más culpa que la de ser excesivamente crédulos... No encuentro otro remedio para

---

1. Archivos del Gobierno inglés, Admiralty-Leeward Islands, 1808, Nº 329. Citado por Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela*, pág. 148 del tomo I; y también, con ligeras variantes, por O'Leary, tomo I, pág. LXIV de los *Preliminares*.

2. Gil Fortoul, *op. cit.*, tomo I, pág. 149.

salvarnos del precipicio a que quieren arrastrarnos los malvados, sino la prontitud en la determinación sobre la erección de la Junta Gubernativa. Y si antes la pedimos como un sistema para evitar nuestra ruina, hoy la consideramos de imprescindible necesidad... He llegado a la edad de ochenta y tres años sin mezclarme jamás en los negocios públicos, porque jamás fui testigo de uno tan importante como el presente..." [1].

Aquellos "viles sectarios del Gobierno", a quienes se refería con tan desusado lenguaje el anciano, eran sin duda los españoles residentes en la provincia, y los criollos conservadores, que serían después los más culpables de que la contienda entre los dos bandos llegara a ser implacable. Pero también aquellas palabras demuestran que los acontecimientos se atropellaban ya con ritmo de revolución. En vano la Junta Central de Sevilla declaró en enero del año siguiente que estos dominios no serían ya "propiamente colonias o factorías, como los de otras naciones, sino una parte esencial e integrante de la monarquía española". Aparte de que eso era reconocer —y hasta exagerar— la condición en que habían vivido los americanos, bien podían éstos imaginar que al regresar Fernando al trono esas bellas palabras no traerían sino persecución y muerte al que creyera en ellas. Como sucedió en la propia España a todos los liberales. Tampoco detuvo a los caraqueños que, de acuerdo con esa nueva política, se anularan las medidas tomadas contra los que habían intentado establecer la Junta. Era tal la inquietud que agitaba a todos, que, según lo que puede apreciarse en los testimonios de primera mano sobre aquellos días, no uno sino varios planes se fraguaban a un mismo tiempo por grupos diferentes, y hasta por grupos que en muchos otros aspectos rivalizaban y se veían con ojeriza.

Así se llegó hasta el 19 de abril de 1810 en que, a la antigua usanza, con el Cabildo erigido en voz de la opinión pública, los conjurados lograron deponer al Capitán General don Vicente Emparan, sucesor de Casas. También ahora, como si se tratase de uno de esos levantamientos colectivos que Lope de Vega copiaba de la España clásica, el propio gobernador Emparan dio ocasión a un episodio que exaltó más el entusiasmo. Y fue que estrechado dentro del Ayuntamiento por las demandas de los conjurados, se asomó al balcón que daba sobre la plaza pública, y pidió al pueblo dijera si estaba contento con su gobierno. "No, no", fue la respuesta de la multitud. "Pues yo tampoco quiero mando", contestó despechado Emparan, y con esta irreflexiva renuncia reconoció al pueblo como árbitro de la revolución.

Naturalmente, al sabor de solera que tiene esta escena se unen otros muy de acuerdo con los nuevos tiempos. Emparan, muy de mañana, había asistido a una reunión del Ayuntamiento en la cual le expuso éste la

1. Gil Fortoul, *op. cit.*, tomo I, pág. 156.

necesidad de establecer la proyectada Junta, pero aquel funcionario respondió que el Consejo de Regencia establecido en la metrópoli era autoridad legítima y suficiente para representar la monarquía; y precipitadamente levantó la sesión, a pretexto de asistir a los oficios religiosos que, por ser Jueves Santo, se celebraban en la Catedral. Así creyó aplazar aquel nuevo intento, pero al llegar frente a la iglesia le salió al paso uno de los más vehementes conjurados, Francisco Salias, el cual, tomándole por el brazo, le exigió imperativamente volver a las Casas Consistoriales; y como a la vez observó Emparan que su propia guardia, comandada por el capitán Luis Ponte, criollo, no se mostraba dispuesta a defenderlo, regresó de nuevo al Ayuntamiento. Sin embargo, a punto estuvo el Capitán General de salvar una vez más su situación, porque durante las primeras deliberaciones logró que él mismo fuera aceptado como Presidente de la Junta que se iba a formar y que continuaran intocadas la Real Audiencia y las otras autoridades realistas. "Pero —narra don Ramón Azpurúa— Roscio, considerado como el pensador del partido republicano, que empezaba a redactar en ese sentido el acta de la sesión, tuvo una feliz inspiración; y fue la de propender a que, por conducto del presbítero José Félix Blanco, joven y ardoroso revolucionario, fuese llamado en auxilio de los patriotas otro de los revolucionarios más notables" [1]. Era éste el canónigo José Cortés de Madariaga, chileno residente en Venezuela. El presbítero Francisco José de Ribas, y él, quedaron reconocidos como representantes del clero; los doctores Juan Germán Roscio y José Félix Sosa, se incorporaron también al cuerpo como diputados del pueblo, y poco después se les unió José Félix Ribas, que, aunque blanco y de las primeras familias de la capital, pues era hermano del presbítero Francisco José y tío político de Bolívar, se llamaba a sí mismo representante del gremio de pardos. Con el refuerzo de estos extraños personajes, que ya significaban evidentemente la revolución, las deliberaciones del Cabildo tomaron un rumbo muy diferente al que deseaba Emparan; y fue entonces cuando éste salió al balcón para la sorprendente apelación al pueblo que ya hemos narrado.

En definitiva, el Gobierno general de la Provincia quedó "depositado" en el Ayuntamiento, que aumentado con los mencionados representantes y otros que se le añadieron después, tomó el nombre de "Junta Suprema Conservadora de los derechos de Fernando VII".

Pese a esta mención del Rey que había abdicado, no podía haber dudas de que el 19 de abril era el principio de la Revolución: en la propia acta de lo ocurrido se asentaba que por la situación de la metrópoli y de

---

1. Juan Germán Roscio: *Obras*. Caracas, 1953, tomo I, pág. XXI, del Prólogo. Esa versión de Azpurúa pudo obtenerla éste de primera mano por sus relaciones con el presbítero José Félix Blanco; está bastante de acuerdo con el acta del Cabildo, y corrige la versión de Gil Fortoul y otros historiadores, según la cual Emparan encontró ya en el Ayuntamiento a aquellos desusados representantes.

acuerdo con el derecho natural, se había decidido "erigir en el seno mismo de estos países un sistema de gobierno que supla las enunciadas faltas, ejerciendo los derechos de la soberanía *que por el mismo hecho ha recaído en el pueblo*"; en un manifiesto, fechado el día siguiente, se prometía a los habitantes de Venezuela que se les llamaría "a tomar parte en el ejercicio de la suprema autoridad"; entre las Secretarías de Estado que se crearon, una debía ocuparse en las Relaciones Exteriores, a cargo del doctor Juan Germán Roscio; y, lo que era ya definitivo, menos de dos meses después, el 10 de junio, la Junta llamó a todos los pueblos de la Provincia a elecciones.

Es muy difícil precisar la participación de Bolívar en las conspiraciones que condujeron al 19 de abril. Según los expedientes levantados entonces por las autoridades españolas, los dos hermanos Bolívar, Juan Vicente y Simón, mantenían frecuentes reuniones con los conjurados en la "Cuadra Bolívar" y también en la casa de José Félix Ribas. Bolívar era también íntimo amigo de Matos, desde la niñez; y tanto, que es el único a quien envía recuerdos en la carta que a los 15 años escribió desde México y que ya hemos analizado. No quedó sin embargo probado que estuviera comprometido en los proyectos de éste. Según una declaración de don José Ignacio Casas, hijo del Capitán General, aquél supo en la noche del 27 de julio de 1808 que algo se tramaba entre las familias Bolívar, Ribas y Sojo (Palacios Sojo), por lo cual decidió hablar con Simón Bolívar, "a quien dijo estas palabras: tú sabes que soy tu amigo y te estimo aunque no te frecuento; y así me sería muy doloroso que te vieses en alguna aflicción, por lo que te estimaré no admitas sociedades en tu casa ni comensales, porque éstos te perjudican". A lo cual contestó Bolívar: "Estoy desesperado por salir de gorrones que me incomodan, yo a nadie llamo y estoy inocente de cualquier calumnia" [1]. Pero, naturalmente, no sabemos si eso sería verdad, o la natural disculpa de un conspirador que se encuentra descubierto.

En el proceso sobre otra conjuración, a fines del mismo año, parece probado en el expediente respectivo que los hermanos Bolívar eran partidarios decididos de "quitar las autoridades constituidas y establecer la independencia"; y por eso no firmaron la representación que se hizo, muy vacilante todavía [2].

Tal interpretación estaría muy de acuerdo con la actitud de ambos hermanos, y sobre todo de Simón, en los sucesos subsiguientes. Según afirma en sus *Memorias* el Regente de la Real Audiencia don José Francisco

1. Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Nº 52, pág. 616. Caracas, octubre-diciembre de 1930.

2. Es notable en este punto el documentado trabajo del doctor Angel Francisco Brice, *Bolívar en la Revolución de Abril*, incluido en su estudio *El Bolívar de Marx ampliado por Madariaga*. Caracas, 1952.

Heredia, Bolívar "fue uno de los principales que tramaron secretamente la revolución del 19 de abril, y el Marqués de Casa León me refirió que, tratando de persuadir a él y a otros compañeros suyos de los peligros que corría la provincia por aquel paso imprudente, los atrajo a una conferencia en que don José Domingo Duarte, Asesor de la Intendencia, les manifestó su error con toda la fuerza de la razón, y que Bolívar, después de oirle en silencio, contestó que *todo aquello estaba muy bien pintado; pero que él y sus asociados habían declarado la guerra a España, y verían cómo saldrían*" [1].

La inseguridad que observamos en los documentos se explica naturalmente por la que existía en los propios acontecimientos. Durante la confusa situación de 1808 a 1810 encontramos, muy significativamente, que a veces los hermanos Bolívar no estaban de acuerdo con los Toros, de quienes eran parientes y amigos íntimos; que, por el contrario, deliberan juntos individuos tan opuestos como don Feliciano Palacios, ultra conservador, y los más radicales jóvenes revolucionarios, los Bolívar, Ribas, Tovar, Salias, Montilla, etc.; el Marqués del Toro figura como revolucionario, aunque poco antes había entregado a las autoridades españolas unas cartas que le envió Miranda, y lo calificaba de "traidor". Sin contar las divisiones deliberadamente fomentadas en toda la masa de la población, por "los viles sectarios del gobierno", según la indignada denuncia del Conde de Tovar.

En cuanto al propio 19 de abril, tampoco figuraron en él los hermanos Bolívar, porque a consecuencia de otro intento abortado a principios de ese año habían sido confinados, lo mismo que los Montillas, los Toros y otros de su grupo, a diversos lugares fuera de la capital. Parece, además, que aquel movimiento se apresuró, por haber llegado la víspera dos Comisionados del Consejo de Regencia para hacer reconocer en la Provincia la autoridad de éste; en vista de lo cual, los conjurados que habían quedado en Caracas decidieron proceder sin demora. En un Manifiesto publicado por Fernando Toro en mayo de 1811, "teníamos tomadas —explica— todas las medidas necesarias al buen éxito de la empresa, cuando los caraqueños, ejecutándola el 19 de abril dejaron sin lugar nuestra tentativa". A pesar de eso, Bolívar guardó tal recuerdo del 19 de abril, que al conmemorar su décimo aniversario, en 1820, dirá en una proclama al ejército libertador: "Diez años de libertad se solemnizan este día... El 19 de abril nació Colombia" [2].

---

1. *Memorias del Regente Heredia.* Edición de París, 1895, pág. 123.
2. *Proclamas y discursos del Libertador,* Caracas, 1939, pág. 250. Para las personas no familiarizadas con nuestra historia, debemos explicar que la palabra *Colombia* tiene sentidos muy diferentes: puede significar todo el Continente Americano, y así la usa Miranda, inventor de aquel concepto; es el nombre que tomó el gran Estado que se formó en 1819 por la unión de Venezuela, Nueva Granada y la Presidencia de Quito, y es así como se la emplea en esta narración; y designa también la actual República de Colombia, o sea la antigua

Insistimos sin embargo en considerar las divergencias que separaban a los grupos revolucionarios en aquellos días, y las que existían aun de persona a persona. Se sabe, por ejemplo, que los licenciados Miguel José Sanz y Antonio Nicolás Briceño eran enemigos de Bolívar por diferentes motivos; poco después del 19 de abril, José Félix Ribas fue expulsado del gobierno y del país, porque se le consideraba excesivamente radical; veremos que, más tarde, letrados como Roscio fueron enconados adversarios de Miranda, por recelos hacia el militar que podía desplazarlos del papel directivo que habían asumido. Muy natural todo ello entre hombres que surgían repentinamente a ejercer el supremo poder político. A ese encontrado oleaje de ideales, pasiones e intereses se deberá, en gran parte, la pérdida de la primera República; y largos años de fracasos y sufrimientos transcurrirán después antes de que las victorias del Libertador, su constancia y el acierto con que sabía tocar todos los resortes del corazón humano, según su propia expresión, jerarquizaran aquellas fuerzas desatadas por la revolución y las llevaran al triunfo.

Existían además diferencias muy profundas entre los diferentes grupos en cuanto al naciente tema de la igualdad social. Ya veremos en una carta de Roscio a Bello, que comentaremos más adelante, cómo aquel Prócer, a pesar de ser mestizo, se alarmaba, o aparentaba alarmarse, por las "indiscretas murmuraciones de igualdad" que atribuía a Miranda y a los Ribas; en cuyo grupo incluye también, en otro párrafo, a Bolívar. De Ribas se sabe efectivamente que, aparte de haberse presentado el 19 de abril como representante de los pardos, solía recorrer los barrios de Caracas, cubierta la cabeza con un gorro frigio y tratando de atraer "la plebe" —como hubiera dicho Roscio— a la causa de la Revolución. Podemos suponer que Bolívar, a lo menos en gran parte, lo secundaría en esa actitud, tanto porque durante esos años iniciales estuvieron unidos en todo los Ribas y los Bolívar, como por las ideas democráticas de Bolívar en asuntos capitales como el de la esclavitud.

Por el momento al menos, el joven Simón Bolívar despertaba los mismos recelos que su tío José Félix Ribas. De tal manera que según O'Leary —que probablemente lo oyó del propio Libertador— a raíz del 19 de abril Bolívar se ofreció a la Junta Suprema para ir a Londres a obtener el apoyo o la neutralidad del Gobierno británico y "mal de su grado accedió la Junta a esta solicitud, pues muchos de sus miembros y también varias otras personas que habían tomado parte activa en el movimiento, no le tenían buena voluntad; pero habiendo ofrecido hacer los gastos de la misión y no teniendo dinero en las arcas, se vieron en la necesidad de

---

Nueva Granada, que desde mediados del siglo pasado adoptó aquel nombre. También se suele decir en nuestros días, *Gran Colombia* cuando se habla de la constituida en 1819, que duró hasta 1830, y simplemente *Colombia*, al referirse a la actual.

aceptar su generoso ofrecimiento, dándole de compañero a don Luis López Méndez, en cuya experiencia y capacidad se tenía más confianza"[1].

Ya veremos que, en efecto, contrariando las expresas instrucciones de la Junta, Bolívar se empeñó en que Miranda regresara a Venezuela, lo cual era un paso más, y decisivo, hacia el rompimiento con España.

La Junta ascendió, sin embargo, a Bolívar a Teniente Coronel de Milicias de Infantería[2]; lo cual no era poco si consideramos que el agraciado carecía de experiencia militar y que tales ascensos, según la tradición española, requerían largos años de servicios. Era en realidad un título gratuito y decorativo. Pero sería el último de esa clase para aquel mimado mozalbete, que voluntariamente abandonaba el régimen de privilegios que lo protegía, y tomaba el fragoso camino de la revolución. En cada uno de sus pasos posteriores hacia la gloria dejaría marcadas las huellas de sus pies ensangrentados. A veces, ya General en Jefe, tuvo que pelear como soldado anónimo, a lanza, entre el torbellino de una guerra a muerte. Y más ardua aún sería su conquista de la grandeza moral: vacilaciones y sufrimientos sin cuento tendría que vencer; y cuando llegó a la áspera cima, no encontró sino soledad y angustia.

---

1. O'Leary, Narración, tomo I, pág. 25.
2. Así lo trae O'Leary, *op. cit.* tomo I, pág. 25. Lecuna dice en su *Catálogo de errores y calumnias en la vida de Bolívar,* Caracas, 1956, pág. 209, que el grado fue de Teniente Coronel de Infantería; y en la misma obra, tomo III, pág. 324, dice que fue "nombrado Coronel de los Reales Ejércitos". Como ya hemos dicho, un oficial solía ser, según las distinciones usadas entonces en el ejército español, "Teniente Coronel vivo y efectivo" y, a la vez, "Coronel graduado"; después ascendía a "Coronel vivo y efectivo", etc. Esto podría explicar, en parte, aquellas contradicciones.

XIV

"UNIDA POR LAZOS QUE EL CIELO FORMO"

Para formar con Bolívar y López Méndez la misión que iría a Londres, fue nombrado con carácter de Secretario don Andrés Bello, a quien ya se le reconocía en Caracas ilustración excepcional y que para aquel cargo fue pedido por el propio Bolívar.

Nada podían obtener, sin embargo, los representantes de Venezuela de la Gran Bretaña, porque en aquel momento los ingleses necesitaban utilizar las fuerzas de España en su lucha contra Napoleón. Lisa y llanamente les manifestó, pues, el Canciller británico, Ricardo Wellesley, que su gobierno se opondría a cualquiera innovación en las provincias americanas; y poco después Inglaterra prohibió el comercio de armas en el Mar Caribe, para dejar sin recursos a los "insurgentes".

Y menos mal que en esta ocasión el Gabinete de Saint James no necesitó mentir. Dos años antes Miranda había sufrido por las veleidades de la política inglesa el más atroz de sus desengaños. Todo estaba preparado, a principios de ese año 1808, para que Inglaterra ayudara en firme una nueva expedición libertadora del venezolano, cuando la inesperada sublevación del pueblo español contra Napoleón hizo variar, una vez más, los planes del Gobierno de Londres. En efecto, si por la vergozosa entrega de Carlos IV y de Fernando VII, España parecía destinada a ser simplemente un feudo más de aquel conquistador, la formidable reacción del pueblo español cambió por completo la situación, y convertía la península en el mejor campo de batalla contra el Emperador. Inglaterra se apresuró, pues, a declarar que la nación española era su "amiga natural y aliada", y se preparó a auxiliarla.

Naturalmente, era preciso desconocer todo lo convenido con Miranda. Nada menos que el general Wellington, hermano del Canciller Wellesley y futuro vencedor en Waterloo, fue escogido para pedirle al Precursor que aplazara sus planes; lo cual era bastante halagüeño por la categoría del personaje, pero hacía más difícil su comisión, porque Wellington conocía muy bien las promesas concretas que se le habían hecho a Miranda, y lo había alentado personalmente. De paseo, a pie, por las calles de Londres, como si se tratase de una despreocupada excursión de dos amigos, llevó Wellington a Miranda para cumplir su difícil cometido. Pero mientras el inglés iba buscando mentalmente como salir del paso, Miranda, sin duda bien informado ya, apenas era dueño de sí mismo. Y sucedió que, a las primeras insinuaciones de aquél, el otro le lanzó

violentamente todas las recriminaciones que ya no le cabían en el pecho. Tan corrido se sintió Wellington, que apresuró el paso, casi huyendo de su enfurecido interlocutor. "Cuando de nuevo me reuní con él, estaba más frío", narró después; y casi sentimos el suspiro de alivio que debió exhalar. "Pienso no haber tenido nunca una tarea más difícil", confesó también [1].

El general Wellington, a punto de salir para España a la cabeza de las tropas auxiliares inglesas, tenía sin embargo una buena proposición para el venezolano:

—¿Por qué no viene Ud. a España conmigo? —le preguntó.

—No intervendré en los asuntos españoles —le respondió hoscamente Miranda.

Desde luego Wellington hubiera podido argüirle, según las declaraciones anteriores de Miranda, que en este caso no iba a combatir contra España, sino en favor de su independencia. Por eso siempre se ha considerado aquella respuesta del venezolano como una demostración de delicadeza a Francia. Pero el hecho de que precisara no querer intervenir en los asuntos españoles, recuerda sus negativas de servir en Europa contra España; ¿y podía acaso olvidar que en una ocasión parecida Inglaterra se había apoderado de Gibraltar y después se había negado a devolverlo?

Lo cierto es que si los comisionados venezolanos de 1810 hubieran obtenido del Gobierno inglés nuevas promesas, muy poca fe habrían podido prestarles.

Pero, en otro sentido, aquel viaje dio ocasión a una escena histórica que seduce nuestra fantasía. Me refiero al encuentro en Londres de Miranda, Bolívar y Bello, los tres hispanoamericanos que serían los únicos en alcanzar categoría de genios.

La acción de estos tres hombres excepcionales del Nuevo Mundo —nuevo sobre todo en relación con lo que cada uno de ellos intentaba— se iba a enlazar con una concatenación cronológica sorprendente: alrededor de 1783 comienza Miranda su apostolado de libertad y hasta que sucumbe en 1812 permanece como centro del continente que él unifica y revoluciona; en ese mismo año en que desaparece de la vida pública, se inicia Bolívar como pensador y como caudillo, con el Manifiesto de Cartagena y su primera campaña victoriosa; y precisamente cuando sucumbe Bolívar, en 1830, comienza la obra civilizadora de Bello, que también por su amplitud y perennidad lo destaca como figura sin igual en los países de habla hispana, hasta su muerte en 1865.

El más autorizado crítico español, don Marcelino Menéndez Pelayo, escribiría muchos años después: "La antigua Capitanía General de Caracas,

1. Robertson, *op. cit.*, tomo II, pág. 23.

hoy República de Venezuela, tiene la gloria de haber dado a la América Española, simultáneamente, su mayor hombre de armas y su mayor hombre de letras: Simón Bolívar y Andrés Bello".

Casi un siglo dominarían, pues, la historia hispanoamericana, sin solución de continuidad, aquellos tres hombres que en la biblioteca mirandina de Londres, la misma donde había recibido lecciones O'Higgins y adoctrinamiento político tantos otros jóvenes entusiastas, se encontraron reunidos en el verano de 1810.

Para Bolívar y Bello debió de ser un choque espiritual extraordinario el encuentro con su imponente compatriota; pero Miranda no debía sentirse menos conmovido al ver que, por fin, la América venía a buscarlo, representada por aquellos dos jóvenes de primera categoría intelectual y social.

De Bello diría Bolívar algunos años después: "Yo conozco la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío; fue mi maestro cuando teníamos la misma edad; y yo le amaba con respeto"; y aunque entre Bolívar y Miranda se abrirían más tarde divergencias lamentables, en aquel momento el novel revolucionario iba lleno de entusiasmo en busca del hombre casi fabuloso que durante veintisiete años había preparado la emancipación americana, y cuya sola presencia en Caracas podía bastar, creería él, para el triunfo definitivo de la gran empresa.

Bello, además, recluido hasta entonces en el limitado ámbito colonial, que su pobreza hacía más estrecho, se sentiría deslumbrado entre aquellos seis mil volúmenes de la biblioteca mirandina, donde a los clásicos griegos y latinos, que el propio Miranda había llenado de anotaciones marginales, se unían los autores que en política y en filosofía dirigían en ese momento el pensamiento mundial. Y por cierto que Bello, después que Miranda y Bolívar hubieron regresado a Venezuela, siguió estudiando en aquella biblioteca; prerrogativa que el destino otorgó a Miranda para que, también en ese sentido, se prolongara su acción sobre el continente hasta muchos años después de su muerte.

López Méndez era el más ducho de los tres comisionados en obtener relaciones valiosas entre los altos funcionarios y los financieros de Londres, actividad en que prestó después los más abnegados servicios a la República. "Varias veces oímos decir al General Bolívar —atestigua Restrepo en su historia— que el verdadero Libertador de Colombia era López Méndez. Aseguraba que él nada hubiera podido hacer en la célebre campaña de 1819, sin los oportunos y eficaces auxilios de toda clase que aquél le proporcionó en Londres, empeñando su propia responsabilidad, y la del naciente y aun mal afirmado gobierno de Venezuela". Por haber avalado así, personalmente, los créditos concedidos a Colombia, López Méndez sufrió en aquella ciudad prisiones por deuda: las deudas de la Patria. Y aunque regresó pobre, y así murió, jamás reclamó nada por

sus servicios. Podemos suponer, pues, que él se encargaría de ampliar y cultivar los primeros contactos que Miranda les había proporcionado, mientras los otros tres caraqueños dedicaban largas veladas a imaginar y discutir lo que sería la América. ¡Tantas cosas por enjuiciar, tantas cosas por hacer! El entusiasmo les encendía los ojos, grises los de Miranda, azules los de Bello, negros los de Bolívar, y todo el pasado, presente y porvenir del continente adquiría vida en sus palabras.

Miranda y Bolívar hablarían sobre todo de política y administración. Desde que, apenas cumplidos sus veinte años, recorría a España al frente de su compañía y le impresionaba tanto el atraso de los servicios públicos, Miranda había seguido observándolos en todos los países que recorría; y ahora, de su memoria, que parecía reproducir sin esfuerzo las notas de su nutrido archivo, iban saliendo indicaciones y proyectos —sobre minas, agricultura, canales de regadío, museos y bibliotecas, escuelas militares y técnicas, penitenciarías, aseo y comodidad en las ciudades— que Bolívar ávidamente recibía. Era preciso ocuparse también en los problemas peculiares del continente; por ejemplo, en el canal que a través de la América Central podía unir los dos océanos. Miranda ya lo había propuesto a Inglaterra desde 1790, y pensaba que también en el istmo de Panamá podría establecerse la capital del "continente colombiano".

Desde luego, para tan vastos planes era imprescindible sacudir profundamente el ánimo colectivo, que contagiado de la desidia y del favoritismo que viciaban el gobierno de la Metrópoli, podía también derivar en América hacia la política de huecas palabras y los sofismas de inacción.

Y aquí se abría para ellos la perspectiva mucho más inquietante de la organización política que debía darse a los nuevos Estados, y de la moral pública que le serviría de base. Que estos dos problemas estaban inextricablemente enlazados, lo sentían profundamente. Y por eso, el acertijo que les proponía la esfinge a las puertas de la ciudad ideal que veían ante sí, era éste: ¿sería posible, mediante nuevas instituciones políticas modificar la moral pública; o, por el contrario, debía esperarse que la moral colectiva mejorase gradualmente antes de intentar la República cabal que deseaban? ¿Tendrían que aguardar a que una sociedad más evolucionada y mejor ilustrada diera fundamento estable al Estado, o podían invertirse temerariamente los términos y fundar un Estado que fuera la base de una nueva sociedad? Quizá hubiera un camino intermedio: en sus proyectos, presentados al gobierno inglés, Miranda había previsto, entre los funcionarios claves de la organización política que pretendía, dos Censores encargados de velar por la moralidad pública, orientar la educación y mantener la pureza de las instituciones. A Bolívar le entusiasmaba esa idea y sería la base del Poder Moral que propondría después. Que en Europa, agarrotada por tantas ataduras tradicionales —rivalidades de clases, odios internacionales, prejuicios morales y religiosos— pudiera

parecer aquello un cándido delirio, no importaba! La verdad era que Europa representaba una vieja cultura demasiado cuidadosa de conservarse vieja; pero todas las audacias eran justificables en nuestra América, donde todo estaba por hacer.

Bello, entretanto, escuchaba casi siempre en silencio. Pero sus sueños no eran menos ambiciosos. Un imperativo moral e intelectual —meditaba—, debía señalarse a los nuevos países, como justificación y meta de su soberanía política: "¿No harán las repúblicas americanas en el progreso general de las ciencias más papel, no tendremos más parte en la mancomunidad de los trabajos del entendimiento humano, que las tribus africanas, o las islas de la Oceanía?"[1]. Era esa la interrogación que debía ponerse al frente de la emancipación americana. Reclamar la independencia y no saber qué hacer con ella podía ser la forma de fracaso más grotesca para nuestra América. Llamarnos naciones libres, y no obtener la verdadera soberanía —la del espíritu— significaba reducir la Independencia al gárrulo jolgorio de una noche de San Juan, en la que ingenuos y lamentables manumisos olvidan que ni la tierra que pisan es suya, porque no la han sabido trabajar; que no es suyo su propio pensamiento, puesto que carece de originalidad; y que por igual, su educación, su economía, su administración pública, y hasta el propio culto a sus héroes, no es sino una parodia frustrada de lo que debía ser en una nación verdaderamente libre.

Desde luego, debíamos comenzar —seguía pensando— por cuidar el primer instrumento de trabajo que nos había dado España: su idioma. Pocos pensaban en que abandonado el castellano a las costumbres y formas de vida diferentes que se producirían en naciones tan aisladas entre sí, quizá se convertiría en dialectos pobres y bárbaros, "embriones de idiomas futuros que, durante una larga elaboración reproducirían en América lo que fue la Europa en el tenebroso período de la corrupción del latín". Y no sería extraño que al calor del frenesí revolucionario se considerase como un feliz acontecimiento esa disgregación idiomática; ni faltarían los que con ingenua petulancia reclamaran un idioma particular para cada una de estas naciones, como signo de pujanza y ratificación de su absoluta soberanía. ¿Comprenderían al fin que salvar el idioma era

1. Me corresponde advertir al lector no especializado en historia americana que la reconstrucción imaginativa que intento sobre los coloquios de Miranda, Bolívar y Bello en Londres, se basa rigurosamente en lo que ellos dejaron escrito o intentarían realizar. La cita trascrita, por ejemplo, la tomo del discurso o Memoria de Bello como Rector de la Universidad de Chile en 1848; y sus meditaciones acerca del idioma reproducen la polémica que sostendría con Sarmiento sobre el mismo tema. Asimismo, lo que Bello señala mentalmente acerca de las leyes y la literatura americanas, el derecho de gentes, la Universidad y el periodismo, etc., sigue los contornos de lo que él mismo realizaría a partir de 1830. De esa manera anticipo en parte, y sintetizo, lo que era esencial en el pensamiento político de los tres grandes americanos que el destino reunió entonces en Londres. ¿Qué duda cabe de que tal sería el objeto predilecto de sus conversaciones?

salvar el espíritu? ¿Aceptarían que las normas del lenguaje evolucionado y rico, lejos de significar servilismo, le proporcionan acción más amplia al pensamiento; que era la única manera de seguir unidos a la cultura universal que España nos había dado?

En este punto las meditaciones de Bello se unían a las de sus dos contertulios en un propósito que los tres consideraban básico: el de la educación popular. Miranda les había hecho conocer en esos días a un pedagogo, José Lancaster, que parecía destinado a obtener resultados sorprendentes en la educación extensiva mediante un método llamado "enseñanza mutua", que permitía economizar maestros y dinero, los dos elementos de que carecía la América. Bolívar concibió inmediatamente la idea de llevarlo a Caracas y pagar de sus propios bienes los gastos de traslado e instalación. Sería, desde luego, un comienzo humilde, para salvar las primeras dificultades, pues el método lancasteriano, opinaba Bello, sólo era adaptable a la educación elemental. Pero más tarde una educación absolutamente nueva, en sus métodos y en su finalidad social y política, podría no sólo engendrar en América una vida más rica, más agradable y más justa, sino también influir a su turno sobre Europa y afianzar la democracia universal.

Bolívar hablaba acerca de la educación de las mujeres y sostenía con calor que podía ser la fuerza más eficaz para una renovación total de nuestras costumbres. Le narraba a Miranda cómo, antes de salir de Caracas, había visto a las mujeres concurrir a las primeras juntas revolucionarias y a los festejos populares: no para estimular matanzas, sino con la sobria abnegación de las heroínas antiguas. Para ofrecer sus bienes, sus maridos, sus hijos, a la causa común. Una de sus primas, de la familia Aristeguieta, escribió en ocasión memorable, a su esposo Antonio Nicolás Briceño: "Ruego a Dios que ponga tiento en tus justicias". La más adecuada insinuación al comenzar una época revolucionaria.

Desinterés y justicia. ¿Por qué no pensar que esas virtudes fundamentales podían pedirlas también nuestras mujeres durante la paz, para formar republicanos entusiastas y austeros?

Miranda les había advertido que la educación pública no estaba mucho más descuidada en América que en la propia Europa. Durante su viaje por el sur de Francia en 1789 —les refería— apenas encontró entre la gente del pueblo quien supiera leer y escribir. En cuanto a las Universidades, les mostró sus notas sobre la de Boston y la de Copenhague: ambas organizadas, según observaba, "para formar clérigos, antes que ciudadanos hábiles e instruidos".

Bolívar, a su vez, recordaba en el mismo sentido una audaz observación de Simón Rodríguez, que, como muchas otras de su maestro, podía repetir casi literalmente: "La Europa es ignorante, no en literatura, no en ciencias, no en artes, no en industrias; pero sí en política. Un velo brillante cubre

en el viejo mundo el cuadro más horroroso de miseria y de vicios. La grande obra de Europa se ha hecho sin plan, se ha fabricado a retazos; y las mejoras se han ido *amontonando*, no *disponiendo;* el arte brilla más en los *amaños* que en la combinación; las cosas más sublimes confundidas con las más despreciables hacen un contraste... bello por la perfección de las partes; pero desagradable por la impropiedad del todo".

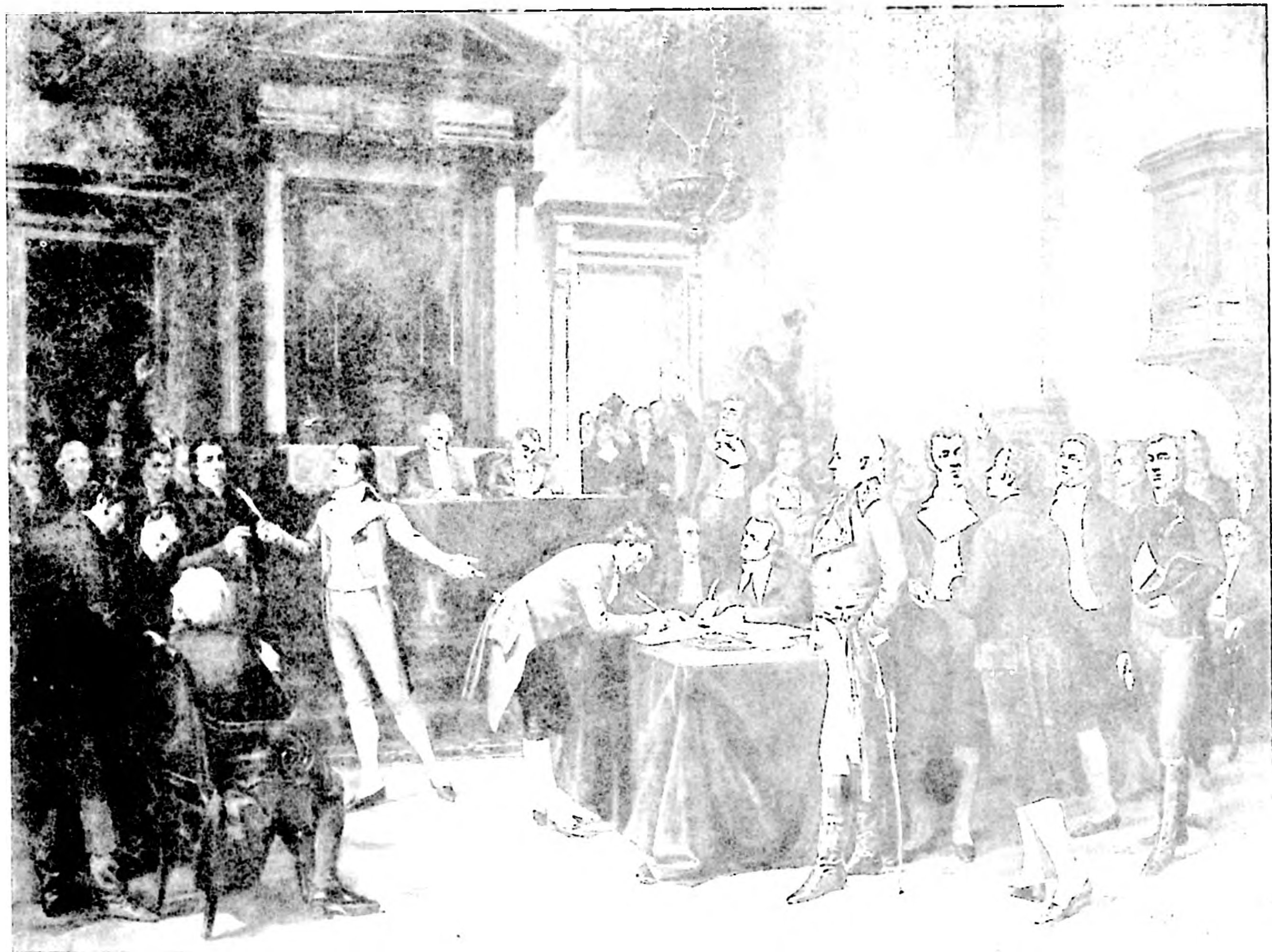
—Y pasarán muchos años, Europa tendrá que sufrir mucho, antes de que, engreída como está en su brillante escenario, aprenda a enjuiciar los errores que lleva a cuestas.

Pero todo esto les hacía volver, naturalmente, al problema del gobierno que convendría mejor a estos países. Que la política no sea, proclamaban, un zurcir cotidiano de cosas incoherentes, sino un plan de desarrollo armonioso... El sueño de la América virgen: una nueva edad de felicidad y de orden. Y Miranda, que siempre tiene a la mano su querido Virgilio, les declama:

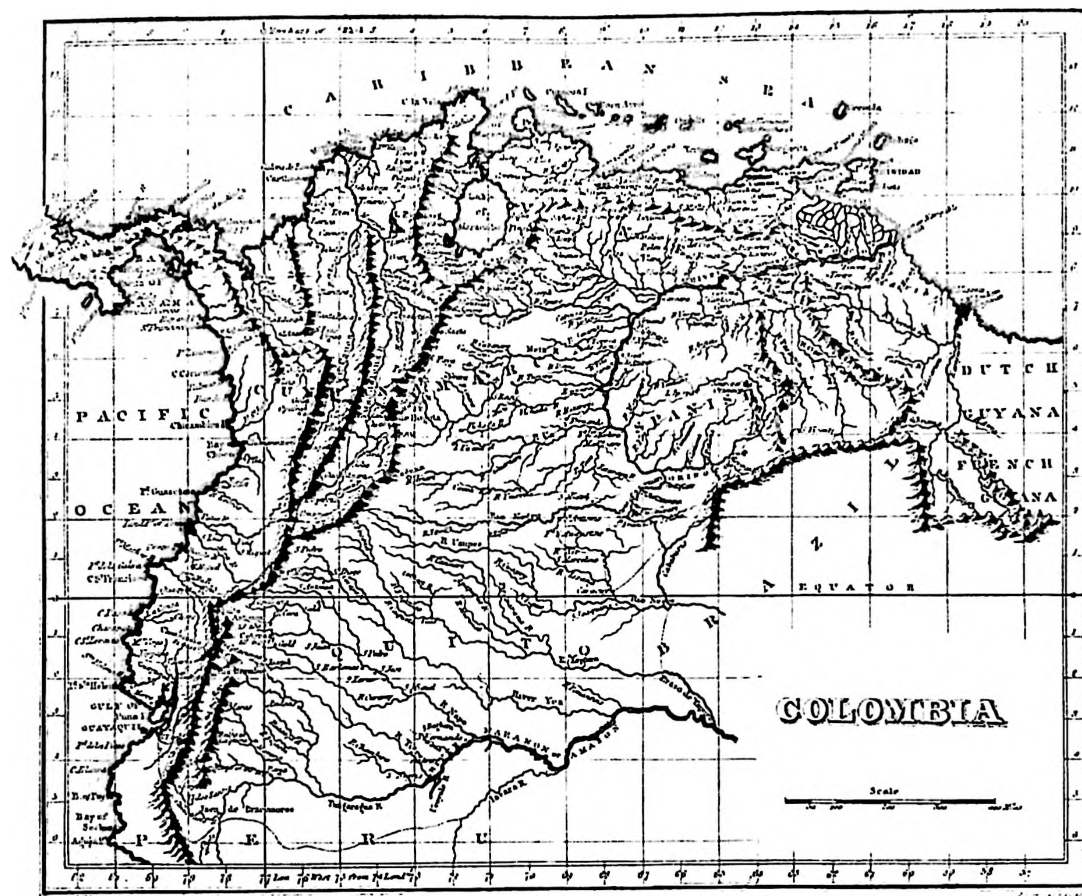
Ultima Cumai venit iam carmini œtas;
magnus ab integro sæculorum nascitur ordo;
iam redit et virgo, redevit Saturni regno.

A Bello lo conmueve el ardor juvenil del anciano repúblico. Pero aunque él también ama apasionadamente a Virgilio, vuelve a su inquieta meditación: en literatura será preciso, se dice, reaccionar contra el hábito de aceptar de Europa modelos intocables. No recibiendo pasivamente, sino incorporando lo nuestro a lo universal, seremos universales. Y en literatura, tendríamos que comenzar por el paisaje. Llevar a Europa la verdadera América. ¡Cuánto artificio en aquella naturaleza americana que Chateaubriand había puesto de moda! Era preciso darle expresión literaria al campo que en América veíamos todos los días —el cacao, la caña de azúcar, el café, el algodón, la cochinilla, el añil, los bucares y samanes—, pero con sus propios nombres y mediante imágenes directas. Así como la libertad con que se soñaba en América, no era la de la selva roussoniana ni la de los salvajes de Chateaubriand, sino la libertad ciudadana, basada en la tolerancia recíproca y la obra en común. Unir en un poema todo aquello... ¡Un Canto a la América que fuera un canto a su naturaleza, a sus héroes y a la noble igualdad en el trabajo, que sólo en el Nuevo Mundo, por primera vez, aceptaban todos los hombres!

Tampoco caer en excesivas ilusiones... Aquella riqueza cultural de los países europeos, de la cual era sólo un exponente la literatura, les había llegado a través de innumerables aportes seculares. En América, un grupo muy escaso de hombres emprendedores tendría que improvisarlo todo; aunque ellos mismos fueran autodidactos y se sintieran aislados e incomprendidos. Nuestras Universidades debían ser también academias: a



Firma del Acta de la Independencia, julio de 1811, según boceto original de Tovar y Tovar. En el primer plano, el Precursor Francisco de Miranda.
[Cortesía Pedro Grases]



Mapa de la Gran Colombia en 1827.

la vez que centros de enseñanza y de investigación, lugar de diálogo para las generaciones que se fueran formando. Quizá el hombre que las reorganizara y dirigiera, tendría que luchar también en el periodismo cotidiano para la divulgación cultural entre el pueblo, para que las obras que la Universidad produjera llegaran a ser apreciadas y dieran a sus desconocidos autores nombre e influencia.

Así, mientras paseaba su mirada por los nutridos estantes de la biblioteca, y sentía que los siglos de cultura allí acumulados eran para su espíritu, a la vez peso y alas, Bello, tembloroso por el reprimido ímpetu, ni remotamente podía sospechar que las divagaciones a que se entregaba en aquel momento anticipaban su propia vida. Menos aún podía pensar que, aunque pronto cumpliría veintinueve años, tendría que esperar veinte más para iniciar aquella obra portentosa, pues fue a los cuarenta y nueve años, en ese doblar de la esquina en que para casi todos los hombres se acerca la hora del reposo sin remordimientos, pero también sin esperanzas, cuando el destino le dio la primera oportunidad de ensayar sus fuerzas. Muchas veces había considerado con amargura, en Caracas, que los conocimientos que con tanta avidez acopiaba, apenas servirían para desempeñar un puesto secundario en las oficinas de la Capitanía General; que nunca llegaría la ocasión de trasmitirlos a sus compatriotas; menos aún, de hablar en su nombre a la América. Y he aquí que ahora tenía delante un mundo tan vasto que lo hacía desfallecer.

Necesitaban también las naciones americanas leyes nuevas. Seguir sometidas al derecho español, las conduciría al absurdo de tener que invocar a diario normas de conducta emanadas de autoridades que ya no reconocían. ¿Y no había sido, además, una de las causas del resentimiento criollo, la lentitud en los procesos y su costo exagerado, que daba siempre el triunfo al más hábil o al más rico? Todo provenía de los innumerables textos legales que debían consultarse en cada caso, de su oscuridad y de sus contradicciones. Lo indicado sería, pues, a la vez que dar leyes nuevas a la República, codificarlas según el ejemplo deslumbrante que Napoleón acababa de dar en Francia. En América, ese intento debía tener, además, un fin social que era el complemento indispensable de la emancipación: "Sin aquel paso preliminar, ni es posible que las leyes sean tan generalmente conocidas como deben serlo para que dirijan eficazmente la conducta de los hombres, ni pueden dejar de convertirse frecuentemente en medios de opresión, que los poderosos saben emplear contra los débiles, y en lazos y trampas que la codicia y el fraude arman a los incautos. Sin aquel paso previo, el laberinto de una legislación como la nuestra hará siempre ilusorias e insignificantes las garantías constitucionales..." Pero, ¿dónde encontrar los hombres eruditos y prudentes que sería preciso reunir para acometer aquella empresa que no tenía precedentes?

Así se preguntaría Bello, pero después él tomaría sobre sí la formidable tarea.

En el Derecho Internacional, América podía dar aportes más originales aún: sus pueblos estaban libres de los odios tradicionales que dividían a los europeos. Miranda y Bolívar aspiraban a la unidad continental en una sola entidad política, y que el Istmo de Panamá fuera para los americanos lo que fue el de Corinto para los griegos, decía Bolívar. Si a lo menos se lograra —reflexionaba Bello— esa unidad continental alrededor de unas cuantas normas de justicia, acatadas por todos estos países hermanos: inviolabilidad de los límites ya establecidos, el arbitraje obligatorio, Congresos interamericanos que periódicamente reajustaran y afianzaran los resultados obtenidos, defensa en común de los principios democráticos.

Temas como éste acercaban especialmente los pensamientos de los tres interlocutores. Pero también los hermanaba la preocupación —que no podían ocultarse— ante el inmediato porvenir. Si la guerra se prolongaba agravaría nuestros malos hábitos políticos, y ¿cómo pretender después que el pueblo contribuyera a afianzar la República, si durante años se le habían predicado violencias, tolerado desmanes y exigido obediencia de soldados? Una clase social como la burguesía europea, experimentada y laboriosa, no existía entre nosotros; lo poco que teníamos sería sacrificado durante la guerra. A veces nuestros males se encadenarían en círculos infranqueables: la dispersión de la población y su pobreza, los defectos de una educación poco práctica y el espíritu parasitario de las clases privilegiadas; el caudillismo engendrado por la guerra y las nuevas guerras que el caudillismo produciría; la iniquidad de la esclavitud y la dificultad de abolirla sin provocar otros desajustes.

Esos gélidos soplos admonitorios, que les hacían bajar la voz, y a veces llenaban de puntos suspensivos el diálogo apasionado, no desvanecían, sin embargo, su confianza. "Los americanos —observaba Bolívar— han subido de repente y sin los conocimientos previos; y, lo que es más sensible, sin la práctica de los negocios públicos, a representar en la escena del mundo las eminentes dignidades de legisladores, magistrados, administradores del erario, diplomáticos, generales, y cuantas autoridades supremas y subalternas forman la jerarquía de un estado organizado con regularidad". Les esperaba, pues, una época de creación apresurada que parecía exceder de las fuerzas humanas. La reorganización republicana que veían ante sí requeriría: nuevas leyes, administración de justicia eficaz, definir lo que debía ser la igualdad democrática, educación popular, prensa, ciencias y artes, agricultura, industria, comercio; y hasta los instrumentos más elementales de la administración pública, una moneda nacional, Bancos, formar funcionarios burocráticos idóneos. Y mientras se trabajara en eso, Europa no dejaría de acechar y estimular todos nuestros tropiezos, con la artera esperanza de que si fracasábamos, nuestra

emancipación carecería de justificación, volveríamos a ser tierras de reparto y conquista. Aspero y doloroso tenía que ser para la América meridional el siglo que comenzaba. Pero si en los próximos años se realizara aunque sólo fuera lo más urgente de ese enorme trabajo de improvisación, los hispanoamericanos deberían sentirse orgullosos.

Durante esas consideraciones, no siempre coherentes, el acento de Miranda no era menos arrebatado que el de Bolívar, y sólo Bello, a pesar de que por su rubicundo rostro, casi rubio, y sus ojos azules, parecía más joven de lo que era, se mostraba sosegado. Y también, cuando el diálogo entre los otros dos se llenaba de preguntas anhelantes o se detenía ante alguna oscura reticencia, era él quien lo volvía al cauce de la reflexión.

Muchas de las ideas de ese coloquio entre Miranda, Bolívar y Bello, son hoy familiares a cualquier hombre culto. Entonces, sólo unos cuantos "ideólogos" las creían realizables; y, aún varios años después, algunas de ellas eran consideradas como una novedad. Por ejemplo, las relativas al Derecho de Gentes, consagradas en parte, a mediados del siglo, en las llamadas *Declaraciones de París.*

Por el contrario, las aspiraciones sobre mejoramiento social y político, para las cuales se buscaba como base la educación de las masas, la colaboración de la moral colectiva, una participación casi directa del pueblo en la vida pública cotidiana, y estímulos morales como podían ser la influencia de las mujeres, madres y esposas, no resisten en nuestros días al escepticismo predominante. Los numerosos medios de que disponen hoy los intelectuales y los políticos para influir sobre el pueblo, se emplean más para confundirlo que para moralizarlo; en lugar de educación se le da propaganda. Se sabe que es más fácil hacer aceptar una consigna que una idea; que repetir constantemente una mentira es más eficaz que someter a la deliberación pública problemas o ideales; que el engaño, tanto como la fuerza, puede acostumbrar a las naciones a una pasividad casi absoluta. Esa es la mayor tragedia de nuestro mundo contemporáneo: que sigue creyendo en los ideales eternos de espiritualidad, justicia y libertad, pero ya no tiene fe en los medios necesarios para imponerlos. Así se explica que, por despecho e impotencia, reniegue de ellos. No sucedía así en aquellos comienzos del siglo XIX: se confiaba con igual ardor en una organización política y social nueva y en el perfeccionamiento espiritual que debía afianzarla.

Pero volvamos a la realidad inmediata que apremiaba a los cuatro patriotas venezolanos. Aparte de los compromisos de Inglaterra con el gobierno español, la tendencia predominante en el gobierno inglés era, en esos momentos, duramente reaccionaria: "Durante los largos años que van de 1793 a 1815, dice Bertrand Russell, cuando cualquier simpatía por las ideas francesas se consideraba criminal y los hombres tildados de tendencias jacobinas eran sentenciados a largas prisiones, algunos de los

whigs más prominentes continuaron expresando libremente opiniones que, como la creencia en la libertad y la necesidad de un reforma drástica del Parlamento, a gentes más humildes las hubieran llevado a una prisión" [1].

De acuerdo con esta situación, Bolívar y sus compañeros fueron tibiamente agasajados por la prensa y por algunos aristócratas; pero pronto advirtieron que era inútil insistir. Quizás desde ese momento sintió Bolívar que estos pueblos americanos necesitarían hacer su revolución a lo criollo: solos contra todos, sin armas, hambrientos, desnudos. Y así se sentía dispuesto a llevarla adelante. Pronto debía saber, además, que la misión enviada por Venezuela a Estados Unidos también había fracasado. Ni siquiera pudo comprar armas; y Juan Vicente Bolívar, que la encabezaba, murió en un naufragio al regresar de ella.

López Méndez y don Andrés Bello permanecieron en Londres, pero Miranda y Bolívar regresaron a Venezuela, por diferentes vías, en diciembre del mismo año 1810.

A raíz del 19 de abril, los dirigentes de la nueva situación no manifestaron entusiasmo alguno hacia Miranda. Es verdad que una razón muy grave los obligaba a ello: que si se declaraban en abierta rebelión llamando al anciano revolucionario, cuya cabeza había sido puesta a precio por el gobierno español, Inglaterra hubiera comenzado por no dejarlo salir de su territorio —como estuvo a punto de suceder— y hasta se hubiera unido quizá al bloqueo que sufría Venezuela. En las instrucciones de la Junta Suprema para sus representantes ante el gobierno inglés, se les advertía, pues, que aquélla consideraba a Miranda "como rebelado contra Fernando VII y bajo de esta inteligencia si estuviese en Londres, o en otra parte de las escalas, o recaladas de los comisionados de este nuevo Gobierno, y se acercase a ellos, sabrán tratarle como corresponde a esos principios y a la inmunidad del territorio donde se hallase" [2].

Sin embargo, Bolívar, López Méndez y Bello se apartaron decididamente de la medrosa conducta que se les imponía, y en su informe a la Junta no ocultan el entusiasmo y la veneración que Miranda les produce: "Desde nuestros primeros pasos... echamos de ver —dicen— los errores y peligros a que nos exponíamos, caminando aventuradamente, y nos convencimos de

1. Bertrand Russell: *Libertad y organización.* Madrid, 1936, pág. 60.

2. Los documentos relativos a la misión de Bolívar y sus compañeros fueron publicados por el Dr. Cristóbal L. Mendoza, con un estudio crítico, bajo el título *La Junta de Gobierno de Caracas y sus misiones diplomáticas en 1810.* Caracas, 1936. Don Luis Correa les agregó después los documentos copiados en el *War Office* por el Dr. Carlos Urdaneta Carrillo (Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Nº 81, Caracas, 1938); y en 1957 el Dr. Pedro Grases encontró en Bogotá, y publicó acompañado de acertadas observaciones, el informe a la Junta Suprema que en el texto comentaremos. Apunta el doctor Grases que ese informe fue escrito después de la partida de Bolívar hacia Caracas y que lo firmaría naturalmente don Luis López Méndez, pero que lo redactó don Andrés Bello, y representa, como además su texto lo indica, el parecer unánime de los tres comisionados.

que sólo por medio de Miranda, única persona a quien podíamos consultar con franqueza, nos sería fácil adquirir los conocimientos preliminares que necesitábamos". Se empeñan asimismo en destacar "la virtud y mérito de un conciudadano nuestro tan indignamente injuriado"; recuerdan que "ni aun sus enemigos se han atrevido a negarle una superioridad extraordinaria de luces, experiencia y talentos", y reiteran: "Los tiros de la envidia han atacado con particular conato sus cualidades personales; pero lo que hemos visto en Inglaterra ha sido más que suficiente para darnos a conocer el inicuo (modo) con que se le ha zaherido. Le hemos visto en conexión con personas de la primera grandeza, y con casi todos los caracteres respetables que existen actualmente en Londres. Hemos observado su conducta doméstica, su sobriedad, sus procederes francos y honestos, su aplicación al estudio, y todas las virtudes que caracterizan al hombre de bien y al Ciudadano. ¡Cuántas veces a la relación de nuestros sucesos le hemos visto conmoverse hasta el punto de derramar lágrimas! ¡Cuánto ha sido su interés en informarse hasta de los más menudos pormenores! ¡Con qué oficiosidad le hemos visto dispuesto a servirnos con sus luces, con sus libros, con sus facultades, con sus conexiones!".

Sin embargo, tres líneas, casi al final del informe, nos resultan terriblemente dolorosas, porque indican que los comisionados no temían en realidad que los méritos de Miranda fueran desconocidos en Caracas, sino la envidia y recelos que podían despertar: "El no solicita —apuntan— ninguna intervención en los asuntos públicos, él no quiere más que expirar con la satisfacción de haber visto amanecer en su patria el día de la libertad". Ya veremos la influencia decisiva que tuvo en Caracas esa actitud de Bolívar, López Méndez y Bello.

Cuando Miranda desembarcó en La Guaira, el pueblo lo aclamó; en Caracas, Bolívar lo alojó en su casa. A pesar de todos los desengaños que había sufrido, el Precursor pudo creer, pues, que al fin en su patria la revolución triunfaba.

Todas las clases sociales parecían unidas en un entusiasmo sin reservas. El primer aniversario del 19 de abril fue celebrado como "el natalicio de la revolución", según lo bautizó Antonio Muñoz Tébar, joven tribuno de extraordinaria capacidad intelectual que cuatro años después dio su vida por la patria en el campo de batalla. "El pueblo de Caracas demostró —narra otro escritor de aquellos días— el valor que daba a los felices beneficios que creía haber obtenido para él y su posteridad. El júbilo fue general. Después del servicio religioso los habitantes se dispersaron por las calles, con los vestidos de fiesta, luciendo en sus sombreros escarapelas de cintas rojas, azules y amarillas. Bandas de músicos, seguidos de danzantes, recorrían la ciudad tocando aires alentadores; los miembros del club patriótico recorrieron en procesión las calles principales, llevando banderas adecuadas a la fiesta. Las personalidades más respetables de

Caracas se sumaron al universal regocijo; y se vio a muchos grupos de indios de los alrededores cantando y bailando a su manera, con más ingenuidad que gracia. Todos los rostros reflejaban la alegría, cambiándose vivamente mutuos votos de felicidad. La noche trajo un cambio en la escena: Caracas quedó por completo iluminada, y los edificios públicos y muchas casas particulares mostraban inscripciones y emblemas que competían en ingenio y buen gusto. Las bandas de música continuaron llenando el aire de los sones más melodiosos, y a medida que declinaba el calor diurno, parecía aumentar el contento de los habitantes. Pequeños teatros montados en distintas partes de la ciudad servían de lugares de descanso donde se entretenía a la gente con farsas y canciones. La diversión se prolongó hasta altas horas de la noche, y cuando terminaron los festejos, todos los espíritus estaban animados del más vivo y grato entusiasmo" [1].

La Sociedad Patriótica, que es el club de que habla Palacio Fajardo, había llegado a ser un centro revolucionario, desde el cual se inflamaba el ánimo popular. Abierta a todas las clases sociales, unía a esta innovación otra no menos audaz para aquellos tiempos: que también mujeres de todos los rangos concurrían a presenciar sus debates, aun por la noche; y no serían ellas de los espectadores menos exaltados cuando, al terminar las sesiones, los oradores unidos al pueblo se dispersaban en grupos por la ciudad, y llevaban hasta las silenciosas calles de los aledaños su alegría, sus discusiones y proyectos.

Precisamente en ese aniversario del 19 de abril Miranda la presidía; y sin duda su arrogante presencia, sus modales exóticos, su mirada ardiente y dominadora, aumentarían el interés y la admiración del pueblo, que hasta entonces apenas lo conocía por vagas referencias. Todos sabían que durante muchos años, y aun en sus momentos de triunfo, siempre había vivido entre asechanzas movidas por las Cortes borbónicas de España, Francia e Italia; bordeando el peligro de caer en uno de aquellos calabozos del antiguo régimen que "la razón de Estado" cerraba para siempre detrás de sus víctimas con una lápida de olvido y muerte. A algunos les seduciría más escuchar de sus propios labios los esplendores y miserias de la Revolución Francesa; cómo había escapado del Tribunal del Terror, o cómo era, cuando él lo conoció, este Napoleón que ahora esclavizaba el mundo. Pero cuando de estos temas de conversación —que al fin y al cabo eran frivolidades para Miranda— pasaba a considerar los problemas actuales de la Patria, lo que era urgente hacer o evitar, no pocos se sentirían cohibidos ante el imperioso y experimentado conspirador. En algunos no se había borrado todavía la imagen del "agente de los ingleses" y a otros —quisquillosos letrados provincianos— los hería el

1. Manuel Palacio Fajardo: *Bosquejo de la Revolución en la América Española*, pág. 70. Esta obra fue publicada por primera vez en inglés en 1817; pero la cita está tomada de la edición en español hecha en Caracas en 1953.

aplomo de aquel hombre que había viajado tanto en la historia y por el mundo.

También en la Sociedad Patriótica Bolívar se hizo conocer, por primera vez, como tribuno. Su discurso en ella, el 3 de julio de 1811, es la primera de sus arengas que ha recogido la historia. Ese día, como todos los anteriores, el tema de discusión era la necesidad de decidir a los congresistas a proclamar la Independencia; y como alguien insinuara que así la Sociedad Patriótica se convertiría en otro Congreso, Bolívar le responde: "No es que hay dos Congresos. ¿Cómo fomentarán el cisma los que conocen más la necesidad de la unión? Lo que queremos es que esa unión sea efectiva, para animarnos a la gloriosa empresa de nuestra libertad; unirnos para reposar, para dormir en los brazos de la apatía, ayer fue una mengua, hoy es una traición. Se discute en el Congreso Nacional lo que debiera estar decidido. ¿Y qué dicen? Que debemos comenzar por una confederación, como si todos no estuviésemos confederados contra la tiranía extranjera. Que debemos atender a los resultados de la política de España. ¿Qué nos importa que España venda a Bonaparte sus esclavos o que los conserve, si estamos resueltos a ser libres? Esas dudas son tristes efectos de las antiguas cadenas. ¡Que los grandes proyectos deben prepararse en calma! Trescientos años de calma ¿no bastan? La Junta Patriótica respeta, como debe, al Congreso de la nación, pero el Congreso debe oír a la Junta Patriótica, centro de luces y de todos los intereses revolucionarios. Pongamos sin temor la piedra fundamental de la libertad sudamericana: vacilar es perdernos. Que una comisión del seno de este cuerpo lleve al soberano Congreso estos sentimientos".

Al mismo tiempo, se trabajaba. Miranda, que había traído la primera imprenta a Venezuela, y que después fundó en Londres un periódico, *El Colombiano*, destinado a dar calor a la independencia americana, debía sentirse conmovido al ver que además de *La Gaceta de Caracas,* que comenzó a editarse en aquella imprenta en 1808, otros cuatro periódicos habían aparecido en la capital después de la revolución, el *Semanario de Caracas*, el *Mercurio Venezolano*, *El Patriota de Venezuela* y *El Publicista de Venezuela.* Folletos y obras de propaganda o estudio llegaban con relativa abundancia del extranjero; pero, además, en la propia ciudad se publicaron *Derechos de la América del Sur y México,* por William Burke; *La Lógica*, de Condillac; los *Derechos del Hombre y del Ciudadano;* se reimprimió el *Diario Político* de Santa Fe de Bogotá, etc. Un aviso aparecido en la *Gaceta de Caracas* anunciaba una traducción del *Contrato Social* [1].

---

1. Algunos autores se complacen en suponer que sería la que, según tradición oral, realizó durante los últimos años de la colonia el sabio doctor José Vargas. En cuanto a los *Derechos del Hombre y del Ciudadano* iban acompañados de "varias máximas republicanas y un discurso preliminar", que se atribuían a Tomás Paine; pero las eruditas investigaciones

Gran repercusión tuvieron dos obras traducidas y publicadas en Filadelfia por el venezolano Manuel García de Sena: *La Independencia de la Costa Firme justificada por Tomás Paine treinta años ha* y la *Historia concisa de los Estados Unidos desde el descubrimiento de la América hasta el año de 1807.* Unas afirmaciones de Burke sobre la tolerancia religiosa desataron una polémica apasionada; y nada menos que la *Real y Pontificia Universidad de Caracas,* que más que nunca era en esos momentos Real y Pontificia —o sea reaccionaria— acordó contestar al imprudente extranjero con todo un libro, cuyo título nos hace hoy sonreír: *La intolerancia político-religiosa vindicada.*

Los pensadores criollos se mostraban muy sensatamente preocupados de los problemas sociales que debían acompañar al sacudimiento político. Muñoz Tébar, en el mismo discurso con que inflamaba al pueblo el 19 de abril de 1811, le advertía sin embargo: "Escapados de la tiranía, su vuelta nos preocupa únicamente; pero la anarquía es también la tiranía, complicada con el desorden..." El Licenciado Miguel José Sanz pedía una ley agraria que hiciese más justa y provechosa la distribución de la propiedad en los campos: "¿Por qué —escribía— algunos propietarios de ganado han de ocupar terrenos, cuya sola extensión parecerá increíble a quien no la conozca? ¿Por qué no se han de entregar en venta, o en largo arrendamiento, aquellas partes de estos territorios que están inútiles para la cría y conservación del ganado, puestas en mano de uno solo, y que multiplicarían la especie si las poseyeran diversos? El Gobierno debe considerar este punto con tanta mayor atención, cuanto que en él estriba una parte muy principal de la felicidad de la Provincia... Cuán escandaloso es ver valles y montañas feraces, pero incultos, en el dominio de un solo propietario, que por sus pocas facultades para ello, o por desidia, o por caprichos extravagantes ni los cultiva ni los vende a otros que contribuirían a la abundancia común, a su utilidad particular, y a las rentas del Estado!... ¡Ojalá que una Ley agraria, justa, equitativa y sabiamente meditada, destruyese una costumbre tan perjudicial a ellos y a los mismos propietarios!" [1].

Pero lo más importante es que Venezuela había decidido darle forma constitucional a la revolución. El 2 de marzo de 1811 se instaló el Congreso convocado por la Junta Suprema; el 5 de julio declaró la Independencia de Venezuela, y el 14 del mismo mes se publicó solemnemente el Acta correspondiente y fue izada por primera vez en Caracas la bandera nacional. Era la misma que había ideado Miranda, y la alzaron en la plaza Mayor los hijos de José María España, cumpliéndose

---

del Dr. Pedro Grases han demostrado que son de Mariano Picornell. "Además —agrega Grases— los Derechos del Hombre adoptados por el Congreso Constituyente de 1811, también publicados en hoja suelta en ese año, son los de la conjuración de Gual y España".

1. *Licenciado Miguel José Sanz,* por Juan Saturno Canelón. Caracas, 1956, pág. 126.

así la profecía de que su memoria sería honrada en el propio lugar de su suplicio. En diciembre del mismo año quedó sancionada la Ley fundamental del nuevo Estado.

Esa Constitución era, pues, la primera de la América hispana; y esta particularidad no carece de importancia. Porque en los años subsiguientes los venezolanos tuvieron que hacer frente a las expediciones más poderosas que envió España para la reconquista de América, ayudados solamente por sus vecinos de Nueva Granada; y ese terrible empecinamiento a que los obligó la guerra, y el hecho de que fueran venezolanos los Generales victoriosos que dieron remate a la emancipación americana en el Perú, elevó tanto el prestigio militar de Venezula que hizo olvidar el de sus pensadores y políticos. Como tierra de caudillos, han querido por eso glorificarla: algunos escritores, arteramente; otros, y entre ellos no pocos venezolanos, por ingenuo deslumbramiento. Es también natural, pues, que entre otros hechos, se cite que la nuestra fue la primera Constitución hispanoamericana. La verdad completa es que Venezuela se anticipó a darle base jurídica a su revolución con tanta vehemencia como demostró después para defenderla.

También fuera de esas discusiones, que a menudo llegan a ser pueblerinas, es justo señalar que aquella Constitución tuvo alcance continental, porque fijó en forma categórica que la revolución debía ser republicana y democrática. Aun antes de declararse la Independencia, cuando se discutía acerca de ella, don Martín Tovar sostuvo que ya era cuestión decidida por el Congreso, "y es la prueba —decía— que ha comisionado a algunos de sus miembros para el proyecto de una Constitución democrática". Ni la República fue, pues, en Venezuela, obra de los caudillos; ni la democracia se le impuso por los azares de la guerra; una y otra nacieron de una definición doctrinaria que aquellos fundadores de la patria sentían como la primera justificación moral de su lucha por la Independencia.

Otros principios de esa Constitución indican también las generosas aspiraciones con que comenzaba la emancipación americana. Podían ser miembros del Supremo Poder Ejecutivo —que se confiaba a un triunvirato— no solamente todos los americanos, sino también los españoles y canarios, con la única condición de haber reconocido y jurado la Independencia. La Junta Suprema se había dirigido a todos los Ayuntamientos de América, poco después del 19 de abril, excitándolos "a contribuir a la grande obra de Confederación americano-española", y envió comisionados a la Nueva Granada, para que establecieran con este país vecino un tratado de "amistad, alianza y unión federativa". La Constitución de 1811 precisó más aún esos propósitos, pues a la vez que declaraba inviolables sus preceptos, prometía "alterar y mudar en cualquier tiempo estas resoluciones, conforme a la mayoría de los pueblos de Colombia que quieran reunirse en un Cuerpo Nacional para la defensa y conservación de su libertad e

independencia". Desde luego, Colombia era para ellos y conforme al pensamiento de Miranda que ya hemos expuesto, la América española. O mejor: "la España americana". Porque esta expresión, que venía del jesuita Vizcardo, entonces se puso de moda y resultó muy feliz: ratificaba la unidad espiritual del Mundo Hispano, sin excluir la metrópoli, y, a la vez, destruía el equívoco de que la América española se llamara así por "pertenecer" a España.

También las canciones patrióticas llevaban hasta el pueblo los mismos sentimientos de unidad continental. En la que alcanzó más popularidad, escrita en esos días por don Vicente Salias y que llegaría a ser el Himno Nacional de Venezuela, se proclamaba con la ingenuidad de un villancico:

Unida por lazos
que el cielo formó,
la América toda
existe en nación.

El cielo. No sospechaban que también el infierno se preparaba a intervenir.

XV

"HERIDA EN EL CORAZON"

Como el que extraviado en las riberas de un lago, sigue apresuradamente sus orillas, y no advierte cuándo comienza a regresar al punto de partida, así los revolucionarios, por alejarse demasiado aprisa del régimen que han derribado, a veces vuelven a él por un insidioso extravío.

La República proclamada por Venezuela en julio de 1811 iba a desaparecer justamente un año después, en julio de 1812, en gran parte por esa causa. Preocupados sus legisladores por el peligro de que un gobierno fuerte se hiciera despótico, y cuidadosos de evitar también que el poder central oprimiera a las Provincias, confiaron el Ejecutivo Nacional a un triunvirato y consagraron como régimen del nuevo Estado el sistema federal, con cuerpos deliberantes en cada una de las entidades confederadas y, naturalmente, con la facultad de darse ellas mismas su propia Constitución. Precauciones éstas, desde luego, que si impedían a los gobernantes hacerse tiránicos, en la misma medida estorbaban la estabilización y defensa de la República.

En vano se opusieron a esas exageraciones algunos patriotas prudentes; entre otros, Miranda, que tenía amargas experiencias de ellas, y Bolívar, cuya visión política se manifestó desde entonces valiente y precisa.

No faltaron tampoco indicios de que graves dificultades se aproximaban. La Regencia española hostilizaba a la naciente República y había decretado el bloqueo de sus costas; también era de prever que si Napoleón lograba la completa sumisión de la metrópoli, intentaría sojuzgar estas dependencias de ultramar; las ciudades de Coro y de Maracaibo, que en gran parte dominaban el occidente del país y sus vías de acceso al mar, habían permanecido en poder de jefes españoles, que tenían a sus órdenes tropas veteranas; Guayana, en el sureste, volvió a manos de los realistas poco después de su pronunciamiento por la Patria; y en la propia Caracas, antes de finalizar el año 1810, había sido preciso sofocar un movimiento contrarrevolucionario.

Contra Coro, donde se hacía fuerte el activo Gobernador español don José de Ceballos, la Junta Suprema organizó una expedición al mando del Marqués del Toro, pero éste fue derrotado y los bisoños milicianos que formaban su ejército se dispersaron. En el oriente del país y en la Guayana, realistas y republicanos se batían con alternada suerte.

En julio del año 11 se volvió a producir en Caracas un conato de

rebelión; y la ciudad de Valencia, sublevada sorpresivamente, quedó en manos de los realistas. Lo de Caracas no pasó de una grotesca asonada de algunos "isleños" [1]; pero los rebeldes de Valencia lograron derrotar al Marqués del Toro, a quien una vez más confió su ejército el gobierno. Entonces se organizó una expedición al mando de Miranda, y Bolívar hizo en ella sus primeras armas, ya de Coronel y como Jefe del Batallón Aragua. El General Miranda, que según el escocés Semple, entonces en Venezuela, "se expuso él mismo considerablemente", cita por tres veces a Bolívar en sus partes al gobierno: para indicar que con don Fernando del Toro —que quedó herido y para siempre inválido— atacó el 23 de julio los dos puntos en donde el enemigo se había hecho fuerte; entre los oficiales que sobresalieron en esa acción; y, el 13 de agosto, para anunciar que "se ha distinguido en las diversas funciones que ha tenido a su cargo" y que, en unión del Capitán Francisco Salias, lleva al Ejecutivo informes verbales [2].

La ciudad fue tomada después de sangrientos ataques; pero a pesar de que la intentona de los canarios en Caracas había sido duramente castigada, por una de esas inconsecuencias de los cuerpos deliberantes, los rebeldes de Valencia fueron indultados por el Congreso. "La pacificación —observaría después Bolívar en su manifiesto de Cartagena— costó cerca de mil hombres, y no se dio a la vindicta de las leyes un solo rebelde, quedando todos con vida y los más con sus bienes".

Pero más funestas aún fueron las ilusiones que se hacían los legisladores en cuanto a la propia organización de las fuerzas militares: "se establecieron —narra Bolívar en el mismo documento— innumerables cuerpos de milicias indisciplinadas, que además de agotar las cajas del erario nacional en los sueldos de las planas mayores, destruyeron la agricultura alejando a los paisanos de sus lugares, e hicieron odioso al Gobierno, que los obligaba a tomar las armas y a abandonar sus familias. Las Repúblicas, decían nuestros estadistas, no han menester de hombres pagados para mantener su libertad: todos los ciudadanos serán soldados cuando nos ataque el enemigo... El resultado probó severamente a Venezuela el error de su cálculo, pues los milicianos que salieron al encuentro del enemigo, ignorando hasta el manejo del arma, y no estando habituados a la disciplina y obediencia, fueron arrollados al comenzar la última campaña, a pesar de los heroicos y extraordinarios esfuerzos que hicieron sus jefes para llevarlos a la victoria".

---

1. Isleños han llamado siempre los venezolanos a los canarios, o sea, los naturales de las Islas Canarias; a veces se les decía también isleños a los nativos de Margarita, isla del oriente de Venezuela.

2. Por la cita de Semple, ver Parra Pérez, *Historia de la primera República de Venezuela*, Caracas, 1939, tomo II, pág. 66; los partes de Miranda fueron publicados en la *Gaceta de Caracas*, martes 30 de julio y viernes 16 de agosto de 1811. Edición facsimilar ordenada por la Academia de la Historia, Caracas, 1960.

Esos fracasos minaban la moral pública, la debilidad del gobierno lo privaba del respeto que debía imponer a las masas, las privaciones materiales inherentes a todo estado de guerra sorprendían ingratamente a un pueblo que siempre había vivido en paz. Interrumpido el tráfico marítimo, tanto por el bloqueo español como por el estado de guerra en que vivía Europa; más difíciles cada día las comunicaciones por tierra, a causa de las guerrillas y el bandolerismo que comenzaban a aparecer; paralizado el comercio; arruinada la agricultura, incierto el porvenir, era natural que el pueblo considerara la escasez y las angustias que padecía como precio demasiado alto de aquellas novedades políticas que muy pocos comprendían.

Y, por desgracia, una medida tan frecuente en esos casos como calamitosa en todos, vino a colmar tantos males; y fue que, arruinado también el erario público, el Gobierno ocurrió al arbitrio del papel moneda. Penas severísimas se anunciaron para imponerlo, pero eso aumentó el pánico general sin remediar en nada la situación. Transcribimos una vez más del citado manifiesto de Bolívar: "Esta nueva moneda pareció a los ojos de los más violación manifiesta del derecho de propiedad, porque se conceptuaban despojados de objetos de intrínseco valor, en cambio de otros cuyo precio era incierto y aun ideal. El papel moneda remató el descontento de los estólidos pueblos internos, que llamaron al comandante de las tropas españolas, para que viniese a librarlos de una moneda que veían con más horror que la servidumbre".

La República estaba, pues, totalmente carcomida en su interior, cuando un Capitán de Fragata, don Domingo de Monteverde, que había llegado de Puerto Rico con alguna tropa de línea para reforzar a los realistas de Coro, obtuvo autorización para avanzar sobre el interior del país. Un indio llamado Juan de los Reyes Vargas se le pasó con las fuerzas avanzadas de los patriotas, en las cercanías de Barquisimeto; y poco después dos españoles al servicio de la República —José Martí en Guanare y Bernardo Goroyza en San Juan de los Morros— siguieron su ejemplo. Estas traiciones, y la inexperiencia de los jefes republicanos, a quienes con frecuencia se les dispersaba la tropa sin combatir, contribuyeron a crear un ambiente de imprecisa desconfianza, que en vano trataban de contrarrestar, con prodigios de valor y vigilancia, los escasos oficiales que comenzaban a hacerse veteranos.

Y entonces sobrevino la máxima catástrofe que literalmente parecía abrir la sepultura a la República agonizante. El 26 de marzo de 1812, a las cuatro y siete minutos de la tarde, un terremoto arrasó casi la mitad del país, precisamente la que estaba en poder de los patriotas y era la más poblada. Las ciudades de Caracas, La Guaira, Maiquetía, Mérida y San Felipe quedaron enteramente destruidas; Valencia, La Victoria, Barquisimeto y otras experimentaron cuantiosos daños. En Caracas se desplomaron las iglesias de La Pastora, Altagracia, La Merced, Santo Domingo o San

Jacinto, y La Trinidad. Otras, como San Francisco, sufrieron tanto que en ellas se suspendió el culto divino durante largo tiempo; la propia Catedral perdió el tercer cuerpo de su torre. Como era Jueves Santo y los templos estaban llenos de fieles, la mortandad por esa causa fue espantosa; pero, además, en los cuarteles y en las casas particulares, millares de militares y civiles quedaron sepultados bajo los escombros. En la sola ciudad de Caracas murieron cerca de 10.000 personas y durante varios días encendiéronse hogueras para quemar los cadáveres. Como era imposible atender a los heridos y enfermos, muchos de ellos perecieron en los días subsiguientes. Todavía cincuenta años después persistían en las ciudades destruidas numerosas ruinas, que recordaban a los medrosos habitantes el sin igual cataclismo.

Los enemigos de la Independencia se apresuraron, naturalmente, a interpretar que aquel desastre era castigo del cielo por la rebeldía de estas provincias, y señalaban dos extrañas coincidencias muy propias para herir la imaginación popular: que el terremoto había ocurrido en Jueves Santo, lo mismo que el 19 de abril de 1810; y que las ciudades en poder de los españoles permanecieron indemnes. Vehementes clérigos españoles recorrían las ruinas reclamando arrepentimiento y sumisión al Rey; muchos criollos y laicos —algunos sinceramente aterrorizados— se les unían; y no faltaban los que, confesando en alta voz sus pecados, o recurriendo a formas aún más grotescas de humillación, aumentaban la confusión y el sentimiento de que Dios mismo flagelaba al país rebelde.

Ocurrió entonces un incidente, que ha quedado como un símbolo en la historia de Venezuela. En medio del abatimiento general, Bolívar subió a las ruinas del templo de San Jacinto, y proclamó: *"Si se opone la Naturaleza, lucharemos contra ella y la haremos que nos obedezca"* [1].

Impías, llama a estas palabras el realista José Domingo Díaz, que era uno de los que se entregaban en ese momento a la tarea de aumentar el pánico, y afirma que a él iba dirigido el apóstrofe del futuro Libertador. Para la historia aquel desafío es, por el contrario, anticipo de la constancia con que Bolívar superó después todas las pruebas, y domeñó hasta las propias fuerzas naturales, para lograr la emancipación de América. Cuando atravesaba, derrotado, las selvas de Barlovento en 1814, ayudando con sus propias manos a la muchedumbre enloquecida que huía de Caracas, y hasta debió bajarse del caballo para tomar entre sus brazos un niño desamparado; cuando poco después veía con espanto en Nueva Granada que los republicanos, acosados en todas partes por la formidable expedición de Morillo, se dividían en ciega guerra civil; cuando en las llanuras, a veces inundadas hasta la cincha de los caballos, maniobraba en

1. José Domingo Díaz: *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*. Madrid, 1829. La cita está tomada de la reedición hecha en Caracas en 1961 por la Academia Nacional de la Historia, pág. 98.

1818 y 1819, y a su propio enemigo arrancó el magnífico elogio: "más temible vencido que vencedor"; cuando guiaba el ejército hacia el deslumbrante triunfo de Boyacá, pero comprometido todavía en los helados páramos andinos, los soldados que lo seguían, sin abrigo y casi sin alimentos y sin armas, contemplaban con terror supersticioso su inextinguible energía; cuando en 1824, en el Perú, improvisa un ejército en cuatro meses, atraviesa la Cordillera Blanca, escala senderos a 5.000 metros de altura y marcha doscientas leguas para batir en Junín al enemigo; cuando llega la hora de la reorganización civil de su gran obra y, en sarcástica antítesis, bajo la acción del caudillaje oportunista la gran Patria se divide en "patriecitas", pero su genio da entonces el salto prodigioso y anticipa en el Congreso de Panamá la unidad de todo el continente; en medio de esos cambios de fortuna, que no parecen vida de hombre, sino juegos de una escenografía fantasmagórica para confundirlo y extraviarlo, su respuesta fue siempre una misma: la que entre las ruinas de Caracas le subió espontáneamente del pecho a los labios.

Hasta en sí mismo venció a la naturaleza, al final de su vida. Porque no parecía humano exigirle que viendo derrumbarse su obra renunciara a luchar. Lo hizo, sin embargo, y su postrera explicación es una lúcida y arrogante síntesis de la altura íntima que había alcanzado: "La República —le dice a Sucre— se va a dividir en partidos; y en cualquier parte que me halle me buscarán por caudillo del que se levante allí; y mi dignidad ni mi puesto me permiten hacerme jefe de facciones". Y prefirió el destierro y la muerte.

El terremoto, unido a las desgracias anteriores, decidió el triunfo de Monteverde. "Las tropas acampadas en Barquisimeto, al mando de Jalón, se estaban preparando para marchar contra los realistas —cuenta Palacio Fajardo— en el preciso momento en que ocurrió el temblor de tierra, y gran parte de ellas quedaron enterradas bajo las ruinas de los cuarteles, que se derrumbaron cuando iban a salir, siendo su mismo jefe gravemente herido" [1]. La ciudad cayó, pues, en manos de Monteverde, sin oposición; en la vecina población de Araure el destacamento patriota que la guarnecía se negó a pelear y entregó prisionero a su jefe, el Coronel Palacios Sojo; la plaza de San Carlos, en los llanos, fue valerosamente defendida por el Coronel Carabaño, "pero la caballería de los independientes se pasó a los realistas y éstos obtuvieron la victoria". Todo el occidente del país y los llanos, donde además se habían alzado varias guerrillas, quedaron así en poder de los realistas; y como la comunicación de Caracas con el oriente era muy difícil por mar, y por tierra sólo se hacía a través de los

---

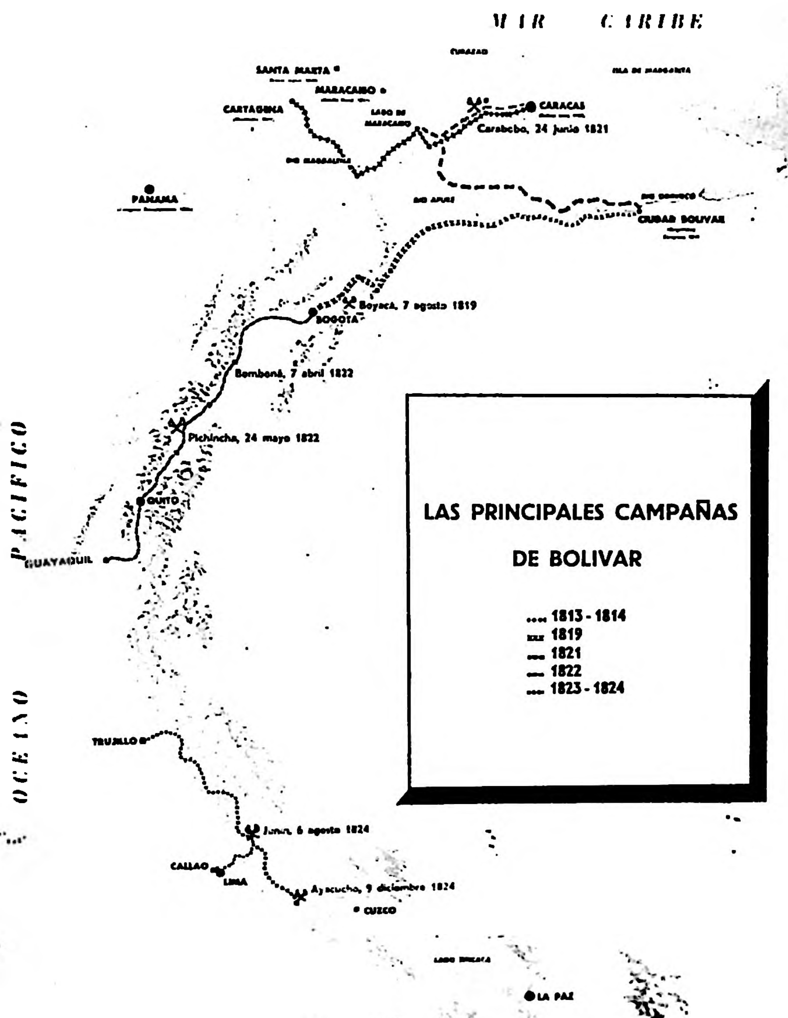
1. Manuel Palacio Fajardo: *Bosquejo de la Revolución en la América española*. El autor fue testigo de casi todos los acontecimientos ocurridos en Venezuela durante aquellos días, consecuente patriota y tan respetado por su talento y conocimientos, que el Libertador le confió la corrección y traducción al inglés de su discurso de Angostura en 1819.

mismos llanos, puede decirse que la República quedó reducida a una estrecha faja del litoral, que por el occidente apenas pasaba de Valencia, por el sur terminaba en San Juan de los Morros, y por el este quedaba cerrada por las selvas de Barlovento, muy cerca de Caracas.

Fue entonces cuando los políticos se decidieron a confiar el mando a Miranda; y ni aun entonces, como veremos, sin abandonar las contradicciones y recelos que habían paralizado la defensa de la República. Desde luego, era ya muy tarde: el 4 de abril de 1812 fue cuando el Congreso dio facultades extraordinarias al Ejecutivo, que a su vez las delegó el 23 del mismo mes en Miranda, dándole el título de Generalísimo; pero a fines de junio debían producirse los dos acontecimientos que hicieron insostenible la situación de los republicanos: el día 24, la sublevación de los negros de Barlovento, que por el oriente amenazaban a Caracas; y el día 30, la entrega a los realistas, por obra de un traidor, de la Plaza de Puerto Cabello, donde se hallaba casi todo el parque con que contaban los republicanos. La llamada Dictadura de Miranda duró, pues, apenas dos meses, y se redujo a una parte mínima del territorio nacional.

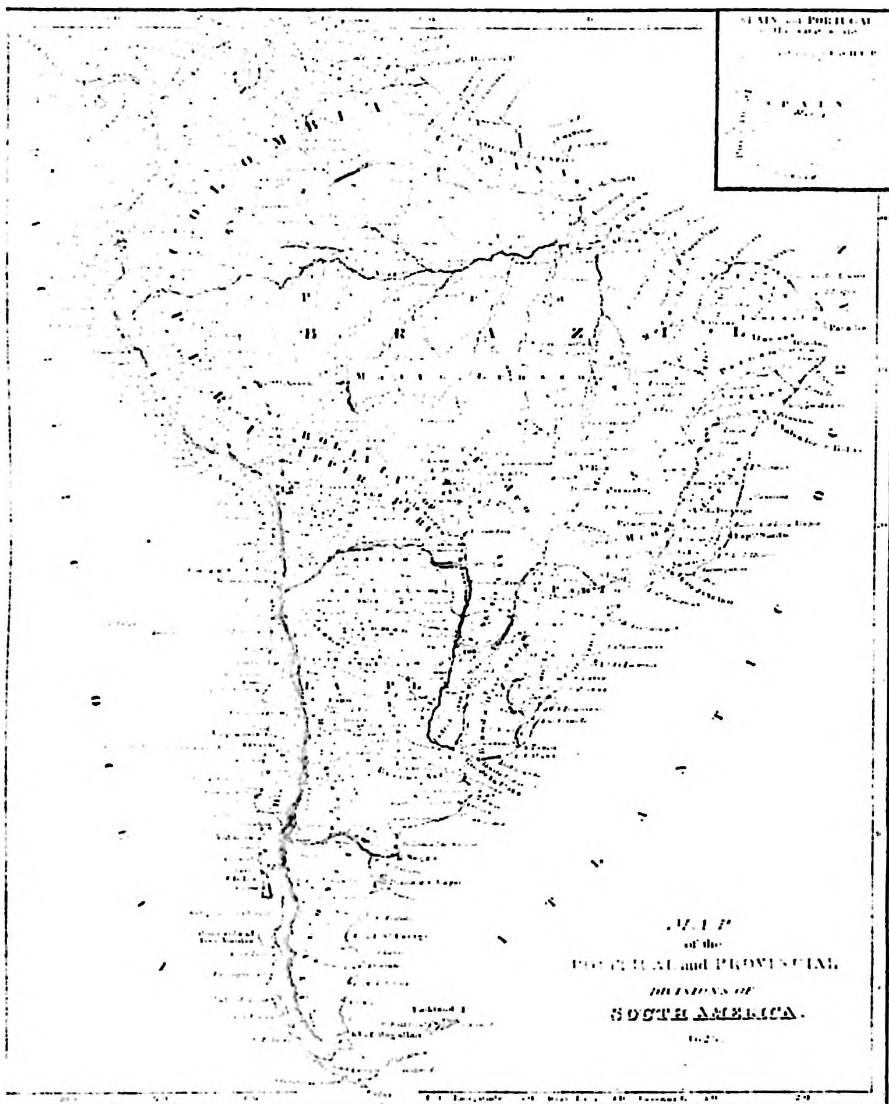
Pero aquí debemos volver atrás, para ver mejor, en relación con Miranda, aquel estado de desconcierto general que arruinó la República de 1811.

A pesar de que el Precursor había tenido gran influencia en los pronunciamientos que agitaron a las principales ciudades de la América del Sur en 1810, a través de los políticos que había formado y de los emisarios que envió a varias de ellas, paradójicamente no la tuvo en el de Caracas, por lo menos directamente. Se explica esto, en gran parte porque la propaganda desatada contra él por las autoridades españolas, para hacerlo aparecer como un "agente" de Inglaterra, fue más intensa, naturalmente, en su propia patria; con ocasión de la intentona de 1806 aquella calumnia se recrudeció con las ostentosas escenas que hemos narrado; y todo eso concurrió a que los venezolanos —unos por excesiva credulidad y otros por haber sido arrastrados por Guevara y Vasconcelos a pronunciarse contra Miranda —consideraran con desconfianza o temor el predominio que éste podía adquirir. Muchos historiadores añaden también, como causa principal de la animadversión contra Miranda, a lo menos entre la gente principal, un pleito que los "mantuanos" de Caracas habían seguido cincuenta años atrás contra el padre del Precursor, don Sebastián de Miranda, para impedirle que usara uniforme militar y bastón, a pretexto de que era comerciante. Pero esos pleitos eran tan frecuentes durante la Colonia, que sin duda aquél habría sido olvidado si la posición extraordinaria que Miranda alcanzó en ambos continentes no hubiera concitado a su alrededor nuevas intrigas; y la envidia, que en casos semejantes parece ser triste inclinación de todos los humanos.. A título de curiosidad añadiremos, además, que los prejuicios exhibidos por la oligarquía caraqueña a fines del siglo XVIII habían variado tanto, que Bolívar en 1802 no sentía ningún



Mapa de las principales Campañas del Libertador, 1813-1824.

[*Cortesía Shell*]


MAP
of the
SOUTH AMERICA.

desdoro en que se le llamara comerciante en un documento administrativo, ni nadie pensaba echárselo en cara [1].

En todo caso, aquellos errores, prejuicios y malos sentimientos que levantaban contra Miranda una muralla en su propia patria, llegaron a tal violencia, que cuando en 1808 el Precursor escribió al Marqués del Toro acerca de los acontecimientos de Bayona, el Marqués entregó la carta al Capitán General, calificando a Miranda de "traidor".

Pero más doloroso aún es que, después del 19 de abril, en la primera comunicación que la Junta Suprema dirige a Miranda en el momento de llegar éste a Venezuela, las frases de cortesía con que lo saluda están llenas de reticencias; y en lugar de darle la bienvenida con el entusiasmo que aquel abnegado revolucionario merecía, se limita a manifestarle que "las recomendaciones que han hecho en favor de usted los comisionados de S. A. en Londres, don Luis López Méndez y don Simón Bolívar", han decidido a aquella Junta a concederle "el correspondiente permiso, para que usted pueda pasar a esta ciudad, con la brevedad que guste" [2].

Ya hemos dicho que el pueblo de La Guaira recibió en triunfo a Miranda y que Bolívar lo hospedó en su propia casa. Pero en el mismo camino de aquel puerto hacia Caracas lo esperaba la primera asechanza: "un isleño que le recibió en La Guaira, y le acompañó hasta Caracas, le notó luego que hablaba mal del Gobierno de los Estados Unidos de Norte América, y que, en el tránsito de la *Venta* y de otros puntos, que exigían mejoras y reparos, se jactaba de que él todo lo compondría, como si ya tuviese en su mano el timón de la Nueva República de Venezuela".

El párrafo anterior es de una carta de Roscio para Bello fechada el 9 de junio de 1811, que puede darnos, mejor que un volumen de narración, la clave de lo que sucedió entonces en Venezuela [3]. Roscio era uno de los más eminentes —y sin duda el más influyente— de los letrados que dirigían la nueva situación política, y en esa carta deja constancia, sin advertirlo él mismo, de que existía una tácita pero implacable confabulación contra Miranda, ensañada en aislarlo, espiarlo y tergiversar todos sus actos y palabras, desde su propia llegada al país.

Después de recoger ese sorprendente testimonio de "un isleño", le va siguiendo los pasos al anciano revolucionario, y anota que el canónigo Madariaga "fue el único miembro del Gobierno que salió de la ciudad

---

1. Me refiero a una comunicación a los Ministros de la Real Hacienda sobre un cargamento enviado de la Coruña a "don Simón Bolívar de este comercio". Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Nº 143, pág. 279, Caracas, julio-setiembre de 1953. Desde luego, habitualmente, Bolívar en esa época se decía "hacendado", cuando no tenía que invocar su grado militar.
2. Juan Germán Roscio: *Obras*. Caracas, 1953, tomo II, pág. 204. Roscio firmaba aquella comunicación como Secretario de Estado.
3. Roscio, *op. cit.*, tomo III, pág. 23.

a recibirle en la bajada de la cumbre". Se regocija de que "instalado el Congreso de Venezuela, se nombraron agentes de los otros poderes y en ninguno de ellos obtuvo colocación nuestro paisano". Con igual malevolencia añade: "el día que se trataba el nombramiento de los que habían de componer el Poder Ejecutivo, esperaba Miranda en su casa las resultas. Ocho votos tuvo en la elección de los treinta y uno que formaban el Congreso". Sin duda también tenían en la casa de Miranda otro isleño que los informara, pues asegura que Miranda manifestó su dolor por aquella decepción, diciendo: "Me alegro de que haya en mi tierra personas más aptas que yo para el ejercicio del supremo poder".

Exaspera también a Roscio que el canónigo Madariaga —enviado por el gobierno a la Nueva Granada con la misión de que ya hemos hablado— "fue recomendando y aplaudiendo la persona y conducta de Miranda... mucho más lo aplaudió y recomendó en aquella capital, donde logró que sus aplausos y recomendaciones se insertasen en el periódico ministerial... estos elogios escritos e impresos con arte y maña, hicieron alguna impresión favorable en la gente vulgar y en algunos medios vulgares". Los elogios juzgados con tal rencor eran los que Madariaga había hecho publicar en Bogotá para valorizar la reimpresión de un manifiesto de Miranda sobre la emancipación americana; de modo que, ni aun para servir a la causa común podía tolerarse que indirectamente se glorificase a "nuestro paisano".

Refiriéndose a la Sociedad Patriótica, Roscio insiste en celebrar el infatigable agavillamiento contra el Precursor: "Miranda —sigue narrando— fue miembro de esta corporación desde sus principios; pero, propuesto para Presidente de ella en el mes de mayo, no tuvo votos ni para Vicepresidente". También se muestra enterado Roscio de que cuando Miranda visitó al Arzobispo iba "revestido de un tono muy religioso"; se alarma de "los chismes, cuentecillos y pasos indiscretos de nuestro paisano con respecto a la gente de color, demasiado lisonjeada con sus visitas, conversaciones y palabras significativas de ideas liberalísimas"; pero encuentra igualmente peligroso que Miranda se aproxime a las familias aristocráticas: "Vuelvo a Miranda —insiste— para decir a usted que su actual conducta trae la desconfianza de la mayor y la más sana parte del vecindario. Sus amigos más notables son los Toros, los Ribas Herreras y los Bolívares".

Esta carta es la que hemos mencionado a propósito de las divergencias entre los revolucionarios que preparaban el 19 de abril de 1810 y que quizá fueron la causa de que Bolívar no figurara en algunos de aquellos movimientos, porque, como a Ribas, se le temía por sus ideas radicales en materia de igualdad social. Y tan alarmado se mostraba el grupo conservador, que Roscio, siempre volviendo toda su narración

contra Miranda, cuenta también: "El mismo día en que se instaló el poder ejecutivo, fueron sorprendidos y arrestados algunos pardos en una junta privada que tenían acaudillada de Fernando Galindo, con el objeto de tratar materias de gobierno y de la igualdad y libertad ilimitadas. El caudillo tenía una proclama incendiaria sobre este punto; y en ella tenía Miranda un apóstrofe muy lisonjero, en tanto grado que parecía hechura suya; y esta presunción venía a cualquiera que la leyese, aunque ignorase el trato y comunicación frecuente de los dos".

Roscio no era un hombre vulgar. Aparte de la posición que entonces ocupaba, y de haber sido uno de los redactores del Acta de Independencia, se consagró por entero a la República con valor, probidad y abnegación ejemplares, hasta su muerte. Por eso causa estupor y espanto observar a través de sus imprudentes desahogos, cómo pudo establecerse un asedio tan minucioso y tan cruel alrededor del hombre que tenía cerca de treinta años luchando por la emancipación americana; cómo buscaron —y lograron— hacer sospechoso cada uno de sus pasos; lo excluyeron de cualquier actuación, y hasta sus gestiones políticas de obvia necesidad se convirtieron en motivos de suspicacia y en nuevos pretextos para inmovilizarlo.

Pero no debe extrañarnos descubrir en el subsuelo de tan grandes acontecimientos tan despreciable hormiguero de malas pasiones. Para lo que todavía tendremos que decir acerca de ello, recuérdese que en todos los países los trastornos políticos suelen facilitar el encumbramiento de hombres sin ningún valor que, naturalmente, se entienden muy bien entre sí para detener o derribar al que pretende sacarlos de sus menudos apetitos y rencores y ponerlos al servicio de una causa superior. Son muy numerosos también los que en esos momentos andan siempre como enredados entre las piernas de los grandes hombres, buscando ocasión de trepar. Y a los anteriores se suma una tercera clase que es la más temible: la de aquellos individuos que tienen carácter, talento y actividad, pero son perversos, intrigantes o envidiosos. Estos hombres son terriblemente dañinos en las épocas de turbulencia, y a diferencia de los otros que apenas son pobres diablos, sobreviven durante largos años, siempre colocados en la precisa situación de hacer el mayor daño. De todas estas categorías aparecen entonces cómplices en aquel asedio que se hacía a Miranda: un tal Mercader y un no menos desconocido Escorihuela; un "vizcaínillo Gragirena", como decía Sanz; Tejera, perverso enredador; Rafael Diego Mérida, el Malo; Miguel Peña, el eterno Yago de la República.

La carta de Roscio para Bello nos indica el ambiente que prevalecía en Caracas en junio de 1811. En julio se le confió a Miranda, como hemos dicho, el mando del ejército contra Valencia, después del fracaso del Marqués del Toro; pero la victoria que obtuvo sirvió, una vez más, para que insistieran en cerrarle todos los caminos: según el testimonio

de Palacio Fajardo, el Ejecutivo aceptó el plan de proseguir la campaña contra los realistas de Coro, propuesto por Miranda, "pero los enemigos de éste, que su último triunfo había irritado, se opusieron al proyecto por todos los medios y fueron secundados por el Congreso".

Los políticos se habían mostrado siempre hostiles a la creación de un ejército regular y permanente; pero, además, cuando un cuerpo era requerido para salir a campaña, se debía examinar antes de que marchara si tenía el carácter de milicia, tropa de la confederación o fuerza provincial; porque de esto dependía que saliera o no, y que se le empleara solamente en la defensa de la ciudad, en los límites de la Provincia, o para la defensa de todo el país. Según el prócer Espejo se llegó hasta multiplicar los licenciamientos para impedir que Miranda adquiriera efectivo poder [1].

Demasiado extenso resultaría seguir en todos sus pormenores esa inflexible obstrucción. Por lo demás, se aprecia mejor en sus últimos episodios, y presentándolos tal como se acumularon dramáticamente hasta la víspera de la capitulación.

Hemos señalado que Miranda recibió teóricamente el poder, con el título de Generalísimo, el 23 de abril de 1812, un mes después del terremoto y de la pérdida de Barquisimeto; y añadamos, como dato muy significativo, que aun en esos extremos, se lo habían ofrecido primero al inevitable Marqués del Toro. Pero aun después de aquella fecha, es fácil observar que la llamada Dictadura de Miranda, para la cual no contaba éste con un ejército propio que lo ayudara a imponerla, nada pudo contra las interminables intrigas que entorpecían su acción. El 16 de mayo el Generalísimo tiene que invitar al Gobierno Federal y al de la Provincia de Caracas a una conferencia para que cese la anarquía de los poderes públicos, pero sus adversarios quieren impedir que se le oiga, y el licenciado Sanz comenta con amargura: "Negarse a un paso que no se niega a los mayores enemigos!" [2]. Por fin se obtiene la suspensión de la Constitución y que se establezca la Ley Marcial que autorizaría al Dictador para nombrar los jefes militares; pero a mediados de junio todavía se negaba el gobierno de Caracas a aceptar aquella ley y proponía nuevas conferencias con el Generalísimo y los representantes del Gobierno Federal.

Hasta Roscio, que tan injusto había sido con Miranda, y que atraído por éste fue enviado a Caracas, en unión de Madariaga, para tratar con el "Gobierno Provincial y su Honorable Cámara", se exaspera y tiene que confesarle al Generalísimo: "Aún no hemos obtenido contestación

---

1. Habrá observado el lector que he preferido seguir el testimonio de los hombres que presenciaron aquellos acontecimientos, como Bolívar, Palacio Fajardo, Roscio, Espejo, etc. Aprovecho también, abundantemente, los datos aportados por el eminente historiador venezolano C. Parra Pérez en su *Historia de la Primera República de Venezuela*, Caracas, 1939.

2. *Biografía del Licenciado Miguel José Sanz*, por Juan Saturno Canelón. Caracas, 1956.

de ésta (la Cámara), por más que la solicitamos con la urgencia propia de las circunstancias peligrosas en que se halla la Patria, esperando de vuestro patriotismo, de vuestro valor y pericia militar, su salvación y el goce de su independencia y libertad". El coronel Juan Nepomuceno Quero, nombrado Gobernador Militar de Caracas, no lograba que se le obedeciese y "jamás —dice un testigo presencial— he visto a hombre más exaltado ni que hiciese mayores extremos por no poder hacer cumplir sus órdenes, pues poco le faltó para llorar de coraje".

Hasta la correspondencia del Generalísimo la detenían maliciosamente, y en una reunión de los Poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial de la Provincia de Caracas, que se efectuó a fines de mayo, se injurió a Miranda y se hizo correr la voz "que habían acabado con él".

Los que de buena fe desean apoyar al Generalísimo se desesperan inútilmente: el licenciado Miguel José Sanz denuncia "la indecente y grosera desconfianza y rivalidad" de los políticos, y Espejo habla de "la maldita Cámara de Caracas". Luis Delpech, a pesar de ser cuñado de los Montillas y éstos enemigos de Miranda, se ocupa ardorosamente en ayudarlo; pero "todos, mi general, excepción hecha de un pequeño número, parecen conjurados para destruir la Patria que Ud. quiere salvar", le escribe el 12 de junio.

No por eso desmayó Miranda. Enérgicamente trató de remediar la situación económica que, con el terremoto, había sido la causa del derrumbe espiritual del país. Comienza a disciplinar el ejército, bien utilizando los pocos oficiales veteranos de que disponía (por desgracia, casi todos extranjeros, lo cual fue pretexto de nuevas críticas), bien estimulando a los inexpertos criollos que comenzaban a destacarse, Ribas, Bolívar, Ayala, Soublette, Carabaño, Paz del Castillo. Desde su llegada había tratado de acercarse al pueblo y neutralizar al alto clero, según hemos visto en la carta de Roscio. Conferencia también con sus adversarios; a algunos de ellos los llama a su lado como consejeros y se los gana; a los menos delicados los entretiene con empleos y comisiones. Numerosos fueron también los civiles y militares que conquistó austeramente haciéndoles ver de cerca las miserias, asechanzas y disparates que destruían la República; y casi todos ellos —de primera calidad moral— dejarían más tarde constancia de su admiración por el Generalísimo.

Después de haber tomado a Barquisimeto, Monteverde avanzó sobre Valencia, y esta ciudad cayó en su poder en una forma que es muy característica de todo lo que sucedió durante aquella campaña. En el sitio de Los Colorados, cerca de la ciudad, los republicanos, mandados por Miguel Ustáriz y Miguel Carabaño, esperaban al jefe realista con mil trescientos soldados que, aunque bisoños y mal armados, superaban en número a los del enemigo. Pero el jefe de la caballería patriota —un tal Juan Montalvo, español que aparentaba servir a la República— había

ya convenido con Monteverde en pasarse a su campo. Y así lo hizo en efecto, en plena acción. Los republicanos, naturalmente, fueron derrotados y se desbandaron. Desde luego, cada episodio de estos desmoralizaba más a los bisoños patriotas; y así no es de extrañar lo que pasó poco después. Ustáriz, enfermo y al frente de otras tropas reunidas de prisa, quedó encargado de defender a Valencia, mientras Miranda —retenido hasta entonces en Caracas por las negociaciones políticas y la necesidad de reorganizar el ejército— proyectaba, angustiado, ir en su auxilio. No tuvo tiempo: "Al aproximarse los corianos —narra Parra Pérez apoyado en documentos de la época— el pueblo se había declarado contra la República y los soldados patriotas que salían aislados por las calles eran asaltados y muertos. Atemorizado, Ustáriz resolvió evacuar la ciudad, e hízolo con precipitación, destruyendo inconsideradamente gran cantidad de abastecimientos de toda suerte, y la pólvora y los cartuchos que no envió a Maracay".

Ustáriz era inteligente, valeroso, y su patriotismo insospechable. Pero carecía de experiencia militar. Muchos años más de reveses y sufrimientos se necesitarían para hacer una debida selección entre aquellos improvisados oficiales, que sin otro título que su abnegación salieron entonces a mandar las tropas republicanas. Al propio José Félix Ribas, que sería después el Invencible, tuvo que escribirle Miranda en aquellos días: "Oiga usted a esos viejos oficiales que están acostumbrados a la guerra, oiga usted sus órdenes, oiga su propio honor y su buen juicio. No se deje usted sobrecoger de los informes de hombres pusilánimes. Retomen ustedes su puesto, que es una vergüenza lo pasado". Se refería el Generalísimo a otro caso muy parecio al de Valencia: replegados los patriotas al Portachuelo de Guaica, rechazaron victoriosamente los ataques de Monteverde; pero inexplicablemente una junta de oficiales resolvió dejar aquella fuerte posición y replegarse a Yuma. Ribas no había tenido culpa alguna en esto, servía lealmente a Miranda y poseía valor y capacidad militar excepcionales; pero estas últimas dotes comenzaba a mostrarlas, y Miranda, naturalmente desconcertado por lo ocurrido, prefirió mandar a dos oficiales cuya experiencia conocía, pero que eran extranjeros —Mac Gregor y Du Cayla— para restablecer la posición. Afortunadamente, Ribas ya la había recuperado, y no se ofendió por la decisión de Miranda, aunque insistió en justificar el error que se había cometido.

¿Dónde estaba entre tanto Bolívar? Sólo se sabe que después de su primera acción de armas, contra Valencia, permanecía en San Mateo, inactivo en el fundo que allí poseía. ¿Por qué? Esta interrogación no ha podido contestarla todavía la historia documental. El doctor Cristóbal Mendoza, venerable Prócer que fue el primer encargado del Ejecutivo plural de la República, dejó escrito que Miranda consideraba a Bolívar "un joven peligroso" y había pedido cuando organizaba la primera expedición contra Valencia, que se le alejara del ejército con cualquier pre-

texto [1]. Pero esta versión, que es la que han seguido casi todos los historiadores venezolanos, necesitaría serias explicaciones para ser admitida. Bolívar se había empeñado en traer a Miranda de Londres, contrariando en eso la deliberada frialdad de la Junta Suprema y la hostilidad de los políticos que entonces gobernaban; lo alojó en su casa, y, separándose también del viejo antagonismo que sus parientes los Toros mantenían contra Miranda, se dedicó a hacerle ambiente favorable entre el pueblo de Caracas. También le abrió acogida en las otras familias de su parentela, los Ribas, los Herreras, etc. Además —y es lo más importante— todos los documentos de aquella época demuestran que Miranda y Bolívar manifestaron iguales opiniones en los puntos capitales que decidieron la suerte de la República: contra la débil Constitución del año 11, que estableció el gobierno federal y consagró el triunvirato ejecutivo; contra el despilfarro administrativo y el papel moneda; en pedir que se expedicionara contra los realistas de Coro, antes de que se hicieran más fuertes; sobre la urgencia de crear un ejército regular y unificado, en lugar de las deleznables milicias ciudadanas; en las medidas de severidad que era imprescindible aplicar contra los conspiradores, los que robaban al erario público y los que introducían la anarquía en el ejército y en las altas esferas públicas. A pesar de esos lazos tan fuertes que los unían, ¿podían separarlos irreflexivas antipatías temperamentales o divergencias secundarias sobre la conducción de las operaciones militares? De esta índole son las explicaciones que dan todos los historiadores inclinados a seguir aquella tradición; y el doctor Lecuna —el más eminente de los críticos bolivarianos— puntualiza que fue la "diferencia de apreciaciones militares" la causa de la ojeriza de Miranda contra Bolívar. ¿Pero qué valor podían tener las opiniones militares de Bolívar en el momento señalado por Mendoza, o sea antes de la expedición sobre Valencia, cuando se trataba de llevarlo a participar en su primera acción de armas?

Si recordamos que los dirigentes del 19 de abril no se sentían, en absoluto, inclinados a darle a Bolívar puesto en la revolución; que Ribas fue separado del gobierno a raíz de aquella fecha, y que muchas veces se intentó relegarlo al comenzar la guerra; y que a Miranda, aún después de habérsele confiado la Dictadura, el gobierno le discutía tozudamente el derecho de dar grados y puestos militares, ¿no sería más lógico suponer que Miranda, Bolívar y Ribas eran el blanco de una misma intriga política? Roscio señalaba con malignidad, en su carta a Bello, que estaban unidos y formaban un grupo poderoso; sabemos, además, que los tres eran de esos militares capaces, expeditivos y a veces excesivamente severos, que los hombres civiles ven con desconfianza y temor.

1. Citado y comentado por Lecuna, en *Catálogo de errores y calumnias en la historia de Bolívar*, tomo II, pág. 215.

Lo cierto es que, a pesar de las supuestas divergencias entre Miranda y Bolívar, aquél envió un oficial a San Mateo y después fue personalmente, para ofrecer a Bolívar el mando de la plaza de Puerto Cabello; aunque el doctor Cristóbal Mendoza y los que se adhieren a su parecer juzgan que esto fue también una treta de Miranda, para alejar a Bolívar de las operaciones "condenándolo a la inacción".

Ya veremos en carta del propio Bolívar la importancia que tenía en esos momentos Puerto Cabello; pero, en todo caso, es evidente en estos juicios el anacronismo de considerar en esos momentos a Bolívar como el futuro Libertador. La verdad es que Bolívar no tenía entonces en su hoja de servicios sino una acción de armas, y objetivamente no era sino uno de los tantos oficiales que, ascendidos precipitadamente al iniciarse la República, a veces acertaban por su arrojo, pero no podían ser considerados como jefes seguros y experimentados.

Afortunadamente, el mismo Bolívar no estaba engreído, ni experimentó el resentimiento que sienten los que caen en aquel anacronismo. Cuando supo el peligro en que estaba Valencia, corrió a Maracay y escribió sobre la marcha a Miranda: "Me voy al instante a animar las tropas que están en La Cabrera. Yo he sacado estos pueblos del abatimiento en que estaban. Espero lograr lo mismo con las tropas. Contésteme Ud. a La Cabrera dando las órdenes que tenga a bien. Su súbdito y amigo, Bolívar. Me parece que Ud. hará un bien inconcebible con presentarse por estos países. *Ut supra*" [1].

Entretanto, el español Antoñanzas había ocupado a San Juan de los Morros, lo cual amenazaba por el sur la extensa línea patriota entre Caracas y Guaica. Hacía además inútil esta última posición, porque ya no se podía pensar en emprender desde ella la recaptura de Valencia. Miranda decidió, pues, concentrar sus fuerzas en el pueblo de La Victoria y allí esperó a los realistas.

Desde el 20 al 29 de junio lo atacó Monteverde; y en este último día, reforzado con las tropas de Antoñanzas y otras, veteranas, recién llegadas de Puerto Rico. Sin embargo, los patriotas lo rechazaron causándole cuantiosas pérdidas, y llegó a estimarse ese triunfo como una victoria definitiva. Comenzaba a apreciarse, sobre todo, que el valor y el entusiasmo de los republicanos podían suplir en gran parte lo que les faltaba en conocimientos: "Sin concierto ni formación alguna —observó el coronel Austria— llegaban los infantes al fuego armando sus fusiles; la artillería movía sus piezas y trenes con urgente velocidad; los oficiales y jefes llenos de valor y sin atender al puesto que les correspondía, con noble disputa del peligro, enardecían a la tropa. El Generalísimo mismo, a la cabeza de algunos lanceros, se arrojó a lo más reñido de la refriega:

1. *Cartas del Libertador*, tomo XII, pág. 22.

todos avanzaron con heroico denuedo y de consuno, hasta obligar a los realistas a buscar su salvación en una desordenada y vergonzosa fuga". Y el padre Martel, también testigo presencial, anotó que los soldados admiraban "la serenidad y semblante risueño que mostraba Miranda".

Pero el Generalísimo no quiso dejarse arrastrar por aquella exaltación que animaba a su gente, y cuando todos pedían que se persiguiera al enemigo y se iniciara una ofensiva general, hizo volver el ejército a la plaza y comenzó a fortificarla para la defensiva. Obedecía así al temor de que aquellas tropas, si volvían a campo abierto y en gran parte era preciso dispersarlas en operaciones parciales, cayeran de nuevo en los errores y sufrieran las deserciones y felonías que tantas veces él había presenciado. Se propuso, pues, disciplinar y adiestrar a oficiales y soldados, al amparo de aquella plaza fuerte, formar aquel "ejército profesional" que tanto él como Bolívar habían pedido en vano a los políticos. Y con razón el historiador Parra Pérez hace esta comparación, aunque no refiriéndose en concreto al episodio de La Victoria: "Miranda emprendió la organización de su ejército con el mismo espíritu que San Martín, como él militar de profesión, realizó la de las tropas, que en 1814 le confió el gobierno de Buenos Aires, en Tucumán. Después de la derrota de Belgrano, San Martín hizo un campo atrincherado y se dedicó a instruir a oficiales y soldados. Lo mismo y con el buen éxito que se conoce, efectuó el General argentino en Cuyo. Sólo que las tropas de San Martín no desertaban y los realistas estaban lejos".

Los patriotas, enardecidos por su reciente triunfo, hubieran preferido, sin embargo, una de aquellas campañas fulgurantes que después realizaría Bolívar; y los que ya le habían criticado a Miranda el repliegue a La Victoria, se mostraron verdaderamente desesperados al ver que el Generalísimo se negaba a aprovechar el entusiasmo general.

Ignoraban que aun para aquel desesperado intento era ya tarde. El último ataque de Monteverde a La Victoria fue el 29 de junio, y precisamente al día siguiente un traidor sublevó parte de la guarnición de Puerto Cabello, libertó a los prisioneros realistas, y desde el castillo de que se había apoderado, dominó la ciudad. Amargamente anota Palacio Fajardo, también angustiado espectador de aquel drama: "La sabia conducta de Miranda comenzaba a restablecer el orden en Caracas y la disciplina en el ejército, cuando los españoles prisioneros en la ciudadela de Puerto Cabello se apoderaron de ella..."

Como hemos dicho, Bolívar era el Comandante de aquella plaza, y para defenderla hizo cuanto pueden hacer la desesperación y el valor. Pero lo que allí le ocurrió fue, en pequeño, lo que a Miranda le sucedía en escala nacional. El Cabildo de la ciudad obstaculizaba todas sus medidas y si él lo hubiera violentado, habrían formado escándalo las acusaciones de despotismo que ya se le hacían; varios oficiales eran incapaces o

conspiraban abiertamente, pero ni tuvo tiempo para seleccionar entre ellos los mejores y leales, como después lo haría por sí misma la guerra, ni sabía con quién sustituirlos sin correr el peligro de confiarse en otros peores.

El propio Comandante de la Artillería republicana, Domingo de Taborda, "capitaneaba un partido popular, hostil a la autoridad pública", y el Cabildo llegó a estar comprometido en "el lance de prender a Bolívar", según las palabras del traidor Fernández Vinoni que encabezó la rebelión [1].

Dentro de esa situación los reproches que en varios pormenores se le han hecho a Bolívar después —que ha debido tener los prisioneros en la plaza y no en el castillo; que él debió permanecer en éste y no en aquélla; que mantenía abiertas las puertas de las prisiones, según algunos, y que oprimía demasiado a los presos, según otros— resultan evidentemente baladíes.

Durante siete días combatieron Bolívar y los suyos por salvar la plaza, a pesar de que los realistas recibieron refuerzos de Valencia, y de que el Castillo, que era inexpugnable, los dominaba con sus fuegos. "Los soldados —dice Bolívar en el parte oficial— afligidos al verse rodeados de peligros, y solos en medio de ruinas, no pensaban más que en escaparse por dondequiera; así es que los que salían en comisión del servicio no volvían, y los que estaban en los destacamentos se marchaban en partidas".

El Cabildo intentó arteramente que Bolívar capitulase, "a lo que contesté —narra éste en la misma comunicación— que primero sería reducida la ciudad a cenizas, que tomar partido tan ignominioso, añadiendo que jamás había tenido tantas esperanzas de salvar la ciudad, como en aquel momento en que acababa de recibir noticias favorabilísimas del ejército, y que el enemigo había sido batido en Maracay y San Joaquín; y para más apoyar esta ficción, hice publicar un boletín anunciando estas noticias, haciendo salvas de artillería y tocando tambores y pífanos, para elevar de ese modo el espíritu público que se hallaba en abatimiento extremo. Logré un tanto mi designio, y se concibieron por entonces esperanzas de salud".

Pero al cuarto día comenzaron a sufrir los tormentos de la sed; y aunque hicieron excavaciones en la plaza, sólo encontraron agua salobre. El día 6 de julio ya sólo quedaban al lado de Bolívar cuarenta hombres. Tuvo, pues, que abandonar la ciudad y se embarcó para La Guaira.

Su desesperación era extrema. El 12 de julio es cuando se atreve a

---

1. Vicente Dávila: *Investigaciones Históricas*, tomo I. Es el estudio documental más valioso entre los muchos dedicados a la pérdida de Puerto Cabello. Ver asimismo Lecuna, *Catálogo...*, tomo I, pág. 215; y el parte oficial de Bolívar, en *Cartas del Libertador*, tomo XII, pág. 24.

escribir a Miranda, y le dice: "Mi general, mi espíritu se halla de tal modo abatido que no me siento con ánimo de mandar un solo soldado; mi presunción me hacía creer que mi deseo de acertar y mi ardiente celo por la patria, suplirían en mí los talentos de que carezco para mandar. Así ruego a Ud., o que me destine a obedecer al más ínfimo oficial, o bien que me dé algunos días para tranquilizarme, recobrar la serenidad que he perdido al perder a Puerto Cabello; a esto se añade el estado físico de mi salud, que después de trece noches de insomnio y de cuidados gravísimos me hallo en una especie de enajenamiento mortal. Voy a comenzar inmediatamente el parte detallado de las operaciones de las tropas que mandaba y de las desgracias que han arruinado la ciudad de Puerto Cabello, para salvar en la opinión pública la elección de Ud. y mi honor. Yo hice mi deber, mi general, y si un soldado me hubiese quedado, con ese habría combatido al enemigo; si me abandonaron no fue por mi culpa. Nada me quedó que hacer para contenerlos y comprometerlos a que salvasen la patria; pero, ah!, ésta se ha perdido en mis manos". Y dos días después, aunque ya espera recobrar "su temple ordinario", reitera al Generalísimo: "Mi general: lleno de una especie de vergüenza me tomo la confianza de dirigir a Ud. el adjunto parte; apenas es una sombra de lo que realmente ha sucedido. Mi cabeza, mi corazón no están para nada. Así suplico a Ud. me permita un intervalo de poquísimos días para ver si logro reponer mi espíritu en su temple ordinario. Después de haber perdido la última y mejor plaza del Estado, ¿cómo no he de estar alocado, mi general? De gracia, no me obligue Ud. a verle la cara! Yo no soy culpable, pero soy desgraciado y basta. Soy de Ud. con la mayor consideración y respeto su apasionado súbdito y amigo, Simón Bolívar".

Los que desean presentar a Bolívar como invencible, o tratan en ese caso concreto de Puerto Cabello de salvar su responsabilidad, le hacen un flaco servicio silenciando o relegando a segundo plano documentos como esos que acabamos de trascribir. Lo grandioso en la vida del Libertador —insistimos— es verlo ascender desde el extremo infortunio hasta las cimas del predominio y de la gloria llevado por la fuerza invencible de su carácter, que después de cada derrota se afirma y robustece. En aquellos momentos sólo se consideraba digno de "obedecer al más ínfimo oficial"; un año después, ya será el Libertador, con soldados y oficiales propios, que transformados al calor de su genio se consideran irresistibles, Venezuela entera delirante de entusiasmo por las victorias que él ha sabido improvisar de la nada. Y entre esos abigarrados contrastes se desarrollará toda su vida, a semejanza de un exaltado poema romántico que el destino se complace en llenar de antítesis violentas y desenlaces imprevistos, como para valorizar cada vez más la grandeza desmesurada del protagonista.

La primera carta a Miranda tiene, además, un párrafo que en otro sentido es también característico del Libertador: a pesar de la humillación que lo trastorna, su primer cuidado es exonerar de culpa a los oficiales que lo acompañaron y recomendarlos con afán. "Espero —dice al Generalísimo— se sirva Ud. decirme qué destino toman los oficiales que han servido conmigo: son excelentísimos y en mi concepto no los hay mejores en Venezuela. La pérdida del coronel Jalón es irreparable, vale él solo por un ejército".

Cuando Miranda supo en La Victoria la pérdida de Puerto Cabello, exclamó: "Venezuela está herida en el corazón". Sin duda ya le había llegado también la noticia de que los esclavos de Barlovento, sublevados, amenazaban a Caracas y habían llegado hasta Guarenas y Guatire.

Decidió entonces aprovechar las fuerzas que le quedaban para entrar en negociaciones con Monteverde; y sus representantes acordaron con los del jefe realista un tratado según el cual: las personas y propiedades de todos serían respetadas; nadie podía ser reducido a prisión, ni juzgado, ni secuestrados sus bienes por las opiniones que hubiera seguido; se daría pasaporte a los que quisieran salir del país y lo pidieran en el término de tres meses; se pondrían en libertad los prisioneros de una y otra parte. Tales fueron las bases de la capitulación firmada el 25 de julio en el Cuartel General de San Mateo.

La Real Audiencia —reinstalada en 1813, a pesar de la oposición que le había hecho Monteverde— consideró inobjetable aquel tratado. Pero el jefe realista lo violó cínicamente. No sólo encarceló a los patriotas a quienes aquel convenio debía proteger y los sometió a torturas y humillaciones, sino que a los propios pueblos indefensos los entregó a la rapacidad y atropellos de sus subalternos. Ni los seres más desvalidos —ancianos, mujeres y niños— quedaron a salvo de la insensata persecución; y la dignidad humana sufrió vejaciones que denunciaron con sorpresa y vergüenza los propios españoles.

Por eso la guerra, que en apariencia había terminado, en realidad recomenzaba bajo una nueva forma: los civiles la sufrirían tanto como los militares, o más: el odio la conduciría; ya no habría vacilantes ni traidores, pero también se hundirían en la trágica vorágine el respeto a las leyes, la fe en la palabra empeñada, todo el orden jurídico y moral mantenido por España durante tres siglos; y aquella confraternidad entre criollos y peninsulares que la ilusa Constitución de 1811 todavía consagraba. Desaparecería hasta la compasión que siempre inspiran los vencidos y los seres indefensos. Comenzaba la guerra a muerte.

XVI

"LA INDULGENCIA ERA UN DELITO"

"Nos recibieron en Siquisique con muchos vivas, repiques de campanas y un gran regocijo de todo aquel vecindario... Entramos en Carora. Aquí se le permitió a la tropa un saqueo general de que quedaron bastante aprovechados; este fue el día 23. Después sacamos en procesión el retrato de Fernando VII, nuestro Rey".

Así narraba el teniente Luis Ginetti, que venía acompañando a Monteverde desde Coro, uno de los primeros episodios de aquella campaña. Y bien podemos considerarlo simbólico, porque en él se unen las tres características que tendría el mando de Monteverde: crueldad, rapiña e insensatez. Aquellos pueblos se encontraban en la mayor miseria, eran todavía realistas, y sin embargo, se les entrega al saqueo y después se pasea por sus calles el retrato de Fernando VII. La mejor manera de que la imagen de éste quedara asociada para siempre, en la imaginación popular, al recuerdo de aquellas atrocidades.

Iguales procedimientos, acompañados de suplicios espeluznantes, empleaba en los llanos Eusebio Antoñanzas. Este malvado, que a su crueldad natural unía el desenfreno a que lo arrastraba la embriaguez, tenía además otro defecto que muy pocas veces manchó a los jefes españoles: era ladrón. De modo que bien puede decirse que lo que no hacía por maldad, lo hacía por su insania o por codicia. No sólo torturaba y mataba a todos los combatientes que caían en sus manos; lo mismo hacía con indefensos civiles, y poblaciones enteras las entregaba al saqueo y las incendiaba después. La verdad es que rivalizaban en maldad todos los componentes de aquella horda que Monteverde había lanzado contra la República. Su propio Capellán, "a más de lo que echaba por aquella boca sobre este punto cuando se presentaba la ocasión, en Valencia, al partir una compañía para San Carlos exhortó en alta voz a los soldados a que *de siete años para arriba no dejasen vivo a nadie*" [1].

También un tal Pascual Martínez, que según Heredia "no merecía ni aun ser cómitre de una galera", pero que por ser canario como Monteverde ganó rápidamente la confianza de éste, "en los pueblos del tránsito,

---

1. *Memorias sobre las revoluciones de Venezuela*, por don José Francisco Heredia, Regente de la Real Audiencia de Caracas. Heredia, nacido en Santo Domingo, continuó siendo realista, pero con noble apego a su condición de legista, arriesgó su tranquilidad y su carrera por detener la barbarie desatada por Monteverde.

dicen que se complacía en maltratar a los naturales del país, insultándolos con el dictado de *perros criollos*". Pero esto —y hechos tales como la muerte de un anciano que acompañado de una nietecita encontró cerca de La Victoria— no era sino para abrir boca, al comenzar la campaña. "Por tales méritos Monteverde le nombró el año 12 Gobernador de Caracas, donde tomó a placer ultrajar a sus antiguos amigos y azotar indignamente a personas oscuras y desvalidas. El hizo exponer a la vergüenza pública, en la plaza de Capuchinos, pendientes ambos pies de innoble cepo, al pundonoroso Luzón, oficial de pardos, por atribuírsele no sé qué gesto, al pasar por la casa de Monteverde. Fue él quien ordenó a un moreno que atravesaba la calle, prendiese al doctor Juan Germán Roscio, y lo expusiese en el mismo cepo, al lado de Luzón y otros, a los rayos ardientes del mediodía..." Nombrado después Gobernador de la isla de Margarita, él mismo informaba a España "no haber sido otro su anhelo que el de aniquilar a cuantos conspirasen contra la Corona"; y de cómo realizó este propósito, puede dar idea lo que se le ocurrió contra Arismendi y otros margariteños pacíficos: "Antes ni en todo el tiempo de la revolución de 1810 —relata de ellos el realista Urquinaona— no hicieron otro papel que el de espectadores pasivos de los sucesos de Caracas. Las violencias y barbarie del bajá Martínez convirtieron a Arismendi en un monstruo sediento de sangre humana... Acosado del hambre (en los bosques) y sorprendido con la noticia de la prisión que había ejecutado el gobernador en sus hijos, que apenas contaban ocho y nueve años de edad, protestando fusilarlos si prontamente no declaraban el paradero de su padre, salió de las breñas para entregarse a discreción de sus perseguidores, que ocuparon sus bienes, le pusieron en un calabozo desde donde fue transportado con cuarenta y nueve vecinos más a las bóvedas de La Guaira, quedando su mujer sepultada, sus hijos huérfanos, sus bienes perdidos y su casa cubierta de luto y consternación" [1].

Todas las provincias de Venezuela habían sido entregadas a malhechores del mismo tipo, encumbrados por el capricho de Monteverde. Un oscuro teniente, de apellido Cervériz o Zerbériz, fue nombrado para mandar en Cumaná, y sus excesos fueron tan escandalosos que cuando regresó a España y como quisiera contribuir en una colecta pública, sus propios compatriotas rechazaron aquel dinero que consideraban adquirido de manera ignominiosa. El coronel Emeterio Ureña, de los vencedores en Bailén y Gobernador por el Rey de aquella Provincia, denunció después su conducta en estos términos: "Los vasallos fieles siempre fueron oídos (por Ureña) cuando reclamaban justicia y no cuando proponían disparates, pues en esta parte había algunos tan exaltados que creían que

1. Don Pedro de Urquinaona y Pardo: *Relación documentada del origen y progresos del trastorno de las Provincias de Venezuela.* Urquinaona era realista, y fue agente de su gobierno en Venezuela y Nueva Granada.

por haber seguido el partido del Rey, se hallaban autorizados por sí, y sin seguir los trámites de justicia a hacerse dueños de cuantas propiedades pertenecían a los del otro partido"; y en cuanto al favorito de Monteverde, agregaba que éste "le dio una autoridad que ni podía ni debía conferirle, máxime con la nota que asistía a Zerbériz, de estar sumariado por excesos que son públicos, y cuando de simple teniente estaba hecho un gran señor, dueño de innumerables alhajas, esclavos y propiedades, y se le dispensa favor cuando sólo por este hecho deberían darle un castigo ejemplar, y es evidente que por estos actos, los de otros tales y por sus crueldades inauditas se sublevó la Provincia" [1].

Esos desmanes ejecutados a discreción, habían sustituido en toda la Provincia el orden jurídico de que con razón se enorgullecía España. "Formada la lista de sospechosos —dice Urquinaona— se levantaron partidos tumultuarios de los isleños más soeces, a quienes se entregaron sin firma, mandato, ni formalidad alguna, los nombres de aquellas víctimas, dejando lugar para agregar libremente los que después se le fueron ocurriendo a los bárbaros ejecutores del atentado". Según este mismo funcionario, en una ocasión fueron reducidas a prisión 1.500 personas. Por su parte, la Real Audiencia escribió a la Regencia: "Por informes verbales se decidía y ejecutaba la prisión de los vecinos, embargándoles sus bienes, depositándolos en personas sin responsabilidad y expatriándolos sin formalidad de proceso: hallábanse así reos sin causa; otros cuya procedencia se ignoraba; otros que no se sabía quién los mandó prender, y otros que el que los prendió no podía dar razón del motivo de su prisión". "En el país de los cafres, escribía don José Costa y Galli, Fiscal de la Audiencia, no podían tratarse los hombres con más desprecio y vilipendio".

Algunos historiadores han insinuado que Monteverde era más débil que cruel y que lo que dejó hacer excede en mucho a lo que personalmente hizo. Pero el caso es que en Caracas, a su vista, la situación era más siniestra aún. El Regente Heredia cuenta que en la antesala del vencedor se veían "niños delicados, mujeres hermosísimas y matronas respetables solicitando protección hasta del zambo Palomo, un valentón de Valencia, despreciable por sus costumbres, a quien Monteverde ha escogido para que siempre lo acompañe", y agrega que en aquel antro de humillación "oye nombrar los apellidos más ilustres de la Provincia, como que contra ellos se ha encarnizado la persecución de la gente soez que forma la mayoría del otro partido". Otro privado —un médico llamado Antonio Gómez, que se atrevía a terciar en las entrevistas entre el Regente de la Real Audiencia y Monteverde— era el encargado de convertir la crueldad en lucro: por su mediación, los que en vano invocaban protección de las

1. Archivo Nacional, Caracas. Sección "Causas de Infidencia", tomo XXXVIII. La sublevación a que se refiere el coronel Ureña es la que ocurrió en 1813, como luego veremos.

leyes obtenían, sin embargo, con un poco de dinero, que aquellos celosos realistas —Monteverde y su asesor— olvidaran que eran "traidores al Rey", "insurgentes" y "monstruos". Ni faltaba tampoco el apresurado correveidile que no por merecer burla deja de inspirar horror: José Domingo Díaz, médico y escritor fracasado, que después de haber estado con los patriotas se dedicaba a perseguirlos, quería lucirse como poeta y fue encargado de escribir unos sonetos a la generosidad de Monteverde. Según el Regente Heredia estaba poseso del *insanabile vulnus scribendi cacœthis*[1]. Pero, por desgracia, empleó después su manía en calumniar a los patriotas y en adulterar mañosamente sucesos y documentos; falsificaciones que llenan aún de patrañas la historia de Venezuela.

El circunspecto general Miyares, Gobernador por el Rey de la Provincia de Maracaibo, también denunció en un *Manifiesto* que "no había seguridad ni reposo bajo la autoridad de Monteverde, la sombra del delito de insurgente acallaba la miseria y el menor reclamo era un comprobante de infidencia".

Cito casi exclusivamente fuentes realistas, porque de otra manera lo que narran parecería increíble; y también porque es grato destacar que numerosos españoles desaprobaron con valerosa sinceridad aquella conducta inicua. Obsérvese además que todos coinciden en señalar que tales violencias fueron la causa de la guerra a muerte que después proclamaron los criollos.

Hasta Antoñanzas, cuyas crueldades espantan, pero que se creyó obligado a sincerarse cuando se vieron después las trágicas consecuencias de aquella situación, informó a la Regencia: "No habían pasado veinticuatro días del sometimiento de Caracas, cuando al paso de proclamar seguridad, se llenaban de luto las principales familias, conduciendo a las bóvedas padres, hijos y esposos, cargados de grillos. Los lamentos y el temor se reputaban maquinaciones ocultas".

Por otra parte, el propio Monteverde no vaciló en declarar cómo pensaba: "Desde que entré en esta capital —informaba a su Gobierno— y me fui imponiendo del carácter de sus habitantes conocí que la indulgencia era un delito, y que la tolerancia y el disimulo hacía insolentes y audaces a los hombres criminales..."; por lo cual, según su criterio, la Constitución proclamada en España no debía aplicarse en Venezuela, que "debe ser tratada por la ley de la conquista"[2].

Muchos patriotas murieron asfixiados en los calabozos donde se los amontonaba con grillos; otros, de hambre y de sed. En Puerto Cabello el Interventor de la Aduana arrojó álcali volátil en las bovédas del

1. Citado por Mario Briceño Iragorry en *El Regente Heredia*. Caracas, 1947, pág. 120.
2. Citado por Gil Fortoul, tomo I, pág. 275; y por Blanco Fombona en el prólogo a la *Biografía de Ribas*, por J. V. González, pág. XXIX.

Castillo para sofocar a los prisioneros, y cuando el Comandante de aquella prisión se lo participó a Monteverde, éste le respondió llanamente: "Al que le toque morir, ese es su destino" [1]. También en las condiciones más inhumanas fueron enviados a España otros presos con un oficio en que Monteverde los calificaba de "monstruos, origen y raíz primitiva de todos los males y novedades de la América".

Un rasgo de épica altivez ennobleció momentáneamente el sórdido ambiente. Doña Juana Padrón de Montilla, dama de seductora personalidad, "dotada de grandes talentos, de una imaginación viva, de una fuerza de espíritu capaz de dominar en toda eventualidad las más graves dificultades", fue a reclamar a Monteverde que se cumpliera en favor de sus hijos, los jóvenes republicanos Mariano y Tomás Montilla, la capitulación convenida con Miranda. Pero la dama aguarda largo tiempo y no es recibida. Se retira, pues, indignada; y en el billete que deja al jefe victorioso reprochándole su descortesía, le demanda: "¿Y para qué quiere gobierno si no escucha?" [2]. Como una heroína de Lope de Vega o de Calderón, defendiendo, más que a sus hijos, la tradición española de "buen gobierno".

Ante episodios como éste, que no son excepcionales como se cree, bien podemos decir que Monteverde no sólo destruyó la República en su forma política, según habitualmente se entiende. Le dio también un golpe mortal a los principios sobre los cuales se había fundado, y que en parte nos venían del régimen español. Fue bajo Monteverde cuando por primera vez se gobernó a Venezuela violando leyes y principios morales que siempre se habían respetado; suya es la culpa de que el resentimiento que comenzaba a nacer entre los bandos rivales se convirtiera en guerra a muerte; en sus antesalas se manchó por primera vez el gobierno con actos de complicidad y favoritismo hasta entonces desconocidos, porque jamás hombres como Antonio Gómez y el Palomo habían tenido el privilegio de convertir el terror en lucrativo tráfico de influencias; Monteverde usurpó el gobierno a sus propios superiores, Miyares y Ceballos, y por sus preferencias personales hasta la propia jerarquía militar fue escarnecida, como en el caso del abyecto Cervériz, apenas teniente, y encumbrado por encima del Coronel Emeterio Ureña, de los vencedores en Bailén y Gobernador de la Provincia de Cumaná por nombramiento del Rey.

Por desgracia, entre aquel derrumbamiento de todas las normas de justicia y de todos los miramientos que reclama la humanidad, lo peor fue lo que se hizo a Miranda. La capitulación no había sido obra exclusiva

---

1. Citado por el doctor Angel Francisco Brice en su documentado estudio *El Bolívar de Marx ampliado por Madariaga*. Caracas, 1952, pág. 55.

2. Archivo Nacional de Caracas. Sección "Capitanía General". Documentos sin catalogar para la fecha en que tomé esa cita.

del Generalísimo. El 14 de junio, cuando todavía contaban los patriotas con Puerto Cabello y el oriente de Caracas, el licenciado Miguel José Sanz, sin duda el pensador político más perspicaz que tenía Venezuela, consideraba ya que la situación era insostenible. Por aquella fecha escribía a Miranda: "Desde que tomé conocimiento en la Secretaría de Estado de los negocios políticos de Venezuela formé la idea de que la Independencia y libertad no podían verificarse sin el auxilio eficaz de las potencias de Europa o de alguna de ellas. La situación en que se hallan nuestras tropas, nuestra agricultura, nuestro comercio, nuestras rentas; el espíritu de partido de nuestros compatriotas, y la escasez de hombres capaces de llevar al cabo esta empresa, me han convencido de aquella verdad prácticamente. Es imposible, pues, mantener las fuerzas militares necesarias; con tan poca población y con sólo las rentas que produce actualmente la Provincia... Nosotros no podemos sostenernos sin agricultura, población, comercio, armas y dinero. La mayor parte de nuestro territorio está ocupado por nuestros enemigos, y los internos nos hacen una guerra la más cruda y peligrosa: estos enemigos internos son la ignorancia, la envidia y la soberbia; y estos malvados, empeñados en hacer ineficaces las providencias de usted, todo lo desordenan y confunden. Si usted quiere tener la gloria de hacer independiente a su patria y que ésta goce de su libertad, es preciso que no se fíe en los medios que aquí se le proporcionen: búsquelos usted de fuera... Querer cosas extraordinarias por medios ordinarios es un desatino; es indispensable pensar en los extraordinarios..." [1].

Si consideramos justificable que Sanz, a la luz de aquel lúcido análisis juzgara imposible obtener la independización por nuestros propios medios, ¿por qué reprochárselo a Miranda? Es verdad que después vamos a ver al Libertador realizar aquel imposible; pero si él hubiera desaparecido, como Miranda, durante sus primeros fracasos, en 1814, o en 1816, o 1818, quizá la independencia suramericana se habría aplazado largo tiempo. Tampoco en los días de Miranda estos pueblos se habían endurecido para soportar los sacrificios que aceptaron después: ni Miranda pudo contar como Bolívar con un ejército propio, de oficiales formados por él, para dominar la anarquía política y realizar aquel desesperado esfuerzo de doce años que culminó en Ayacucho. Tan difícil era la situación, que aun cuando el Generalísimo hubiera preferido dejar el mando, simplemente, en lugar de capitular, no habría encontrado a quién confiar el ejército. Ni el gobierno de la Confederación tenía tampoco con quién sustituirlo, pues ya hemos visto que siempre recurría al Marqués del Toro, a pesar de sus reiterados fracasos.

Miranda pensó, pues, aprovechar las fuerzas que aún le quedaban para obtener de Monteverde una capitulación que podía salvar a Caracas y

1. *El General Miranda*, por el Marqués de Rojas. París, 1884, pág. 275.

a los patriotas. Representantes del Ejecutivo Federal, del Poder Judicial y otros altos funcionarios la aconsejaron, según acta solemne firmada en La Victoria. También en el Archivo Nacional de Caracas, en las secciones "Causas de Infidencia" e "Ilustres Próceres" consta en varios expedientes que numerosos políticos y militares opinaron en el mismo sentido.

En cuanto a sí mismo, Miranda pensaba pasar a la Nueva Granada y recomenzar la lucha, como lo hizo Bolívar en el propio año 1812 y en 1814. En aquel país vecino, que había celebrado con Venezuela un tratado de ayuda recíproca, contaba además el Generalísimo con su amigo Nariño; y podía obtener más tarde auxilios de Inglaterra o de Estados Unidos [1].

A pesar de eso, convenida la capitulación e ignorante muchos patriotas de los acontecimientos que la habían precipitado, en medio del temor o la cólera que sentiría la mayoría, lleno el ambiente con los rumores que siempre aparecen en tales casos —y que contra Miranda nunca habían faltado—, un torbellino de sentimientos hostiles se desató contra él. ¡Cuántos de los más culpables aprovecharían esa fácil incriminación para absolverse a sí mismos!

Miranda decidió, en definitiva, embarcarse por La Guaira para el extranjero, y el 30 de julio por la noche llegó a aquel puerto, donde lo esperaba la corbeta inglesa *Saphire*, ya con el equipaje del Generalísimo a bordo. Sin embargo, no subió a ella inmediatamente; y en la madrugada de esa misma noche, un grupo de sus propios subalternos que habían decidido prenderlo —y entre los cuales figuraba Bolívar— realizaron su desdichado propósito. Todavía a oscuras, llegaron a la casa donde dormía. "Soublette, Secretario y Ayudante del Generalísimo, fue la persona a quien primero se dirigieron los jefes aprehensores. Dormía profundamente cuando Soublette llamó a la puerta de su aposento. «*¿No es demasiado temprano?*», preguntó el General, equivocándose sobre el objeto de aquel llamamiento. Advertido luego de su error, agregó tranquilamente: «Diga usted que esperen: pronto estaré con ellos». Una vez trasmitida esta respuesta, los jefes no tuvieron inconveniente en esperar, pues todas las precauciones habían sido tomadas, y la casa como la calle entera estaban bien cercadas. Algunos minutos después se presentó el Generalísimo; estaba vestido de pies a cabeza, y en su semblante, como en sus ademanes, se revelaba la firme tranquilidad de su ánimo. Impetuosamente y sin preámbulo de ningún género, intimóle Bolívar que se diese prisionero. Miranda entonces tomando con su mano izquierda el brazo derecho de Soublette que tenía en su mano una linterna, la levantó en alto, como para auxiliar su mirada, y después de haber reconocido uno a uno a los circunstantes, profirió sencillamente estas solas palabras: «*Bochinche, bochinche, esta gente no*

1. Tal fue el propósito que recogió de sus labios don Pedro Gual, que también permaneció apasionadamente fiel a la memoria de Miranda y publicó esos recuerdos en 1843. Ver Blanco y Azpurúa, tomo III, pág. 758.

sabe hacer sino bochinche», y sin más fue a entregarse a la guardia que lo esperaba a la puerta, y que lo condujo, como estaba previsto, al castillo de San Carlos" [1].

Responsables, en primer término, de este acontecimiento fueron: el doctor Miguel Peña, Gobernador Político de la ciudad; el coronel Manuel María de las Casas, Comandante Militar de la Plaza, y Bolívar, cabeza del grupo de oficiales que decidió prender a Miranda y que ejecutó el acto. Sin embargo, según su conducta posterior, fueron muy diferentes los motivos de cada uno de ellos. El coronel de las Casas ofició el propio 31 de julio al Comandante del *Zafiro* que, "de orden del Comandante General de las tropas de Su Majestad Católica, Domingo Monteverde", ningún barco podía salir de la rada a fin de evitar la fuga de las personas comprometidas en la revolución [2]; poco después entregó la plaza y al propio Miranda a los enviados de Monteverde; y permaneció entre los españoles durante el resto de la guerra. Acerca de él no cabe, pues, duda alguna de que fue un traidor; y los historiadores que han querido atenuar su culpa, apenas pueden hacer valer que no pretendió lucrar al lado de los realistas y se limitó a vivir "honradamente en su hacienda del Tuy", como dice Lecuna. En cuanto al doctor Miguel Peña, a pesar de algunas vacilaciones a raíz de aquel acto, permaneció fiel a la causa republicana y le consagró toda su vida. Su conducta aparece, para muchos, particularmente odiosa porque tenía contra Miranda un motivo de resentimiento personal —una multa impuesta a su padre por aquel jefe republicano durante la campaña de Valencia—, y porque el carácter intrigante y vengativo que siempre demostró después, obligan a pensar que por un mezquino rencor cometió aquel crimen [3]. Pero es claro que si el móvil de su acción fue ése, aunque en cierto sentido la hace más repulsiva, en la misma medida le quita el carácter de traición a la patria que tiene el proceder de Casas.

El caso de Bolívar es muy diferente. No puede pensarse en traición, ni siquiera en resentimientos personales. Ya hemos visto que las diferencias de criterio en cuanto a la conducción de las operaciones militares, que se supone lo alejaron del Generalísimo, deben de haber sido inventadas, o al menos exageradas, posteriormente; y con objeto, sobre todo, de explicar su participación en el arresto de Miranda. En las cartas que a éste le dirige, a propósito de la pérdida de Puerto Cabello y apenas

---

1. Ricardo Becerra: *Vida de don Francisco de Miranda*. Editorial América, Madrid, pág. 386. Becerra casó con una hija de Soublette y recibió de éste la dramática relación que hace.
2. Cita de Mariano Picón Salas en su *Biografía de Miranda*. Desde luego, tanto Peña como Casas habían recibido del Generalísimo los cargos que desempeñaban en el momento de prenderlo.
3. Mario Briceño Iragorry es particularmente duro con él: "Como no perdonó a Miranda —dice— la pena impuesta a su padre en la campaña de Valencia, y a pesar de haberle aquél abrumado de favores posteriormente, hizo preso en La Guaira al Precursor y lo entregó a las autoridades realistas". Briceño Iragorry: *La tragedia de Peñalver*, Caracas, 1949, pág. 26.

algunos días antes de la madrugada trágica, vemos que se conservaba hacia su jefe afectuoso y sumiso. La causa de su violentísima reacción debe buscarse, pues, en el propio estado de ánimo que aquellas cartas nos revelan. Si para sí mismo pedía que por haber perdido a Puerto Cabello se le destinara a obedecer al más ínfimo oficial, nada tiene de extraño que, estupefacto y después enfurecido por la capitulación de Miranda, volviera contra éste aquella misma violencia, y quisiera en unión de sus compañeros pedirle cuenta de su conducta. Lo cual no excluye que, tanto al considerarse culpable como al condenar a Miranda, cometiera evidente injusticia.

Esta explicación es la que se infiere de todos los documentos fidedignos y no se necesita otra. Hoy se pide a los biógrafos con impertinente frecuencia que deben humanizar a sus héroes; pero humanizarlos no debe ser solamente estar al acecho de sus debilidades o errores, sino también disculparlos con los mismos argumentos que son válidos para los demás hombres. Todos pretendemos que nuestros actos, si son "explicables", se consideren lícitos o disculpables. ¿Por qué no juzgar con el mismo criterio humano a los grandes hombres, y considerar que ellos también pueden proceder por los arrebatos de confusión, cólera, temor o precipitación que hacen a los otros hombres irresponsables? De todo esto hubo en el torbellino de sucesos que se acumularon en aquellos diez días últimos de julio, entre la capitulación de San Mateo y la oscura madrugada de La Guaira; pero la mayoría de los historiadores, al encontrar enfrentados a Miranda y Bolívar en el desenlace de aquel drama, parecen sentir que no se puede disculpar al Libertador sino presentando bajo luces equívocas la actuación del Generalísimo, y que si lamentamos, como se debe, la suerte de éste y recordamos en aquel final de su carrera todo lo que la América le debe, eso ha de ir forzosamente en detrimento de Bolívar. No creemos en esa disyuntiva, que ha sido creada precisamente por el temor de caer en ella. La narración sencilla y natural de los sucesos basta para que ambos héroes salgan indemnes.

Después de la depresión que sufrió Bolívar por la pérdida de Puerto Cabello, su natural acometividad se exasperó, y estaba muy lejos de pensar que la lucha había terminado. Existe un documento de carácter íntimo que no deja dudas sobre ello. Josefa María Tinoco, que había tenido tres hijos de Juan Vicente Bolívar, el hermano de Simón, escribió a éste con fecha 27 de julio una carta en que se mostraba desesperada porque sabía que Bolívar se ausentaba y le pedía protección para aquellos niños. Inmediatamente Bolívar le contestó: "Mi querida Josefa María: Mi primer cuidado ha sido disponer que los bienes de Juan Vicente le toquen a tus hijos: que se te dé una pensión de cincuenta pesos mensuales, hasta que estos bienes den producto, y después el todo. Antonia tiene orden de asistirte como a mí mismo y sé que lo hará mejor que yo.

Cuenta con esto. Estoy de prisa y quizá no podré verte; pues el honor y mi patria me llaman a su socorro" [1].

Según parece, Bolívar pretendió, unido a sus compañeros de La Guaira, a la vez que juzgar a Miranda, promover una reacción contra Monteverde y volver sobre Caracas para atacarlo por sorpresa; lo cual no pudo ejecutarse porque Casas, en la mañana del propio 31, entregó la plaza a los agente de Monteverde. Restrepo y O'Leary, los dos historiadores más cercanos a aquellos sucesos y a Bolívar, prohijan aquella versión. Pero aunque consideremos aquel propósito de Bolívar y de sus compañeros como un simple deseo, puesto que en definitiva nada pudieron hacer para realizarlo, la decisión que expresa Bolívar en aquella carta echa por tierra la suposición de que pensaba entregar a Miranda a los españoles. Era imposible, físicamente, que lo ejecutase, puesto que se proponía reanudar la lucha o abandonar el país.

Esa necia calumnia nació de su desdichada asociación con Casas; y la indignación que el Libertador siempre manifestó contra éste —que califica de "traidor" en varios documentos públicos— no era extraña al despecho que debió de sentir por haberse unido a él creyéndolo sincero patriota. Monteverde también contribuyó a aumentar el equívoco, porque habiendo concedido a Bolívar pasaporte para salir del país, quiso excusarse ante el gobierno español y señaló expresamente a Casas, Peña y Bolívar entre los que debían "ser perdonados de su extravío", por haber prendido a Miranda. "En esta clase, Excmo. Señor, se hallan —decía— Manuel María de las Casas, Miguel Peña y Simón Bolívar. Casas y Peña eran los que estaban encargados del gobierno de La Guaira; el primero de lo militar y el segundo de lo político, cuando los facciosos de esta Provincia trataron de escaparse por aquel puerto con su dictador Miranda, llevándose consigo los restos del erario de S. M. en los días que precedieron a la entrada de mi ejército en Caracas".

"En el momento que pisé esta ciudad di las órdenes más perentorias para la detención de aquéllos en La Guaira; pero afortunadamente cuando llegaron, aunque dirigidas con la mayor rapidez, ya Casas con el consejo de Peña y por medio de Bolívar había puesto en prisiones a Miranda y asegurado a todos los colegas que se encontraban allí. Operación en que Casas expuso su vida, que habría perdido si se hubiese eludido su orden, del mismo modo que habrían corrido un riesgo Peña y Bolívar".

"Casas completó su obra de un modo más satisfactorio. Anteriormente había desobedecido las órdenes del Déspota dadas para poner en un pontón los europeos e isleños de aquel vecindario y echarlos a pique al menor movimiento; las dirigidas a no exigir recibos de las cantidades que se embarcasen, y las demás que fueron su consecuencia... Yo no puedo

1. *Cartas del Libertador*, tomo I, pág. 26.

olvidar los interesantes servicios de Casas, ni el de Bolívar y Peña, y en su virtud no se han tocado sus personas, dando solamente al segundo sus pasaportes para países extranjeros, pues su influencia y conexiones podrían ser peligrosas en estas circunstancias".

"Espero que V. E. ponga en la consideración del Supremo Consejo de Regencia esta medida, para su soberana aprobación, y para que si lo tiene a bien manifieste su beneficencia a los importantes servicios de Casas" [1].

Aparte de algunas inexactitudes, como la de haber ordenado Miranda que se pusieran en un pontón los europeos e isleños para sacrificarlos, ese documento es precioso porque señala insistentemente la diferente actitud de Casas, Peña y Bolívar, la conducta posterior de cada uno de ellos, y que Monteverde seguía considerando a Bolívar peligroso.
y a pesar de todos mis temores" [2].

Algunos meses después el cruel canario insiste, en informe al Ministro de la Guerra: "...no hallándome con tropas suficientes y respetables, y teniendo que atender al mismo tiempo con las mías repartidas a la sublevación de los negros de Curiepe, que felizmente se cortó después, no juzgué militarmente y pasé por las armas, a mi entrada a esta capital, a Miranda y a los que con él trataron de fugarse con los caudales del Estado y fueron presos a su salida de La Guaira; y esta fue la razón poderosa que tuve para disimular y dar pasaporte a tres o cuatro con dolor mío y a pesar de todos mis temores" [2].

No puede haber, pues, duda alguna acerca del motivo que tuvo Monteverde para dar pasaporte a Bolívar; pero posteriormente los enemigos del Libertador no dejaron de insistir en la fortuita complicidad de éste con Casas y Peña, silenciando lo que fundamentalmente los separaba.

También debe recordarse que Monteverde concedió pasaporte a José Félix Ribas por ser pariente suyo, y hasta lo recomendó al Gobernador de Curazao; por lo cual se sentiría inclinado a dárselo también a Bolívar que era sobrino político de Ribas.

Pero en favor de Bolívar fue decisiva sobre todo la influencia de un magnánimo español, don Francisco Iturbe. Nueve años después, en comunicación al Congreso, el Libertador narraba lo sucedido así: "Cuando el año de 12, la traición del Comandante de La Guaira, coronel Manuel María Casas, puso en posesión del general Monteverde aquella plaza con todos los jefes y oficiales que pretendían evacuarla, no pude evitar la infausta suerte de ser presentado a un tirano, porque mis compañeros de armas no se atrevieron a acompañarme a castigar a aquel traidor o rendir caramente nuestras vidas. Yo fui presentado a Monteverde por un hombre tan

1. Archivo General de Indias, Sevilla, Estante 133, cajón 3, legajo 12. De donde lo copió el doctor Gil Fortoul que lo cita en el tomo I, pág. 267 de su *Historia*. Edición de 1930.

2. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Nº 16, pág. 460, Caracas.

generoso como yo era desgraciado. Con este discurso me presentó don Francisco Iturbe al vencedor: *—Aquí está el Comandante de Puerto Cabello don Simón Bolívar, por quien he ofrecido mi garantía; si a él toca alguna pena yo la sufro, mi vida está por la suya*". Por lo cual Bolívar pedía en aquella representación al Congreso que no se tocaran los bienes de Iturbe: "Si sus bienes se han de confiscar —decía— yo ofrezco los míos, como él ofreció su vida por la mía; y si el Congreso soberano quiere hacerle gracia, son mis bienes los que la reciben, soy yo el agraciado" [1].

El mismo Iturbe narró al primer biógrafo de Bolívar, don Felipe Larrazábal, que a su petición en favor de Bolívar, "Monteverde contestó: «Está bien», y volviéndose a su secretario Bernardo Muros, le dijo: «Se concede pasaporte al señor (mirando a Bolívar) en recompensa del servicio que ha hecho al Rey con la prisión de Miranda». Hasta entonces Bolívar había estado callado; mas al oír las palabras que dirigía Monteverde al Secretario Muros, repuso con prontitud, que había preso a Miranda para castigar a un traidor a su patria, no para servir al Rey. Tal respuesta descompuso el ánimo de Monteverde, pero Iturbe insistió en que se le había ofrecido el pasaporte y que su garantía estaba empeñada, terminando sus buenos oficios por decir jocosamente a Muros, con quien le unía buena y fiel amistad: «Vamos, no haga usted caso de este calavera; déle usted el pasaporte y que se vaya»" [2].

Aunque en aquel trágico momento Bolívar debía estar, más que nunca, exasperado contra Miranda, se nos hace duro creer que lo hubiera llamado traidor. Es muy posible que Iturbe trasladara al Generalísimo el calificativo que reiteradamente aplicaba Bolívar a Casas. Pero si verdaderamente usó aquella expresión, encontramos aquí una pista histórica no desdeñable: por una carta del propio Libertador —dirigida a su hermana María Antonia desde el Cuzco, en 1825— se sabe que en 1812 se escondió en la casa del Marqués de Casa León, huyendo de la persecución de Monteverde; y aunque parece que esto fue después de lo sucedido en La Guaira, no hay dudas de que —lo mismo que Miranda y todos los revolucionarios de 1810— tenía relaciones íntimas con aquel personaje, que acababa de ser Director General de Rentas con Miranda. Ahora bien, Casa León iba a demostrar muy pronto "que desde 1808 venía traicionando a un tiempo a la Monarquía y a la República", según la cáustica expresión de Gil Fortoul. Incorporándose repentinamente al bando de los vencedores, no tuvo escrúpulos en elaborar para Monteverde una lista en que señalaba, para ser encarcelados, a los principales patriotas, que hasta entonces lo habían admitido entre ellos, y sobre el propio Miranda expresaba: "Como Miranda es una persona que tendrían los malos para ponerse a su cabeza en cualquier empresa tumultuaria, juzgo que su permanencia en esta provincia, aun bajo la

1. *Cartas del Libertador*, tomo II, pág. 385.
2. Felipe Larrazábal: *Vida de Bolívar*, tomo I, pág. 137. Edición de 1883.

calidad de preso, es muy perjudicial y que convendría remitirle sin pérdida de un momento a España, a donde igualmente deben remitirse los demás". Considerando tal proceder, y todo lo que después hizo Casa León, hasta merecer que se le llamase el Fouché venezolano, no es aventurado suponer que incendiara la imaginación de Bolívar contra Miranda durante aquellos caóticos días, y para realizar más sobre seguro su propósito de dividir a los patriotas.

Bolívar ignoraba, con toda seguridad, el propósito de Miranda de proseguir la guerra desde la Nueva Granada; y hasta es muy probable que, puesto que no tenía cargo oficial alguno, ignorase muchos de los sucesos capitales que habían precipitado la capitulación: la deserción de las tropas patriotas en La Victoria, que era cada vez más escandalosa, y las depredaciones de los esclavos sublevados al este de Caracas, por ejemplo. Con aquel pérfido intrigante, pegado a sus oídos noche y día, es muy fácil que llegase a creer traidor a Miranda.

Como hemos visto por sus propias palabras, Monteverde estaba dispuesto desde el primer momento a violar la capitulación. Aparte, pues, de los tres o cuatro a quienes dio pasaporte, con gran dolor suyo, según dice, los otros patriotas fueron encarcelados o remitidos a España, en las más crueles condiciones. A Miranda lo recluyeron en las bóvedas subterráneas de La Guaira, y después en las de Puerto Cabello. A pesar de que no había la menor posibilidad de que escaparan, a todos los presos los "aseguraban" con grillos y cadenas. El Generalísimo "por algún tiempo —narra un contemporáneo— se redujo a alimentarse de pan y agua, por parecerle el alimento menos irritante y también por temor de envenenamiento. Pero no se le dejó largo tiempo sin compañía; su bóveda y todas las otras fueron atestadas de infelices víctimas de todas edades y clases sin distinción alguna, afectando los españoles hacerlo así como en escarnio de la libertad e igualdad proclamadas por los patriotas. Sus temores de envenenamiento se disiparon entonces" [1].

Aquella promiscuidad exasperaba más el tormento del calor, que en esa estación del año es insoportable en el litoral venezolano. Desde luego, era imposible obtener algún medio de aseo; y Miranda, apegado a la costumbre tropical del baño diario, debía de sufrir lo indecible. El aire de los húmedos calabozos, ya de por sí irrespirable, se hacía también más angustioso por el amontonamiento de los presos, y porque a éstos se les obligaba a hacer sus necesidades naturales en un depósito común, que permanecía en el propio recinto. De día y de noche, ratas, moscas, chinches y otras alimañas convivían con los infelices prisioneros. La disentería, el reumatismo, las heridas o contusiones infectadas, y la extenuación producida por la defi-

---

1. Comunicación de Guillermo White a Juan Stevens, de Londres. Desde Puerto España, Trinidad, a 6 de julio de 1813. Citada en *El General Miranda*, por el Marqués de Rojas. París, 1884, pág. 773.

ciente alimentación, mantenían en el más lamentable estado a la mayoría de los recluidos.

Acaso evocara entonces Miranda las prisiones que sufrió en Francia. Pero allí, a lo menos era posible conservar a salvo la decencia y sentía libre el pensamiento. Comparadas con estos calabozos resultaban un escenario académico. ¡Cómo se ensañarían con él estos soeces favoritos de Monteverde si lo oyeran declamar a Virgilio o comentar a Tácito! En las cárceles francesas era posible que una deliciosa mujer —bella, fragante, luminosa Delfina de Custine— llegara hasta los presos como una visión extraterrena. Aquí sólo se oían las obscenidades de los soldados; y cuando de las sombras que parecían colgar de las paredes se destacaba la sombra más oscura de un negro esclavo, siempre era de temer que viniera investido con las terribles prerrogativas que se daban a los carceleros.

Porque también en esta prisión, al igual que en las ciudades, los republicanos, calificados de "monstruos", estaban abandonados al capricho de los "fieles vasallos", y la amenaza de nuevos sufrimientos y humillaciones aumentaba en todo momento su sobresaltada imaginación. Ya hemos visto que se llegó hasta lanzar en los calabozos substancias nauseabundas y asfixiantes, que ocasionaron la muerte a varios patriotas.

Ocho meses permaneció en esa situación el anciano Generalísimo, sin que se le permitiera comunicación alguna con el exterior. Al cabo de esos doscientos y tantos días, la Real Audiencia, que venía luchando por reconstruir el orden jurídico español y deseaba que se cumpliera la capitulación, obtuvo una mísera victoria: que la voz de la ilustre víctima se escuchara por primera vez fuera de los lóbregos muros donde estaba enterrado en vida: se le permitió dirigir un memorial a aquel tribunal.

Debió redactarlo sobre sus propias rodillas, grillete al pie, a la hora del mediodía que hacía menos oscura la mazmorra. Pero el eterno orgulloso se conserva, ahora también, impasible. Y fiel a su inquebrantable disciplina intelectual. Como en los lejanos tiempos de su juventud, cuando confrontaba su ideal revolucionario con el *Derecho de Gentes* de Vattel, ahora considera la capitulación, no como un asunto personalísimo en que le va la vida, sino como un alto problema de gobierno; encadena sólidos argumentos para probar que tanto la política como la moral aconsejan respetarla; establece que reconciliando a criollos y europeos, "abriría a los españoles de ultramar un asilo seguro y permanente, aun cuando la lucha en que se hallan empeñados con la Francia terminase de cualquier modo"; y hace observar a su invisible auditorio que la Constitución promulgada en España resultaría irrisoria si se comenzara por negar sus beneficios a la América. Pero las gruesas gotas de sudor que le corren entre la camisa y la piel, con la insistencia de los insectos asquerosos que por la noche lo atormentan, lo llaman a la realidad. Y comienza entonces a narrar los atropellos que ha visto: "...estas víctimas —escribe— fueron conducidas al puerto de

La Guaira, unos montados en bestias de carga con albarda, atados de pies y manos, otros arrastrados a pie, y todos amenazados, ultrajados y expuestos a las vejaciones de los que los escoltaban, privados hasta de ejercer en el tránsito las funciones de la naturaleza... Yo vi entonces con espanto repetirse en Venezuela las mismas escenas de que mis ojos fueron testigos en la Francia: vi llegar a La Guaira recuas de hombres de los más ilustres y distinguidos estados, clases y condiciones, tratados como unos facinerosos; los vi sepultar junto conmigo en aquellas horribles mazmorras; vi la venerable ancianidad, vi la tierna pubertad, al rico, al pobre, al menestral, en fin, al propio sacerdocio, reducidos a grillos y a cadenas, y condenados a respirar un aire mefítico, que extinguiendo la luz artificial, inficionaba la sangre, y preparaba a una muerte inevitable; yo vi por último, sacrificados a esta crueldad ciudadanos distinguidos por su probidad y talento, y perecer casi repentinamente en aquellas mazmorras, no sólo privados de los auxilios que la humanidad dicta para el alivio corporal, sino expirar en los brazos de sus socios, destituidos aun de los socorros espirituales que prescribe nuestra santa religión; hombres que estoy seguro hubieran perecido mil veces con las armas en la mano cuando capitularon generosamente, antes que someterse a semejantes ultrajes y tratamientos".

Se detiene. Contempla el infecto recinto donde lo mantienen aherrojado, y quizá piensa por un momento en narrar también aquello. Pero, no. No lo mencionará siquiera. Si hablara de lo que le han hecho los españoles, tendría que narrar también lo que ha sufrido de sus propios compatriotas. Y todo en él se niega a ese cobarde consuelo. No; no permitirá que se usen sus sufrimientos para avergonzar a los venezolanos. ¿Acaso en los Estados Unidos no vio también injusticias análogas y a Washington acorralado por rivalidades e intereses minúsculos? Y en Francia, ¿no lo acongojaba considerar el heroísmo frente al extrajero y la cobardía ante Robespierre, la versatilidad de las turbas, el predominio de malvados como Fouché y de mentecatos como Barras? Recuerda también los hombres generosos que a pesar de todo, en esta Venezuela dolorida que se prepara a parir un mundo, lo han rodeado con afecto y respeto. Bello, Sanz, Gual, Espejo, no inferiores a los más puros entre los romanos, y el entusiasta Delpech, el brillante Vicente Salias. También tales o cuales mulatos anónimos que vio al lado suyo en Valencia y en La Victoria, aprendiendo afanosamente a batirse y a ser republicanos. No; no permitirá que en el futuro su nombre sea un símbolo para declamaciones efectistas contra la patria. Vuelve a escribir, y sobre sí mismo apenas apunta que sus funciones "las desempeñé, me parece, con el honor y celo que estaban a mis alcances". No dirá nada más.

Durante toda su vida había permanecido fiel a los exigentes arquetipos del honor, del desinterés, del patriotismo, del valor, que en los libros y en sus viajes creía encontrar. Ahora los más grandes hombres de la historia lo

llamaban para que se incorporara a ellos como su igual. Se sintió muerto y juzgado. Convertido en ejemplo perenne. Se irgue, levanta el rostro, sacude, una vez más, en vigorosa negativa, la blanca y leonina cabeza, y firma: "Bóvedas del Castillo de Puerto Cabello, a 8 de marzo de 1813. M. P. S. Francisco de Miranda" [1].

Una vez más probaba así que aunque la naturaleza misma de su misión le había impuesto una vida de aventuras, nada del aventurero existía en él. Parecía, por el contrario, llevar consigo por doquiera el propósito que después Emerson expresaría con estas palabras: "Si un hombre se afirma inquebrantable en sus convicciones, el mundo girará a su alrededor". Por eso su vida estuvo llena de orgullosas negativas: rehusó permanecer en Rusia, cuando todavía Catalina le ofrecía halagos que eran para deslumbrar a cualquiera; arriesgó su carrera y su vida al decir "¡no!" a Dumouriez; se le negó a Pitt y se le negó a Wellington, por no servir contra España ni contra Francia; cuando comprendió que no obtendría los auxilios que esperaba para libertar su "Colombia", se negó a seguir disfrutando el dorado asilo de su casa en Londres, y con tres míseros barcos vino a ofrecer su vida por aquel propósito. Asimismo dos negativas patéticas marcan el final de su carrera: cuando llegó a La Guaira para embarcarse en el *Zafiro*, sus amigos y el capitán del barco lo instaron para que subiera a bordo inmediatamente, pero no quiso hacerlo y eso lo perdió; ahora, en aquel memorial que dirigía a la Real Audiencia se le presentaba la última ocasión de justificar su conducta ante la posteridad, denunciando el cruel agavillamiento que había paralizado sus esfuerzos en defensa de la República. Y nuevamente se negó.

Sin embargo, aun bajo tan desdichadas circunstancias, el destino, tan pródigo en su favor en otros sentidos, le dio también ahora nueva ocasión de imponer su irresistible personalidad. Trasladado al Castillo del Morro, en Puerto Rico, el Gobernador español don Salvador Meléndez, y un venezolano realista don Andrés Level de Goda, caen como tantos otros bajo la fascinación de aquel estupendo general filósofo, y se complacen en hacer menos duro su cautiverio. Meléndez llega hasta mandarle libros, y manjares de su propia mesa. Level de Goda lo visita, comparte con el prisionero las abundantes tazas de te con limón, de que tanto gustaba Miranda desde su juventud, y juntos comentan las noticias de Europa, o charlan sobre política, historia y filosofía. "A todos avasallaba con su voz, con su lógica y con su fama", escribirá después aquel último admirador. Lo mismo que en Europa y Estados Unidos habían sentido políticos, militares y hombres de mundo, las mujeres y los artistas, Catalina de Rusia y madame de Sabran, Adams y Napoleón, Lavater y el Obispo de Amberes, cuando lo vieron en toda la fuerza de su edad viril y predestinado al parecer a los más altos destinos.

---

1. Marqués de Rojas, *Op. cit.*, pág. 764.

Pero a fines de 1814 fue enviado a España y se le recluyó en el presidio de La Carraca, cerca de Cádiz. Llegaba en el peor momento de la reacción antiliberal: Fernando VII consideraba, como lo proclamará más tarde, que la libertad y la democracia eran el "fértil manantial" de todas las desgracias; las camarillas palaciegas pedían un Rey "absolutamente absoluto" y en las calles las turbas gritaban "muera la Constitución, vivan las cadenas".

Miranda todavía logra, sin embargo, reanudar a escondidas algunas de sus valiosas relaciones. Los dos maravillosos ingleses que siempre habían creído en él, John Turnbull y Nicolás Vansittart, también ahora se empeñan en salvarlo. Fracasadas las gestiones que ellos y otros amigos fieles hacían ante el gobierno británico para que intercediera en favor del preso, se elabora un plan de evasión. Una mujer, que se menciona en los papeles clandestinos con el nombre de Antonia de Salís, colabora con riesgo de su vida, dentro del propio territorio español. Todo parece listo, y a mediados de marzo de 1816 Miranda escribe a Duncan y Ca. que está dispuesto a partir "el miércoles o jueves próximo para aquel viajecito que usted sabe". Pero súbitamente, el 25 de ese mismo mes de marzo —tres días antes de su cumpleaños— un ataque de apoplejía lo derrumbó.

A su lado estaba otro de esos hombres que nos reconcilian con la especie humana: su fiel criado Pedro José Morán. ¿Español?; ¿venezolano, de La Guaira, como suponen algunos?; desconocido. Es él quien participa aquella desgracia a los ingleses que se interesaban por Miranda, y agrega: "volvió en sí quedándole de resultas de esto una calentura pútrida con demasiada malicia; a las cuarenta y ocho horas le acudió una inflamación a la cabeza y una fluxión a la boca, que le tienen en los últimos trances de la vida; le asisto con el mayor cuidado, pues en su salud consiste mi felicidad".

En vano. El 14 de julio vuelve a escribirles: "En esta fecha, a la una y cinco minutos de la mañana, entregó su espíritu al Creador mi amado señor don Francisco de Miranda. No se me ha permitido por los curas y frailes le haga exequias ningunas, de manera que en los términos que expiró, con colchón, sábanas y demás ropas de cama, lo agarraron y se lo llevaron para enterrarlo; de seguida vinieron y se llevaron todas sus ropas y cuanto era suyo para quemarlo".

XVII

"LIBERTADOR ES MAS QUE TODO"

Dominada Venezuela por Monteverde, Bolívar salió para Curazao y de esta isla pasó, en octubre del mismo año 12, a Cartagena, en Nueva Granada.

No habían sido más felices los neogranadinos que los venezolanos en sus primeros pasos hacia la independencia, porque si bien allá los jefes españoles no supieron aprovechar la situación para dominar el país, las disensiones que separaban a los patriotas habían llegado hasta la guerra civil. La causa principal de aquella división, o el pretexto, era la preferencia que muchos políticos y casi todas las Provincias sentían por el régimen federal, en tanto que el poder central debía cuidar que no se dispersaran los medios de defensa. Y, desde luego, sucedía también que, invocando ya un principio ya el contrario, una provincia trataba a veces de despotizar a otra, o varias unidas querían imponerse al gobierno de la confederación. Para colmo de las desgracias, hasta los hombres que por sus virtudes y servicios hubieran podido ser el centro de la unidad nacional —como era el caso del venerado Nariño— habían tenido que comprometer su prestigio en aquellas enconadas contiendas.

Fácilmente podemos imaginar cuánto impresionaría a Bolívar aquella situación. Convencido desde los primeros días de la revolución de que ganar la guerra a los españoles era de todos los problemas el primero, y que no podía obtenerse esa victoria sin unidad en el mando y medidas rápidas y audaces, el fracaso de la República en Venezuela, a causa de que los políticos desdeñaron esos principios, lo había desesperado. Y he aquí que ahora encontraba en el país hermano las mismas discusiones de relumbrón y el mismo suicida obstruccionismo que habían perdido a su patria. Casi como una obsesión guardaría para siempre ese doble recuerdo, y es dato muy de tenerse en cuenta para juzgar su actitud, sobre todo hasta el año 19.

También aquel choque espiritual fue lo que hizo aflorar en él la dualidad de caudillo y de pensador político, que será en lo sucesivo su característica más constante. Al igual de otros oficiales venezolanos, al llegar a Cartagena pidió servicio militar a su gobierno; pero al mismo tiempo se propuso analizar las causas del desastre que había sufrido Venezuela, presentarlas como lección a los republicanos y, reafirmando la idea de la unidad continental, convencerlos de que la emancipación americana y la suerte futura de estas naciones exigían de todos que abandonaran para siempre el egoísmo y los recelos regionales.

Tales son los objetivos de una exposición que dirigió al Congreso y de una *Memoria* que patéticamente encabezaba con estas palabras: "Yo soy, granadinos, un hijo de la infeliz Caracas..."

El vuelo intelectual y la importancia de aquellas dos primeras expresiones del pensamiento político bolivariano no pueden ser bien comprendidas hoy por el lector desprevenido, porque sus principios básicos penetraron después tanto en el sentimiento colectivo y han sido tan repetidos, que se nos hace difícil apreciar la novedad que entonces representaban. Pero si los confrontamos con los documentos análogos de la época —impreciso balbuceo de un continente que no había tenido pensadores políticos— comprendemos fácilmente la impresión que despertaron. La meticulosa casuística española aplicada a la defensa de los derechos americanos, o una repetición casi servil de la política norteamericana o francesa, habían sido, en efecto, las pautas seguidas invariablemente en todos los proyectos o exposiciones, tanto de los altos funcionarios americanos como de los juristas que ensayaban por su cuenta justificar la naciente empresa y darle estímulos. Bolívar se aparta resueltamente de ambos caminos y con estilo directo, arrebatador, de una precisión extraordinaria —que hasta entonces no conocían los hispanoamericanos— hace una exposición de nuestros problemas, tan sagaz en la apreciación de los pormenores como atrevida en sus conclusiones generales. Su análisis, aunque dirigido en primer término a examinar el inmediato pasado que lo atormenta, anticipa implícitamente el carácter que tendrá la guerra en lo futuro, plantea interrogaciones acerca de la psicología colectiva, y alcanza hasta los problemas políticos más graves que suscitará la reorganización republicana de estos países.

Las causas a que atribuía Bolívar la pérdida de Venezuela las han adoptado después todos los historiadores: el sistema federal, "que dio lugar a que los enemigos llegasen al corazón del Estado, antes de que se resolviese la cuestión de si deberían salir las tropas federales o provinciales a rechazarlos"; el sistema de las milicias populares, costoso e ineficaz, establecido "por la oposición decidida a levantar tropas veteranas, disciplinadas, y capaces de presentarse en el campo de batalla, ya instruidas, a defender la libertad con suceso y gloria"; la excesiva lenidad, gracias a la cual "a cada conspiración sucedía un perdón y a cada perdón, sucedía otra conspiración"; finalmente, el papel moneda y el terremoto.

No dejó de recordar, sin embargo, que la primera prueba de debilidad que dio la Junta Suprema de Venezuela fue no haber sometido por la fuerza a Coro, de donde salió después la expedición realista que acabó con la República; de lo cual concluye que Nueva Granada y el resto de la América se exponen a sufrir la misma suerte, porque "Coro es a Caracas, como Caracas es a la América entera... porque poseyendo la España el territorio de Venezuela, podrá con facilidad sacarle hombres

y municiones de boca y guerra, para que bajo la dirección de jefes experimentados contra los grandes maestros de la guerra, los franceses, penetren desde las Provincias de Barinas y Maracaibo, hasta los últimos confines de la América Meridional".

Esta conclusión parece interesada; pero adviértase que coincide casi literalmente con lo que el Intendente Abalos informaba confidencialmente a su gobierno, sesenta años antes; recuérdese que en sus planes de liberación para toda la América, Miranda había indicado así mismo aquella ruta de penetración; que ella fue la que pretendió seguir España con la expedición de Morillo, y que, en definitiva, iba a ser la que el propio Libertador realizaría.

Aquellos primeros documentos de Bolívar contienen además indicios preciosos para penetrar en su psicología. Sus dos ideas fundamentales —que todos los pueblos de América debían considerarse vinculados a un destino común, y que necesitaban someterse provisionalmente a gobiernos enérgicos y eficaces que tutelaran su reorganización republicana— las vamos a encontrar después unidas a su propio predominio personal y, en ese sentido, se hacen sospechosas. Pero si advertimos que para aquel momento Bolívar no era sino uno de los tantos oficiales patriotas dispersados por la derrota —apenas, según el anónimo que acepta: "un hijo de la infeliz Caracas"— la sinceridad de sus convicciones en aquellos dos puntos queda fuera de duda. Tan íntimamente siente la unidad de América que llama a los granadinos "conciudadanos"; y aunque todavía se muestra rencoroso contra Miranda por la capitulación, acepta hasta la terminología de éste, que quería llamar *Colombia* a la América hispana, y proclama a Caracas, por dos veces, "cuna de la independencia colombiana".

En cuanto a la organización constitucional de los nuevos Estados, opina lo mismo que repetirá en 1819 en Angostura y en 1826 en Bolivia: "Yo soy de sentir —dice— que mientras no centralicemos nuestros gobiernos americanos, los enemigos obtendrán las más completas ventajas; seremos indefectiblemente envueltos en los horrores de las disensiones civiles... Las elecciones populares hechas por los rústicos del campo y por los intrigantes moradores de las ciudades, añaden un obstáculo más a la práctica de la federación entre nosotros; porque los unos son tan ignorantes que hacen sus votaciones maquinalmente, y los otros, tan ambiciosos que todo lo convierten en facción".

"Tuvimos —señala— filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados". E insiste en "que las terribles y ejemplares lecciones que ha dado aquella extinguida República, persuadan a la América a mejorar de conducta, corrigiendo los vicios de unidad, solidez y energía que se notan en sus gobiernos".

La pasión con que se expresa hace más hirientes sus observaciones y,

sin embargo, pocas veces exagera: "lo que debilitó más el gobierno de Venezuela —insiste— fue la forma federal que adoptó, siguiendo las máximas exageradas de los derechos del hombre, que autorizándolo para que se rija por sí mismo, rompe los pactos sociales y constituye las naciones en anarquía. Tal era el verdadero estado de la Confederación. Cada provincia se gobernaba independientemente; y, a ejemplo de éstas, cada ciudad pretendía iguales facultades..." Formula entonces la pregunta que en los años sucesivos tendrá que repetir sin cesar a los americanos: "¿qué país del mundo por morigerado y republicano que sea, podrá, en medio de las facciones intestinas y de una guerra exterior, regirse por un gobierno tan complicado y débil como el federal? No, no es posible conservarlo en el tumulto de los combates y de los partidos. Es preciso que el gobierno se identifique, por decirlo así, al carácter de las circunstancias, de los tiempos y de los hombres que lo rodean. Si éstos son prósperos y serenos, él debe ser dulce y protector; pero si son calamitosos y turbulentos, él debe mostrarse terrible y armarse de una firmeza igual a los peligros, sin atender a leyes ni constituciones, ínterin no se restablecen la felicidad y la paz".

Es sorprendente: pocos meses antes era apenas el humillado jefe de Puerto Cabello, y, en La Guaira, un truculento cabecilla de amotinados. Ahora, discurre sobre los problemas continentales con el aplomo de un experimentado estadista.

No es inexplicable, sin embargo, esa transformación; lo que revela es sus años de estudio y meditación en París; completados, claro está, con los tres años de Caracas —1807 a 1810— que anteceden a su iniciación política y dentro de los cuales quizá deberíamos colocar la influencia del severo razonar de don Andrés Bello. Esa intensa preparación intelectual es la que nos da ahora en Bolívar un hombre acostumbrado a reflexionar sistemáticamente; que busca pensamientos, o mejor dicho, realidades, y no simples palabras; que ha madurado conceptos propios.

Más impresionante es su improvisación como militar, que nos va a mostrar casi al mismo tiempo. Comandante del pueblecito de Barrancas, con 70 hombres apenas a sus órdenes, y subordinado a un aventurero francés llamado Pedro Labatut, fue el cargo que le dieron. Pero inmediatamente se pone en campaña, y en lucha contra las partidas enemigas que dominaban las orillas del río Magdalena, comienza a aumentar y adiestrar sus fuerzas. Toma la villa de Tenerife, derrota varias guerrillas de los realistas, y en otros casos engaña a éstos o los intimida con su agresividad; limpia de enemigos el Guamal, el Banco, Tamalameque y Puerto Real de Ocaña; en el combate de Chiriguaná arrebata a los vencidos cuatro embarcaciones que tenían en el río con abundantes pertrechos, y finalmente ocupa la ciudad de Ocaña. Había logrado así que todo el río Magdalena quedara dominado por sus fuerzas; en algunos días había

recorrido en triunfo centenares de kilómetros y su tropa ascendía ya a 500 hombres.

En esta situación, el Coronel Manuel del Castillo, Comandante General en Pamplona, le pidió ayuda para hacer frente a los realistas que desde Venezuela amenazaban la frontera granadina con 1.400 hombres a las órdenes del Coronel Ramón Correa. Bolívar se apresta a correr en su auxilio, pero piensa que necesita consultar al Gobierno de Cartagena, del cual depende. ¿Volverán las dilaciones y el espíritu regionalista a entorpecer la defensa general? Afortunadamente, por esta vez, no. El Presidente Gobernador de Cartagena, don Manuel Rodríguez Torices, le despacha inmediatamente la autorización pedida y ordena además que se le faciliten nuevos recursos; el gobierno de la Unión lo invita también a salvar a Pamplona, y Bolívar sigue su marcha.

Lo espera ahora, sin embargo, aquella confrontación con las fuerzas de la naturaleza, en que deberá vencer según su promesa el día del terremoto: ningún camino era entonces bueno en América, pero el que tenía delante, a través de la cordillera, era como para probar de una vez por todas su temple y su capacidad de organización. "El único camino de Ocaña a Salazar —anota Lecuna— seguía algunas leguas por una áspera meseta, para ascender luego los estribos de la serranía por los callejones o grietas abiertas por las aguas, de piso húmedo y resbaloso, y continuar por el filo escarpado de las montañas, bajo frecuentes lluvias en regiones frías y despobladas. Era la primera marcha de esta clase del caudillo que debía cruzar las cordilleras de los Andes en todas direcciones" [1]. Bolívar logra, no obstante, salvar su pequeño ejército de las deserciones y de las asechanzas del enemigo; lo hace atravesar, ayudado por una sola canoa, el caudaloso río Zulia, y ataca inmediatamente en San José de Cúcuta a Correa. Una vez más obtuvo completa victoria, y cuantioso parque del enemigo quedó en su poder. El gobierno granadino le concedió título de ciudadano de la Unión, lo ascendió a General de Brigada y lo nombró jefe de la División de Cúcuta.

En su *Memoria* de Cartagena había sostenido "que toda guerra defensiva es perjudicial y ruinosa para el que la sostiene; pues lo debilita sin esperanza de indemnizarlo"; y estos triunfos, que habían salvado la frontera granadina mediante una audaz ofensiva contra fuerzas superiores, venían a ser la mejor prueba de aquel principio. Lección por otra parte encaminada, no a los pueblos a quienes estaba dirigido aquel documento, sino a los políticos, que eran todavía los árbitros de la guerra.

Porque, aunque ya se encontraba a las puertas de Venezuela, y anhelante de seguir su galope triunfal hasta "la infeliz Caracas" —expresión que vuelve a repetir en una proclama después de la victoria— debe esperar

1. Lecuna, *Crónica razonada de las guerras de Bolívar*, tomo I, pág. 11.

una vez más que lo autoricen a avanzar. Poco antes había roto con Labatut, y estaba ahora a punto de romper con del Castillo; con ambos a causa de su impaciencia. Se refrena, pues, y reconoce en su proclama que ha llegado "protegido generosamente por los gobiernos de Cartagena y de la Unión" —¡cuánto lo preocuparían esos plurales!— y en su oficio al de la Confederación asienta sumisamente: "quedo entendido de que no debo marchar más adelante de La Grita".

Desde febrero hasta abril de 1813 tuvo que permanecer en Cúcuta detenido por aquellas trabas legales y por la suspicacia del General del Castillo, con quien compartía el mando de la zona fronteriza. "El obrar con la mayor rapidez —insistía Bolívar— producirá el mayor bien a ambos Estados; y será la más terrible calamidad que pueda sucedernos, el que el tirano de Caracas se alarme con el golpe que ha recibido Correa, y le demos tiempo para organizar un cuerpo fuerte que venga a nuestro encuentro, y nos derrote en nuestras propias fronteras".

Pero ni Nariño, Presidente de la Provincia de Cundinamarca, ni el Congreso —continuaban los plurales— se decidían a ayudarlo, a pesar de la simpatía con que miraban su empresa. Aparte de las divisiones que debilitaban a los patriotas granadinos, y en las cuales ya se encontraba enmarañado el venezolano, porque sus diferencias con Castillo se agriaban cada día más, el país estaba amenazado por una invasión realista desde el sur, y la Provincia de Santa Marta, maltratada por Labatut, se había sublevado contra Cartagena. Protestaba Castillo contra "los hombres de cabezas delirantes autores de la ruina de Venezuela"; y aquel tipo de guerra que proponía Bolívar, de ofensiva constante, era además tan nuevo en América, que forzosamente debía hacer vacilar a militares y políticos.

Finalmente Castillo logra asestarle un golpe que pudo ser decisivo: acusa a Bolívar de infidencia al régimen federal, pide su propio retiro del servicio, y varios oficiales lo imitan. Bolívar advierte al gobierno que por ese camino todo el ejército queda expuesto a una ruina total "y con él quizá la Nueva Granada, porque no hay estado beligerante sin tropas y no hay tropas sin disciplina". ¿Era ya la anarquía precursora del desastre final?

Es entonces cuando el Coronel venezolano Rafael Urdaneta le escribe a su jefe y compatriota: "General, si con dos hombres basta para emancipar la patria, pronto estoy a acompañar a Ud.". Era el comienzo de un voto de abnegación y de valor moral en que aquel austero oficial jamás desfallecería; y si Bolívar se llamó a sí mismo "el hombre de las dificultades", a Urdaneta hubiera podido titularlo con razón "el hombre de las responsabilidades", porque siempre estuvo dispuesto a asumir sin vacilar las más arduas y peligrosas.

Bolívar ya era dueño además de una fuerza efectiva que lo llenaba de

confianza. Todos los venezolanos que se encontraban en Nueva Granada lo reconocían por jefe, incluso el vehemente José Félix Ribas, que era su tío político y ocho años mayor que él; y una brillante oficialidad granadina lo rodeaba también, dispuesta a seguirlo en la reconquista de Venezuela. Unos y otros, entregados a la organización del incipiente ejército, se confundían a su alrededor en esperanzada camaradería; y Bolívar no dejaría de pensar que allí estaba la verdadera base de la confraternidad americana: en ese intercambio de sangre impetuosa y pura que ya había borrado las fronteras.

Ya él mismo había adquirido también, en tan corto tiempo, seguridad en el mando, juicio rápido de las oportunidades, precisión para improvisar los planes que cada situación demandaba y audacia para ejecutarlos. Ya era el caudillo y se sentía con derecho a serlo.

Los gobernantes de Nueva Granada acuden además con inagotable generosidad a sostenerlo moralmente y ayudarlo. Rodriguez Torices desde Cartagena, Nariño desde Bogotá, el venerable Camilo Torres con su influencia en el Congreso, todos aprestan recursos. Bolívar lo reconoce con expresiones en las cuales se adivina el deseo de que su agradecimiento llegue a la posteridad: "¡Oh! qué bello espectáculo se presenta, señor Presidente, sobre el teatro del Nuevo Mundo, que va a ser una lucha quizá singular en la historia; ver, digo, concurrir espontánea y simultáneamente a todos los pueblos de la Nueva Granada al restablecimiento, libertad e independencia de la extinguida República de Venezuela, sin otro estímulo que la humanidad, sin más ambición que la de la gloria de romper las cadenas que arrastran sus compatriotas, y sin más esperanza que el premio que da la virtud a los héroes que combaten por la razón y la justicia" [1].

No dictaban esta manifestación ni la retórica, ni el oportunismo. Bolívar conservará siempre exaltado recuerdo de esa generosidad de la Nueva Granada. En su correspondencia encontramos a menudo desahogos de despecho o impaciencia, aun contra Caracas; pero jamás contra los granadinos. En el triunfo siempre guarda para ellos encendidos elogios, y cuando en los días de adversidad sus enemigos pretendieron asumir la representación de la Nueva Granada contra el caudillo venezolano, ni siquiera una expresión imprudente se le escapa contra aquel pueblo donde nació su gloria.

Pero había entrado ya el mes de mayo y Bolívar seguía esperando en Cúcuta el permiso de avanzar. Es fácil imaginar su impaciencia, aumentada ahora por el hecho de que en esa época comienza en Venezuela la estación de las lluvias y éstas podían dificultar grandemente la marcha del ejército, a través de caminos que aun en la estación seca eran intransitables, y con los escasos recursos que podía esperar el jefe invasor de un país ya

1. Bolívar a Nariño. Cúcuta, 10 de mayo de 1813. O'Leary, tomo XIII, pág. 219.

saqueado varias veces por los realistas. Al fin el día 7 le llegó la autorización, pero limitada a libertar solamente las provincias venezolanas fronterizas de Mérida y Trujillo.

El 14 del mismo mes se puso en marcha el ejército, con la vanguardia al mando del Coronel granadino Atanasio Girardot; cuatro días después ocuparon sus avanzadas la ciudad de Mérida y el 10 de junio la de Trujillo. Una vez más, centenares de kilómetros ocupados en menos de un mes.

En Mérida fue aclamado Bolívar por primera vez con el título de Libertador. De todos los honores que había de recibir en su carrera, aquel fue el único a que se apegó con orgullo. Solamente la responsabilidad y la gloria de ser el Libertador, pudo hacerlo más combativo y constante de lo que por su propia naturaleza era. Así mismo, cuando le tocó atravesar largos años de angustia y quizá su ánimo llegó a vacilar entre las disensiones civiles que desgarraban la América y, por otra parte, el trono imperial que se le ofrecía como único remedio de aquellos males, la invocación de aquel título fue su salvación. Al rechazar la corona que Páez le ofrecía: "El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano", le respondió en marzo de 1826; y en septiembre del mismo año, ratifica en carta a Santander: "Libertador es más que todo; y, por lo mismo, yo no me degradaré hasta un trono".

En Trujillo debía detenerse Bolívar, hasta recibir nuevas órdenes del gobierno granadino. Pero la extensa distancia que ya lo separaba de éste y las cuantiosas fuerzas de que podían disponer los realistas, lo obligaban a decidir una vez más con audacia y rapidez su comprometida situación. "La posición de los patriotas —observa Baralt— era en extremo falsa. porque tenían a su costado izquierdo la plaza de Maracaibo que en cualquier tiempo podía invadir el territorio desde Cúcuta hasta Trujillo; a la derecha estaba Barinas, donde Monteverde había hecho reunir a las órdenes de Tíscar más de 2.600 hombres, con el intento de invadir la Nueva Granada; al frente estaba el mismo Monteverde con todas las tropas que le habían servido para sujetar a Venezuela y con los recursos de todo género que podía sacar de las más ricas provincias; Coro, en fin. por otro lado. fiel a los realistas y mandada por Ceballos, amenazaba siempre".

Así mismo otras noticias recibidas por el Libertador sobre el estado de Venezuela lo estimulaban a apresurar su campaña. En enero de ese mismo año 13, y cuando Bolívar se preparaba para entrar en Venezuela por el occidente, un grupo de patriotas refugiados en la isla de Trinidad invadió las provincias orientales. al mando del Coronel Santiago Mariño, derrotaron varias veces a los jefes enviados contra ellos y al propio Monteverde, y quedaron dueños de aquella región y más tarde de la isla de Margarita, que se sublevó por sí misma. Pero a pesar de esas victorias, los patriotas orientales no se apresuraron a seguir sobre el centro de la

República; y los realistas, comprometidos, pero con numerosos cuerpos de tropa en el resto del país, se vengaban de sus derrotas con mayores exacciones y crueldades que nunca, sin advertir que a su vez estas tropelías aumentaban en todas partes el exacerbado patriotismo de los criollos.

Pero si bien tantas razones objetivas aconsejaban a Bolívar seguir sobre Caracas sin esperar la autorización de Nueva Granada, con más ímpetu aún lo empujaban en el mismo sentido sus convicciones y su carácter. Si en relación con la América siempre consideró que mientras hubiera tropas españolas en una cualquiera de estas naciones peligraba la independencia de todas las demás, ¿cómo podía conformarse en Venezuela con aquellos triunfos regionales mientras Caracas y las Provincias más ricas y pobladas seguían dominadas por los realistas? Ya en abril había advertido al Gobierno de la Unión: "Si Correa ha sido un estúpido por no haber conquistado la Nueva Granada con sólo 700 hombres, yo debo ser un imbécil si no liberto a Venezuela con un ejército respetable y victorioso" [1].

¿Y acaso al aclamarlo Mérida como el Libertador no le había dado carácter nacional a su empresa, y a él mismo un título superior a todos? Se decidió, pues, a seguir. A fines de junio estaba en Trujillo, el 7 de agostó entró triunfante en Caracas. Girardot había vencido a los españoles en Aguaobispos; Ribas y Urdaneta los derrotaron en Niquitao y Los Horcones; y el propio Bolívar en la batalla de Taguanes, ya en la Provincia de Caracas. Monteverde corrió a refugiarse en Puerto Cabello.

Con razón se llamó Campaña Admirable ésta, realizada por el Libertador. Por primera vez, él y los jefes orientales, habían probado que con tropas bisoñas e inferiores en número podían derrotar a los mejores oficiales realistas; y su concepción de la guerra ofensiva y de apelar directamente al pueblo para incorporarlo a la lucha indicaban a la América la estrategia que le daría el triunfo. Con setenta hombres había salido de Barranca y ahora contaba con un verdadero ejército; oficiales experimentados, entre los cuales ya no había ni vacilantes ni traidores, lo seguían con absoluta confianza y de cada uno de ellos se sabía muy bien lo que podía esperarse en pericia o arrojo. La propia población civil comenzaba a aprender lo que tendría que dar para la defensa común, y de aquellas masas huidizas de la primera República había hecho soldados que —como acababan de probarlo en Ocaña y en Mérida— lo mismo combatían en las ardientes llanuras a nivel del mar que en las montañas a mil seiscientos o cuatro mil metros de altura; a machete, a lanza o con el fusil

1. *Cartas*, tomo I, pág. 49. El calificativo de estúpido que da a Correa no es por su propia cuenta, sino para aceptar como buena la interpretación de los granadinos sobre aquellas operaciones. En el mismo oficio pone a Correa muy por encima de Monteverde, y precisa: "me veo obligado a tributar a Correa los sufragios a que se ha hecho acreedor, portándose con el valor de un soldado y el honor de un noble jefe; sin que Monteverde haya excedido jamás a Correa en estas virtudes".

que aprendían a manejar en el propio campo de batalla. En los caminos que había seguido —o inventado, donde no los había— cada jornada era una nueva operación militar, tanto por los obstáculos que el ejército debía vencer, como por las posiciones del enemigo, que era necesario eludir o asaltar a todo riesgo. Sin exageración puede decirse que hasta la geografía americana quedó modificada por su iniciativa. ¿Acaso no se contaba entonces la distancia de un lugar a otro por los "días a caballo" que se necesitaban para recorrerla? Pero si juzgáramos por la rapidez con que él se había desplazado, aquellos largos, desolados y abruptos senderos del nuevo continente podíamos imaginarlos iguales a los que en Europa Napoleón en aquellos días recorría, inaugurando también el mismo método de guerra.

La entrada triunfal de Bolívar en Caracas despertó a los patriotas de una horrible pesadilla. El Batallón de voluntarios de Fernando VII —todo de españoles y canarios; de aquellos que, según el coronel Ureña, por llamarse "fieles vasallos" querían disponer sin freno alguno de la vida y las propiedades de los criollos—, aunque ascendía a mil hombres, se había disuelto sin combatir; y casi todos los realistas, que temían represalias de los criollos, abandonaron en tumulto la ciudad.

De nuevo en el camino de La Guaira y en este puerto se amontonaron miles de fugitivos aterrados, tristes exponentes de las crueldades que las guerras civiles engendran. Pero más felices que los republicanos del año 12, a lo menos una parte de ellos pudo escapar hacia Curazao en catorce buques que había en la rada. Los patriotas, por el contrario, enajenados de gozo, proyectaban agasajos para los vencedores. No habría en Caracas desde luego, arcos de triunfo ni fiestas rumbosas. Por doquiera se veían aún las ruinas dejadas por el terremoto, y dos emigraciones de gentes enloquecidas, la que provocó Monteverde al violar la capitulación y la que ahora se producía con su fuga, habían dejado la ciudad desierta. Pero quizá por ese mismo ambiente de dolor, resultaban más conmovedores los grupos de jovencitas, que con cestillos de flores en las manos e ingenuos emblemas patrióticos prendidos en sus trajes blancos, salían al encuentro del Libertador.

El primer cuidado de Bolívar, al día siguiente de su entrada, fue participar al Gobierno granadino la liberación de Venezuela, "que los heróicos sucesos de las armas de la Nueva Granada han sacado de la nada", decía.

Le tocaba entonces organizar el gobierno. Ya desde Mérida meditaba en ello, y había escrito al doctor Cristóbal Mendoza: "Venga Ud. sin demora. Venga. La Patria le necesita. Yo iré por delante conquistando y Ud. me seguirá organizando; porque Ud. es el hombre de la organización, como yo el de la conquista" [1].

1. *Próceres Trujillanos*, por el doctor Vicente Dávila, pág. 231.

Separar así el mando militar del político, para entregar a éste la custodia del orden legal y conservar en aquél la facilidad de acción que la guerra demandaba, sería siempre en el Libertador propósito fundamental. Pero la colaboración de Mendoza era también preciosa, tanto por el talento y la honradez de este constante patriota, como por haber sido el primero en ejercer el Poder Ejecutivo de Venezuela, durante el triunvirato con que se inició la República. Asimismo, el licenciado Miguel José Sanz, tan culto que Humboldt lo distinguió con elogios excepcionales, y Francisco Javier de Ustáriz, que había sido igualmente triunviro, se unieron decididamente a Bolívar. Mendoza fue nombrado Gobernador de Caracas, y Ustáriz y Sanz elaboraron sendos planes de gobierno provisional, que delegaban en el jefe del ejército la autoridad suprema.

Dato muy significativo es que el licenciado Miguel José Sanz se había enemistado con Bolívar por incidentes familiares anteriores a la revolución; y después, por haber sido admirador y amigo de Miranda, aquella enemistad pudo haberse agravado. Su adhesión a la autoridad de Bolívar no podía, pues, explicarse —siendo su rectitud y valor moral insospechables— sino porque seguía considerando indispensables para salvar la República aquellos "medios extraordinarios" que había aconsejado a Miranda y que ahora el Libertador encarnaba. Muchos otros políticos eminentes pensaban lo mismo, y entre ellos don Fernando Peñalver, a quien encontraremos más tarde, en situaciones las más difíciles, siempre igual en austeridad y firmeza; y con tanto ascendiente sobre Bolívar que éste llegó a llamarlo Mentor y Padre.

Finalmente, y de acuerdo con la tradición que venía de la Colonia, según la cual el Ayuntamiento de Caracas asumía a menudo la representación de todo el país, un Cabildo extraordinario reunido el 14 de octubre ratificó solemnemente a Bolívar el título de Libertador y lo nombró Capitán General del Ejército Republicano.

De esa manera Bolívar logró unir a su prestigio la autoridad moral de los principales gobernantes de la primera República; y las instituciones políticas fueron reorganizadas en la medida de lo posible. Porque pensar en restablecer la Constitución Federal del año 11, el Ejecutivo plural, etc., aparte de que horrorizaba a Bolívar, por las experiencias vividas en Venezuela y Nueva Granada, hubiera resultado una farsa dentro del estado de guerra total en que vivía el país.

Tan azarosa era la situación, que el Libertador apenas pudo permanecer en Caracas dos semanas y salió de nuevo a campaña, pues aparte de los ejércitos regulares de uno y otro contendiente, innumerables guerrillas aparecían en todo el país, tanto por el Rey como por la República.

En realidad comenzaba una nueva época. Destruido todo el orden político

legal, primero por la revolución y después por la caída de la República, ésta va a reconstruirse ahora por obra de los jefes militares victoriosos, que sin otro principio de autoridad que su poder personal, van arrancando a los enemigos, a sangre y fuego, el territorio que se llamará republicano mientras ellos lo ocupen, pero sin que nadie pueda pensar en promulgar leyes estables, ni establecer otras normas de conducta que las necesarias para la insegura supervivencia de cada día.

Aparece así el caudillo, apoyado en sus numerosos posesivos —sus tropas, sus oficiales, sus victorias, su prestigio, y a menudo "su pueblo" en la forma más concreta— que lo hacen a la vez temible y fascinante; que lo pueden convertir en salvador o déspota, y a veces en ambas cosas a un mismo tiempo.

Como fenómeno sociológico, esa situación llegará a constituir *el caudillismo*, subproducto de la guerra emancipadora que, en sus peores manifestaciones, iba a perdurar casi un siglo y fue el mayor obstáculo a la reorganización de la América hispana.

Pero la guerra era total en otro sentido más lamentable aún. Porque Bolívar también la había proclamado "a muerte", en respuesta a las crueldades de Monteverde y sus favoritos.

Noticias espeluznantes le habían llegado, en efecto, aun antes de invadir a Venezuela. A los asesinatos y extorsiones narrados en el capítulo anterior, algunos jefes españoles iban añadiendo refinamientos de crueldad apenas creíbles. De uno de ellos, Antonio Zuazola, cuenta Baralt apoyado en narraciones que los mismos realistas, espantados, enviaron a España, lo siguiente: "Digno subalterno de Antoñanzas, cometió en el tránsito las mayores violencias, persiguiendo sin distinción como enemigos a cuantos americanos encontraba, quemando las casas, talando las sementeras. A los prisioneros pasó por las armas, y luego llamó de paz a los vecinos de la villa que temerosos andaban a leva y monte por la tierra. Muchos escarmentados con las pasadas perfidias no se fiaron: otros incautos y candorosos se presentaron con sus familias, tanto más tranquilos cuanto que eran gente quieta que no se había metido en nada. Hombres y mujeres, ancianos y niños fueron desorejados o desollados vivos. A quienes hacía quitar el cutis de los pies y caminar sobre cascos de vidrios o guijarros; a quienes hacía mutilar de uno o dos miembros o de las facciones del rostro, haciendo mofa después de su fealdad; a quienes mandaba coser espalda con espalda. No siempre eran unos mismos los suplicios: variábalos y combinábalos de mil maneras, para procurarse el gusto de la novedad... Nuestro feroz vizcaíno obtuvo con motivo de sus crueldades el título de valeroso y buen vasallo; muchos cajones de orejas que envió a Cumaná fueron recibidos con salvas y algazaras por los catalanes; y estos pobres hombres, conocidos antes por su modestia

y honradez, adornaron con ellas las puertas de sus casas y las pusieron en sus sombreros usándolas a modo de escarapelas" [1].

Estos horrores se trasmitieron oralmente en Venezuela de generación en generación; pero, por esto mismo, muchos venezolanos los creyeron exagerados. El episodio de las orejas parecería, por ejemplo, copiado de los "rosarios de orejas" que se vieron en Francia durante la Revolución. Es sin embargo, auténtico sin lugar a dudas; porque en aquella época lo denunció el realista Urquinaona. Asimismo, todos los documentos que se han venido publicando después de la emancipación, lejos de atenuar o desmentir esos horrores, los confirman. Por ejemplo, las Memorias del criollo realista Andrés Level de Goda, dictadas ya cercano a la muerte para justificarse ante sus hijos, y en las cuales confirma el episodio de las orejas y describe otros de los suplicios empleados por Zuazola, Cervériz, etc. [2].

Como vemos, Baralt compadece a los catalanes, tanto como los condena. Pero más lamentable aún, en el mismo sentido, fue la conducta de los "isleños" o canarios. Estos eran unánimemente queridos en el país; eran, entre los vecinos de ultramar, los que se asimilaban más pronto a los criollos, hasta en su manera de hablar; y numerosas familias venezolanas venían de padres canarios. Pero la casualidad de que Monteverde fuera su paisano los envalentonó, se convirtieron, sin razón alguna, en azote de la Provincia, y en las represalias que después ocurrieron fueron tan perseguidos como los peninsulares. El dato es de interés porque revela hasta qué punto la conducta de Monteverde fue decisiva en aquellos horrorosos acontecimientos.

Era tal la furia de exterminio a que se habían entregado los realistas que Cervériz escribía con la mayor naturalidad a Monteverde: "No hay más, señor, que un gobierno militar; pasar todos estos pícaros (criollos) por las armas; yo le aseguro a V.S. que ninguno de los que caigan en mis manos se escapará". Y el general Manuel del Fierro llegaría hasta escribir a otro español: "En las últimas acciones habrán perecido de una y otra parte más de 12.000 hombres. Afortunadamente, los más son criollos, y muy raro español. Si fuera posible arrasar con todo americano, sería lo mejor".

Es fácil, por otra parte, imaginar cuál sería la mentalidad de aquellos jefes realistas al considerar que ciento cincuenta años después escritores como Salvador de Madariaga no la han superado. Madariaga, en efecto, se ensaña tanto contra Bolívar, porque en realidad sus sentimientos son los mismos de Fernando VII, aunque en ocasiones logre disimularlos. Por eso, en el punto concreto de aquellas crueldades —incluso la de los

1. Baralt, edición de 1939. Tomo I, pág. 137.
2. *Boletín de la Academia de la Historia*, Caracas, 1932. Nº 59.

desorejados, que narra— comenta desenfadadamente: "Así iban creando aquellos jefes monteverdistas en el pueblo de Venezuela el espíritu de resistencia y de independencia que los caudillos separatistas no habían logrado despertar" [1].

Por desgracia, el propio gobierno metropolitano legalizó aquellos desmanes y paralizó el admirable propósito que tenía la Real Audiencia de volver al orden legal. Un despacho del Secretario de Guerra, publicado por Monteverde el 13 de marzo, aprobaba su conducta en Venezuela, autorizaba pasar a cuchillo a los insurgentes contumaces, disponía que fueran juzgados como reos de estado y condenados a muerte todos los que hubieran admitido empleo de la República o cooperado de cualquier manera en la revolución y establecía penas de confiscación de bienes y otras menores para los demás que se juzgaran comprometidos en la sedición.

Tales medidas, que reproducían casi literalmente aquel procedimiento de degollar a todos los rebeldes "sin más proceso que el de la voz", usado durante el levantamiento de Chirinos en Coro años antes, indicaban que España no estaba dispuesta a modificar en nada su política, y reavivaban el recuerdo de las atrocidades cometidas por otros realistas en el Perú, en Quito, en Popayán y en México [2].

Enardecido bajo la presión de tal ambiente, el doctor Antonio Nicolás Briceño, eminente jurisconsulto venezolano, que se improvisó como militar para formar y acaudillar un cuerpo de voluntarios con el cual entró en Venezuela desde Nueva Granada, fue el primero en responder a los españoles con un programa de guerra a muerte. Antes que él, es verdad, en abril de 1812, el Ejecutivo plural de la República había dado un "Decreto Penal contra los traidores, facciosos y desafectos a nuestro gobierno", en el cual se prodigaba la pena de muerte contra todos los que de hecho, y aun de palabra, se mostrasen adversos al sistema republicano. Pero ese decreto no hacía distinción entre españoles y criollos; y, por lo demás, no se cumplió ni contra los que se tomaron con las armas en la mano cuando la recuperación de Valencia. Briceño fue, pues, el primero que hizo aquella discriminación; y estaba resuelto a ratificarla sin piedad.

Briceño, sin embargo, era —como lo había sido Arismendi, otro de los patriotas que extremó la guerra a muerte—, hombre de carácter mori-

---

1. Comentado por el doctor Angel Francisco Brice en su estudio "El Bolívar de Marx ampliado por Madariaga". Caracas, 1952.
2. Bolívar hablaba de ellas en una proclama que dio en Mérida. Según el Almirante Cochrane, en su libro "Travels in Colombia", el Presidente Montes, jefe español que tomó a Quito en 1812 "no contento con el degüello efectuado por las fuerzas realistas al llegar a la ciudad, ordenó que uno de cada cinco habitantes fuera pasado por las armas, hecho monstruoso del cual se envaneció en una carta dirigida el 11 de noviembre al Gobernador de Guayaquil".

gerado, pues aunque en Caracas festivamente lo llamaban "El Diablo", era porque le tocó desempeñar este papel, cuando joven, en un auto sacramental. Como diputado al primer Congreso de la República fue de los que más influyeron para que los españoles y canarios tuvieran acogida en el nuevo Estado, dándoles incluso la oportunidad de llegar a la primera Magistratura. A pesar de lo cual el plan que concibió en la Nueva Granada era el más estrafalario que imaginarse pueda. No solamente ponía como fin principal de la guerra "destruir en Venezuela la raza maldita de los españoles europeos en que van incluso los isleños", sino que les negaba la posibilidad de incorporarse a su expedición y terminaba por establecer un macabro arancel de ascensos: "el soldado —decía— que presentare veinte cabezas de dichos españoles será ascendido a alférez vivo y efectivo, el que presentare treinta a teniente y el que cincuenta a capitán, etc." [1].

Bolívar y el general del Castillo, que en esos momentos estaban en Cúcuta preparando la invasión de Venezuela, y a cuyas órdenes quiso ponerse Briceño, desaprobaron naturalmente sus proposiciones "en cuanto se dirigen a matar a todos los españoles europeos, pues por ahora sólo se hará con aquellos que se encuentren con las armas en las manos"; y como Briceño insistiera, y llegara hasta enviarles las cabezas de dos españoles que había hecho sacrificar, Bolívar le advirtió severamente "que en lo adelante de ningún modo podrá pasar por las armas, ni ejecutar otra sentencia grave contra ningún individuo, sin pasarme antes el proceso que precisamente ha de formarle para su sentencia con arreglo a las leyes". Castillo por su parte, le respondió: "Devuelvo la cabeza que se me remitía. Complázcase Ud. en verla, y diríjala a quien tenga el placer de ver las víctimas que ha sacrificado la desesperación".

Sólo la desesperación, efectivamente, podía haber inspirado aquellas extravagancias al antes comedido licenciado, y su respuesta a Castillo lo indica muy bien: "Mi amigo, tire Ud. una ojeada —le decía— sobre el gran número de patriotas que gimen hoy en las bóvedas de Puerto Cabello, La Guaira, Cumaná, Puerto Rico y en el Pontón de Maracaibo, como en los demás puntos que los godos ocupan en nuestra América, y dígame si debemos llamar crueldad el fusilar dos españoles... Recuerde Ud. por un momento la suerte del virtuoso Roscio, del paciente Ustáriz, del elocuente Espejo, del bravo Francisco Carabaño... Traiga a la memoria las muertes del sabio e ilustre (roto el documento), del activo e ingenioso (roto el documento), figúrese que los ve como han estado y están aún algunos de ellos privados de la luz, asados del calor, descansando en las inmundicias de sus mismos cuerpos, y pereciendo sin más auxilios que

1. Vicente Dávila, *La Guerra a Muerte*. En *Investigaciones históricas*, Caracas, 1923. El trabajo del doctor Dávila es, sin duda, el más completo que se ha hecho sobre la guerra a muerte, y de él tomo otros datos que figuran en el texto.

el de Dios, sin confesión, sin médicos, y sin más delitos que el ser nacidos en América...".

Estas eran, en efecto, las imágenes que martilleaban sin cesar la mente de los patriotas venezolanos. Cada día les llegaban a los invasores noticias desesperantes de lo que sufrían sus familias, sus amigos, los hombres más respetados del país. No es de extrañar, pues, que apenas a los dos meses de su respuesta a Briceño, también Bolívar amenazara a los españoles con la guerra de exterminio. El 15 de junio de 1813, en Trujillo, declaró en una proclama: "La justicia exige la vindicta, y la necesidad nos obliga a tomarla... Todo español que no conspire contra la tiranía en favor de la justa causa, por los medios más activos y eficaces, será tenido por enemigo, castigado como traidor a la patria, y en consecuencia será irremisiblemente pasado por las armas. Por el contrario, se concede un indulto general y absoluto a los que pasen a nuestro ejército con sus armas o sin ellas... Los españoles que hagan señalados servicios al Estado, serán reputados y tratados como americanos... Españoles y canarios, contad con la muerte aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de Venezuela. Americanos, contad con la vida, aun cuando seáis culpables".

Es error muy común hablar de un Decreto de Guerra a Muerte, que en realidad no existió. Lo que se toma como tal es esa proclama; y a título de curiosidad observemos la analogía entre algunas de las expresiones que usa Bolívar y la *Ley de Sospechosos*, promulgada en Francia en 1793, según la cual podían ser condenados a muerte" los que sin haber hecho nada contra la libertad, no hubiesen hecho algo en favor de ella".

Por otra parte, consideramos como simples amenazas lo anunciado en aquella proclama, porque Bolívar trató inmediatamente de suspender su ejecución. Apenas hubo entrado triunfante en Caracas propuso a Monteverde, según el regente Heredia, "la reconciliación general con entero olvido de lo pasado, y el permiso de emigrar los que quisiesen"; pero, aun cuando desistió de pedir la entrega de Puerto Cabello, que primero había puesto como condición, no pudo llegar a ningún acuerdo con el cerrado isleño, porque éste seguía empeñado en tratar a los patriotas como traidores y aplicarles solamente la "ley de la conquista". Igualmente se negó Monteverde a canjear al coronel republicano Diego Jalón —que tenía en su poder y que, por cierto, era español— por el feroz Zuazola, que los patriotas habían hecho prisionero; no quiso tampoco aceptar el cambio de dos españoles por cada americano, y rechazó también la oferta de Bolívar de entregar los dos mil españoles apresados en Caracas si Monteverde libertaba los cuatrocientos patriotas que quedaban en Puerto Cabello. El Libertador todavía intentó, sin embargo, salvar a aquellos infelices expulsándolos a Las Bahamas o a Barbados y con ese fin se contrataron cuatro goletas para embarcarlos por La Guaira,

y se ordenó que del dinero que se tomara a los propios españoles y canarios se hiciera un fondo especial "para pagar el flete de los buques que conduzcan fuera del Estado a aquellos individuos"[1]. Desgraciadamente ese proyecto no pudo realizarse; no se sabe si porque negaron su autorización los gobiernos de aquellas islas, o por falta de dinero, o porque las operaciones militares se hicieron tan absorbentes que Bolívar, como hemos dicho, apenas permaneció en Caracas algunos días.

Para justificar la guerra a muerte por parte de los patriotas se han dado como principales argumentos: que lo justo era que ambos contendientes estuvieran expuestos a los mismos riesgos; que de no ser así, los republicanos se sentirían acobardados, y envalentonados los realistas; y que aquella medida contribuyó a exaltar en los venezolanos el sentimiento de la nacionalidad y marcó en forma tajante el camino revolucionario que el país debía seguir. El último de esos argumentos —que es el más fácil de adornar con fútil retórica— nos parece falso y peligroso. Falso, porque el sentimiento de la nacionalidad y el espíritu de sacrificio que debía acompañarlo eran ya tan firmes en Venezuela que, perdida la República en 1812, inmediatamente el país volvió a sublevarse por oriente y por occidente a la vez; y si el bajo pueblo permaneció en gran parte realista, no se sumó después a la causa republicana por obra de la guerra a muerte, sino por el proselitismo que pudieron alimentar los patriotas —antes vedado por el régimen español— y porque surgieron caudillos criollos que como Páez, Monagas, Zaraza, Sedeño, etc., adquirieron prestigio entre las masas rurales. Nos parece peligroso también aquel argumento porque descarta las consideraciones morales, que en realidad constituyen el motivo fundamental de la discusión sobre la guerra a muerte, y porque es el que se acerca más al que hoy se usa para justificar la violencia política.

A nuestro juicio la guerra a muerte se justificaba porque era la única manera de obligar a los realistas a desistir de ella, sea por medio de acuerdos parciales, como lo intentó Bolívar inmediatamente, sea por un tratado general de regularización de la guerra, como se logró después, también por su iniciativa. Es muy fácil observar, además, en todos los documentos de los realistas, que ellos comenzaron a practicar la guerra a muerte, no sólo por crueldad sino por menosprecio hacia los americanos, porque no querían considerarlos beligerantes sino traidores; los venezolanos tenían, pues, que sentirse tan humillados como doloridos, y cada día veían más claro que si no respondían con igual vigor jamás sus enemigos llegarían a parlamentar con ellos.

Son muy frecuentes los casos en que el hábito de la impunidad hace

---

1. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, Nº 69, págs. 82 y 87. Citado también por Lecuna, *Catálogo*, tomo I, pág. 276.

perder, a los hombres y a los pueblos, la idea de culpabilidad y el sentido moral. Se puede observar eso, tanto en los delincuentes comunes, en los guapetones de barrio y en los políticos corrompidos, como en caudillos y reyes. En los pueblos dominadores, esa misma soberbia insensibilizante hace que aun los hombres más honestos admitan que se exprima sin misericordia a los países débiles y a los seres humanos nacidos en ellos; la esclavitud en la antigüedad y la explotación que hoy realizan las naciones industrializadas en las que sólo son productores de materias primas, son ejemplos indiscutibles. Los españoles estaban acostumbrados en América a esa impunidad (como nación, se entiende; porque en las relaciones privadas la juridicidad del régimen español fue admirable) y era preciso recordarles, mediante un severo castigo, que la justicia, la tolerancia y la compasión, como normas de la vida pública, también podían ser reclamadas en este lado del Atlántico.

Bajo tan negros nubarrones terminó el año 1813. En toda la República se combatía. Durante el sitio de Puerto Cabello los patriotas rechazaron varias salidas de los sitiados, pero aunque llegaron a veces a los aledaños de la ciudad, no pudieron intentar el asalto de las fortalezas, que se consideraban intomables. También con frecuencia tuvieron que replegarse y se vieron en peligro, pues los de la plaza —que habían sido reforzados con mil doscientos veteranos llegados de España— superaban a menudo en número a las tropas que los republicanos podían dedicar al sitio. En una de esas acciones murió Girardot, el brillante coronel granadino que había venido con la vanguardia durante la Campaña Admirable. Bolívar le hizo honores excepcionales y, entre otros, que su corazón fuera llevado en triunfo a Caracas y colocado en un mausoleo que debía erigirse en la Catedral. Ribas y Urdaneta dieron pruebas en nuevos combates de la pericia y arrojo que los elevarían al primer rango militar. Asimismo, en Oriente, Mariño, los hermanos Bermúdez, Piar, Arismendi, afirmaban la fama que habían adquirido desde los primeros combates; y surgían otros jefes, Monagas, Zaraza, Sedeño, y el joven de 18 años Antonio José de Sucre, futuro vencedor en Ayacucho.

El Libertador trataba de proveer a todo, ya en la línea sitiadora de Puerto Cabello, ya en Caracas para atender a su defensa o a los asuntos de interés general, ya en campaña hacia el interior. Aparte de numerosos combates, dos batallas dirigió personalmente a fines del año, en Barquisimeto y Araure. En la primera de ellas, cuando ya los patriotas vencedores habían entrado en la ciudad y echado a vuelo las campanas, un corneta, por error o traición, tocó retirada, la infantería fue víctima del pánico y se convirtió en desbandada la segura victoria. Para castigar aquel momento de cobardía, Bolívar formó con los dispersos un cuerpo que llamó *Batallón Sin Nombre,* y reconstruido su ejército venció poco después en Araure. En esta acción el Libertador cargó personalmente

al enemigo a la cabeza de algunos escuadrones, y después lo persiguió con tal ahinco que se les adelantó y, por la noche, los cortó a treinta kilómetros del campo de batalla. El *Batallón Sin Nombre*, que con gran denuedo había cooperado al triunfo, y arrebató a los realistas la bandera llamada "Invencible de Numancia", se llamó desde entonces "Vencedor en Araure".

En ese año 1813, nace el verdadero ejército venezolano, sobre la base de una infantería disciplinada. Según el regente Heredia en sus *Memorias*, un oficial español se asombraba de encontrar en los republicanos, durante la batalla de Araure, las cualidades de una tropa veterana. "Este y otros oficiales inteligentes —escribía— me aseguraron que los insurgentes habían hecho prodigios de valor, y maniobraban con tanta celeridad y bizarría como las tropas europeas más aguerridas".

Naturalmente, la infantería patriota siempre careció de armas, hasta 1819 en que la República pudo comprar algunas, gracias a las circunstancias que luego veremos. Por eso en todos esos años sigue predominando la caballería, que podía batirse con lanzas improvisadas, con chuzos, y a veces con simples varas de madera que aguzaban y endurecían al fuego.

Por desgracia, también por aquellos días se agigantaba en el horizonte de los llanos la sombría figura de José Tomás Boves, que sería el más temible de los guerrilleros españoles. Este singular personaje, nativo de Asturias, en España, pero connaturalizado con la vida de los llanos venezolanos, donde se dedicaba al contrabando y otras formas de vida análogas, había sido condenado por "delitos de piratería", pero perdonado por el gobierno de la República, parece que comenzó a ser partidario de ésta. Sin embargo, los triunfos de Monteverde lo atrajeron a la causa realista, y fue condenado a muerte en 1812 por un juez republicano. La sentencia no se cumplió, según sucedía a menudo en aquellos azarosos días, a poco quedó en libertad y se incorporó al ejército de Monteverde. Este lo nombró Comandante General de la villa de Calabozo, y de allí en adelante se abrió paso con sorprendente empuje. Valiente, diestro en el manejo del caballo y de la lanza, extraordinariamente activo y con minucioso conocimiento de aquellas llanuras, no tuvo reparos desde el principio en estimular los excesos de las semisalvajes hordas que acaudillaba, y con ferocidad sin igual se entregó a saquear, asesinar y torturar en las indefensas poblaciones que fueron el primer escenario de sus correrías.

A fines de 1813 ya le seguía un verdadero ejército, que después de cada batalla, vencedor o vencido, renovaba en los llanos, al parecer inagotables para él. Dos compatriotas suyos al servicio de la República se le enfrentaron: el coronel Vicente Campo Elías, que logró derrotarlo en Mosquitero, y el teniente coronel Pedro Aldao, que apenas con setecientos hombres quiso detener a los cuatro mil que traía Boves y perdió la batalla y la



La Emigración a Oriente. Cuadro de Tito Salas.
Casa Natal del Libertador, Caracas.
[*Cortesía Servicio Audiovisual. Ministerio de Educación*]



Simón Bolívar
Pastel sobre tela hecho del natural en
Haití, en 1816, por un pintor desconocido.
[*Cortesía Shell*]

vida en su heroico intento. También el comandante Pedro María Freites, del ejército de Oriente, logró vencerlo; pero poco después Boves derrotó al teniente coronel Carlos Padrón, que también murió con las armas en la mano.

Tales fueron algunos del centenar de combates y batallas que se libraron ese fin de año. Inútil sería querer expresar con algún orden ese combatir incesante, ni asignarle a cualquiera de aquellas acciones influencia precisa. Se peleaba dondequiera que patriotas y realistas se encontraban, sin considerar ni el número ni la situación en que se hallaran. Las derrotas conducían casi siempre al exterminio de los vencidos; y las victorias de muy poco aprovechaban, porque cuando los vencedores creían tener asegurado un extenso territorio, tenían que abandonarlo casi en seguida, bien por la aparición de fuerzas superiores, o por las numerosas guerrillas que surgían a su alrededor.

Esto último sucedía especialmente a los patriotas, que por falta de armas y por tener contra ellos a la población rural, en ningún triunfo encontraban alivio. Cuando Bolívar comenzaba la campaña de Araure, le escribía a Mariño: "Temo con fundamento una subversión en La Guaira o Caracas, que quedan sin un fusil, y la creo casi inevitable en los llanos"; y, en efecto, apenas se hubo alejado, los esclavos y algunos campesinos, muy poco superiores a ellos, se declararon realistas y saquearon los pueblos de Santa Lucía, Santa Teresa y Yare, cercanos a la capital.

Por dondequiera se abalanzaban sobre la parte civilizada del país aquellas masas ávidas y crueles, como turbas infernales que salieran de los cráteres y escombros dejados por el cataclismo del año anterior; y Bolívar tenía que considerar con desesperación que las ciudades iban quedando despobladas y empobrecidas bajo los implacables sacrificios que se les pedía.

¿Sería preciso aceptar que sin el auxilio inglés o norteamericano era imposible triunfar? Inglaterra ni siquiera permitía a los republicanos adquirir armas en sus colonias del Caribe; y los Estados Unidos no tenían ya un Smith, que pudiera convertirse para sus hermanos del Sur en un Lafayette.

Caracas sólo contaba alrededor de cuarenta mil habitantes a principios del siglo y las demás ciudades de Venezuela mucho menos; el terremoto había hecho desaparecer en varias de ellas hasta la cuarta parte de la población; y así tenían que dar y dar, día tras día, con la única esperanza de contener por breve tiempo el torrente que les asaltaba. ¿Hasta cuándo podrían dar?

XVIII

"DURO LA MATANZA ALGUNAS OTRAS NOCHES"

Como un papel que un niño hubiera rayado en todas direcciones y por mero capricho, así se vería un mapa de Venezuela en que marcáramos la ruta que siguieron los ejércitos combatientes durante el año 1814 y las acciones que libraron. Lo ocurrido a Urdaneta a principios del año puede servir de ejemplo: ocupado en el centro de la República en perseguir las numerosas guerrillas que lo rodeaban, logró sin embargo organizar su ejército y marchó contra Coro, baluarte de los realistas en el extremo noroeste del país; derrotó al indio Reyes Vargas que le cerraba el camino, y ya se aproximaba a aquella ciudad, cuando supo que estaba en peligro Barinas, a centenares de kilómetros en el sur; torció, pues, precipitadamente su rumbo y temeroso de no llegar a tiempo conservó a su lado solamente una pequeña partida y se internó en los llanos, pero cuando ya vadeaba el río Portuguesa, un oficial fugitivo le informó que Barinas había sido tomada y pasados a cuchillo gran parte de sus defensores y del vecindario; retrocedió, pues, Urdaneta con solos nueve jinetes, porque el resto de su tropa lo envió en auxilio de la ciudad de Ospino, y situado en Barquisimeto logró improvisar una fuerza relativamente considerable, con el propósito de reconquistar a Barinas; mas, cuando ya se disponía a ello, le llegó orden del Libertador de que enviase a Caracas sus mejores tropas porque sobre la capital marchaba Boves con siete mil hombres. Trasladado ese azaroso itinerario a un mapa europeo, sería como si un cuerpo de ejército saliera de París contra Amsterdam, torciera desde Holanda su rumbo hasta Suiza, y regresara de nuevo al centro de Francia. Y todo eso sin haber podido cumplir ninguno de sus objetivos.

Boves arrolló el 3 de febrero, en La Puerta, al coronel Vicente Campo Elías, que sólo tenía tres mil hombres y cayó sobre los valles de Aragua. Pero no era únicamente aquel ejército vencedor el que amenazaba a Caracas: un guerrillero no menos feroz que Boves, llamado Francisco Rosete, había tomado y saqueado a Ocumare del Tuy, muy cercano a la capital por el Sur, degolló sin distinción a hombres, mujeres y niños, y hasta en la iglesia sacrificó a los que allí se habían refugiado.

En este caso José Félix Ribas fue el salvador de Caracas: el 12 de febrero derrotó en La Victoria al ejército de Boves, y poco después a Rosete, dos veces, en los valles del Tuy. En La Victoria los republicanos estaban en tal inferioridad numérica, que reducidos a la plaza principal de la

ciudad y tras haber rechazado un asalto de los enemigos, a Ribas sólo se le ocurre decir al mayor general Mariano Montilla: "No hay que desesperar, amigo mío, antes de desaparecer por completo, podemos resistir todavía dos asaltos como éste". De Caracas habían sido llevados a combatir los últimos jovencitos que quedaban en la Universidad y el Seminario, y el propio jefe vencedor consideró su triunfo un verdadero milagro. "La sangre de los caraqueños derramada en La Victoria y la protección visible de María Santísima de la Concepción, fueron los que salvaron la Patria en aquel memorable día", contestó a la Municipalidad de Caracas que le demostraba su agradecimiento.

Ese rasgo de Ribas matiza con luz inigualable su sorprendente personalidad de revolucionario. Era tan vehemente que se introdujo en el Cabildo de Caracas el 19 de abril de 1810 titulándose representante de los "pardos", aunque pertenecía a una de las mejores familias de la capital; después se exhibía en las calles tocado de un gorro frigio, tratando de incorporar el pueblo a la revolución; fue expulsado de la Junta Suprema y de la Provincia por temor a las medidas radicales en que se empeñaba; y más tarde se mostraría tan duro, que a su propio sobrino y jefe, el Libertador, le hizo frente, lo amenazó de muerte y aun llegó a calumniarlo. Sin embargo, cuando triunfa en La Victoria se muestra abnegado y humilde, pide para Bolívar los honores que a él se le quieren hacer, y termina su respuesta al Ayuntamiento de Caracas con estas palabras: "Yo suplico encarecidamente a V. S. que todo el premio que había de asignárseme recaiga en beneficio de tantas viudas y huérfanos, que justamente merecen el recurso de la Patria; y espero de la Municipalidad marque este día para bendecir a la Madre de Dios, con el título de la Concepción, jurándole una fiesta solemne anual en la Santa Iglesia Metropolitana". Poco después, enfermo, no quiso sin embargo que faltara a la patria el auxilio de su prestigio, y se hizo llevar en una hamaca para combatir a Rosete. Caracas lo llamó el Invencible.

Entre los héroes caídos en La Victoria, dos eran de los mejores veteranos de la República: el coronel Luis María Rivas Dávila, que al frente de los Soberbios Dragones de Caracas había decidido el triunfo en Araure, y el capitán Rudecindo Canelón, de la infantería, que en la misma acción, con una fuerza avanzada de ochenta soldados, fue el primero en acometer al enemigo y logró desorganizarlo. De Rivas Dávila quedó consignado en unos comentarios del Ministro de la Guerra sobre la batalla de La Victoria, que cuando se le extraía la bala que le causó la muerte, recomendó: "Llevadla a mi esposa, y decidle la conserve, y se acuerde que a ella debo el momento más glorioso de mi vida, aquel en que he perecido defendiendo la causa de mi suelo" [1].

---

1. Blanco y Azpurúa, tomo V, pág. 57.

Pero el peligro que había corrido Caracas fue causa de un episodio que se ha discutido tanto, en la vida de Bolívar, como la matanza de los tres mil turcos que se rindieron a Napoleón en Jaffa y el sacrificio de los apestados de su propio ejército, que ordenó poco después. Bolívar, en efecto, temeroso de que los españoles y canarios que en Caracas y La Guaira estaban presos desde el año anterior, pudieran organizar una sublevación, ordenó que fueran pasados por las armas. Perecieron así ochocientos infelices, la mayor parte civiles; y, naturalmente, aun los escritores inclinados a justificar en teoría la guerra a muerte, tienen que vacilar ante este hecho sangriento.

En realidad fue el único caso en que los patriotas aplicaron masivamente, a sangre fría, la terrible amenaza de Trujillo; y dos consideraciones muy graves los impulsaron a ello: el recuerdo de lo ocurrido en Puerto Cabello al propio Bolívar el año 12, por haber seducido los prisioneros realistas a algunos oficiales criollos subalternos; y que Caracas y La Guaira estaban absolutamente desguarnecidas y sólo algunos ancianos mal armados cuidaban de ambas. Hasta los seminaristas y universitarios casi niños, habían sido incorporados, como hemos dicho, a las tropas que salieron a combatir contra Boves y Rosete.

No podían olvidar tampoco los patriotas que esos españoles y canarios, aunque civiles, eran de los que habían formado los cuerpos de voluntarios que como "leales vasallos" se lanzaron contra la población criolla cuando el triunfo de Monteverde. ¿Hemos de seguir —se preguntaban— amenazando vanamente con una guerra a muerte, que de no cumplirse hará a nuestros enemigos más crueles y soberbios? Por desgracia es muy fácil convertir en razonamientos la pasión; y en esta coyuntura tanto los unos como la otra arrastraron a los desesperados defensores de Venezuela. "¿Qué utilidad hemos sacado hasta ahora —preguntaba Bolívar al Arzobispo de Caracas— de conservar a esos prisioneros, y aun de dar la libertad a una gran parte de ellos? Se ha conseguido que ayer en Tinaquillo hayan entrado y asesinado 25 hombres que le guarnecían, sin perdonar uno solo; que Boves no haya dado todavía cuartel ni a uno de los prisioneros que nos ha hecho. Asómbrese más V. S. Ilustrísima al saber que Boves sacrifica indistintamente hombres y mujeres".

Ni siquiera en esto último había exageración. Boves, Yáñez, Puy, Zuazola, Rosete, Antoñanzas, Cervériz, Pascual Martínez, casi todos los guerrilleros realistas, sacrificaban indistintamente hombres, mujeres y niños. Pero lo peor es que también bajo las formas legales, el empeño de los españoles en considerar a los americanos como rebeldes, excluidos del derecho de gentes, los llevaba a ser crueles, y hasta con las víctimas que por circunstancias muy especiales han debido respetar: la esposa de José María España fue encarcelada y maltratada, estando grávida, para castigar su fidelidad a aquel mártir de la patria; doña María Josefa

Torres fue también reducida a prisión y despojada de sus bienes sólo por haber dado asilo a don Vicente Salias y a pesar de que éste estaba protegido por la capitulación de San Mateo [1]. Era la regla que se aplicaba en todos los casos, porque se sostenía doctrinariamente que ni los tratados ni los miramientos de simple humanidad podían invocarse en favor de los insurgentes.

De acuerdo con ese criterio fue también que Monteverde se negó a todo convenio sobre canje de prisioneros, y con la mayor inconsciencia contestó a los republicanos vencedores: "Ni el decoro, ni el honor, ni la justicia (!) de la gran nación española me permiten entrar en ninguna contestación, ni dar oídos a ninguna proposición que no sea dirigida a poner estas provincias de mi mando, bajo la dominación en que deben legítimamente existir" [2]. Y llegó hasta retener prisioneros a algunos de los parlamentarios que se le enviaron.

Bolívar y los suyos insistieron, sin embargo, hasta el último momento, en evitar el atroz sacrificio: cuando el coronel Tomás Montilla tomó a Calabozo —una de las primeras ciudades en sufrir, a manos de Antoñanzas, la guerra a muerte—, dejó libres a todos los realistas que no podía guardar por la imposibilidad de vigilarlos; en Caracas se redujeron de 2.000 a 800 los españoles y canarios presos, ya dándoles individualmente pasaporte para el extranjero, ya poniéndolos en libertad en grupos numerosos; después de su victoria contra Rosete en Ocumare, Ribas trató con la mayor humanidad a los heridos y prisioneros. En la *Gaceta de Caracas*, donde se dio cuenta de este hecho, se exaltaba en otra nota la conducta de los jefes realistas Ceballos y Correa, y declaraba el gobierno republicano que si todos los jefes enemigos fueran como ellos, "ni se habría nunca declarado la guerra a muerte, ni habría corrido una gota de sangre española", lo cual era una nueva invitación a regularizar la guerra [3]. Y todavía, el 28 de enero de 1814, el propio Libertador hizo una suprema tentativa: "En 7 de diciembre pasado —dijo en una proclama— expedí un indulto... ahora, no sólo extiendo el referido indulto y perdón general a los bandidos, y otros individuos americanos, españoles y canarios... sino también hago ilimitado el dicho perdón... Por tanto, mando a todos los jefes militares, civiles y políticos, que en ninguna manera pasen por las armas, ni castiguen con dicha pena de muerte, ni menos arbitrariamente, a ningún

1. Vicente Dávila, *Investigaciones Históricas*, tomo I, pág. 95. Salias, autor de la canción patriótica que se convirtió después en Himno Nacional de Venezuela, fue procesado como "revolucionario y editor de papeles", y en un proceso sin apelación que sólo duró 17 días fue condenado a muerte.

2. Blanco y Azpurúa. Tomo IV, pág. 699.

3. Para los hechos narrados en este párrafo, ver respectivamente: Lecuna, *Crónica razonada...*, tomo I, pág. 110, y *Catálogo de Errores y Calumnias...*, tomo I, págs. 315 y 317; y la *Gaceta de Caracas*, Nº 411 (volumen IV), correspondiente al 24 de marzo de 1814. Edición de la Academia Nacional de la Historia, Caracas.

individuo de los que voluntariamente se presentaren, sea cual fuere su origen, estado y condición" [1].

Pero nuevas y más espantosas crueldades respondían, de parte de los guerrilleros realistas, a aquellos intentos de los republicanos. Y el más poderoso de esos jefes españoles, José Tomás Boves, no sólo llegó a exceder en ferocidad a cuanto se había hecho, sino que concibió el malvado designio de dividir a los venezolanos por medio de la guerra de clases y de razas, para que se destruyesen unos a otros.

Acerca de esto ha quedado en nuestra historia un testimonio insuperable. Es el Memorial que el propio capellán de su ejército, doctor don José Ambrosio Llamozas, presentó al Rey en 1815. Su objeto era indicarle al Monarca las providencias más urgentes para la pacificación espiritual y la reconstrucción de la infeliz Venezuela; pero su testimonio de lo que vio estando al lado de Boves nos da un panorama general de aquella guerra que ninguna otra narración podría igualar. Hasta el desorden de su relato parece seguir fielmente la confusión de pesadilla en que entonces se vivía. "El Comandante General Boves —relata— desde el principio de la campaña manifestó el sistema que se había propuesto y del cual jamás se separó: fundábase en la destrucción de todos los blancos, conservando, contemplando y halagando a las demás castas como resulta de los hechos siguientes: En el Guayabal poco después de la batalla de Mosquitero declaró la muerte a todos los blancos y lo ejecutó constantemente hasta el pueblo de San Mateo. Por consecuencia de esta resolución hizo matar en Calabozo 87 blancos que pudo aprehender y dejó lista de otros 32, para el mismo efecto, y orden a la salida de esta villa a su comandante militar para que hiciese matar a todo hombre blanco que allí llegase y que las mujeres blancas de Calabozo y pueblos inmediatos fuesen remitidas a la isla de Arichuna como se ejecutó repartiendo las casas y bienes de los muertos y de las desterradas entre los Pardos y dándoles papeletas de propiedad. En el pueblo de Santa Rosa se mataron todos los blancos que iban entre las compañías de los que se recogieron en aquellos Pueblos sacándolos de noche al campo y matándolos clandestinamente sin confesión cuya misma suerte tuvieron igualmente en el Pueblo de San Mateo los que fueron a vender víveres al Ejército. Luego que Boves salió de Cumaná para Urica encontró varios blancos en las compañías que se habían formado por su orden de las gentes nuevamente remitidas de los pueblos y los hizo morir todos en el campo por la noche entre ellos Don N. Armas vecino de Barcelona, a un hijo del Comandante Militar de San Mateo y al Comandante de la misma clase de la Margarita nombrado por Morales. Esta misma conducta observó el Comandante Militar de Cumaná Salaberría que hizo perecer de noche más de 200 personas blancas ocultamente y sin confesión. La insaciable sed de sangre de Boves no estaba sólo contraída a la de los

1. *Proclamas y discursos del Libertador.* Caracas, 1939. Pág. 89.

blancos aunque contra éstos era más ardiente: en los campos de batalla y en los pueblos pacíficos se cometieron por su orden horrores de que hay pocos ejemplares. A consecuencia de haber sitiado a Valencia capituló solemnemente con Boves quien a nombre de V. M. perdonó vidas y ofreció respetar las propiedades y conservarlas en cuya virtud se entregaron sus habitantes, pero inmediatamente que entró Boves en la Ciudad hizo degollar por la noche y sin confesión entre ochocientos a mil hombres en el cerro del Pato saqueándola después. Igual suerte tuvo la Ciudad de Caracas que se entregó sin hacer resistencia y en las noches que permaneció allí Boves y después por su orden se sacaban porción de hombres a degollar".

Sigue narrando el Capellán análogas atrocidades cometidas en el Oriente del país, y agrega: "La conducta observada por Boves fue consiguiente a sus palabras: continuamente recordaba a sus tropas en público su declaración de Guerra a Muerte a los Blancos hecha en el Guayabal: siempre les repetía que los bienes de éstos eran de los Pardos. En sus cálculos militares y en su clase de Gobierno este sistema formaba una parte muy principal. En los llanos decía él no debe quedar un blanco por dos razones: la primera por tener destinado aquel territorio para los Pardos y la segunda para asegurar su retirada en caso de una derrota pues no se fiaba de los blancos cuya compañía le desagradó siempre; mas con los pardos comía y con él ellos formaban sus diversiones. Para complemento de esta conducta dio órdenes de palabra y por escrito a todos los comandantes militares para que a cuantos patriotas blancos se presentasen o pudiesen ser aprehendidos los matasen ocultamente sin formarles causa ni observar alguna otra formalidad; añadiéndoles siempre que sería su mayor amigo el que más matase. A consecuencia de este sistema han desaparecido los blancos. En Cumaná sólo han quedado 5 u 8 del país y aun una gran porción de señoras fueron presas y remitidas a Caracas para ser conducidas a la desierta Isla de Arichuna. En el mismo ejército de Boves que se componía a principios de Diciembre de 1814 de 7.500 hombres, sólo había de 60 a 80 soldados blancos y de 40 a 45 del mismo color entre comandantes y oficiales Españoles y criollos del referido Ejército. Después de la toma de Maturín a mediados del expresado mes de diciembre se siguió el mismo sistema de carnicería y mortandad que se había observado invariablemente antes del fallecimiento de Boves: así fue que el Comandante Gorrín mató a 130 que aprehendió en los cuatro días siguientes a la ocupación de aquel Pueblo teniendo indistintamente la misma suerte cuantos se cogieron y presentaron en virtud de un indulto que se publicó ofreciendo seguridad. La insubordinación del Ejército era general y escandalosa, sin orden de ningún jefe amanecían muertos los pocos blancos pacíficos de los Pueblos siendo voz muy común y pública entre los pardos, negros, mulatos y zambos que le componían el exterminio de aquella raza habiendo varios ejemplares que comprueban esta verdad y la de su falta de disciplina y subordinación pues cuando se les antojaba no obedecer las órdenes de

algunos comandantes y jefes lo resistían de hecho y pedían su deposición a que accedía el Comandante General Boves nombrando otros que a poco tiempo experimentaban la misma suerte si trataban de corregirlos en sus excesos" [1].

Desde fines de febrero hasta el 25 de marzo de ese año 1814, Bolívar, maniobrando en el terreno quebrado de San Mateo —donde estaba la hacienda de su familia de que ya hemos hablado— se batió con fuerzas de Boves, tres veces mayores que las suyas, y lo derrotó en varios combates. En uno de ellos, los realistas habían dominado ya las alturas y estaban a punto de tomar el parque; pero el granadino Antonio Ricaurte lo hizo volar sacrificando su propia vida. Fue el último episodio de aquella desesperada resistencia: escarmentado Boves y habiendo sabido que se aproximaba el ejército de oriente, mandado por el General Santiago Mariño, se retiró, y poco después Mariño lo venció también, en Bocachica.

Bolívar persiguió a Boves, le dispersó el ejército, y logró auxiliar a Valencia, donde Urdaneta con menos de 1.000 hombres había resistido a Ceballos y Calzada que lo sitiaban con 4.000. "Defenderéis a Valencia, ciudadano general, hasta morir", le había ordenado el Libertador.

Otra hermosa victoria de Bolívar y Mariño, reunidos, fue la llamada primera de Carabobo. A diferencia de lo que habitualmente sucedía, en esta acción eran sensiblemente iguales en número ambos contendientes; el ejército realista estaba mandado por el propio Capitán General Juan Manuel de Cagigal, que era militar de carrera y a sus órdenes tenía varios cuerpos de tropas regulares, de los llegados de España. Al lado de Bolívar estaban sus mejores subalternos, José Félix Ribas, Rafael Urdaneta, Florencio y Leandro Palacios, el abnegado español republicano coronel Diego Jalón; con Mariño, el temerario coronel Francisco Bermúdez, Francisco Carvajal, que llamaban *Tigre Encaramado* y se había hecho célebre porque combatía con una lanza en cada mano; Manuel Sedeño, titulado más tarde por Bolívar "el bravo de los bravos"; José Tadeo Monagas, que durante la acción arrebató personalmente a los escuadrones enemigos el estandarte real. Los realistas perdieron más de 2.000 hombres entre muertos, heridos y prisioneros, varias piezas de artillería, 500 fusiles, todo el parque y ocho banderas, entre ellas la del regimiento de Granada.

Extraordinario ejemplo de heroísmo fue en esa batalla el comportamiento del capitán José María Carreño. "Hallábase muy débil —narra Larrazábal— curándose de catorce heridas que recibió en los Cerritos Blancos, donde perdió completamente un brazo; pero sabiendo que se preparaba una grande acción, que el Libertador mandaría en persona, pidió su alta y

---

1. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, Nº 17. El Padre Llamozas fue enviado ante el Rey por el General Morillo, después de la muerte de Boves. Muy significativo es también que una de las medidas que pide en favor de la Provincia es repoblarla con gente blanca.

concurrió a la gloriosa acción de Carabobo. Parecía un espectro: sin sangre, mutilado, el habla débil, el paso lento...". Era hijo este bizarro capitán del comandante Julián Carreño, que al comienzo de la revolución se presentó a tomar servicio en las filas republicanas con sus cuatro hijos y sus esclavos. Dos de esos hijos murieron en los campos de batalla y el padre en la defensa de la Casa Fuerte de Barcelona en 1817. En cuanto a aquel capitán José María, que convaleciente de catorce heridas combatió en Carabobo, más admirable aún es lo que consta en su hoja de servicios que hemos visto en el Archivo Nacional de Caracas [1]. De las numerosísimas heridas que recibió, nueve debían de considerarse necesariamente mortales; una de ellas le abrió el cráneo y otra le atravesó uno de los pulmones y le destrozó el omoplato. Sobrevivió sin embargo a Bolívar, y en 1842 —ya General de División— fue enviado en la comisión que trajo a Caracas el cuerpo del Libertador. Admirados y cariñosos, los caraqueños comentaban que los restos de Carreño iban a buscar los restos de Bolívar.

Pero las victorias que los republicanos obtenían cuando lograban agrupar sus fuerzas, en medio del incesante combatir, apenas les daban respiro. Muy pronto los vencedores tenían que volver a separarse para atender a las ávidas masas campesinas que por todos lados se lanzaban contra el centro de la República. Sin descuidar tampoco a Puerto Cabello, por donde los realistas podían recibir auxilios de España o de las otras colonias, y atacarlos por la espalda. Aferrados así al reducido espacio donde maniobraban al amparo de algunas ciudades y del terreno semimontañoso; dando cara a varios frentes simultáneamente; pero desgastados, corroídos por el incesante oleaje, los patriotas veían disminuir cada vez más a su alrededor los hombres, las armas, el dinero y hasta los alimentos.

Boves, sobre todo, parecía ubicuo, y sus fuerzas, inagotables. Derrotado varias veces, y aun destruido su ejército, lograba desaparecer como un simple contrabandista, que tal había sido su verdadero oficio en los llanos; pero a los pocos días reaparecía más poderoso que todos los otros jefes realistas y dispuesto a prodigar en nuevas batallas aquella sangre americana que despreciaba por igual en sus propios soldados y en los republicanos.

En tales circunstancias, no es pues inexplicable, aunque lo parezca, que menos de un mes después del triunfo de Carabobo, una sola derrota que sufrieron Bolívar y Mariño a manos de Boves —la segunda de La Puerta, el 15 de junio— decidiera la suerte del país. Es que la República estaba agotada.

Boves, según su costumbre, asesinó a todos los prisioneros tomados en aquella acción, entre ellos al gallardo coronel Diego Jalón. Este era español

---

1. Sección *Ilustres Próceres*, tomo XVI. De esos expedientes tomamos también los otros datos sobre su padre y hermanos.

como Boves, aunque de muy diferente índole; pero esa identidad de sangre sólo inspiró al feroz vencedor una nueva forma de sevicia: al día siguiente de la batalla invitó a Jalón a almorzar en Villa de Cura, y al levantarse de la mesa lo hizo decapitar en su presencia.

Siguió luego Boves contra Valencia y allí lo detuvo durante veinte días el coronel Juan de Escalona, hasta que agotados los víveres y el agua, los sitiados tuvieron que capitular. Boves había amparado la capitulación "bajo el más solemne y sagrado juramento, por los santos Evangelios y en presencia de la Majestad Divina" [1], y el Capitán General don Juan Manuel de Cagigal deseaba respetar ese tratado que protegía a los vencidos. Pero "en la noche siguiente a su entrada en Valencia —narra el realista Heredia— Boves reunió todas las mujeres en un sarao, y entretanto hizo recoger los hombres, que había tomado precauciones para que no se escaparan, y sacándolos fuera de la población, los alanceaban como a toros sin auxilio espiritual. Solamente el doctor Espejo (Gobernador Político) logró la distinción de ser fusilado y tener tiempo para confesarse. Las damas del baile se bebían las lágrimas, y temblaban al oír las pisadas de las partidas de caballería, temiendo lo que sucedió, mientras que Boves con un látigo en la mano las hacía danzar el piquirico, y otros sonecitos de la tierra a que era muy aficionado, sin que la molicie que ellos inspiran fuese capaz de ablandar aquel corazón de hierro. Duró la matanza algunas otras noches" [2].

Después de la derrota de La Puerta, "acompañado el general Bolívar —narra Lecuna— de un grupo numeroso de oficiales y soldados, a caballo y a pie, pudo romper a los enemigos y escapar por el camino real. Con él se salvaron Briceño Méndez, Leandro Palacios, sus edecanes Plaza y Herrera y el capitán Ambrosio Plaza. Bermúdez tiró una hermosa capa a los llaneros a punto de cercarlo y mientras se la disputaban se alejó del campo. Mariño, Valdés, Monagas y otros orientales se salvaron por el camino del Pao de Zárate" [3].

A consecuencia de la caída de Valencia, el general Urdaneta, que operaba en Occidente, quedó aislado del Centro, y apenas logró, mediante una habilísima y valiente retirada, en la cual recorrió 166 leguas a través de los ejércitos enemigos, salvar sus fuerzas y llevarlas hasta la Nueva Granada. ¿Qué harían, pues, Bolívar y el grupo de oficiales que le acompañaban, reducidos prácticamente a Caracas y sus alrededores?

Durante algunos días pensaron en resistir. El Libertador decretó la Ley Marcial y dispuso que todos los ciudadanos debían presentarse en el término de tres horas, con las armas y bestias que poseyeran; un bando

1. Bolívar, *Cartas*, tomo I, pág. 176.
2. Memorias del Regente José Francisco Heredia.
3. Lecuna en *Crónica razonada...*, según relación del edecán Marcelino de la Plaza y otros documentos de la época.

posterior los obligaba también a entregar cuanto tuvieran en dinero, prendas y víveres. En una atrevida incursión contra las partidas realistas que merodeaban al sur de Caracas, el capitán republicano Antero Rachadel logró arrebatarles las joyas que habían sacado de los templos y trajo a la capital aquel pequeño tesoro; también las iglesias de Caracas dieron para la defensa de la patria todos los objetos de valor que guardaban, ofrendas hechas durante tres siglos por los fieles venezolanos. Con las tropas salvadas del campo de batalla y las últimos ciudadanos hábiles para llevar las armas se formaron tres batallones y tres escuadrones de caballería; y un campo atrincherado que desde enero se había comenzado a construir en el centro de la ciudad, daba a los más temerarios la esperanza de que aún se podía detener al enemigo. Pero en realidad, era imposible: aquellos seis cuerpos de tropa, que se llamaban batallones y escuadrones, apenas sumaban, reunidos, poco más de 1.000 hombres; una patética apelación de Bolívar al Gobernador inglés de Barbados, para obtener 2.000 fusiles y, si era posible, 1.000 hombres que salvasen a Caracas de la devastación, no obtuvo ningún resultado; de los muchos intentos que se venían haciendo para conseguir armas, uno sólo fue fructífero: a una goleta sueca se le pudieron comprar 290 fusiles, 20 pares de pistolas y 79 sables. ¡Qué irrisión!

El sistema seguido por Boves y los otros guerrilleros realistas, de estimular en sus soldados el odio y la concupiscencia, daba además sus naturales frutos: que en todos los lugares abandonados por los patriotas o donde éstos no tenían fuerzas suficientes para refrenar las turbas, éstas se lanzaban al saqueo, las violaciones y el asesinato. Necio nos parece el empeño de algunos escritores de considerar esto como un fenómeno propio de los países americanos y sacar simplistas conclusiones pseudosociológicas: aun en las naciones mejor organizadas, existen capas sociales enteras que sólo se mantienen dentro del orden por la coacción, a la vez moral y de fuerza, que pesa sobre ellas en tiempo de paz; pero apenas cesa esa presión —o cambia de signo, convirtiéndose en loable lo que antes era condenado— esa criminalidad latente se impone, bien en forma anárquica, bien incorporándose al aparato represivo gubernamental en los regímenes despóticos. Desde luego, en Venezuela y en aquellos momentos, la heterogeneidad social y el estado semisalvaje de las masas campesinas agravaban la crisis. Aterradas, pues, las familias de las ciudades más pequeñas, se lanzaban también sobre Caracas en busca de refugio, y aumentaban la angustia y el desorden que rodeaban a los patriotas. Día y noche permanecían abiertos los templos para acoger a aquella muchedumbre, y hasta en las ruinas dejadas por el terremoto buscaba albergue la lastimosa procesión de desamparados.

Del temple en que se mantenían los hombres puede darnos idea el que mostraba don Martín Tovar Ponte. Este patricio, que de su padre, el Conde de Tovar, había heredado el patriotismo, la entereza y sinceras convicciones

democráticas, fue uno de los primeros y más ardientes revolucionarios criollos, figuró a la cabeza del gobierno establecido el 19 de abril, y como jefe de un escuadrón se batió después en la guerra a muerte. Ahora le escribía a su esposa, doña Rosa Galindo: "Sálvate con nuestros hijos, no temas los peligros del mar; caso de no encontrar buques, antes que te vean los enemigos refúgiate en lo más intricado del monte con lo necesario para vivir oculta tres o cuatro días, para evitar los primeros momentos de furor. Pronto saldremos en campaña; a mí siempre me hallarás en el campo del honor" [1]. Y como de su cuantiosa fortuna no tenía nada que darle a aquella familia que debía abandonar, aconsejaba a su bella y joven esposa ocurrir a la costura y al lavado para ganarse el pan en el extranjero.

Pero esa misma combatividad perjudicaba en otro sentido a los republicanos, porque los reproches a los jefes, que siempre surgen en tales circunstancias, y los proyectos fantásticos de los demagogos, amenazaban anarquizarlos. José Trinidad Morán, que sería después uno de los mejores jefes venezolanos en las campañas del Ecuador y del Perú, relata en sus *Memorias* lo que entonces presenció: "El Libertador reunió —dice— a los hombres más notables de Caracas; se instalaron en Cabildo abierto, y ante el pueblo y padres de familia, Bolívar con un discurso verdaderamente patriótico depositó la autoridad en sus manos: ofreciendo servir con la mejor buena fe y con idéntica constancia bajo las órdenes del que tuviesen a bien elegir para mandar en su reemplazo. Yo, testigo de esta escena calamitosa, arrimado a una columna del templo de San Francisco y apoyado en mis muletas, niño aún, casi no podía formarme juicio de lo que era *el pueblo soberano deliberando*. Mil candidatos se presentaron pretendiendo el mando supremo... el populacho quería ya saqueo diciendo que todos los blancos eran godos, pero el Libertador los contuvo haciendo fusilar a dos iniciadores de esta *patriótica* ocupación... Cansado el pueblo sensato, y más aún los partidos, de vejarse mutuamente en sus candidatos y sus propósitos, por un movimiento general aclamaron nuevamente para Jefe Supremo de Venezuela al Libertador, encomendándole que salvara la Patria, pero ya no era tiempo. Boves marchaba sobre Caracas con un ejército vencedor y sembrando por todas partes la desolación y la muerte. Seis mil hombres amenazaban a Caracas cuando allí sólo había dos mil, en parte restos de los derrotados y convalecientes salidos del hospital; se resolvió, pues, abandonar la capital; se mandó a sacar la plata labrada de las iglesias y se envió al puerto de La Guaira para embarcarla en nuestra escuadrilla compuesta de seis buques menores, bergantines y goletas".

En una lluviosa y triste mañana, el 7 de julio, inició el Libertador aquella retirada, hacia el Oriente del país, que era donde se vislumbraba alguna esperanza de reorganizar nuevas fuerzas. Justamente se cumplía aquel día

---

1. Citado por Lecuna, *Crónica razonada...*, tomo I, pág. 290.

un año menos un mes de haber entrado triunfante en Caracas, después de la campaña admirable. Casi toda la población de la capital, y muchos de los que habían buscado refugio en ésta desde los pueblos vecinos, prefirieron huir también, antes que exponerse a las atrocidades del vencedor. "Veinte mil almas de ambos sexos y de todas las edades —sigue narrando Morán— seguían nuestros pasos. Casi toda la emigración iba a pie, y como el camino de la montaña de Capaya hacia Barcelona es lo más fragoso, consternaba ver a las señoras y niñas distinguidas, acostumbradas a las suavidades de la vida civilizada, marchar con el lodo a las rodillas, sacando fuerzas de la flaqueza, para salvar su honor y su vida amenazados por la horda de facinerosos que acaudillaba Boves. Nuestras tropas les proporcionaban para aliviarlas cuanto estaba en nuestras manos, pero no era posible hacerlo con todas en una emigración tan numerosa, y muchas perecieron de hambre y de cansancio, ahogadas en los ríos o devoradas por las fieras que abundan en aquellos bosques".

Aquella región era, en efecto, tan accidentada e inhóspita que cien años después todavía no existían en ella caminos regularmente transitables, y la comunicación entre Caracas y Barcelona se hacía mediante un largo rodeo por el sur. Pero precisamente aquellas selvas casi vírgenes, los pantanosos senderos, el temor a las fieras y a las serpientes venenosas, era el único abrigo a que podían aspirar los fugitivos contra los veloces jinetes del jefe realista. El mismo Bolívar ayudaba personalmente a los más desvalidos: a la niña Luisa Cáceres —que casó después con el general Arismendi y fue modelo de heroísmo y fidelidad— la llevó en su propio caballo sobre las aguas desbordadas de la laguna de Tacarigua; y también tomó en sus brazos un niño de pocos meses, que fue más tarde el ilustre matemático Manuel María Urbaneja.

Veintitrés días duró esa trágica fuga desde Caracas hasta Barcelona. Cuando los sobrevivientes apenas comenzaban a descansar, y Bolívar iniciaba la reorganización de sus tropas, auxiliado por Mariño y otros jefes orientales, el ejército de Boves, mandado por su segundo José Tomás Morales, apareció por los llanos del sur.

El Libertador y el general José Francisco Bermúdez le hicieron frente en Aragua de Barcelona; pero la anarquía que dividía a los republicanos, se interpuso también entre aquellos dos jefes patriotas. Desde 1813 Bolívar y Mariño habían conservado cargos y jurisdicciones militares diferentes, aquél como Jefe de Occidente y Mariño como Jefe de Oriente, aunque por lo general habían actuado siempre de acuerdo. En Aragua de Barcelona, Bermúdez, que pertenecía al ejército de Oriente y había llegado antes que Bolívar a la plaza, no quiso aceptar el criterio de éste para la defensa. Así, aunque los realistas eran dos veces superiores en número a ambas fuerzas republicanas reunidas, Bolívar y Bermúdez combatieron cada cual con las suyas propias, y con criterio independiente.

Naturalmente fueron derrotados, y Morales procedió según ya era costumbre: "Por todas partes —dice un testigo presencial— llevaron el asesinato, las violaciones, el incendio y el pillaje. En la población, en los bosques, y en el templo donde se refugiaron heridos, mujeres y enfermos, ancianos y niños, la cuchilla de los verdugos se descargó sin compasión. La carnicería fue general, el templo quedó anegado en sangre" [1].

Este desastre, antes que aleccionar a los patriotas, exarcebó las recriminaciones que recíprocamente se hacían. Ribas y el general Piar intentaron ser reconocidos como jefes de Occidente y de Oriente, respectivamente, en lugar de Bolívar y Mariño; aunque para Ribas aquel título hubiera sido *in partibus*, ya que todo el Occidente estaba ocupado por los realistas; y en cuanto a Piar, éste era odiado por el jefe de más prestigio en Oriente, Bermúdez.

Para colmo de males, un corsario al servicio de los republicanos, llamado José Bianchi, quiso apoderarse del parque y del pequeño tesoro de los patriotas, que Mariño había mandado a su escuadrilla. Bolívar y Mariño, con riesgo de sus vidas subieron al buque que mandaba aquel desalmado, pero apenas lograron que les entregara parte de lo que se había apoderado, y esto mismo dio lugar a nuevas acusaciones contra ellos. A tanto llegaron las pasiones, que Ribas escribió a don Martín Tovar las más insensatas calumnias contra el Libertador y Mariño; Piar cañoneó en Margarita el barco en que llegaban estos dos jefes en la más angustiosa situación; y en Carúpano, Ribas los redujo por fin a prisión. En su carta a Tovar no se priva de narrarlo así: "...Bolívar y Mariño con los suyos llegaron a Carúpano acosados de la hambre y de la sed, porque carecían de provisiones; allí los sorprendí, arresté sus personas y les quité la plata, pertrechos y fusiles que les habían cabido en suerte". No había dejado de ser Ribas, sin embargo, el paladín admirable, patriota, desinteresado, temerario y que nunca fue vencido sino cuando la superioridad numérica del enemigo era irresistible. Pero el dolor y la ira lo cegaban.

Bolívar logró que lo libertase el capitán Pedro Villapol, encargado de custodiarlo, sacó de la prisión a Mariño, y ambos, seguidos por 42 oficiales, se embarcaron para Cartagena de la Nueva Granada. Salían de su patria, pistola en mano, para defenderse de sus propios compañeros y subalternos.

Poco pudieron hacer los temerarios jefes que quedaban en tierra, con las menguadas fuerzas que les restaban. Bermúdez y Sedeño lograron vencer a Morales en Maturín, durante cinco días de combate; pero Boves, que se puso nuevamente al frente de su ejército, logró derrotar a Piar y después a Bermúdez; y el 5 de diciembre acabó con Ribas y Bermúdez en Urica, provincia de Barcelona. Suceso feliz para los patriotas fue que

---

1. *Las Víctimas de Barcelona*, por *Un Caraqueño*. Caracas, 1853. Citado por Lecuna en *Crónica razonada...*, tomo I, pág. 306.

en esta última acción murió Boves. Demasiado tarde. Morales volvió a vencer el día 11 a las escasas tropas que con Ribas y Bermúdez quisieron resistir en Maturín, y para fines de 1814 toda Venezuela quedó en poder de los realistas. Apenas algunas guerrillas —con el futuro general Páez en los llanos de Apure; con Monagas, Sedeño, Zaraza y otros jefes, en oriente—, llevaban de un lado para otro, como vacilante antorcha salvada entre azarosos combates, la bandera amarilla, azul y roja de la patria.

Ribas, fugitivo después de la derrota de Maturín, fue entregado por un esclavo a unos guerrilleros realistas, que lo asesinaron y enviaron a Caracas su cabeza frita en aceite. Las autoridades españolas ordenaron que este lastimoso trofeo fuera colocado en una jaula de hierro a la entrada de la ciudad por el norte, y allí permaneció por varios años.

Un rasgo de humanidad de dos españoles embellece, sin embargo, aquellos días sombríos: don Salvador Meléndez, Gobernador de Puerto Rico, y Mariano Ramírez, Intendente de Hacienda del mismo gobierno, auxiliaron con víveres y dinero a las familias venezolanas refugiadas en Saint Thomas y acogieron también en Puerto Rico a muchos de los fugitivos. Meléndez —recordémoslo— ya había dado muestras de su fina calidad moral, con las atenciones que brindó a Miranda durante la prisión de éste en aquella isla.

Bolívar volvió a la Nueva Granada, como en el año 12; y don Camilo Torres, Presidente del Congreso, lo acogió con excepcional generosidad. Quiso el Libertador presentarse ante aquel cuerpo para dar cuenta de lo que había hecho en Venezuela y que se juzgara su conducta; pero don Camilo le respondió: "General: vuestra patria no ha perecido, mientras exista vuestra espada; con ella volveréis a rescatarla del dominio de sus opresores. El Congreso granadino os dará su protección, porque está satisfecho de vuestro proceder. Habéis sido un militar desgraciado, pero sois un grande hombre".

Considerable apoyo para el Libertador fue también que el general Urdaneta, y el cuerpo de ejército que éste había salvado, lo reconocieran como jefe; por lo cual pudo poner aquellos magníficos veteranos a las órdenes del gobierno granadino que, también como en 1812, se encontraba casi impotente frente al inacabable antagonismo que dividía a las provincias de la Nueva Granada. Aunque los españoles ocupaban parte de su territorio y podían estrecharla desde Venezuela y por el sur, los dirigentes republicanos no encontraban solución pacífica a aquel conflicto. Sin contar con que a menudo, dentro de cada provincia surgían rencillas más o menos personalistas que aumentaban la confusión.

Ya a su paso por Cartagena, que fue la primera ciudad donde tocó a su regreso de Venezuela, Bolívar se encontró mezclado en sus diferencias intestinas. Era, para su carácter, lo más irritante que podía acontecerle. Dentro de un ejército que se propusiera libertar el continente, hubiera

aceptado quizá un rango subalterno; subordinado a un gobierno nacional de amplios propósitos, podía dominar la impetuosidad de su carácter y someterse, como lo hizo con respecto al de Colombia en vísperas de Ayacucho; pero descender a la situación de un caudillo regional o jefe de un partido, lo consideraba afrentoso para él y funesto para la República. Podemos imaginar, pues, con cuánta amargura aceptaría la misión que le confió el Gobierno General de la Nueva Granada de reintegrar por la fuerza al seno de la Confederación la Provincia de Cundinamarca y su capital Bogotá.

Afortunadamente, después de breves operaciones militares y dos días de combate dentro de la propia ciudad, quedó cumplida la ingrata misión, y Bolívar se dedicó a borrar en el ánimo de los bogotanos el resentimiento de la derrota. "El cielo —había escrito al Presidente de Cundinamarca— me ha destinado para ser Libertador de los pueblos oprimidos y así jamás seré el conquistador de una sola aldea. Los héroes de Venezuela, que han triunfado en centenares de combates, siempre por la libertad, no habrían atravesado los desiertos, los páramos y los montes, para venir a imponer cadenas a sus compatriotas los hijos de América". Y le reiteraba que su único objeto era la unidad del Nuevo Mundo para la independencia y la libertad. Después de su victoria procedió con tanto acierto, que los propios dirigentes políticos de la ciudad le pidieron que permaneciera en ella; el Gobierno de la Confederación —que también procedió con gran nobleza y generosidad— mandó comisionados para conferenciar con él; y se le confirió el grado de Capitán General, que hasta entonces no había existido entre los republicanos.

Pero lo que más debía de satisfacerle era que esta máxima autoridad incluía la aprobación de sus vastos propósitos: expedicionar contra la Provincia de Santa Marta, que en el norte estaba todavía en poder de los españoles, entrar por esa vía en Venezuela para libertarla nuevamente, regresar por Cúcuta y seguir por el sur hasta Lima.

Esta visión aquilina de la empresa americana amedrentó en muchas ocasiones a los políticos de corto vuelo, y aun a muchos de sus compañeros de armas, pero fue un acierto genial para impedir que el espíritu de la revolución se consumiera entre los meandros de intereses minúsculos. En el Libertador era, además, tan espontánea, que justamente en las horas de mayor adversidad se acogía a ella con más ahínco. Con fecha 24 de diciembre de ese año 1814, apremiaba así al doctor y general Custodio García Rovira, que era uno de los triunviros elegidos para el gobierno de la Nueva Granada: "Este momento es el más crítico para Santafé, y así todos desean tener un apoyo inmediato en el gobierno para su protección... Yo debo marchar dentro de quince días a más tardar... necesito las órdenes más convenientes para que se obedezcan las mías... Crea Ud., amigo, que si deseo el que se me autorice de un modo amplio en lo relativo



Paso de los Andes. Oleo de Tito Salas.
Capitolio Federal, Caracas.
[*Cortesía Shell*]



Manuela Sáenz. Miniatura. Autor anónimo.
[*Cortesía Alfredo Boulton*]

a la guerra, es porque estoy determinado a tomar a Santa Marta, Maracaibo, Coro y volver por Cúcuta, a libertar el Sur hasta Lima"[1].

Sin embargo, aquel final deslumbrante que por momentos le dejaba entrever el destino, tardaría mucho en hacerse realidad. Cinco años de pruebas lo esperaban, y el de 1815, en que iba a entrar, sería de los más duros.

---

1. *Cartas*, tomo I, pág. 113.

XIX

"EL VALOR, LA HABILIDAD Y LA CONSTANCIA"

"El soldado bisoño lo cree todo perdido, desde que es derrotado una vez; porque la experiencia no le ha probado que el valor, la habilidad y la constancia corrigen la mala fortuna", les advertía Bolívar a los granadinos en su manifiesto de Cartagena. Soldado bisoño era también él en aquellos días, puesto que su primer mando había terminado en un fracaso, y todavía ninguna victoria lo autorizaba a proclamar aquella animosa convicción. Sin embargo, con lo único que le quedaba —aquella tenacidad que invocaba— recomenzó la lucha, y ocho meses después entraba triunfante en Caracas.

Ahora, en 1815, iba a necesitar con frecuencia repetirse a sí mismo aquella consigna heroica, porque a pesar de los favorables augurios con que comenzaba el año, dentro de poco todo parecería perdido. Su propósito de unificar las fuerzas de la Nueva Granada y marchar contra los realistas en una campaña de largo aliento, había sido acogido con entusiasmo. No sólo el Gobierno General de la Confederación estaba dispuesto a todos los sacrificios; los particulares acudían también con inagotable generosidad. Se vieron casos tan conmovedores como el de la familia Girardot, acerca de la cual escribió Bolívar al Gobierno: "Los servicios del coronel Girardot no han quedado bien recompensados. Toda la Nueva Granada y Venezuela lloran su muerte y veneran su memoria; mas las concesiones que se hicieron en favor de su familia han sido renunciadas generosamente en bien de la patria. Su padre, a quien la pérdida de dos hijos en el campo de batalla podría hacer desear la conservación del resto de su familia, me ha presentado luego que llegué el único varón que le quedaba...".

Pero una vez más las rencillas intestinas iban a frustrar la gran empresa. Cartagena, cuyo gobierno pasó a manos de enemigos personales del Libertador, entre ellos el mismo coronel Castillo del año 12, se negó a procurarle los auxilios que necesitaba para abrir la campaña sobre Santa Marta. En realidad, se le mostraba decididamente hostil, hasta el punto de prohibir que las tropas de la Unión pasaran por su territorio, y justamente cuando los realistas amenazaban desde Venezuela el flanco derecho de los republicanos y, por el sur, podía subir en cualquier momento otra expedición enemiga.

En vano agotó Bolívar todos los recursos para llegar a un avenimiento. Al doctor Pedro Gual, que se ofreció como mediador, le escribía: "Yo sigo la carrera gloriosa de las armas sólo por obtener el honor que ellas dan;

por libertar a mi patria, y por merecer las bendiciones de los pueblos. Ahora, pues, ¿cómo he de desear yo marchitar los laureles que me concede la fortuna en el campo de batalla, por dejarme arrastrar, como una mujer, por pasiones verdaderamente femeninas? No digo con el brigadier Castillo que sigue nuestra causa, sino con Fernando VII que la combate, me reconciliaría yo por la libertad de la República"[1].

Y al Presidente del Estado de Cartagena le hacía esta patética apelación: "Los fondos que he traído se están agotando inútilmente; los vestidos rompiéndose; los reinosos y momposinos desertándose, por la facilidad que encuentran para ello; el enemigo preparándose para repelernos; las tropas de Cartagena disminuyéndose considerablemente por la falta de *prest* y por la sobra de inacción; la desconfianza y los temores aumentándose; la opinión pública perdiendo la confianza que debíamos inspirarle; el Gobierno General lleno de cuidados al ver que no se le obedece; nuestros enemigos internos fomentando la discordia; y nosotros derribando, con nuestras propias manos, el edificio de la. libertad, entre cuyas ruinas debemos sepultarnos... Salvemos la República, señor Presidente; yo convido a Ud. para esta obra generosa, justa y gloriosa. Pongámonos de acuerdo: de mi parte tendrá Ud. toda la deferencia posible. Estoy pronto hasta sacrificar el honor de ser el libertador de mi país. Renuncio al mando del ejército, si se desconfía de mi buena fe. Haré todo; pero estoy decidido a no demorar más las operaciones. Un tan bello ejército no merece perecer en la inacción, por el capricho de algunos suspicaces, que temen lo que no deben temer, y no temen la responsabilidad ante Dios y los hombres de ser los destructores de su patria".

Como siempre sucede en las disensiones civiles, nada pudo acallar los temores y recelos de las facciones, que ya dentro de la propia ciudad se habían entregado a escandalosas escenas de violencia. Hasta el aguerrido y abnegado D'Elhuyar fue víctima de éstas, porque expulsado de la ciudad por sus compatriotas del bando de Castillo, pereció en un naufragio cuando a fines del año regresaba para proseguir la defensa de la patria. Bolívar, por su parte, tomó la temeraria resolución de sitiar a Cartagena; sin duda no con la intención de tomarla a viva fuerza, como se le criticó entonces, puesto que carecía de tropas para ello, sino con la esperanza de que su presencia allí suscitara en la ciudad el triunfo de sus partidarios. Tenía la excusa de que Castillo lo había hecho antes, y así obtuvo lo que ahora él se proponía; pero eso no era buen argumento en su favor, y antes ha debido ser motivo para que no imitara aquel ejemplo que lo comprometía más en una guerra civil perniciosa y sin gloria.

Es evidente que obedeció más al despecho y a la ansiedad que sentía,

1. *Cartas...*, tomo I, pág. 130. Castillo había llegado hasta publicar contra el Libertador un infame libelo en que lo atacaba no sólo por su conducta pública, sino con groseras calumnias sobre su vida privada. "Hasta el valor me niega", decía Bolívar.

antes que a la razón. Se advierte en la propia justificación que busca: "Ellos quieren —decía— que mi ejército perezca, él lo desea también, pero es con gloria en el campo del honor combatiendo contra los enemigos si me dan auxilios o contra los traidores si me los niegan" [1]. Y en otra comunicación al Gobierno General, reiteraba: "Yo he venido a libertar la Nueva Granada, y no a recibir ultrajes. Mi ejército está resuelto a morir en el campo del honor, al pie de las trincheras de Santa Marta, o sobre los muros de Cartagena, y no está resuelto a perecer como esos viles esclavos, de fiebres, viruelas y miserias" [2].

En definitiva, no habiéndose producido dentro de la ciudad la reacción que él esperaba, renunció el mando del ejército ante una junta de guerra, el 25 de marzo; y como los jefes venezolanos y granadinos que la componían se negaron por unanimidad a aceptar aquella renuncia, la reiteró el 8 de mayo y se embarcó para Jamaica. Al despedirse, escribió al Presidente de las Provincias Unidas: "Siempre conservaré en mi memoria la gratitud que debo al gobierno de la Unión, y jamás olvidaré que los granadinos me abrieron el camino de la gloria" [3].

Tristes noticias de Venezuela le habían llegado entretanto. Ya hemos dicho que todo el país quedó en manos de los realistas a fines de 1814. Pero la destrucción general era, además, inenarrable. Familias enteras se habían ofrecido a la patria y habían desaparecido. De cinco hermanos de la familia Buroz que se alistaron en las filas patriotas, tres perecieron en los primeros años de la guerra. En las matanzas de Maturín fueron sacrificados el licenciado Miguel José Sanz, el ilustre Francisco Xavier Ustáriz y dos de sus hijos menores, Dionisio Palacios Blanco, primo y cuñado del Libertador, los oficiales Francisco Palacios Blanco y Dionisio Blanco, de la misma familia. Mariano Ustáriz, que era todavía un niño, se salvó porque una india lo escondió en su rancho. Durante la fuga, José Félix Ribas alcanzó a verlo y le gritó: "Mariano, si ves a mi esposa dile que todavía estoy vivo". Ya sabemos que no sería por mucho tiempo. La esposa de Ribas y la madre de Mariano Ustáriz eran hermanas, tías carnales del Libertador, y ambas se encontraban también entre aquella muchedumbre de familias errantes y combatientes desesperados detrás de la cual corrían los implacables lanceros de Boves [4]. Veinticinco varones de la familia Ribas habían muerto en menos de dos años. Cuatro hijos de doña Catalina de Tovar, Vicente Salias, dos de los hermanos del coronel José María Carreño, Luis María Ribas Dávila, el doctor Francisco Espejo, Bernardo Bermúdez, García de Sena, Aldao, Freites, Campo Elías, Villapol, dieron también sus vidas en los campos de batalla o fusilados como "insurgentes". Veintidós años tenía

1. O'Leary, tomo XIV, pág. 139.
2. O'Leary, tomo XIV, pág. 150.
3. O'Leary, tomo XIV, pág. 236.
4. *Francisco Xavier de Ustáriz*, por Emilio Antonio Yanes, *Crónica de Caracas*, Nº 31, octubre-diciembre de 1956, pág. 377.

solamente Antonio Muñoz Tébar cuando murió en la batalla de La Puerta y ya había sido Secretario de Guerra y Marina. También del pueblo anónimo habían ascendido a tener nombre memorable, por su heroica muerte, hombres como Francisco Carvajal, llamado *Tigre Encaramado*, y mujeres como Juana Ramírez, *La Avanzadora*, miles de aquellos humildes artesanos de Caracas que habían soñado con una escuela para los "pardos", y los músicos que formaban las cinco orquestas del 19 de abril. ¡Cuántos también que habían sido simples esclavos!

Muchos de éstos, en efecto, fueron manumitidos por sus amos para que se incorporaran al ejército republicano; y así, como soldados, unidos a los hijos de la familia en las apretadas filas del batallón, contribuyeron a conquistar la igualdad que sus señores querían convertir en idea política. Debía ser, sin embargo, a costa de su vida. Parecía que todos, ricos y pobres, los ilustres tanto como los desconocidos, debían morir.

Enlazados desesperadamente por el rencor en ciego abrazo, realistas y patriotas habían recorrido todo el país exterminándose mutuamente y dejando los campos cada vez más desolados y más hambrientas las ciudades. El doctor José Manuel Oropeza, criollo realista y Asesor de la Intendencia, informaba: "¡No hay ya Provincias! las poblaciones de millares de almas han quedado reducidas, unas a centenas, otras a decenas, y de otras no quedan más que los vestigios de que allí vivieron racionales... Los caminos y los campos cubiertos de cadáveres insepultos, arrasadas las poblaciones... La agricultura enteramente abandonada, y así es que ya no se encuentran en las ciudades ni granos ni frutos de primera necesidad... He visto los templos polutos y llenos de sangre, y saqueados hasta los sagrarios".

Situación que comentaba a su vez, el general español Manuel del Fierro, así: "Si en las demás partes de la América se encontraran muchos Boves, yo le aseguro a usted que se lograrían nuestros deseos; pues lo que es en Venezuela, poco ha faltado para verlos realizados, pues hemos concluido con cuantos se nos han presentado".

Tal era el estado de Venezuela cuando arribó a sus costas, en abril de 1815, la mayor de las expediciones organizadas por España para la reconquista de América. Componíanla 10.642 combatientes, más los subalternos de servicio, dependencias de los cuerpos de ingenieros y de artillería y empleados administrativos; en total, cerca de 15.000 hombres, que unidos a los que antes habían llegado de la Península y de las colonias, y al crecido contingente de criollos realistas, formaban un imponente ejército.

Desde luego, se le destinaba, no a la sola pacificación de Venezuela y de la Nueva Granada, sino de todas las colonias americanas. Para mandarlo se había escogido al Mariscal de Campo don Pablo Morillo, y tanto éste como sus oficiales y soldados eran de los veteranos formados en España durante la lucha contra Napoleón. Capaces, pues, de batirse por igual como

guerrilleros o en campañas de largo alcance. Por su disciplina y recursos, aquellas fuerzas podían equipararse a las mejores tropas regulares europeas; por su formación y veteranía emparentaban con las "partidas" de voluntarios, que sin tener armas ni jefes cuando se alzaron, diezmaron y desmoralizaron a los ejércitos franceses.

Desde soldado raso ascendió Morillo a los más altos rangos de la milicia. Se había batido contra los franceses en Tolón, Trafalgar y Bailén. Al frente de un heterogéneo contingente —"tropa y paisanaje", como escribió él mismo— decidió la toma de Vigo, tuvo la gloria de recibir a los oficiales de Napoleón que rindieron la plaza, y pasó de un salto de subteniente a coronel. En Sampayo logró rechazar a Ney, y entonces fue cuando formó el Regimiento de la Unión, que trajo a Venezuela y que ostentaba en su bandera el puente donde se decidió aquella acción. A veces con tropas que no tenían ropa ni calzado; en otras ocasiones con un ejército que incluía un batallón portugués y otro inglés, siguió los altibajos de la campaña libertadora de España y fue también de los vencedores en Vitoria. Tan hábil y tenaz en la organización como temerario en el combate: "Aquí tratamos —le escribía una vez a Castaños durante la guerra de España— de aprovechar lo posible el tiempo, trabajando los cuerpos continuamente en la escuela de batalla y guerrillas, y más adelante se principiará a maniobrar en línea" [1]. Los realistas de Venezuela se sintieron deslumbrados al verlo llegar: "La gran expedición al mando de Morillo —narra Heredia— estaba compuesta de los vencedores de Napoleón en Arapiles y Vitoria, todos los cuerpos eran de los veteranos españoles que habían hecho la campaña desde la raya de Portugal hasta el otro lado del Garonne, y venían equipados completamente y con magnificencia nunca vista en nuestros ejércitos: jamás había salido de España para la América expedición más brillante y numerosa..."

Tan espléndidos se sentían, que un coronel del Regimiento de la Unión comentó cuando los llaneros criollos de Morales se les unieron: "Si éstos son los vencedores, ¿quiénes serán los vencidos?" Sarcasmo que repetían después con regocijo los otros jefes y el propio Morillo.

Sin embargo, así miserables como estaban, Venezuela y Nueva Granada iban a absorber, hasta destruirla, aquella expedición que ahora no pensaba sino en pasar sobre ellas para seguir hasta los extremos del continente.

Extraña concatenación histórica: en Francia, durante la Revolución "el pueblo en armas" había derrotado a los ejércitos profesionales de los reyes; después, en España durante la invasión napoleónica, los franceses eran los que disponían de ejércitos bien entrenados y armados, con jefes de primera calidad y el prestigio de innumerables victorias; y a pesar de

1. Antonio Rodríguez Villa, *El Teniente General don Pablo Morillo, primer Conde de Cartagena, Marqués de la Puerta*".

esto fueron vencidos varias veces, y humillados, por tropas populares reunidas de prisa, sin experiencia y casi sin armas, mandadas por el general "no importa quién". En 1815, en América, el ejército profesional y disciplinado era el de aquellos vencedores de los franceses, equipados ahora a la europea, con un general de los más experimentados, y armas y recursos que jamás podrían igualar los despreciados "insurgentes" criollos: sin embargo iba a ser derrotado por éstos. En los campos de Venezuela y de Nueva Granada quedarían abatidos los regimientos de orgullosos nombres, las historiadas banderas, los trenes de artillería y la bizarra oficialidad de la llamada expedición pacificadora.

Pero nada de esto se vislumbraba todavía. A fines de 1814 había dicho Bolívar en una proclama: "Así parece que el cielo para nuestra humillación y nuestra gloria ha permitido que nuestros vencedores sean nuestros hermanos, y que nuestros hermanos únicamente triunfen de nosotros". ¿Qué sentiría ahora, solitario en Jamaica, al saber que aquellos venezolanos, inexplicablemente "fieles al Rey", recibían semejante refuerzo?

Por corto tiempo pensó en que podía obtener auxilios de Inglaterra y hasta tuvo el propósito de seguir a Londres. En cartas al Duque de Manchester, Gobernador de la isla; a Sir Richard Wellesley, a quien ya había tratado en Londres, y a Maxwell Hyslop, un comerciante de Kingston que se le mostró particularmente amistoso, les habla de aquel proyecto, de las ventajas comerciales que la América independiente podía procurar a la Gran Bretaña, y precisa: "Ventajas tan excesivas pueden ser obtenidas por los más débiles medios: veinte o treinta mil fusiles; un millón de libras esterlinas; quince o veinte buques de guerra; municiones, algunos agentes y los voluntarios militares que quieran seguir las banderas americanas; he aquí cuanto se necesita para dar la libertad a la mitad del mundo y poner al universo en equilibrio".

Pero esa imagen y el argumento de que estos países "sólo esperan la libertad para recibir en su seno a los europeos continentales, y formar de la América en pocos años otra Europa", no conmovían, en absoluto, a los gobernantes ingleses de aquellos días. A la caída de Napoleón, la más negra reacción dominaba en Europa; y, aun en Inglaterra, libertad era sinónimo de jacobinismo, de luchas raciales, de subversión mundial, de cuantas perturbaciones podían parecer terroríficas a los comerciantes y políticos que habían mantenido una lucha de más de veinte años contra la Francia revolucionaria. El nuevo culto de la *Legitimidad* reinaba en todo el continente, y los Congresos internacionales que entonces se reunieron sólo pensaban en estrangular con aquella argolla cualquiera manifestación, por leve que fuera, de la temida "voluntad popular". Las persecuciones y los suplicios contra los liberales de Rusia, Austria, Prusia e Italia, entusiasmaban a Fernando VII que, naturalmente, se esforzaba en excederlos; pero también hacían sonreir cortésmente a Inglaterra, que

si bien no los necesitaba para mantener dócil a su pueblo, tampoco sentía repugnancia en secundarlos. Precisamente en aquellas días el Gobernador inglés de la isla de Trinidad dictaminó solemnemente que era un crimen el comercio de armas con los insurgentes de tierra firme, "y todas las personas que prófugas de las provincias españolas han sido admitidas en esta isla, sólo por una permanencia temporal para seguridad y protección de las mismas, que sean halladas cómplices en tales crímenes, serán inmediatamente presas, sus propiedades perdidas y confiscadas, y dichas personas desterradas y expulsadas de esta colonia..." [1].

También Bolívar lo observaba de cerca: "No sólo los europeos —escribe— pero hasta nuestros hermanos del norte se han mantenido inmóviles espectadores de esta contienda..." Y acerca de Inglaterra, acusa: "Todos los recursos militares y políticos que nos han negado a nosotros se han dado con profusión a nuestros enemigos y, sin citar otros ejemplos, *The Courant* de Jamaica y *La Gaceta de Santiago de la Vega* copiando de aquél, publican la lista de las armas, municiones y vestuario que han recibido" [2].

Sin duda ese ambiente fue lo que lo hizo desistir de su proyectado viaje a Londres. Una vez más, como en 1810, se daba cuenta de que su patria americana estaba sola, y de que debía ganar la guerra por la desesperación, a lo criollo.

Con nuevos proyectos ya en su mente, para recomenzar la lucha, empleó los últimos meses del año en analizar la situación de la América y explicarla ante el mundo.

Además de las cartas de que ya he hablado y de varias comunicaciones que dirige al Gobierno de la Nueva Granada, logró publicar en *The Royal Gazette* —también en forma de cartas— sus reflexiones acerca de la constitución social de la América Hispana y su futuro político.

En otro de esos estudios, que según parece no fue publicado, se refiere al problema de la heterogeneidad racial que prevalecía en Sur América. Ese era, desde los desgraciados sucesos de Santo Domingo en el siglo anterior, el peligro que se señalaba con más alarma cuando se trataba de cualquier proyecto revolucionario en estas colonias; y entonces —como ahora— se intentaba convertir aquella característica social en una fatalidad insuperable, que negaba a las naciones hispanoamericanas la posibilidad de formas de vida análogas a las europeas, y las condenaba, en lo político, a vivir siempre entre la anarquía y el despotismo.

Bolívar combate ese dogmatismo apriorístico con dos observaciones que todavía hoy tienen valor crítico: 1º, que aunque menor en número, la raza blanca poseía "cualidades intelectuales que le dan una igualdad

---

1. Blanco y Azpurúa, tomo V, pág. 328.
2. *Cartas del Libertador*, tomo I, págs. 187 y 208.

relativa"; por lo cual "balanceada como está la populación americana, ya por el número, ya por las circunstancias, y en fin por el irresistible imperio del espíritu" no podía ser obstáculo a la estabilización de los nuevos gobiernos el desequilibrio racial, "cuyo compuesto —establece desde el principio— produce una opinión lo más favorable a la unión y armonía entre todos los habitantes"; 2º, "Nos dirán que las guerras civiles prueban lo contrario. No, señor. Las contiendas domésticas de la América nunca se han originado de la diferencia de castas: ellas han nacido de las divergencias de las opiniones políticas, y de la ambición particular de algunos hombres, como todas las que han afligido a las demás naciones".

Este punto le interesa especialmente. Como si adivinara que los infortunios de la América hispana iban a convertirse en una interpretación pesimista de su historia y de su carácter tan deprimente como injusta, se empeña en demostrar que nuestros conflictos no son mayores, ni diferentes en su esencia, de los sufridos por los pueblos más felices del mundo: "¿Cuál es la nación libre, antigua o moderna —reclama— que no haya padecido por la desunión? ¿Habrá historia más turbulenta que la de Atenas? ¿Facciones más sanguinarias que las de Roma? ¿Guerras civiles más violentas que las de Inglaterra? ¿Disensiones más peligrosas que las de los Estados Unidos de la América del Norte? Sin embargo, son estas cuatro naciones las que más honran la raza humana por sus virtudes, su libertad y su gloria".

Y termina con estas observaciones, que parecen escritas para la crisis actual de la América y del mundo: "Lo que es, en mi opinión, realmente terrible es la indiferencia con que la Europa ha mirado hasta hoy la lucha de la justicia contra la opresión, por temor de aumentar la anarquía; ésta es una instigación contra el orden, la prosperidad y los brillantes destinos que esperan a la América. El abandono en que se nos ha dejado es el motivo que puede, en algún tiempo, desesperar al partido independiente, hasta hacerlo proclamar máximas demagógicas para atraerse la causa popular; esta indiferencia, repito, es una causa inmediata que puede producir la subversión, y que sin duda forzará al partido débil en algunas partes de la América, a adoptar medidas las más perniciosas, pero las más necesarias, para la salvación de los americanos que actualmente se hallan comprometidos en la defensa de su Patria, contra una persecución desconocida en todo otro país que la América española. La desesperación no escoge los medios que la sacan del peligro" [1].

Bolívar hablaba de indiferencia y abandono. Hoy podríamos agregar la inmisericorde explotación que el imperialismo económico ha venido realizando posteriormente en estos países. Cuando en Europa o en Estados

---

1. Tomado del borrador publicado por don Vicente Lecuna en los *Papeles de Bolívar*. Caracas, 1917. Pág. 271.

Unidos surge un conflicto obrero, puede resolverse aumentando en definitiva el costo de las mercancías que en gran parte pagan los otros países del mundo; pero éstos no pueden hacer lo mismo con su caucho, su azúcar, su cacao, su café. Ni siquiera con su oro, sus diamantes o su petróleo.

No es verdad que la inventiva, el trabajo o la cordura pudieran superar esas condiciones derivadas de una opresión organizada internacionalmente. La miseria que en ellas se originaba —y sus necesarias derivaciones: despoblación, enfermedades, ignorancia— contribuía a perpetuarlas. Hasta las guerras, que en Europa eran motivo de romántica exaltación o de alardes de superioridad racial, se convirtieron para la América hispana en una vergüenza más, en arbitrio para obtener indemnizaciones escandalosas y en pretexto para que se enviaran barcos de guerra a bloquear nuestros puertos y expediciones de conquista a nuestras playas. Y todavía, encima de todo eso, se ha querido crear para "los países pequeños" una sociología fatalista, que repiten, complacidos, escritores como Ortega y Gasset. Fatal desviación. Hoy, dentro de la pugna entre el comunismo y la vieja civilización europea y norteamericana, al mundo entero y no a nosotros solamente, le interesa comprender que nuestros desajustes representan la misma "lucha de la justicia contra la opresión" que señalaba Bolívar, y que nuestros excesos podrían explicarse, pura y simplemente, porque "la desesperación no escoge los medios".

De esas meditaciones sobre la realidad americana, que entonces preocupaban al Libertador, las más valiosas son, sin embargo, las que llenan la llamada carta profética de Jamaica, fechada en Kingston el 6 de setiembre de 1815[1]. Se le ha dado aquel calificativo porque es en verdad sorprendente el acierto con que Bolívar anticipa en ella el porvenir inmediato de casi todas las naciones del continente. La posibilidad de que en México se quisiera restablecer en una forma u otra el régimen monárquico; la unión de las repúblicas centroamericanas en una sola; el establecimiento de un gobierno común para Nueva Granada y Venezuela; las dificultades con que tropezaría el Perú en su reorganización republicana, por su misma riqueza y el excesivo desnivel entre las clases sociales; el peligro del predominio militar u oligárquico en la Argentina; que Chile, por la moralidad de sus habitantes y el aislamiento geográfico, obtendría instituciones estables y liberales con marcado carácter conservador, tales fueron algunos de sus vaticinios, a las claras confirmados por la historia de América durante el siglo XIX.

Pero otras de sus observaciones tienen todavía interés. Aunque en aquellos momentos estaba empeñado en obtener la benevolencia de Inglaterra, no oculta su deseo de evitar en América el espíritu de conquista que

---

1. *Cartas del Libertador*, tomo I, pág. 181.

le parece propio de los grandes Estados monárquicos. "M. de Pradt —apunta— ha dividido sabiamente a la América en quince a diez y siete estados independientes entre sí, gobernados por otros tantos monarcas. Estoy de acuerdo en cuanto a lo primero, pues la América comporta la creación de diez y siete naciones; en cuanto a lo segundo, aunque es más fácil conseguirlo, es menos útil, y así no soy de la opinión de las monarquías americanas. He aquí mis razones: el interés bien entendido de una república se circunscribe en la esfera de su conservación, prosperidad y gloria. No ejerciendo la libertad imperio, porque es precisamente su opuesto, ningún estímulo excita a los republicanos a extender los términos de su nación, en detrimento de sus propios medios, con el único objeto de hacer participar a sus vecinos de una constitución liberal. Ningún derecho adquieren, ninguna ventaja sacan venciéndolos; a menos que los reduzcan a colonias, conquistas o aliados, siguiendo el ejemplo de Roma. Máximas y ejemplos tales, están en oposición directa con los principios de justicia de los sistemas republicanos; y aun diré más, en oposición manifiesta con los intereses de sus ciudadanos: porque un estado demasiado extenso en sí mismo o por sus dependencias, al cabo viene en decadencia y convierte su forma libre en otra tiránica; relaja los principios que deben conservarla y ocurre por último al despotismo. El distintivo de las pequeñas repúblicas es la permanencia, el de las grandes es vario; pero siempre se inclina al imperio. Casi todas las primeras han tenido una larga duración; de las segundas sólo Roma se mantuvo algunos siglos, pero fue porque era república la capital y no lo era el resto de sus dominios, que se gobernaban por leyes e instituciones diferentes. Muy contraria es la política de un rey cuya inclinación constante se dirige al aumento de sus posesiones, riquezas y facultades: con razón, porque su autoridad crece con estas adquisiciones, tanto con respecto a sus vecinos, como a sus propios vasallos, que temen en él un poder tan formidable, cuanto es su imperio, que se conserva por medio de la guerra y de las conquistas. Por estas razones pienso que los americanos ansiosos de paz, ciencias, artes, comercio y agricultura, preferirían las repúblicas a los reinos; y me parece que estos deseos se conforman con las miras de la Europa".

También reconoce que aunque sería grandioso unir bajo un solo gobierno a todos los pueblos americanos, las particularidades geográficas, económicas y psicológicas que los separan hacen imposible aquella unión; y prefiere imaginar las aportaciones que las naciones americanas podrían dar a una humanidad más feliz, cuando también en las relaciones internacionales priven la tolerancia recíproca y la libre deliberación. "Es una idea grandiosa —escribe— pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo. Ya que tiene un origen, una lengua, unas costumbres y una religión, debería, por consiguiente, tener un solo gobierno que considerase

los diferentes estados que hayan de formarse; mas no es posible, porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América. ¡Qué bello sería que el Istmo de Panamá fuese para nosotros lo que el de Corinto para los griegos! Ojalá que algún día tengamos la fortuna de instalar allí un augusto congreso de los representantes de las repúblicas, reinos e imperios a tratar y discutir sobre los altos intereses de la paz y de la guerra, con las naciones de las otras tres partes del mundo. Esta especie de corporación podrá tener lugar en alguna época dichosa de nuestra regeneración; otra esperanza es infundada, semejante a la del abate St. Pierre, que concibió el laudable delirio de reunir un congreso europeo para decidir de la suerte y de los intereses de aquellas naciones".

Pero sí cree que Venezuela y la Nueva Granada —a las cuales llama, indistintamente, su patria— podrían unirse más íntimamente. "La Nueva Granada —señala— se unirá con Venezuela, si llegan a convenirse en formar una república central, cuya capital sea Maracaibo, o una nueva ciudad que, con el nombre de Las Casas, en honor de este héroe de la filantropía, se funde entre los confines de ambos países, en el soberbio puerto de Bahía-honda. Esta posición, aunque desconocida, es más ventajosa por todos respectos. Su acceso es fácil y su situación tan fuerte, que puede hacerse inexpugnable. Posee un clima puro y saludable, un territorio tan propio para la agricultura como para la cría de ganado, y una grande abundancia de maderas de construcción. Los salvajes que la habitan serían civilizados y nuestras posesiones se aumentarían con la adquisición de la Goagira. Esta nación se llamaría Colombia como un tributo de justicia y gratitud al creador de nuestro hemisferio. Su gobierno podrá imitar al inglés; con la diferencia de que en lugar de un rey, habrá un poder ejecutivo electivo, cuando más vitalicio, y jamás hereditario, si se quiere república; una cámara o senado legislativo hereditario, que en las tempestades políticas se interponga entre las olas populares y los rayos del gobierno, y un cuerpo legislativo, de libre elección, sin otras restricciones que las de la cámara baja de Inglaterra. Esta constitución participaría de todas las formas, y yo deseo que no participe de todos los vicios. Como ésta es mi patria, tengo un derecho incontestable para desearle lo que en mi opinión es mejor".

Obsérvese que el Libertador se expresa en muchos puntos —y sobre todo en esta carta— como si meditase a solas consigo mismo sobre el porvenir de América. Por eso su pensamiento tiene tanto valor, a pesar de las dudas que lo solicitan en diversos sentidos; y siempre nos parece que al exponerlo nosotros sin reproducirlo íntegramente, lo mutilamos.

Desde luego, tanto en este documento, como en otros de la misma época, Bolívar insiste con pasión en el aspecto censurable de la colonización española. La razón es evidente: la devastación que acababa de presenciar

en su patria, y la que todavía se estaba realizando, lo atormentaban. No es lícito, pues, que algunos escritores españoles traten de cobrarle esos desahogos como demostración de odio contra España; así como tampoco es sensato que contra ésta se utilicen con validez de crítica histórica, como han querido hacer algunos hispanoamericanos.

Más interesante es observar que a pesar de ese estado de ánimo tan poco propicio, su análisis de lo que significaba la aportación espiritual de España a nuestra cultura y de cómo debía entenderse la guerra emancipadora, es de gran altura y perspicacia. "Nosotros somos —decía— un pequeño género humano; poseemos un mundo aparte; cercado por dilatados mares, nuevo en casi todas las artes y ciencias, aunque en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil". Negaba, pues, con este último juicio, la deformación simplista, que ya comenzaba a generalizarse, de que éramos pueblos "primitivos", sin antecedentes para darnos una organización estable y digna. Esos usos de la sociedad civil eran las leyes que habíamos recibido de España; las instituciones que ésta trasladó a la América, universidades, imprenta, cabildos, tribunales; y los que podríamos llamar hábitos de juridicidad en la vida pública, que no pueden negarse durante el régimen español, aunque ocasionalmente se violaran las leyes, como sucede en todas las épocas y en todos los países.

Bolívar jamás renegó de ese núcleo vivificador de nuestra nacionalidad, que nos ligaba a España y a la civilización milenaria recibida de ella. En otro párrafo lo evoca con indudable nostalgia: "El hábito —dice— a la obediencia; un comercio de intereses, de luces, de religión; una recíproca benevolencia; una tierna solicitud por la cuna y la gloria de nuestros padres; en fin, todo lo que formaba nuestra esperanza nos venía de España". Y aunque inmediatamente yuxtapone a esta evocación las imágenes de rencor que lo torturan, aquella recíproca benevolencia de que habla queda como testimonio de los sentimientos que en él y en todos sus ascendientes criollos se habían sedimentado durante tres siglos. "Al presente —agrega con despecho— sucede todo lo contrario: la muerte, el deshonor, cuanto es nocivo, nos amenaza y tememos; todo lo sufrimos de esa desnaturalizada madrastra". ¿Pero no es evidente que la llama madrastra por el dolor de no poder seguir llamándola madre?

Hemos insistido en el fondo afectivo de estos juicios del Libertador porque hay situaciones en que los sentimientos son más reveladores que las ideas; pero aquel concepto suyo de los usos de la sociedad civil, que poseíamos en común con España, va a derivar también hacia otros juicios, con los cuales forma una amplia visión de conjunto. Tal es su afirmación de que la lucha de los americanos contra la península era en realidad una guerra civil. "Seguramente —escribe— la unión es la que nos falta para completar la obra de nuestra regeneración. Sin

embargo, nuestra división no es extraña, porque tal es el distintivo de las guerras civiles formadas generalmente entre dos partidos: *conservadores y reformadores*. Los primeros son, por lo común, más numerosos, porque el imperio de la costumbre produce el efecto de la obediencia a las potestades establecidas; los últimos son siempre menos numerosos aunque más vehementes e ilustrados". No es a la ligera que Bolívar llama guerra civil a la independencia, ni por la circunstancia transitoria de que algunos españoles lucharan al lado de los republicanos y muchos criollos por los realistas. Cuando ya casi no existía esta particularidad, en noviembre de 1820, y a pesar de que está tratando con Morillo de gobierno a gobierno, repite la misma idea. En sus instrucciones a los comisionados de la República que van a tratar con los españoles sobre un armisticio, les dice: "Propongan VV. SS. que todos los prisioneros sean canjeables inclusive los espías, conspiradores y desafectos; porque en las guerras civiles es donde el derecho de gentes debe ser más estricto y vigoroso". Es claro, pues, que Bolívar consideraba aquella contienda como un episodio de la lucha que en todo el mundo sostenían entonces *conservadores* y *reformadores* (el subrayado es suyo); y tan perspicaz era esa interpretación de alcance universal, que es aplicable hoy, pues también en nuestros días las guerras anticolonialistas se mezclan con discordias civiles y conflictos internacionales, y no son —todos esos fenómenos— sino aspectos de una misma crisis renovadora.

Esa universalidad con que Bolívar abarcaba la guerra de independencia, venía en apoyo, además, de otro concepto fundamental: que si a españoles y americanos solamente los dividía una guerra civil, no debía considerarse rota la unidad superior que los había unido. En numerosos documentos suyos encontramos esa convicción; y tan intensa era en todos los criollos ilustrados que, doce años después de la muerte del Libertador, en 1842, don Simón Rodríguez la expresa con una espontaneidad que asombra. Refiriéndose a la importancia de la educación en América, escribe: "Se trata nada menos que de la suerte de una gran parte de la Nación Española, separada de la otra por la ignorancia del último Rey de España y por la avaricia del comercio peninsular" [1]. De manera que para don Simón, cuando ya estas Repúblicas eran Estados soberanos, reconocidos por todo el mundo, seguían siendo en otro sentido —superior a ese de la realidad política— parte de la nación española.

Una expresión que parece haber sido muy grata a los juristas americanos que intervinieron en los primeros movimientos revolucionarios, tiene también aquel mismo significado. Solían llamar a la América "la España americana". O sea, que para ellos no existía sino una sola nación

1. Don Simón Rodríguez, *Sociedades americanas*, Lima, 1842. Pág. 37 de la edición facsimilar hecha en Caracas con prólogo de don J. A. Cova, 1950. En otros escritos de don Simón es también relativamente frecuente la misma idea.

distribuida a ambos lados del Atlántico: la España peninsular y la España americana.

Llegamos así a la última síntesis en que desembocan los conceptos que hemos ido examinando: tanto Bolívar como los otros criollos de avanzada mentalidad sentían con perfecta lucidez que la nación española se escindía en aquellos momentos, no para vengar querellas pasadas, no por rencor, sino simplemente porque la parte de ella dotada de más vitalidad política, la más dispuesta a incorporarse a la corriente mundial renovadora, la España americana, se sentía injustamente frenada por la España metropolitana.

Los hijos de aquellos criollos que en 1749 pedían en la Plaza Mayor de Caracas que se consultara la voluntad y los intereses de la Provincia, para decidir si debía manteneres, o no, la Compañía Guipuzcoana, no podían ya vivir satisfechos bajo el gobierno de los funcionarios que la Corte de Madrid les escogía. Y lo que sabían de España, no era como para darles mejores esperanzas. Cuando el padre Llamozas, capellán del ejército de Boves, fue enviado por Morillo a la metrópoli con la importantísima misión de informar al gobierno sobre la situación americana, no fue recibido por el Rey. Tuvo que entregar su célebre *Memoria* al canónigo Escoiquiz; el servil, desleal, artero, funesto Escoiquiz. ¡Es preciso imaginar lo que se podría tratar con Escoiquiz! Y por encima de éste, no estaba sino Fernando VII, más cerrado y abyecto aún que su favorito.

También de don Simón Rodríguez tenemos otra cita preciosa para apoyar esa interpretación de la independencia americana: "Bolívar —decía— no vio en la Independencia de la España oprobio ni vergüenza, como veía el vulgo; sino un obstáculo a los progresos de la sociedad de su país" [1]. Este juicio no debe considerarse aisladamente. Es el remate y última expresión de una conciencia, en gran parte colectiva, pero que Bolívar expresa con la mayor claridad, y según la cual, por una parte América aceptaba con orgullo que nuestra cultura era continuación de la de España, y al mismo tiempo proclamaba, como razón verdadera de la guerra civil que se libraba, la necesidad de que los americanos *reformadores* arrastraran a la remisa metrópoli fuera de su cerrado absolutismo.

A la luz que lanza sobre el significado de la emancipación americana, y en concreto sobre las convicciones del Libertador, cambia además, radicalmente, la posición de éste en la historia: ya no lo vemos mirando hacia el pasado, sino buscando hacia el porvenir; no animado por el rencor, sino por legítimas esperanzas de un mundo mejor. Su misión

---

1. Don Simón Rodríguez, *El Libertador del Mediodía de América y sus compañeros de armas defendidos por un amigo de la causa social*". Pág. 3 de la edición de Arequipa, 1830. Tomada de la reproducción facsimilar hecha en Caracas por la Sociedad Bolivariana, 1954.

no es cancelar un coloniaje ominoso, sino iniciar la partida de América hacia su propio porvenir. Nuestra independencia no se realiza contra España, por venganza; sino de acuerdo con aquellos "usos de la sociedad civil" que España nos había traído, y para darles oportuno y libre desarrollo. El resultado final no será la simple destrucción del imperio español como lo ven algunos con mezquino criterio, sino la reorganización en veinte Repúblicas de la España americana.

Extraordinaria elevación espiritual indica en el Libertador esa crítica de la situación americana. Sobre todo porque la realidad inmediata, lo que veía a su alrededor, era como para ofuscar al hombre más sereno. A los horrores que había presenciado en Venezuela, se unía ahora el espectáculo lastimoso de las familias criollas que vagaban por las Antillas sin tener literalmente de qué comer. Entonces las mujeres no solían trabajar fuera de la casa, ni tenían dónde hacerlo; en América ni siquiera como criadas podían aspirar a ganarse la subsistencia, porque los esclavos llenaban esos oficios. La prostitución o la mendicidad parecían, pues, el forzoso final de aquellas damas venezolanas, que acompañadas a veces por niños, o por ancianos más indefensos aún, se dedicaban en tierra extraña a bordar, tejer o vender las golosinas que ellas mismas confeccionaban, pero sin esperanzas de subsistir por estos medios mucho tiempo. Ya hemos visto cómo don Martín de Tovar aconsejaba a su esposa en ese sentido. De la familia Aristeguieta, las brillantes muchachas caraqueñas que habían sido llamadas las Nueve Musas, parientas de Bolívar, de Sucre, del Marqués del Toro, han quedado cartas que aterran. Una de ellas, Belén, tan bella que había servido de modelo para una imagen de Nuestra Señora de las Mercedes, estuvo durante siete años "rodando con su familia de pueblo en pueblo"; y todavía en 1827, ya en Caracas, su antigua opulencia se había convertido en tal miseria, que "ni una basquiña tengo para presentarme... pues hay día que ni luz para alumbrarme tengo", le escribía a Bolívar [1].

El propio Libertador, varias veces tuvo que pedir dinero prestado a Hyslop, para sí mismo y para las operaciones que proyectaba; y en una de esas ocasiones le dice con ruda franqueza: "La generosidad de Ud. debe ser gratuita, porque me es imposible ofrecer ninguna recompensa, después de haber perdido todo..." [2].

También estuvo a punto de ser asesinado. Un negro llamado Pío, asistente y protegido suyo, apuñaló de muerte al patriota José Félix Amestoy que había ido a recibir órdenes de Bolívar y, mientras lo esperaba, se quedó dormido en la hamaca que solía ocupar el Libertador. Por un

1. Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Caracas. Nº 94, abril-junio de 1941.
2. *Cartas del Libertador*, tomo I, pág. 216. En 1830 Bolívar reiteró a Hyslop su reconocimiento por estos servicios, y como en esos momentos aquel generoso inglés se encontraba en dificultades económicas, le ofrecía su apoyo.

disgusto con su patrona, éste no fue a dormir esa noche a la posada, y sólo por esta coincidencia salvó la vida. Según el realista Level de Goda, Fiscal de la Real Audiencia de Caracas, el asesinato había sido contratado por Morillo con un catalán, a quien pagó 5.000 pesos [1].

Ocupábase en esos momentos Bolívar en la empresa más temeraria de su vida militar: ir en auxilio de Cartagena, sitiada por Morillo. Para eso era preciso burlar la escuadra española que la bloqueaba; y, una vez dentro de la plaza, ¿qué haría? Sólo la desesperada esperanza de que su presencia reanimara a los sitiados, y se lograra una salida en masa u otro medio análogo de salvación, podía animar a Bolívar. Cuando unos comisionados de Cartagena, entre los cuales estaba el mismo Hyslop, le pidieron —por su propia iniciativa, sin autorización del gobierno de aquella provincia— que fuera a socorrerla, el Libertador comienza por advertirles: "Ningún peligro me retiene excepto el temor de renovar con mi presencia las diferencias que me alejaron de aquel país"; pero casi inmediatamente concluye: "Que Cartagena me llame y volaré a defenderla, o a sepultarme entre sus ruinas". Y aun sin esperar ese llamamiento se decidió a partir. Sorprendente dualidad: escasos días antes, se entregaba a analizar, como un erudito sedentario, la historia y las posibilidades del Nuevo Mundo; de repente, salta a ser nuevamente el gurrillero impetuoso que sale a pelear sin esperanzas. Guerrillero sobre el mar, en este caso.

Magros recursos llevaba, excepto el de su propia presencia. Ni siquiera se sabe quiénes y cómo lo ayudaron, salvo algún dinero que aportó Hyslop y lo que pudo dar el capitán Luis Brión, que daba siempre cuanto tenía.

Era este capitán Luis Brión un singular personaje, sólo equiparable en la admiración que ambos suscitan, al norteamericano William Stephens Smith, que comprometió por Miranda su fortuna y su porvenir político y le ofreció su propio hijo para la empresa emancipadora. Aunque había nacido en Curazao, de padres holandeses, y gozaba de holgada posición, se consagró a la independencia suramericana con tanto entusiasmo y desinterés, que Cartagena le dio el título de "hijo querido" de la ciudad y Bolívar lo llamaba "el magnánimo Brión". "No sé qué debo admirar más en Ud. —le escribía Bolívar— si su generosidad, su patriotismo o su bondad. Es preciso que Ud. sea de un carácter tan extraordinario para que se sacrifique sin reserva por los intereses de la causa que sus propias criaturas despedazan. Es preciso, amigo Brión, que a Ud. se le tribute el honor de ser el primer protector de la América y el más liberal de los hombres". Educado en Holanda, donde adquirió además alguna

1. Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, números 63 y 64. Para la relación completa de lo ocurrido, ver también *Diario de Bucaramanga*, edición de Monseñor Navarro, Caracas, 1935, pág. 174.

experiencia militar, estudió más tarde navegación en los Estados Unidos; en 1805 se distinguió en la defensa de Curazao contra los ingleses, y en 1811 ofreció sus servicios a la República, en Venezuela. Especialmente adicto al Libertador, en 1814 compró y armó a sus expensas un buque que llamó el "Intrépido Bolívar". En 1815 era dueño del corsario "La Popa" que se consideraba el más veloz y mejor armado del Caribe; y fue éste el que ofreció al Libertador para penetrar hasta Cartagena.

Con sólo ese buque, un puñado de venezolanos y granadinos que quisieron acompañarle, las armas y los víveres que pudo allegar, Bolívar salió de Jamaica el 18 de diciembre a mediodía. Ya llevaba más de veinticuatro horas navegando hacia su destino, cuando tuvo la suerte de cruzarse con "El Republicano", corsario al servicio de los patriotas, y desde el buque le informaron que Cartagena ya había caído en manos de los españoles. De esa manera, por una casualidad tan oportuna como la que lo había salvado poco antes del negro Pío, conservó la vida Bolívar.

Ciento seis días había resistido Cartagena, atormentada por el hambre. El capitán español Rafael Sevilla, que estaba entre los sitiadores, relata: "Indescriptible es el estado en que encontramos a la rica Cartagena de Indias... Hombres y mujeres, vivos retratos de la muerte, se agarraban a las paredes para andar sin caerse, tal era el hambre horrible que habían sufrido... Mujeres que habían sido ricas y hermosas, hombres que pertenecían a lo más granado de aquel opulento centro mercantil de ambos mundos; todos aquellos, sin distinción de sexos ni de clases, y que apenas podían moverse, se precipitaban, empujándose y atropellándose, sobre nuestros soldados, no para combatirlos, sino para registrarles las mochilas en busca de un mendrugo de pan o de algunas galletas... El mal olor era insoportable, como que había muchas casas llenas de cadáveres en putrefacción... Lo primero que dispuso el General Morillo fue que se abriese una gran zanja y se enterrasen en ella aquellos montones de cadáveres que infestaban la población. Muchas carretadas llenas de ellos se sacaron de las casas..." [1].

A pesar de aquella extrema miseria, el general José Francisco Bermúdez había logrado organizar una salida por mar y pasó a través de la escuadra bloqueadora con trece buques, en los cuales había embarcado 2.000 personas. Facilitó en algo esta inconcebible aventura del Ayax venezolano el alejamiento fortuito, en aquellos momentos, de algunos de los barcos enemigos, pero los fugitivos tuvieron que soportar el fuego de las baterías realistas que cerraban la bahía. Tan angustiosa era su situación que consideraron como un azar afortunado un temporal que esa noche dispersó a las naves republicanas, pero que también las salvó de ser perseguidas.

---

1. Citado por Andrés Revesz en su biografía de Morillo. Madrid, 1947, Pág. 97.

Terminaba así el año 1815 sin más estímulo para los republicanos que el espectáculo de su propio heroísmo. Más que nunca todo parecía perdido. El Libertador tenía, sin ambargo, nuevos proyectos, y para realizarlos, desde la alta mar donde recibió el aviso de *El Republicano,* torció su rumbo hacia Haití. Llegó a la capital, Puerto Príncipe, justamente el día 31 de diciembre.

XX

"EL HOMBRE DE LAS DIFICULTADES"

Trabaja el poeta en el personaje dramático que ha concebido: no le interesa ahora la realidad, quiere crear un espíritu avasallador que le dé ocasión para cantar los más grandes dolores y la exaltación más hermosa. Prepara con arte sutil las pruebas que su héroe ha de afrontar, todos los contrastes que pueden probar el alma humana, halagos y voluptuosidades, dolor y vergonzosa impotencia, el éxito fácil y brillante y el infortunio inmerecido y total.

A este poeta no le preocupa lo verosímil ni lo oportuno. Quiere cantar una vida excepcional; fascínale el deslumbramiento que puede producir la lucha de un gran espíritu con las veleidades del destino. El poeta quiere "crear", y conservando del hombre tan sólo el molde banal de la apariencia física, concentrar en su héroe cuanto la imaginación humana ha soñado y persigue en vano —harto cobarde— en la vida cotidiana y sensata.

Este poeta se ha olvidado de la realidad, decimos. Y sin embargo, también a veces la Naturaleza se complace en construir esas figuras desorbitadas y en abandonar, como bajo la fuerza de una embriaguez lírica, las normas prudentes de que acostumbra servirse.

Pienso en la vida del Libertador. La violencia de las situaciones, su desenlace imprevisto, el decorado cambiante y abigarrado, hacen pensar en una creación dramática más que en una realidad histórica y psicológica.

El año 12, en la vehemencia de la iniciación, cuando se le proponía la primera prueba a su ánimo juvenil y ambicioso, el fracaso lo detiene en Puerto Cabello, no con una herida gallarda, casi con un escamoteo burlón. El despecho lo lanza en el "bochinche" equívoco que consumó la ruina del Precursor... Súbitamente, la Campaña Admirable desde el Magdalena hasta Caracas: un galope triunfal de centenares de leguas en menos de ocho meses, y para el subalterno derrotado y turbulento del año anterior, el prestigio de General invencible y la autoridad discrecional. ¡EL LIBERTADOR!, improvisación personalísima que por primera vez separa de la marcha acompasada de la revolución colectiva la figura fascinante del Caudillo.

Después, cinco años de fracasos consecutivos, desde la desesperación de San Mateo, donde quiere dejar la vida, hasta la cólera impotente de la tercera derrota de La Puerta, donde da muerte por su mano al abanderado fugitivo. Cuando en 1818 regresaba vencido de los Valles de Aragua al fondo de las llanuras apureñas, sin duda los fugaces éxitos de los primeros

años debieron parecerle la burla de un genio maléfico que lo emplazaba con cruel delectación para aquella derrota. Quizá se le mirara con recelo supersticioso, y en torno suyo el respeto y la decisión de sus oficiales se resquebrajaban ante la persistencia desconcertante de aquella mala sombra, que no podía vencerse ni con la prudencia ni con el valor.

Su empresa más temeraria le devuelve entonces el dominio de la fortuna. Pusilanimidad hubiera parecido la prudencia que previera límites al encumbramiento vertiginoso desde Boyacá hasta Ayacucho. Arbitro de la América hispana, no desentona en ese momento la jactancia magnífica: "Conozco las vías de la victoria y los pueblos viven de mi justicia".

Visita el país libertado: "Empezó por Arequipa. La Municipalidad salió a recibirle con manifestaciones de delirante alborozo. Ofrecióle para entrar en la ciudad un caballo ricamente enjaezado: los estribos, el bocado, el pretal y los adornos de la silla y de la brida eran de oro macizo. No hicieron nunca los Incas paseos más pomposos que los del héroe colombiano. A fines de julio estaba en el Cuzco..." [1].

¿Por qué pensar en Napoleón, ejemplar deprimente? El Incado fabuloso que debía unificar la América independiente había sido ya adivinado por el Precursor. En el Perú encontraba doble raigambre, en la tradición de la monarquía indígena y en la del imperio español.

Esto sucedía el año 25. Tres años después dirá él mismo: "Cuando se ha hecho casi un deber prodigarme insultos..."; y en otra ocasión: "Toda América resuena en declamaciones contra mí...".

Contrastes hasta en la hora de la muerte: dejaba la obra perdurable de cinco naciones independientes, y proyectos tales que comenzarían a adquirir actualidad un siglo después; sin embargo, en su última proclama sólo se atreve a invocar la esperanza negativa de que su desaparición reconcilie los partidos.

Acorde con semejante vida, el carácter del héroe. Es previsor hasta complacerse en las órdenes minuciosas y reiteradas del mejor administrador, y cuando la fortuna no lo fuerza a la acometida desesperada es capaz de doblegarse a todas las razones de la prudencia. En la campaña del Perú se complace en la disciplina de la abstención valerosa y del prever y calcular todas las vicisitudes posibles. Pero no ama tales virtudes; más aún, no cree en su eficacia. Ama la constancia y el valor. La fuerza que inspira sus acciones y orienta su vida se expresa en una sencilla observación que hace en 1823 a Sucre, refiriéndose a la posibilidad de que los españoles desbaraten a Santa Cruz: "Si antes —dice— no lo persiguieron, ahora lo harán, porque las cosas para hacerlas bien es preciso hacerlas dos veces: es decir, que la primera enseña la segunda".

---

1. Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela*, tomo I, pág. 315.

He ahí la verdadera idea que domina en aquel espíritu obstinado y batallador: "Las cosas para hacerlas bien es preciso hacerlas dos veces... la primera enseña la segunda". La espontaneidad de la reflexión avalora su sentido revelador: el triunfo no depende del acierto lógico, ni puede confiarse a la previsión; se obtiene por el esfuerzo impávido, por la constancia. La realidad adversa tiene una importancia muy relativa: se da por seguro el primer fracaso y se le desdeña; cuando vuelve a la acción, el héroe posee ya, en su conciencia, el arma irresistible.

Si puede decirse que en lo más íntimo de cada uno de nosotros perdura a través de cualesquiera mutaciones una afirmación predominante, que se manifiesta en todas nuestras reacciones psicológicas, indudablemente que ese núcleo del carácter fue en el Libertador la confianza indestructible en el poder de la acción.

En todo hombre existe latente un estado de ánimo fundamental, que es el que nos procura en cada ocasión el concepto más lúcido, el impulso más vigoroso; es el verdadero creador del carácter, no sólo porque orienta todas sus adquisiciones, sino porque lo rehace después de cada crisis. En Bolívar es visible esa virtud de renovación, y cuando lo vemos salvar los momentos críticos de su fortuna, podemos observar la especie de repliegue espiritual que, después de cada confrontación adversa con la realidad, restablece el contacto del héroe con un principio vivificador.

"El hombre de las dificultades", se llamó a sí mismo. "Menos peligroso vencedor que vencido", decía Morillo. Juicios ambos que expresan esa admirable capacidad de superar el fracaso, que es en Bolívar la característica psicológica más constante. Nos sorprende adivinar que el apóstrofe de 1812 contra la Naturaleza es reacción espontánea y no literatura de proclamas; y el "¡triunfar!" de Pativilca era un propósito que para él nada tenía de sorprendente. Parece delirio la promesa de Casacoima y, sin embargo, en situación no superior a ésa, cuando en 1814 llegaba fugitivo de su patria en ruinas y era tan sólo en Nueva Granada jefe de una de las fuerzas en lucha civil, piensa con la misma naturalidad "libertar el Sur hasta Lima". Poco después se ve forzado en el exilio a la solicitud deprimente, hasta para su propia subsistencia; pero su ambición no ha perdido la despreocupación sobrehumana que la desliga de la realidad, y en la *Carta de Jamaica* el héroe analiza las posibilidades de su América y discurre y juzga con la misma actitud señera que puede usar en 1825, cuando la hegemonía de la creación bolivariana le permite convocar el Congreso de Panamá.

Hay una confianza funesta: la que el hombre intelectual pone en la infalibilidad del cálculo. Los hombres de poca acometividad se acogen a esa confianza, preparan minuciosamente la acción y no se lanzan a ella, sino cuando han obtenido mediante aquella sugestión intelectual la seguridad

de que su previsión ha descartado toda posibilidad de fracaso. Esos escrúpulos no son sino la transformación inconsciente del temor que les causa el pensamiento de recomenzar lo emprendido. El camino les parece siempre muy arduo y no se aventuran a seguirlo sino cuando han llegado a convencerse de que es *el camino verdadero*. Su desaliento ha de ser irresistible cuando ven que el azar echa abajo la construcción tan laboriosamente levantada. El hombre combativo, por el contrario, siempre cuenta con esa intervención de lo imprevisto; sus cálculos, aunque sean muy firmes, no son sino el apoyo de una actitud provisional, según el aspecto inmediato que presentan los sucesos; actitud que siempre está dispuesto a modificar y aun a rehacer totalmente. Esto le procura a su conducta una desenvoltura y una capacidad de adaptación que desesperan a los tipos de cálculos definitivos y rígidos. Y, claro está, el hombre que así reconoce lo deleznable del terreno que pisa y está resuelto a seguir adelante aprovechando con saltos ágiles y valerosos los puntos firmes que sucesivamente se le presenten, claro está que ese hombre ha puesto su fe en la acción misma y está dispuesto siempre a recomenzarla. "Las cosas para hacerlas bien es preciso hacerlas dos veces...". Para él no es nada sorprendente, ni le desalienta, encontrar de pronto un abismo en su camino.

Unamuno considera *teatral* a Bolívar. Podemos decir que teatral fue su vida; teatral como la creación de un poeta que se complace en las antítesis. El Libertador —personaje en escena— no hizo sino sostener con énfasis la dramaticidad de las situaciones, y expresar con el lenguaje altisonante que les convenía el lirismo de aquellas aventuras inusitadas.

Cuando le oímos en el momento de erguirse para la empresa heroica sus ideas parecen representaciones alucinantes que rehusan acordarse con las apariencias visibles. Nos deja la impresión de que con su acometida quisiera negar deliberadamente —para sí o para los otros— los límites de lo posible, y su empeño en arrastrar la realidad remisa nos parece a veces grandioso y a veces insensato. Mas para juzgar la naturalidad de su actitud podemos examinarla en la transición inversa, del éxito a la derrota: sentimos que aun en el momento más infortunado podía representarse sin violencia la entrada triunfal en el Cuzco, cuando lo vemos con la misma superioridad inquebrantable olvidar en el destierro la apoteosis del año 13 y sufrir durante la campaña del 18 aquella revolución desconcertante de la fortuna, tan repentina y total que parecía una transformación escénica arbitraria. Dijérase que llegó a apasionarse por esa inestabilidad de la suerte. Cuando ya parecía haberla domeñado, encuentra placer en provocarla: el año 1823 trabajó durante una noche en un estudio sobre la Confederación americana y a la mañana siguiente carga personalmente con su escolta a las guerrillas de Agualongo; delectación embriagadora de arriesgar junto con su vida los grandes proyectos que llevaba consigo.

El monoideísmo genial que lo posee llega no sólo a ocultarle la realidad exterior; en su propia conciencia los sentimientos se transforman o anulan bajo la misma fuerza. No existe el dolor. Se atreve a decir: "Mi fortuna se ha elevado tanto que ya yo no puedo ser desgraciado". A la sazón la adversidad lo sacudía duramente; pero él miraba a lo lejos: la obra cumplida y las nuevas posibilidades.

Nunca, sin embargo, como en los años que van de 1815 a 1819 tuvo necesidad el Libertador de recurrir a aquella acerada elasticidad de su carácter. Al finalizar 1818 encontraremos que los republicanos, partiendo de la mísera situación en que los hemos visto, han logrado conquistar un vasto segmento del territorio venezolano que llegaba desde la isla de Margarita y las costas orientales, la Guayana y la desembocadura del Orinoco, hasta los Llanos del Apure y parte de los de Nueva Granada, en el extremo suroccidental. Aunque los realistas seguían, pues, siendo dueños del centro de Venezuela y de la región montañosa del oeste, de la Nueva Granada que Morillo había logrado someter, y de los puertos y ciudades más importantes de ambos países, los patriotas se habían asegurado una extensa base de operaciones desde la cual podían hostilizarlos sobre diferentes puntos. Geográficamente la situación de los dos bandos combatientes sería, pues, en 1818, casi justamente inversa a la de 1814.

También lo era, en un aspecto capital, porque los llaneros de Apure obedecían en 1818 a un caudillo, José Antonio Páez, que los había llevado a las banderas republicanas. Otras ventajas daban además esperanza a los defensores de la libertad: el probado patriotismo de las ciudades ocupadas por los realistas se mantenía soterrado pero alerta; las armas que el Presidente Petión había dado a Bolívar, y las que ahora se podían comprar con creciente facilidad, después de haber quedado liquidado Napoleón en Europa, aliviaban la tremenda inferioridad que hasta entonces habían sufrido los patriotas; el ganado y el tabaco que éstos podían obtener en el territorio que ocupaban les permitía traer por el Orinoco armamento y algo siquiera de lo mucho que necesitaban; y, lo más importante, la posesión relativamente segura de la ciudad de Angostura, a orillas de aquel río, le permitiría al Libertador convocar un Congreso que, unido a su prestigio personal, detuvo la anarquía del caudillismo localista y dio de nuevo fuerza y legitimidad al gobierno republicano.

En definitiva todos señalarían a Bolívar como el alma de esa transformación que abrió camino a las grandes victorias subsiguientes. Pero durante aquellos años de 1815 a 1818 ninguno de los triunfos republicanos fue obra suya, y, por el contrario, tres abrumadores fracasos, eslabonados fatídicamente en 1816, 1817 y 1818, en Ocumare de la Costa, en Clarines y en la tercera de La Puerta, le hicieron perder el ejército que mandaba y lo llevaron varias veces al borde de la muerte. La liberación de la isla de Margarita la realizó Arismendi en 1815 y 1816, y la consolidó el

general Francisco Esteban Gómez derrotando al propio Morillo en 1817. Los Llanos orientales fueron mantenidos bajo las banderas de la patria por el incesante combatir de Monagas, Zaraza, Sedeño y otros jefes locales. Piar y Mac Gregor ganaron contra Morales en 1816 la batalla de El Juncal, que dio a los independientes la provincia de Barcelona. El mismo Piar obtuvo la posesión de Guayana con la victoria de San Félix en 1817. José Antonio Páez apareció como caudillo indiscutible de los llanos de Apure y los incorporó a la República por sus propios esfuerzos; tan aislado en aquel teatro de sus primeras hazañas, que a fines de 1817 comenzaron a saber de él Bolívar y los otros jefes que luchaban en Oriente y en la Guayana, cuando ya tres años de victorias aseguraban su predominio, y había logrado vencer en Mucuritas al general La Torre, segundo de Morillo.

Como hemos dicho, Bolívar llegó a Puerto Príncipe, capital de Haití, el 31 de diciembre de 1815. Poco después llegaron también algunos de los escasos defensores de Cartagena que habían logrado escapar. De los trece buques que salieron de aquella ciudad heroica sólo cuatro se salvaron, y en tales condiciones que, según unos apuntes dejados por el general Salom, "en los 13 ó 14 días que duramos a bordo de la goleta de guerra de Cartagena nombrada la Constitución y mandada por el corsario francés Ori (Aury), se echaron al agua, muertos o como muertos, más de treinta personas" [1]. El senador Marion, de Haití, que vio llegar a aquellos fugitivos, recordaba después: "Enfermos la mayor parte de ellos, y agobiados por el hambre y la sed, apenas podían tenerse en pie. Necesario era oír el grito de los niños y lamentos de las mujeres y ancianos..." [2].

Lo peor era que ni siquiera tenían el consuelo de estar reunidos todos los miembros de una misma familia. Dispersos en las diferentes Antillas, al azar de aquella desbandada trágica, la ansiedad de cada uno se aumentaba con las tristes noticias que recibía de los otros. Un caso, entre muchos: las señoras de la familia Sojo y Herrera, parientes del Libertador, tocaban el arpa y la guitarra en los bailes de negros, en San Thomas, para poder sobrevivir [3].

Bolívar, sin embargo, se dio inmediatamente a la tarea de reanimar el espíritu de los republicanos, atenuar los resentimientos personales exacerbados por las recriminaciones que siempre aparecen entre los vencidos, formar nuevos planes para volver sobre Venezuela y obtener ayuda del Presidente de Haití, Alejandro Petión.

Para reagrupar a los patriotas, tres elementos de discordia tendría que superar: las rivalidades, y hasta el odio, que separaban a muchos de los jefes militares, y que también a veces —paradójicamente— los hacía unirse

---

1. Citado por Lecuna, *Crónica razonada*, tomo I, pág. 417.
2. Historial del Senador Marion, reproducido en Blanco y Azpurúa, tomo V, pág. 398.
3. *Crónica razonada...*, tomo I, pág. 432.

contra uno solo, sin excluir al propio Libertador; la actitud de los políticos y juristas, padres de la revolución, que atribuían la ruina de ésta a aquella anarquía caudillesca, pero, a su vez, no hacían sino aumentarla con sus reparos y con ilusos planes de reorganización constitucional; finalmente, aunque en menor escala, los intrigantes y perversos, que tampoco faltan en aquellos casos.

Bolívar se multiplicaba para descubrir y usar los diferentes medios que podían emplearse, según los casos, en remediar aquella dispersión espiritual. Al canónigo José Cortés de Madariaga, que tenía gran prestigio entre los civiles, porque su intervención fue decisiva el 19 de abril de 1810, le escribía: "Yo parto con la esperanza de ver a Ud. muy pronto en el seno de la patria, cooperando eficazmente a la construcción del grande edificio de nuestra república. En vano las armas destruirán a los tiranos, si no establecemos un orden político capaz de reparar los estragos de la revolución. El sistema militar es el de la fuerza, y la fuerza no es gobierno" [1]. En la misma forma halagaba a Roscio y lo invitaba también a cooperar.

Pero era inflexible cuando lo juzgaba necesario. Llegó hasta expulsar de la expedición que estaba formando al general Bermúdez, y en julio del mismo año 16 le reiteraba: "Después de las diferencias y contestaciones que Ud. excitó en *Los Cayos*, y que me obligaron a licenciarlo; después de los partidos que continuó formando para oponerse a la expedición, pretendiendo el mando de ella contra la voluntad general de todos los que la componían, contra la determinación de la Junta general de Jefes y notables que me encargó su dirección, y lo que no es menos, contra el expreso comprometimiento de Ud.; después de los votos formales y expresos que Ud. y sus compañeros hicieron públicamente allí de atentar contra mi vida y de elevarlo a Ud. a la autoridad suprema; después, en fin, de las muchas pruebas que ha dado de insubordinación y de sedición, no está en mi arbitrio admitirlo en el Ejército ni en el territorio de la República" [2].

Afortunadamente, el general Petión se mostró espléndido. A pesar de que estaba comprometido en guerra civil contra Cristophe, de que Francia lo amenazaba y de que era peligroso provocar a España, acogió generosamente a los infortunados republicanos y dispuso ayudar a Bolívar en la expedición que éste preparaba. Por la última de aquellas circunstancias apuntadas, y porque "no agrada se dé al extranjero lo perteneciente a la patria", según observaba el general Marión, no se sabe con exactitud a cuánto montaron sus auxilios; pero es indudable que éstos, y nuevas aportaciones del mag-

1. *Cartas*, tomo I, pág. 256. En realidad esta carta es de noviembre de 1816, pero en ella Bolívar menciona otra que le dirigió, en los mismos términos, a principios del año.

2. Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Nº 62, Caracas, abril-julio de 1933. Pág. 184.

nánimo Brión, fue lo que hizo posible la organización de la empresa que Bolívar se proponía.

Una asamblea de los republicanos que debían venir en ella proclamó al Libertador Jefe Supremo, como Capitán General de Venezuela y la Nueva Granada; y el 31 de marzo la expedición salió del fondeadero de La Beata, en Haití, rumbo a la isla de Margarita en las costas orientales de Venezuela.

Tal fue la que se ha llamado Expedición de Los Cayos, por el nombre de la población haitiana donde se realizó la asamblea. La importancia que tuvo en la liberación de Venezuela, nos lleva a imaginar que debía ser considerable. Nada más inexacto. Apenas la componían algunas goletas armadas con lo que se pudo improvisar, y el efectivo total de combatientes no alcanzaba a 250 hombres, todos oficiales. El general Bartolomé Salom, veterano tan aguerrido que jamás retrocedió ante nada, y que tendría la gloria de ser en 1826 el expugnador de El Callao, la última plaza fuerte que tuvieron los españoles en el continente, confesaba después en los apuntes que hemos citado: "En Los Cayos encontramos al Libertador organizando la expedición con que invadimos a Venezuela el año 1816. Confieso que al principio me resistí a enrolarme en ella, porque en mi opinión era una expedición quijotesca, y si después pertenecí a ella fue engañado con la esperanza de ir a recibir en Jacomelo un número considerable de tropas; mas no fue así y seguimos unos 240 poco más o menos entre jefes y oficiales". Y refiriéndose a las embarcaciones, agrega: "Una de ellas nombrada la *Decatur* en que servía yo, apenas traía 14 a 20 marineros, y como 40 entre jefes y oficiales. En la guardia que se montaba diariamente hacían de soldados los subtenientes y capitanes; los sargentos mayores y tenientes coroneles de cabos, y los coroneles de sargentos de la guardia" [1].

Otro pormenor que no por ser risible deja de ser emocionante porque indica las privaciones que sufrían, ocurrió cuando bordeaban la costa de Santo Domingo: allí lograron apoderarse de una balandra "y los marineros —cuenta Lecuna— no quisieron soltar dos frailes capturados a bordo sino canjeándolos por dos vacas, único ganado que se pudo conseguir en aquella playa".

Así llegaron a las costas orientales de Venezuela, donde un bergantín y una goleta españoles quisieron interceptarlos. Los patriotas atacaron desesperadamente, abordaron el bergantín, llamado *El Intrépido*, y poco después se rindió la goleta. El capitán de aquél, don Rafael La Iglesia, murió, espada en mano; y el de la segunda, Mateo de Ocampo, resultó gravemente herido. "La sorpresa dada a los buques españoles —narra Lecuna— presentándose los patriotas por donde no eran esperados, permitió a Bolívar combatir contra dos buques solamente. Si en el encuentro se hubieran hallado todos

---

1. *Crónica razonada...*, tomo I, págs. 434 y 435.

los empleados en el bloqueo de Margarita, el resultado habría sido distinto" [1].

La isla de Margarita había sido sublevada por Arismendi el año anterior. ¿Con qué recursos? El brigadier español Pardo lo dejó escrito en una comunicación oficial: "Se defienden hasta con hondas y piedras de que, a cada paso, tienen hechos montoncitos: llegando su delirio hasta formar almacenes de hondas y otros medios de que sólo se había usado en tiempos de los moros" [2]. Y según otro jefe realista que también los combatió, el coronel Joaquín Urreistieta, esperaban sin armas a la infantería veterana de Morillo "y ha habido insurgente que con su mano ha arrancado la bayoneta del fusil de nuestros soldados, que es a lo que puede llegar el arrojo de un hombre temerario" [3]. Así triunfaron varias veces, y después de la victoria de Guacuco, cerca de la capital de la isla, cantaban jactanciosos:

¿Dónde están los diez mil españoles
que triunfaron del gran Napoleón?
En la playa de Guacuco quedaron
el "Barbastro", "Corona" y "Unión".

Una asamblea de los militares y principales vecinos de la isla, presidida por Arismendi, confirmó a Bolívar el carácter de Jefe Supremo, que le habían conferido en Haití los expedicionarios; y poco después el Libertador siguió sobre tierra firme, no sin dejar a aquellos modernos espartanos 1.000 fusiles y una batería de campaña, por lo cual "su entusiasmo no conocía límites".

Los margariteños no querían que Bolívar los dejara, pero éste argüía: "Si me quedo aquí aun cuando una expedición vaya contra la Costa Firme, esta isla será arruinada sólo por perseguirme".

Sin embargo, el sacrificio que no quería imponer a Margarita lo aceptó para Venezuela. Porque una de las consecuencias felices para la América que tuvo esa expedición de Bolívar en 1816 fue que obligó a Morillo a retroceder de la Nueva Granada, en lugar de seguir sobre el resto del continente. Se lo pedían, alarmados, los realistas de Caracas, desde que supieron los primeros preparativos de Bolívar; pero además, en el ánimo del Pacificador había causado tanta impresión la temeridad de los margariteños, y sus triunfos, que uno de los pocos reproches militares que le hacen sus biógrafos es que en su campaña de regreso descuidó al Apure y a la Guayana por empeñarse en someter a Margarita. En la cual, por otra parte, un jefe de segunda categoría, Francisco Esteban Gómez —el general "no importa quién", según el ejemplo de España— lo derrotó.

1. *Crónica razonada...*, tomo I, pág. 441.
2. Relación de Pardo a Moxó. *Historia de Margarita*, por Mariano de Briceño, pág. 104.
3. Briceño, op. cit., pág. 95.

También en el oriente de Venezuela la insurrección había sido sostenida por jefes como José Tadeo Monagas, Manuel Sedeño, Pedro Zaraza, Francisco Vicente Parejo, que ni aun después de la llegada de Morillo quisieron deponer las armas, y se mantenían en azarosas correrías desde la remota Guayana hasta el mar. Pero tan desprovistos de todo, que usaban como únicas armas las astas de sus lanzas, cuyas puntas, aguzadas y endurecidas al fuego, sustituían al hierro que no podían obtener [1].

Bolívar desembarcó en Carúpano. En el puerto capturó un bergantín llamado *Bello Indio*, y una goleta, cuyo nombre podía parecer augural, *La Fortuna*. La población y sus fuertes fueron tomados a viva fuerza. De acuerdo con una promesa hecha a Petión —y según sus propias convicciones— decretó inmediatamente la libertad de los esclavos; y los invitó a tomar las armas en defensa de lo que ahora sí podía decirse su patria. Destacó también algunas partidas hacia el interior del país y trató de aumentar y disciplinar las fuerzas que había conservado.

No contaba, sin embargo, sino con 800 hombres, casi todos reclutas, cuando supo que los españoles se disponían a atacarlo por mar y tierra; con una escuadrilla de 14 embarcaciones, y con tropas muy superiores a las suyas.

Concibió entonces el pensamiento de reembarcarse, tomar tierra en Ocumare de la Costa, al oeste de Caracas, llevar la guerra al centro de la República y, quizá, apoderarse de la capital. Aunque excesivamente arriesgado, ese proyecto podía procurarle el acceso a los poblados y ricos valles de Aragua, y sin duda desconcertaría a los españoles; pero, sobre todo, si Bolívar lograba tomar a Caracas, le daría a su empresa un centro político de decisiva importancia. Ya volveremos sobre este último objetivo del Libertador, que nunca ha sido señalado, y explica muchas otras decisiones suyas atribuidas a una preferencia irreflexiva por la ciudad donde nació.

Ya a bordo de una goleta a la cual Brión había bautizado *Bolívar*, le comunica a Arismendi que su propósito es "marchar rápidamente al corazón de Venezuela a terminar la guerra". Y agregaba: "Este proyecto se ha desenvuelto siguiendo el giro de las circunstancias: tanto la guerra como la política lo han exigido así. El suceso justificará la empresa. Si soy desgraciado en ella, no perderé más que la vida, porque siempre es grande emprender lo heroico" [2].

A punto estuvo de triunfar. Desembarcó, como se lo proponía, en Ocumare de la Costa, y sus avanzadas llegaron hasta Maracay en los valles de Aragua. Pero un cúmulo de circunstancias fortuitas le arrebató repentinamente la victoria que su audacia esperaba. El general Soublette, que mandaba aquellas fuerzas, se retiró inesperadamente por una falsa alarma; y aunque

1. Archivo Nacional, Caracas. Sección *Ilustres Próceres*. Pássim.
2. *Cartas*, tomo I, pág. 244.

no debía considerarse injustificada su prudencia, pues el general realista que lo amenazaba era Morales, el activo y cruel segundo de Boves, y podría pensarse que, dada su categoría, dispusiera de fuerzas considerables, Bolívar lo reprendió. "Lo que parezca a V. S. temerario —le decía— es lo mejor, pues la temeridad en el día es prudencia".

Poco después Morales los venció, a él y a Soublette, en una posición que éste había escogido para resistir. La causa principal de esa derrota fue la que durante mucho tiempo seguiría atormentando a los patriotas: la necesidad de enfrentar contingentes de reciente formación a la veterana infantería realista. También por la falta de experiencia, el desorden que aquella derrota y algunos incidentes adversos produjeron en el campo de los invasores, fue espantoso. Lo que podía llamarse el grueso del ejército se internó en el país, a las órdenes del general Mac Gregor, al cual pensaba unirse después el Libertador. Pero éste, detenido en la playa por la tarea de salvar el parque, fue abandonado también por los buques corsarios donde trataba de embarcarlo, y llegó un momento en que se encontró solo, a merced de los realistas, que según se suponía estaban ya entrando en la población.

"El hecho de Ocumare —narraba Bolívar en 1830— es la cosa más extraordinaria del mundo: fui engañado a la vez por un edecán del general Mariño, que era un pérfido, y por los marinos extranjeros que cometieron el acto más infame del mundo dejándome entre mis enemigos en una playa desierta. Iba a darme un pistoletazo, cuando uno de ellos (Mr. Vidau) volvió del mar en un bote y me tomó para salvarme" [1].

Ocurría esto el 14 de julio de 1816, el mismo día en que moría en Cádiz el Precursor don Francisco de Miranda, y sus carceleros, a toda prisa, envolviéndolo en las propias mantas de su lecho, como si se tratara de un animal intocable, lo lanzaban a una fosa sin nombre.

El general Soublette informó muchos años después a O'Leary que en el fracaso de Ocumare "se mezcló el amor y Ud. sabe que Antonio sin embargo del peligro en que estaba perdió momentos preciosos al lado de Cleopatra"; con lo cual aludía a la presencia en la expedición de Josefina Machado, novia o amante de Bolívar en aquella época. Lecuna supone, sin embargo, que Soublette trataba con esa insinuación de cubrir sus propios desaciertos en aquella campaña. En todo caso, también de Wellington se dijo que había llegado tarde a Waterloo por causa de lady Frances Webster. Pero fue el vencedor. Bolívar, por el contrario, perdió en Ocumare gran parte del armamento que había desembarcado, una imprenta que traía consigo, y el prestigio que comenzaba a reconquistar entre sus levantiscos subalternos.

1. *Cartas del Libertador*, tomo IX, pág. 243. Según Lecuna el corsario que salvó al Libertador era el Comandante Videau, muy conocido por sus hazañas y valiosos servicios. Ver en ese sentido la *Crónica razonada...*, tomo I, pág. 468.

Esto último fue lo más grave; y ocasionó que, habiendo regresado al oriente del país, Mariño y Bermúdez le sublevaron el campamento de Güiria. Dando gritos indecorosos se abalanzaron contra él los amotinados y, como en 1814, Bolívar tuvo que recurrir a su espada para abrirse paso hasta uno de los buques que se encontraban en el puerto. "Bermúdez, al verlo próximo a salvarse, tiró de la suya, encendido en cólera, pero lo detuvieron el coronel Manuel Isaba y el licenciado Gaspar Marcano" [1].

¿Qué sentiría el Libertador, cuando ya a salvo, contemplaba desde el barco la tierra de donde había sido ignominiosamente expulsado? ¿Lo trastornaba la ira? ¿Predominaría en él el dolor, al considerar el torbellino de extravíos que parecía arrastrar las últimas esperanzas de la patria? Sus ojos, que algunos de sus contemporáneos encontraban relampagueantes, y otros extrañamente tristes, ¿cómo estaban en ese momento? Lo que de cierto sabemos es que buscó inmediatamente cómo recomenzar. Sin pensar siquiera en las embarcaciones realistas que en todas direcciones patrullaban las costas de Venezuela y el Mar de las Antillas, volvió a Haití.

Petión, con tanta generosidad como perspicacia, lo acogió con estas palabras: "Así en las grandes como en las pequeñas empresas una fatalidad inexplicable se une regularmente a las más sabias combinaciones, de donde proceden reveses imprevistos que burlan toda precaución y destruyen los planes mejor combinados. V. E. acaba de experimentar esta dura y triste verdad; pero si la fortuna inconstante ha burlado por segunda vez las esperanzas de V. E., en la tercera puede serle favorable; yo a lo menos tengo ese presentimiento, y si yo puedo de algún modo disminuir la pena y sentimiento de V. E. puede desde luego contar con cuanto consuelo de mí dependa" [2].

Fiel a esa promesa, el espléndido negro le ofreció nuevos recursos, y con ellos y los que su prodigiosa actividad sabía allegar en todas las circunstancias, se dispuso el Libertador a volver sobre Venezuela.

Recibió entonces dos comisiones que lo llamaban: una de Arismendi, dueño siempre de la isla de Margarita, y otra de Mac Gregor y de varios caudillos que se le habían unido. Mac Gregor había hecho una felicísima campaña. Describiendo un largo semicírculo de 150 leguas, por el sur de Caracas, derrotó varias veces a los realistas que salieron a encontrarlo, y llegó desde Ocumare de la Costa, al oeste de la capital, hasta las cercanías de Barcelona, en el oriente. Allí encontró a Monagas, Zaraza y otros jefes; nuevos combates victoriosos los hicieron dueños de la provincia, y poco después, a las órdenes del general Manuel Piar, que también se les incorporó y a quien correspondía el mando, derrotaron decisivamente a Morales en El Juncal. Inmediatamente decidieron llamar al Libertador.

---

1. Larrazábal, según cita de Lecuna en *Crónica razonada...*, tomo I, pág. 482.
2. Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, Nº 77, pág. 110.

Bolívar llegó a Juan Griego, en Margarita, el 28 de diciembre, y el 31 del mismo mes desembarcó en Barcelona. El general Mariño rehusó una vez más acatar su autoridad; pero a pesar de esto, al cerrar ese año 1816, los mejores caudillos republicanos lo reconocían como jefe, y se encontraba a la cabeza de un ejército vencedor.

XXI

"UN PEQUEÑO GENERO HUMANO"

En una proclama, justamente del 1º de enero de 1817, Bolívar volvió a prometer a su compañeros de armas: "Ustedes volarán conmigo hasta el rico Perú. Nuestros destinos nos llaman a las extremidades del mundo americano".

Pero entonces sufrió el segundo de aquellos reveses de que hemos hablado, el más inexplicable de todos. No tenía consigo, de los jefes que lo habían llamado, sino a Arismendi. A Monagas y Zaraza, que operaban en el interior, les había enviado órdenes de concentrarse en Aragua de Barcelona. A Piar, que se había dirigido a expedicionar contra Guayana, le ofreció recursos navales para dominar el Orinoco, y le pedía que se le incorporara si no podía tomar aquella provincia, o que le enviara los oficiales de la expedición de Ocumare que lo acompañaban. Y con 700 hombres, que era cuanto había podido reunir, decidió adelantar sobre Caracas. Lo incitaba a ello la necesidad de foguear aquellas incipientes fuerzas para contar con un ejército propio, el temor de que los realistas lo atacaran si permanecía inactivo y les dejaba concentrarse, y, según Lecuna, el propósito de llamar la atención de los españoles sobre la costa, para facilitar la concentración de los patriotas en Aragua de Barcelona. Juzga también aquel historiador, que el Libertador intentaba solamente una maniobra de reducido alcance y que la proclama que lanzó, prometiendo a los caraqueños próxima libertad, no fue sino un ardid para alarmar al enemigo. En todo caso, si hubo temeridad en la concepción de la campaña, como le reprochan algunos críticos al Libertador, no la hubo en que éste atacase a fuerzas inferiores a las suyas, mandadas por un anónimo jefe realista. Y esa fue la acción en que quedó completamente derrotado, en Clarines, cerca de Barcelona, el 9 de enero. En vano Bolívar y Arismendi, pie a tierra y al frente de sus tropas, las llevaron por tres veces al asalto de los parapetos enemigos. Cuando la acción era más reñida, un cacique indio llamado Chaurán llegó en auxilio de los realistas y el pánico dispersó a los patriotas. Desventaja en la calidad de las fuerzas republicanas, el extravío en el bosque de una columna que debía flanquear a los realistas y el excesivo arrojo del coronel patriota Tomás Hernández, que se sacrificó en un ataque frontal al enemigo, fueron las otras causas del desastre.

Pero no por eso, en aquellos momentos, los jefes republicanos, acostumbrados a ver triunfar al Libertador en circunstancias más difíciles, dejaron de sentirse sobrecogidos por aquella inesperada derrota. Una fatalidad

insuperable parecía ensañarse contra Bolívar. Hasta sus subalternos más adictos comenzaron a pensar en un misterioso influjo maléfico mezclado a aquellos acontecimientos. Como antes se habían asombrado de verlo sacar de la nada recursos y victorias, ahora consideraban con no menor estupor que el destino parecía haber descendido a luchar personalmente con aquel hombre y se encarnizaba en derribarlo una y otra vez. Llegó a enterarse él mismo de aquella deprimente conseja: "La voz corrió que yo era desgraciado y que todo me salía mal", le confió muchos años después a Perú de Lacroix [1].

En esas circunstancias y con el carácter de aquellas operaciones en que todavía predominaban las guerrillas, le acontecía estar un día al frente de un ejército y al día siguiente encontrarse solo y fugitivo. Después de la derrota de Clarines, impaciente para obtener de cualquier modo la unificación de los patriotas, llegó hasta ofrecerle a Mariño el mando del ejército; pero como ni aun así logró una acción concertada contra el enemigo, decidió dejar a Barcelona y unirse a Piar en Guayana.

Llevó consigo sólo quince oficiales y sus asistentes, para atravesar un extensísimo territorio lleno de enemigos; por lo cual, en cierto punto, en previsión de una emboscada, dispuso que los oficiales tomasen las carabinas de sus ayudantes. Una partida realista, en efecto, le tenía preparada una celada, pero el coronel Parejo que marchaba delante disparó sobre los emboscados, echó pie a tierra y lo mismo hicieron Bolívar y sus acompañantes. Entonces el Libertador, recurriendo a una estratagema de guerrillero, gritó: "¡Adelante, cazadores, a derecha e izquierda!"; y los enemigos, que sin duda lo imaginaron acompañado de alguna tropa, se alejaron después de varias descargas. Sin embargo, al lado de Bolívar cayeron heridos el coronel José María Carreño y el asistente de Parejo. Poco después este último, que no podía seguir la marcha de los demás y se había refugiado en una casa del pueblo cercano, fue asesinado por los realistas.

En julio de ese mismo año le ocurrió al Libertador otro suceso, muy parecido, en Casacoima; él y los jefes de su Estado Mayor tuvieron que atravesar a nado un caño del Orinoco, para salvarse de los realistas que les habían cortado la retirada. Los últimos en salir a tierra fueron Bolívar y el general Lara; por lo cual, según narraba éste, se corrió la voz de que el Libertador había quedado muerto o prisionero, y el ejército estuvo a punto de desbandarse. Parece que en esta ocasión, como en Ocumare, Bolívar pensó en suicidarse para no caer en manos de los realistas; y después del lance, cuando todavía entumecido por la larga permanencia en las aguas, arengó a sus compañeros prometiéndoles nuevas campañas victoriosas, algunos de ellos creían que deliraba.

1. *Diario de Bucaramanga*. Edición crítica por Monseñor Nicolás E. Navarro. Caracas, 1935. Pág. 330.

Pero con ser tan graves aquellos reveses y penalidades, la situación de fondo que debía resolver el Libertador, era mucho más difícil. Destruido el orden legal creado en 1811, la patria renace a partir de 1813 por obra de los caudillos; pero el poder de éstos, personal, inestable y localista, no puede dar base a la República. Vicios profundos, derivados de esa glorificación del caudillo, comienzan a perturbar la mentalidad colectiva: a la libre deliberación que es característica de la épocas de paz, se sustituye el acatamiento incondicional al jefe, o el individualismo jactancioso, según los casos; las virtudes que se consideraban esenciales para la vida social —reflexión, tolerancia, conocimientos, respetabilidad— pasan a segundo término ante las cualidades que la guerra reclama, agresividad, obediencia, destreza, fuerza; los sanos escrúpulos jurídicos y morales, que son los que mantienen en esos dos aspectos la vida normal de una nación, ceden a la necesidad de las decisiones rápidas que la defensa reclama. La concordancia de todas las voluntades bajo el imperio de la ley, no frena ya la dispersión espiritual engendrada por las controversias ideológicas de los políticos y las ciegas preferencias que imponen los caudillos.

Aparece así el antagonismo que será después la tragedia fundamental de la reorganización hispanoamericana. Este: que los hombres y los sentimientos utilizados en la destrucción de la tiranía, no siempre son los más adecuados para establecer la libertad.

Bolívar tiene, pues, que luchar desde el primer momento contra dos corrientes que siendo opuestas entre sí, coincidían, sin embargo, contra cualquier intento de estabilidad: la de los pensadores y políticos que reclamaban con urgencia la reconstrucción jurídica del Estado, y la de los cabecillas militares que ni siquiera aceptaban obedecer a uno solo.

Aún sin haber concluido las campañas de 1813 tuvo que enfrentarse al primer intento de restablecer en Venezuela el régimen federal que tanto había contribuido a la pérdida de la República en 1812, y que en Nueva Granada no había sido menos desastroso.

En 1813 llevó la voz de tal pretensión el eminente patriota don Manuel Antonio Pulido, acaudalado propietario de Barinas que había ofrecido cuantiosos recursos para aquella campaña al Libertador. En vano le observaba éste: "¿Cómo pueden ahora pequeñas poblaciones, impotentes y pobres, aspirar a la soberanía y sostenerla? En la Nueva Granada la lucha de pretensiones semejantes a las vuestras degeneró en una abominable guerra civil, que hizo correr la sangre americana, y hubiera destruido la independencia de aquella vasta región, sin mis esfuerzos por conseguir una conciliación y el reconocimiento de una suprema autoridad". Poco después tuvo que destituirlo del cargo de Gobernador de aquella provincia, y disponer que el mando político y el militar se concentrara en un solo individuo, "como en estado de conquista", mientras durase la guerra.

También en 1813 quedaron enfrentados Bolívar y el general Santiago Mariño, que por haber libertado el oriente de Venezuela mientras el Libertador realizaba por occidente la Campaña Admirable hasta Caracas, se consideraba con derecho a gobernar aquella parte del territorio nacional. No le faltaban a Mariño, desde luego, buenos argumentos para ello: como caudillo y según los principios federalistas, su autoridad era tan legítima como la de Bolívar; si es que no se iba a reconocer que ambas eran igualmente ilegítimas mientras no se restableciera la Constitución. Esto último, a su vez, era imposible: recordemos que el Libertador apenas pudo permanecer en Caracas unos días, porque la guerra que ardía por todas partes lo obligó a salir de nuevo en campaña; y en esas condiciones, restablecer el gobierno plural y la federación de 1812 hubiera sido una farsa indigna. Largas y accidentadas fueron las negociaciones con Mariño; retardaron el auxilio de éste a los republicanos que combatían en el centro y apenas condujeron a un acuerdo muy impreciso, que tampoco sería duradero. Bolívar reconoció a Mariño como "General en Jefe de Oriente", pero en la misma carta en que le da ese título, le advierte: "Si constituimos dos poderes independientes, uno en el oriente y otro en el occidente, hacemos dos naciones distintas, que por su impotencia en sostener su representación de tales, y mucho más de figurar entre las otras, aparecerán ridículas. Apenas Venezuela unida con la Nueva Granada podría formar una nación que inspire a las otras la decorosa consideración que le es debida. ¿Y podremos pretender dividirla en dos?" [1]. Esta carta es de diciembre de 1813, y ya hemos visto que algunos meses después, Bolívar y Mariño, unidos por la desgracia, eran a su vez desconocidos, y perseguidos con saña, por Ribas y Piar.

El carácter de cada personaje influía también considerablemente en su actitud política, y uno de los ejemplos más sorprendentes es el de Mariano Montilla. Patriota, abnegado, caballeroso y, además, desde la niñez amigo de Bolívar, concibió sin embargo contra él tal inquina que hizo cuanto pudo por hostilizarlo en los difíciles días de 1815 y 1816. Hasta parece que fue expresamente a la casa del Libertador a desafiarlo, cuando éste preparaba la expedición de Los Cayos. Según Larrazábal, la causa de tal actitud era la vanidad y la ambición de Montilla, pero la vida posterior de éste no confirma esa acusación. Suponemos, sí, que debió ser extremadamente susceptible, y esta debilidad, que ya lo había convertido en enemigo irreconciliable de Miranda durante la primera República, vuelve a manifestarse en sus relaciones con Bolívar.

Otro amigo personal del Libertador, que siempre se le enfrentó en el terreno político, fue don Martín Tovar Ponte. También de primera calidad moral, se ofreció sin reservas a la patria, con todos los suyos. Ya hemos visto su heroísmo y el de su familia, durante las derrotas del año 14.

1. *Cartas...*, tomo I, pág. 83.

Un hijo suyo llamado Florencio, muy joven y que en 1818 regresó a Venezuela de los Estados Unidos, donde se educaba, cayó prisionero en las campañas de ese año, y Morillo lo fusiló. Pero las ideas políticas de don Martín Tovar eran tan radicales que para él cualquier sistema que no fuera el federal equivalía a monarquía y esclavitud. "No se trata —escribirá en 1829— de cuántos sean los Estados de Colombia, sino de que haya una República federal; y para ello, en esta gran crisis en que debe pronunciarse la sentencia definitiva de nuestra vida o de nuestra muerte, de nuestra esclavitud en sistema central o monárquico, que son una misma cosa, o de nuestra libertad en sistema federal, sin poderse admitir medio en estos dos extremos..., etc." [1]. No es sorprendente, pues, que guiado por ese criterio, atribuyera la pérdida de la República del año 14 a la tiranía de Bolívar y los Ribas; pero lo más extraño es que también acusaba de despotismo a Miranda, a pesar de que éste sólo hostilidad y obstruccionismo encontró entre los republicanos de 1811. Roscio trataba, en 1816, de atraerlo a otras ideas: "Yo he sentido mucho —le escribía— hallar a Ud. compartido en esta equivocación y por lo mismo he procurado demostrarle la fuente primitiva de nuestros males, que es el fanatismo religioso-político y no el poder arbitrario con que gobernaron Miranda en 1812, Bolívar y los Ribas en 1813 y 1814" [2]. Pero don Martín era irreductible. Se cuenta que en 1827 cuando Bolívar volvió a Caracas, en el momento de abrazarlo le dijo: —"Martín, ¡sólo el Avila y tú no cambiáis!"— En lo cual, si se refería al temple del desinteresado patricio, podía haber tanta admiración como cariñoso reproche.

Algunos caudillos se rebelaban, o estaban siempre dispuestos a hacerlo, simplemente porque ese era su carácter. Tal fue el caso de Bermúdez, desconcertante y simpático Ayax de aquella contienda; temerario y generoso, pero incapaz de dominar sus trasportes pasionales. Y, desde luego, mucho más abajo, en la región de los seres reptantes, pululaban los tipos como Rafael Diego Mérida, el Malo, que siempre hizo entre los patriotas el papel de Tersites, pero a veces con tanta habilidad que sus intrigas estuvieron a punto de desbaratar la expedición de Los Cayos, según decía Bolívar.

Desde luego, si difícil era para el Libertador mantener la concordia entre los diferentes jefes republicanos, la unidad de mando era totalmente imposible cuando él se alejaba o lo desconocían. Arismendi era, desde 1814, enemigo de los otros caudillos orientales. Bermúdez sólo provisionalmente acataba el predominio de alguien, hasta que por fin se reconcilió con el Libertador y de allí en adelante fue leal a esta nueva amistad. Piar tuvo

---

1. Opúsculo titulado: *A los colombianos*. Citado por Gil Fortoul, tomo I, pág. 651, de la edición de 1930.
2. Juan Germán Roscio. Op. cit., pág. LXXXV.

el triste privilegio de enemistarse con todos sus compañeros de armas, y por su carácter desconfiado llegó a ofender injustamente a jefes como Mac Gregor, Monagas y Parejo. Mariño, aunque con merecido prestigio en oriente, no hubiera podido contar con Arismendi, ni con Piar; hasta Bermúdez, que desde 1813 lo acompañaba, llegó a estar contra él; y menos aún lo hubiera reconocido Páez. Los militares que se destacaban como hombres de principios —Urdaneta, Soublette, Anzoátegui, el joven Antonio José de Sucre, el granadino Francisco de Paula Santander— no ocultaban su repugnancia ante aquella anarquía y seguían en toda ocasión al Libertador. Y con mayor razón tenían que hacer lo mismo los hombres de pluma que acompañaban a los ejércitos, pues si bien algunos de ellos no siempre estaban de acuerdo con Bolívar, sólo en éste podían encontrar el doble carácter de caudillo y pensador político.

Monagas, Sedeño y Zaraza eran caudillos de otro tipo: siempre dispuestos a servir por la patria, cualesquiera que fueran las circunstancias. Monagas, que desde el año 1813 se había destacado como arrojado lancero, que formó tropas propias y se mantuvo luchando en el desesperado período del año 15, que en El Juncal contribuyó decisivamente a la victoria, toleró después de este triunfo las injusticias de Piar, que lo separó del ejército y ordenó su arresto. No pocas veces dio también sus tropas a los otros jefes; y aceptó en otras ser subalterno cuando hubiera podido reclamar el mando. Lo mismo hizo Sedeño: dueño, como caudillo, del territorio occidental de la Guayana, limítrofe de los llanos de Apure, ocurría siempre a donde se le señalara puesto en los combates, y en 1817 llegó hasta dar parte de sus tropas a Zaraza y permanecer con el resto a las órdenes de Piar. Como ejemplo de lealtad y "el bravo de los bravos" lo señaló Bolívar después de Carabobo, donde dio su vida; pero antes, muchas veces, ya lo había designado con expresiones equivalentes. En cuanto a Zaraza, se había hecho legendario porque en la derrota de Urica embistió con su escuadrón hasta llegar a Boves, y él mismo, o uno de los suyos, dio muerte al temido asturiano; también tenía territorio propio —el Alto Llano, entre las llanuras de oriente y la entrada a Caracas por ese lado— y jamás los realistas pudieron desalojarlo de allí; sus soldados lo adoraban, y por el trato paternal que les daba y por un blanco mechón que coronaba su cabeza, como la cresta nevada de una montaña, lo llamaban *Taita Cordillera;* pero, a pesar de su valor y pericia, era tal la indisciplina que toleraba a sus tropas que el Libertador varias veces tuvo que reprenderlo. Según el legionario inglés Vowell, que lo vio de cerca y dejó una simpática narración de sus costumbres, hasta Páez y sus llaneros se burlaban cariñosamente del desorden de aquel "ejército". No obstante, bien se podía decir, sin la menor exageración, que Zaraza y sus hombres eran los primeros en el ataque y los últimos en las retiradas.

En medio de ese pequeño género humano en ebullición y teniendo que librar una guerra a muerte con un enemigo superior en número y en

armas, el Libertador debió mostrar tanta paciencia y tacto como energía y valor; más alerta y tenaz cuanto más asediado por el sufrimiento y los peligros. O sea, según su admirable expresión, "proporcionando la constancia a los trabajos".

Algunos historiadores le han reprochado, en las campañas de esos años, la excesiva importancia que le daba a la posesión de Caracas, y la temeridad con que en tres ocasiones emprendió operaciones para rescatarla, por Ocumare de la Costa, por Clarines y en la embestida de 1818. Puede ser, efectivamente, que hubiera en esos intentos algo de aquel exaltado "caraqueñismo" que siempre expresó con vehemencia; pero es innegable que un meditado propósito político lo arrastraba también en el mismo sentido: se trataba de buscar un centro de unión para la desordenada actividad caudillesca, que era la amenaza más grave para la estabilidad y fuerza de la República; y geográficamente ese centro tenía que ser Caracas; así como la experiencia de esos años demostró que, moralmente, sólo Bolívar podía serlo. Sucedía en esto como con su insistente programa de "libertar el Sur hasta Lima", que repite hasta en los trances más duros: evidentemente correspondía a un impulso íntimo casi obsesivo, pero también lo ayudó mucho para alejar la imaginación de sus subalternos de los menudos propósitos regionalistas y ponerlos al servicio de una gran empresa.

También con ese mismo objeto de reunir cuantos recursos espirituales y políticos pudieran servir de apoyo a la República, el Libertador intentó en diciembre de 1816 reunir un Congreso en Margarita. Pero aquel proyecto era evidentemente prematuro: las ciudades ocupadas por los patriotas caían a cada momento en poder de los realistas, y la propia Margarita iba a ser invadida por Morillo el año siguiente.

El Libertador no volvió, pues, a mencionar aquella idea. Pero pocos meses después, estando él ausente, en Guayana, algunos políticos y caudillos se apoderaron de ella en la forma que Bolívar más temía: con la consigna de restablecer "el gobierno en receso", o sea el de 1811, bajo el sistema federal y con un ejecutivo de tres miembros que se turnarían de mes en mes. Era portavoz de estas ideas el Canónigo José Cortés de Madariaga, el cual, recién llegado del extranjero, prometía que al restablecerse el gobierno constitucional en aquella forma, obtendría reconocimiento y ayuda por parte de Inglaterra. Algunos patriotas civiles de cierta importancia se le sumaron, y entre los militares hasta el Almirante Brión, tan adicto al Libertador. Pero fue sobre todo el General Mariño quien le dio más calor al proyecto, hasta el punto de que habiendo reunido en el pueblo de Cariaco a los que se consideraron más llamados a formar la Asamblea que debía organizar el gobierno —apenas en número de once— renunció en su nombre y en el de Bolívar la autoridad que se les había conferido en Los Cayos. Y ya dentro de ese desorbitado proyectar, el Congresillo

nombró para ejercer el Poder Ejecutivo tres personas: en primer término Fernando del Toro, hermano del Marqués, inválido desde 1811 y refugiado desde entonces en Trinidad; en segundo lugar al ciudadano Francisco Javier Mayz, y como tercer miembro a Bolívar, que para nada había figurado en el asunto. Mariño fue reconocido, naturalmente, Comandante en Jefe del ejército; y como se señaló para capital de la República la ciudad de La Asunción, en Margarita, y allí debían permanecer los elegidos para el triunvirato ejecutivo, Bolívar hubiera quedado recluido en la isla esperando gobernar un mes de cada tres. *Congresillo de Cariaco*, se llama en la historia de Venezuela aquella asamblea; y a pesar del diminutivo, parece que el nombre le va demasiado holgado.

Porque era imposible, desde luego, que progresara tan temeraria aventura: la indiferencia con que la recibieron los demás patriotas; y también, por desgracia, algunos triunfos realistas, acabaron pronto con ella. Pero sí contribuyó a aumentar y enconar las divergencias entre los jefes superiores, que era el mayor peligro para todos. La anarquía introducida en el ejército por la actitud de Mariño produjo, entre otras consecuencias gravísimas, la pérdida de la ciudad de Barcelona, donde el heroico general republicano Pedro María Freites, en desesperado esfuerzo por salvar el parque y a numerosos civiles que temían las crueldades de los realistas, combatió sin recibir los auxilios que podían rescatarlo. "Apenas llegaron las tropas a Aragua —narra Lecuna— empezaron a recibir avisos del general Freites de la aproximación de los enemigos, y la consiguiente petición de auxilios para defenderse, no estando en el caso de evacuar la plaza, mientras no se extrajesen el armamento y las municiones. Urdaneta exigió repetidas veces a todos contramarchar en auxilio de Barcelona, pero al parecer ya Mariño no mandaba y en la anarquía general no se tomó ningún acuerdo. Los partes de Freites se repetían cada vez más urgentes hasta decir en uno que sería el último, y cuando se esperaba de un momento a otro la orden de regresar a Barcelona se dio la alarma a media noche, anunciando la aproximación del enemigo. No había tal cosa, dice el General Urdaneta, sino que Bermúdez, Valdés y Armario habían resuelto seguir al sur hacia el Chaparro y abandonar a Mariño, dejándolo sólo con el batallón de Güiria, única fuerza hasta entonces a cargo de Jugo. Se fueron en efecto, y al día siguiente Mariño, sin ocuparse de Barcelona, partió con Jugo por la vía de Santa Ana hacia Cumaná. Así se disgregó el ejército reunido con tanto trabajo, y como veremos, se perdieron las dos terceras partes de él, sin haberlo arriesgado con gloria en una batalla" [1]. Acerca de la toma de la ciudad, el mismo Lecuna agrega: "Los defensores se habían reducido por su número a la Casa Fuerte, abandonando las otras fortificaciones utilizadas el 8 de febrero. Por todo no alcanzaban, probablemente, a más de 500 hombres, aunque

---

1. Lecuna, *Crónica razonada de las Guerras de Bolívar*, tomo I, pág. 538.

en el parte el jefe español los hace subir a 700. Con ellos se encerraron gran número de vecinos, la mayor parte mujeres y niños. Freites se dispuso a la defensa por salvar el parque, esperando auxilios del ejército. Estos no llegaron, el enemigo rodeó la Casa Fuerte, estableció el día 7 dos baterías a mil pasos de sus muros y empezó a batirlos. Derrumbados en parte los muros del este se procedió al asalto; los defensores defendiéronse fieramente pero no pudieron contener a los enemigos, salvándose del degüello solamente unos cuantos que en la confusión lograron salir afuera. Freites y Ribas, gravemente herido el primero, conducidos a Caracas fueron ahorcados. En la lucha perecieron más de 1.000 patriotas, y entre ellos el coronel Meza, el antiguo edecán Chamberlain y su esposa, la heroína Eulalia Ramos, y el granadino Gutiérrez de Piñeres. Los españoles cogieron 1.000 fusiles, 20 cañones de diversos calibres y gran cantidad de municiones" [1].

Muy intensa tenía que ser la preocupación de Bolívar ante tales síntomas de descomposición, cuando ocurrió el más grave de todos: la disidencia del General Manuel Piar. Este denodado combatiente había nacido, lo mismo que Brión, en Curazao, isla vecina a Venezuela y colonia holandesa, aunque ocasionalmente fue ocupada algún tiempo por los ingleses. A pesar de este origen, Piar se consideraba venezolano y se había consagrado a la independencia desde 1810. En los años 1813 y 1814 obtuvo importantes victorias en el oriente de Venezuela, y hemos visto que en 1816 derrotó a Morales en el Juncal. En abril de 1817 venció decisivamente en San Félix al general Miguel de La Torre, segundo de Morillo, y dio así a los patriotas el dominio de la Guayana. Después de esta victoria siguió siendo fiel a Bolívar, y gracias a ello el Libertador pudo, en gran parte con las tropas vencedoras en San Félix, ocupar el 17 de julio la ciudad de Angostura, capital de la provincia. Era Piar valiente patriota, desinteresado y muy hábil en la dirección de las operaciones militares; pero soberbio y tímido a un mismo tiempo, solicitado en opuestas direcciones por su impreciso origen —pues se decía que era descendiente de un príncipe de Braganza y se sabía, por otra parte, que su madre era una humilde mulata— carecía también de instrucción y era tan poco acertado en su trato que, en definitiva, hasta sus más inmediatos subalternos se le hicieron enemigos. Desde luego, en varias ocasiones, había reñido también con Bolívar, Mariño, Bermúdez, Arismendi, Mac-Gregor, Monagas y los otros jefes republicanos.

Después de San Félix y de la toma de Angostura, entró en agrias desavenencias con el Coronel y Presbítero José Félix Blanco, a quien el Libertador había nombrado administrador de las ricas Misiones del Caroní,

---

1. Lecuna, *Crónica razonada de las Guerras de Bolívar*, tomo I, pág. 543.

en aquella provincia. La carta que entonces le escribió Bolívar merece se transcriba íntegra, porque pinta admirablemente a ambos personajes. Decía así:

"San Félix, 19 de junio de 1817.
"Al señor general Manuel Piar.
"Mi querido general:

"Acabo de recibir la apreciable carta de Ud. del 16, y en consecuencia de ella, oficio ahora mismo y escribo en particular al comisionado de las Misiones llamándolo, pues he resuelto eximirlo del encargo que tenía de órdenes de Ud. y mías. Con esto queda transigido todo compromiso con el padre Blanco, servidor útil en cualquier otro puesto; y esto lo hago por complacer a Ud. hasta en una equivocación suya, que la padece cuando me dice *que ya Blanco no podrá ser su amigo.* Mayor es la equivocación creyendo que él está animado de prevención contra Ud. Yo conozco al padre Blanco, lo que no Ud.: es que éste suele ser inflexible *hasta conmigo* en las reglas.

"En cuanto al general Arismendi también está Ud. equivocado, y no lo extraño, porque éste ha estado hasta ahora a alguna distancia para el examen de sus procederes. Aquellas mulas a que se refiere, y porque le hace Ud. cargos, que pasaron el Pueblito como las que mandó el general Sedeño y como otras y otros animales, no han sido robadas. ¡Por Dios, general! ¿Y qué dirán entonces nuestros enemigos y calumniadores? ¿No sabe Ud. que con las mulas, ganados y otros valores se han buscado en las colonias y se han proporcionado aquí mismo elementos de guerra que no teníamos y subsistencias y abrigo para los cuerpos?

"General, prefiero un combate con los españoles a estos disgustos entre los patriotas. Ud. sí que está prevenido contra sus compañeros, que debe saber que son sus amigos, y de quienes no debe separarse para el mejor servicio de la causa. Lo contrario es servir a la de la opresión.

"Sí, si nos dividimos, si nos anarquizamos, si nos destrozamos mutuamente, aclararemos las filas republicanas, haremos fuertes las de los godos, triunfará España y con razón nos titularán *vagabundos.*

"No insista Ud. en separarse de su puesto. Si Ud. estuviera a la cabeza, yo no lo abandonaría, como no abandonaré al que lo esté mañana, sea quien sea, con tal que tenga legitimidad y lo necesite la patria. La patria lo necesita a Ud., hoy como lo que es, y mañana habrá de necesitarlo como lo que por sus servicios llegare a ser.

"No dude de mi sinceridad. Avíseme qué otra medida conviene dictar en el gobierno de las Misiones de acuerdo con Ud.

"Soy su amigo de corazón. *Bolívar.*

"Adición.—El padre Blanco es amigo de Ud. Se lo aseguro porque lo sé" [1].

Fue en vano. Piar insistió en separarse del servicio y, finalmente, estimulado en gran parte por lo sucedido en el Congresillo de Cariaco, intentó ponerse de acuerdo con Arismendi para desconocer la autoridad de Bolívar. Ya veremos que se le acusó, además, de una sedición mucho más grave. En definitiva fue condenado a muerte como "insubordinado, desertor, sedicioso y conspirador".

Este lamentable acontecimiento ha sido objeto de apasionadas discusiones y todavía el historiador tiene que detenerse perplejo ante él según los puntos de vista que tome para juzgarlo. El Consejo de Guerra que dictó la sentencia estuvo formado por militares de honor, algunos de los cuales eran amigos del acusado, y ninguno enemigo; historiadores de criterio muy independiente que en otros casos no vacilan en censurar a Bolívar, se abstienen sin embargo de hacerle reproches por haber ratificado aquella sentencia. Y sin embargo, no podemos callar algunos reparos: el cargo más grave que se le hizo al acusado —el único que hubiera justificado moralmente aquella pena— fue el de haber querido sublevar los pardos contra los blancos y a la cabeza de aquéllos exterminar a éstos y sobre todo a los "mantuanos" de Caracas. Pero si bien parece indudable que el impetuoso General, creyéndose objeto de intrigas y persecuciones las atribuía a su condición de pardo y habló de ello con rencor y despecho, ¿llegaron realmente sus expresiones a caracterizar el delito que se le imputaba? Tres de los testigos que depusieron contra él le profesaban verdadero odio, por motivos muy graves; y aunque el propio Piar tuvo la ingenuidad —o la gallardía— de no recusarlos, o no se le dio oportunidad de hacerlo, su defensor sí lo hizo. Y agregaba éste: "Los falsos rumores todo lo exageran, y muchas veces acontece que a un inocente se empeña el mundo injusto en hacerlo criminal. Hay mucho de esto en la causa de mi defendido. Si con serenidad y sangre fría investigamos el origen del delito, no encontraremos sino resentimientos de amistad, expresiones de ninguna importancia vertidas con enardecimiento e indiscreción, quejas privadas con sus amigos para desahogar su interior, raptos, en fin, de aquellos que todos sabemos padece el General Piar. Calumniado atrozmente por sus perseguidores, hasta el extremo de asegurar que había robado ochenta mil pesos, en alto grado adolorido, ulcerado su corazón de una manera inexplicable, y cansado de recibir avisos de que se intentaba matarlo, este Jefe, hoy tan desdichado, todo se desconcertó, habló sin saber lo que decía como un frenético o loco, cargó de imprecaciones a sus enemigos, vomitó quejas terribles, y gritó furiosamente contra los que sospechaba le querían perder; pero sin depravada intención y sin

---

1. *Cartas*, tomo I, pág. 278.

proyectos tan criminales como los que se le atribuyen. ¿Dónde están sus planes de conspiración? ¿Dónde el número de conspiradores? ¿Dónde las proclamas para excitar al tumulto y a la sedición? ¿Dónde los ejecutores de esta enorme empresa? ¿Dónde los soldados a quienes habló para la comisión del atentado? ¿Dónde, por último, los preparativos para una tan colosal y desatinada maquinación?" [1].

Lo más admirable es que este defensor que con tanto fuego se expresaba —y que llega hasta llamar a Piar el "que nunca ha sido vencido entre los generales de Venezuela"— pertenecía a aquella clase de los "mantuanos caraqueños" condenada al exterminio por el acusado, según se decía: se llamaba Fernando Galindo, era cuñado de don Martín Tovar Ponte, tenía en aquel momento grado de Teniente Coronel e iba a morir justamente seis meses después de la ejecución de Piar, en la sorpresa del Rincón de los Toros. Sin duda unía a su generosidad, penetrante talento. Véase con qué acertados toques atenúa el cargo de desertor que se le hacía a Piar: "Rodeado por muchas partes de enemigos particulares, advertido de que se le perseguía por los mismos que más le habían apreciado; asestado por émulos o enemigos secretos; instruido falsamente por amigos suyos, residentes en el Cuartel General, que se proyectaba su sacrificio; y dotado de un carácter desconfiado, al mismo tiempo que violento y tímido, se creyó perdido, y se vio fuera de sí... ¿es, pues, de extrañar que en tan empeñado lance, él, que no tiene una gran serenidad de ánimo, busque un asilo entre sus mismos hermanos...?"

Se refería al hecho de que Piar, en lugar de presentarse al Cuartel General, como se le había intimado, buscó refugio al lado de Mariño, que en aquellos momentos estaba en abierta rebeldía. Por cierto que, si bien esta última circunstancia agravaba la situación del procesado, por otra parte indicaba que no había insistido en desatar la "guerra de colores", puesto que Mariño era blanco, de las clases privilegiadas de oriente.

Doce días antes de ejecutarse la sentencia de muerte, Bolívar pensaba en conmutarla. ¿Por qué no lo hizo? En carta a Bermúdez, fecha 4 de octubre, le decía: "Mi deseo particular, privado, es ahora que el consejo pueda conciliar el rigor de la ley y el crédito del gobierno con los merecimientos del reo. Escogeré para el consejo de guerra, de entre los oficiales generales con las cualidades que quiere la ley, aquéllos que yo sepa que no tienen motivos de resentimientos con Piar. Brión, su paisano y su más íntimo amigo, será el presidente y en los demás vocales se encontrarán criaturas de aquél. Ojalá que si el consejo aplica la pena mayor, me abra camino, camino claro para la conmutación; y que el ejército o los cuerpos más cercanos y de la capital, por sus órganos naturales, la pidan, sin

1. *Proceso de Piar*, páginas 351 a 424 del tomo XV de las *Memorias del General O'Leary*. Caracas, 1881.

separarse de la disciplina. Entonces la responsabilidad del perdón, si éste fuera indiscreto, lo compartiremos los que estamos levantando y sosteniendo el edificio de la república" [1].

¿Por qué abandonó este generoso propósito? Parece cierto que la desgracia de Piar la prepararon muchos intrigantes que se empeñaron, después de su triunfo en San Félix, en persuadirlo de que Bolívar lo miraba con recelo y lo perseguiría; a la vez que otros abultaban ante el Libertador el peligro de que Piar soliviantara a los pardos. Y lo más triste es que, en ambos sentidos, tuvo parte en ella un miserable de quien ya hemos hablado: aquel doctor José Domingo Díaz, que según el Regente Heredia padecía *insanabile vulnus scribendi cacœthis.* En aquellos días lo desahogaba en la Gaceta de Caracas, a sueldo de los realistas, y se dedicó a interpolar y adulterar documentos tomados a los patriotas, con objeto de levantar suspicacias entre éstos. En sus "Recuerdos sobre la rebelión de Caracas", cínicamente narra que "una casual reunión de circunstancias felices me proporcionó pocos meses después el hacerle desaparecer" (a Piar); para lo cual "por personas intermediarias y por un encadenamiento de papeles y de sucesos verdaderos o aparentes" irritó a Bolívar contra Piar. Y añade: "una Gaceta de Caracas, puesta en sus manos le precipitó... Poco tiempo después supo la realidad de las cosas; mas ya no había remedio" [2].

Desde luego que, hasta en esta criminal jactancia, José Domingo Díaz intercala falsedades creyendo darse importancia. Pero sí es verdad la adulteración de sucesos y papeles, que se atribuye. Trabajo ha costado a los modernos historiadores expurgar los documentos así falsificados; muchos de ellos corren como verdaderos en las compilaciones del siglo pasado, y otros —que no ha sido posible comparar con los originales— quedan todavía como dudosos [3].

Sería una tonta frivolidad presentar a Piar como posible rival de Bolívar. Ninguno de los altos jefes militares que siguieron a éste se hubieran subordinado a aquél; y menos aún hubiera podido Piar —brillante general, pero sin instrucción y poco reflexivo— encabezar como Jefe del Estado a los pensadores y políticos que acompañaron al Libertador en su empresa continental. La lucha no era, pues, entre Bolívar y Piar, en el limitado terreno de la capacidad militar, sino entre el Libertador y la anarquía caudillesca, que ya tantos males había causado a la República. Y acaso Bolívar creyó, de acuerdo con las ideas de la época, unánimemente aceptadas en el derecho penal común, que para detener aquella desintegración social era indispensable hacer un escarmiento ejemplar.

---

1. *Cartas*, tomo I, pág. 310.
2. *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*, por José Domingo Díaz. Edición de la Academia Nacional de la Historia. Caracas, 1961. Pág. 336.
3. Ver Lecuna, *Catálogo...*, tomo II, pág. 68; y *Cartas del Libertador*, tomo I, pág. 265.

Para honra suya apresurémonos a advertir que en aquellos mismos días su conducta con los revoltosos de oriente fue muy diferente. En carta a Sucre le indicaba: "La política, más que la fuerza, debe obrar en esa provincia. Así, pues, encargo a Ud. infinito que mueva todos los resortes del corazón humano, para someter al gobierno a los disidentes que el general Mariño ha extraviado. Ustedes no deben tener más enemigos que los públicos, como lo hago yo y he hecho siempre. ¿Quién puede tener enemigos por hermanos?"[1]. Y poco después le reitera: "He recibido con mucho gusto su apreciable del 5 del corriente en Maturín, en que me participa los asuntos ocurridos con el general Mariño y en que Ud. se ha portado con la delicadeza y tino que yo esperaba... recomiendo a Ud. mucho que si el general Mariño se somete voluntariamente, se le trate con la mayor dignidad, y como a un hombre que acaba de hacer un importante servicio con no haber manchado las armas de Venezuela con la guerra civil. La disminución del mal es un bien, y éste debe premiarse en cuanto sea compatible con el decoro del gobierno, que es en lo que consiste la mayor dificultad para poder ejercer la clemencia"[2].

Pero no sólo el decoro del gobierno, sino la seguridad de todos, hacían necesario el sacrificio de Piar. Y aunque parezca brutal, llegaríamos hasta decir que si Bolívar pudo observar esa conducta tolerante con Mariño fue justamente porque no la había tenido con Piar. De haberla usado con ambos, todos lo habrían considerado debilidad; y la indisciplina y la anarquía hubieran destruido el ejército.

Parece igualmente cierto que Bolívar jamás dudó de que Piar quisiera desatar "la guerra de colores". Esta acusación nos parece hoy exagerada o fabricada *ad hoc*, porque después de la independencia jamás volvió a aparecer aquel peligro en Venezuela. Pero en aquellos días estaba en la mente de todos, según puede comprobarse en numerosos documentos. En 1826, al saber Sucre los acontecimientos llamados *La Cosiata*, comentó que siempre había temido en Venezuela "una novedad africana", aunque sólo había resultado una novedad militar. Entre los fines que le asignaba Bolívar al Congreso interamericano de Panamá, ponía: "La diferencia de orígenes y colores perdería su influencia y poder... La América no temería más a ese tremendo monstruo que ha devorado a la isla de Santo Domingo". En el *Diario de Bucaramanga*, que corresponde al año 1828, Perú de Lacroix le atribuye a Bolívar este juicio: "La muerte del general Piar fue entonces de necesidad política y salvadora del país, porque sin ella iba a empezar la guerra de los hombres de color contra los blancos; el exterminio de todos ellos y por consiguiente el triunfo de los españoles; el general Mariño merecía la muerte como Piar, por motivo

---

1. *Cartas*, tomo I, pág. 316.
2. *Cartas*, tomo I, pág. 319.

de su disidencia, pero su vida no presentaba los mismos peligros, y por esto mismo la política pudo ceder a los sentimientos de humanidad, y aun de amistad por un antiguo compañero" [1].

De todos modos, reconocimiento y admiración debe Venezuela a Piar. Tres años después de su ejecución, Bolívar en una carta a Santander deja caer, al correr de la pluma, este juicio que podría ser el mejor epitafio para el vencedor en San Félix: "Es necesario ser justos: sin el valor de Piar la República no contara tantas victorias".

Otro acontecimiento adverso a la causa republicana fue la llegada, a principios de ese año 1817, de 2.800 veteranos peninsulares al mando del general don José de Canterac. Al igual de las anteriores expediciones, estaba formada ésta por tropas escogidas de aquella infantería española, que al secular prestigio de que gozaba en Europa, añadía el muy reciente de sus triunfos contra los franceses. En América iba a demostrar, además, una prodigiosa capacidad de adaptación a condiciones de vida y de clima, y a maneras de combatir, que hubieran desalentado a los ejércitos más aguerridos. Refiriéndose Páez a la campaña que hizo el general La Torre, desde Bogotá hasta los llanos de Apure, escribe: "La marcha de La Torre desde Bogotá, en el espacio de cuarenta y cuatro días, se consideró por Morillo como una hazaña inaudita, mediante a que no dormía en poblado y sólo se alimentaba con carne, sufriendo lluvias continuas y atravesando pantanos y los ríos más caudalosos de Negro, Upía y otros tantos, siendo el más pequeño, según él mismo decía, más ancho que el Ebro en su desembocadura". Si Morillo comentó, pues, con admiración, las catorce cargas de caballería de los republicanos en Mucuritas —batalla donde Páez venció a La Torre—, no menos admirable debemos considerar a la infantería realista que las soportó después de aquella marcha agotadora; y que al final casi cercada por el fuego, porque Páez había incendiado la llanura, se retiró sin desmoralizarse.

Afortunadamente, también los patriotas fueron reforzados poco después de la llegada de Canterac por los contingentes de legionarios extranjeros —especialmente británicos— que el abnegado López Méndez logró reclutar en Londres. Eran, desde luego, casi todos, hombres de aventura, y oficiales que habían quedado a la deriva al terminar en Europa las prolongadas guerras de la Revolución y el Imperio. Algunos de ellos no lograron adaptarse a las duras condiciones de la guerra en Venezuela, y unos cuantos buscaron compensación a su fracaso, o desahogaron su resentimiento, escribiendo amargas *Memorias* sobre estos países o contra el Libertador. Tales son los casos de Ducoudray Holstein y de George Hippisley, en los cuales, recientemente, "se documentó" con apasionada voracidad don Salvador de Madariaga. Pero la mayoría —grato es decirlo— correspondió con un extraor-

---

1. Op. cit. Edición de Monseñor Navarro. Caracas, 1933, pág. 315.

dinario sentimiento del honor a las obligaciones que habían contraído; muchos de ellos dieron la vida por su nueva patria con tanta abnegación como los criollos; otros sobrevivieron y fundaron en Venezuela familias ilustres.

Pero uno entre todos merece ser recordado con especial agradecimiento, el irlandés Daniel Florencio O'Leary. De dieciséis o dieciocho años —no se sabe bien la fecha de su nacimiento— llegó a Venezuela en 1818, como alférez en el cuerpo británico llamado *Húsares Rojos*, y desde entonces combatió en las campañas de Venezuela y Nueva Granada; fue agente personal del Libertador ante el Gobierno de Chile durante la campaña del Perú y a pesar de su extrema juventud, Bolívar, le confirió después otras difíciles comisiones que demuestran la confianza que ponía en su sagacidad. Era ya General cuando murió el Libertador en 1830, y como durante los últimos once o doce años lo había acompañado varias veces con el cargo de Primer Edecán, tuvo ocasión así de conocer aquella gran empresa de la emancipación americana en todos sus aspectos: peleando desde los grados inferiores en los campos de batalla; conviviendo durante doce años con los soldados y caudillos criollos; a través de las intrigas y vericuetos de la política, y en la observación directa e íntima del propio Libertador. Nadie, pues, mejor provisto que él para escribir la historia de aquellos años; pero no satisfecho tampoco con lo que personalmente había acopiado, se dio a la tarea de completar aquel estupendo material con cuantos documentos pudo obtener de los otros próceres —especialmente de su cuñado el general Carlos Soublette, que desde 1810 servía a la República— y logró 32 volúmenes de Narración, cartas y documentos, que son todavía fuente de primera calidad para todos los historiadores [1].

Acontecimientos, adversos unos, favorables otros, alternaron así en aquel año 1817; y ya veremos en el próximo capítulo el más feliz de todos: el reconocimiento de la autoridad de Bolívar por parte del caudillo que se había adueñado de los llanos de Apure y llevó así a la causa patriota a los temibles lanceros que en 1814 la habrían destruido, José Antonio Páez.

A fines del año los patriotas habían consolidado la posesión del oriente venezolano; en el sur dominaban la Guayana, su capital Angostura y el río Orinoco que les abría otra salida al mar; y con la incorporación de Páez completaban, hasta empalmar con los llanos de Nueva Granada en el suroeste, un vasto arco tendido hacia el centro del país.

En cuanto al Libertador, justamente en esos días, Tomás Montilla le escribía a sus hermanas: "Bolívar, a pesar de sus reveses, tiene una gran reputación

1. La primera edición de O'Leary —que es también la única completa— se hizo en Caracas entre los años 1879 y 1888, de acuerdo con la siguiente distribución: del tomo I al XII, *Correspondencia de hombres notables con el Libertador;* del tomo XIII al XXVI, *Documentos;* como *Narración*, los tomos XXVII, XXVIII y uno llamado APENDICE; y *Cartas del Libertador* en los tomos XXIX, XXX y XXXI.



General José Antonio Páez en época
posterior a la Independencia,
como Presidente de Venezuela.
[Cortesía Shell]



General Rafael Urdaneta.

y es muy querido"[1]. El propio Tomás Montilla era un ejemplo de ese acatamiento y del afecto que inspiraba Bolívar, porque siguió siendo amigo entrañable del Libertador, a pesar de lo que hemos narrado de su hermano Mariano.

En realidad, Bolívar seguía siendo el alma de cuanto sucedía. Y el hecho de que Páez se le sometiera es una prueba definitiva.

1. Boletín de la Academia Nacional de la Historia. Caracas, Nº 80. Pág. 500.

XXII

"PROPORCIONANDO LA CONSTANCIA A LOS TRABAJOS"

José Antonio Páez no nació en los llanos de Apure, de los cuales se iba a hacer señor, sino en Curpa, cerca de Acarigua, a la entrada de la región montañosa del país; y pasó su niñez en Guama, población más cercana a Caracas. Pero muy joven aún, y por haber dado muerte a un salteador de caminos que quiso robarlo, huyó hacia los llanos y tuvo que admitir servicio, como peón, en una finca ganadera de don Manuel Pulido, a orillas del Apure.

Muy duro era ese oficio para un muchacho no acostumbrado a él, y, para extremar su desgracia, el capataz de aquella propiedad, que era un negro esclavo llamado Manuelote, creyendo que Páez había sido enviado para espiarlo, se complacía en hacer más pesadas las faenas que su infeliz situación le imponía: "Recuerdo —narra el propio Páez en su *Autobiografía*— que un día, al llegar a un río, me gritó: «Tírese al agua y guíe el ganado». Como yo titubease, manifestándole que no sabía nadar, me contestó en tono de cólera: «Yo no le pregunto a usted si sabe nadar o no; le mando que se tire al río y guíe el ganado». Mucho, mucho sufrí con aquel trato: las manos se me rajaron a consecuencia de los grandes esfuerzos que hacía para sujetar los caballos por el cabestro de cerda que se usa para domarlos, amarrado al pescuezo de la bestia, y asegurado al bozal en forma de rienda. Obligado a bregar con aquellos indómitos animales, en pelo o montado en una silla de madera con correas de cuero sin adobar, mis muslos sufrían tanto que muchas veces se cubrían de rozaduras que brotaban sangre. Hasta gusanos me salieron en las heridas, cosa no rara en aquellos desiertos y en aquella vida salvaje; semejantes engendros produce la multitud de moscas que abundan allí en la estación de las lluvias. Acabado el trabajo del día, Manuelote, echado en la hamaca, solía decirme: «*Catire* Páez, traiga un camazo con agua, y láveme los pies»; y después me mandaba que le meciese hasta que se quedaba dormido. Me distinguía con el nombre de *catire* (rubio) y con la preferencia sobre todos los demás peones, para desempeñar cuanto había más difícil y peligroso que hacer en el hato" [1].

Partiendo de esa ínfima condición iba a ascender Páez hasta el grado de General en Jefe y el cargo do Presidente de la República que ejerció varias veces. Pero lo verdaderamente admirable es que al mismo tiempo fue

1. *Autobiografía*, tomo I, pág. 10.

depurando su personalidad moral e intelectual, hasta alternar, sin rubor ni molestias, con los letrados y políticos que, como magistrado, escogió siempre entre los de primera categoría.

Veinte años tenía cuando en 1810 comenzó la Revolución en Venezuela y parece que desde entonces se decidió por la causa republicana, pues en 1813 ya se sabe de positivo que los realistas lo mantenían preso en Barinas, y fue libertado por un destacamento que el Libertador envió a aquella ciudad después del triunfo de Araure. Era ya capitán, aunque lo más cierto en aquellos primeros años de su carrera, es que le repugnaba aceptar la disciplina de los ejércitos regulares y no se sometía durante largo tiempo a la autoridad de un jefe. Prefería formar sus propias guerrillas, y es indispensable usar el plural porque, muy joven aún y desconocido, sólo podía lograr que, atraídos por alguna astucia del incipiente caudillo o forzados por la necesidad, le siguieran unos cuantos desesperados, a veces no más de cinco, y al poco tiempo quedaba solo y tenía que recomenzar. Ya en 1814, después de haber combatido en la División de Urdaneta, que se retiraba hacia la Nueva Granada, y a pesar de que venció en un encuentro de cierta importancia cerca de Mérida, abandonó aquel ejército "sin pasaporte de Urdaneta", según dice él mismo en la *Autobiografía*, y poco después rehusó el mando de un cuerpo de ejército que le ofreció el granadino García Rovira.

También, según su narración, se disgustó sucesivamente con Francisco Olmedilla y Fernando Figueredo, los otros dos jefes que después tuvo; y aunque da buenas razones para ello, también las encontró para separarse luego del general Joaquín Ricaurte y, más tarde, del comandante Miguel Guerrero.

En 1816 realizó una grave usurpación: un grupo de patriotas eminentes, venezolanos y granadinos, que habían llegado fugitivos a los llanos, quisieron establecer una organización civil de apariencia más o menos legal, y eligieron como Presidente de aquella precipitada República al teniente coronel granadino Fernando Serrano, ex gobernador de Pamplona; por Consejeros de Estado a los generales Urdaneta y Serviez y al doctor Francisco Javier Yanes; y se confió el mando del ejército al coronel Francisco de Paula Santander; pero Páez, que era el verdadero jefe de las únicas fuerzas con que contaba aquel "gobierno", preparó o toleró, a los pocos días, un motín que depuso a todos los funcionarios electos; y así quedó colocado, sin más ni más, por encima de todos ellos. Lo peor es que con este típico "pronunciamiento" —igual a tantos que después, en España y en América, resultaron desastrosos—, no sólo quedó destruido el intento de gobierno civil, cuya legitimidad era bien dudosa, sino que la propia jerarquía militar fue burlada: nada menos que dos generales y varios coroneles fueron postergados, cuando Páez era apenas teniente coronel... por despacho que le había expedido el Gobierno granadino.

Uno de los jefes suplantados fue Rafael Urdaneta, que en 1814 había dirigido una retirada de 166 leguas desde el centro de Venezuela hasta la Nueva Granada, y era, desde 1815, General de División. Urdaneta, sin embargo, dando en aquella ocasión un ejemplo más de la abnegación con que siempre sirvió a la patria, tomó a sus órdenes sólo un pequeño escuadrón de caballería y así se batió en el próximo combate, en El Yagual.

Desde luego, en 1816 Páez era solamente un mocetón de veintiséis años, que comenzaba a elevarse desde aquella condición semisalvaje en que se había formado. Apenas sabría leer y escribir; en cuanto a maneras, ignoraba todavía el uso del tenedor en las comidas, según admite él mismo en su *Autobiografía*; y, por otra parte, debía sentir el vértigo del encumbramiento personalísimo que había logrado a través de peligros y penalidades casi increíbles. Su prestigio había sustituido ya casi por completo al que tenían en el Apure los otros guerrilleros republicanos y realistas que desde años atrás venían combatiendo en aquellas regiones; lo seguía un ejército de curtidos combatientes que, tanto por el valor y la destreza de que legítimamente alardeaban, como por la anárquica independencia del carácter, sólo podían aceptar como jefe a quien en todas las circunstancias tuvieran que considerar como el primero; y todo eso era consecuencia de haber salido vencedor en numerosos combates, que ya iban adquiriendo categoría de batallas. Muy pronto, además, el 28 de enero de 1817, en la acción que ya hemos nombrado varias veces, Mucuritas, iba a infligir a la invencible infantería de Morillo el primer descalabro serio que sufrió en la guerra americana. Que, por cierto, en ese triunfo sólo tuvo consigo a los oficiales que él mismo había formado; en tanto que en el combate de El Yagual, el año anterior, pelearon a su órdenes dos generales y nueve coroneles de los que andaban fugitivos por los llanos.

En la vida de Páez se encuentran muchos episodios —más o menos disimulados por su astucia— en que su predominio personalista dejó a un lado la ley y los miramientos. Sin embargo, sería ridículo exigirle otra cosa para aquella época. Antes debe maravillarnos que él y los llaneros que lo seguían —muchos de éstos antiguos soldados de Boves— renunciaran al desorden y al pillaje que hubieran podido permitirse como "leales vasallos" y aceptaran el penoso servicio de la patria.

Cuando aquella masa rural que de nada había disfrutado, entraba en alguna ciudad donde las comodidades de la civilización y la delicadeza de las mujeres debían fascinarlos, si iban bajo las banderas realistas lo tenían todo: venganza, violaciones, botín; pero no podían permitirse lo mismo si aceptaban como compatriotas y hermanos a aquellos ciudadanos indefensos.

Precisamente en aquellos días reiteraba Bolívar: "Yo quiero que la más exacta disciplina reine en las tropas de la República, pues sin ella perde-

remos a la vez el amor de los pueblos y la moral del soldado"[1]. ¿Habría sido aceptada esa imposición de no haber comprendido aquellos desheredados que ese amor de los pueblos y esa moral del soldado eran algo más que un risible valladar a lo que sus brazos podían?

En cuanto al propio Páez, ¿diremos que sin Bolívar él nunca habría salido de los llanos? Eso estaba por verse y, en todo caso, si hubiera sido un combatiente vulgar no habría meditado en ello, o, admitiéndolo, lo habría encontrado premio bastante para sus apetitos, porque aquellos llanos de Apure eran un rico feudo. Lo cierto es que la grandeza de ánimo con que Páez se sobrepuso al medio en que nació y a los halagos que después lo tentaron, no se repite en la historia americana. Por eso los historiadores que lo hemos censurado a veces, sentimos inmediatamente la obligación de justificarlo; no es una reacción sentimental, sino que forzosamente se agolpan a nuestra imaginación las peculiaridades de aquel mundo turbulento donde vivió —tanto en la guerra como en las pugnas civiles, siempre la misma disyuntiva: tenerlo todo o nada—, y cómo él lo señorea, sin las manchas de vulgaridad, ostentación, rencor o soberbia, que casi siempre encontramos en los hombres de trayectorias semejantes.

Parece una escena de las Cruzadas la ceremonia que organizó para reconocer a Bolívar a fines de 1817: "Consultando sólo el bien de la patria —narra— teniendo en cuenta las dotes militares de Bolívar, el prestigio de su nombre ya conocido hasta en el extranjero, y comprendiendo sobre todo la ventaja de que hubiera una autoridad suprema y un centro que dirigiera a los diferentes caudillos que obraban por diversos puntos, me decidí a someter mi autoridad a la del general Bolívar. Formé las tropas que tenía en El Yagual, hice venir al padre Ramón Ignacio Méndez, arzobispo después de Caracas, para que a presencia de aquéllos me recibiese juramento de reconocer como jefe supremo al general Bolívar, y mandé después que las tropas siguieran mi ejemplo, ordenando hiciesen lo mismo los cuerpos que se hallaban en otros puntos"[2].

Poco después, el 30 de enero de 1818, se reunieron y abrazaron por primera vez, Bolívar y él, en el hato de Cañafístola; y como si también alrededor de estos acontecimientos un oculto genio poético se hubiera propuesto acumular episodios que embellecieran las futuras narraciones, el 6 de febrero siguiente ocurrió uno de los más asombrosos de aquella guerra: que Páez, mediante una carga de caballería, a nado sobre las aguas del Apure, y, en presencia de Bolívar, tomó unas embarcaciones enemigas que debían impedir a los patriotas el paso del río. Un legionario británico relata así la increíble hazaña: "Hallábase Bolívar en los llanos de Apure con sus tropas desfallecidas de hambre y sin medios de proporcionarse víveres para el ejército, a menos que no hiciera una marcha tortuosa de muchas leguas,

---

1. *Cartas*, tomo XII, pág. 132.
2. *Autobiografía del general Páez*, tomo I, pág. 136.

lo cual no le permitía la debilidad de las tropas, si no llegaba al punto donde deseaba, atravesando el río Apure, en cuya orilla opuesta pacía una multitud de ganado a vista de las hambrientas tropas. Esto último no podía llevarse a efecto, porque no tenía Bolívar embarcaciones de ninguna clase, ni madera para construir balsas, y también porque el enemigo tenía en medio del río siete flecheras bien armadas y tripuladas. Bolívar, desde la orilla observaba todo, lleno de desesperación, y se paseaba a lo largo de aquélla cuando Páez, que le había estado contemplando, se le acercó a caballo y le preguntó la causa de su inquietud. S. E. le dijo: «—Daría el mundo entero por apoderarme de la escuadrilla española, porque sin ella no puedo cruzar el río y las tropas no pueden marchar». «—Dentro de una hora será de V.», replicó Páez. «—¡Imposible!», dijo Bolívar, «y la gente debe perecer». «—De mi cuenta corre», dijo Páez, y se alejó a galope. A los pocos minutos volvió trayendo su Guardia de Honor, compuesta de trescientos lanceros, escogidos entre los principales por su ya experimentado valor y fuerza, y llevándolos a la orilla del río les dijo estas palabras: «Debemos apoderarnos de esas flecheras o morir. Sigan a *su tío* los que quieran». Al mismo tiempo, picando espuelas a su caballo, se lanzó con él al río y le hizo nadar en dirección a la escuadrilla. Siguióle la Guardia con las lanzas en la boca, nadando con un brazo y acariciando con la otra mano los cuellos de los caballos, animándolos a nadar contra la corriente y dando voces para ahuyentar la multitud de caimanes que había en el río. Llegaron así a los botes, y montando los caballos se lanzaron de sus lomos a bordo de aquéllos, guiados por su jefe; y con gran admiración de los que los observaban desde la orilla del río, se apoderaron de todas las flecheras. A oficiales ingleses parecerá inconcebible que un cuerpo de caballería, sin más armas que las lanzas, ni otro medio de trasporte que el caballo en la rápida corriente de un río, ataque y tome una escuadrilla de cañoneras, en medio de una multitud de caimanes; pero por extraño que parezca el hecho, es cierto, y existen hoy muchos oficiales en Inglaterra que pueden dar testimonio de él" [1].

En efecto, O'Leary, poco inclinado a elogiar a Páez, también comenta aquella carga de caballería sobre el agua, así: "Desnudos, lanza en mano y a caballo en pelo, Aramendi con 50 *Húsares de Apure*, se arrojó al agua, se apoderó de los buques en medio del aplauso y admiración del ejército patriota y del fuego nutrido de las lanchas, y los condujo a su general. El río Apure, en frente de San Fernando mide 206 toesas de ancho; en el punto donde Aramendi lo pasó, que está a tres cuartos de milla distante de dicha plaza, es mayor la anchura. La rapidez de la corriente, la naturaleza misma del río plagado de peces dañinos y caimanes, realzan el mérito de este atrevido golpe de mano. Pero no era esta la primera vez que Aramendi ejecutaba una acción semejante; ya había hecho otro tanto, y con igual

1. Citado en la *Autobiografía de Páez*, tomo I, pág. 144.

suceso, en el mismo río, el año anterior, cuando se apoderó del gobernador de Barinas don Francisco López" [1].

Lo único que puede explicarnos el buen éxito de tales proezas es que aquellos lanceros eran ya considerados como invencibles, aun por los más veteranos oficiales de las fuerzas enemigas. Uno de éstos, el capitán Rafael Sevilla, que escribió unas *Memorias* sobre sus campañas en Venezuela y Nueva Granada, no oculta el malestar que se sintió en todo el ejército *pacificador* cuando por primera vez entró en los llanos para enfrentarse a Páez; y sin duda es ese sentimiento de temor casi supersticioso el que le inspira, para pintar aquellos lanceros, una expresión que Revesz considera, con razón, shakespeariana: "Bosque de lanzas a galope tendido", los llama. También invencibles los declaraba, sin querer, el empecinado Morillo, cuando al informar a la Metrópoli en aquellos mismos días, confesaba: "...nunca he logrado estar en actitud de pasar con suceso a atacarlos en su territorio, puesto que la infantería, además de lo que sufre en las distancias y el clima, no ha conseguido ventajas decisivas sobre ellos en ninguna de las ocasiones que han venido a las manos" [2].

Y eso, a pesar de que Páez, a su vez, escribía acerca de los expedicionarios: "Los soldados españoles se batieron con tal desesperación que nuestros llaneros, comentando por la noche los sucesos del día, decían (me permitiré repetirlo en sus mismas palabras) que «cuando quedaban cuatro, se defendían c... con c...». Es decir, que hasta sólo cuatro formaban cuadro. Certísimo; no se rendían y era menester matarlos".

O'Leary nos ha dejado un retrato de Páez por aquellos días, en el cual, aunque deben suprimirse algunas líneas inspiradas por las reservas con que siempre juzgó al caudillo de Apure, no deja de hacerle justicia: "Era —dice— de mediana estatura, robusto y bien formado, aunque la parte inferior de su cuerpo no guardaba proporción con el busto; pecho y hombros muy anchos, cuello corto y grueso que sostenía una cabeza abultada, cubierta de pelo castaño oscuro, corto y rizado; ojos pardos que no carecían de viveza; nariz recta con anchas ventanas, labios gruesos y barba redonda. Su cutis indicaba salud, y habría sido muy blanca sin los efectos del sol... Como jefe de guerrilla era sin igual. Arrojado, activo, valiente, fecundo en ardides, pronto en concebir, resuelto en ejecutar y rápido en sus movimientos, era tanto más temible cuanto menor la fuerza que mandaba".

Con más simpatía y más plasticidad, Vowell narra un episodio de sus campañas, en que nos parece ver a Páez y a sus hombres tal como eran entonces: "Bien conocía Morillo —dice— por experiencia adquirida a mucha costa en las llanuras de Calabozo y El Sombrero, la incapacidad de

---

1. O'Leary, *Narración*, tomo I, pág. 443. También Lecuna, siguiendo, según dice a Vowell, reduce a 50 el grupo de asaltantes y afirma que Páez los puso, en dos grupos, a las órdenes de los coroneles Francisco Aramendi y José de la Cruz Paredes.

2. Revesz, *op. cit.*, pág. 72.

su caballería para medirse con los *llaneros*, y por consiguiente ordenó en esta circunstancia que los húsares y lanceros españoles se apostaran en algunos pequeños recodos formados por los claros abiertos en el ribete de la selva, a orillas del Arauca. Frente a cada destacamento situáronse dos cañones de campaña; los artilleros manteníanse en sus puestos y con mechas encendidas y listas para hacer fuego. La infantería hallábase desplegada, formando una oscura línea al borde del bosque, donde comenzaba la llanura... Páez detuvo su gente como a media milla del borde de la selva y se adelantó a caballo, seguido de tres o cuatro de sus atezados guerreros, jinetes en los briosos y apuestos caballos que se cogen indómitos en la sabana. Cada uno de estos oficiales llevaba también una lanza con una banderola negra, semejante a la de los soldados y en que aparecían, toscamente bordados con algodón blanco, una calavera y unos huesos en aspa. El propio jefe montaba un corcel rucio pavón, con crines y cola flotantes, porque los llaneros no acostumbran desfigurar sus caballos cortándoles las cerdas; su traje era análogo al de sus compañeros de armas y consistía simplemente en una camisa abierta de cuello y pechera y mangas muy anchas, hecha de pañuelos ingleses, con rayas rojas y transversales; y calzones sueltos de algodón blanco que le llegaban un poco más abajo de la rodilla. Tenía las pantorrillas al aire y los pies descalzos, pero llevaba unas espuelas de plata con agudas rodajas, como de cuatro pulgadas de diámetro. Cubría su cabeza un sombrero de copa baja, tejido con hojas de palmera y provisto de una ancha cinta azul, atada bajo la barba, a guisa de barboquejo. Su lanza era liviana y muy manejable, y el fuste, de una caña negra, dura y elástica, que crece en varios lugares de las llanuras; conducíasela un muchacho como de doce años, montado en un caballo de gran corpulencia y brío; el chico servía siempre al jefe en calidad de asistente y era muy querido en el ejército, gracias a su impasibilidad suma ante el peligro y a su destreza en jinetear y nadar, prácticas ambas del todo indispensables a los que viven en las sabanas. ¡Páez, el terrible jefe llanero, no revelaba en su franca expresión huella alguna de la ferocidad que se le ha atribuido! El pelo corto y crespo, caíale sobre la alta frente, y usaba pequeños bigotes negros, pero no barba; únicamente sus ojos, también negros, daban indicios de aquellos arrebatos que solían impulsarle a actos de rigor excesivo —para calificarlos del mejor modo posible—, aunque en su caso bien pudieran atenuarse alegando el derecho de represalia. Sus carrillos algo pálidos por lo regular, encendíanse ahora por causa del esfuerzo realizado y de la exaltación que le producía su enardecimiento ante un combate inminente con los enemigos de su país. Cabalgó paso entre paso reconociendo con calma las filas realistas, sentado a la mujeriega (usual posición suya en tales circunstancias), con una pierna cruzada sobre el arzón de la silla. Aunque Páez se hallaba con su estado mayor a unas cien yardas del bosque, la infantería española no le apuntó siquiera un fusil, pues una intensa curiosidad y acaso un sentimiento de respeto por

su actitud tranquila y resuelta, fijaban la atención del enemigo en los movimientos de este hombre excepcional. Habiendo pasado al fin por frente a toda la línea enemiga, muy a semejanza de quien revista sus propias tropas, cogió su lanza de manos del chico que la conducía, y sentándose recto en la silla regresó a medio galope, agitando en alto el muy conocido y terrible símbolo de *Guerra a Muerte*, como un reto para que la caballería española saliera del bosque en que se había refugiado y se le enfrentara en la sabana; mientras tanto su guardia, que lo observaba atentamente, prorrumpía en gritos entusiastas de *«¡Viva Páez!» «¡Muera Morillo»*. Cuando se incorporó a sus lanceros, todos echaron pie a tierra y quitaron los frenos a sus caballos, como insulto adicional a la caballería española, pero sujetándolos por el *cabestro*, o cordel de cerda torcida usado entre ellos; los *llaneros* sacaron entonces sus cortas *churumbelas* de madera y su tabaco, encendieron fuego y comenzaron a fumar con tanta calma, como si estuviesen en su campamento" [1].

Ya con estas tropas incorporadas a su ejército, y con la cooperación de los mejores jefes patriotas —Urdaneta, Monagas, Anzoátegui, Sedeño, Zaraza—, a principios de 1818 embistió Bolívar por tercera vez sobre Caracas, ahora desde el sur, por los llanos del Guárico. Aunque Zaraza acababa de ser derrotado en La Hogaza y en esa acción murió el joven Guillermo Palacios Bolívar, sobrino del Libertador, la campaña de éste se inició de la manera más feliz. Cerca de la ciudad de Calabozo logró sorprender y arrollar a Morillo, que emprendió presurosa retirada hacia el centro.

Todo hacía esperar que Bolívar iba a repetir la fulgurante campaña de 1813. A duras penas logró Morillo retardar a los patriotas en dos combates de retaguardia, La Uriosa y El Sombrero, y ganó así refugio en el centro del país. Tan grande fue la alarma de los realistas, que muchos de ellos corrieron a embarcarse en La Guaira para el extranjero y las autoridades de Caracas destruyeron gran parte de los archivos públicos. Pero Morillo no era menos empecinado que el Libertador, y cuando éste desembocó en los valles de Aragua se encontró amenazado por tres ejércitos superiores al suyo.

Páez se había negado a seguir la campaña fuera de los llanos, a pretexto de que antes debía tomar a San Fernando de Apure y de que su caballería no estaba en situación de combatir en terrenos semimontañosos. Esta última razón la admiten como fidedigna muchos historiadores, y un llanero de nuestros días muy versado en historia, el apreciado amigo don José Rafael Viso, me ha hecho recordar que los lanceros de Páez provenían del Apure, y como esta región es de tierra sedimentada —y hasta hace poco era una curiosidad para los niños encontrar en ella una piedra— los caballos

1. *Las sabanas de Barinas.* Caracas. Pág. 29.

tienen el casco muy blando; sin herraduras, pues, como estaban, no hubieran resistido en el suelo quebrado y pedregoso de los valles de Aragua. Ya veremos que el Libertador se encontró en el Perú en una situación análoga, cuando tuvo que utilizar los caballos de la región costeña en las sierras del interior. Sin embargo, otros historiadores consideran aquellas razones de Páez como arteros pretextos para abandonar a Bolívar; y la verdad es que éste llegó a sentirse tan desesperado por la indocilidad de aquél, que a fines del año le escribía: "Aseguro a Ud., bajo mi palabra de honor, que jamás he desconfiado de V.; pero también le aseguro, con la última ingenuidad, que en mi opinión V. jamás ha obedecido lo que yo he mandado, y quizá es esta la causa porque se ha encaprichado V. en que yo desconfío. La prueba de lo contrario es que yo he puesto a disposición de V. las únicas tropas disponibles que he tenido; que he dado a V. facultades que ningún otro jefe tiene y que en fin yo he hecho cuanto V. ha querido desde que V. me reconoció" [1].

Siempre la misma ardua tarea para Bolívar: no se ganaba un colaborador, no se compraba un fusil, no se daba un paso hacia adelante, sino a costa de infinitos sacrificios, moviendo todos los resortes del corazón humano, sufriendo desgarraduras en la carne y en el espíritu contra las aristas de aquella áspera realidad.

Justificada o no la decisión de Páez, lo cierto es que privó a Bolívar de sus mejores fuerzas, en el momento más crítico. El Libertador se vio obligado, pues, a retroceder, y en el campo de La Puerta, que ya dos veces había sido fatal para los patriotas, fue derrotado por Morillo y Morales el 16 de marzo de 1818. Tan encarnizada fue la lucha que tanto el Libertador como Morillo se lanzaron a la pelea. El legionario británico Richard L. Vowell, que combatía en el ejército republicano, narra: "En cierto momento en que los enemigos atravesaron el riachuelo, Bolívar tomó una bandera y avanzando al galope gritó a sus soldados que corrieran a recuperarla. Ellos lo lograron después de una impetuosa carga en la que uno de los oficiales extranjeros perdió la vida. El coronel Rooke, herido dos veces al lado de Bolívar, nos decía que él procedió como si quisiera morir en el combate" [2]. También se dijo que por su propia mano mató a un abanderado que huía.

Morillo fue herido de un tremendo lanzazo "que lo clavó en la silla". Según Páez, por "el entonces capitán Juan Pablo Farfán", y según Larrazábal por "el animoso coronel Jenaro Vázquez, muerto luego en el combate de Ortiz". El propio Pacificador lo participó a la Metrópoli, y en las

---

1. *Cartas*, tomo XII, pág. 103.
2. *Campagnes et Croisieres dans les Etats de Venezuela et de la Nouvelle Grenade*, par un officier du 1er. Regiment de Lanciers Venezueliens. Traduit de l'anglais. Paris, 1837. Pág. 92.

palabras con que disculpa su temeridad durante la acción, se adivina que con razón los jefes republicanos aseguraban que ya habían obtenido la victoria en aquel campo cuando la llegada de Morillo con tropas frescas, y su personal acometida, cambiaron la suerte de la batalla. "Me hallo atravesado —decía— de un lanzazo que recibí en el momento crítico de cargar a los enemigos, que acometieron intrépidamente la división de vanguardia... Esta ha sido una de las ocasiones en que necesita arriesgarse la persona del General en Jefe para salvar una desgracia y restablecer el orden... Mi herida es sumamente considerable por el estrago espantoso que causó la lanza en las dos bocas que abrió al entrar y al salir, y por el sitio en que la recibí, que es en el costado izquierdo entre la cadera y el ombligo, saliendo por la espalda" [1].

Los patriotas, sin embargo, consideraron después de esa derrota perdida la campaña; y aunque Bolívar una vez más los llevó a la ofensiva y peleó al frente de ellos en un ataque al general La Torre, en Ortiz, este combate, en que ambos contendientes, maltrechos, abandonaron el campo, alejó más aún la esperanza de un triunfo definitivo.

Tal era la situación cuando Bolívar, acampado en un lugar llamado Rincón de los Toros, fue sorprendido en la noche del 17 de abril por un audaz oficial de los realistas que logró obtener de un desertor el santo y seña de los patriotas y penetró así libremente en el campamento. Casi a quema ropa, disparó sobre las hamacas donde se encontraban el Libertador y otros patriotas. Milagrosamente salió ileso Bolívar: varias balas atravesaron su hamaca y dos de sus compañeros quedaron muertos y otro herido [2]. La confusión de los republicanos fue tal, que Bolívar quedó separado de sus tropas, solitario en la noche y perdido en la sabana. "No debe sorprender —dice Páez en su *Autobiografía*— que el Libertador no atinase con el campamento, pues el mejor llanero cuando se extravía en la oscuridad, en aquellos puntos, se halla en el mismo caso que el navegante que en medio del océano pierde su brújula en una noche tenebrosa. A mí me ha sucedido creerme desorientado en los llanos durante una noche, y sin embargo al amanecer he descubierto que había estado muchas veces al pie de una misma mata".

Al amanecer, los patriotas fueron nuevamente atacados por los realistas, y desconcertados como estaban porque el Libertador no había aparecido y lo creían muerto o prisionero, no pudieron resistirlos. Batiéndose desesperadamente dieron su vida el coronel Silvestre Palacios y el teniente coronel Mariano Plaza; otros jóvenes republicanos —entre ellos Florencio Tovar, hijo de don Martín— cayeron prisioneros y fueron después sacrificados. Sin embargo, el insigne lancero apureño Leonardo Infante, en medio del

---

1. Rodríguez Villa, op. cit. Igual en la biografía de Andrés Revesz, pág. 133.
2. Lecuna, *Crónica razonada...*, tomo II, pág. 192. Perú de Lacroix en su *Diario de Bucaramanga* de una versión ligeramente diferente.

desorden hizo prodigios de valor en varios lances singulares, y su asistente derribó de un tiro al jefe español y se apoderó de su caballo que llevaba arneses de plata. Poco después Infante encontró al Libertador, que estaba todavía a pie, y le ofreció aquella cabalgadura. De modo que Bolívar entró en Calabozo sobre el caballo del enemigo que había estado a punto de ultimarlo y que, por el contrario, perdió la vida en aquel intento.

Tal fue el último episodio de aquella campaña, en que la suerte adversa probó hasta el límite de las fuerzas humanas las que guardaba en su espíritu el Libertador. ¿Quién hubiera podido prever que el año siguiente entraría triunfante en la lejana Bogotá y que ininterrumpidas victorias lo llevarían después hasta aquella Lima de sus sueños, que él mismo había fijado como meta de su acción libertadora?

En 1824, durante la campaña del Perú, advertirá a Sucre: "El cuadro es horroroso, pero no me espanta, porque estamos acostumbrados a ver muy de cerca fantasmas más horribles, que han desaparecido al acercarnos a ellos". Los fantasmas de esos cinco años, desde 1814 a 1818.

Pero mutilaríamos la historia, si por enaltecer al héroe, silenciáramos el desinterés y la consagración absoluta con que el pueblo venezolano, sin distinción de jerarquías militares o civiles, cerró filas al lado suyo.

Los sacrificios que todos realizaban nos parecen hoy increíbles. El capitán italiano Carlos Castelli, que acompañaba a los republicanos y que después llegó a general durante la República, refiere, en un diario que llevaba, que en 1817 él y sus tropas se alimentaban en Barcelona con chipichipe y carne de burro. Como algo excepcional asienta en 1819, después de tres años de servicio, que ha recibido su primera ración en dinero: 16 pesos [1]. Cuando en 1817 los republicanos se adueñaron de Guayana, la relativa riqueza de la región y la posibilidad de comerciar por el Orinoco los llenó de esperanzas. Sin embargo, encontramos que hasta con los corsarios era preciso regatear y trampear para obtener algunos miserables auxilios. Aquéllos habían tomado un bergantín enemigo y Bolívar tiene que excusarse con el Almirante Brión de que: "...a instancias de todos los oficiales que estaban desnudos y sin sombrero, mandé a los comisionados que librasen al general de la plaza unas mudas de ropa vieja que se encontró en los baúles y algunos sombreros para que los repartiesen entre los oficiales y la tropa..." [2]. En 1818 don Vicente de Sucre, Gobernador de la Provincia, reclama, por oficio, a uno de sus compañeros un saco de maíz tierno y de bananos, que le había prestado para la tropa, y que era lo único, dice, con que contaba para su propia alimentación [3]. Todos aceptaban, como la cosa más natural, ese mismo régimen. O'Leary, que lo vio de cerca,

1. Archivo Nacional, Caracas, *Ilustres Próceres*, tomo XVIII, folio 23.
2. *Cartas*, tomo XI, pág. 106.
3. Archivo Nacional, Caracas, Gobernación de Guayana, tomo IV.

comenta: "Generales, jefes y oficiales estaban con respecto al modo de vivir sobre un pie de entera igualdad aun con el soldado; ellos participaban de las mismas fatigas, comían de las mismas raciones, agua y carne, preparadas de la misma manera. Hasta en el vestido eran todos iguales, sin que el Libertador usara en el llano distinción alguna; aún hubo algunas veces que estuviera escaso de vestido".

En algunos lugares comían solamente carne; en otros no la comían en absoluto. Para el año en que Sucre hablaba, ya los republicanos exportaban por el Orinoco ganado vacuno y tabaco de Barinas; pero todo lo que se obtenía se dedicaba a la compra de armas. Los desesperaba pensar que los traficantes que se arriesgaban a llevárselas, se devolvieran con ellas por falta de fondos: "A riesgo estamos —le escribía en cierta ocasión Roscio a Bolívar— de ver retroceder fusiles por falta de dinero... No hay ganado, ni mulas, ni otra cosa que cargar, y es preciso vivir y defender el río. Se abastece la guarnición, hospital y marina quitando en La Soledad reses de particulares; y para el abasto de la gente de Apure hemos tenido la fortuna de trampear cuatrocientos barriles de harina que trajo de Norteamérica un buque americano, y la fió a trece fuertes...". Y agregaba: "Yo sufro, pero no quisiera que sufriese la República por este grado de miseria a que aquí hemos llegado. Desde que recibí las órdenes de usted sobre sueldos, me sujeté a una ración de carne de tres libras...". Según una comunicación del doctor José Rafael Revenga para el Libertador, a él y a Roscio los llamaban *"los miserables"* por su tacañería en el manejo de los fondos públicos, pero "el servicio —añadía— ha continuado su marcha, sin obstáculos por falta de medios, y esta miseria, como quieren llamarla, me ha hecho capaz de cumplir esta contrata por fusiles, que confío firmemente que precede a otras muchas" [1].

Este Revenga, eminente estadista y entusiasta patriota, debía dar además, algunos años después, una prueba de desinterés que en estos días de escepticismo nos parece invención novelesca: enviado a Londres con una misión del Gobierno, uno de los acreedores de la República logró llevarlo a prisión por las deudas de ésta; pero absuelto Revenga, demandó a su vez y obtuvo una indemnización. Pues bien, ¿en qué se le ocurrió emplear ese dinero, tan bien ganado a costa de su libertad y que lo hubiera eximido para siempre de las privaciones sufridas? En material de enseñanza para unas escuelas normales gratuitas que siempre había reclamado del Gobierno. Mil pizarras, cuarenta mil lápices, campanillas, plumas, tinteros, tal fue el extraño cargamento con que regresó. ¡Ah!, y un profesor especializado, aunque "ni yo estaba autorizado —confiesa— a hacerle ofrecimientos a

---

1. Juan Germán Roscio, *Obras*. Caracas, 1953. Pássim.

nombre del gobierno, ni él los exigió" [1]. No tenían armas, ni vestidos, ni alimentos, pero importaban material de enseñanza y un profesor normalista.

En realidad aquellas gloriosas estrecheces de los republicanos no terminarían nunca, y dieron lugar a una anécdota que don Simón Rodríguez narra así en su *Defensa de Bolívar*: "...que cuando los soldados de Colombia llegaron al Perú, se amotinaron porque se les quiso pagar el sueldo en *dinero*: que el General en Jefe despachó inmediatamente goletas a traer *fondos* de Colombia; que volvieron cargadas de *yucas* y que el motín se convirtió en *¡vivas!*". Aunque no es muy caritativo su espíritu, esta risueña invención tiene un fondo de veracidad que, lejos de humillar a los venezolanos, debe de producirles entusiasmo y orgullo. Sí: casi no conocían el empleo del dinero, ni sabían de los placeres y de la vanidad que éste procura, aquellos comedores de yucas y plátanos que desde las costas del Caribe llegaron hasta Ayacucho y soportaron durante catorce años hambre y desnudez para conseguir la independencia de América.

Lo que parece increíble es que en medio de tantas privaciones conservaran un vigor y una destreza que a los españoles más aguerridos les trastornaba la imaginación. De los margariteños, informaba Morillo a la Metrópoli: "Estos malvados, llenos de rabia y orgullo, con su primer ventaja en la defensa, parecía cada uno de ellos un tigre, y se presentaban al fuego y a las bayonetas con una animosidad de que no hay ejemplo en las mejores tropas del mundo... No contentos con el fuego infernal que hacían, arrojaban piedras de gran tamaño, y como eran hombres membrudos y agigantados, se les veía arrojar una piedra enorme con la misma facilidad que si fuese muy pequeña. Así tuvimos algunos muertos y muchos heridos a pedradas" [2]. ¡Gigantes! No: apenas sufridos y valientes mestizos, endurecidos por las faenas marítimas, que ponían en la guerra el mismo silencioso encarnizamiento con que se entregaban al trabajo. Tampoco "malvados". Cuando el jefe español llega a conocer mejor el país deja de considerar como salvaje aquel heroísmo de sus enemigos, y sus expresiones son casi respetuosas. Refiriéndose a la derrota de su segundo, el general La Torre, en Mucuritas, confiesa: "Catorce cargas consecutivas sobre mis cansados batallones me hicieron ver que aquellos hombres no eran una gavilla de cobardes poco numerosa, como me habían informado".

Pero fueron, sobre todo, las fuerzas espirituales manifestadas en el desinterés y la constancia, las que convirtieron aquellas guerras en escenario de héroes infatigables. "Alma indomable, a la que basta un triunfo, el más pequeño, para adueñarse de quinientas leguas de territorio", decía de Bolívar el mismo Pacificador. En otro informe agregaba que se debía "fijar la vista sobre el terreno de Venezuela, que da a todas las otras

1. Armando Rojas, *Ideas Educativas de Simón Bolívar*, Madrid, 1952, y Manuel Pérez Vila, *José Rafael Revenga*, Caracas, 1953.
2. Revesz, *op. cit.*, pág. 127.

provincias en revolución jefes y oficiales que son más osados e instruidos que los de los demás países" [1]. Y sobre el pueblo que los respaldaba había dicho a su Gobierno: "En España se cree vulgarmente que sólo son cuatro cabezas los que tienen levantado este país; es preciso, excelentísimo señor, que no se piense así, por lo menos de las provincias de Venezuela... Dicha gente es vigorosa, valiente, comen cualquier cosa, no tienen hospitales ni gastan vestido... Cuando hay un territorio con hombres que nada necesitan, que el clima los favorece, que son decididos, que tienen armas y hay quien los dirija bien, es preciso ahogarlos en fuerzas para sujetarlos; y cuando no las hay en esa proporción, no se consigue" [2].

Unas mismas virtudes fundamentales en el héroe y en la colectividad, todas las clases sociales unidas en el desinterés y el sacrificio, igual combatividad en el soldado que en letrados como Revenga y Roscio, tal era el muro que se levantaba ante los soberbios jefes españoles. Y eso era lo que cada día los convencía más de que en aquellos menospreciados "insurgentes" brotaba un admirable retoño de su misma raza.

Bolívar sentía profundamente esa admirable solidaridad, y a menudo, en sus cartas y confidencias, despersonaliza la obra que realizaba y enaltece, agradecido y orgulloso, la aportación de todos. "¿Recuerda usted, Salom —le decía en cierta ocasión a este jefe—, la alegría del ejército cuando en Betoyes se le racionó de plátanos? Puede decirse que hacía dos días que no comía. Ese ejército, sin embargo, no se quejaba. Seguía proporcionando la constancia a los trabajos, porque se le había dicho que iba a destruir a los tiranos. Cuando se escriba la relación de nuestros combates y se cuenten los prodigios de valor de nuestros soldados, su aliento en todas las adversidades, la historia antigua, llena de héroes y de pinturas exageradas, perderá gran parte de su importancia, porque se verá excedida con verdad" [3]. Asimismo, en una carta para su tío Esteban Palacios, cuando éste regresa a la patria, evoca: "Usted dejó una dilatada y hermosa familia: ella ha sido segada por una hoz sanguinaria; usted dejó una patria naciente que desenvolvía los primeros gérmenes de la creación y los primeros elementos de la sociedad; y usted lo encuentra todo en escombros... todo en memorias. Los vivientes han desaparecido: las obras de los hombres, las casas de Dios, y hasta los campos han sentido el estrago formidable del estremecimiento de la naturaleza. Usted se preguntará a sí mismo, ¿dónde están mis padres, dónde mis hermanos, dónde mis sobrinos?... Los más felices fueron sepultados dentro del asilo de sus mansiones domésticas; y los más desgraciados han cubierto los campos de Venezuela con sus huesos, después de haberlos regado con su sangre... por el solo delito de haber amado

1. Rodríguez Villa, *op. cit.*, I, 252.
2. Revesz, *op. cit.*, 113 y 120.
3. *Manuscrito del General Salom, adjunto a sus itinerarios y campañas*, citado por Antonio Arráiz, *Culto bolivariano*, Caracas, 1940, pág. 63.

la justicia". Y concluye: "Yo he recogido el fruto de todos los servicios de mis compatriotas, parientes y amigos. Yo los he representado a presencia de los hombres; y yo los representaré a presencia de la posteridad" [1].

A veces esa conciencia de que él representaba el esfuerzo de todos, se le convierte en indisimulable cariño, que desciende hasta los más humildes. Se ocupa en los cuidados que debe merecer el ejército y vela por la salud de los soldados con minuciosas previsiones: "No deben andar mucho las columnas —advierte en cierta ocasión—, sino tres, cuatro o cinco leguas al día, sesteando bajo un bosque o un río desde las diez a las cuatro de la tarde. En esa parada deben hacer su rancho. Al amanecer marchar dos o tres horas, y por la tarde otras tantas; que les lleven limones a las pascanas, para que beban agua de limones con panela o miel, todo para evitar el mal clima y el calor excesivo del día y del país" [2].

En 1828 escribe a Páez: "Deseo con ansia mejorar la suerte del pueblo de Venezuela... el pueblo está tan miserable que es preciso aliviarlo a toda costa" [3]. Bajo el impulso del mismo sentimiento, en los llaneros más desamparados busca un ejemplo para su sobrino Anacleto Clemente. En la conocida carta para éste, que ya hemos citado, le recrimina: "¿No te da vergüenza ver que unos pobres llaneros sin educación, sin medios de obtenerla, que no han tenido más escuela que la de una guerrilla, se han hecho caballeros; se han convertido en hombres de bien; han aprendido a respetarse a sí mismos tan sólo por respetarme a mí? ¿No te da vergüenza, repito, considerar que siendo tú mi sobrino, que teniendo por madre a la mujer de la más rígida moral, seas inferior a tanto pobre guerrillero que no tiene más familia que la patria" [4].

Esta última expresión es de tal acierto y delicadeza, que sólo podía encontrarla el afecto. En los fríos registros de la República aquellos hombres figuraban como nacidos "de padres desconocidos". "Hijos de nadie", se acostumbra todavía decir. Pero Bolívar no los veía así. Para él, el soldado con quien había convivido era —en apretada síntesis de elogio y advertencia— el "que no tiene más familia que la patria".

Dice también que se han hecho caballeros. ¿Caballeros con tan toscos modales? ¿Caballeros "de pata en el suelo", según la expresión popular venezolana? Sí; porque eran valerosos, sufridos, imperturbables y generosos. En las confidencias a Salom, que ya hemos citado, Bolívar los caracteriza con otra frase admirable: dice que no se quejaban porque iban "proporcionando la constancia a los trabajos"; o sea, más esforzados cuanto más dolientes. ¿Y si los había visto así, cómo no llamarlos caballeros?

A pesar del fracaso de la campaña sobre el centro, Bolívar se va acercando,

---

1. *Cartas*, tomo V, pág. 21.
2. *Cartas*, tomo XI, pág. 371.
3. *Cartas*, tomo VII, pág. 373.
4. *Cartas*, tomo V, pág. 318.





Simón Bolívar. Grabado por M. N. Bate sobre un dibujo original. Publicado en Londres, 1819.
[*Cortesía Alfredo Boulton*]



Francisco de Paula Santander. Retrato
que perteneció a su hermana,
Doña Josefa Santander de Briceño.
[*Cortesía Alfredo Boulton*]

al finalizar el año de 1818, a la culminación de un largo período de reorganización de la República, en que logra dos adquisiciones fundamentales: la sumisión del caudillismo anárquico y la reconstrucción jurídica del Estado. Esta última —que se efectuará a principios de 1819— es, en realidad, consecuencia de la primera, porque de haberse intentado antes no habría hecho sino sumar a la acción disolvente de los caudillos —regionalistas y autocráticos, por el origen mismo de su poder—, las disputas ideológicas de los letrados y juristas. Fue posible también por haber tomado los patriotas la ciudad de Angostura, relativamente alejada del teatro de la guerra y con fácil comunicación, tanto hacia el exterior como hacia los extremos del territorio que ocupaban.

También, en definitiva, ambos cambios se reforzaron recíprocamente; y como el prestigio de la República, cada vez más fuerte, iba atrayendo a sus banderas a numerosos guerrilleros criollos que militaban con los realistas, la guerra adquiere carácter más definido de conflicto internacional. Finalmente, gracias a estas mismas circunstancias, las operaciones militares dejan de ser azarosas aventuras locales, y pueden intentarse las grandes campañas, más propicias al genio del Libertador y a la aparición de un estratega como Sucre.

Cerremos este capítulo con algo que no hemos olvidado, sino que premeditadamente aplazábamos para esta hora decisiva en la vida de Bolívar: la descripción de su aspecto físico y de algunas de sus costumbres íntimas.

Páez nos la va a hacer, mejor que nadie: "Hallábase entonces Bolívar —dice en la *Autobiografía*— en lo más florido de sus años y en la fuerza de la escasa robustez que suele dar la vida ciudadana. Su estatura, sin ser procerosa, era no obstante suficientemente elevada para que no la desdeñase el escultor que quisiera representar a un héroe; sus dos principales distintivos consistían en la excesiva movilidad del cuerpo y el brillo de los ojos, que eran negros, vivos, penetrantes e inquietos, con mirar de águila, circunstancias que suplían con ventaja lo que a la estatura faltaba para sobresalir entre sus acompañantes. Tenía el pelo negro y algo crespo, los pies y las manos tan pequeños como los de una mujer, la voz aguda y penetrante. La tez, tostada por el sol de los trópicos, conservaba no obstante la limpidez y lustre que no habían podido arrebatarle los rigores de la intemperie y los continuos y violentos cambios de latitudes por las cuales había pasado en sus marchas. Para los que creen hallar las señales del hombre de armas en la robustez atlética, Bolívar hubiera perdido en ser conocido lo que habría ganado con ser imaginado; pero el artista, con una sola ojeada y cualquier observador que en él se fijase, no podría menos de descubrir en Bolívar los signos externos que caracterizan al hombre tenaz en su propósito y apto para llevar a cabo empresa que requiera gran inteligencia y la mayor constancia de ánimo. A pesar de la agitada vida que hasta entonces había llevado, capaz de desmedrar la más robusta consti-

tución, se mantenía sano y lleno de vigor; el humor alegre y jovial, el carácter apacible en el trato familiar; impetuoso y dominador cuando se trataba de acometer empresa de importante resultado; hermanando así lo afable del cortesano con lo fogoso del guerrero. Era amigo de bailar, galante y sumamente adicto a las damas, y diestro en el manejo del caballo: gustábale correr a todo escape por las llanuras del Apure, persiguiendo a los venados que allí abundan. En el campamento mantenía el buen humor con oportunos chistes; pero en las marchas se le veía siempre algo inquieto y procuraba distraer su impaciencia entonando canciones patrióticas. Amigo del combate, acaso lo prodigaba demasiado, y mientras duraba, tenía la mayor serenidad. Para contener a los derrotados, no escaseaba ni el ejemplo, ni la voz, ni la espada" [1].

En relación con esta última particularidad, varios historiadores afirman que Bolívar era ambidextro y que cuando combatía personalmente solía cambiar la espada de una mano a otra; lo cual hizo, según testigos presenciales, en Araure el año 13 y en La Puerta el año 18.

Es, desde luego, mucho más interesante observar que el retrato hecho por Páez difiere totalmente en un rasgo fundamental de la descripción que el legionario Vowell hace en aquellos mismos días. Páez encontraba a Bolívar alegre y jovial, dispuesto a mantener el buen humor en el campamento con oportunos chistes. A Vowell le hizo una impresión muy diferente: "Al pasar delante de nosotros —dice— contestó a nuestro saludo con la sonrisa melancólica que le era habitual... tenía 35 años de edad, pero representaba siete u ocho más. Su faz enflaquecida expresaba paciencia y resignación, virtudes de las que ha dado muchas pruebas durante su larga carrera política, y le hacen tanto más honor cuanto su carácter es naturalmente impetuoso" [2].

¿Cuál de las dos descripciones penetra más en la intimidad del personaje? Nos oprime el corazón pensar que quizás con aquellos chistes en los campamentos, Bolívar sólo quería atemperar, o disimular, la melancolía que ya se le había hecho habitual. Que quizá aquella jovialidad no era sino un recurso más de la paciencia y el valor, con que se esforzaba en equiparar la constancia a los trabajos.

---

1. *Autobiografía de Páez*, tomo I, págs. 139 y 140.
2. *Campagnes et Croisières*, París, 1837. Citada por Lecuna en *Crónica razonada...*, tomo II, pág. 161.

XXIII

"SEMEJANTE A UN ROBUSTO CIEGO"

El 6 de agosto de 1817 escribía Bolívar a don Martín Tovar: "Por fin tenemos a Guayana libre e independiente... Esta Provincia es un punto capital; muy propio para ser defendido y más aún para ofender; tomamos la espalda al enemigo desde aquí hasta Santa Fe, y poseemos un inmenso territorio en una y otra ribera del Orinoco, Apure, Meta y Arauca. Además poseemos ganados y caballos. Como en el día la lucha se reduce a mantener el territorio y a prolongar la campaña, el que más logre esta ventaja será el vencedor".

Los acontecimientos iban indicando, cada vez más, que tenía razón; y a comienzos de 1819 dedicóse a la reorganización política y moral de la República. Ya a fines de 1817, "considerando —decía— que es imposible establecer por ahora un buen gobierno representativo y una constitución eminentemente liberal", había decretado la formación de un Consejo de Estado que, aunque con atribuciones muy restringidas, le daba cierto carácter deliberativo al mando unipersonal que él venía ejerciendo. De mayor importancia, porque reanudó la discusión doctrinaria de los asuntos públicos sin dejar de servir de propaganda al sistema republicano, fue la creación de un periódico que se llamó *Correo del Orinoco*. Era éste un arraigado anhelo del Libertador, y para realizarlo había traído en 1816 una imprenta que, por desgracia, se perdió en la derrota de Ocumare. En 1817 llegó otra de Trinidad, y por fin, el 27 de junio de 1818, salió el primer número del *Correo*. Iba a durar hasta 1822 y en él colaboraron, además del propio Bolívar, los más eminentes pensadores republicanos, Palacio Fajardo, José Luis Ramos, Roscio, Zea, Peñalver, etc.

Aunque se le consideraba un diario oficial, no llevaba este título, y los editores advertían escrupulosamente en el número inicial: "Somos libres, escribimos en un país libre, y no nos proponemos engañar al público. Por eso no nos hacemos responsables de las noticias oficiales; pero anunciándolas como tales, queda a juicio del lector discernir la mayor o menor fe que merezcan" [1]. En un punto muy importante fue también respetada esa libertad: cuando las ideas políticas del Libertador se pusieron a discusión, las opiniones adversas tuvieron acogida en el *Correo* tanto como las favorables. Asimismo es sorprendente que, a pesar de las violentas pasiones

1. *Correo del Orinoco*. Edición facsimilar ordenada por el Gobierno de Venezuela en 1939. En las líneas citadas hemos corregido un error de imprenta que nos parece evidente: en vez de "Por eso no nos", el original dice: "No por eso nos".

del momento y de que la *Gaceta de Caracas*, en manos de José Domingo Díaz, desataba contra los republicanos calumnias e intrigas, el *Correo del Orinoco* guardó compostura inalterable. "La salida brusca, la nota de mal tono, el recurso a procedimientos inconfesables, no aparecen por ninguna parte. Todo es allí reposado, limpio, transparente; todo lleva el sello de la generación sin rival que le dio vida y movimiento", dice don Luis Correa en el prólogo de la edición mencionada.

Y sin duda por no romper ese tono, Bolívar se abstuvo de publicar en él una fantasía que escribió por aquellos días, en la cual aparece bajo el aspecto más inesperado: como escritor satírico. Fue encontrada inédita entre sus papeles. Es un supuesto diálogo entre un "hermano" Juan Trimiño y José Domingo Díaz, y, entre otras cosas, y a propósito de una condecoración concedida a éste por el Rey de España, le dice aquél: "¡Ha, ha, ha!, me hace usted reir con su cruz y sus edictos. Me acuerdo ahora de un caso muy al propósito. Dicen que en España, en los lugares más inmundos y sobre todo en las esquinas suelen colocarse cruces para impedir que las gentes no las mee ni las ca... Yo creo que su Rey Fernando con este objeto le ha encajado a usted esa cruz" [1]. Risa de Rabelais, bien extraña en el rostro magro y ardiente del Libertador.

Por aquellos días un grave peligro parecía amenazar la independencia hispanoamericana: que las grandes potencias europeas se proponían intervenir en favor de España, encabezadas por la Santa Alianza. La reacción en Venezuela fue violentísima y una asamblea de todas las autoridades, convocada por Bolívar en Angostura, declaró solemnemente que jamás la República trataría con España "sino de igual a igual" y que "está resuelto el pueblo de Venezuela a sepultarse todo entero en medio de sus ruinas, si la España, la Europa y el mundo se empeñan en encorvarla bajo el yugo español". Exasperado alarde que, sin embargo, parecería muy verosímil si se contaba lo que ya Venezuela había sacrificado.

Afortunadamente, aquellos monarcas que después del sacudimiento de la Revolución y del Imperio se habían entregado de nuevo al jolgorio de su *legitimidad*, seguían siendo tan ineptos como siempre. En 1818 llegó a Cádiz una armada rusa que debía ayudar a la reconquista de América, pero los barcos no podían navegar y hasta Fernando VII se desilusionó. Por otra parte, la actitud de Inglaterra y de los Estados Unidos se mostró, por primera vez, levemente favorable a estas naciones suramericanas. En Inglaterra, aunque los *tories* seguían siendo, al decir de Bertrand Russell, hostiles a "todas las ideas francesas... a la educación del pueblo, a la libertad de la prensa y a la oratoria sediciosa", ahora el interés de su comercio les aconsejaba favorecer la emancipación americana, y por lo menos no se

1. *Papeles de Bolívar*, publicados por Vicente Lecuna. Caracas, 1917. Pág. 276. Algunos críticos opinan que no es de Bolívar el mencionado artículo; entre otras razones, porque Juan Trimiño existió efectivamente y vivía para entonces en Angostura.

oponían, como antes, a la compra de armamento y al enganche de volutarios, que realizaban hasta en el propio Londres don Luis López Méndez y don Andrés Bello. En cuanto a Estados Unidos, aunque en esos días aparecieron en el *Correo del Orinoco* quejas contra ellos por su intervención en la isla Amelia, por fin se habían decidido a no ignorar la guerra que libraba el resto del continente, y reconocieron a los "insurgentes" carácter de beligerantes. También, según Gil Fortoul y otros historiadores, enviaron cerca de Bolívar un agente amistoso, el señor Juan Bautista Irvine. Muy poco amistoso, sin embargo, ese comisionado, pues "aunque al decir de los documentos oficiales, se mostró franco y habló con amistad y sinceridad y aseguró las buenas disposiciones del gobierno de su país hacia los patriotas de Venezuela, su misión no tuvo ningún carácter político ni resultado práctico, y sólo dejó el amargo recuerdo de una agria discusión epistolar con el Jefe Supremo, con motivo de dudosas reclamaciones mercantiles de algunos americanos" [1].

Tan injustas eran las pretensiones del norteamericano y tan inadecuado su lenguaje, que el Libertador llegó a contestarle: "Parece que el intento de V. S. es forzarme a que reciproque los insultos: no lo haré; pero sí protesto a V. S. que no permitiré que se ultraje ni desprecie al Gobierno y los derechos de Venezuela. Defendiéndolos contra la España ha desaparecido una gran parte de nuestra populación y el resto que queda ansía por merecer igual suerte. Lo mismo es para Venezuela combatir contra España que contra el mundo entero, si todo el mundo la ofende".

Pero, ni esas amenazas que desde todas partes caían sobre el desesperado grupo de patriotas aculado contra las márgenes del Orinoco, ni una nueva tentativa de sedición en el Apure, encabezada a mediados de 1818 por un coronel británico llamado Wilson, al parecer con la complicidad de Páez, ni las necesidades de los diferentes cuerpos en campaña que con incansable actividad vigilaba el Libertador —teniendo como centro a Angostura, en noviembre se hallaba en Maturín y dos meses después en el Arauca—, ni la extrema miseria a que todos debían someterse, distrajeron a Bolívar de dos proyectos que juzgaba capitales: la reunión en Angostura de un Congreso que reorganizara en forma estable la vida política de la República, y la invasión de Nueva Granada, que aportaría, como siempre, soldados y nuevos recursos a la causa patriota.

Las elecciones para el Congreso se realizaron a fines de 1818 y la primera sesión fue el 15 de febrero de 1819. En ese acto, y para exponer sus ideas sobre la constitución que convenía a la República, Bolívar pronunció un discurso que es la expresión más amplia y precisa de su pensamiento político.

El principio fundamental en que insiste con energía es que Venezuela no

1. Lecuna, *Crónica razonada...*, tomo II, pág. 224.

puede seguir imitando a los legisladores del Norte, ni menos aún conservar la Constitución de 1811, que a la dispersión del régimen federal unía la debilidad del Ejecutivo colegiado. Pero no se atreve a fijar esos principios, poco gratos a su auditorio, sin acumular primero acerbas observaciones sobre nuestros antecedentes políticos, y, en general, sobre la versatilidad de todos los pueblos y lo difícil que ha sido estabilizar en algunos de ellos la libertad. En oposición a la carta de Jamaica, en la cual había dicho que la América era un mundo "en cierto modo viejo en los usos de la sociedad civil", ahora afirma que "uncido el pueblo americano al triple yugo de la ignorancia, de la tiranía y del vicio, no hemos podido adquirir ni saber, ni poder, ni virtud". Posibilidades aterradoras pasan ante sus ojos: "Un pueblo ignorante —clama— es un instrumento ciego de su propia destrucción: la ambición, la intriga, abusan de la credulidad y de la inexperiencia de hombres ajenos a todo conocimiento político, económico o civil: adoptan como realidades las que son puras ilusiones; toman la licencia por la libertad, la traición por el patriotismo, la venganza por la justicia. Semejante a un robusto ciego que instigado por el sentimiento de sus fuerzas, marcha con la seguridad del hombre más perspicaz y dando en todos los escollos no puede rectificar sus pasos".

Tales extravíos son a su juicio consecuencias del régimen colonial, que ahora condena en comparación hasta con los peores del mundo, e insiste en que nos dejó, a la vez que ignorantes e inexpertos, corrompidos: "Un pueblo pervertido —añade— si alcanza su libertad, muy pronto vuelve a perderla; porque en vano se esforzarán en mostrarle que la felicidad consiste en la práctica de la virtud, que el imperio de las leyes es más poderoso que el de los tiranos, porque son más inflexibles, y todo debe someterse a su benéfico rigor; que las buenas costumbres, y no la fuerza, son las columnas de las leyes; que el ejercicio de la justicia es el ejercicio de la libertad".

Pero tampoco limita a la América hispana aquellas sombrías imágenes: "Los anales de los tiempos pasados —evoca— os presentarán millares de gobiernos. Traed a la imaginación las naciones que han brillado sobre la tierra, y contemplaréis afligidos que casi toda la tierra ha sido, y aún es, víctima de sus gobiernos. Observaréis muchos sistemas de manejar hombres, mas todos para oprimirlos; y si la costumbre de mirar al género humano conducido por pastores de pueblos, no disminuyese el horror de tan chocante espectáculo, nos pasmaríamos al ver nuestra dócil especie pacer sobre la superficie del globo, como viles rebaños destinados a alimentar a sus crueles conductores".

¿Excesivo? Sin embargo, apenas podríamos llamarlo imprudente franqueza, si consideramos las devastadoras impresiones que habían dejado en el ánimo del Libertador las experiencias acumuladas en su vida: lo que

vio cuando niño en la corrompida corte de Carlos IV; poco después el espectáculo del Directorio en Francia, que cambió en peculado y libertinaje aquel vivir "a lo antiguo" que habían soñado los revolucionarios; más tarde la farsa gigantesca del Imperio, los ejércitos acompañados por carros repletos de botín, Europa saqueada en nombre de la gloria, en París los regicidas hechos duques y príncipes; luego, en Venezuela, la primera República arruinada por cuatro pedantes y otros tantos malvados, destruida por el inepto Monteverde y anegada en sangre por una turba de isleños y el negro Palomo y Cervériz; desde entonces, una guerra a muerte que todos sentían absurda y horrible y que nadie podía evitar. En aquellos mismos días, las más poderosas potencias de Europa empeñadas en ayudar a Fernando VII a multiplicar en América los patíbulos que levantaba en España. Y hasta los Estados Unidos: porque un corsario había apresado una miserable goleta y esto lo consideraban perjudicial a "sus intereses", ¿no había mandado a Venezuela su primer comisionado para amenazar a los desamparados patriotas? ¿Qué eran, pues, y dónde estaban la justicia, la humanidad, la compasión, la decencia? Por otra parte, mientras todas estas cosas se agolpaban en su mente, ¿qué podía ver a su lado? Que el legionario Wilson, recién llegado, y sin saber nada de Venezuela, trataba aturdidamente de envanecer a Páez para elevarlo a la Jefatura Suprema; que la *Gaceta de Caracas* seguía falsificando documentos, esta vez con objeto de provocar en Arismendi la desconfianza que perdió a Piar; que Morillo enviaba comisionados al general Zaraza proponiéndole se pasara al servicio del Rey; y que, entretanto, don Martín Tovar y muchos otros próceres —todos muy respetables, y esto era lo peor— pensaban que fuera de los principios proclamados en 1811 la patria corría a su perdición. ¿Es que llevada unas veces por la generosidad y otras por la concupiscencia y la mentira, la humanidad debe marchar siempre como un desatentado ciego? ¿Dónde poner pie seguro en medio de aquel movedizo terreno? Tácito, que había sido su compañero juvenil, y Maquiavelo, que le repugnaba, se disputaban su espíritu: "...Parece que tenemos razón para persuadirnos —concluye en tono desgarrador— que los más de los hombres tienen por verdadera aquella humillante máxima: que más cuesta mantener el equilibrio de la libertad, que soportar el peso de la tiranía".

Pero aunque estas "crueles reflexiones" —así las llama él mismo— pudieran estar arraigadas en Bolívar por las causas generales que hemos señalado, no hay duda de que las emplea también para evitar que el Congreso vuelva al radicalismo político que arrastró al de 1811. La Federación, el Ejecutivo plural y los otros delirios de la primera República estaban tan arraigados, que Bolívar tiene que referirse a ellos y a la Constitución como si estuviesen vigentes. Por eso habla en presente: "Nuestro triunvirato carece, por decirlo así, de unidad, de continuación y de responsabilidad individual", dice.

Tan absurda nos parece la posibilidad de que en 1819 se hubieran mantenido las anárquicas instituciones de 1811, que es preciso fijarse en estos pormenores, y en el largo espacio que el Libertador dedica a refutarlas para darnos cuenta del peligro que todavía representaban. Pero sin esa angustia de Bolívar, que se manifiesta en muchas de sus cartas desde el año 13, no se comprende ni su actitud política hasta el año 19, ni el propio discurso de Angostura.

Sin embargo, una vez hecha esta salvedad, separemos mentalmente sus ideas de esa presión que las deforma, para analizarlas mejor.

Fiel todavía al racionalismo revolucionario, piensa que la misión de los legisladores será "echar los fundamentos a un pueblo naciente". No se trataba, pues, de una simple Constitución, "se podría decir —corrige— la creación de una sociedad entera". Para la cual no vacila en pedir una obra original, un cuerpo de "leyes venezolanas".

Ya esta confianza en lo que se podía intentar nos indica que su pesimismo inicial era sólo transitorio.

Analiza nuestra composición étnica: "Es imposible asignar con propiedad —dice— a qué familia humana pertenecemos. La mayor parte del indígena se ha aniquilado, el europeo se ha mezclado con el americano y con el africano, y éste se ha mezclado con el indio y con el europeo. Nacidos todos del seno de una misma madre, nuestros padres, diferentes en origen y en sangre, son extranjeros, y todos difieren visiblemente en la epidermis: esta desemejanza trae un reato de la mayor trascendencia". No considera, sin embargo, que esta peculiaridad sea un problema insuperable. De acuerdo con Humboldt opinaba que no había razas fundamentalmente inferiores y que todas podían perfeccionarse en la libertad. Ya hemos visto cuáles eran sus ideas en Jamaica a este respecto. Ahora añade otro remedio más audaz: "La sangre de nuestros ciudadanos es diferente; mezclémosla para unirla", propone.

Defiende además la igualdad civil, que desea ver establecida en la Constitución. Dando un vuelco muy ingenioso a una vieja controversia: "La naturaleza —observa— hace a los hombres desiguales en genio, temperamento, fuerzas y caracteres. Las leyes corrigen esta diferencia, porque colocan al individuo en la sociedad para que la educación, la industria, las artes, los servicios, las virtudes, le den una igualdad ficticia, propiamente llamada política y social". Muy a menudo se decía entonces que los hombres no podían declararse iguales porque la naturaleza los había hecho desiguales; Bolívar parte de este mismo punto, pero concluye: puesto que la naturaleza ha hecho a los hombres desiguales, las leyes deben tratar de igualarlos para disminuir aquella injusticia y convertirla en armonía dentro de la sociedad. Su idea no es solamente más generosa, sino más acertada: la ley, cuando organiza la sociedad

y establece normas de justicia, de pacífica convivencia y aun de moral, rectifica y corrige a la naturaleza; por consiguiente, la igualdad entre los hombres debe establecerse, no para obedecer al orden natural, sino para reducirlo a un orden legal más adecuado al buen desarrollo de la colectividad. Con lo cual, un argumento que por sus premisas, es reaccionario en la mente de la mayoría, se convierte en Bolívar en una afirmación democrática habilísima. Con tanta sinceridad la sentía, que muchos años después la repite en carta a O'Leary: "La igualdad legal —le dice— es indispensable donde hay desigualdad física, para corregir en cierto modo la injusticia de la naturaleza" [1].

En cuanto a los esclavos, Bolívar, que desde el comienzo de la revolución había emancipado a todos los suyos y que ya había dado diferentes decretos encaminados a suprimir definitivamente la atroz institución [2], clama así por ellos ante los legisladores: "...vosotros sabéis que no se puede ser libre y esclavo a la vez, sino violando a la vez las leyes naturales, las leyes políticas y las leyes civiles. Yo abandono a vuestra soberana decisión la reforma o la revocación de todos mis estatutos y decretos; pero yo imploro la confirmación de la libertad absoluta de los esclavos, como imploraría mi vida y la vida de la República".

Más que la heterogeneidad racial lo preocupaba la ignorancia y la inexperiencia política en la mayoría de la población, y que a consecuencia de ellas triunfaran la corrupción y el desorden. Algunas de las observaciones secundarias que le sugiere ese temor son realmente impresionantes: "Los venezolanos —dice— aman la patria, pero no aman sus leyes, porque éstas han sido nocivas y eran la fuente del mal; tampoco han podido amar a sus magistrados, porque eran inicuos, y los nuevos apenas son conocidos en la carrera en que han entrado. Si no hay un respeto sagrado por la patria, por las leyes y por las autoridades, la sociedad es una confusión, un abismo: es un conflicto singular de hombre a hombre, de cuerpo a cuerpo".

Por consiguiente, sólo instituciones nuevas y audaces, juzga, pueden evitar ese caos social. "Moral y luces —afirma— son los polos de una República, moral y luces son nuestras primeras necesidades". Y propone que con el nombre de Poder Moral se establezca en la Constitución una "cuarta potestad" destinada a conservar las buenas costumbres públicas y a perfeccionar la educación de todos. Aquellas debían ser resguardadas por medio de "penas morales como las leyes castigan los delitos con penas aflictivas, y no solamente lo que choca contra ellas, sino lo que las burla; no solamente lo que las ataca, sino lo que las debilita; no solamente lo que viola la Constitución, sino lo que viola el respeto público".

---

1. Citado por Antonio Arráiz en *Culto bolivariano*. Caracas, 1940, pág. 141.
2. Ver especialmente: *Decretos del Libertador*. Caracas, 1961, pág. 55; Boletín de la Academia Nacional de la Historia. Caracas, Nº 143; Bolívar, *Cartas*, tomo X, pág. 110.

Aunque precisa: "La jurisdicción de este tribunal, verdaderamente santo, deberá ser efectiva con respecto a la educación y a la instruccion, y de opinión solamente en las penas y castigos" (o sea en cuanto a las costumbres).

Desde luego, no podía el Libertador dejar de insistir en forma más concreta sobre la educación de la niñez, propósito que en toda ocasión vuelve a su espíritu. Ya lo hemos comentado bastante; pero entre las reflexiones que en 1819 le consagra, hay una que no queremos pasar por alto. En su proyecto de Poder Moral establece como "absolutamente indispensable la cooperación de las madres para la educación de los niños", y pedía que se hicieran y publicaran para ellas sencillas instrucciones que las ayudaran en su misión.

Esa apelación a las madres es muy original en este político educador, que muchos consideran roussoniano; pues Rousseau, además de su aversión por las mujeres letradas, consideraba que el discípulo ideal debía ser, entre otras cosas, huérfano. Y no deja de tener importancia esto, pues aparte de la independencia de criterio que indica en el Libertador, sugiere la feliz influencia que tenía en él la imagen de doña Concepción y —¿por qué no?— quizá también el recuerdo de la intuitiva y bondadosa Hipólita, que fue para él padre y madre a la vez.

En las instituciones políticas que juzga aplicables a nuestro estado social se aparta igualmente el Libertador de las ideas preferidas en aquellos días. Propone: Cámara de Representantes de elección popular y Senado hereditario; un Presidente vitalicio, elegido por el pueblo o por sus representantes; y un Poder Judicial que por su fuerza y respetabilidad sería, con el Senado, la máxima garantía de la libertad y del equilibrio institucional. Flanqueado por esos dos poderes, el Ejecutivo, sin más atribuciones que un soberano de la Gran Bretaña, no podría excederse. "Además —agrega—, como los jueces son responsables del cumplimiento de las leyes, no se separan de ellas, y los administradores del erario, siendo perseguidos, no solamente por sus propias infracciones, sino aun por las que hace el mismo gobierno, se guardan bien de malversar los fondos públicos".

Su conclusión fundamental es que: "Un gobierno republicano ha sido, es, y debe ser el de Venezuela; sus bases deben ser la soberanía del pueblo, la división de los poderes, la libertad civil, la proscripción de la esclavitud, la abolición de la monarquía y de los privilegios. Necesitamos de la igualdad para refundir, digámoslo así, en un todo, la especie de los hombres, las opiniones políticas y las costumbres públicas".

Pero en medio de la angustia con que busca remedio para los males que prevé, vuelve a pensar en la educación, y sugiere que los sucesores al Senado sean educados "en un colegio especialmente destinado para instruir aquellos tutores, legisladores futuros de la patria". No quiere dejar dudas sobre el alcance de sus proyectos: "De ningún modo —advierte— sería

una violación de la igualdad política la creación de un Senado hereditario... Es un oficio para el cual se deben preparar los candidatos, y es un oficio que exige mucho saber y los medios proporcionados para adquirir su instrucción". Asimismo insiste sobre el poder estabilizador que quiere darle a este cuerpo selecto: "Un Senado hereditario, repite, será la base fundamental del Poder Legislativo; y por consiguiente, será la base de todo el gobierno. Igualmente servirá de contrapeso para el gobierno y para el pueblo: será una potestad intermedia que embote los tiros que recíprocamente se lanzan estos eternos rivales... El Senado de Venezuela será la traba de este edificio delicado... y mantendrá la armonía entre los miembros y la cabeza de este cuerpo político".

Estas ideas tienen todavía gran interés para la América hispana. Porque los escritores que pretenden ver en la "Presidencia vitalicia" propuesta por Bolívar un anticipo y una justificación de la "Presidencia indefinida" que los caudillos se arrogaron durante el siglo pasado, han creado con esa aproximación superficial una patraña funesta: el régimen unipersonal de aquellos caudillos era por sí mismo inestable, discrecional e irresponsable, y esto fue precisamente lo que quiso evitar el Libertador, según la clara exposición que hemos copiado. Lo más chocante del régimen caudillesco es la simplicidad de sus formas y procedimientos, comparables sólo a las de un gobierno primitivo. Por el contrario, el reproche que podría hacerse a las ideas del Libertador es el de su extrema complejidad: que desesperado, porque no creía que la sociedad de su tiempo podía darle una base estable para la reorganización del Estado, quiso invertir temerariamente los términos y forjar un Estado que fuera la base de una nueva sociedad.

Pese a que en los Estados Unidos, cuyo modelo era el único que había sobrevivido para los republicanos del mundo entero, también había habido partidarios de las instituciones vitalicias —y nada menos que Hamilton— las ideas de Bolívar no tuvieron acogida en el Congreso de Angostura. La Constitución firmada el 15 de agosto, o sea después de la victoria del Libertador en Boyacá, a pesar de esto, o quizá por esto mismo, rechazó la Presidencia vitalicia y la estableció por sólo cuatro años; tampoco el Senado hereditario fue admitido y aunque por el momento se dispuso que fueran vitalicios los senadores, en 1821 se redujo a ocho años la duración de sus funciones. En cuanto al Poder Moral, las opiniones estuvieron muy divididas, y el dictamen final del Congreso decía: "El Poder Moral estatuido en el proyecto de Constitución presentado por el General Bolívar, como Jefe Supremo de la República, en la instalación del Congreso, fue considerado por algunos diputados como la idea más feliz y la más propia a influir en la perfección de las instituciones sociales. Por otros como una inquisición moral, no menos funesta ni menos horrible que la religiosa. Y por todos como de muy difícil establecimiento, y en los tiempos presentes absolutamente impracticable. Prevaleció después de largos debates el pa-

recer de que en la infancia de nuestra política, y tratándose de objetos tan interesantes al Estado y aun a la humanidad, no debíamos fiarnos a nuestras teorías y raciocinios en pro ni en contra del proyecto. Que convenía consultar la opinión de los sabios de todos los países, por medio de la imprenta. Hacer algunos ensayos parciales, y reunir hechos que comprobasen las ventajas o los perjuicios de esta nueva institución, para en su vista proceder a ponerla en ejecución o rechazarla. Decretóse en consecuencia que el título del Poder Moral se publicase por apéndice de la Constitución, invitando a todos los sabios, que por el mismo hecho de serlo deben considerarse como los ciudadanos del mundo, a que comuniquen sus luces a esta porción hermosa de su inmensa patria".

Esta invocación a la opinión universal no debe hacernos sonreír. Es muy propia de la exaltación revolucionaria del momento, en que aun estas pequeñas naciones se creían una hermosa porción de la patria común. Lo que sí resulta desconcertante y brutal es que algunos diputados consideraran el Poder Moral como una nueva inquisición. Aparte de que el propio Bolívar indicaba que lo había tomado de la antigüedad griega y romana —incluso lo llamaba Areópago—, lo más curioso es que en lo relativo a la vigilancia sobre las costumbres, el Libertador imitaba los proyectos de Miranda, es decir, ¡del hombre más afanado en combatir la Inquisición! Y, por otra parte, cuando los legisladores de Angostura juzgan tan a la ligera sobre aquel proyecto, no mencionan siquiera la parte más importante de él: la relativa a la educación.

De todos modos, el sacudimiento que dio Bolívar a la rutina con que los políticos venían considerando nuestro problema constitucional, evitó que reconstruyeran el Triunvirato que todavía en Cariaco los entusiasmaba, y momentáneamente por lo menos, los alejó de la mística federalista, que lejos de fortalecer la libertad, como ellos creían, hubiera dividido en feudos la República para beneficio de los caudillos.

Y también aquel fracaso de Bolívar ante el Congreso de Angostura dejó a salvo un punto muy importante para la moral pública hispanoamericana. Nos prueba que aquel Congreso, ni fue una farsa personalista, ni un arreglo político para presentar a la opinión pública internacional una apariencia de constitucionalidad. Fue la instalación de un verdadero gobierno deliberativo, que procedió con entera independencia, y más tarde, en lugar de claudicar ante las victorias militares del Libertador se mostró, por el contrario, excesivamente celoso en no ceder bajo su prestigio.

Pero muy poco podían consolar a Bolívar esas reflexiones que hoy hacemos, cuando recibió aquel dictamen en que poco faltaba para que se le dijera que, como Fernando VII, quería restablecer la Inquisición.

Podemos evocarlo reflexionando durante la noche, recostado en la hamaca, insomne. Angostura —hoy Ciudad Bolívar—, era entonces una población

pequeña, y muy insalubre a causa de las fiebres, endémicas en la región. Pero eran bellos sus alrededores y privilegiada su situación a orillas del Orinoco. Gracias además a este gran río, que en su caudal recoge aguas de todo el territorio venezolano, la ciudad venía a ser como el corazón del país. Nace, en efecto, aquella gran arteria fluvial en el sur, bajo las vírgenes selvas de nuestras más alejadas fronteras; sube hacia el norte, y el Uribante y el Apure le traen las aguas de occidente; por el mismo Apure, el Portuguesa y el Guárico, le llegan las del centro; por el Pao y otros numerosos afluentes, las de oriente. También hacia las playas orientales tuerce el propio Orinoco; pero antes de que se aleje demasiado, y poco después de Angostura, lo alcanza el Caroní, tumultuoso enviado de las montañas surorientales. ¿Cómo no han de oírse en sus márgenes las voces de toda Venezuela?

Unico vigilante quizá, en medio del solemne silencio nocturno, Bolívar trataba de escucharlas, con la esperanza de encontrar en ellas un augurio para el porvenir. El triunfo militar de la independencia era seguro. De eso nunca había dudado, y ya lo veía próximo. ¿Pero qué harían estos pueblos con aquel precioso don? Las interrogaciones que Miranda, Bello y él se habían hecho en Londres, ocho años atrás, exigían ahora respuesta inmediata. Otros, con pueril entusiasmo, podían celebrar la victoria contra España como si con ella comenzara, por arte de magia, una vida nueva para la América; pero él sabía que no era así. Aquellas largas campañas, aquellos interminables sacrificios, desembocaban en esta cita con el destino; y de lo que en ella obtuvieran los americanos dependía el sentido total de la empresa emancipadora.

El húmedo calor de la ciudad ribereña aumenta su ansiedad, y de pronto una lejana copla comenta:

¡Negros no hubo en la Pasión:
indios, no se conocían;
mulatos, no los había:
de blancos fue la función!

Otras veces había oído esa copla y sólo lo hacía sonreír por su inocente malicia. Ahora, de repente, se le convierte en una sarcástica alegoría. Siente que hay en ella una apremiante reclamación de responsabilidad. ¡De blancos fue la función! En realidad, el problema no enfrentaba a blancos y *pardos*, como burlonamente lo sintetizaba la copla; pero sí a dirigentes y dirigidos; a los hombres que por su cultura y su posición tenían el poder, el saber y el deber, y a los que llegaban a la vida pública solamente con sus miserias y esperanzas. ¿Estaban dispuestos ellos, los que sabían, podían y debían, a cumplir la tarea que su predominio les imponía? Con la insistencia de las visiones que la fiebre produce, una

y otra vez lo asaltan las mismas preguntas y las mismas dudas. Recuerda que en uno de sus estudios sobre la América, en Jamaica, había afirmado que los blancos continuarían predominando en el continente por su cultura y otras circunstancias. ¿Pero podrían encauzar la revolución que habían desatado, hasta que el aporte humano que debían dar las otras clases sociales estuviera en capacidad de incorporarse a la vida activa de la nación? El pueblo había contribuido con lo que podía: fe, valor, entusiasmo. ¿Qué darían en el futuro sus dirigentes?

Para contestar a esto es que había meditado tanto en el desarrollo de la educación popular, como la única manera legítima de poner en manos de todos los problemas de todos. Pero se le respondía que su proyecto, totalmente, en globo, sin otro análisis, era impracticable. ¿Es que para el común de la gente todo lo que no es fácil es imposible?

Preferían seguir repitiendo palabras que sólo por esa misma repetición rutinaria estaban acostumbrados a considerar como principios. En realidad, sin plan alguno. De nuevo volvía a su mente la obsesionante imagen: semejante a un robusto ciego que marcha con la seguridad del hombre más perspicaz y dando en todos los escollos no puede rectificar sus pasos.

No en vano Vowell hablaba de la "sonrisa melancólica que le era habitual".

XXIV

"SAN RONDON"

A la vez que trabajaba en la reorganización política y administrativa de la República —porque había dado, además, otros decretos muy importantes, entre los cuales uno sobre reparto de tierras—, Bolívar preparaba la gran empresa militar que a su juicio podía cambiar definitivamente el curso de la guerra: la invasión de Nueva Granada.

Para ello había pensado ya en la colaboración de un oficial granadino de gran talento y espíritu de organización, recto, patriota, constante y disciplinado, que desde el principio de la revolución había hecho campañas tanto en su país como en Venezuela. Se llamaba Francisco de Paula Santander y sería, sucesivamente, uno de los mejores colaboradores del Libertador y su adversario más temible. Bolívar lo ascendió el 12 de agosto de 1818 a General de Brigada, lo nombró Gobernador y Comandante General de la Provincia granadina de Casanare, que lindaba con el Apure venezolano, le entregó 1.000 fusiles, municiones y vestuarios para las tropas de vanguardia que debía formar, y tres días después anunciaba en una proclama a los habitantes de Nueva Granada: "El Sol no completará el curso de su actual período, sin ver en todo vuestro territorio altares a la libertad". Promesa que cumplió en efecto, antes de transcurrir un año, con la victoria de Boyacá el 7 de agosto de 1819.

También había pasado a la Nueva Granada el activo coronel Pbro. José Félix Blanco, el cual, disfrazado de mercader, debía recoger datos sobre la situación del virreinato y hacer propaganda en favor de la causa republicana. Con este último objeto llevaba un libro publicado por Juan Germán Roscio en Filadelfia, en 1817, que llevaba por título *Triunfo de la libertad sobre el despotismo* [1]. Según Roscio, el pueblo se mantenía en América apegado al absolutismo porque lo creía inseparable de sus creencias religiosas, y aquel volumen estaba destinado a probar que ni la religión ni las sagradas escrituras condenaban la idea de la soberanía

1. *Biografías de hombres notables de Hispano América*, por D. Ramón Azpurúa. Caracas, 1877. Según Azpurúa, esa incursión a la Nueva Granada la hizo Blanco por su propia cuenta y porque había concebido, antes que el Libertador, la necesidad de cambiar al virreinato el teatro de la guerra. También Páez y Santander se atribuyeron haber sido los primeros en proponer la campaña de 1819. Pero basta recordar la insistencia con que Bolívar consideró siempre todo el norte de la América meridional, hasta Lima, como su natural campo de operaciones, para reducir a sus verdaderos límites lo que pudo corresponder a otros en aquella trascendental expedición. Acerca del *Triunfo de la libertad sobre el despotismo* ver también las Obras de Roscio, Caracas, 1953, ya varias veces citadas.

popular, antes bien, la apoyaban. Aunque prolija, la obra de Roscio está escrita con fuego, porque sin duda reflejaba los conflictos íntimos que su propio autor hubo de superar en la juventud, y si bien no sabemos qué influencia tuvo en aquellos agitados días, sí consta que alcanzó posteriormente un inesperado triunfo: a mediados de siglo contribuyó a la formación liberal de Benito Juárez. Según el escritor mexicano H. Pérez Martínez, fueron Roscio y Benjamín Constant los dos pensadores que más influyeron en Juárez, y refiriéndose al "Triunfo de la Libertad sobre el despotismo", agrega: "Juárez hace de este último libro el compañero fiel. En los corrillos del Instituto gusta discutir ardientemente los temas del autor venezolano; la palabra libertad toma en sus labios una entonación grave, un sentido misterioso. Parece una invocación..." [1].

Antes de emprender la invasión, obtuvieron los patriotas un triunfo, el 2 de abril de 1819, que con razón se ha hecho legendario y que en aquellos momentos aumentó considerablemente el prestigio de que ya gozaban los llaneros de Páez. En un lugar llamado las Queseras del Medio encontrábanse los dos ejércitos separados por el río Arauca; el de Morillo era muy superior en número al de Bolívar, por lo cual éste no podía aventurarse a una batalla campal, y durante los días anteriores se había limitado a hostigar desde lejos a los realistas y obstaculizar sus aprovisionamientos. Pero Páez se decidió a una aventura temeraria. Por un desertor del ejército español había sabido que Morillo estaba decidido a emplear todas sus fuerzas para matarlo o apoderarse de él, si Páez volvía a arriesgarse en escaramuzas parciales; y lejos de arredrarlo esta determinación del jefe español, le hizo concebir la esperanza de destruir toda la caballería enemiga. Con este objeto tomó 150 de sus mejores lanceros, pasó con ellos a nado el río, cabalgó en la otra ribera y se acercó impertérrito hasta ponerse a tiro de fusil de las líneas españolas. Como lo esperaba, Morillo, a su vez, movió sus fuerzas contra él. Entonces comenzó a retirarse en buen orden. Divididos en grupos de 20 hombres, y con admirable precisión, los lanceros patriotas unas veces contraatacan y otras apresuran su fuga alejando cada vez más a sus perseguidores del grueso del ejército; unas veces golpean al enemigo sobre los flancos, o corren dispersos y como si estuvieran a punto de desbandarse, y de pronto, unidos en compacto escuadrón, amenazan a la infantería o hacen frente a los jinetes, con rapidísimas maniobras. Finalmente, cuando Páez ve que toda la caballería enemiga forma un solo cuerpo y que en el ardor de la persecución ha dejado atrás a los fusileros: "¡Vuelvan caras!", grita a sus irresistibles llaneros, se lanzan éstos sobre los desprevenidos escuadrones realistas, hacen en ellos fácil carnicería, los desorganizan, y los lanzan contra la infantería que ha quedado a sus espaldas. Sólo la noche que es casi cerrada y un bosque que

---

1. *Juárez, el impasible*, por H. Pérez Martínez. Editorial Espasa Calpe. Colección Austral. Pág. 31.

favorece la retirada de Morillo, impiden la derrota total de los españoles. El campo de batalla ha quedado por los llaneros, que entre las sombras siguen provocando con sus gritos a los fugitivos; y que luego, sosegadamente, como en una maniobra, repasan el Arauca y vuelven al ejército de Bolívar.

Es fácil imaginar cómo inflamaría aquella hazaña la imaginación de los vencedores. El Libertador la consagró para la historia con una proclama altisonante: "¡Soldados! Acabáis de ejecutar la proeza más extraordinaria que puede celebrar la historia militar de las naciones. Ciento y cincuenta hombres, mejor diré, ciento y cincuenta héroes, guiados por el impertérrito General Páez, de propósito deliberado han atacado de frente a todo el ejército español de Morillo. Artillería, infantería, caballería, nada ha bastado al enemigo para defenderse de los ciento y cincuenta compañeros del intrepidísimo Páez. Las columnas de caballería han sucumbido al golpe de nuestras lanzas; la infantería ha buscado un asilo en el bosque; los fuegos de sus cañones han cesado delante de los pechos de nuestros caballos". Un general de división, Páez; tres coroneles, doce tenientes coroneles, dieciocho capitanes, y cuarenta y cuatro oficiales subalternos pelearon a la cabeza de aquel escuadrón patriota; los sargentos, cabos y soldados eran setenta y dos. A todos les concedió Bolívar la Estrella de los Libertadores.

En la descripción que hace Páez de aquel encuentro en su Autobiografía, nombra solamente a uno de los jefes patriotas, a quien pronto volveremos a encontrar como un Aquiles irresistible, capaz de cambiar en triunfo la derrota con su sola intervención. Se llamaba Juan José Rondón y no era del Apure, sino del Alto Llano, al sureste de Caracas. Páez lo escogió para una de las maniobras más audaces: "Muy apurada —narra— era entonces nuestra situación, pues el enemigo nos venía acorralando por ambos costados con su caballería, y nos acosaba con el fuego de sus fusiles y cañones, cuando afortunadamente el valeroso comandante realista don Narciso López me brindó la oportunidad de pasar con alguna ventaja a la ofensiva. Fue el caso que López se adelantó a la infantería con el escuadrón de carabineros que mandaba: en el acto dispuse que el comandante Rondón, uno de aquellos jefes en quienes el valor era costumbre, con veinte hombres lo cargase a viva lanza y se retirase sin pérdida de tiempo antes de que lo cercasen los dos trozos de la caballería enemiga, que yo deseaba formasen una sola masa para entonces revolver y atacarlos de firme". Rondón logró el objetivo que Páez se había propuesto, y el caudillo de Apure comenta: "Cuando vi a Rondón recoger tantos laureles en el campo de batalla, no pude menos de exclamar: —Bravo, bravísimo, comandante. —General, me contestó él, aludiendo a una reprensión que yo le había dado después de la carga que dieron a López pocos días antes, general, así se baten los hijos del Alto Llano".

Por cierto que también estaba destinado a la inmortalidad, en alto rango, aquel "valeroso comandante realista don Narciso López", que Páez menciona. Había nacido en Caracas, pero como la revolución le sorprendió muy joven —13 años tenía en 1810— y un tío suyo era jefe de las guerrillas realistas del llano, Narciso lo siguió. Vistiendo, pues, el uniforme español, al que después llamaría "brillante aunque ignominiosa librea", hizo las campañas de Venezuela y ascendió hasta el grado de Coronel. Trasladado a España, una vez concluida la emancipación de su patria, se colocó en las contiendas civiles de la península entre los isabelinos reformistas y fue, sucesivamente, Gobernador de Cuenca, de Valencia y de Madrid. Reputado como "la primera lanza del ejército", entre sus hazañas se cuenta la de haber vencido al Coronel Carlos O'Donell en un duelo singular que se verificó a la vista de las tropas carlistas e isabelinas. Estaba dotado de una fuerza extraordinaria, que cuando joven le gustaba exhibir doblando una moneda entre sus dedos o rasgando en la misma forma todo un paquete de naipes; con igual facilidad se manejaba entre los ceremoniosos políticos de la corte, que en la llana camaradería del campamento, y la fama de su valor y pericia lo acompañaba a todas partes con halagüeñas leyendas. Sin embargo, ya en la madurez y con el grado de Mariscal de Campo, comenzó a sufrir una crisis espiritual muy fácil de imaginar: la de haber servido a una patria que cada día sentía más extraña y la de seguir siendo instrumento de una política mezquina y personalista que, especialmente respecto a las colonias que España conservaba en América —Cuba y Puerto Rico— era casi siempre odiosa. Dejó, pues, el servicio militar y después de algún tiempo dedicado a los negocios, en Cuba, comenzó a conspirar por la independencia de ésta. Desde años atrás quizá meditaba en ello, cuando a raíz de la independencia suramericana Bolívar preparaba una expedición para emancipar la isla, y más tarde los "Soles de Bolívar" y otras reuniones secretas iniciaron el largo calvario de los patriotas cubanos hacia la libertad. Bajo el dictado de Narciso López nació, en una de aquellas reuniones, la bandera actual de Cuba; y a él le tocó enarbolarla por primera vez en tierra cubana durante la invasión que llevó a la isla en 1850. Fracasada esa intentona, por la indiferencia del pueblo en la región donde tomó tierra, Narciso López no se desanimó. Se cuenta que uno de los patriotas cubanos que le argüía, pesimista: "Lo abandonan, López, lo abandonan...", le contestaba con sabrosa malicia de veterano: "Los cubanos nadan, don Pepe, lo que hay que hacer es empujarlos al agua". Cayó vencido, sin embargo, al frente de una nueva expedición, contra la cual movilizaron los españoles fuerzas cinco veces superiores, y, prisionero, las autoridades peninsulares demostraron una vez más, contra él, que nunca considerarían a los criollos americanos que aspiraran a la libertad sino como "insurgentes" indignos de trato humano. No obstante su categoría de general y los servicios que había prestado, fue condenado a morir en "garrote vil",

como un malhechor vulgar. "Mi muerte no cambiará los destinos de Cuba", fueron sus últimas, desafiantes palabras.

Reanudemos nuestra narración. El Apure había llegado a ser tan patriota que, según uno de los jefes españoles, cuando éstos ocupaban algún pueblo sólo salían a recibirlos "algunos perros que por estar cojos no habían podido seguir la emigración". El Libertador, aunque había tenido que renunciar a todos los refinamientos a que estaba acostumbrado, se encontraba a gusto en aquel ambiente, o lo aparentaba. "Muy difícil es dar idea cabal —narra O'Leary— de los padecimientos del ejército en sus marchas por aquellas llanuras abrasadas por los rayos de un sol de fuego, que ni una nube vela desde la mañana hasta la tarde. Agobiadas por el calor, sin un arbusto siquiera que les diera sombra durante la jornada, ni una gota de agua que refrescara sus labios, y hora tras hora engañadas por los ilusiones ópticas tan frecuentes en aquellos parajes, las tropas llegaban tarde al vivac, donde les esperaba una escasa ración de carne flaca y sin sal. Allí dormían al aire libre, expuestas a la intemperie en un clima insalubre; empero ni una queja se oía a aquel valeroso y abnegado ejército, a quien animaba el ejemplo y la constancia del general en jefe... Bolívar en estas marchas se levantaba con el día, montaba a caballo para visitar los diferentes cuerpos, de paso los animaba con algunas palabras cariñosas o con recuerdos lisonjeros. Acompañado de su estado mayor seguía al ejército; al mediodía se desmontaba para bañarse cuando había dónde; almorzaba como los demás, con carne sola, y descansaba luego en su hamaca; después dictaba sus órdenes y despachaba su correspondencia, lo que hacía moviendo constantemente la hamaca. Después de haber comido las tropas su corta ración se continuaba la marcha hasta encontrar, si era posible, alguna mata o pequeño bosque donde acampaban, o si no a campo raso. Contaba entonces Bolívar treinta y siete años, y se hallaba en toda la plenitud de su vigor físico y mental. Los que le acompañábamos en aquella época —a la sazón era yo ayudante de campo del general Anzoátegui— podemos dar testimonio de su incomparable actividad y de sus desvelos no sólo por la suerte de la república, sino por la del último de sus soldados" [1].

En el ejército seguía susurrándose, sin embargo, que una sombra fatídica lo perseguía, y hasta la gorra de artillero que solía usar era mirada con ojeriza, a causa de esa superstición. "Aconteció un día —escribe también O'Leary— que ésta cayese en el río Arauca y fuese arrastrada por la corriente, en medio de los estrepitosos "hurrahs" de los ingleses, que tenían la preocupación de ver en ella signo de mal agüero y causa de las recientes penalidades".

Esas alternativas de esplendor y de situaciones casi humillantes, que en-

1. O'Leary, *Memorias*, tomo I, pág. 539.

contramos en la vida del Libertador, nos hacen pensar cuán forzado es el paralelo de Bolívar con Napoleón, que suele hacerse. Tanto el ascenso como la caída de Napoleón son verticales; y la estabilidad de su fortuna, cuando llega al cenit, se sostiene por triunfos ininterrumpidos que parecen dones gratuitos de una fuerza sobrenatural. Bolívar, por el contrario, tuvo que luchar por largos años consigo mismo y contra innumerables circunstancias adversas; su grandeza va surgiendo gradualmente, dolorosamente, y casi nos parece ver el esfuerzo con que va subiendo, peldaño a peldaño, el lacerante camino. Su divisa no puede ser el "vine, vi y vencí", que tanto como a César corresponde a Napoleón. "El valor, la habilidad y la constancia, corrigen la mala fortuna", "las cosas para hacerlas bien es preciso hacerlas dos veces", "porque sin energía no resplandece nunca el mérito y sin fuerza no hay virtud y sin valor no hay gloria", esos son los lemas con que él mismo reanimaba su ímpetu y los que, en definitiva, resumen su vida.

"El camino de la perfección se compone de modificaciones favorables", le había enseñado don Simón Rodríguez; y su enemigo Morillo casi inconscientemente sintetizó el secreto de sus triunfos con el elogio que, de haberlo conocido, Bolívar hubiera preferido a todos: "Bolívar triunfante —decía— sigue un itinerario conocido; pero, perdidoso, no es posible acertar por dónde caerá, más que nunca activo y formidable. Por eso es menos peligroso vencedor que vencido".

Si en algún otro hombre de genio fuéramos a buscar semejanzas con aquel genuino producto de la Venezuela de entonces, habría de ser en Federico el Grande, que por las agobiadoras pruebas que hubo de soportar, la tenacidad y el valor con que se rehacía frente a la fortuna adversa, provoca comentarios entre sus biógrafos que se podrían aplicar casi literalmente al Libertador. También sobre Federico dijo Napoleón una frase muy parecida a la de Morillo acerca de Bolívar: "Fue grande sobre todo en los momentos más críticos", y es bien sabido que la admiración del corso por el gran organizador prusiano fue uno de los sentimientos más ardientes y constantes entre los que inspiraron su vida.

La campaña del Libertador en 1819 tiene la apariencia, es verdad, de un salto prodigioso, análogo a los de César o Napoleón cuando ascendían, y la victoria de Boyacá parece así mismo un golpe de garra semejante a los de aquellos genios militares; pero su verdadero sentido, lo más fascinante de ella, está en aquellos largos años de prueba, de sufrimiento y de coraje que la precedieron. Y que son también los que identifican plenamente a Bolívar con los soldados cuyas penalidades compartía. Que él no era sino uno de ellos, y que él y ellos corrían arrebatados por un mismo destino a realizar la independencia de América, es una convicción que repite numerosísimas veces. Profundamente sumergido en lo colectivo, aquel Federico es sobre todo, y sólo quiere ser, un criollo americano.

Las operaciones del ejército en aquellos días tenían una movilidad extraordinaria. En carta para su esposa, que había dejado en Cumaná, el General Anzoátegui le refería: "Dejamos Angostura en marzo y fuimos al Apure en donde no estuvimos un solo día en un mismo campamento: sólo en Rincón Hondo estuvimos algunos días después de la proeza de Páez en las Queseras. El 14 de mayo dejamos esa población y llegamos el 21 al Mantecal; de allí retrogradamos el 25 a Guasdualito, para hacer creer a Morillo que íbamos sobre Barinas. El 2 de junio salimos de Guasdualito y llegamos el 5 al río Arauca. ¡Figurarse lo que fueron esos tres días caminando por entre el agua, nadando a trechos, será cosa imposible! Los llanos estaban inundados; parecían un mar literalmente, como ese que ves tú desde tu balcón; había que vadear y pasar a nado los ríos, los caños y los esteros; y sobre todo el Cachicamo que tiene como dos leguas" [1].

Bien diferente ese aspecto de las llanuras que nos trasmite Anzoátegui del que nos dan las descripciones que antes hemos copiado. Era que la estación de las lluvias —lo que en el trópico llamamos invierno— había comenzado. Y Bolívar escogió precisamente esa ocasión para invadir, tanto porque los españoles de Nueva Granada no podrían esperar que en tan duras condiciones acometiera el paso de los llanos y después el de los Andes, como por la seguridad que le daba de que Morillo quedaría inmovilizado a sus espaldas.

Aunque Bolívar había anunciado que entraría en el Virreinato por Cúcuta, su verdadero plan era hacerlo por Casanare, mucho más al sur, para tramontar los Andes y caer casi directamente sobre Bogotá. La operación sobre Cúcuta, confiada a Páez, debía tener por objeto, según las instrucciones que le envió, "llamar la atención del enemigo por aquella parte, cortarle sus comunicaciones con Venezuela, abrirlas conmigo y mandar partidas hacia Mérida, tanto para aumentar nuestras fuerzas allí, como para observar los movimientos del enemigo por aquella parte". "Procurará reservar —le advertía— para las tropas de mi mando las frazadas, mantas y vestidos que puedan necesitar, pues su desnudez no será fácil cubrirla si no es con el botín de Cúcuta"; le recomendaba aprovisionarlo por aquella vía de "todo el ganado posible para la subsistencia del ejército, pues de aquí no es posible llevarlo por la falta de hombres y de caballos", y contaba también con que, una vez cumplida aquella misión, Páez le haría llegar por Casanare todas las armas y el pertrecho que pudiera reunir o que llegara a Angostura, porque "yo no traigo más que 1.400 (fusiles) y necesito de muchos más". Dejaba así toda la suerte del ejército, y la suya propia, en manos de Páez; pero éste, ni siquiera por aquellas minuciosas explicaciones con que Bolívar le encomiaba el desamparo en que podía quedar, se preocupó en absoluto de cumplir las órdenes de su jefe.

---

1. Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, Nº 90, pág. 236.

Más tarde escribió que aquella misión que se le había encomendado era "tan imposible con caballería como coger el cielo con la mano" [1]; pero con razón comenta don Vicente Lecuna: "en Guasdualito el Libertador se reunió con Páez y allí le dio de palabra las mismas instrucciones repetidas por escrito desde Arauca... ¿Por qué no le manifestó entonces el jefe llanero que marchar a Cúcuta era como coger el cielo con las manos? Se reservó el símil para excusarse ante la posteridad y pretende hacernos creer que Bolívar le ofreciera el mando de la expedición principal a Casanare y Sogamoso, mucho más difícil que la marcha a Cúcuta con su columna de lanceros y carabineros" [2].

Tanta era la confianza de Bolívar en que Páez penetraría por Cúcuta en el virreinato, que no dejó de hacerle otra indicación muy característica en él: "Ud. tendrá el mayor cuidado —decíale— en impedir y castigar severamente a cuantos individuos molesten o roben a los habitantes del país... Si no obramos con generosidad, seremos aborrecidos tanto como los españoles, sobre todo en la Nueva Granada, donde hay muchos motivos de consideración que observar".

En el ejército de Bolívar iba el joven Daniel O'Leary. La descripción que nos dejó de la marcha por los llanos y del paso de los Andes no ha sido superada, en naturalidad y colorido, por ningún escritor profesional [3]. ¿Cómo no dejarle, pues, la pluma, en homenaje además a la abnegación con que él y los otros legionarios, iniciaron, con aquellas penalidades, sus sacrificios por la independencia americana?

"Las lluvias —narra— habían comenzado con rigor inusitado y caían a torrentes. Arroyos que apenas tenían agua en el verano, ahora inundaban las sabanas; riachuelos que poco antes no contenían agua suficiente para apagar la sed del viajero, se habían convertido, desbordando su cauce, en ríos navegables. Para pasarlos era necesario construir botes de cuero, ya con el fin de evitar que la humedad dañase el parque, ya para trasladar la parte de tropa que no sabía nadar. Durante siete días marcharon las tropas con el agua a la cintura, teniendo que acampar al raso en los sitios o lugares que el agua no había alcanzado a cubrir. Por todo abrigo llevaba el soldado una miserable frazada, pero ni aun de ella se servía

---

1. *Campañas de Apure. Narración del General Páez.* Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Caracas, Nº 21, pág. 1201. Tanto en esta narración como en su autobiografía, donde no repite aquella malhadada expresión, Páez se apresura, como sobre ascuas, en las explicaciones que da.

2. Lecuna, *Crónica razonada...*, tomo II, pág. 308.

3. El Capitán Richard L. Vowell, que también acompañaba a Bolívar con las fuerzas británicas, dejó asimismo en su obra *Campañas y Cruceros* otra narración de aquella portentosa hazaña; y según el traductor de las *Sabanas de Barinas*, "ninguno de los historiadores de la época logró trazar un cuadro tan perfecto de la naturaleza bravía, cuyos obstáculos arrostrara el ejército de Bolívar". Ver *Sabanas de Barinas*, Ediciones de "Cultura Venezolana", Caracas, página 69. Preferimos, sin embargo, la descripción de O'Leary.

para cubrirse, tanto era su empeño de proteger el fusil y sus municiones. El 11 de junio llegó la división a Tame en el estado más lastimoso. Era éste el cuartel general de Santander, jefe de la división denominada de vanguardia. De todos modos, de algún consuelo le sirvió al ejército la llegada a aquel punto. A la ración ordinaria de carne pudo aquí añadirse un poco de sal y algunos plátanos; nada más necesitaba el soldado para olvidar sus penas y para concebir halagüeñas esperanzas de éxito en la campaña, que había comenzado bajo auspicios tan funestos. El ejército se componía de hombres todos jóvenes que no se impresionaban mucho de los cuidados de la vida ni de las fatigas y peligros. El mismo Presidente no había cumplido aún treinta y seis años y gozaba de salud perfecta y de una actividad física y mental asombrosa. Nunca se le oyó quejarse de fatiga, ni aun después de arduos trabajos y de largas marchas en que no pocas veces se ocupaba en ayudar a cargar las mulas y en descargar las canoas y en otras faenas, si impropias del alto rango de primer magistrado, dignas de alabanza en el patriota ferviente y en el soldado fuerte que desatiende todas las humanas conveniencias en servicio de una causa santa. Tratándose de salud común no había para Bolívar oficio humilde" [1]. Páginas más adelante, prosigue: "De Tame a Pore, capital de Casanare, todo el camino estaba inundado. Más un pequeño mar que un terreno sólido era el territorio por donde el ejército debía hacer sus primeras marchas, dice Santander en su relación de esta campaña. El 22 de junio se encontraron obstáculos de otro orden. Los gigantescos Andes, que se consideran intransitables en esta estación, parecían poner una barrera insuperable a la marcha del ejército. Durante cuatro días lucharon las tropas con las dificultades de aquellos caminos escabrosos, si es que precipicios escarpados, merecen tal nombre. Los llaneros contemplaban con asombro y espanto las estupendas alturas, y se admiraban de que existiese un país tan diferente del suyo. A medida que subían y a cada montaña que trepaban crecía más y más su sorpresa; porque lo que habían tenido por última cima no era sino el principio de otra y otras más elevadas, desde cuyas cumbres divisaban todavía montes cuyos picos parecían perderse entre las brumas etéreas del firmamento. Hombres acostumbrados en sus pampas a atravesar ríos torrentosos, a domar caballos salvajes y a vencer cuerpo a cuerpo al toro bravío, al cocodrilo y al tigre, se arredraban ahora ante el aspecto de esta naturaleza extraña. Sin esperanzas de vencer tan extraordinarias dificultades, y muertos ya de fatiga los caballos, persuadíanse de que solamente locos pudieran perseverar en el intento, por climas cuya temperatura embargaba sus sentidos y helaba su cuerpo, de que resultó que muchos se desertasen. Las acémilas que conducían las municiones y armas caían bajo el peso de su carga; pocos caballos sobrevivieron a los cinco días de marcha y los que quedaban muertos de la

1. O'Leary, tomo I, págs. 551 y 552.

división delantera obstruían el camino y aumentaban las dificultades de la retaguardia. Llovía día y noche incesantemente, y el frío aumentaba en proporción del ascenso. El agua fría a que no estaban acostumbradas las tropas, produjo en ellas la diarrea. Un cúmulo de incidentes parecía acumularse para destruir las esperanzas de Bolívar, que era el único a quien se veía firme, en medio de contratiempos tales que el menor de ellos habría bastado para desanimar a un corazón menos grande. Reanimaba las tropas con su presencia y con su ejemplo, hablábales de la gloria que les esperaba y de la abundancia que reinaba en el país que marchaban a libertar. Los soldados le oían con placer y redoblaban sus esfuerzos" [1]. El primer encuentro con los realistas fue en Paya, escabroso desfiladero donde aquéllos, aunque poco numerosos, hubieran podido detener y aun derrotar al ejército patriota. Pero Santander, que mandaba la vanguardia, arrolló denodadamente al destacamento enemigo.

Desde la salida del Mantecal las tropas habían caminado 600 kilómetros para llegar a Pore, y extenuadas, hambrientas y desnudas, teniendo que suplir los soldados a las acémilas que habían perecido, y diezmados todos los cuerpos por aquellas increíbles privaciones, el triunfo de Paya provocó por reacción en ellas un clamoroso entusiasmo. Bolívar, que ya no podía ocultar al enemigo sus intenciones, dirigió entonces a los granadinos una proclama anunciándoles el auxilio que les traían sus "hermanos de Venezuela" y llamándolos a sacudir el yugo de sus opresores. Como lo venía haciendo desde 1817, reiteró su propósito de terminar la guerra a muerte y de acoger con benevolencia a los que habían sido "más bien las víctimas que los instrumentos de los tiranos". "Para nosotros —concluía— no habrá más culpables que los tiranos españoles, y ni aun éstos perecerán, si no es en el campo de batalla".

Sin embargo, si el Libertador hubiera podido volver sus miradas hacia atrás en aquellos momentos, habría quedado aterrado. Páez, como hemos dicho, se había desentendido por completo de los indispensables recursos que debía enviarle; y en la propia capital, Angostura, se preparaba un golpe de Estado de peores consecuencias aún. Antes de salir en su expedición sobre la Nueva Granada, Bolívar había enviado al general Rafael Urdaneta a Margarita, a fin de que, con soldados de esta isla y los legionarios que iban llegando del extranjero, organizara una expedición que debía operar sobre Caracas con objeto de tomarla o aliviar, por lo menos, la amenaza de los realistas sobre la retaguardia del Libertador. Pero tanto el general Arismendi, como el Gobernador político de la isla, general Francisco Esteban Gómez, se negaron a obedecer aquellas disposiciones. Que ni un solo soldado saldría de Margarita, llegaron a proclamar. En vano Urdaneta y Soublette agotaron todos los recursos de su autoridad, y el tacto conciliador que los distinguía; al fin tuvieron que arrestar a

1. O'Leary, tomo I, págs. 560 y 561.

Arismendi y enviarlo a Angostura a dar cuenta de su conducta al Gobierno. Así estaban las cosas en julio de 1819, cuando Bolívar se encontraba en lo más comprometido de su campaña. Pronto iban a empeorar: un grupo de congresistas se lanzó contra Bolívar, a pretexto de que éste no había consultado al Congreso su expedición sobre el virreinato, y aunque esta pretensión era absurda, puesto que del secreto de aquella empresa dependía su éxito, varios militares uniéronse a los políticos intrigantes, obligaron a Zea a renunciar la Vicepresidencia y lo sustituyeron con Arismendi. Inmediatamente, éste asumió el título de Capitán General y, entre otras medidas inconsultas, tomó la de arrebatar a Bermúdez el mando del ejército de Oriente, para confiárselo a Mariño. En resumen, una vez más, completa anarquía militar y política, como en los peores tiempos. Si se hubieran derrumbado detrás de él aquellas montañas que acababa de escalar, no hubiera sido más desesperada la situación de Bolívar. Dijérase que la guerra a muerte, que el Libertador quería evitarle a los otros, se volvía contra él a sus espaldas, bajo una nueva forma, pero siempre con la misma imposición implacable: vencer o morir.

Vencer o morir. Pero, ¿dónde estaba el enemigo? Todavía era preciso seguir en su busca. "Pasados algunos días de descanso —sigue narrando O'Leary— continuó su marcha el ejército el 2 de julio. El destacamento realista, que había sido batido en Paya, se retiró a Labranza Grande, punto al cual guiaba un camino que era considerado como el único posible en aquella estación del año; otro había, al través del páramo de Pisba, pero tan quebrado y desigual, que apenas se usaba en el verano. Considerábanlo insuperable los españoles y por ello descuidaron su defensa; motivo que precisamente decidió a Bolívar a escogerlo. El paso de Casanare por entre sabanas cubiertas de agua, y el de aquella parte de los Andes, que quedaba detrás, aunque escabroso y pendiente, era en todos sentidos preferible al camino que iba a atravesar el ejército. En muchos puntos estaba el tránsito obstruido completamente por inmensas rocas y árboles caídos, y por desmedros causados por las constantes lluvias que hacían peligroso y deleznable el piso. Los soldados que habían recibido raciones de carne y arracache para cuatro días, las arrojaban y sólo se cuidaban de su fusil, como que eran más que suficientes las dificultades que se les presentaban para el ascenso, aun yendo libre de embarazo alguno. Los pocos caballos que habían sobrevivido perecieron en esta jornada. Tarde de la noche llegó el ejército al pie del páramo de Pisba y acampó allí; noche horrible aquella pues fue imposible mantener lumbre por no haber en el contorno habitaciones de ninguna especie y porque la llovizna constante acompañada de granizo y de un viento helado y perenne, apagaba las fogatas que se intentaban hacer al raso, tan pronto como se encendían. Como las tropas estaban casi desnudas y la mayor parte de ellas eran naturales de los ardientes llanos de Venezuela, es más fácil concebir que describir sus crueles padecimientos. Al siguiente día franquearon el páramo mismo,

lúgubre e inhospitalario desierto, desprovisto de toda vegetación a causa de su altura. El efecto del aire frío y penetrante fue fatal en aquel día para muchos soldados; en la marcha caían repentinamente enfermos muchos de ellos y a los pocos minutos expiraban. La flagelación se empleó con buen éxito en algunos casos para reanimar a los *emparamados* y así logró salvarse a un coronel de caballería. Durante la marcha de este día, me llamó la atención un grupo de soldados que se había detenido cerca del sitio donde me había sentado abrumado de fatiga, y viéndoles afanados pregunté a uno de ellos qué ocurría. Contestóme que la mujer de un soldado del batallón *Rifles* estaba con los dolores del parto. A la mañana siguiente vi a la misma mujer con el recién nacido en los brazos y aparentemente en la mejor salud, marchando a retaguardia del batallón. Después del parto había andado dos leguas por uno de los peores caminos de aquel escabroso terreno. Cien hombres habrían bastado para destruir al ejército patriota en la travesía de este páramo. En la marcha era imposible mantener juntos a los soldados, pues aun los oficiales mismos apenas podían sufrir las fatigas del camino, ni menos atender a la tropa. Aquella noche fue más horrible que las anteriores, y aunque el campamento estaba más abrigado y era menos frecuente la lluvia, perecieron muchos soldados a causa de sus sufrimientos y privaciones. A medida que las partidas de diez o veinte hombres descendían juntos del páramo, el Presidente les felicitaba por el próximo término de la campaña, diciéndoles que ya habían vencido los mayores obstáculos de la marcha" [1].

Ahora sí era, por fin, verdad. Sobre todo, no se trataba de un nuevo descanso en sitio inhóspito, como después de Paya. Los esperaba la inagotable generosidad de la población granadina. El 5 de julio —aniversario de la declaración de independencia— entró la vanguardia, después de mes y medio de marcha, en la Provincia de Tunja. En la citada carta del general Anzoátegui para su esposa, comenta: "Sólo el genio del Libertador pudo salvarnos y nos salvó efectivamente; auxiliado, eso sí, por el patriotismo y el entusiasmo de los patriotas de la provincia de Tunja, especialísimamente por las mujeres que: ¡no lo creerás!, se despojaron realmente de su ropa para hacer con ella camisas, calzoncillos y chaquetas para nuestros soldados, y de todo lo que tenían en sus casas para socorrernos. Fue esta una resurrección milagrosa. Nos devolvió la vida, el valor y la fe...".

Y bien difícil de contentar era Anzoátegui. Veterano de la revolución desde sus primeros días, abnegado, intrépido, hábil y caballeroso, todos lo querían o admiraban; pero no obstante aquellas cualidades y esta acogida que recibía, "por todo hallaba faltas. Si la marcha era corta o larga, el tiempo húmedo o seco, el camino suave o escabroso, siempre tenía de uno u otro modo iguales motivos de queja". Tal es la opinión de O'Leary, el cual nos narra asimismo: "El Coronel Rook, que mandaba una brigada

1. O'Leary, tomo I, págs. 564 y 565.

en la división de Anzoátegui, era de un carácter diametralmente opuesto al de su jefe. Contento con todos y con todo, y en especial consigo mismo, parecía menos que indiferente, complacido con la vida que llevaba. Para él el clima de Apure era suave y saludable y superior a cualquier otro, hasta que entró en el territorio de la Nueva Granada, cuyo clima, por supuesto según él, no tenía rival en el mundo. Nunca había pasado mejor vida, decía, que durante la campaña de Arauca; los soldados de su brigada eran los mejores del mundo, hasta que alguno de ellos moría, que entonces, lejos de quejarse de la muerte, se consolaba diciendo que la merecían". Naturalmente, en aquellos momentos tenía que aparecer más en relieve el contraste entre Anzoátegui y Rook. Habiéndose incorporado éste al Cuartel General con sus tropas, después de haber dejado a Tunja, "al presentarse al Presidente, le encontró sentado en un baúl con su almuerzo por delante, compuesto de carne asada, pan y chocolate, sobre un rústico banco de madera. Apresuróse Rook a felicitar a S. E. por el feliz cambio y notable mejora que presentaba el ejército desde que se habían separado. A todas las preguntas que le hizo el General Bolívar, dio las respuestas más satisfactorias y le aseguró que su cuerpo nada había sufrido en el páramo. En esto estaba y comiendo con gran apetito al lado de S. E., que le había invitado a compartir con él su frugal desayuno, que de contado aseguraba Rook ser el manjar más apetitoso que hubiese probado en su vida, en esto estaba, digo, cuando se presentó el General Anzoátegui cariacontecido y de mal humor. «¿Qué novedad hay, Anzoátegui?», preguntó Bolívar. «Cómo que si la hay», contestó aquél, y enseguida inquirió si S. E. tenía noticia del estado en que había llegado el cuerpo de dragones de Rook. «Sí que la tengo, pues su coronel acaba de darme los más favorables informes, diciéndome que no ha tenido pérdida ninguna en el páramo». Siguióse entonces una explicación, de la cual resultó que una cuarta parte de los soldados ingleses y dos oficiales habían perecido durante la marcha...".

Así, entre las preocupaciones de Anzoátegui y el optimismo y la arrogancia de Rook debían oscilar los sentimientos de aquel ejército, que orgulloso por los sufrimientos que había soportado y por sus primeros triunfos, no podía cerrar sin embargo los ojos ante todo lo que le faltaba. Gran parte de los pertrechos habían quedado abandonados en el camino, y Bolívar mandó apresuradamente a recogerlos; la caballería, en la cual confiaba tanto el ejército, había perdido casi todos sus caballos y los que le quedaban se hallaban cansados y desnutridos; las bajas en todos los cuerpos tenían que ser análogas a las sufridas por los dragones de Rook; a pesar de la asistencia que les procuraban los granadinos, las tropas seguían casi desnudas y descalzas; los hospitales estaban llenos. Los españoles, por el contrario, habían disfrutado de largo y cómodo descanso; estaban bien vestidos y alimentados y no habían sufrido ninguna derrota en Nueva Granada desde que Morillo había pacificado el país a principios de 1816.

Bolívar se abrió paso, pues, en los primeros encuentros, gracias sobre todo a la habilidad de sus maniobras, al desesperado arrojo de los republicanos y al temor y la sorpresa que experimentaron los realistas ante la inconcebible empresa que veían realizar a sus enemigos. Pero la primera batalla fue terriblemente reñida y los patriotas estuvieron a punto de ser aniquilados. Se dio en un lugar llamado Pantano de Vargas, el 25 de julio, aniversario de la fundación de Caracas, pero fecha también de Santiago, el combativo patrono de España. El día anterior, Bolívar había cumplido treinta y seis años. Los patriotas, que habían buscado temerariamente el encuentro, por temor a que Barreiro, el jefe realista, recibiera nuevos refuerzos, quedaron desde el prinicipio en situación desventajosa porque los españoles dominaban las alturas. Barreiro se aprovechó hábilmente de aquella superioridad y cargando el centro de los republicanos con sus mejores tropas, logró desorganizarlos mientras desde la altura caía sobre ellos un fuego mortífero. En vano la Legión Británica, con extraordinaria impavidez y guiada por Rook, restableció por dos veces el orden de la infantería; todo parecía perdido, cuando el Libertador corrió hacia el coronel Juan José Rondón, que con su escuadrón del Alto Llano todavía no había entrado en acción, y le gritó: "¡Coronel, salve Ud. la patria!" Rondón cargó entonces contra los escuadrones realistas que venían sobre los patriotas a consumar la derrota, los arrolló, y destrozó igualmente a la infantería que llegaba a apoyarlos; otros dos jefes de la caballería patriota, Infante y Carvajal, atacaron a su vez con igual denuedo, y todo el ejército realista comenzó a vacilar. Por su parte, la infantería republicana, aliviada de la terrible presión que había sufrido, recuperó las alturas, y la batalla se decidió en favor de los patriotas.

El valeroso y simpático Rook quedó gravemente herido. "Bañado en sangre —narra O'Leary— al ver pasar junto a él a un oficial de Estado Mayor, lo llamó para preguntarle si el Presidente estaba satisfecho de su conducta. El oficial, después de manifestarle los deseos que tenía de auxiliarlo y consolarlo en tan aflictiva situación, le contestó que S. E. consideraba heroica su conducta. «Tiene mucha razón», repuso Rook suspirando; pero la misma habría sido su respuesta si el oficial le hubiese dicho lo contrario. Al siguiente día le amputaron el brazo, operación que sufrió con el buen humor de costumbre y haciendo reflexiones acerca de la perfección de la mano que iba a perder para siempre. Pocos días después rindió la vida". También se cuenta que mientras le amputaban el brazo daba vivas a la Patria, y como alguien le preguntara si se refería a Inglaterra o a Irlanda, contestó que su patria era la tierra que le iba a dar sepultura.

Debió considerársele el héroe de la jornada, si no le disputara ese título Rondón, que tuvo la gloria de decidirla. Y tan cierto es esto último, que, el año siguiente Bolívar todavía lo recordaba y le escribía a Santander:

"Sin Rondón... yo no sé lo que hubiera sido en Vargas"[1]. Y llevado siempre por el mismo recuerdo, el 24 de julio de 1820, víspera del primer aniversario de la batalla, reitera al Vicepresidente en tono festivo: "Mañana es San Rondón..."[2].

Muy arraigada en Venezuela es una leyenda que añade otro toque de epopeya al renombre conquistado en aquella ocasión por el extraordinario llanero: se dice que cuando la situación de los patriotas había llegado a ser tan desesperada, Bolívar exclamó: "¡Aún no hemos perdido, porque Rondón no ha peleado!", y que fue entonces cuando ordenó al irresistible lancero la carga que arrebató la victoria. Según otra versión fue el propio Rondón quien dijo aquello, en respuesta al desesperado requerimiento del Libertador. Sea como fuere, aquella estupenda jactancia se ha popularizado tanto en Venezuela, que se la usa familiarmente cuando alguien se encuentra en apuros y quiere expresar que prepara un esfuerzo decisivo. Hasta en los juegos populares de bolos, dominó o cartas, es frecuente oír: "¡Aún no hemos perdido, porque Rondón no ha peleado!"

De los héroes que salieron de la muchedumbre, de las clases hasta entonces inactivas y menospreciadas, ninguno merece como Rondón representar en la historia al pueblo venezolano. Que comenzara su carrera con los realistas, ¡qué importa! Lo admirable es que siendo ya Comandante y guiado solamente por una generosa intuición, él también abandonó aquella "brillante librea" para ir a compartir con sus compatriotas las ásperas privaciones y la disciplina del campo republicano. Por los años 1816 ó 1817 se incorporó a las tropas del general Zaraza, y hemos visto que ya en Las Queseras del Medio, Páez le confió la maniobra más temeraria; en Pantano de Vargas salvó al ejército, en Boyacá volvió a combatir al frente del Escuadrón Llano Arriba, "con un valor asombroso", según el parte de la batalla; y, siempre en campaña por la liberación de Venezuela, murió en la línea sitiadora de Puerto Cabello en 1822. Que por cierto, hasta en su muerte hay algo del doliente y sarcástico sino popular: una simple herida en un pie, que se le infectó y convirtió en tétanos, puso fin a su vida; y Páez no le da, en el pasaje de su *Autobiografía* donde narra su muerte, sino título de "Comandante"[3]. Mezquina muerte, e hiriente aunque involuntario escamoteo de sus ascensos, que parecen ser un símbolo de las desdichas e injusticias que volverían a caer sobre el pueblo venezolano. Por eso, aunque este capítulo debe llenarlo la figura del Libertador, le hemos puesto por título San Rondón. Nada podía ser más grato al propio

1. *Cartas*, tomo II, pág. 149. Ese recuerdo del Libertador desautoriza la apreciación de Lecuna de que "carece de valor la leyenda moderna según la cual sólo un puñado de hombres decidieron la jornada". *Crónica razonada*, tomo II, pág. 339.

2. *Cartas*, tomo II, pág. 237.

3. *Autobiografía*, edición de 1946, Caracas, pág. 223.

Bolívar, que si bien en la guerra se mostró inflexible en tomar para sí la dirección y la responsabilidad, siempre estaba dispuesto en el reparto de glorias y recompensas a despersonalizar su obra y asociar a ella hasta a sus más humildes colaboradores. El párrafo completo de su citada carta a Santander, en defensa del coronel Rangel, decía: "No hemos necesitado de Nonato ni de Piar, pero sin Rondón, que vale más que aquéllos, yo no sé lo que hubiera sido en Vargas. Es necesario ser justos: sin el valor de Piar la República no contara tantas victorias, sin el valor de Nonato y de sus compañeros no vivirían muchos ilustres patriotas. Ahora mismo, con sus defectos, Rangel nos está sirviendo y pronto nos servirá mucho más" [1]. En la glorificación que hacemos de Rondón están incluidos, pues, según esos sentimientos del Libertador, todos los subalternos que él mismo señaló para el recuerdo de la posteridad: los Nonato Pérez, los Aramendi, los Infante y los Carvajal, que a pesar de sus defectos —frutos del abandono en que habían vivido— ganaron tantas victorias para la República; los que como el mismo Rondón, dieron tanto y recibieron tan poco; las anónimas mujeres granadinas, que se despojaban de sus vestidos para abrigar a las tropas; aquellos soldados, que según las confidencias del Libertador a Salom, se alegraban como niños cuando podían recibir siquiera una ración de plátanos. Y también los extraordinarios extranjeros que como Rook daban la vida sonriendo, o como O'Leary y Vowell, compartieron las penalidades de los criollos y después sólo las invocaban para enaltecer al pueblo venezolano y a su glorioso conductor.

En Pantano de Vargas ambos ejércitos quedaron muy maltrechos, pero en tanto que Bolívar sólo pudo reponer sus pérdidas con voluntarios recogidos a toda prisa, Barreiro recibió nuevos refuerzos veteranos y, lo que era peor, debía temerse que los siguiera recibiendo muy considerables. El Libertador continuó, pues, sus maniobras, tendientes a forzar un nuevo encuentro, a la vez que evitaba empeñarlo en desfavorables posiciones.

Al fin logró, el 7 de agosto, interceptar a Barreiro en el puente de Boyacá. Ya era pasado mediodía y los patriotas atacaron con furia. La división de Santander ocupó las alturas, el Libertador y Anzoátegui llevaban personalmente las tropas al combate. Según el teniente coronel Tomás Carlos Wright, que pertenecía al Batallón "Rifles" y que escribió después sus recuerdos, Bolívar recordaba "a cada uno de los batallones colombianos algo conmovedor mientras avanzaban, y ello en lo más recio del fuego... El General Anzoátegui, comandante de la división, se comportó de manera similar a la de Bolívar y siempre se le vio desde el principio hasta el fin del día en lo más recio de la lucha, por lo que en justicia podría llamársele el Ney de aquella jornada" [2].

---

1. *Cartas*, tomo II, pág. 149.
2. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, nº 79, pág. 310.

El triunfo de los patriotas fue completo: 1.600 soldados realistas, numerosos oficiales, el propio Barreiro y su segundo Jiménez, fueron hechos prisioneros. Y, desde luego, toda la artillería, las armas, banderas y pertrechos del enemigo, quedaron en poder del vencedor. El virrey Sámano huyó de Bogotá, y Bolívar la ocupó el día 10. Tan precipitada fue la fuga de aquél, que dejó en las arcas reales medio millón de pesos en moneda corriente y alrededor de cien mil más, en barras de oro. "El ejército libertador —decía su boletín del día 11— ha llegado al término que se propuso al emprender esta campaña. A los 75 días de marcha desde el pueblo de Mantecal, en la provincia de Barinas, entró S. E. en la capital del Nuevo Reino, habiendo superado trabajos y dificultades mayores que las que se previeron al resolver esta grande operación y habiendo destruido un ejército tres veces más fuerte que el que invadía. Puede decirse que la libertad de la Nueva Granada ha asegurado de un modo infalible la de toda la América del Sur".

Esto último representaba el constante pensamiento del Libertador. También a Anzoátegui le escribía poco después: "Cuide mucho de la *Guardia*, y recuerde que en ella tengo puesta toda mi confianza. Con ella, después de haber cumplido nuestro deber con la Patria, marcharemos a libertar a Quito; y quién sabe si el Cuzco recibirá el beneficio de nuestras armas; y quizás el argentino Potosí sea el término de nuestras conquistas" [1].

Exactamente lo que realizaría. Pero cinco años de incesante lucha lo separaban todavía de aquel objetivo.

1. Citado por J. J. Arocha en su estudio *El Sempiterno Regañón*, Caracas, 1937, pág. 106.

XXV

"A FORCE DE FORGER ON DEVIENT FORGERON"

Apenas hubo ocupado a Bogotá, Bolívar comenzó a organizar las campañas que debían abrirse sobre el norte y el sur del virreinato. Por el norte se proponía libertar la costa atlántica de Nueva Granada, abrir otro frente sobre Venezuela y tomar a Maracaibo; por el sur, sus miradas alcanzaban, como hemos visto, hasta Lima, para concluir definitivamente la emancipación del continente.

Desde luego, muchos otros problemas ocupaban su atención; pero entre sus medidas administrativas hay una que es, sobre todas, característica: dispone que en el abandonado convento de los padres capuchinos se establezca un colegio, y le fija rentas propias. Estaba destinado a "los huérfanos, expósitos o pobres, a quienes la República debe sostener y educar" [1].

Lo inquietaba también lo que estaba ocurriendo en Venezuela: la crisis que, como hemos dicho, sufría el gobierno civil establecido en Angostura, la actitud de Páez y la marcha de las operaciones militares. La distancia que lo separaba de la capital provisional de Venezuela, la estación lluviosa que borraba todos los caminos y la inseguridad de las comunicaciones a causa de la misma guerra, lo mantenían prácticamente aislado: dar órdenes sobre noticias recibidas con tres meses de retardo y cuando aquellas órdenes tardarían a su vez otro tanto en llegar a su destino, resultaba irrisorio. Decidió, pues, regresar a Angostura, y, de paso, ver de nuevo a Páez en Apure. Apenas había permanecido en Bogotá un mes y diez días.

Esto nos obliga a interrumpir nuestra narración, para examinar sobre datos precisos la increíble actividad del Libertador. En marzo de 1819 emprendió aquella campaña del Apure, durante la cual no estuvieron "un solo día en un mismo campamento", según decía Anzoátegui; en mayo inicia la marcha sobre la Nueva Granada y el paso de los Andes: tres meses de marchas y de combatir incesantes hasta la ocupación triunfal de Bogotá el 10 de agosto; el 20 de setiembre vuelve a salir para Venezuela, el 5 de diciembre está en Apure, y el 11 del mismo mes entra en Angostura; no permanece, sin embargo, en esta ciudad sino hasta el 24 del mismo mes, en que sale de nuevo para vigilar las operaciones en el Apure; sube una vez más hasta Bogotá, adonde llega el 5 de marzo de 1820; y ya a

1. O'Leary. *Documentos*, tomo XVI, pág. 464.

fines del mismo mes regresa a la frontera de Venezuela; en abril está en San Cristóbal.

Se nos hace casi imposible concebir ese ir y venir entre Angostura y Bogotá, a paso de mula, por aquellas soledades, que eran desiertos calcinados en la estación seca y lagos interminables en la época de las lluvias. Si iba al frente del ejército, el reproche que le hace Páez es que prodigaba demasiado los combates; cuando desmontaba, debía dedicarse a despachar la correspondencia para los diferentes jefes militares o dictaba a algún improvisado amanuense sus reflexiones políticas. Si es que no se dedicaba, personalmente, a redactar un borrador sobre educación popular o a traducir de los periódicos ingleses algo que considerase favorable a la causa patriota [1]. Cuando llegó a Angostura en diciembre del 19 iba sin equipaje, porque en su impaciencia lo había dejado atrás: "Diego (Ibarra) no les escribe a Uds. —dice a los Toro— porque viene aún por detrás con el equipaje"; cuando sale de la misma ciudad para el Apure, pocos días después, "yo sigo mañana para el Apure —le participa a Santander— desprendido de mi comitiva para ganar momentos" [2]. Y en otra carta, le reitera: "Pasado mañana parto de aquí aunque es víspera de Pascua y de la gran solemnidad, pero yo no estoy para perder un momento, porque ya el ejército está en marcha para el Apure, y Páez expuesto a algún acontecimiento. El ejército reunido será inmenso, mas siempre nos ha de faltar algo, ahora son fusiles; sin embargo, los espero de un momento a otro en grande abundancia. Yo mando 10.000 fusiles a Cundinamarca, o me vuelvo loco. Los enviaré a pesar del mundo entero antes de un mes" [3].

Debía sentirse, sin embargo, en esos días, relativamente sosegado y muy satisfecho, porque acababa de ver cumplido uno de sus propósitos más queridos: la unión en un solo Estado de Venezuela, Nueva Granada y la antigua Presidencia de Quito. "La perspectiva que presenta este acto memorable —escribíale a Santander— es tan vasta como magnífica. Poder, prosperidad, grandeza, estabilidad, serán el resultado de esta feliz unión". La nueva nación se llamó Colombia, nombre que Miranda había dado a la gran confederación americana que se proponía establecer; y la ley que la creaba fue sancionada por el Congreso de Angostura el 17 de diciembre de 1819. Bolívar llegó a sentir con tanta intensidad que esta unión de las tres naciones era indestructible, que en lo sucesivo muy raras veces nombrará aisladamente a Venezuela, Nueva Granada o Quito. Para él no existirá sino Colombia. Las glorias de Colombia, el destino de Colombia,

---

1. En esto no hay nada de fantasía. El borrador sobre educación popular, que ya hemos comentado, se encontró entre sus papeles escrito de su propia mano. En cuanto a sus traducciones del inglés, ver *Cartas*, tomo II, pág. 201.
2. *Cartas*, tomo II, pág. 125, y tomo XII, pág. 151, respectivamente.
3. *Cartas*, tomo II, pág. 129.

los servicios que Colombia exige, la abnegación de los colombianos, el patriotismo de los colombianos, es lo que aparece tanto en sus cartas íntimas como en los documentos oficiales. Hasta cuando habla de la belleza de los paisajes —como en sus cartas a don Simón Rodríguez—, dijérase que no ve las peculiaridades regionales. La magnificencia de la naturaleza en Colombia es lo que lo exalta. ¿Pero es que no hablaba también de América, como si fuera para él algo más concreto que su propia tierra venezolana? Sólo en Miranda aparece con igual pasión esa especie de trasporte místico, que les hace considerar como una realidad la visión invocada.

Aunque las intrigas desatadas en Angostura durante su ausencia habían llegado hasta pretender algunos que se le declarase desertor y fuera de la ley, por haber emprendido sin permiso del Congreso la invasión de Nueva Granada, su regreso triunfal acalló todas las censuras. Arismendi se apresuró a renunciar el mando que había usurpado, y cesaron igualmente las veleidades levantiscas de los militares y políticos que contaban con que fracasaría en aquella temeraria empresa. Bolívar, por su parte, ni siquiera mencionó aquellos tristes acontecimientos; en su discurso ante el Congreso le ratificó su fidelidad, y cedió a sus compañeros de armas y al pueblo de Nueva Granada todo el mérito de sus triunfos. "Sería demasiado prolijo —decía— detallar al Congreso los esfuerzos que tuvieron que hacer las tropas del ejército libertador para conseguir la empresa que nos propusimos. El invierno en llanuras anegadizas, las cimas heladas de los Andes, la súbita mutación de clima, un triple ejército aguerrido y en posesión de las localidades más militares de la América meridional, y otros muchos obstáculos, tuvimos que superar en Paya, Gámeza, Vargas, Boyacá y Popayán para libertar en menos de tres meses doce provincias de la Nueva Granada. Yo recomiendo a la soberanía nacional el mérito de estos grandes servicios por parte de mis esforzados compañeros de armas, que con una constancia sin ejemplo padecieron privaciones mortales, y con un valor sin igual en los anales de Venezuela, vencieron y tomaron el ejército del Rey. Pero no es sólo al ejército libertador a quien debemos las ventajas adquiridas. El pueblo de la Nueva Granada se ha mostrado digno de ser libre. Su eficaz cooperación reparó nuestras pérdidas y aumentó nuestras fuerzas. El delirio que produce una pasión desenfrenada es menos ardiente que el que ha sentido la Nueva Granada al recobrar su libertad. Este pueblo generoso ha ofrecido todos sus bienes y todas sus vidas en aras de la patria...".

Esta gratitud de Bolívar a los granadinos, que varias veces le dieron punto de apoyo para los saltos prodigiosos de su actividad creadora, fue siempre en él sincero y constante sentimiento. Su arrebatado carácter y los desconcertantes altibajos de la fortuna le arrancaron muchas veces expresiones de cólera o amargura contra los pueblos que encontraba remisos o adversos a sus propósitos; ni siquiera Caracas, a la que amaba

apasionadamente, se libró de esos desahogos momentáneos; sólo con el pueblo granadino se muestra siempre cariñoso o comedido, aun en la época más lamentable, cuando la inminente desmembración de Colombia tomó odiosos visos de regionalismo.

Comienza también desde entonces el Libertador a enaltecer apasionadamente al joven general granadino Francisco de Paula Santander, a quien había confiado el mando de la vanguardia durante el paso de los Andes. Después de la victoria de Boyacá, lo encargó del gobierno de la Nueva Granada con el título de Vicepresidente; en el momento de dejar a Bogotá para regresar a Angostura, manifestó a los granadinos en una proclama: "Yo no me aparto de vosotros, yo os dejo en Santander otro Bolívar"; y en febrero de 1820 le decía en comunicación oficial: "V. E. después de haber tributado a su patria los servicios más esclarecidos, ha puesto el colmo a su gloria por su moderación, obediencia y desprendimiento. V. E. estaba llamado por su nacimiento, valor, virtudes y talento, a ser el primer Jefe de la Nación Granadina, pero V. E. ha preferido ser el primer súbdito de Colombia. Yo que sé más que otro alguno a cuánto tenía derecho V. E. a aspirar, me asombro al contemplar cuánto V. E. ha renunciado por aumentar sus títulos a la gratitud nacional. Títulos que ya parecían completos. ¿No fue V. E. el primero que levantó un ejército para oponerse a la invasión de Casanare por nuestros poderosos enemigos? ¿No fue V. E. el primero que restableció el orden y una sabia administración en las provincias libres de Nueva Granada? ¿No fue V. E. el primero en apresurarse a dar el complemento a su libertad? ¿A abrirnos el camino por las Termópilas de Paya? ¿No fue V. E. el primero en derramar su sangre en Gámeza, y el primero en Vargas y Boyacá en prodigar su vida? ¿No ha justificado V. E. mi elección por su inteligencia, economía y rectitud en el Gobierno de la Nueva Granada?"[1].

¿Eran tan merecidos estos elogios como los que tributaba al pueblo del virreinato? Precisamente en aquellos días otro patriota granadino, el doctor Francisco Antonio Zea, a quien Bolívar había tratado de encumbrar como representativo de la Nueva Granada, había demostrado que no merecía esa situación eminente. Refiriéndose a Zea, el ilustre Peñalver había escrito al Libertador: "...yo dudo que el viejito, sin fundamento, obre con probidad y tino... Yo sé muy bien que tú lo conoces y que sólo la necesidad de ceder a la opinión de los granadinos para fortificar la unión y evitar los males que nacerían de la discordia, es la causa de tan mala elección"[2]. ¿Influiría este fracaso de Zea en la actitud adoptada por Bolívar con respecto a Santander? ¿Se trataba llanamente de sustituir el uno al otro? Desde luego, nada desdoroso habría en esto, ni para el Libertador ni para Santander. Durante los años subsiguientes, Bolívar

1. *Cartas*, tomo XI, pág. 179.
2. O'Leary, tomo VIII, pág. 352.

insistiría a menudo en atribuir a Santander el mérito principal en la organización civil de la República, y Santander correspondió con dignidad y acierto a tan encumbrado papel. Por otra parte, aquel deseo del Libertador de encontrar para cada una de las naciones que libertaba un hombre que fuera "otro Bolívar", obedecía a un propósito político muy definido y loable: librarlas de la anarquía caudillesca y asegurar de hecho la confederación de ellas, que tan deleznable aparecía en las leyes. A esto se debió también el encumbramiento de Páez en Venezuela y que Bolívar insistiera en esa conducta aun después del año 26, cuando ya sabía que nunca contaría con la fidelidad del indómito llanero. Muy bien hubiera podido entonces Bolívar suscitarle rivales a Páez, o por lo menos estimular vengativamente a los enemigos que ya éste tenía; prefirió, por el contrario, reforzar su autoridad y le entregó a Venezuela unida y pacificada. A ese abnegado designio deben agradecer los venezolanos los años de estabilidad política que después disfrutaron.

De todas maneras, es muy interesante observar que a pesar de aquellos extraordinarios elogios del Libertador a Santander, la correspondencia entre ambos durante el propio año 1820 deja ver aquí y allá el comienzo de las profundas diferencias que después los separarían.

Santander, desde luego, se mostraba apasionadamente adicto a Bolívar. "No sé cómo dar a Ud. las gracias —le escribe al Libertador— por todo lo que Ud. hace y dice por mí. Si, como Ud. dice, yo lo he colmado de favores, yo también diré, con más verdad, que Ud. me ha colmado de gratitud, ¿cuáles son preferibles, los actos del poder o de la virtud? ¿No son mejores los últimos?: pues Ud. me ha ganado".

Pero Santander no le ahorraba por eso frecuentes "observaciones", casi todas meticulosamente legalistas, y Bolívar, impaciente porque sobre él pesaba la responsabilidad de salir adelante, tenía que recordarle: "...no lo mejor es lo mejor para todos. Los cristianos con el Evangelio fueron batidos por los turcos con el Alcorán". A veces se adivina en ambos reservas peligrosas: "Usted —le dice Bolívar— gusta de la franqueza sin rebozo, de la amistad ingenua y de decir verdad; y después se pone bravo cuando le siguen sus pasos, como la vieja coqueta que no quiere dejar hacer baza a su hija, que no hace más que imitarla. Voy a decir a Ud. no más que dos cositas: ¿le gustaría a Ud. mucho que le contestasen de oficio: «he recibido el decreto tal y no me ha parecido *irregular?*» ¿Y en una carta particular aquello de la responsabilidad que algún día llegará a ser efectiva? Por poca cavilosidad que tenga uno, esto quiere decir que se esperaba que el decreto fuese irregular, y que ya no hay otro modo de contenerlo a uno sino por el temor de la responsabilidad".

En otra de las cartas del Libertador advertimos que las discrepancias entre algunos de los altos funcionarios civiles eran más difíciles aún de ser allanadas, y que Bolívar, a quien todos ocurrían, se desesperaba sin poder

remediarlas. "Confieso a Ud. —le dice a Santander— con la más franca ingenuidad, que me causa un verdadero dolor las quejas de la Alta Corte de Justicia de Cundinamarca. Yo no sé si tiene o no razón; me alegraría que la tuviera para que fuese justa, y sentiría la sinrazón del Congreso, porque es de Venezuela, no por su composición ni por sus miembros. Los de estos dos cuerpos me son perfectamente iguales. Mas las discordias que nacen de la unión que yo he procurado formar, me hacen sufrir las agonías del suplicio. Haré otra confesión: la causa única, por decirlo así, que me ha animado a proponer la creación de Colombia ha sido la idea de destruir para siempre los motivos de odio, de discordancia y de disolución. ¡Si éstos se aumentan, qué horroroso chasco!".

Los historiadores que han insistido sobre el carácter autoritario de Bolívar —entre los cuales, muchos han llegado a afirmar que las instituciones públicas creadas a su amparo en 1819 no fueron sino una fachada legalista para complacer a los civiles e impresionar a las naciones extranjeras— ignoran o silencian interesadamente aquella lucha cotidiana que sostuvo el Libertador, y que considerada junto a la que tenía que librar para armonizar a los caudillos, nos dan una visión muy diferente de su carácter. Su grandeza no consiste en una simplista exhibición de fuerza; deriva, por el contrario, del acierto, la prudencia y la constancia con que iba conduciendo aquel mundo anárquico hacia la victoria y la estabilidad. Que por su propia naturaleza Bolívar no fuera comedido, es un motivo más para admirar la rígida disciplina a que se sometía como hombre de Estado. Tanto sobre sí mismo, como sobre los sucesos exteriores, parece aplicar con inextinguible energía un proverbio, que cita en francés, en una de sus cartas de aquellos días: "*A force de forger on devient forgeron*" [1].

A veces Santander amenazaba con dimitir y sugería su salida al exterior con una misión diplomática. Bolívar le insinuaba, por el contrario, que debía sustituirlo, a él, en la Presidencia de la República y encontraba manera de sosegarlo delicadamente: "En cuanto a su comisión diplomática —le dice— aseguro a Ud. dos cosas: la primera que no me puedo persuadir que Ud. desee realmente dejar su destino en este momento, sin que pueda ser reemplazado por otro que por Urdaneta, el cual no puede ser reemplazado por nadie en el que tiene; por lo mismo, no me persuado que Ud. pretenda perjudicar la República. La otra es, que mientras no hayamos triunfado de los enemigos, o mientras yo mande, no pienso mudar a Ud. de su destino. Hecha la paz será otra cosa. Como entonces yo no he de mandar, lo convidaré a Ud. para que nos vayamos juntos, aunque yo desearía no tener tan buena compañía, por tal que la república tuviese un jefe capaz de dirigirla". Y en otra carta, del día siguiente, le reitera: "El asunto de la dimisión se raya también, porque ya lleva tres discusiones,

1. *Cartas*, tomo II, pág. 190.

y si se hace una cuarta, lo condeno a Ud. a ser Presidente de Colombia, como lo deseo y lo pienso"[1].

Otra divergencia, que Bolívar tuvo que soslayar con mucha prudencia, ocurrió por un hecho sangriento que Santander ejecutó con repulsivos agravantes. Inmediatamente después de la victoria de Boyacá, Bolívar reconoció entre los prisioneros a Francisco Fernández Vinoni, el oficial que había entregado a Puerto Cabello en 1812 al enemigo, y lo hizo ahorcar. Pero los otros realistas fueron tratados con el mayor decoro y benevolencia, y Bolívar propuso al virrey Sámano canjearlos por igual número de prisioneros patriotas. A pesar de esto, pocos días después de haber partido el Libertador hacia Venezuela, Santander ordenó la muerte del infortunado general Barreiro y de 38 oficiales más. Las víctimas fueron llevadas hasta el lugar del suplicio —una plaza pública— a pie y con grillos en los tobillos, se les obligó a arrodillarse, y se les fusiló por la espalda. El propio Vicepresidente presenciaba la escena, y consumado aquel bárbaro sacrificio "dirigió —narra O'Leary— algunas palabras impropias de la ocasión al populacho, y precedido de algunos músicos paseó las calles principales de la capital, entonando el coro de una canción alusiva al acto que acababa de cumplirse".

En una comunicación oficial Santander quiso justificar lo ocurrido, acusando a los prisioneros de "difundir especies subversivas con que no sólo desalentaban el ánimo de los patriotas, sino que fijaban la opinión en favor del partido del rey. Se dedicaron a ofrecer protección a los mismos oficiales de la República que les hacían la guardia, etc.", acusaciones insostenibles contra unos presos que se mantenían con grillos y en medio de un ejército vencedor. Más lamentable aún fue la carta privada que con el mismo objeto dirigió al Libertador, pues en ella no se recata de alegar que "el expediente está bien cubierto" y se muestra a la vez extrañamente medroso. "Al fin —le dice— fue preciso salir de Barreyro y sus treinta y ocho compañeros. Las chispas me tenían loco, el pueblo estaba resfriado y yo no esperaba nada, nada favorable de mantenerlos arrestados. El expediente está bien cubierto; pero como ni Ud. (por desgracia de la América) es eterno, ni yo puedo ser siempre gobernante, es menester que su contestación me cubra para todo tiempo"[2]. Por cartas posteriores se advierte además que Santander insistía en su atroz actitud. Con fecha 10 de noviembre participaba a Bolívar: "Aquel famoso Segovia que escribía tantas cosas infames a Barreiro ha caído en nuestro poder con dos más. Todos tomarán un premio correspondiente a sus maldades, con inclusión de diez y ocho que aquí tenía aún gastando los víveres"; el 3 de diciembre informa alegremente: "Fue aprehendido el gobernador

---

1. Por las citas anteriores, ver: *Cartas*, tomo II, páginas 138, 113, 170, 192, 181 y 185, respectivamente.

2. *Cartas de Santander*, Caracas, 1942, tomo I, pág. 82.

español del Chocó, don Juan Aguirre, y fusilado acto continuo. ¡Cuántos diablos menos tenemos por consecuencia de Boyacá!". Y no ya contra los españoles, sino como comentario a los antagonismos entre los patriotas de Guayana, opina en setiembre de 1820: "No temo sino que el ejemplo nos pervierta y la unión venga a ser desunión y discordias. No hay remedio; es preciso todavía ahorcar gente sin proceso ni juicio".

Bolívar no accedió a la indelicada solicitud que le hacía Santander de "cubrirlo", y aunque aparentó creer las acusaciones contra los prisioneros, su respuesta contiene reticencias que son casi sarcásticas: "He sabido con sentimiento —le escribe— la pérfida conducta de nuestros prisioneros de guerra, que ha obligado a V. E. a pasarlos por las armas, en circunstancias en que estaba pendiente una negociación de canje que tanto honor hace al Gobierno de la República, por el aplauso con que miran las naciones extranjeras las nobles medidas de humanidad y cultura entre los pueblos beligerantes. Nuestros enemigos no creerán, a la verdad, o por lo menos supondrán artificiosamente, que nuestra severidad no es un acto de forzosa justicia, sino una represalia o una venganza gratuita. Pero sea lo que fuere, yo doy las gracias a V. E. por el celo y actividad con que ha procurado salvar la República con esta dolorosa medida. Nuestra reputación sin duda padecerá; en recompensa, el aplauso de nuestros pueblos, y el nuevo ardor con que servirán a la República será nuestro consuelo". En otra comunicación califica indirectamente como "asesinato" aquel hecho y le reitera a Santander que lo ha perjudicado en la opinión pública, sobre todo porque estaba pendiente la oferta de canje: "Los otros asesinatos en diferentes épocas —concluye— no estaban en este caso y este es el mal" [1].

La verdad es que Santander procedió arrastrado —como él mismo lo hacia valer en otro punto de su citada comunicación— por la indignación que todavía sentía a causa de las recientes atrocidades cometidas por los realistas en Nueva Granada. Lo más grave de su acción fue que recayó sobre un oficial que no era responsable de aquellas crueldades, los detalles de sevicia que la acompañaron y que venía a reavivar sentimientos de venganza que Bolívar y los otros altos jefes patriotas consideraban ya inoportunos y funestos.

Cada día, en efecto, era más evidente, entre criollos y peninsulares, la desaprobación de aquel bárbaro sistema; pero antes de desaparecer tuvo, por desgracia, sobre todo en Nueva Granada y por parte de los españoles, nuevas manifestaciones repulsivas. Cuando el general Morillo salió de España, en febrero de 1815, al frente de la expedición pacificadora, traía instrucciones bastante benignas, pues aunque se las subordinaba al supuesto de que los venezolanos se someterían y de que debía desaparecer

---

1. O'Leary, *Documentos*, tomo XVI, pág. 515; y *Cartas*, tomo II, pág. 238, respectivamente.

"toda idea que no contribuya a asegurar la fidelidad de los vasallos", a lo menos se leía también en ellas que "en general, se empleará mucha dulzura para todas las clases y partidos" y se indicaban algunas medidas de justa concordia [1]. Bolívar, por su parte, deseaba vehementemente desde entonces acabar la guerra a muerte. Apenas hubo invadido a Margarita, en mayo de 1816, se apresuró a participar al general Pardo, jefe de las tropas españolas en Pampatar: "...creo de mi deber dar principio a esta campaña por un grande acto de humanidad, perdonando a los prisioneros de las fuerzas marítimas que bloqueaban a esta isla, y haciendo cesar, por nuestra parte, la guerra a muerte que deshonra a la nación española y desuela la América"; y tanto entusiasmo ponía en este propósito, que en otra carta del mes siguiente, para un amigo en Haití, agrega: "La generosidad de la conducta que me he propuesto con respecto a ellos (los españoles) creo que va influir mucho para facilitarme la libertad de mi patria". Asimismo, el 13 de febrero de 1818, al día siguiente de haber arrollado en las cercanías de Calabozo a las avanzadas de Morillo, escribió a éste: "Nuestra humanidad, contra toda justicia, ha suspendido muchas veces la sanguinaria guerra a muerte que los españoles nos hacen. Por última vez ofrezco la cesación de tan horrible calamidad, y empiezo mi oferta por devolver todos los prisioneros que hemos tomado ayer en el campo de batalla" [2]. A pesar de aquella oferta, pocos días después Morillo hizo ejecutar a todos los sobrevivientes de un combate; entre ellos al joven Florencio Tovar, recién llegado de Estados Unidos adonde lo había enviado a estudiar su padre don Martín Tovar Ponte. Otro de esos jóvenes, de apellido Portero, tenía una hermana en las Monjas Concepciones de Caracas, por lo cual éstas intercedieron por él; Morillo no consintió en que se cambiara siquiera el género de muerte, y fue fusilado por la espalda.

Es que, desgraciadamente, los jefes realistas esperaban todavía que aquella "horrible calamidad", como llamara Bolívar la guerra a muerte, les permitiría acabar con los criollos que no aceptaran incondicionalmente el "paternal gobierno" de Fernando VII, empeñado también en España, desde 1814, en enviar al cadalso a todos los liberales. Al seguir sobre la Nueva Granada en 1815, Morillo dejó encargado del Gobierno de Venezuela a Salvador Moxó, sin duda alguna el funcionario español más despreciable que pisara tierra americana: además de cruel e inepto, era cobarde, mancha que no tuvieron los otros jefes españoles, codicioso como Monteverde y Cervériz, y, para colmo, afeminado. De su plan de gobierno, en un país que se encontraba vencido y desangrado, puede juzgarse por estas instrucciones que dirigió al coronel Urreiztieta, Gobernador de Margarita: "Prevengo a usted que deseche toda humana consideración. Todos

1. Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela*, Caracas, 1930, tomo I, pág. 332.
2. *Cartas*, tomo I, pág. 228; tomo IX, pág. 422; tomo XI, pág. 66, y tomo II, pág. 3, respectivamente.

los insurgentes, o los que los sigan con armas o sin ellas; los que hayan auxiliado o auxilien a los mismos, y en fin, todos los que hayan tenido parte en la crisis en que se encuentra esa isla, serán fusilados irremisiblemente, sin formarles proceso ni sumario, sino un breve consejo verbal de tres Oficiales" [1].

Por su parte el Pacificador y Morales —que había sido segundo de Boves, más cruel que éste, si cabe, y a quien Morillo llevó consigo a la Nueva Granada— se entregaron en ésta a una insana orgía de sangre. Los más eminentes y austeros patriotas —Camilo Torres, García Rovira, Lozano, Torices, Camacho, Gutiérrez, Pombo—, la mayor parte de ellos civiles, fueron enviados al cadalso. Al sabio Francisco José Caldas, que había sido colaborador de Humboldt, no se le dio siquiera plazo para terminar los importantísimos trabajos científicos en que se ocupaba: "Fue pasado por las armas, por la espalda, y confiscados sus bienes", según el propio parte oficial [2]. Según era costumbre de los realistas, que en su desprecio por los "insurgentes" se negaban a reconocer las consideraciones de simple humanidad, también algunas mujeres fueron enviadas al patíbulo. Una de ellas, Policarpa Salavarrieta, quedó en Nueva Granada como símbolo del heroísmo femenino: novia de un oficial patriota que había sido obligado a servir como soldado en el ejército del Rey, lo indujo a desertar y le confió algunos papeles para los jefes republicanos de Casanare; pero habiendo caído nuevamente en manos de los realistas el infortunado joven, él y Policarpa fueron sentenciados a muerte. A ella se le ofreció el perdón si denunciaba a los otros comprometidos, y como se negara a esto con severo menosprecio, el virrey Sámano la hizo ejecutar en la Plaza Mayor de Bogotá. Con el anagrama de su nombre, los patriotas le hicieron un epitafio: "yace por salvar la patria". Fácil es imaginar las crueldades que se ejecutarían durante las operaciones militares: después de la batalla de Cachirí los realistas dieron muerte a todos los prisioneros y el "Coronel Tolrá. dicen, se jactaba de haber él mismo dado muerte a tantos americanos que su brazo derecho quedó tan hinchado que por muchos días no pudo usarlo" [3].

Estos eran sin duda los recuerdos que atormentaban a Santander cuando ordenó la muerte de Barreiro: "...veía al mismo tiempo en estos oficiales —dice en su oficio a Bolívar— los verdugos y asesinos de nuestros pacíficos compatriotas, los desoladores de este precioso territorio, los ejecutores

1. Gil Fortoul, op. cit., tomo I, pág. 336.
2. Citado por don Ramón Azpurúa en *Biografías de hombres notables de Hispanoamérica*, Caracas, 1877, tomo II, pág. 281. De Caldas dijo don Marcelino Menéndez Pelayo: "Caldas, el inmortal granadino, a quien España debe un monumento expiatorio"; y, en efecto, se le consagró en la Biblioteca Nacional de Madrid una placa que dice: "Perpetuo desagravio de la Madre España a la memoria del inmortal granadino don José de Caldas, en el CVII aniversario de su muerte".
3. O'Leary, tomo I, pág. 321.

de tantas maldades como se han cometido en la Nueva Granada. Consideraba que estos oficiales prisioneros habían degollado aun a nuestros simples soldados, prisioneros suyos de guerra, y que en V. E., en mis compañeros y en mí habrían descargado su fiereza si la acción de Boyacá nos hubiese sido funesta".

En esa correspondencia del Libertador durante el año 1820, tan atormentada a pesar de los felices éxitos que comenzaban para los patriotas, aparece fugazmente una leve pincelada de poesía y amor. En una de sus cartas a Santander leemos: "Qué interesante estará la sentimental Bernardina suspirando, leyendo y hablando del ingrato Plaza"; y dos meses después le escribe al mismo: "Dígale Ud. muchas cosas a Bernardina y que estoy cansado de escribirle sin respuesta. Dígale Ud. que yo también soy soltero, y que gusto de ella aún más que Plaza, pues que nunca le he sido infiel" [1]. El tono festivo de esos párrafos disimulaban una verdadera pasión, y es la única vez que Bolívar insinúa, después de su viudedad, la posibilidad de casarse. El general París, anotaba en su *Diario*, a los dos días de haber entrado el Libertador en Bogotá: "Bolívar es muy popular entre las damas, pero él sólo le hace sus fiestas a Bernardina Ibáñez" [2]. Pero la bella granadina que merecía tan excepcional preferencia, ya estaba enamorada del coronel venezolano Ambrosio Plaza, y casó con él poco después. Plaza murió en Carabobo, el año siguiente, y Bolívar volvió a cortejar a Bernardina. En enero de 1822 le escribió desde Cali y en el sobre ponía: "Para la Melindrosa y más que melindrosa bella Bernardina". En otra carta para Santander, en 1824, la vuelve a recordar; pero ahora la llama "doña Bernarda" [3]. Es que ya estaba definitivamente fuera de su vida: por extraño contraste, Bernardina, después de haber sido la esposa de Plaza, compatriota y amigo íntimo de Bolívar, casó en segundas nupcias con el doctor Florentino González, que iba a atentar contra la vida del Libertador en 1828.

Por otra parte, no dejaba de haber la acostumbrada mentira en la protesta de fidelidad que Bolívar le hacía: en Angostura había reanudado el Libertador sus relaciones con la bella Josefina Machado, que en 1813 era ya su novia y que también pudo ser su esposa, porque pertenecía a una de las mejores familias de Caracas. Pero esta infortunada muchacha fue víctima de la miseria que sufrieron en el destierro las familias patriotas. Después del fracaso de Bolívar en Ocumare el año 16, tuvo que permanecer con su madre, su tía y otras señoras, en la isla de San Thomas, y, naturalmente, se ensañó contra ellas la maledicencia a que estaban expuestas unas pobres mujeres abandonadas. Bolívar, por medio de su primo

---

1. *Cartas*, tomo II, págs. 191 y 245.
2. Citado por Alfonso Rumazo González, en *Manuela Sáenz, la libertadora del Libertador*. Buenos Aires, 1945.
3. *Cartas*, tomo XI, pág. 414 y tomo IV, pág. 151, respectivamente.

Leandro Palacios, les envió dinero el año 18 para que regresaran a la patria, y con respecto a los chismes que corrían acerca de ellas le informaba Leandro que no se atrevía a opinar "porque podré pasar por un injusto o por un tonto". Tampoco queda en claro si esos chismes se referían a la conducta política o a la privada de aquellas damas. Por lo demás, en Angostura tampoco podían arraigar mucho aquellos amores; ya hemos visto que las obligaciones de la guerra no le permitían a Bolívar detenerse en parte alguna. Según datos no confirmados, la enamorada Josefina quiso seguirlo a la Nueva Granada, pero habiendo enfermado en Achaguas, murió precisamente ese año 1820.

Las operaciones militares habían quedado relativamente paralizadas en Venezuela después de la victoria de Boyacá. Bolívar prefirió estimular las que había ordenado hacia el norte y el sur del virreinato. Para las primeras tuvo la colaboración del general Mariano Montilla, con quien se había reconciliado y que volvería a ser su amigo entrañable hasta la muerte del Libertador. Esa colaboración era sobre todo oportunísima por dos hechos lamentables: la muerte de Anzoátegui, ocurrida repentinamente, casi en medio de la fiesta con que se celebraba su nombramiento de Comandante del Ejército del Norte, el 15 de noviembre de 1819; y que el general Urdaneta había sufrido otra recaída en sus frecuentes enfermedades. Urdaneta era, aparte del Libertador, el único estratega que se había probado en operaciones de largo alcance y bajo su sola responsabilidad, y también había merecido que Bolívar pensara en él para la Presidencia de la República. Pero los atroces sufrimientos que le ocasionaban sus dolencias, y a pesar de las cuales a veces se mantenía muchos días a caballo sin tomar reposo, le impidieron dar todo lo que podía esperarse de él en esos últimos años de la emancipación. También Bolívar estuvo enfermo en aquellos días, y quedó, dice, con propensión al sueño y al reposo, "que para mí es una enfermedad muy grande", agrega.

Las operaciones hacia el sur, destinadas a ocupar a Quito y seguir sobre el Perú, las había confiado el Libertador al valeroso general Manuel Valdés, de quien decía que era el hombre más "lucido" en un campo de batalla. Este Jefe se sentía, sin embargo, perplejo frente a los tremendos despeñaderos de los Andes que le cerraban el paso, y Bolívar lo apremiaba: "Valdés debe tener entendido —le mandaba a decir— que es un axioma militar que por donde pasa una cabra pasa un ejército". Seguramente Valdés no encontraría tan axiomático ese principio, aunque dos años después Bolívar lo aplicó personalmente, en aquellos mismos parajes, para triunfar en Bomboná.

Era muy difícil aumentar el ejército que operaba en Venezuela, por la terrible mortandad que sufrían los reclutas al pasar de las regiones altas y frías de Cundinamarca a los llanos venezolanos. Parece que la adaptación contraria, de los llaneros a las altiplanicies, era mucho más fácil, aunque

fuera más dolorosa para nuestras desnudas tropas. Varias veces se muestra mortificado Bolívar por aquel despiadado sacrificio humano, y, en parte para remediarlo, propuso que se diera libertad a los esclavos y se les llamara a filas. "Cada vez me confirmo más —decía a Santander— en la demanda de libertos; pues estos infelices hombres de estas provincias son como la cera que se derrite con el calor". Los propietarios de esclavos se mostraban, sin embargo, reacios a sacrificar aquella "propiedad", y Bolívar advierte: "Lo de los esclavos, si andan alborotando el avispero, resultará lo que en Haití: la avaricia de los colonos hizo la revolución, porque la República francesa decretó la libertad y ellos la rehusaron, y a fuerza de resistencia y de oposiciones irritaron los partidos... Nuestro partido está tomado, retrogradar es debilidad y ruina para todos. Debemos triunfar por el camino de la revolución, y no por otro. Los españoles no matarán los esclavos, pero matarán los amos y entonces se perderá todo". Ya había hecho esta otra observación, de largo alcance: "Es, pues, demostrado por las máximas de la política, sacada de los ejemplos de la historia, que todo gobierno libre que comete el absurdo de mantener la esclavitud es castigado por la rebelión y algunas veces por el exterminio, como en Haití. En efecto, la Ley del Congreso es sabia en todas sus partes. ¿Qué medio más adecuado ni más legítimo para obtener la libertad que pelear por ella? ¿Será justo que mueran solamente los hombres libres para emancipar a los esclavos? ¿No será útil que éstos adquieran sus derechos en el campo de batalla, y que se disminuya su peligroso número por un medio poderoso y legítimo? Hemos visto en Venezuela morir la populación libre y quedar la cautiva; no sé si esto es política, pero sé que si en Cundinamarca no empleamos los esclavos sucederá otro tanto"[1].

Deseaba el Libertador obtener el máximo de eficacia en la administración, y cada día más comedimiento en la política. Llega hasta ocuparse en unos lemas que ostentaba la *Gaceta* del Gobierno y le indica a Santander: "La *Gaceta* es muy chiquita; no contiene nada... Hágale Ud. quitar el geroglífico; póngale Ud. por título *Gaceta de Bogotá* y que se llenen las columnas con los caracteres más pequeños que haya... También se puede ahorrar *Libertad o Muerte*: todo eso huele a Robespierre y a Cristóbal, que son dos extremados demonios de oposición a las ideas de moderación culta. La fortuna nos ahorra la terrible necesidad de ser terroristas"[2]. El *Cristóbal* a que se refiere era el temible cabecilla negro que se hizo coronar en Haití; y la alusión es una prueba más de la preocupación que todavía causaba entre los criollos la anarquía que devastó a aquella isla.

La eterna escasez de dinero y la dificultad de procurarse fusiles eran

---

1. Sobre mortandad en los reclutas, ver *Cartas*, tomo II, páginas 189, 212, 248 y 256; sobre incorporación de los esclavos al ejército, el mismo tomo, páginas 152, 180 y 189.
2. *Cartas*, tomo II, pág. 208.

otra de las cotidianas preocupaciones del Libertador. El austero Roscio, que en su vida privada jamás hubiera hecho nada indelicado por interés, no vacilaba en aconsejarle desde Angostura: "Que no venga sino muy clandestinamente dinero, porque su publicidad causa muchos males. No hay acreedor que no clame por ser satisfecho con el recién venido; no hay comerciante que quiera dar fiado a la República; todos los vendedores pretenden que se les pague con la moneda de Santa Fe, no hay extranjero que no pida de ella a cuenta de sus sueldos y presto; los Ministros, Agentes y Administradores, que son diligentes y fecundos en recursos para negociar, se embotan y nada valen cuando hay moneda efectiva, porque a costa de ella quieren evitar los pasos y diligencias que antes daban" [1].

Bolívar, por su parte, tenía que apaciguar a Santander, que se mostraba alarmado por los constantes sacrificios exigidos a la Nueva Granada para el sostenimiento del ejército. Algunos canónigos reclamaban porque se les habían rebajado sus beneficios, y Bolívar responde: "Cuando tomásemos la mitad de sus rentas, no haríamos más que ponerles a medio sueldo como está todo el mundo". Pero aquel medio sueldo no se les pagaba nunca a Bolívar y a sus subalternos: "Por acá estamos todos a ración de plátano y carne, y quiera Dios que nos dure", escribe en otra ocasión el Libertador. Y en carta al mismo Santander, le cuenta: "Es inútil decirle a Ud. cómo estamos por acá. Ejemplo: Infante le ganó unos reales al cura de San Cayetano, y me está manteniendo". A veces se exaspera: "La lucha no nos ha dejado más que la vida, y ésta es de ningún precio para hombres desesperados" [2].

Cuando a costa de esas privaciones logra organizar algún cuerpo de infantería le parece un prodigio: "A los «Rifles» se les dieron mil duros al tiempo de salir para Ocaña; llevando 524 plazas, divinamente vestidos, equipados, municionados y aun escogidos los hombres y las armas" [3]. Este batallón "Rifles" ha quedado justamente como doloroso ejemplo de lo que fue aquella guerra: desde su creación, a mediados de 1818, hasta su llegada a Quito, en junio de 1822, consumió 22.000 reclutas [4]. Verdad es que fue también uno de los cuerpos más bizarros y que le correspondió decidir victoriosamente varias acciones de armas.

No podía olvidar Bolívar que el ejército de Morillo, todo de veteranos, con los fusiles y artillería que le llegaban de España, lo esperaba en el centro de Venezuela, cuyo terreno montañoso anulaba las ventajas de la caballería republicana. Por eso se mostraba extremadamente cauto y

---

1. Roscio, *Obras*, tomo I, pág. XCVI.
2. Por las citas que hago y otras relativas a la misma situación, ver *Cartas*, tomo II, páginas 121, 124, 142, 164, 168, 172, 173, 179, y 201.
3. *Cartas*, tomo II, pág. 175.
4. Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Nº 96, pág. 317, Caracas; y O'Leary, Narración, tomo II, pág. 123.

no quería arriesgarse a acciones decisivas antes de haber organizado debidamente sus fuerzas: "La disciplina —decía— es el alma de las tropas enemigas, como lo es el valor de las nuestras; y por descontado, aquélla es más conveniente en una batalla general que éste". La verdad es que muchas veces había visto, en el campo de batalla, a aquellos imperturbables infantes españoles, que, al decir de los llaneros, si quedaban solamente cuatro, todavía formaban el cuadro, espalda contra espalda, hasta ser exterminados. "Yo estoy manejando el destino de diez y ocho provincias ya libres, y no debo jugarlas a los dados", observaba en la misma carta.

Como decisión definitiva, le comunica a Santander: "Al fin me he decidido por la prudencia. Me he resuelto a adoptar la defensiva con respecto a Venezuela y la ofensiva en Cundinamarca"; y a los jefes de operaciones les trasmite esta consigna subrayada: *"Con audacia en el plan, y con prudencia en la ejecución"* [1].

Este nuevo modo de proceder, mediante cuidadosos preparativos, cauteloso y reflexivo, será su norma en el futuro; y correspondía al cambio que había experimentado la situación general. En los años anteriores había tenido que batirse siempre a la desesperada: baste considerar que jamás había dispuesto de un batallón vestido, equipado y municionado como ahora decía del "Rifles". En 1820 tenía la esperanza de que todo el ejército llegara a ese mismo nivel. Además, la victoria de Boyacá, y las felices maniobras que en Venezuela y en Nueva Granada lo habían puesto en posesión de un inmenso territorio, le permitían también consolidarse a la defensiva; los criollos, en ambos países, acudían cada vez en mayor número a las banderas republicanas, y los españoles tenían muchos motivos para sentirse confusos y preocupados.

El más grave de esos motivos era la revolución liberal que triunfó en España a principios de 1820. Aparte de que ese movimiento impidió la salida de otra expedición destinada a la reconquista de América, Fernando VII tuvo que jurar la Constitución de 1812, que naturalmente debía regir también en estas colonias. El Gobierno español envió, pues, instrucciones a sus jefes militares en el Nuevo Mundo para entrar en negociaciones con los republicanos. Como sucede con todos los regímenes despóticos, que apenas se resquebrajan en un punto, comienzan a derrumbarse por todos lados, aquellas innovaciones en el gobierno peninsular y la nueva actitud que representaban frente a los insurgentes, desmoralizaron a los realistas recalcitrantes acostumbrados a considerar indiscutible la voluntad del monarca y como un crimen cualquier concesión a las nuevas ideas.

---

1. *Cartas*, tomo II, páginas 131, 132 y 146. En el mismo sentido ver páginas 190, 206, 222, 254 y 275.

Morillo veía "una humillación" en aquella orden de tratar con los republicanos, y expuso casi airadamente ante su gobierno la desorganización que produciría en los asuntos americanos la revolución española de 1820. En las *Memorias* de uno de sus subalternos, el capitán Rafael Sevilla, encontramos testimonios análogos [1].

Muy característica es también la proclama del indio venezolano Reyes Vargas, que en 1812 había traicionado a los patriotas para servir al Rey, y que en octubre de 1820 justificaba así su regreso a las filas republicanas: "Los trastornos de nuestra antigua Metrópoli me han dado lecciones luminosas del derecho de los hombres. La España misma me ha enseñado que un rey no es más que un súbdito del pueblo, y que el pueblo es el verdadero soberano. Cuando yo pensé como mis mayores que el rey es el señor legítimo de la nación, expuse en su defensa mi vida con placer. Ahora que los inmortales Quiroga y Riego han descubierto con sus armas libertadoras los títulos imprescriptibles de la nación, he logrado convencerme de que tanto el pueblo español como el americano tienen derecho para establecer un Gobierno según su conciencia y propia felicidad... ¡Viva Colombia!" [2].

No olvidemos tampoco que era recíproca aquella influencia de las ideas liberales. De la América hacia Europa era caudalosa esa corriente. Ya Bolívar, en 1815, en la carta profética de Jamaica, interpretaba la independencia suramericana como un episodio de la contienda mundial entre "conservadores y reformadores", sagaz atisbo que los acontecimientos iban justificando día a día. Más tarde aquella interpretación del Libertador sería aceptada unánimemente: "Si el Nuevo Mundo se hace completamente republicano, perecerán las monarquías del viejo continente", decía Chateaubriand [3]. Según Castelar, los pueblos americanos "...se constituyeron sobre bases sociales nuevas, distintas y aun antagónicas a las bases sociales de la monarquía europea. Ese nuevo concepto social, reaccionando sobre la misma Europa, que salió a combatirlo por las armas con la guerrera España y por la presión política con la Santa Alianza, se ha impuesto hoy en ambos hemisferios" [4]. Y Unamuno recuerda en su *Don Quijote Bolívar*: "En verdad escribe Emilio Olivier, el Ministro de Napoleón III, que en tiempo de Bolívar el nombre de éste circulaba entre los pueblos de Europa —sin excluir España— como sinónimo de libertad. Con el nombre de Bolívar en los labios, en canciones patrióticas, tomaron a París los revolucionarios de 1830".

---

1. José Domingo Díaz, *Recuerdos sobre la rebelión de Caracas*, pág. 239; Andrés Revesz, *Morillo*, pág. 148, y Capitán Rafael Sevilla, *Memorias*, páginas 260, 263 y 267.
2. Citado por Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela*, Caracas, 1930, tomo I, pág. 400. Claro está que si a Reyes Vargas le escribió esta proclama algún letrado más pulido que él, no por eso pierde su significación.
3. W. P. Cresson: *Diplomatics Portraits*, pág. 30.
4. Citado por la *Revista Bolivariana*, Nº 24.

Bolívar siente venir todo esto a fines de 1820, y una vez más se aventura a lanzar varios augurios, que también se realizarían muy en breve. En carta a don Guillermo White, le dice: "Aunque triunfe Fernando, ya no puede mandar otra expedición, sabiendo los expedicionarios cómo se han de quedar. Además, mucho debe haberse reprobado, aun por los serviles mismos, el empeño de mandar a América ejércitos forzados. La opinión de las tropas se habrá ilustrado infinito por la seducción de los liberales. La Francia misma, quiero decir los Borbones, habrán temblado por la revolución de España, y condenado la conducta de Fernando en esta parte, que tanto los compromete a ellos mismos. Digo otro tanto de la Inglaterra, que tiene razones más eficaces: ella teme la revolución de Europa y desea la revolución de América; una le da cuidados infinitos, y la otra le proporciona recursos inagotables".

"La América del Norte, siguiendo su conducta aritmética de negocios, aprovechará la ocasión de hacerse de las Floridas, de nuestra amistad y de un gran dominio de comercio. Es una verdadera conspiración de la España, de la Europa y de la América contra Fernando. El la merece, mas ya no es glorioso pertenecer a una liga tan formidable contra un imbécil tirano. Yo, que siempre he sido su enemigo, ya veo con desdén combatir contra un partido arruinado y expirante. Fue, sin duda, muy digna de alabanza nuestra resistencia cuando era singular; ahora puede tenerse como alevosa. ¡Tanto confío en nuestros medios y sucesos...!" [1].

Obsérvese cómo Bolívar se consideraba luchando contra "un partido", no contra España. A pesar del tono sarcástico de sus expresiones, no deja de asomar en ellas, frente a Europa y los Estados Unidos, el afecto a la madre patria, que sobrevivía en los criollos; y, desde luego, la arrogancia con que se compadece de Fernando, a pesar de las miserias y de la incertidumbre que afligían a los patriotas, es típicamente española.

1. *Cartas*, tomo II, pág. 157. El triunfo de Fernando a que se refiere en las primeras líneas es, naturalmente, en España; el término de *serviles*, que usa, se empleaba en la península para designar a los absolutistas por oposición a los liberales.



Antonio José de Sucre, por José María
Espinosa, Bogotá, 1830.
[*Cortesía Alfredo Boulton*]

Fixada las primeras conferencias entre los plenipotenciarios, la residencia de la asamblea, como sus atribuciones pueden determinarse de un modo solemne por la pluralidad, y entonces todo se habrá alcanzado.

El dia que nuestros plenipotenciarios hagan el cange de sus poderes, se fixará en la historia diplomatica de America, una epoca inmortal. Cuando despues de cien siglos, la posteridad busque el origen de nuestro derecho publico, y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrarán con respeto los protocolos del Istmo: en el encontrarán el plan de las primeras alianzas, que trazará la marcha de nuestras relaciones con el universo. ¿Que será entonces el Istmo de Corinto con el de Panamá?

Dios gue. á V.E. ms. as. Palacio del Gobierno en Lima á 7 de Diciembre de 1824.

Vuestro aliado y confederado

Bolívar

Invitación al Congreso de Panamá.

XXVI

"ESTOS PRODIGIOS..."

Morillo se había dado cuenta también de que el dominio de España sobre la América era ya insostenible. Es sorprendente ver que aquel arrogante combatiente comenzó a sentirlo así desde los años 1815 y 1816, cuando completa el sojuzgamiento de Venezuela y de la Nueva Granada, pero tiene que admitir al mismo tiempo la imposibilidad de abandonarlas para proseguir la proyectada pacificación de las otras colonias. Precisamente es en 1816 cuando informa a la Corte que a los venezolanos y granadinos "es preciso ahogarlos en fuerzas para sujetarlos".

Su opinión acerca de los criollos iba cambiando rápidamente. Al principio sólo sentía cólera y menosprecio contra aquellos "insurgentes", cuya pobre indumentaria y aparente indisciplina hacían más irritantes las pretensiones con que se presentaban. Poco después comienza a apreciar en ellos el valor, pero todavía lo considera más como prueba de salvajismo, que como verdadera virtud militar. Luego advertimos que algunos jefes, y particularmente Bolívar, le arrancan elogios realmente extraordinarios. ¿Llegó a reconocer al fin que aquella pobreza e indisciplina que despreciaba en las tropas criollas era retoño legítimo de la abnegación con que también el pueblo español luchó por su independencia? Aunque esta guerra en América lo encumbró merecidamente a ser Marqués de la Puerta y Conde de Cartagena no debió de olvidar que como un humilde hijo de labradores tomó las armas —las armas, quizá no; a lo mejor una simple hoz, o una larga navaja o un trabuco—, contra Napoleón.

De todos modos, para 1820 no duda en calificar de prodigiosas las campañas de Bolívar, y reconoce a Costa Firme como "la América militar". En un informe al gobierno español asienta: "Los llanos de Barcelona, los de Apure y Casanare, todos están en poder de los rebeldes... La suerte de Venezuela y de Nueva Granada no puede ser dudada... Estos prodigios, que así pueden llamarse por la rapidez con que los han conseguido, fueron obra de Bolívar y de un puñado de hombres... Si llegamos a sucumbir y se pierde la Costa Firme que es la América militar, no la volverá jamás a recuperar el Rey nuestro señor, aunque para ello se empleen treinta mil hombres...". En ese mismo año, parece que en una entrevista con el francés Roussin, exclamó: "Dadme cien mil llaneros y me paseo por Europa, en nombre del Rey de España" [1].

---

1. Revesz, *op. cit.*, páginas 142 y 140, respectivamente.

Estos sentimientos, y el deterioro sufrido por su salud a consecuencia del tremendo lanzazo de la Puerta y de las penalidades sufridas en cinco años de incesante combatir, habían decidido a Morillo a pedir su retiro. Pensaba casarse y establecerse en España.

Pero cuando le llegaron las órdenes de entrar en negociaciones con los republicanos, no dejó de intentar una última maniobra para atraérselos o dividirlos. Para ello se dirigió separadamente a Bolívar, a los principales jefes militares y al gobierno de Angostura. Desde luego, lo que les proponía era que jurasen la Constitución promulgada en España y enviaran diputados a las Cortes. En ambos puntos fracasó. Tanto el gobierno de Angostura, como los diferentes jefes del ejército, le contestaron que Bolívar era el único autorizado a representarlos en aquellas negociaciones. El Libertador, por su parte, le contestó al general La Torre, cuando éste le anunció el envío de unos comisionados: "Si el objeto de la misión de esos señores es otro que el reconocimiento de la República de Colombia, V. S. se servirá significarles, de mi parte, que mi intención es no recibirlos, y ni aun oír ninguna otra proposición que no tenga por base este principio" [1].

Bolívar, sin embargo, había puesto tanta confianza en la idea de que un gobierno liberal establecido en Madrid reconocería el derecho de estos pueblos a su independencia, que aun antes de que se abrieran aquellas negociaciones, se atrevió a predecirlas. En junio de 1820 había escrito a Santander: "¡Albricias, mi querido general! Ya Fernando VII ha reconocido las cortes y la constitución, forzado, como él dice, por la voluntad del pueblo... Es averiguado que Fernando va a obrar por dos fuerzas extrañas, por la voluntad general opuesta, sin duda, a sus miras y por los serviles que fomentarán discordias civiles para retardar su caída... ¿Quién sabe si ya en este momento tenemos en Angostura alguna idea de negociación? Y sin quién sabe, aseguro que ya está decretada en España. Apunte Ud. este día y compare las fechas para que vea si soy buen profeta" [2]. Curiosa profecía, en efecto; pero interesante sobre todo por dos elementos de gran alcance psicológico que nos descubren en el Libertador: que éste seguía considerando la guerra emancipadora más como una guerra civil entre liberales y *serviles*, que como una guerra internacional entre americanos y españoles; y que, a pesar de la vehemencia de sus declamaciones contra España, conservaba la credulidad basada en el afecto, que abría los oídos de los criollos a cualquier promesa que les llegara de la madre patria.

Estos sentimientos por parte de Bolívar y las órdenes que tenía Morillo de buscar un entendimiento con los republicanos, provocaron muy pronto un cambio radical en la actitud de ambos; y muy sincero, según toda la documentación que poseemos. Como si de pronto se hubieran dado cuenta

1. *Cartas*, tomo II, pág. 213.
2. *Cartas*, tomo II, pág. 193.

de cuán insensato era el odio que los había separado, se dedican con igual vehemencia a cambiar demostraciones de caballerosidad y afecto. Hasta un episodio sangriento, que ocurrió cuando se iniciaban nuevas negociaciones, sirvió para demostrar el espíritu de mutua admiración que los animaba. El general Rafael Urdaneta lo narra así en sus *Memorias*: "No tardó Morillo en moverse sobre Carache con su ejército, compuesto de las divisiones La Torre y Tello, de infantería, y el regimiento de *Húsares de Fernando VII*, y aunque lo ocupó, como era natural, la retirada que hizo el Coronel Juan Gómez, le dio a conocer a Morillo con qué especie de gente tenía que combatir. Juan Gómez al ver bajar por la cuesta de Carache al ejército español separó de su fuerza todos los hombres, que por enfermos, estropeados, o mal montados no convenían a su objeto, y los mandó retirarse seis leguas atrás al pueblo de Santa Ana, quedándose él con unos 30 hombres mandados por Mellao, con los cuales se adelantó a reconocer a Morillo, antes que llegase al pueblo. Observado por Morillo, destacó sobre él una compañía de *Húsares*, la que no habiendo podido intimidarles, fue reforzada con otra. Empezó Gómez a replegar ordenadamente, y cuando los españoles le estrechaban volvía sobre ellos, los lanceaba, los hacía replegar y continuaba retirándose. Morillo tomó empeño en destruirlo y se puso en persona a la cabeza de todo el regimiento de *Húsares;* unas veces intentaba cortarle, lo que no consiguió, porque la vega del río Carache es angosta de un lado y otro; pero siempre repitió sus cargas, a las que Gómez correspondía haciendo frente, matando españoles y volviéndose a retirar. Así lo hizo por espacio de tres leguas, hasta que llegado al pie de la cuesta que llaman del Higuerote, donde concluyen las vegas de Carache, cansados los españoles de perseguirle sin poderlo destruir y recibiendo ellos daños, le dejaron seguir. Gómez tuvo poca pérdida y la que tuvo sirvió para dar una alta idea del ejército, porque habiendo perdido uno de los dragones su caballo, muerto en una de las cargas y retirádose Gómez, quedó este hombre solo, y a pie y apoyándose sobre el cadáver de su caballo enristró su lanza e hizo frente a toda la caballería española y aun mató a dos; fue cercado y herido, teniendo ya rota el asta de la lanza y así se defendió. Hubiera muerto, si Morillo que lo observó, no hubiera gritado que salvaran aquel valiente. Fue conducido con varias heridas al hospital de Carache y cuando algunos días después se entablaron las negociaciones, que produjeron el armisticio, habiendo ido con pliegos del Libertador a Morillo el edecán de aquél, O'Leary, Morillo le habló de aquel hombre con entusiasmo y se lo entregó para que lo condujese al Libertador, sin exigir canje y hasta le regaló dinero. El Libertador devolvió por él ocho hombres de *Barbastro*"[1].

1. *Memorias del General Rafael Urdaneta.* Caracas, 1888, pág. 209.

Bolívar se esforzaba en conservar el predominio moral que le daban las circunstancias: "La República de Colombia —escribe a Morillo— se congratula de ver rayar el día en que la libertad extienda su mano de bendición sobre la desgraciada España, y de ver a su misma antigua Metrópoli seguirla en la senda de la razón" [1]. Pero se propone también ser absolutamente firme y leal con respecto a sus adversarios: "Para vencer a los españoles —le dice a Santander— es preciso ser de acero; nada nos cuesta suspender las hostilidades de hecho si nos conviene y mucho nos puede costar suspenderlas de derecho; porque la menor confianza nos puede perder y la menor infracción deshonrar" [2].

Al fin fue convenido un tratado de armisticio por seis meses, que se firmó el 25 de noviembre de 1820, en Trujillo, la misma ciudad donde había dado Bolívar el decreto de guerra a muerte en 1813. Tenía por objeto facilitar las negociaciones para un tratado de paz definitivo y comenzaba así: "Deseando los Gobiernos de Colombia y de España transigir las discordias que existen entre ambos pueblos...".

Quedaba, pues, reconocida la existencia de la República, y Colombia comenzaba a tratar con su antigua metrópoli de igual a igual. Desde luego, los jefes españoles se dirigen ahora a Bolívar como *Presidente* del nuevo Estado. Por fin veían desaparecer los republicanos aquellos calificativos de *traidores*, *rebeldes*, *insurgentes*, que durante diez años habían caído sobre ellos y que tanto habían impresionado al pueblo. Hasta el hermano del Norte y la "libre Inglaterra" se los habían repetido. Bolívar manifiesta varias veces en sus cartas la alegría y el orgullo de aquel triunfo. Tenía razón. Durante mucho tiempo sólo había considerado como suyo el terreno que pisaba con sus tropas y de haber caído en manos de los realistas habría sido ahorcado o fusilado por la espalda. Ahora era el representante constitucional de una gran nación que se extendía desde las bocas del Orinoco hasta las fronteras del Perú.

Al día siguiente de haberse firmado el tratado de armisticio, y de acuerdo con una de sus cláusulas, se firmó otro que se llamó de regularización de la guerra. Este convenio, que Bolívar había llamado "verdaderamente santo" cuando lo propuso a Morillo, volvía a someter la lucha entre los dos bandos a los principios de humanidad y del derecho de gentes. Sus cláusulas eran tan amplias que la número 4, por ejemplo, establecía: "Los militares o dependientes de un ejército, que se aprehendan heridos o enfermos en los hospitales o fuera de ellos, no serán prisioneros de guerra, y tendrán libertad para restituirse a las banderas a que pertenecen luego que se hayan restablecido". Aún hoy nos contagia la emoción con que el Libertador le escribía a Santander: "El tratado que regulariza la

1. *Cartas*, tomo II, pág. 227.
2. *Cartas*, tomo II, pág. 233.

guerra nos hace un grande honor, porque ha sido propuesto todo por nosotros".

Ambos tratados fueron concluidos por medio de plenipotenciarios, pero una vez firmados, Morillo propuso a Bolívar una entrevista personal y el Libertador aceptó con entusiasmo. Se efectuó el día 27 en la población de Santa Ana, que se encontraba entre la ciudad de Trujillo, ocupada por Bolívar, y el pueblo de Carache, a donde había llegado Morillo. Tanto el jefe español como el republicano dejaron narraciones de ese encuentro extraordinariamente expresivas. "Acabo de llegar —escribió Morillo al día siguiente— del pueblo de Santa Ana, en donde pasé ayer uno de los días más alegres de mi vida en compañía de Bolívar y de varios oficiales de su estado mayor a quienes abrazamos con el mayor cariño. Bolívar vino sólo con sus oficiales, entregado a la buena fe y a la amistad, y yo hice retirar inmediatamente una pequeña escolta que me acompañaba. No puede Ud. ni nadie persuadirse de lo interesante que fue esta entrevista, ni de la cordialidad y amor que reinó en ella. Todos hicimos locuras de contento, pareciéndonos un sueño el vernos allí reunidos como españoles, hermanos y amigos. Crea Ud. que la franqueza y sinceridad reinaron en esta reunión. Bolívar estaba exaltado de alegría; nos abrazamos un millón de veces, y determinamos erigir un monumento para eterna memoria del principio de nuestra reconciliación en el sitio en que nos dimos el primer abrazo" [1].

Bolívar, por su parte, escribía a Santander: "Desde Morillo abajo se han disputado todos los españoles en los obsequios con que nos han distinguido y en las protestas de amistad hacia nosotros. Un aplauso a nuestra constancia y al valor que ha singularizado a los colombianos, los víctores que han repetido al ejército libertador; en fin, manifestaciones de sus deseos por la amistad de Colombia a España, un pesar por los desastres pasados en que estaban envueltos su pasión y la nuestra, últimamente la pureza de este lenguaje, que es ciertamente de sus corazones, me arrancaron algunas lágrimas y un sentimiento de ternura hacia algunos de ellos. Hubo brindis de mucha atención y de la invención más bella, pero me han complacido sobremanera los del coronel Tello y general La Torre. El primero, "por los triunfos de Boyacá que han dado la libertad a Colombia". El segundo, "por los colombianos y españoles que unidos marchen hasta los infiernos si es necesario contra los déspotas y los tiranos". Morillo brindó, entre muchos otros particulares muy entusiastas y liberales, "por los héroes que han muerto combatiendo por la causa de su patria y de su libertad". En fin, sería necesario un volumen para decir los brindis que tuvieron lugar porque, como he indicado, cada español disputaba a los demás el honor de elogiarnos. Nosotros retribuimos a sus brindis con justicia y moderación

1. Citado por Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela*, Caracas, 1930, tomo I, pág. 408.

y complaciéndolos bastantemente. El general Morillo propuso que se levantase una pirámide en el lugar donde él me recibió y nos abrazamos, que fuese un monumento para recordar el primer día de la amistad de españoles y colombianos, la cual se respetase eternamente; ha destinado un oficial de ingenieros y yo debo mandar otro para que sigan la obra. Nosotros mismos la comenzamos poniendo la primera piedra que servirá en su base. El general La Torre me ha agradado mucho; está resistido a ser sólo español; asegura que no se embarcará jamás, sea cual fuere la suerte de la guerra; que él pertenece a Colombia y que los colombianos lo han de recibir como hermano. Esta expresión, hecha con mucha nobleza y dignidad, me ha excitado por él un grande aprecio. Me ha protestado que agotará todo su influjo para que la guerra sea terminada, porque está resuelto a no desenvainar la espada contra nosotros; que su influjo valdrá mucho, porque cree quedar con el mando del ejército, según anuncian que viene el permiso de retirarse al general Morillo" [1].

En la misma carta agregaba el Libertador: "Después de esta entrevista no parece regular que hablemos más en nuestros papeles públicos contra estos señores. Yo se los he ofrecido así, y es menester cumplirlo, porque además conviene a nuestra política manifestar que no hemos sido nosotros los encarnizados enemigos de los españoles, sino cuando ellos lo han sido nuestros y que, cuando se entrevé la paz, los recibimos como amigos... Al imprimir los tratados, especialmente el de regularización de la guerra, es menester hacer algún elogio de los negociadores españoles que son excelentes sujetos y muy humanos; pero se distinguirá al brigadier Correa que, sin duda, es el mejor hombre que pisa la tierra".

Es impresionante el respeto que este general español, don Ramón Correa, gozaba entre los patriotas. En 1813 el Libertador combatió contra él por primera vez, y a pesar de que eran los momentos de máxima acritud entre los dos bandos por los recientes crímenes de Monteverde, Bolívar elogia insistentemente a Correa como militar y como caballero. En 1818 circuló entre los republicanos la noticia de que Correa había muerto en la batalla de Cojedes; pero resultó falsa, y el "Correo del Orinoco" lo celebra con estas palabras: "¡Qué dolor hubiera sido que su noble sangre, la sangre de un bravo digno de pelear por mejor causa, humano, sensible, justo, benéfico, generoso, se hubiese mezclado en aquel campo de horror con los torrentes de veneno que derramaban por mil heridas los hijos de Morillo!" [2]. En la ocasión del armisticio de 1820 Bolívar lo llama, como hemos visto, "el mejor hombre que pisa la tierra"; y poco después lo escogerá de árbitro, en una controversia con los realistas. La verdad es que numerosos jefes españoles —Ureña, Cagigal, Miyares, La Torre— fueron modelos de

1. *Cartas*, tomo II, pág. 284, 285 y 286.
2. *Correo del Orinoco*. Edición facsimilar del Gobierno venezolano. Número correspondiente al 1º de agosto de 1818.

justicia y humanidad. Sin citar los que, como el gallardo Jalón, abrazaron la causa de la República y dieron por ella la vida.

Una leyenda popular muy grata quedó también unida al recuerdo de aquella entrevista entre Bolívar y Morillo. Parece que en una de las ocasiones en que se hallaban reunidos estos dos jefes, un joven oficial patriota les daba la espalda, sin preocuparse de la etiqueta ni de la disciplina; por lo cual, algo amoscado Morillo, quiso reprenderlo indirectamente y exclamó en alta voz:

—¡Hermosas espaldas tiene el mozo!

—¡Es la primera vez que un español me las ve!, le contestó rápidamente el criollo.

De ser cierta la ocurrencia, ¡qué ardiente soplo de juventud debió de traerle al ya taciturno Conde y Marqués! También él, en España, cuando era tan sólo un impetuoso oficial subalterno, hubiera podido decirle algo análogo a Soult o a Ney.

Pocos días después de la entrevista de Santa Ana, Morillo entregó al general Miguel de La Torre el gobierno de Venezuela y el mando del ejército, y el 17 de diciembre se embarcó para España. Justo es que así como hemos insistido varias veces en juzgarlo excesivamente duro contra los patriotas, recordemos también sus virtudes militares y su desinterés. Acerca de aquéllas, nada hay que quitar al elogio que le hace su biógrafo Rodríguez Villa: "Amado con delirio por sus soldados, a quienes atendía y cuidaba más que a sí mismo; dechado de heroico valor y de pasmosa prudencia; dotado de hercúlea constitución física; infatigable en las marchas y combates, su gallarda y arrogante presencia alentaba y esforzaba a los suyos, atemorizaba a los contrarios y a todos infundía admiración y respeto". Y también es absolutamente veraz la defensa que el propio Morillo hace de su honradez, al responder a uno de sus enemigos políticos en España: "Pobre por mi fortuna desde mi nacimiento, ella me favoreció en la carrera de las armas; y si me hizo general, con todo no me hizo menos pobre. En mi escasez fundaba siempre mi primera gloria, porque era compatible con mis deseos, porque veía al lujo y la opulencia como opuestos al carácter militar y porque siempre me llenaron de horror las depredaciones de un jefe que se hacía por ellas incapaz de inspirar respeto" [1]. Aun en relación con la crueldad que a menudo usó, muchos la atribuyen a la influencia del general don Pascual Enrile, y Bolívar parecía aceptar esa opinión. O'Leary también se complace en observar que cuando la toma de Cartagena, Morillo se mostró muy humano y empeñado en aliviar a aquella heroica ciudad.

De acuerdo con la finalidad del armisticio, el Libertador nombró dos

1. Revesz, *op. cit.*, pág. 163.

plenipotenciarios —José Rafael Revenga, Ministro de Relaciones Exteriores, y José Tiburcio Echeverría, Gobernador de Bogotá— que salieron para España a negociar el reconocimiento definitivo de la República y la paz. En las instrucciones que recibieron se les prevenía que "como tal vez entra en las miras de España proponer algún príncipe de la casa de Borbón para soberano de Colombia, protestarán contra semejante proposición, que no será aceptada por ningún motivo aunque se ofrezcan las mayores ventajas. Esta protesta debe hacerse extensiva no sólo a los Borbones, sino a cualquiera casa reinante de Europa... Colombia será independiente, soberana y libre de toda dominación extranjera, o dejará de existir" [1].

Bolívar pensó aprovechar también el armisticio para subir personalmente hasta Quito, y en enero de 1821 se encontraba en Bogotá. Pero a la vez, y aunque la suspensión de hostilidades regía para toda Colombia, nombró al general Antonio José de Sucre para sustituir a Valdés como jefe expedicionario hacia el sur, en previsión de nuevas operaciones.

Pero fue en Venezuela donde un acontecimiento imprevisto ocasionó la reanudación de la guerra. La ciudad de Maracaibo, que pertenecía al área ocupada por los realistas, se sublevó contra éstos el 28 de enero de 1821, y llamó en su auxilio a un destacamento republicano que se encontraba cerca. El jefe de este cuerpo, comandante Heras, sin esperar a recibir instrucciones del gobierno, ocupó la ciudad, y los españoles consideraron que eso equivalía a una violación del armisticio. En los primeros momentos el Libertador pareció inclinado a aceptar esta interpretación, ofreció a La Torre que el comandante Heras "será juzgado porque ha excedido sus facultades", propuso que se nombrara una comisión presidida por el general Correa para que actuara como árbitro, e invitó a La Torre a una entrevista personal "y volver a tener un segundo día de Santa Ana". Lo preocupaba sobre todo que una reacción violenta por parte de los realistas desatara de nuevo la guerra a muerte, y advierte al jefe español: "cuantos más motivos haya para una ruptura, tanto más debemos ser circunspectos en el cumplimiento de los tratados y del derecho de gentes, porque nosotros somos el centro de una inmensa esfera de operaciones en el Nuevo Mundo; porque somos en el día el objeto de la consideración de los espíritus superiores, y porque nos debemos a nosotros mismos honor y buena fe" [2].

Desgraciadamente, tampoco podía abandonar a Maracaibo, y en otra comunicación al general La Torre expone estas razones: "Si Colombia y las demás secciones de América en guerra forman pueblos separados, y no pueden considerarse como parte de la monarquía española, porque

1. Gil Fortoul, *op. cit.*, tomo I, pág. 409.
2. *Cartas*, tomo II, pág. 314.

los derechos posesivos de la España sobre América no son sino los de la fuerza y los de la conquista, y porque éstos cesan de regir cuando cesa la posesión, Maracaibo, puesto en el mismo caso, dejó de ser dominio español desde el 28 de enero, y las armas de Colombia, ocupándolo, han ocupado un país que estaba fuera de las leyes españolas, que no era ya parte de la nación a que V. S. pertenece; y que estaba en libertad de elegir su forma de gobierno o de incorporarse al pueblo que conviniese más a sus intereses" [1]. Por su parte, el general Rafael Urdaneta, que por ser nativo de Maracaibo estaba ligado a esta ciudad por nexos afectivos muy fuertes y tenía en ella numerosos partidarios, consideraba lícito que las tropas de su división la hubiesen auxiliado, y con bastante lógica había expuesto ya al mismo La Torre: "no he podido desentenderme de las súplicas de los habitantes de Maracaibo, fundado en que si nos es lícito (en virtud del armisticio) admitir mutuamente un desertor o un pasado, con mayor razón debe serlo la admisión de un pueblo entero, que por sí solo se insurreccione y se acoja a la protección de nuestras armas" [2].

La realidad era que el dominio español en Colombia se derrumbaba por todos lados. En el mes de octubre anterior se había declarado por la independencia la ciudad de Guayaquil en el extremo sur de la República, y en Venezuela los guerrilleros criollos realistas acudían cada vez en mayor número a las banderas patriotas. El general La Torre comprendió que tenía que jugarse el todo por el todo en una batalla decisiva, y las tropas republicanas se mostraban impacientes en el mismo sentido.

Al fin se fijó el 28 de abril de 1821 para reanudar las hostilidades, y ya para esa fecha era evidente el plan de campaña que seguirían Bolívar y La Torre. Este decidió concentrar sus fuerzas en el centro de Venezuela y el Libertador ordenó también la reunión de los tres cuerpos de ejército que operaban en el sur y en occidente para guiarlos personalmente. Los mandaban Páez, Sedeño y Urdaneta, pero éste enfermó nuevamente y su división fue confiada al coronel Ambrosio Plaza. Las tropas patriotas de oriente, confiadas al general Bermúdez, debían avanzar por aquella vía sobre Caracas, para tomar la ciudad, si era posible, o para distraer los cuerpos realistas que la ocupaban.

En la llanura de Carabobo, a un centenar de kilómetros al occidente de Caracas, esperó La Torre al Libertador, y en la mañana del 24 de junio comenzó la acción. Bolívar, para eludir el acceso de frente al campo ocupado por La Torre, en el cual seis columnas de infantería y tres de caballería "mutuamente se sostenían para impedir nuestra salida a la llanura", según el parte republicano de la acción, hizo entrar su ejército por un sendero que caía casi a retaguardia de los realistas. Pero este

1. *Cartas*, tomo II, pág. 319.
2. Gil Fortoul, *op. cit.*, tomo I, pág. 411.

angosto paso obligó a los cuerpos republicanos de avanzada a marchar bajo el fuego enemigo, y cuando el batallón *Bravos de Apure* logró al fin desplegarse en batalla, fuerzas realistas muy superiores lo acosaron y estuvieron a punto de desorganizarlo. Afortunadamente, el *Batallón Británico*, que en ese momento también entró en la llanura, cargó a los españoles y luego resistió denodadamente, rodilla en tierra, a pesar de haber perdido a su jefe, el intrépido coronel Tomás Farriar y al segundo mayor Davy, que le sucedió en el mando. Esto permitió que nuevas fuerzas republicanas se incorporaran a la lucha, y muy pronto la victoria se declaró por los republicanos: la caballería realista escapó con el cruel Morales a su frente; y la infantería, casi toda de los mejores veteranos llegados de España, pero desmoralizada por aquella fuga de Morales y por tantos años de inútiles sacrificios, se desbandó o cayó prisionera. Sólo el batallón *Valencey*, formado en cuadro y, a pesar de los esfuerzos que los enardecidos republicanos hacían por rendirlo, se retiró con la impávida disciplina cacaracterística del infante español, protegiendo en su centro al general La Torre. Tanta impresión causó esta hazaña en la imaginación popular, que siempre el *Valencey* y su comandante Tomás García han sido glorificados en Venezuela como si fuesen héroes nuestros, y casi a la par con el inolvidable *Batallón Británico* y sus abnegados jefes.

Aunque también de los venezolanos muchos nombres pasaron en aquel día a ser legendarios. De los tres jefes de División, dos murieron en la acción. El general Sedeño, "desesperado —escribía Bolívar— de no poder entrar en la batalla con toda su división por los obstáculos del terreno, dio solo contra una masa de infantería y murió en medio de ella del modo heroico que merecía terminar la noble carrera del bravo de los bravos de Colombia". "Igual dolor —agregaba el Libertador— sufre la República con la muerte del intrepidísimo coronel Plaza, que lleno de un entusiasmo sin ejemplo se precipitó sobre un batallón enemigo a rendirlo". Antes de que Plaza expirara Bolívar llegó a su lado: "Mi General —le comentó el moribundo— muero con gusto en este campo de victoria, y en el punto más avanzado adonde no llegó Páez" [1].

Otro héroe, del más humilde origen y apenas Teniente, quedó también consagrado en aquel campo de batalla como símbolo de sus compañeros anónimos: era un liberto del ejército de Páez, a quien llamaban Negro Primero, sin duda porque era de aquellos lanceros que durante el ataque solían decir: "Delante de mí, solamente la cabeza de mi caballo". Sorpresivamente, en plena acción, Páez lo ve volver grupas y acercársele:

—¿Tienes miedo?, le reprocha.

—General, vengo a decirle adiós, ¡porque estoy muerto!, le responde el negro; y él y su caballo, caen a los pies del jefe.

---

1. *Memorias del Prócer granadino Tomás Cipriano de Mosquera.* Bogotá, 1940, pág. 420.

Desde luego, Páez también se batió en Carabobo con el valor y la pericia que en él eran costumbre, a pesar de que cuando la acción aún no había terminado, cayó en tierra víctima de un ataque convulsivo que a veces le acometía cuando se emocionaba intensamente. Su división fue la que decidió la acción, y en el propio campo de batalla Bolívar lo ascendió a General en Jefe. También el general Santiago Mariño, rival de Bolívar desde 1813, estuvo a su lado, como Jefe del Estado Mayor.

El Libertador se esmeró en mostrarse generoso con los vencidos. Y tanto, que el general La Torre le escribió desde Puerto Cabello, donde se había hecho fuerte con las tropas que pudo salvar: "Ha llegado a mi noticia que por V. E. han sido tratados con toda consideración los individuos del ejército de mi mando que han tenido la desgracia de ser prisioneros de guerra. Doy a V. E. las debidas gracias por este rasgo de humanidad, que me hace disminuir el sentimiento de la suerte de dichos individuos..."

Otras operaciones victoriosas completaron muy en breve el triunfo de Carabobo. El coronel José Pereira, que con variada suerte se había defendido en Caracas contra Bermúdez, tuvo que rendirse en La Guaira el 3 de julio, después de temerarias tentativas por unirse a La Torre en Puerto Cabello; Cumaná, última ciudad que conservaban los españoles en Oriente, fue tomada por Bermúdez en octubre; y el 1º de ese mismo mes había capitulado la formidable Cartagena, en el norte de Nueva Granada, después de un audaz ataque por tierra y por mar, que relizaron el general Mariano Montilla y el jefe de la escuadra patriota José Padilla. Con excepción, pues, de Puerto Cabello, y de Coro donde operaban algunas partidas, a fines de 1821 Venezuela y Nueva Granada eran ya libres.

Sólo una desgracia, aunque de distinto orden, ensombreció esos días de júbilo; la muerte en Curazao, el 25 de setiembre, del almirante Luis Brión. Nacido en aquella isla, consagró a la República sus cuantiosos bienes y combatió por ella sin pedir jamás recompensas. Al señor Guillermo Parker, que le comunicaba la penosa noticia, contestó el Libertador: "He recibido con un dolor extremo la honrosa comunicación que Ud. se ha servido dirigirme con el señor Santana... la muerte de S. E. el almirante Brión me ha llenado de la más profunda aflicción. El primer compañero en la empresa generosa de libertar a Colombia no existe; pero Colombia le debe la mitad de su dicha, y no será ingrata a un hombre singular que, más amante de la humanidad y de sus nuevos conciudadanos que de su propia fortuna, lo aventuró todo por satisfacer sus nobles sentimientos y saciar su sed de gloria. El Almirante llevará en todos los corazones de Colombia un altar consagrado a la gratitud. Yo, el primero, enviaré, si puedo, a la posteridad más remota, monumentos eternos del bien que hizo a mi patria y de la elevación de su carácter magnánimo" [1].

---

1. *Cartas*, tomo II, pág. 415.

Cinco días después de Carabobo el Libertador entró en Caracas. Lo acompañaban solamente parte de su Estado Mayor y el general Páez. Naturalmente, el recibimiento que le hizo la ciudad cuna de la revolución fue delirante. Pero a pesar de eso, y de que en ella volvía a encontrar los parientes y amigos que le amaron en sus días más felices —y el Avila, los perfumados bosquecillos del Anauco, los lugares donde había estudiado con Rodríguez y Bello a orillas del Catuche y del Guaire— apenas permaneció en la ciudad el tiempo indispensable para organizar provisionalmente el gobierno de Venezuela. Siete años había estado ausente, y no se tomó siete días siquiera de descanso en aquellos sitios que tanto amaba.

Es que seguía bajo la obsesión de la campaña sobre Quito y el Perú, que creía indispensable dirigir personalmente. Obsérvese esto: algunos historiadores y críticos militares atribuyen los reveses que Bolívar sufrió en los años 16, 17 y 18 al cariño que sentía por su ciudad nativa, y al afán de tomarla a toda costa. El año 21 estamos en presencia de un fenómeno absolutamente contrario: abandona a Caracas, aun antes de haber puntualizado cabalmente las medidas políticas y administrativas que requería el territorio recién conquistado, y sale a una campaña que lo llevaría casi al extremo sur del continente. No hay contradicción sin embargo entre esas dos actitudes: en ambas lo guiaba, no una preferencia personal, sino la extraordinaria combatividad que fue el secreto de sus triunfos. Y la convicción de que mientras subsistiera en América un solo núcleo de importancia en poder de los españoles, peligraba la independencia de todo el continente.

También pasó corto tiempo en Valencia; y entre esta ciudad y Caracas se detuvo en San Mateo, la hacienda más importante del mayorazgo familiar, que había sido, el año 14, campo de los combates que durante un mes libró contra Boves. Volvió a la capital de Venezuela, también por breves días, y se alejó definitivamente el 1º de agosto. En su proclama de despedida no olvidó amparar con una hermosa expresión de concordia, a los españoles que dejaba tras él: "Una victoria final —decíales a los caraqueños— ha terminado la guerra de Venezuela. Sólo una plaza fuerte nos queda que rendir. Pero la paz, más gloriosa que la victoria, debe ponernos en posesión de esta plaza y de los corazones de nuestros enemigos" [1].

En San Mateo, según O'Leary, "de los mil esclavos que poseía antes de la revolución, sólo halló tres, e inmediatamente les dio la libertad". No es un toque romántico, colocado en este punto por el estupendo irlandés, edecán y biógrafo de Bolívar. La necesidad de acelerar la abolición de la esclavitud era también una idea casi obsesiva en el Libertador: precisa-

1. O'Leary, Narración, tomo II, pág. 98.

mente el 14 de julio se había dirigido al Congreso, pidiéndole, como recompensa por la victoria de Carabobo, que se declarasen libres a los hijos de los esclavos desde el mismo día de su nacimiento [1]. "La sabiduría del Congreso General de Colombia —decíale— está perfectamente de acuerdo con las leyes existentes en favor de la manumisión de los esclavos; pero ella pudo haber extendido el imperio de su beneficencia sobre los futuros colombianos que, recibidos en una cuna cruel y salvaje, llegan a la vida para someter su cerviz al yugo. Los hijos de los esclavos que en adelante hayan de nacer en Colombia deben ser libres, porque estos seres no pertenecen más que a Dios y a sus padres, y ni Dios ni sus padres los quieren infelices". Bolívar, pues, en esos momentos de triunfo se preocupa por aquellos en quienes nadie pensaba: los españoles, que no quiere dejar abandonados al resentimiento de los vencedores; y los esclavos, para pedir su libertad. ¿Sería excesivo considerarlo como un símbolo de su carácter?

El Congreso se había reunido en Cúcuta el 6 de mayo, y mientras Bolívar hacía la campaña de Carabobo, discutió la Constitución, que promulgó el 30 de agosto y fue la primera de Colombia, puesto que la de Angostura había sido hecha para Venezuela.

En esta nueva ley fundamental, aunque triunfó el sistema centralista contra el federal que muchos congresistas preferían, los políticos se apartaron definitivamente de la única concesión que habían hecho a las ideas del Libertador: el Senado vitalicio desapareció, los senadores sólo durarían en sus funciones ocho años. Para el Presidente y Vicepresidente de la República, y para la Cámara de Representantes se conservó el período de cuatro años que fijaba la de 1819. Bogotá fue escogida como capital de la República, y Bolívar y Santander fueron electos para Presidente y Vicepresidente, respectivamente.

Durante los últimos años se había ido precisando cada vez más en la mente del Libertador la idea que ya asomara en 1813 de separar el mando político del militar, a fin de confiar aquél a un civil o a un general que tuviera condiciones de político, y dejar para sí, con más libertad, la dirección de la guerra. Con ese propósito había insistido desde 1819 en que Santander, como Vicepresidente, dirigiera el gobierno, y ahora logró que en cierto sentido se legalizara aquella distribución de actividades. Tres decretos dictó el Congreso con este objeto, y en uno de ellos se autorizaba al Presidente en campaña para "mandar las armas en persona todo el tiempo que estime conveniente, quedando el Vicepresidente encargado en la capital de las funciones del Ejecutivo; puede aumentar el ejército en los lugares que vaya libertando, exigir contribu-

---

1. O'Leary, Narración, tomo I, pág. 94, de la edición de 1952. Lecuna, *Catálogo...*, tomo III, pág. 354.

ciones en los mismos, admitir al servicio oficiales de cualquier graduación y cuerpos enteros del enemigo, conferir grados y ascensos militares, solicitando la aprobación del Senado cuando sea posible, organizar a su arbitrio los países que liberte, conceder premios y recompensas a los pueblos o individuos que contribuyan al éxito de la campaña, imponer penas a los criminales o desafectos, etc." [1].

Tales disposiciones conciliaban provisionalmente el deseo de conservar la regularidad legal, garantizada por la Constitución, con la necesidad de proceder rápida y eficazmente en la conducción de la guerra. Y si para Bolívar el problema se hubiera reducido a eso, y a obtener suficiente predominio personal, podía sentirse satisfecho.

Pero al Libertador lo preocupaba sobre todo la organización fundamental del país; no un acomodo transitorio más o menos ingenioso, sino obtener para la República un orden político estable y de largo alcance. Por eso lo decepcionó profundamente la Constitución de Cúcuta, que definitivamente renunciaba a considerar el fondo social de nuestros problemas y se conformaba con sobreponer a ellos las ideas constitucionales rutinariamente admitidas. Se dice que cuando escuchó las campanas, que echaban a vuelo para celebrar la Constitución, exclamó: "están doblando por Colombia" [2].

La realidad inmediata que debía confrontar todos los días lo hacía, a veces, excesivamente pesimista. Acerca de los militares —cuya abnegación en otras ocasiones, como en su carta a Anacleto Clemente, elogia tanto— escribía a don Pedro Gual en mayo del 21: "No pueden Uds. formarse una idea exacta del espíritu que anima a nuestros militares. Estos no son los que Uds. conocen; son los que Uds. no conocen: hombres que han combatido largo tiempo, que se creen muy beneméritos, y humillados y miserables, y sin esperanza de coger el fruto de las *adquisiciones de su lanza*. Son llaneros determinados, ignorantes y que nunca se creen iguales a los otros hombres que saben más o parecen mejor. Yo mismo, que siempre he estado a su cabeza, no sé aún de lo que son capaces. Los trato con una consideración suma; y ni aun esta misma consideración es bastante para inspirarles la confianza y la franqueza que debe reinar entre camaradas y conciudadanos. Persuádase Ud., Gual, que estamos sobre un abismo, o más bien sobre un volcán pronto a hacer su explosión. Yo temo más la paz que la guerra, y con esto doy a Ud. la idea de todo lo que no digo, ni puede decirse..." [3].

Y lo que veía en el campo civil no era más prometedor. "Colombia se gobierna —escribía a Nariño— por la espada de los que la defienden, y en

1. Gil Fortoul, *op. cit.*, tomo I, pág. 431.
2. O'Leary, tomo II, pág. 101. Edición de 1883.
3. *Cartas*, tomo II, pág. 348.

lugar de ser un cuerpo social, es un campo militar. Por consiguiente, los abusos, las negligencias y la carencia de todo elemento orgánico, es inevitablemente el efecto de aquellos principios que no ha estado en mi poder corregir, por muchas razones: la primera, porque un hombre en muy poco tiempo, y escaso de conocimientos generales, no puede hacerlo todo, ni bien ni mal; segunda, porque me he dedicado exclusivamente a expulsar a nuestros enemigos; tercera, porque hay muchas consideraciones que guardar en este caos asombroso de *patriotas, godos, egoístas, blancos, pardos, venezolanos, cundinamarqueses, federalistas, centralistas, republicanos, aristócratas, buenos y malos,* y toda la caterva de jerarquías en que se subdividen tan diferentes bandos; de suerte que, amigo, yo he tenido muchas veces que ser injusto por política, y no he podido ser justo impunemente" [1].

Ya en esta carta se advierte el error generoso del cual derivó al fin su fracaso político: considerar que un solo hombre y en poco tiempo podía darle coherencia orgánica a aquellos elementos dispersos de un mundo en reconstrucción. Pues aunque niega que sea posible, se advierte que es la tarea a la que se cree obligado.

De todos modos, cuando al finalizar el año se puso al frente de la expedición que llevaba hacia el sur, dejaba atrás dos millones de kilómetros cuadrados cubiertos de banderas republicanas. Para libertarlo lo había recorrido en todas direcciones durante 10 años.

---

1. *Cartas,* tomo II, pág. 336.

XXVII

"ALIMENTARSE DE PELIGROS..."

Como hemos dicho, el 9 de octubre de 1820 la ciudad de Guayaquil, situada en el extremo meridional de la Presidencia de Quito, se declaró por la independencia. Quedó, sin embargo, aislada del resto de Colombia, porque tanto el norte de la Presidencia como el sur de la Nueva Granada permanecían en poder de los realistas.

Un formidable macizo montañoso, del cual se desprendían ríos infranqueables para un ejército, y la región llana de Patía infestada por mortal paludismo, hacían casi imposible el paso de una expedición enviada por tierra desde el norte; y ya hemos visto que el aguerrido general Manuel Valdés se detuvo perplejo ante aquellos obstáculos. Pero lo peor era que en el centro de aquella inexpugnable fortaleza natural se encontraba la ciudad granadina de Pasto que, tanto como toda la región circunvecina, era rabiosamente realista. Montañeses duros, fanáticos y temerarios, los pastusos consideraban inseparable de sus creencias religiosas la adhesión al Rey, y estaban dispuestos, todos, a ofrecer la vida como mártires de aquella religión, pero no sin antes defenderla, como lo hicieron, con pasmoso empecinamiento.

El general Antonio José de Sucre, que a pesar de su juventud se destacaba ya entre los republicanos como un jefe de capacidad excepcional, había propuesto, pues, al Gobierno de Colombia, emprender la liberación de Quito desde el sur, tomando como base a Guayaquil; y dejar así aislada la región de Pasto, que sería más fácil, después, cercar y rendir.

Aceptado este plan, Bolívar lo nombró jefe de aquella expedición; y en consecuencia, se trasladó con algunas tropas, por mar, en auxilio de Guayaquil. Pero cuando llegó a esta ciudad, el 7 de mayo de 1821, diversos contratiempos, políticos y militares, retardaron su campaña; y a fines del año, cuando Bolívar pudo tomar por fin, personalmente, la dirección de las operaciones desde el norte, seguían separados aquellos dos jefes por todo el territorio de la Presidencia de Quito y la región de Pasto al sur de la Nueva Granada.

Naturalmente, el Libertador también pensó en los primeros momentos seguir con sus fuerzas el plan de Sucre y pasar por mar a Guayaquil, en lugar de comprometer el ejército por la vía de Pasto. Pero algunas noticias, que después resultaron inexactas, le hicieron creer que el Pacífico estaba dominado por los españoles; y no podía olvidar tampoco que la expedición de Sucre, a pesar de haber sido hecha en condiciones más favorables, tuvo

Donación N° 144.
III - 4 - 37



Gal. Bolívar dessiné d'après nature à Bogotá
15 février 1828.

Retrato de Bolívar, en 1828, del natural,
por Francisco Roulín.
[Cortesía Alfredo Boulton]

quando Vd. brindó pr. q. yo despotisara
a Colombia mas bien q. otro, si alguno
la hubiera de despotisar. Por consigui-
ente me admira q. Vmd. me hable
como de una cosa questionable pa.
mi. Libertador ó muerto es mi
divisa antigua. Libertador es mas
q. todo; y pr. lo mismo yo no me
degradaré hasta un trono. Respon-
do á esto pr. q. me ha picado la

Facsímile de un trozo de la carta al General Santander del 19 de setiembre de 1826.
[Cortesía Alfredo Boulton]

tales tropiezos, por los escasos buques de que disponía Colombia, que habiendo salido del puerto de Buenaventura el 2 de abril no llegó a Guayaquil sino el 7 de mayo. Tanto la vía marítima como la terrestre aparecían, pues, igualmente temerarias; el Libertador no podía dejar a Sucre abandonado por más tiempo a tan larga distancia; si su propio ejército permanecía inactivo resultaba muy costoso para la República y corría el riesgo de desmoralizarse, y, para colmo de perplejidades, de Venezuela le informaban que una vigorosa reacción realista ponía en peligro toda la costa occidental del país, que se temía la llegada de refuerzos españoles y que el general Soublette, a quien había quedado confiada la dirección de la guerra, pensaba ante tales amenazas en desocupar a Caracas.

Volvía así a encontrarse Bolívar, después de tantos triunfos, en situación semejante a la de los años 1813 y 1814, obligado a buscar en un golpe temerario, en una campaña demoledora, la solución que no podía confiarse al cálculo. A pesar, pues, de que hasta febrero de 1822 dominó la impaciencia con que habitualmente reaccionaba frente a tales dificultades, al fin decidió forzar a toda costa el camino por tierra.

De los sacrificios que era preciso afrontar de nuevo, nos dan idea estos comentarios de O'Leary, testigo presencial de aquellas penalidades: "Más de una vez —escribe— he descrito la dificultad de organizar y mover un ejército en Colombia. Pero es necesario, para estimar debidamente los esfuerzos del Libertador, y sus dotes militares, estudiar esas marchas y tener presente los escasos recursos del país en que se ejecutaban. Algunos batallones habían tenido que marchar desde Valencia a Maracaibo, de allí a Santa Marta, por agua, penetrar por tierra al Magdalena, subir este río en embarcaciones pequeñas e incómodas hasta el puerto de Ocaña, pasar de allí a la ciudad del mismo nombre, atravesar el páramo de Cachirí, seguir camino por Bucaramanga, el Socorro y Chiquinquirá hasta Bogotá y desde esta capital a Popayán, por las llanuras ardientes de Neiva, y tramontar la elevadísima cordillera de los Andes por Guanacas. Si la vista se cansa siguiendo sobre el mapa la ruta que he trazado, larga y penosa, ¡cuántos no serían los sufrimientos y fatigas de aquellas tropas en esa marcha de más de setecientas leguas, por un país escasamente poblado, falto de los recursos más indispensables para la vida, empobrecido por la guerra, en una palabra: casi en el estado primitivo de los pueblos! No es de extrañar que en semejante marcha hubiese cuerpo que perdiese la tercera parte de su fuerza, ni que al llegar a Popayán, en el hospital hubiese más enfermos que sanos en el cuartel. Popayán, cuyo benigno clima es proverbial, se inficionó con los gérmenes de toda suerte de enfermedades, contraídas por las tropas en su prolongada marcha por regiones deletéreas, y gran número de veteranos vencedores en Boyacá y Carabobo encontraron allí una tumba prematura".

En Popayán debía organizarse el ejército, pero entre esa ciudad y Pasto

se interponían nuevos días de marcha interminable. Con las inevitables alternativas de llanuras ardientes y paludosas y páramos helados, ríos que se desprendían de las alturas entre riberas cortadas a pico y senderos de montaña por donde apenas podía pasar una cabra. "La capital del Cauca —indica Lecuna— célebre por su cultura y los adelantos alcanzados en la industria agrícola, se halla a 1.760 metros sobre el mar, cerca de la cabeceras del río Cauca, en un valle fértil y de clima fresco. Tomando el camino del Sur se atraviesa a poco andar una sierra y se cae al valle del Timbío, afluente del Patía, río caudaloso formado principalmente por las aguas del Mayo, el Juanambú y el Guáitara. El camino baja hasta unos 500 metros sobre el mar, adelante del pueblo de Patía, para luego subir por Mercaderes (1.170 m.) y Berruecos (2.170 m.) a los contrafuertes del volcán de Galeras, a cuya falda se halla la ciudad de Pasto a 2.600 m. de altura" [1].

Bolívar había sopesado cuidadosamente todo esto. Cuando desistió de emprender su expedición por la vía marítima, le explicaba a Santander: "Los batallones que estaban en marcha los he llamado para no exponerlos en el mar, o no quedarnos divididos en dos trozos por el efecto de los accidentes que pueden ocurrir con la marina enemiga, que dicen viene a San Buenaventura. Por consiguiente, la expedición se hará por el infernal país de Patía, y con todas las dificultades que tiene en sí un país enemigo, asolado y mortífero. Nuestra caballería llegará sin caballos; nuestros bagajes se perderán todos; no tendremos pan; el ganado será muy escaso porque se pierde y se cansa en el camino; las enfermedades serán infinitas porque a entradas de agua es el peor tiempo. El Juanambú y el Guáitara nos opondrán obstáculos difíciles y peligrosos. No cesará la deserción como ya se tiene experimentado. Y, por otra parte, oiga Ud. las ventajas del enemigo: tienen 4.000 hombres, que yo no puedo reunir; estos 4.000 hombres estarán bien descansados y mantenidos con buenas posiciones. Mourgeon parece audaz y activo cuando ha hecho el delirio de venirse a Quito en estas circunstancias, sabiendo, por supuesto, que yo vengo con un grande ejército. El ha traído armas y municiones bastantes con que aumentar sus tropas, y yo no puedo aumentar las mías, porque un solo caucano no pasa de Patía, ni aun de simple arriero. Por descontado, vencidos todos los obstáculos me encontraré del otro lado del Guáitara con la mitad de las tropas que saque de aquí, que, por mi opinión, no serán arriba de 3.000 hombres, si tenemos infinita fortuna; porque debe Ud. saber que este clima es abominable; que Popayán es lo mismo; que los montañeses de país frío se enferman todos al pasar por Neiva, y que todo el mundo deserta horrorosamente. En una palabra, para completar mi bella exposición diré a Ud. que mucho temo que después de tan grandes sacrificios y de tanto alboroto, yo no me atreva a exponer la suerte de la República por

1. Lecuna: *Crónica razonada...*, tomo III, pág. 94.

esta parte a una catástrofe infalible. Veo claramente que vamos a luchar contra lo imposible, pues yo no puedo variar, ni la naturaleza del país, ni la de esos débiles hombres" [1].

Y pocos días después, agregaba: "Toda la noche he estado sin dormir, meditando sobre las nuevas dificultades que se me presentan, y sobre los nuevos medios que tiene el enemigo para defenderse. Ya he formado mi cálculo y estoy cierto que no llevaré 2.000 hombres al Juanambú, como también estoy cierto que él me presentará más de 4.000. De suerte, que si espero, volvemos a la noria de reclutas y bajas, y si no espero, voy a dar un combate más aventurado que el de Boyacá, y voy a darlo de rabia y de despecho, con ánimo de triunfar o de no volver. Mi mayor esperanza la fundo en la política que voy a emplear en ganar el país enemigo y aun los jefes y tropa, si es posible" [2].

A pesar de aquella "consideración suma", que según su expresión se había impuesto para tratar a sus subalternos, Bolívar se impacienta también por el desamparo en que con frecuencia se ve. En un oficio fecha 28 de enero, Santander le advertía que era imposible auxiliarlo con nuevos refuerzos, por estar exhausto el erario y comprometidas todas las rentas. "Si yo hubiera estado en el Magdalena —le responde Bolívar— el batallón *Tiradores* hubiera venido, y el señor Clemente hubiera ido a Maracaibo a su tiempo; si yo hubiera estado en Bogotá los soldados no tendrían despedazados todos los pies y no marcharían ahora así despedazados, sin alpargatas, al Juanambú; hubieran traído agujetas para destapar los oídos de los fusiles, sin lo cual no hay combate, y si yo no estuviera aquí le aseguro a Ud. que no se habrían podido construir las tales agujetas, ni deshacer todos los cartuchos para hacerlos de nuevo, no habiendo papel a mano y no habiendo balero para rehacer las balas, que son de dieciséis y diecisiete, pero yo he remediado a todo con las mañas que me he dado. Si yo hubiera estado en Cartagena, Montilla no hubiera mandado fusiles de un calibre y municiones de otro, y aun estando yo aquí no hallo el modo de contener la progresión del mal, en un ejército que vuela a su ruina; a pesar de que no hago más que cavilar noche y día, soñando y pensando sin cesar" [3].

Ocupábase sin embargo, al mismo tiempo, en dos empresas de muy diferente índole: iniciar los trabajos de un canal que debía unir el Atlántico con el Pacífico, y promover la unión de todos los países hispanoamericanos.

De acuerdo con una idea del cura de Navilla, pensaba utilizar para el canal interoceánico el curso de dos ríos, el Atrato y el San Juan, que desembocan sobre el Atlántico y el Pacífico, respectivamente, y que estaban separados solamente por un corto trayecto de terreno propicio a la excavación de

1. *Cartas*, tomo III, págs. 8 y 9.
2. *Cartas*, tomo III, pág. 10.
3. *Cartas*, tomo III, pág. 28.

aquella vía. En el oficio que por órdenes suyas se dirigió al gobernador del Chocó, decíasele: "He tenido el honor de recibir el oficio de US., de 25 de enero último, en San Pablo, y de dar cuenta de él a S. E. el Libertador, quien se ha servido prevenirme diga a US., que haga trazar el canal por la parte del Istmo que separa los dos ríos, y tiene sólo tres millas, en un terreno de cascajo y greda deleznable; que haga US. abrir picas y ponerlas corrientes hacia los demás puntos, en donde pueda también abrirse el canal, o se hayan reputado fáciles para esta apertura: que encargue US. a Jamaica los instrumentos necesarios para esta operación, los que se pagarán por cuenta del gobierno, pues S. E. estará para el mes de octubre en el Chocó, y está resuelto a ejecutar la útil empresa de comunicar los dos mares; y espera que, para cuando llegue, ya US. habrá hecho cuanto le previene arriba, y habrá tomado noticias ciertas, informes exactos, prolijos y circunstanciados de cuanto es necesario para esta importante obra; consultando a los prácticos de los lugares" [1].

En cuanto a la unión de todos los pueblos americanos, era una esperanza tan arraigada en Venezuela que ya hemos visto cómo, desde los primeros movimientos revolucionarios, se manifiesta en las más variadas formas: en los proyectos de Miranda, su verdadero creador, que había dado a esa unión el nombre de Colombia, o Colombeia, como él escribía; en las instrucciones que dieron los revolucionarios de 1810 a los comisionados que enviaron a la Nueva Granada; en la primera Constitución de la República, que fue también la primera de la América hispana; en las canciones patrióticas de la época y sobre todo en la que se adoptó como Himno Nacional de Venezuela, etc. Después la encontramos como una idea que sobrevolaba incesantemente el pensamiento del Libertador. Unas veces se ocupa en ella para sopesar sus dificultades, como en la carta de Jamaica; en otros momentos la cree más factible y la impulsa decididamente. En 1818 escribía al Supremo Director de las Provincias Unidas del Río de la Plata, don Juan Martín Pueyredón: "Una sola debe ser la patria de todos los americanos, ya que en todo hemos tenido una perfecta unidad". Y prometía: "Excelentísimo señor: cuando el triunfo de las armas de Venezuela complete la obra de su independencia, o que circunstancias más favorables nos permitan comunicaciones más frecuentes, y relaciones más estrechas, nosotros nos apresuraremos, con el más vivo interés, a entablar, por nuestra parte, el pacto americano, que, formando de todas nuestras repúblicas un cuerpo político, presente la América al mundo con un aspecto de majestad y grandeza sin ejemplo en las naciones antiguas. La América así unida, si el cielo nos concede este deseado voto, podrá llamarse la reina de las naciones, y la madre de las repúblicas" [2].

De acuerdo con ese propósito, apenas hubo llegado a Bogotá después de

1. O'Leary, Narración, tomo II, pág. 126. Edición de 1952. Caracas.
2. *Cartas*, tomo II. pág. 20.

la victoria de Carabobo, envió como plenipotenciario a don Joaquín Mosquera a proponer los tratados correspondientes al Perú, Chile y Buenos Aires, y la misma misión llevó don Miguel Santa María a México. Con más o menos amplitud, según las condiciones políticas de cada uno de esos países, se celebraron efectivamente aquellos convenios, y el que se concluyó con el Perú el 6 de julio de 1822, comprometía, de inmediato, a ambos Estados a auxiliarse recíprocamente con sus fuerzas de tierra y mar. Sobre estas negociaciones informaba el 22 de julio al Vicepresidente colombiano: "Yo deseo mucho que empecemos de hecho la federación que hemos propuesto: primero, porque la hemos propuesto; segundo, porque es glorioso; tercero, porque es útil y que la Europa nos vea unidos de corazón y de interés; y últimamente, porque nuestros hermanos del sur tengan motivos de amarnos y no nos inquieten por esta parte por celos y rivalidades". Y sobre el Perú en particular, añadía: "Las cosas del Perú las estoy manejando con generosidad, porque la mejor política es la rectitud" [1].

Con esta interpolación sobre los propósitos continentales del Libertador, nos hemos adelantado, sin embargo, en unos meses a la narración de lo que, por lo pronto, debía resolver con más urgencia. ¿Cómo abarcar de otra manera su prodigiosa actividad? El 8 de mayo de 1822 salió de Popayán para incorporarse al ejército que ya iba camino de Pasto. Aunque en aquellas aisladas regiones no se conseguía ni papel para rehacer los cartuchos, tanto intimidaba a los patriotas el paso por la región paludosa de Patía, que el Libertador tuvo que cuidar también de que las tropas llevaran "30 cargas de aguardiente con quinina", único paliativo que se conocía para aquella terrible dolencia.

Pero ya el ejército republicano era invencible. Aunque sus soldados, fatigados, descalzos y enfermos, tuvieron que afrontar las guerrillas de los pastusos, bien alimentados y que conocían palmo a palmo los breñales que les daban abrigo, el Libertador forzó el paso del río Juanambú, cruzó el Mayo, logró coronar las alturas del volcán de Galeras y venció en Bomboná, el 7 de abril de 1822, al jefe realista Basilio García.

La victoria resultó terriblemente costosa para los patriotas, porque los realistas los habían esperado en una posición ventajosísima, apoyada su derecha en el volcán, la izquierda en los bosques del Guáitara y protegido el frente por una profunda barranca. Gigantescos árboles abatidos les servían, además, de trinchera. Un error inicial del general Pedro León Torres agravó también la situación: habíale dado orden el Libertador de que, antes de almorzar la tropa, tomara unas alturas que dominaban el campo; pero Torres entendió mal, dispuso que la tropa almorzara, y entretanto el enemigo ocupó aquella posición. Encolerizado Bolívar: "—Entregue Ud. el mando —le ordenó— al coronel Barreto, que seguramente cumplirá mejor que

---

1. *Cartas*, tomo III, pág. 54.

Ud. las órdenes que se le den". Pero el general Torres: "—Libertador —le contestó— si no soy digno de servir a mi patria como general, la serviré al menos como soldado" y tomando un fusil salió a alinearse en las primeras filas [1]. Inmediatamente el Libertador desmontó, corrió a abrazarlo y lo repuso en el mando. Poco después, Torres caía mortalmente herido, atacando de frente con la vanguardia. Siete eran los hermanos Torres, de la ciudad de Carora en Venezuela, y cinco de ellos ya habían muerto por la patria. Sólo uno sobreviviría, lleno de cicatrices.

El sacrificio del general Pedro León Torres fue lo que decidió la batalla, pues "mientras tanto —dice el parte oficial— el señor general Valdés, pie a tierra, con la audacia y el talento militar que siempre lo han distinguido, trepaba por las faldas del volcán con el batallón de *Rifles* por donde era realmente imposible. Las tropas, para subir, tenían que clavar las bayonetas para poderse apoyar y dar un paso adelante".

Como resumen de la acción de Bomboná, narra O'Leary: "El Libertador ocupó el campo de batalla, no para celebrar el triunfo de Bomboná, sino para lamentar la preciosa sangre que había costado. La noche impidió la persecución, y el estado lastimoso de las tropas la hizo imposible al día siguiente. La división de vanguardia, entre muertos y heridos, perdió dos tercios de su fuerza, y de éstos, casi todos los jefes. No fue menor el estrago hecho en el batallón *Vencedor;* tan sólo la caballería quedó sin daño, porque la naturaleza del terreno no le permitió maniobrar" [2].

Según Lecuna, no era el propósito del Libertador comprometer la acción en aquellas circunstancias, sino flanquear a los defensores de Pasto, y seguir hacia el Sur; pero, a pesar de que logró felizmente aquella maniobra, tuvo que atacar a la desesperada, por no haber encontrado manera de pasar el Guáitara. En apoyo de esta interpretación, cita estas palabras del propio Basilio García: "Ya había intentado Bolívar vadear el Guáitara, que le fue imposible por ser tiempo de aguas y el puente de Veracruz lo había yo echado abajo de antemano" [3].

Lo cierto es que el triunfo de Bomboná sirvió más para impresionar a los pastusos que para obtener por el momento ventajas efectivas, porque Bolívar, sin esperanzas ya de destruir por completo al enemigo, tuvo que replegarse a su vez y mantenerse a la expectativa.

Afortunadamente, Sucre había iniciado su ofensiva hacia el norte, logró triunfar decisivamente en las faldas del Pichincha el 24 de mayo y tomó a Quito. Este triunfo de los patriotas, que dejaba aislado al jefe de Pasto, lo

---

1. Referido, con ligeras variantes, por: Cipriano de Mosquera, *Memoria sobre la vida del General Simón Bolívar*, Bogotá, 1940, pág. 441; Lecuna, *Crónica razonada...*, tomo III, pág. 97; y Antonio Arráiz, *Culto Bolivariano*, Caracas, 1940, pág. 116.
2. O'Leary, tomo II, pág. 130. Edición de 1952.
3. Lecuna, *Catálogo...*, tomo II, pág. 152. La narración de Basilio García fue publicada en La Habana en 1822.

obligó a capitular cuando ya Bolívar se disponía a embestirlo de nuevo. Como en todas las ocasiones recientes, el Libertador extremó con los vencidos la cortesía y sus sentimientos humanitarios; devolvió al coronel Basilio García la espada que éste quiso entregarle a las puertas de la ciudad y le entregó 8.000 pesos que se encontraban en las cajas de Pasto, para socorrer a los españoles capitulados. El Obispo Salvador Jiménez, que hasta entonces había estimulado fanáticamente la rebelión de los pastusos, se convirtió por aquella conducta de Bolívar en leal partidario suyo, y en 1828, cuando ya nada podía esperar del Libertador, lo defendió contra las calumnias del asqueroso José María Obando.

En una marcha triunfal se convirtió el recorrido de Bolívar entre Pasto y Quito. Por dondequiera se agolpaba la población campesina y ciudadana para aclamarlo y ofrecerle agasajos, y al entrar en la capital el 15 de junio, las calles engalanadas y los balcones colmados por las bellas quiteñas, demostraban la alegría de la ciudad. Un grupo de señoritas quiso poner al Libertador una corona de laureles; pero él la cedió a Sucre, diciendo: "Esta corona corresponde al vencedor de Pichincha".

El 11 del mes siguiente, julio de 1822, llegó el Libertador a Guayaquil, frontera meridional de Colombia. Otro millón de kilómetros cuadrados quedaban así agregados en aquel año al territorio libertado por el ejército a su mando. Además, un genial estratega había surgido a su lado, el joven general Antonio José de Sucre.

Nació Sucre en Cumaná, ciudad del Oriente de Venezuela, el 3 de febrero de 1795, y entre sus antepasados, unos franceses y otros de los primeros conquistadores españoles de Venezuela, figuraba uno de los fundadores de Caracas, Francisco Infante, lejano ascendiente también del Libertador [1].

Cuando sólo tenía quince años, en 1810, comienza a figurar Sucre en las milicias republicanas. Apenas lo hemos dicho, se levanta ante nosotros la inquietante pregunta: ¿cómo es posible que entregado a tan temprana edad a la vida del campamento maduraran en él aquellas estupendas dotes militares y políticas que demuestra después en largos años? Más sorprendente aún es que testigo y víctima desde entonces de aquella guerra de exterminio, en que hasta sus propias hermanas sufrieron muerte atroz, jamás su alma se manchó de resentimiento o amargura, y tanto hacia los españoles como hacia sus enemigos americanos que llegaron a atentar contra su vida, fue modelo de inquebrantable generosidad. De diecinueve años, en 1814, era Jefe de Estado Mayor de la división Bermúdez; en 1817, ya Coronel y con más de veinte batallas y combates en su hoja de servicio, ocupó el mismo cargo en la división Cumaná; más tarde, en todo el ejército de Oriente. En este último caso, por expresa designación del Libertador, deseoso de

1. Luis Alberto Sucre: *Bolívar y Sucre unidos por el linaje y por la gloria.* Caracas, 1924. Es casi seguro, desde luego, que este remoto parentesco no lo conocían ni Bolívar ni Sucre.

aprovechar su tacto político, su capacidad y firmeza de carácter, para mantener el equilibrio entre los caudillos orientales y aconsejarlos en la conducción de la guerra. Poco después Bolívar le confía a O'Leary: "Es uno de los mejores oficiales del ejército: reúne los conocimientos profesionales de Soublette, el bondadoso carácter de Briceño, el talento de Santander y la actividad de Salom. Por extraño que parezca, no se le conoce, ni se sospechan sus aptitudes. Estoy resuelto a sacarle a luz persuadido de que algún día me rivalizará". Esta idea de que puede confiar en Sucre como en sí mismo irá creciendo de año en año en el Libertador. "No hay cualidad que no tenga para servir bien a la República y mandar los pueblos con agrado", dice en una ocasión. Y en otra: "Sucre tiene talento, juicio, actividad, celo y valor". Con el alborozo de un padre, celebra después: "Sucre es el venezolano de más mérito que conozco. Como Dios le dé una victoria será mi rival en sucesos militares, porque del Ecuador para el Sur lo habrá hecho todo hasta el Potosí".

Las maniobras de Sucre antes de la batalla de Pichincha —que se dio a 3.500 metros de altura— son un modelo de pericia militar, como lo serían las que precedieron a Ayacucho; y tanto en aquella victoria como en ésta, Sucre concedió a los vencidos generosa capitulación.

Las dos victorias de Bomboná y de Pichincha, aparte de la extraordinaria impresión que debían producir en el sur de Colombia y en el Perú, donde los españoles siempre habían vencido, dejaron sin enemigos el extensísimo territorio entre Bogotá y aquella frontera. Pero no en vano Bolívar se había llamado a sí mismo "el hombre de las dificultades". Lo esperaban ahora dos problemas políticos, tan graves que podían comprometer su gloria: uno se refería a la propia ciudad de Guayaquil; el otro al Perú, que aunque se había declarado independiente el 28 de julio de 1821 bajo la protección del general argentino José de San Martín, debía de enfrentarse a los profundos desajustes que serían consecuencia forzosa de su recién adquirida soberanía, y estaba además amenazado por fuerzas realistas que nunca habían sido vencidas.

La situación de Guayaquil era la siguiente: desde 1740 formaba parte de la Presidencia de Quito, la cual a su vez dependía del Virreinato de Santa Fe o de la Nueva Granada. Sin embargo, había estado transitoriamente bajo la jurisdicción del Virreinato del Perú en dos ocasiones: en 1803, por la guerra de España contra Inglaterra, durante la cual se encomendó a las autoridades de Lima su defensa; y en 1810, porque a causa de la revolución de Quito en 1809 y la de Santa Fe en 1810, el Virrey del Perú se hizo cargo del gobierno de toda la provincia de Guayaquil. Esta última situación no fue duradera: la ciudad, por su propia iniciativa, pidió al Rey "mandara agregar la provincia a la Presidencia de Quito, como antes estaba", entre otras razones, porque "su vecindario y el de su vasta provincia sufría el yugo más pesado por estar agregada a ese virreinato"

(el del Perú). Una real cédula de 23 de junio de 1819 dispuso, en consecuencia, que volviera el gobierno de Guayaquil a la Presidencia de Quito en todo lo relativo a asuntos civiles, criminales y de Real Hacienda, quedando solamente en lo militar sujeto al Virrey de Lima.

Nuevas alternativas debían, sin embargo, sacudir la opinión pública en la controvertida ciudad. Cuando se declaró independiente, en octubre de 1820, se encontró aislada del resto de Colombia porque, como hemos dicho, el norte de la Presidencia de Quito y todo el sur de la Nueva Granada permanecían en poder de los realistas. No es extraño, pues, que entre sus dirigentes se formaran tres partidos: uno que abogaba por la incorporación al Perú, de donde habían llegado, poco después del pronunciamiento de octubre, unos comisionados del general San Martín para ponerla bajo la protección de éste; otro que prefería se conservara independiente; y un tercero que insistía en la reincorporación a Colombia. La Junta de Gobierno, que la propia ciudad se dio en 1820 y que presidía el prestigioso poeta José Joaquín de Olmedo, se inclinaba hacia el Perú; en tanto que tres veteranos oficiales venezolanos —Luis Urdaneta, León de Febres Cordero y Miguel Letamendi— que habían encabezado la liberación de la ciudad y que se dedicaban a organizar sus fuerzas, eran, naturalmente, del partido colombiano. Según el historiador ecuatoriano Camilo Destruge, el principal agente de San Martín, don Tomás Guido, "lejos de concretarse a hacer las gestiones que su carácter diplomático le permitía ante la Junta, se extralimitó de manera inconsiderada; hizo activos trabajos de propaganda partidista, manejó la intriga con tanta actividad como falta de discreción; introdujo rivalidades, provocó escándalos y aun conflictos muy serios... Y es claro que, habiendo también partidarios de la incorporación a Colombia, tenía que producirse la lucha partidista, con todos los entusiasmos y aun todos los excesos y escándalos propios de tales discusiones llevadas al terreno de los hechos" [1].

La Junta de Gobierno se plegó por fin a celebrar con Tomás Guido un convenio por el cual se declaraba bajo la protección de San Martín, aunque la ciudad conservaba —se hacía constar— su gobierno independiente, la Constitución provisional que se había dado y la libertad de agregarse definitivamente a Colombia o al Perú.

Esto último molestaba a los colombianos, porque desconocía el vínculo histórico y jurídico que unía a Guayaquil con Colombia; pero como a ello había contribuido en gran parte un revés sufrido por Luis Urdaneta en sus operaciones militares contra los realistas, otros azares de la guerra —ahora la derrota de las fuerzas argentinas, la fuga de Guido, que dejó a la ciudad desamparada, y más tarde la llegada de Sucre con las fuerzas

---

1. Citado por el doctor Cristóbal L. Mendoza, en *Temas de Historia Americana*. Caracas, 1963, pág. 48.

colombianas enviadas por mar— restablecieron la influencia de Colombia. Sucre, además, procediendo con el tacto y la caballerosidad que le daban tanto prestigio, logró establecer afectuosas relaciones con el poeta Olmedo, se abstuvo de presionar a la Junta autoritariamente y se dedicó a robustecer las fuerzas locales, ya con el sólido apoyo del contingente colombiano. Premio de estos esfuerzos fue un nuevo convenio con que la Junta sustituyó al celebrado con Guido, y mediante el cual regresaba la provincia a la protección de Colombia y se autorizaba al Libertador para representarla "en todas las negociaciones y tratados de alianza, paz y comercio que celebrara con naciones amigas, enemigas o neutrales" [1].

Al Perú le interesaba la posesión de Guayaquil porque ella le completaba con un espléndido puerto su litoral marítimo septentrional; y la rica región agrícola del interior le hubiera procurado los productos de que carece la región fronteriza peruana, entre otros las maderas de construcción que podían aprovecharse para la formación de una flota. Es, pues, natural hasta cierto punto, que en Lima se esforzaran en creer bien fundados sus derechos sobre Guayaquil; y así se explica que muchos peruanos comenzaran a sentir ojeriza hacia Bolívar —y después hacia Sucre— que se vieron obligados a sostener la integridad de Colombia. Otra influencia, además, aunque circunstancial estimulaba las aspiraciones peruanas: un oficial llamado José de la Mar, nativo de la provincia de Cuenca, vecina a la de Guayaquil, había servido con los realistas hasta 1821, año en que, con el cargo de Comandante de la Plaza del Callao, la entregó a los republicanos. Desde entonces comenzó a adquirir predominio en el Perú, pero como debía temer, naturalmente, que se le considerara extranjero, su más ferviente anhelo era que la parte sur de la Presidencia de Quito pasara a ser peruana; actitud en que desdichadamente debía insistir hasta 1829, como luego veremos.

Finalmente, otra circunstancia más fortalecía la posición de los peruanos. Al iniciarse la campaña de que ya hemos hablado, gran parte de las fuerzas colombianas con que Sucre debía defender a Guayaquil y seguir sobre Quito, le llegaron tarde y en pésimo estado, debido sobre todo a la larga travesía por tierra y mar que tenían que vencer; y aunque Sucre comenzó por derrotar a los realistas en Yaguachi, poco después sufrió, cerca de Ambato, la única derrota que figura en su hoja militar. En tal situación, y en vista de que entre las fuerzas republicanas del Perú figuraba el antiguo batallón realista "Numancia", que se había pronunciado por la independencia y estaba compuesto casi en su totalidad de venezolanos y granadinos, Sucre insistió en la petición que ya había hecho de que fuera devuelto a Colombia, como lo habían pedido sus jefes y oficiales. No consitió en ello, sin embargo, el general San Martín, pero le envió en cambio una brigada formada con soldados peruanos reclutas y 110 vete-

---

1. Lecuna, *Crónica razonada...*, tomo III, pág. 121.

ranos argentinos, al mando del coronel Andrés de Santa Cruz, nativo del Alto Perú. Con lo cual reforzaba indudablemente su propia influencia en la disputa fronteriza.

Un hecho es, sin embargo, incontrovertible: que jamás Guayaquil, durante su vida política posterior, se mostró inclinada a la incorporación al Perú, a pesar de las innumerables contiendas civiles que han podido alejarla de Quito. Y esto nos demuestra que aquellas vacilaciones de 1821 no fueron sino por la angustiosa situación de aislamiento en que se encontraba.

Por desgracia, el general San Martin, que había sido declarado Protector del Perú, perdió la ecuanimidad, que era una de las demostraciones más frecuentes de su grandeza moral. Comenzó por fijar como principio el derecho de Guayaquil a decidir sobre su propio destino, lo cual puede ser muy sabio y justo cuando se trata de nacionalidades con carácter propio, pero que admitido para cada ciudad y provincia de un continente originaría un verdadero caos. En América, sobre todo, las disensiones civiles hubieran provocado, bajo esa norma, una inestabilidad tan grande en las fronteras como las que hubo en el interior de cada país. Y las intrigas y conflictos internacionales se hubieran hecho interminables. Mucho tiempo después, ¿no fue a pretexto de ese mismo principio que se verificaron los inicuos desmembramientos de Panamá y del norte de México? Colombia no podía, pues, admitir aquel sofisma, y Bolívar declaró categóricamente a la Junta de Gobierno de Guayaquil: "Yo me lisonjeo con que la República de Colombia habrá sido proclamada en esa capital antes de mi entrada en ella. V. E. debe saber que Guayaquil es complemento del territorio de Colombia; que una provincia no tiene derecho a separarse de una asociación a que pertenece y que sería faltar a las leyes de la naturaleza y de la política permitir que un pueblo intermedio viniese a ser un campo de batalla entre dos fuertes Estados, y yo creo que Colombia no permitirá jamás que ningún poder de América encete su territorio" [1]. Y en el mismo sentido le reiteraba al Protector: "Yo no pienso como V. E. que el voto de una provincia debe ser consultado para constituir la soberanía nacional, porque no son las partes sino el todo del pueblo el que delibera en las Asambleas generales reunidas libre y legalmente. La Constitución de Colombia da a la provincia de Guayaquil una representación la más perfecta, y todos los pueblos de Colombia, inclusive la cuna de la libertad, que es Caracas, se han creído suficientemente honrados con ejercer ampliamente el sagrado derecho de deliberación" [2].

Tan sincera era, por otra parte, la tesis venezolana de respetar el *uti possidetis*, para consagrar como fronteras de estos países las que habían tenido bajo el régimen colonial, que en 1830, habiéndose pronunciado la

1. O'Leary, tomo XIX, pág. 112.
2. *Cartas*, tomo XI, pág. 218.

provincia granadina de Casanare por su incorporación a Venezuela, el Congreso venezolano rechazó aquella adquisición territorial declarando que violar aquel principio sería un ejemplo funesto para la América y origen de interminables conflictos en el porvenir [1].

Pero es el caso que tampoco San Martín respetó el principio que proclamaba. En numerosas ocasiones trató de ejercer presión para forzar la voluntad de Guayaquil. Cuando iba a comenzar la campaña sobre Quito que ya hemos narrado, pidió a la Junta de Gobierno de la ciudad que se nombrara a La Mar en sustitución de Sucre, a lo cual contestó Olmedo: "El nombramiento de La Mar para el mando de la división quizá podrá causar un efecto contrario del que nos proponemos todos... Si La Mar va a la división será mal admitido y no es difícil que se le tiendan redes. Sucre, que muchas veces le ha ofrecido cordial o extracordialmente el mando, ahora lo tomaría a desaire, y no sabemos de lo que es capaz un resentimiento colombiano. Los jefes y oficiales suyos, piensan, hablan y obran lo mismo; no toda la división que marchó de Piura (la de Santa Cruz) es de confianza, pues es regular que Urdaneta tenga a su devoción la parte que manda, y la haga obrar según su interés, que no es ni identificado con el del Perú. Estas reflexiones y las que de ellas nacen, nos ha hecho acordar que se suspenda el cumplimiento de la resolución de Ud. hasta que, impuesto de todo esto, y los nuevos riesgos que nos amenazan (como puede Ud. tenerlo por la comunicación que le dirigimos por extraordinario), tome una medida grande, eficaz y poderosa. La entrevista de Ud. es indispensable. Aquí hay un agente de Bolívar cerca del gobierno del Perú" [2].

El Urdaneta que menciona Olmedo era el general venezolano Luis Urdaneta, que tenía gran influencia en las tropas y en toda la región por haber sido, como hemos dicho, uno de los autores de la liberación de Guayaquil; en la división de Santa Cruz mandaba un batallón, y sus fuerzas fueron las primeras que se incorporaron a Sucre. Pues bien, también a él quiso sustituirlo San Martín, con el argentino Olazábal, que era mayor en el mismo batallón [3]. ¿A qué se dirigía todo esto, sino a preparar una situación de fuerza que cuando llegara Bolívar a Guayaquil no podría contrarrestar? Y tampoco no se detuvo en esto el Protector; exasperado por la firme actitud de Colombia, propuso al gobierno del Perú declararle la guerra; y aunque en definitiva desistió de tan descabellado recurso, no

---

1. *Documentos para los Anales de Venezuela.* Caracas, 1889, tomo I, pág. 353. También en la región de Cúcuta se produjeron movimientos análogos y en todos observó Venezuela la misma conducta.

2. Camilo Destruge: *Historia de la Revolución de octubre y campaña libertadora de 1820-1822.* Guayaquil, 1920, pág. 391. Por la comunicación de San Martín, ver *Documentos del Archivo de San Martín.* Buenos Aires, 1910, tomo VII, pág. 433. Citados ambos por Lecuna en *Crónica razonada,* tomo III, pág. 152.

3. Lecuna, *Crónica razonada...,* tomo III, pág. 159.

tuvo escrúpulos en intentar otro, menos peligroso para él, y que para los colombianos y guayaquiteños pudo ser fatal: dio órdenes a la división de Santa Cruz, que se encontraba en plena campaña, unida al ejército de Sucre, de abandonar a éste y replegarse hacia Guayaquil. Pero ya en este punto Sucre —que conforme a su carácter había conservado en todo un comedimiento imperturbable— asumió decididamente la posición que debía esperarse de un jefe de su responsabilidad. Le advirtió a Santa Cruz que tenía derecho a disponer de las tropas auxiliares que éste mandaba "con la misma libertad que se dispone en Lima del batallón «Numancia»", y le prevenía que estaba dispuesto "cueste la medida que costare" a sostener sus órdenes de que avanzaran unidas a las suyas. Al propio San Martín le participó que para evitar en lo sucesivo situaciones semejantes había ordenado al batallón "Numancia" que, previo el permiso correspondiente, viniera a unirse a las otras fuerzas colombianas.

Esta energía del joven y veterano general evitó que se llegara a la ruptura, y aquellos cuerpos de argentinos y peruanos, destinados al parecer a una vergonzosa retirada frente al enemigo, obtuvieron, por el contrario, merecida gloria en la espléndida campaña de Pichincha.

Hemos dejado atrás, sin embargo, otro hililllo histórico muy interesante. ¿Cuál era aquella "medida grande, eficaz y poderosa" que Olmedo le reclama a San Martín? Por aquellos días, encontrándose Bolívar todavía en el norte, el general argentino propuso al Libertador una entrevista personal, y según numerosos historiadores el propósito que realmente perseguía con ello era llegar primero que Bolívar a Guayaquil, forzar la incorporación de esta ciudad al Perú y colocar de esa manera al Presidente de Colombia ante un hecho cumplido [1]. La insinuación de Olmedo parece apoyar esta sospecha, y más todavía por las cautelosas expresiones que siguen a la ya citada: "La entrevista de Ud. es indispensable. Aquí hay un agente de Bolívar cerca del gobierno del Perú". Y de que San Martín contaba con llegar primero que Bolívar a Guayaquil y seguir a encontrarlo en Quito, no hay duda: "Antes del 18 —le había escrito el 13 de julio— saldré del puerto del Callao, y apenas desembarque en el de Guayaquil, marcharé a saludar a V. E. en Quito" [2].

Naturalmente, la victoria de Bolívar en Bomboná, la de Sucre en Pichincha, la reunión de estos dos jefes y la llegada del Libertador a Guayaquil antes que el Protector, echaron abajo los planes de éste. El 13 de julio de 1822, y a consecuencia de varias demostraciones populares en Guayaquil a favor de Colombia, Bolívar expidió un bando en que ponía bajo la protección de ésta la ciudad y su provincia; y el 31 del mismo mes Guayaquil se

1. Ver especialmente el documentadísimo trabajo de Lecuna *La cuestión de Guayaquil y la Campaña de Pichincha* y *Crónica razonada...*, tomo III, págs. 111 y siguientes.

2. O'Leary, tomo XIX, pág. 335.

declaró solemnemente por su incorporación a Colombia. El propio Olmedo llegó a ser al poco tiempo tan adicto al Libertador, que su *Canto a la Victoria de Junín* ha quedado como el homenaje más fervoroso entre los que por aquellos días se tributaron a la gloria de Bolívar y de las armas colombianas.

"¿Qué le parece a usted cómo nos ha ganado de mano el Libertador Simón Bolívar?", le comentaba después el general San Martín a su edecán Rufino Guido [1]. Y el general Bartolomé Mitre, a pesar de sus esfuerzos por tergiversar toda la historia de América en favor de San Martín y en detrimento de Bolívar, llega a estas conclusiones: "La actitud de Bolívar en la cuestión de Guayaquil era más resuelta y respondía a un plan político y militar más deliberado, teniendo de su parte la fuerza y el derecho aun cuando no le acompañase la mayoría del pueblo que pretendía anexar a Colombia a toda costa... En el choque de estas dos políticas debía triunfar la que estuviese animada de mayor impulsión inicial, y estando además la razón y la fuerza de parte de Bolívar, no era dudoso cuál sería el resultado" [2]. Y aunque sólo concede a Bolívar que "esta vez por acaso" representaba el principio del *uti possidetis*, tiene que admitir la importancia de haber salvado la vigencia de éste para las futuras relaciones de las repúblicas hispanoamericanas: "El antiguo Virreinato de Nueva Granada —agrega— había sido declarado constitucionalmente parte integrante de la República de Colombia en unión con la Capitanía General de Venezuela, comprendiendo la Presidencia de Quito como dependencia de Nueva Granada. Esta declaración había sido aceptada por todo el mundo americano, con aplauso y sin protesta. Si la provincia de Guayaquil formaba parte de la circunscripción política de Quito, correspondía a Colombia. Si por el contrario pertenecía al Virreinato del Perú, era peruana. Tal era la cuestión de hecho y de derecho. La fuerza lo resolvió de hecho; pero los documentos históricos legales dan a Colombia la razón de derecho, que al fin ha prevalecido teórica y prácticamente como regla internacional entre las repúblicas hispanoamericanas" [3].

En realidad, el antagonismo entre Bolívar y San Martín, que apenas se esbozó en aquellos días y desapareció en seguida, ha sido hipertrofiado posteriormente por los historiadores argentinos con dos finalidades muy precisas: trasladar a San Martín el título de Libertador que aquél jamás usó y que Bolívar llevaba desde 1813, año en que lo recibió solemnemente; y establecer sobre los peruanos una anacrónica hegemonía a través del Protector. Es evidente que San Martín puede y debe ser llamado liber-

1. *La entrevista de Guayaquil*, apuntes atribuidos al general Rufino Guido. En la obra *San Martín en la Historia y en el Bronce*, edición oficial argentina. Buenos Aires, 1950. Citado también por Lecuna en *Catálogo...*, tomo II, pág. 183.

2. Mitre: *Historia de San Martín y de la emancipación Sud-Americana*, tomo III, págs. 589 y 591.

3. Mitre, *op. cit.*, tomo III, pág. 593.

tador, lo mismo que todos los que lucharon por la independencia americana, soldados, jefes y próceres civiles; y en la misma forma Bolívar podría llamarse protector del Perú y de todas las otras naciones que emancipó; pero así como Protector del Perú —con mayúscula y como título— sólo corresponde a San Martín, también únicamente a Bolívar se le puede llamar el Libertador. En cuanto al empeño de ejercer influencia en el Perú, despertando en los peruanos la añoranza de un vasto imperio y haciéndoles creer que Bolívar y Sucre los privaron de él, como tales delirios no resistirían hoy el análisis de un hombre medianamente culto, los argentinos han tratado de reforzarlo con otra invención: que la ambición de Bolívar fue lo que impidió entonces que San Martín concluyera en el Perú la emancipación americana y ocasionó a ese país hermano dos años más de guerra y sacrificios. Se ha llegado hasta falsificar documentos y sucesos para llevar adelante tan insensata propaganda, y por eso tendremos que volver sobre el tema.

Descansemos por ahora y dejemos descansar al lector, con la narración de un encuentro mucho más agradable, que el destino deparó al Libertador en aquellos días: el de la mujer encantadora que debía acompañarlo en lo sucesivo, casi hasta la hora de su muerte. Era quiteña, tenía veinticinco años y se llamaba Manuela Sáenz de Thorne, aunque a la historia ha pasado sin este apellido de su marido y con el nombre en diminutivo, como habitualmente la llamaban: Manuelita. Hermosísima, sensual, inquieta, de ingenio chispeante y pronto, tanto para la frase acogedora como para la réplica mordaz, ella misma se jactaba de ser "un formidable carácter, amiga de mis amigos y enemiga de mis enemigos". Su talento natural, que por lo demás llegó a cultivar con bastante esmero, puede juzgarse por la siguiente carta en que rechazaba, años después, una solicitud de su marido para que volviera a unírsele: "No, no, no, no más, hombre, por Dios. ¿Por qué hacerme Ud. escribir faltando a mi resolución? Vamos, ¿qué adelanta Ud. sino hacerme pasar por el dolor de decir a Ud. mil veces *no?* Señor, Ud. es excelente, es inimitable, jamás diré otra cosa sino lo que es Ud.; pero mi amigo, dejar a Ud. por el general Bolívar es algo; dejar a otro marido sin las cualidades de Ud. sería nada".

"Y Ud. cree que yo después de ser la querida de este general por siete años y con la seguridad de poseer su corazón prefiriera ser la mujer del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo o de la Santísima Trinidad? Si algo siento es que no haya sido Ud. mejor para haberlo dejado. Yo sé muy bien que nada puede unirme a él bajo los auspicios de lo que Ud. llama honor. ¿Me cree Ud. menos honrada por ser él mi amante y no mi marido? ¡Ah!, yo no vivo de las preocupaciones sociales inventadas para atormentarse mutuamente".

"Déjeme Ud., mi querido inglés. Hagamos una cosa: en el cielo nos volveremos a casar, pero en la tierra no. ¿Cree Ud. malo este convenio?

Entonces diría yo que era Ud. muy descontento. En la patria celestial pasaremos una vida angélica y toda espiritual (pues como hombre Ud. es pesado). Allá todo será a la inglesa, porque la vida monótona está reservada a su nación (en amores, digo, pues en lo demás ¿quiénes más hábiles para el comercio y la marina?). El amor les acomoda sin placeres, la conversación sin gracia y el caminado despacio, el saludar con reverencia, el levantarse y sentarse con cuidado, la chanza sin risa; éstas son formalidades divinas, pero yo, miserable mortal, que me río de mí misma, de Ud. y de estas seriedades inglesas, etc., ¡qué mal me iría en el cielo! Tan mal como si fuera a vivir a Inglaterra o Constantinopla, pues los ingleses me deben el concepto de tiranos con las mujeres, aunque no lo fue Ud. conmigo, pero sí más celoso que un portugués. Eso no lo quiero yo. ¿No tengo buen gusto?".

"Basta de chanzas: formalmente y sin reírme; con toda la seriedad, verdad y pureza de una inglesa digo que no me juntaré más con Ud. Usted anglicano y yo atea es el más fuerte impedimento religioso; el que estoy amando a otro es mayor y más fuerte. ¿No ve Ud. con qué formalidad pienso?". "Su invariable amiga — *Manuela*" [1].

Lo raro es que a pesar de este carácter tempestuoso, Manuela era capaz también de pasar largo tiempo leyendo y soñando, y que sin sentir fastidio ni flaqueza siguió a veces las interminables marchas de Bolívar por lugares solitarios e inhóspitos; en el Perú cuidaba del archivo del Libertador y a lo menos en una ocasión le sirvió de amanuense [2]. Con indomable rectitud, rechazó siempre las ofertas de ayuda que le hacía su rico y enamorado esposo; aún cuando, muerto Bolívar, tuvo que vivir miserablemente con el trabajo de sus manos. Emil Ludwig juzga que Manuelita fue para el Libertador "un amigo de espíritu superior". Debemos agregar que tenía para ello, además del talento y de la gracia, otra cualidad que debía acercarla particularmente a su glorioso amante: "Ella era el ser más desinteresado que he conocido", dice O'Leary.

Fue, en suma, al lado del Libertador, la mujer que sabía escuchar con inteligente atención sus confidencias; inventar placenteras zalamerías para hacerlo reposar; si estaba colérico lo apaciguaba, y si estaba triste lo animaba; lo mismo podía compartir con él las rudezas del campamento, que recibir en sociedad con el encanto de una gran dama; solía leerle, sobre todo por las noches, y cuando estaba enfermo lo cuidaba. Así fue sorprendida a su lado en la noche fatídica del 25 de setiembre de 1828, y dio frente a los asesinos con el coraje y la sangre fría del mejor edecán.

Desde que se iniciaron los amores entre Bolívar y Manuelita, en aquellos días de 1822, tuvieron esa dualidad de temeraria avidez carnal y de compe-

---

1. O'Leary, Narración, tomo III, pág. 377.
2. *Cartas*, tomo III, pág. 262.

netración espiritual. Un biógrafo de ella, Alfonso Rumazo González, narra: "Jamás hubo en aquellos parajes ardientes una pasión de dos amantes más locamente desbordada. Nunca hubo tampoco un fervor más profundo y conmovido. En la mayor parte de las horas del día Bolívar hace trabajar intensamente a su secretario. Hay que escribir cartas y más cartas: a Bogotá, a Quito, a Lima, a Buenos Aires, a Guayaquil, a Panamá, a Cali, a todas partes, porque todo este mundo casi tan grande como la tierra de Europa se mueve en su cerebro, descansa en sus manos y está íntegramente sometido a su palabra. Hay que despachar emisarios en todas direcciones para las misiones reservadas que son muchas; hay que hacer política, forjar planes militares, hallar los medios necesarios para la próxima campaña del Perú, acordarse de todos los parientes y amigos, defenderse de los enemigos, crear ejércitos y aprovisionarlos, alistar barcos, encontrar armas y pertrechos y mil y mil cosas que están supeditadas a sus designios. En esta tarea agobiante, que sólo puede ser atendida por un general que no conoce la fatiga ni descuida nada en su memoria, tiene desde entonces una extraordinaria ayudante que le enseña a ser más desconfiado, que le muestra claramente la doblez de los espíritus y que le informa con los más nimios detalles de ese pozo de intrigas, grandezas y miserias que es Lima, la Lima virreinal, en donde el Protector y sus soldados han sido poco menos que devorados por la molicie. Con más devoción que el secretario Pérez se entiende con el despacho oportuno de todo, vigila el archivo, entra a convivir plenamente con el genio a quien ama con amor de la carne y con amor del espíritu, de todo el espíritu"[1].

En cierta ocasión escribió Bolívar analizando su propio carácter: "Yo siento que la energía de mi alma se eleva, se ensancha y se iguala siempre a la magnitud de los peligros. Mi médico me ha dicho que mi alma necesita alimentarse de peligros para conservar mi juicio, de manera que al crearme Dios, permitió esta tempestuosa revolución para que yo pudiera vivir ocupado en mi destino especial". En el momento en que llegaba al cenit de su gloria y de sus responsabilidades, el destino le deparó también aquella mujer, que arrastrada por igual exuberancia vital, a un mismo tiempo lo devoraba y multiplicaba sus fuerzas.

---

1. Alfonso Rumazo González: *Manuela Sáenz, la libertadora del Libertador*. Buenos Aires, 1945, pág. 137.

XXVIII

"SOÑANDO Y PENSANDO SIN CESAR"

Como hemos dicho, Bolívar llegó a Guayaquil antes que San Martín. Tuvo, pues, el gusto de recibirlo en la ciudad, que ya se había reincorporado al territorio de Colombia, y entre los otros agasajos que se le prepararon, el Libertador obtuvo que la bellísima guayaquileña Carmen Calderón Garaicoa presentara al Protector del Perú una corona de laurel de oro esmaltado [1]. Aparte de la belleza, prestigiaban a Carmen Calderón Garaicoa los sacrificios de su familia por la causa republicana: su padre, don Francisco Calderón, había sido fusilado por los realistas al comienzo de la revolución; y su hermano, el joven Abdón Calderón, obtuvo en Pichincha "particular memoria", según el parte oficial de la batalla, porque "habiendo recibido consecutivamente cuatro heridas, jamás quiso retirarse del combate", agregaba Sucre [2]. Ya veremos también que una tía de Carmen, Joaquina Garaicoa, igualmente de excepcional encanto, se enamoró rendidamente del Libertador y le dio, en los últimos y tristes días del héroe, pruebas conmovedoras de lealtad y cariño.

Inmediatamente después de los primeros agasajos preparados por Bolívar para San Martín y de las visitas de cortesía que recíprocamente se hicieron los dos libertadores, se verificó la célebre entrevista entre ambos, que por haber sido secreta ha dado lugar a tantas fantasías.

Nuestra interpretación es que careció completamente de importancia: 1º porque el principal aunque inconfesado objeto de ella —el destino de Guayaquil— ya estaba resuelto; 2º porque el corto tiempo durante el cual conversaron Bolívar y San Martín —y que ni el uno ni el otro pensaron prolongar— apenas pudo permitirles cambiar ideas muy generales sobre los numerosos problemas americanos; 3º porque ni el Libertador ni el Protector estaban autorizados para iniciar o concluir convenio alguno; 4º porque San Martín sabía muy bien que ninguna fuerza lo respaldaba: el Perú había reaccionado contra él, y la Argentina, dividida por las facciones, nada podía ofrecerle; en ambas naciones su autoridad y su prestigio habían muerto.

Todo esto es tan cierto que para probarlo bastan los documentos que aportan los propios historiadores argentinos. Y comenzaremos por uno de

1. Así se lo refirió la propia Carmen Calderón al historiador chileno Vicuña Mackenna. Narrado por Julio César Chávez en la obra *San Martín y Bolívar en Guayaquil*. Buenos Aires, 1950, pág. 140. Citado también por Lecuna en *Catálogo...*, tomo III, pág. 286.
2. O'Leary, tomo XIX, pág. 292.

los más agresivos contra el Libertador, los citados apuntes del general Rufino Guido, tomados de la edición oficial argentina.

Dicen así al narrar lo sucedido: "Siguió la goleta navegando con marea y viento favorables, y a las doce del día siguiente, fondeó en el puerto. A los pocos momentos vinieron dos ayudantes más del general Bolívar, a felicitar de nuevo al General, y decirle, que el Libertador deseaba verle cuanto antes: como estábamos listos para desembarcar, desde que avistamos la ciudad, luego lo verificamos por el muelle: desde cuyo punto hasta la casa en que nos hospedamos, estaba formado un batallón de infantería, que en orden de parada, hizo al General los honores que por su alta graduación y rango se le debían. Al entrar a la casa hallamos al pie de la escalera que conducía a los altos al Libertador Bolívar de gran uniforme, y rodeado de su Estado Mayor, quien en el momento de ver al General, se adelantó hacia él, y dándole la mano le dijo: "Al fin se cumplieron mis deseos de conocer y estrechar la mano del renombrado general San Martín" El General contestó dando las gracias por tan cordial sentimiento, pero sin admitir los encomios que le hacía el Libertador, y subieron las escaleras, siguiendo todos hasta un gran salón que estaba preparado para su recibimiento. Al poco tiempo de estar allí empezaron a venir las corporaciones a felicitar al general San Martín, y después de ellas vinieron las señoras de Guayaquil con igual objeto: manifestación que desagradó mucho al Libertador, porque él no la había merecido, subiendo de punto su incomodidad y celos por el suceso siguiente. Luego que concluyó de felicitar al General una de las principales señoras que dirigían aquella reunión, y a quien el General la contestó muy cumplidamente y con aquella majestad y porte marcial que tanto le distinguían, quedando todo en silencio y sin despedirse dichas señoras, se levanta repentinamente una de las señoritas, como de 16 a 18 años, linda como un ángel, y con las manos atrás se dirige al General, que al lado del Libertador se mantenía en medio de la sala, y después de pronunciar una arenga, llena de elogios entusiastas, le colocó en la cabeza una corona de laurel esmaltada. Ofendida la natural modestia del General, con una demostración que no esperaba, se puso todo colorado y quitándosela de la cabeza, contestó a la señorita, que él no merecía semejante demostración; que había otros que la merecían más que él, pero que no podía tampoco despojarse de un presente de tanto mérito, por las manos de quien venía, y por el patriótico sentimiento que lo había inspirado; agregando, que lo conservaría eternamente, como recuerdo de uno de sus más felices días. Después de este singular acontecimiento se despidieron las señoras. Habiéndose despedido también los jefes y oficiales que acompañaban al Libertador, los dos ayudantes de campo del General nos retiramos, quedando solos y a puerta cerrada ambos Generales, cuyo encierro duró hora y media, saliendo en seguida el Libertador para su alojamiento, acompañado de sus ayudantes que le esperaban en nuestras habitaciones situadas al paso. Volviendo a la escena

de la corona, notable y muy notable fue para los más que la presenciamos, la diferente impresión que produjo en el semblante de aquellos grandes hombres: el que recibió tan merecido obsequio, rojo como un carmín, mientras que el otro, pálido y lívido como un muerto, no podía ocultar su despecho al verse menos obsequiado y agradecido por aquel gran pueblo, que manifestó su entusiasmo con vivas y aclamaciones al general San Martín, desde el momento de su desembarco, continuando con las mismas manifestaciones en los dos días que permanecimos allí; habiendo ocasiones en que la guardia de honor que teníamos a la puerta, se vio obligada a hacer retirar el inmenso gentío que se agrupaba bajo nuestros balcones, para vitorear y ver al General: todo esto era un tósigo para el general Bolívar, quien por su carácter altivo y dominante, no podía sufrir que hubiese otro, no digo superior, como lo era el general San Martín en muchos respectos, sino ni aun igual; pero volvamos a nuestra breve relación. Después que se retiró el Libertador, recibió el General algunas visitas, y antes de comer, que lo hicimos en la misma casa en que parábamos, acompañamos al General al alojamiento del Libertador, donde permaneció media hora, y regresamos: la noche se pasó en recibir nuevas visitas, y entre ellas algunas señoras. Al siguiente día volvimos a la casa del Libertador a la una de la tarde, habiendo antes arreglado nuestro equipaje, y ordenado que a las once de la noche se embarcase a bordo de la goleta, pues según orden del General debíamos embarcarnos esa misma noche al salir del baile, a que estábamos convidados. Luego que estuvieron juntos se encerraron ambos personajes y permanecieron así hasta las cinco, hora en que salieron a sentarse a una gran mesa, dispuesta al efecto, en la que se sentaron también algunos generales y varios jefes del ejército de Colombia. Seríamos como cincuenta individuos los que asistimos a aquel suntuoso banquete; la comida fue espléndida y duró hasta las siete de la noche, ocupando la cabecera de la mesa el general Bolívar, que daba la derecha al general San Martín. Al empezar los brindis que los inició el Libertador, parándose con la copa en la mano, e invitándonos a hacer lo mismo, dijo: *"Por los dos hombres más grandes de la América del Sur, el general San Martín, y yo"*. El general San Martín, modesto como siempre, brindó: *"Por la pronta conclusión de la guerra, por la organización de las diferentes Repúblicas del Continente, y por la salud del Libertador"*. Dos o tres brindis más fueron dados en seguida por los generales presentes, y nos levantamos de la mesa. A las nueve de la misma noche fuimos al baile a que estábamos convidados. La reunión era brillante por el número, belleza y elegancia de las señoras y lo suntuoso del salón, perfectamente adornado e iluminado: en cuanto a los hombres, la mayor parte eran jefes y oficiales del ejército colombiano y del Estado Mayor del Libertador... No estaba menos molesto nuestro General, al verse envuelto en semejante laberinto, él que aun en sus reuniones más familiares y en la confianza de la amistad, observaba

aquella moderación y decencia que siempre hay en gente bien nacida; así fue, que determinó retirarse. Se acercó a mí y me dijo: "Llámeme usted a Soyer que ya nos vamos; no puedo soportar este bullicio". Era la una de la mañana, cuando salimos del baile sin despedirse el General sino del Libertador, y sin que nadie se apercibiese de semejante despedida; lo que tal vez habría sido acordado entre ambos, porque no se alterase el buen humor de la concurrencia, pues que uno solo de sus ayudantes nos hizo salir por una puerta excusada y nos acompañó hasta el momento de embarcarnos; una vez a bordo de la goleta, levamos anclas, y nos hicimos a la vela, contentos todos de salir de entre aquella gente, que aparte de sus hazañas y de su constancia en la guerra contra los españoles parecía hacer gala de tosquedad y de soberbia. El General se levantó el día siguiente al parecer muy preocupado, y paseándonos después del almuerzo sobre cubierta, me dijo: "¿Qué le parece a usted cómo nos ha ganado de mano el Libertador Simón Bolívar? Pero confío que no se quedará con Guayaquil para agregarlo a Colombia, cuando el pueblo en masa quiere ser anexado al Perú: de grado o por fuerza lo será, luego que concluyamos con los chapetones que aún quedan en la sierra. Usted ha visto la alegría y entusiasmo de ese pueblo, y los víctores al Perú, y a mi persona". En efecto, esas demostraciones tan espontáneas de toda aquella población, mortificaron extraordinariamente al Libertador, y desde ese día empezaron los celos contra el General. Quedan, pues, indicadas las ideas e intenciones de nuestro General cuando salimos de Guayaquil, y seguía tan preocupado con ellas, que muchas veces rodaba la conversación sobre ese mismo asunto. Pero llegamos al Callao, y todos sus proyectos vinieron por tierra. La noticia que recibió a nuestro arribo de la revolución contra su primer ministro Monteagudo, y más que todo la connivencia de sus principales jefes que debieron haberla sofocado, le anodadó a tal punto, que todos notaron en su semblante la profunda impresión que había hecho en su corazón magnánimo y generoso la ingratitud de sus principales jefes. Persuadido de este error, porque así lo fue, ya no pensó más que en dejar su puesto a otro más afortunado que él, como lo fue Bolívar, que tuvo la gloria de concluir la guerra en que estábamos empeñados. He dicho que fue un error del General, el suponerse traicionado por todos sus jefes, porque a excepción de unos pocos, los demás se habrían sacrificado por él, y fusilado también al más pintado de ellos, si así lo hubiese él ordenado" [1].

Lo primero que advertimos en esta narración es que se menciona en ella numerosas veces al *Libertador*, para designar a Bolívar, sin posibilidad de equívocos. Lo mismo ocurre en todos los documentos de aquellos días. ¿Por qué, pues, esa manía posterior de los argentinos de trasladar aquel título al general San Martín?

---

1. Narración del General Rufino Guido. Citado por Lecuna en *Catálogo...*, tomo II, pág. 184.

Más interesante aún es advertir que, antes de la entrevista, San Martín estaba dispuesto a embarcarse "esa misma noche al salir del baile". ¿Por qué? Además de aquellos agasajos, que Guido se empeña en atribuir exclusivamente a los guayaquileños, San Martín contaba, al parecer, con la escuadra peruana que había enviado a Guayaquil cuando aún pensaba inclinar de esa manera la voluntad de la ciudad hacia el Perú. ¿Por qué, pues, se muestra repentinamente tan mohíno y malhumorado? Evidentemente, porque había comprendido que allí nada tenía que hacer.

Poco después, según el mismo testimonio, advirtió que no podía contar con el Perú, ni con las propias fuerzas que mandaba y "ya no pensó más que en dejar su puesto a otro más afortunado que él".

Eso fue todo: víctima de su propio carácter, demasiado proclive a la abstención y al abatimiento, y a punto de ser abandonado por todos, San Martín no podía alternar con Bolívar, que estaba dispuesto a proseguir la lucha con todo el ardor de su temperamento y a quien respaldaban las fuerzas invencibles de Colombia. Bolívar estaba acostumbrado a dominar en Venezuela caudillos de la talla de Ribas, Piar, Páez, Mariño; y a sostener deliberaciones doctrinarias con hombres que al talento unían la más celosa rectitud republicana, Santander, Tovar, Palacio Fajardo, Roscio, Urbaneja; llegaba en aquel momento a tal plenitud que ya hemos visto cómo en medio de las dificultades de la campaña de Bomboná, todavía le sobraba ímpetu para promover su querida idea de la confederación hispanoamericana, y proyectar obras como la de unir el Atlántico y el Pacífico a través de los ríos Atrato y San Juan. Nada menos parecido al modesto general, al ruborizado San Martín, que nos pinta Guido. Antes de que comenzara la entrevista ya podían saberse sus resultados.

La narración que hace Bolívar a Santander de su encuentro con el Protector, en carta fechada el 29 de julio de 1822, es absolutamente diferente a la de Guido, tanto en la forma como en los sentimientos atribuidos a los dos grandes protagonistas de aquel suceso; pero confirma la deducción principal que hemos sacado de los apuntes del argentino: que en realidad, ni remotamente llega a haber discusión trascendental entre los dos libertadores acerca de los problemas continentales, sino una simple conversación amistosa. Dice así: "Mi querido general: Antes de ayer por la noche partió de aquí el general San Martín, después de una visita de treinta y seis o cuarenta horas: se puede llamar visita propiamente, porque no hemos hecho más que abrazarnos, conversar y despedirnos. Yo creo que él ha venido por asegurarse de nuestra amistad, para apoyarse con ella con respecto a sus enemigos internos y externos. Lleva 1.800 colombianos en su auxilio, fuera de haber recibido la baja de sus cuerpos por segunda vez, lo que nos ha costado más de 600 hombres: así recibirá el Perú 3.000 hombres de refuerzos, por lo menos. El Protector me ha ofrecido su eterna amistad hacia Colombia; intervenir en favor del arreglo

de límites; no mezclarse en los negocios de Guayaquil; una federación completa y absoluta aunque no sea más que con Colombia, debiendo ser la residencia del congreso Guayaquil; ha convenido en mandar un diputado por el Perú a tratar, de mancomún con nosotros, los negocios de España con sus enviados; también ha recomendado a Mosquera a Chile y Buenos Aires, para que admitan la federación; desea que tengamos guarniciones cambiadas en uno y otro estado. En fin, él desea que todo marche bajo el aspecto de la unión, porque conoce que no puede haber paz y tranquilidad sin ella. Diré que no quiere ser rey, pero que tampoco quiere la democracia y sí el que venga un príncipe de Europa a reinar en el Perú. Esto último yo creo que es pro-forma. Dice que se retirará a Mendoza, porque está cansado del mando y de sufrir a sus enemigos. No me ha dicho que trajese proyecto alguno, ni ha exigido nada de Colombia, pues las tropas que lleva estaban preparadas para el caso. Sólo me ha empeñado mucho en el negocio de canje de guarniciones; y, por su parte, no hay género de amistad ni de oferta que no me haya hecho. Su carácter me ha parecido muy militar y parece activo, pronto y no lerdo. Tiene ideas correctas de las que a Ud. le gustan, pero no me parece bastante delicado en los géneros de sublime que hay en las ideas y en las empresas. Ultimamente, Ud. conocerá su carácter por la memoria, que mando con el capitán Gómez, de nuestras conversaciones, aunque le falta la sal de la crítica que yo debería poner a cada una de sus frases. Hoy están tratando los de la Junta electoral de esta provincia sobre su agregación a Colombia: creo que se hará, pero pretendiendo muchas gracias y privilegios. Yo, encargado del poder ejecutivo en esta parte, me encargaré de la provincia, dejando al soberano congreso, libre su soberana voluntad, para que salga del paso en su soberano poder. Aquí me servirá de algo la división de los poderes y las distinciones escolásticas concediendo la mayor, y negando la menor. Hemos logrado en estos días uniformar la opinión, a lo que no ha dejado de contribuir también la venida de San Martín, que ha tratado a los independientes con el mayor desdén. Esto es lo que se llama saber sacar partido de todo. No es para mí este elogio, sino para el que sabe lisonjear a tiempo, aunque sea al cuerdo. La «Prueba» y la «Venganza» no estarían hoy en el Perú, sin la política de San Martín: pero ya no hay más que esperar de estos dos bobos, y ahora le echa la culpa a ellos. Gracias a Dios, mi querido general, que he logrado con mayor fortuna y gloria cosas bien importantes: primera, la libertad del Sur; segunda, la incorporación a Colombia de Guayaquil, Quito y las otras provincias; tercera, la amistad de San Martín y del Perú para Colombia; y cuarta, salir del ejército aliado, que va a darnos en el Perú gloria y gratitud, por aquella parte. Todos quedan agradecidos, porque a todos he servido, y todos nos respetan porque a nadie he cedido. Los españoles mismos van llenos de respeto y de reconocimiento al gobierno de Colombia. Ya no me falta más, mi querido amigo, sino es poner a salvo el tesoro de mi prosperidad, escon-

diéndolo en un retiro profundo, para que nadie me lo pueda robar: quiero decir que ya no me falta más que retirarme y morir. Por Dios, que no quiero más: es por la primera vez que no tengo nada que desear y que estoy contento con la fortuna. El coronel Lara va mandando estos cuerpos y después seguirá el general Valdés, es cuanto en esta ocasión tengo que participar a Ud. y quedo siempre de Ud. de corazón. — *Bolívar*" [1].

Existen además dos relaciones oficiales de la conferencia de Guayaquil, firmadas ambas por José Gabriel Pérez, Secretario del Libertador, y dirigidas, una al gobierno de Colombia, y otra al general Sucre, a la sazón Intendente del Departamento de Quito [2]. En lo esencial coinciden con lo referido por Bolívar; pero nos parece que la carta transcrita es más espontánea y, por ser correspondencia privada, no puede sospecharse que haya sido aderezada con fines políticos.

La relación oficial de Pérez al gobierno, señala, sin embargo, algunos puntos concretos que fueron objeto, dice, de las conversaciones entre los dos libertadores; y los historiadores han convenido en admitirlos con ese carácter, aunque Pérez —con malignidad casi igual a la de Guido— presenta a San Martín "haciendo preguntas vagas e inconexas sobre las materias militares y políticas sin profundizar ninguna, pasando de una a otra y encadenando las especies más graves con las más triviales". Y hasta llega a puntualizar que "al llegar a la casa preguntó el Protector a S. E. si estaba muy sofocado por los enredos de Guayaquil sirviéndose de otra frase más común y grosera aún cual es pellejerías, que se supone ser el significado de enredos".

De todos modos, según Pérez los temas de la entrevista se desarrollaron así: acerca de Guayaquil, el Protector manifestó que ya no tenía por qué mezclarse en ello; sobre la forma de gobierno que convendría a los Estados americanos, San Martín se inclinaba por la monarquía, y para el Perú, en concreto, proponía que se ofreciera la corona a algún príncipe europeo; pero Bolívar se mostró absolutamente opuesto a esto último, y, como tesis general, mantuvo los principios constitucionales que había fijado en el discurso de Angostura; en cuanto a la Confederación hispanoamericana, San Martín aceptó con entusiasmo las ideas del Libertador, "cree que el gobierno de Chile no tendrá inconveniente en entrar en ella, pero sí el de Buenos Aires por la falta de unión en él; pero de todos modos, nada desea tanto el Protector como el que subsista la federación del Perú y Colombia, aunque no entre ningún otro estado más en ella"; la cuestión de límites entre el Perú y Colombia no suscitó discrepancia alguna, porque ni San Martín ni Bolívar se creían autorizados a resolverla;

---

1. *Cartas*, tomo III, pág. 58.
2. Pueden consultarse en Lecuna, *Catálogo...*, tomo III, págs. 186 y 190. El original de la primera se conserva en el Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia; y el de la segunda, en el Archivo y Museo Central de Quito.

"además —agrega Pérez— habiendo venido el Protector como simple visita sin ningún empeño político ni militar, pues ni siquiera habló formalmente de los auxilios que había ofrecido Colombia y que sabía se aprestaban para partir, no era delicado prevalerse de aquel momento para mostrar un interés que habría desagradado sin ventaja alguna, no pudiendo el Protector comprometerse a nada oficialmente". También aprobó San Martín otra proposición hecha días antes por el Libertador para "que adunados los diputados de Colombia, el Perú y Chile en un punto dado, tratasen con los comisarios españoles destinados a Colombia con este objeto"; y en otros puntos de alcance continental, apenas cambiaron opiniones intrascendentes.

Sin embargo, a pesar de tantos testimonios concordantes, veintidós años después de la entrevista surgió otra interpretación de ella, que los historiadores argentinos se han empeñado en inflar y paramentar, y que por eso nos ha obligado al largo y enojoso análisis que hemos hecho. Se basa en una pretendida carta de San Martín a Bolívar, publicada en 1844 por un francés llamado Lafond y de la cual no han aparecido ni el original ni los borradores [1]. Según la traducción generalmente admitida, dice así: "Lima, 29 de agosto de 1822. — Excmo. Señor Libertador de Colombia, Simón Bolívar. — Querido General: Dije a usted en mi última de 23 del corriente, que habiendo reasumido el mando supremo de esta república, con el fin de separar de él al débil e inepto Torre Tagle, las atenciones que me rodeaban en aquel momento no me permitían escribirle con la extensión que deseaba; ahora al verificarlo, no sólo lo haré con la franqueza de mi carácter, sino con la que exigen los grandes intereses de la América. — Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente, yo estoy íntimamente convencido, o que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, o que mi persona le es embarazosa. Las razones que usted me expuso, de que su delicadeza no le permitiría jamás mandarme, y que, aun en el caso de que esta dificultad pudiese ser vencida, estaba seguro que el congreso de Colombia no consentiría su separación de la República, permítame, general, le diga no me han parecido plausibles. La primera se refuta por sí misma. En cuanto a la segunda, estoy muy persuadido, que la menor manifestación suya al Congreso sería acogida con unánime aprobación cuando se trata de finalizar la lucha en que estamos empeñados, con la cooperación de usted y la del ejército de su mando; y que el alto honor de ponerle término refluirá tanto sobre usted como sobre la república que preside. — No se haga ilusión, general. Las noticias que tiene de las fuerzas realistas son equi-

1. *Voyages autour du monde et naufrages celebres. Voyages dans les Ameriques*, par le captaine G. Lafond. París, 1844, tomo II, pág. 136. Reproducida en la *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana*, por Bartolomé Mitre, tomo IV, pág. 615; y analizada por Lecuna en *Crónica razonada...*, tomo III, pág. 212.

vocadas; ellas montan en el Alto y Bajo Perú a más de 19.000 veteranos, que pueden reunirse en el espacio de dos meses. El ejército patriota, diezmado por las enfermedades, no podrá poner en línea de batalla sino 8.500 hombres, y de éstos, una gran parte reclutas. La división del general Santa Cruz (cuyas bajas, según me escribe este general, no han sido reemplazadas, a pesar de sus reclamaciones) en su dilatada marcha por tierra, debe experimentar una pérdida considerable, y nada podrá emprender en la presente campaña. La división de 1.400 colombianos que usted envía será necesaria para mantener la guarnición del Callao, y el orden en Lima. Por consiguiente, sin el apoyo del ejército de su mando, la operación que se prepara por puertos intermedios no podrá conseguir las ventajas que debían esperarse, si fuerzas poderosas no llamaran la atención del enemigo por otra parte, y así la lucha se prolongará por un tiempo indefinido. Digo indefinido porque estoy íntimamente convencido, que sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de la América es irrevocable; pero también lo estoy, de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres a quienes están confiados sus destinos, evitar la continuación de tamaños males. — En fin, general; mi partido está irrevocablemente tomado. Para el 20 del mes entrante he convocado el primer congreso del Perú, y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el solo obstáculo que le impide a usted venir al Perú con el ejército de su mando. Para mí hubiese sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general a quien la América debe su libertad. El destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse. — No dudando que después de mi salida del Perú, el gobierno que se establezca reclamará la activa cooperación de Colombia, y que usted no podrá negarse a tan justa exigencia, remitiré a usted una nota de todos los jefes cuya conducta militar y privada pueda ser a usted de alguna utilidad su conocimiento. — El general Arenales quedará encargado del mando de las fuerzas argentinas. Su honradez, coraje y conocimientos, estoy seguro lo harán acreedor a que usted le dispense toda consideración. — Nada diré a usted sobre la reunión de Guayaquil a la República de Colombia. Permítame, general, que le diga, que creí que no era a nosotros a quienes correspondía decidir este importante asunto. Concluida la guerra, los gobiernos respectivos lo hubieran transado, sin los inconvenientes que en el día pueden resultar a los intereses de los nuevos estados de Sud-América. — He hablado a usted, general, con franqueza, pero los sentimientos que exprime esta carta, quedarán sepultados en el más profundo silencio; si llegasen a traslucirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalerse para perjudicarla, y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia. — Con el comandante Delgado, dador de ésta, remito a usted una escopeta y un par de pistolas, juntamente con un caballo de paso que le ofrecí en Guayaquil. Admita usted, general,

esta Memoria del primero de sus admiradores. — Con estos sentimientos, y con los de desearle únicamente sea usted quien tenga la gloria de terminar la guerra de la independencia de la América del Sud, se repite su afectísimo servidor. — *José de San Martín*".

El elemento nuevo que introduce esta carta en la versión de la célebre entrevista es la pretendida oferta de San Martín de servir en el Perú, con las fuerzas que mandaba, a las órdenes del Libertador. De lo cual han deducido los comentadores argentinos que aquella extraordinaria demostración de desinterés del Protector se frustró por la desmedida ambición de Bolívar y que éste es, por consiguiente, el culpable de que aquél renunciara desde entonces a la vida pública, y el Perú tuviera que sufrir dos años más de guerra. A su vez, los historiadores de los países bolivarianos se inclinan a considerar apócrifa la carta de Lafond, y numerosos trabajos parecen probar, en efecto, que es una invención insostenible" [1].

De todos modos, si se admite como auténtica aquella carta, muy poco favor le hace a San Martín y en nada oscurece la gloria del Libertador.

Porque el supuesto ofrecimiento de San Martín de subordinarse con sus fuerzas al Libertador, no podría considerarse, bajo el análisis más elemental, sino como una insensatez inadmisible o un ardid de muy baja calidad.

¿Qué derecho, en efecto, tenía el Protector —investido por la nación peruana con el mando absoluto, político y militar, y jefe de un ejército en que figuraban argentinos, chilenos y peruanos— para poner todo aquello a las órdenes de Bolívar en una simple entrevista que ni siquiera tenía carácter oficial?

¿Qué dirían los argentinos de hoy, empeñados en parangonar a San Martín con Bolívar, si aquél, sinceramente y sin ningún embarazo, se hubiera colocado como subalterno del Presidente colombiano, para mandar algunas fuerzas colecticias, mientras Bolívar, como Jefe Supremo y con todo el ejército de Colombia lanzado a la lucha, se convertía en el Libertador del Perú?

¿No resulta una verdadera falta de respeto imaginarse a San Martín recibiendo de Bolívar las órdenes que un jefe debe dar forzosamente a sus subordinados?

¿Podía San Martín, que hasta aquel momento ejercía el poder supremo en el Perú, pasar, como subalterno militar, a acatar en silencio la dirección política que Bolívar diera al Estado puesto bajo su protección?

---

1. Aparte de los estudios de Lecuna ya citados, consideramos concluyente la minuciosa y acertada crítica del doctor Cristóbal L. Mendoza en un informe a la Academia Nacional de la Historia de Venezuela sobre aquel documento. Publicada en *Temas de Historia Americana*, Caracas, 1963, pág. 34.

¿Era San Martín incapaz de prever las disensiones que semejante situación hubiera provocado entre los peruanos y en el propio ejército?

Claro está que ante el ofrecimiento de San Martín, Bolívar pudo corresponder con otro más generoso y más sensato: apartarse él y confiarle al Protector los contingentes colombianos. Pero entonces la oferta de San Martín sólo tenía por objeto provocar esta reacción, no era sincera. Además, la enorme desproporción de fuerzas que señala Lafond —19.000 veteranos españoles contra 8.500 patriotas, en gran parte reclutas, y muchos colombianos— anulaba también aquella posibilidad. Para hacer frente a tal situación —y a las intrigas políticas y las defecciones que derribaron a San Martín— no bastaban algunos refuerzos por numerosos que fueran; era indispensable comprometer en una jugada suprema toda la fuerza y el prestigio de Colombia, y esto sólo podía hacerse —y a duras penas se logró del Congreso colombiano— bajo la conducción personal de Bolívar.

Si el Perú se encontraba en tal estado de debilidad y San Martín no podía ni levantar en él nuevas tropas, ni procurarle auxilios de la Argentina o de Chile, la única prueba de verdadero desprendimiento que podía dar era retirarse, y no complicar la situación política y militar del país empeñándose en permanecer allí como subalterno de Bolívar. Eso fue lo que hizo, con sentido muy justo de su dignidad. ¿Por qué se empeñan los argentinos en suponer auténtica la insensata o indecorosa invención de Lafond, con el solo objeto de atribuir a San Martín un desinterés que nadie le discute? ¿Y si por el testimonio del propio San Martín admiten que éste dejó al Perú en situación tan desesperada, cómo se afanan por otro lado en considerarlo libertador de aquel país?

Al separarse San Martín del Perú, en el mes de setiembre siguiente, manifestó en su proclama de despedida a los peruanos, y en otros documentos públicos, que renunciaba a la vida pública por "estar aburrido de que se dijera quería coronarse o de ser llamado tirano"; y en las *Instrucciones* que dejó al general Alvarado indicaba además "la gravedad de los males que sufría y que no le permitían continuar más en el mando del ejército" [1].

Lo mismo había manifestado en carta particular a O'Higgins, fecha 25 de agosto de 1822, o sea un mes justo después de la conferencia de Guayaquil: "Me reconvendrá usted —le decía— por no concluir la obra empezada. Tiene usted mucha razón; pero más la tengo yo. Estoy cansado de que me llamen tirano, que quiero ser rey, emperador, y hasta demonio. Por otra parte mi salud está muy deteriorada: la temperatura de este país me lleva a la tumba. En fin, mi juventud fue sacrificada al servicio de los españoles,

1. *Archivo de San Martín*, tomo VIII, pág. 110.

y mi edad media al de mi patria. Creo que tengo derecho de disponer de mi vejez" [1].

Vemos así a San Martín —mente lúcida y firme paso de veterano— renunciar a lo que no podía intentar. ¿No se le rebaja injustamente suponiendo que se retiró porque Bolívar no quiso admitirlo como subalterno?

La aversión de San Martín a la vida pública era tan intensa que a pesar de que sobrevivió veintiocho años a aquellos sucesos, y de que en tan largo tiempo su país fue presa de la anarquía y después de la feroz tiranía de Rosas, el libertador argentino jamás quiso renunciar al retiro que había escogido en Europa. El concepto que tenía Bolívar de su misión era absolutamente diferente: aparte de ser el infatigable *forgeron* que durante diez años había dirigido el adiestramiento desesperado de tres naciones en una guerra de combates diarios, y que al fin había estructurado con ellas el Estado más poderoso de Suramérica, Bolívar siempre consideró que al terminar la lucha armada comenzaba la obligación más ardua de los libertadores: organizar los países que se habían separado de España; legitimar esa separación mediante la creación de un orden político que los hiciera respetables y prósperos. Para él la emancipación no podía ser un objetivo final, sino un punto de partida hacia las conquistas sociales, culturales y morales que debían justificarla. Por eso solía también decir que le temía más a la paz que a la guerra: porque sentía que los que habían revolucionado estas naciones eran responsables de su futuro.

A riesgo de hacerme barroco amontonando citas sobre el mismo tema, debo también utilizar otra, que se refiere a la misma responsabilidad, pero observada como problema íntimo: "Bolívar sabe que no puede *ser* más de lo que es; pero que sí puede *hacer* más de lo que ha hecho", decía don Simón Rodríguez; y a la verdad que no puede haber una definición más penetrante y justa de lo que siente el hombre que se esclaviza a su obra. Muy frívolo o muy mezquino sería el que confundiese ese ideal con las vulgares concupiscencias que habitualmente se llaman ambición.

A tales extremos llegó, sin embargo, la pasión política en aquellos días y tanto ha oscurecido los juicios históricos posteriores, que una supuesta carta que se decía dirigida por Bolívar a don Joaquín Mosquera ha pasado a la historia con el nombre de "carta del campo rozado", y todavía muchos detractores del Libertador la usan como si fuera auténtica, a pesar de que el propio Mosquera la denunció airadamente como apócrifa y fraguada de mala fe. En ese "documento" se atribuían al Libertador las siguientes instrucciones acerca del Perú: "Es preciso trabajar porque no se establezca nada en el país y el modo más seguro es dividirlos a todos. La medida

1. Mitre, *op. cit.*, tomo III, pág. 158. Citado también por Francisco Rivas Vicuña en *La democracia colombiana y la Conferencia de Guayaquil.* Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Nº 73, pág. 136, Caracas.

adoptada por Sucre de nombrar a Torre Tagle embarcando a Riva Agüero con los diputados y ofrecer a éste el apoyo de la división de Colombia para que disuelva el Congreso es excelente. Es preciso que no exista ni simulacro de Gobierno, y esto se consigue multiplicando el número de mandatarios y poniéndolos a todos en oposición. A mi llegada debe ser el Perú un campo rozado, para que yo pueda hacer en él lo que convenga". Como hemos dicho, el mismo Mosquera la repudió solemnemente. En 1852 hizo publicar en *El Pasatiempo* de Popayán: "Antes de entrar en reflexiones declaro por mi palabra de honor, que no he recibido tal carta; que esta es la primera vez que tengo noticia de ella y de su contenido: que la creo apócrifa y forjada de mala fe, y que no podrá mostrarla nadie" [1].

Un año permaneció todavía el Libertador a las puertas del Perú, después de la renuncia de San Martín. La razón principal fue que los peruanos no se decidían a llamarlo, y que cuando al fin lo hicieron, Bolívar tuvo que esperar la correspondiente autorización del Congreso colombiano. Pero aquel año, que podríamos suponer de reposo para el héroe, entre los brazos de Manuelita y agasajado en aquella región del Ecuador, una de las más bellas del mundo y más fieles a las ideas republicanas y a la persona del Libertador, fue, por el contrario, para éste, de actividad incesante y de múltiples preocupaciones.

Una ligera reseña de los viajes que tuvo que emprender en esos doce meses y de los asuntos que lo ocupaban, basta para dejarnos asombrados.

Deseaba atender especialmente a la organización de las fuerzas que debían auxiliar al Perú, vigilar la peligrosa situación en que éste se encontraba y organizar las provincias de Loja, Cuenca y Guayaquil, donde contaba permanecer. Un mes y unos días después de la conferencia de Guayaquil, el 1º de setiembre, salió para Cuenca; a principios de octubre pasó a Loja; a fines del mismo mes volvió a Cuenca; el 31 de diciembre estaba en Tulcán, desde donde felicita al Congreso de Colombia por su instalación. Durante uno de estos viajes parece que subió al Chimborazo y que poco después de esa excursión escribió la fantasía poética titulada *Mi delirio sobre el Chimborazo*" [2]. Otra sublevación de Pasto lo llamaba, sin embargo, hacia el norte. De nuevo atravesó, pues, todo lo que es hoy la República del Ecuador y el sur de Nueva Granada, y llegó a la ciudad sublevada en enero del 23. Casi inmediatamente, a fines del mismo mes, tuvo

1. Lecuna, *Catálogo...*, tomo I, pág. 56.
2. No se ha encontrado el original; y las copias más antiguas, fechadas en Loja el 13 de octubre de 1822, no permiten asegurar la autenticidad del texto. Críticos muy autorizados —entre otros Vicente Lecuna, Angel Grisanti, Pedro Grases y Eduardo Crema, en Venezuela—, consideran que el *Delirio* fue escrito, sin duda alguna, por Bolívar; aunque Lecuna supone que el Libertador no subió en realidad al Chimborazo, mientras que Grisanti no sólo da como verdadera aquella excursión, sino que aduce numerosos pormenores relativos a ella. Otros autores, por el contrario, consideran el *Delirio* como una falsificación, que se hizo imitando con escasa felicidad el estilo bolivariano.

sin embargo que regresar a Guayaquil, porque las tropas colombianas enviadas al Perú habían sido devueltas por el gobierno peruano y se encontraban en deplorables condiciones en la parte más insalubre de la costa. Las lluvias torrenciales que habían comenzado a caer hacían más angustiosa la situación de ese ejército semiabandonado y agravaban las enfermedades que lo diezmaban; pero asimismo hubieran impedido que otro jefe menos animoso que el Libertador volara a reunírseles a través de centenares de kilómetros de abruptos senderos. Poco después se vuelve a sublevar Pasto, y esta vez sus indomables guerrilleros logran derrotar al veterano coronel republicano Juan José Flores, se apoderan de todas las regiones circunvecinas y se atreven a descender hacia el sur con la esperanza de tomar la propia ciudad de Quito. Vuelve entonces el Libertador contra ellos y en la ciudad de Ibarra, que ya habían tomado, los sorprende y acuchilla. Personalmente combatió en esta acción, al frente de su Estado Mayor y de una escolta de lanceros con que se había adelantado al ejército; y personalmente persiguió al enemigo, hasta desorganizarlo y destruirlo. Esto sucedía el 17 de julio de 1823 y ya, desde mediados de mayo, el Congreso del Perú se había visto obligado a llamarlo solemnemente. Las disensiones civiles, la traición de importantes dirigentes políticos y militares y dos derrotas consecutivas de las fuerzas que lo defendían, habían llevado el país a la más desesperante situación. Bolívar, que había previsto todo eso, tuvo que emprender, pues, una vez más, con la prisa y angustia de siempre, aquel largo camino desde el sur de Nueva Granada hasta la frontera del Perú. En Quito recibió la tercera embajada que le enviaban los peruanos pidiéndole que acudiera a salvarlos; el 2 de agosto le llegó el permiso del Congreso colombiano para que emprendiese aquella campaña; el mismo día, en Guayaquil, encontró a un edecán del Marqués de Torre Tagle, Presidente del Perú, que le traía nuevas instancias de auxilio; y el 7 del mismo mes, se embarcó en el bergantín *Chimborazo*. Por fin se le abría ocasión de realizar el anhelo de toda su vida militar: destruir en el propio corazón de la América los últimos restos del dominio español.

Pero omitiríamos lo que es más de admirar, si a esta narración de lo que pudiéramos llamar la actividad física del Libertador durante aquel año, no uniéramos la consideración de los problemas continentales que, según su expresión, lo hacían "cavilar noche y día, soñando y pensando sin cesar".

O'Leary, que lo acompañaba en aquella campaña, nos cuenta: "La noche antes de la acción de Ibarra, después de dar todas sus órdenes para la marcha en la mañana siguiente, dictó a un amanuense uno de los mejores y más elocuentes artículos que compuso en su vida, sobre la confederación americana". Ya hemos visto que el 6 de julio de 1822 —antes, pues, de la entrevista con San Martín— sus plenipotenciarios habían celebrado con el gobierno de Lima un tratado de alianza ofensiva y defensiva que estipu-

laba el envío de tropas de un país al otro cuando fuere necesario; el 21 de octubre del mismo año logró igualmente de Chile un Tratado de Unión, Liga y Confederación; y el 8 de marzo y 3 de octubre de 1823 obtendría tratados análogos de Buenos Aires y México, aunque estos últimos menos amplios.

Graves noticias le llegaban al mismo tiempo de Venezuela. El general Morillo había advertido a la Corte de Madrid que "Costa Firme era la América militar"; y por esta razón, y por la cercanía de estas regiones a España y a sus posesiones en las Antillas, era siempre de temer que cualquier intento de la Metrópoli por recobrar el Continente americano se dirigiera inicialmente contra Venezuela. Además, en ésta conservaban todavía los españoles la base fortificada de Puerto Cabello, y, poco después de Carabobo se encendió de nuevo la guerra en las provincias de Coro y Maracaibo. Algunos guerrilleros realistas, y también jefes de fuerzas regulares que no habían capitulado, lograron derrotar en algunos encuentros a los jefes republicanos locales, y el general Morales —aquel temible segundo de Boves que desde 1814 azotaba a Venezuela y que por su pericia y actividad parecía un caudillo venezolano—, llegó a vencer al propio general Carlos Soublette, que había quedado como Director de la Guerra en Venezuela, y penetró audazmente en el interior del país hasta Mérida y Trujillo. Muy seriamente debía meditar, pues, el Libertador, si ya no pasaba de temeraria su incesante petición de fuerzas a Nueva Granada y Venezuela en favor del Perú; y si no era su primera obligación ir a defender personalmente su tierra nativa, aquella "cuna de la revolución" que tanto amaba.

Por desgracia, sin haberse resuelto aún esta amenaza a la existencia misma de la América libre, en Colombia los grupos de teorizantes y sectarios de la política —aquella irrupción, señalada por Bolívar, de federalistas, unionistas, dictatoriales, pardócratas, republicanos puros, realistas emboscados, jacobinos de buena fe como don Martín Tovar e intrigantes de baja ralea como Rafael Diego Mérida— agitaban cada cual una bandera, y dijérase que sólo estaban unidos en el propósito de destruir la República. Desde la propia Caracas pedían la revisión de la Constitución que se había promulgado en 1821, a pretexto de que los representantes de aquella ciudad no habían concurrido al Congreso que la sancionó, porque todavía estaba ella en poder de los realistas. Argumento éste insostenible, y sobre todo en boca de los caraqueños, que el 19 de abril de 1810 —y antes y después— asumieron en numerosas ocasiones la representación de toda Venezuela para decidir sobre su destino. Bolívar rechazó, pues, las pretensiones de aquel grupo de caraqueños, y como la propia Constitución disponía que no podía ser revisada en los diez años subsiguientes a su promulgación, participó categóricamente al Vicepresidente Santander: "Esta Constitución es inalterable por diez años, y pudiera serlo, digo, inalterable por una generación entera, porque una generación puede

constituirse por su vida... Yo declaro, por mi parte, que ligado por un juramento a este código, no debo obedecer a ninguna ley que lo vulnere y viole; que mi resolución es separarme de Colombia antes de dar ascenso a las leyes que aniquilen la obra maravillosa del Ejército Libertador" [1].

Noticias provenientes del otro extremo del continente, del Río de la Plata, lo alarmaban al mismo tiempo. Se trataba, según carta en que lo comunica a don Bernardo Monteagudo, de "un nuevo proyecto de Confederación mandado (a Buenos Aires) de Lisboa, para reunir en Washington un Congreso de plenipotenciarios, con el designio de mantener una confederación armada contra la Santa Alianza, compuesta de España, Portugal, Grecia, Estados Unidos, México, Colombia, Haití, Buenos Aires, Chile y el Perú". Bolívar advierte el peligro de la artera propuesta, y alerta a Monteagudo: "Luego que la Inglaterra se ponga a la cabeza de esta liga seremos sus humildes servidores, porque, formado una vez el pacto con el fuerte, ya es eterna la obligación del débil. Todo bien considerado, tendremos tutores en la juventud, amos en la madurez y en la vejez seremos libertos" [2].

Solicitado así desde todos los puntos de aquel continente que todavía no se había libertado y ya peligraba por las asechanzas de otras potencias colonialistas y por los problemas de reorganización que lo convulsionarían durante más de un siglo, Bolívar seguía viendo, sin embargo, que el peligro en el Perú era el más apremiante e inmediato. "Usted me repite —le escribía a Santander— que debemos cuidar de preferencia nuestra casa, antes que la ajena. Esto no merece respuesta, porque el enemigo no es casa ajena sino muy propia".

Sin embargo, los peruanos eran los más reacios en admitir la urgencia de aquel auxilio, por el cual arriesgaba el Libertador su gloria y su honor. Ya veremos cuántas razones concurrieron a ello: unas, muy respetables; otras, muy humanas, que es lo que se dice cuando son desacertadas o mezquinas. De todos modos, aquel año que ha podido ser para Bolívar de indolencia, de acuerdo con todo lo que había logrado y por el nuevo amor que le había salido al paso, o de despecho y desaliento, por tantos obstáculos que por doquiera todavía encontraba, fue, por el contrario, de extraordinaria actividad e inicia la culminación de su fortuna.

Cuando al fin se embarcó para el Perú —como hemos dicho, el 7 de agosto de 1823— en su comitiva alguien comentó: "Hoy es el aniversario de Boyacá, buen presagio para la futura campaña". Acaso el augur fue el propio O'Leary, su sin igual edecán y fiel cronista, de quien tomamos el dato.

---

1. O'Leary, Narración, tomo II, pág. 183. Edición 1952.
2. *Cartas*, tomo III, pág. 225.

XXIX

"TRIUNFAR"

Casi inmediatamente después de la entrevista de Guayaquil, preocupado Bolívar por la suerte del Perú, se apresuró a ofrecerle nuevos contingentes auxiliares de Colombia. En su oficio al gobierno peruano decía así el Secretario del Libertador: "Aunque S. E. el Protector del Perú, en su entrevista con el Libertador, no hubiese manifestado temor de peligro por la suerte del Perú, el Libertador, no obstante, se ha entregado desde entonces a la más detenida y constante meditación, aventurando muchas conjeturas que quizá no son enteramente fundadas, pero que mantienen en la mayor inquietud el ánimo de S. E.

"S. E. el Libertador ha pensado que es su deber comunicar esta inquietud a los gobiernos del Perú y Chile, y aun al de Río de la Plata, y ofrecer desde luego los servicios de Colombia en favor del Perú.

"S. E. se propone, en primer lugar, mandar al Perú 4.000 hombres más de los que se han remitido ya, luego que reciba la contestación de esta nota, siempre que el gobierno del Perú tenga a bien aceptar la oferta de este nuevo refuerzo; el que no marcha inmediatamente porque no estaba preparado, y porque tampoco se ha pedido por parte de S. E. el Protector".

Y fiel al propósito bolivariano de que aquella última campaña contra los españoles uniera fraternalmente a todos los pueblos de la América meridional, insistía el Secretario de Bolívar:

"Además, me manda S. E. el Libertador decir a U. S. I. cuáles son sus designios ulteriores en el caso de que el ejército aliado no venga a ser el vencedor en la nueva campaña del Perú. Desearía S. E. que los restos del ejército aliado, siempre que éste tenga algún infortunio, se retiren hacia el norte, de modo que puedan recibir seis u ocho mil hombres de refuerzo (colombianos) que irían inmediatamente a Trujillo o más allá. Si los restos del ejército aliado llegasen a replegar por el sur, S. E. desearía que el gobierno de Chile le presentase un refuerzo igual, para que obrando por aquella parte se pudiese dividir la atención de los enemigos, mientras que el ejército de Colombia por el norte obraba sobre Lima en unión de los cuerpos que se levantasen en Piura y Trujillo.

"De todos modos, es el ánimo del Libertador hacer los mayores esfuerzos por rescatar al Perú del imperio español, y se atreve a pedir con el mayor ardor al gobierno de Chile que siga su ejemplo en esta parte y que haciendo un esfuerzo igual mande seis u ocho mil hombres por la parte

del sur del Perú a obrar con la misma actividad o más, si es posible, que la que S. E. piensa desplegar en tales circunstancias.

"Insta mucho S. E. el Libertador a ese gobierno para que tome el mayor empeño con las autoridades del Río de la Plata a fin de que se destine un ejército de 4.000 hombres, por lo menos, hacia el Cuzco, en el caso que sufra el ejército aliado un revés. Pero aunque este caso es remoto, no debemos verlo como tal, sino que considerándolo ya como presente, las medidas más eficaces sean empleadas para arrancarle al enemigo de entre las manos su flamante victoria, y no le demos tiempo para gozarse de ella y arruinar los intereses de la América meridional" [1].

Como vemos, si bien durante toda su vida militar Bolívar estuvo soñando en llevar victoriosas las armas republicanas hasta Lima, aquel propósito lo concebía como una cita suprema de todos los países libres de América en el corazón del continente; y ninguna condición, ni reserva, para él o para Colombia, manchan los ofrecimientos que en 1822 hace al Perú.

Desgraciadamente, no existía ambiente adecuado en Lima para apreciar aquella actitud. Desde luego, era muy natural que los peruanos aspirasen a obtener la Independencia por sus propios esfuerzos; y no era nada grato el recuerdo que les habían dejado los primeros libertadores extranjeros que pisaron su suelo. El historiador ecuatoriano Alfonso Rumazo González, narra cómo apenas ocupada Lima por San Martín, y salvo un breve período de actividad militar provocada por la amenaza del general español Canterac que se aproximaba a la capital, "el Protector, entusiasmado con sus aventuras secretas (con Rosita Campuzano, a quien llamaban «la Protectora») y absorbido por los éxitos, parece olvidar que aún el ejército ibero se halla intacto en la serranía. Se ocupa en proyectar la forma de gobierno que le convendría al Perú, una vez independizado; y halla, por desgracia, que lo más adecuado sería imponerle un monarca americano. ¿Cuál? ¿Por qué no el mismo San Martín, hoy en el climax del triunfo? Para preparar adecuadamente el terreno, hay que dar muestras de energía y de radicalismo. Se expiden decretos contra los españoles y sus familias; se hace algo de persecución religiosa. El Arzobispo de Lima, señor Las Heras, a pesar de su ancianidad (84 años) recibe un pasaporte para salir del Perú en el plazo de 24 horas. Es preciso dar con largueza a los espectadores la apariencia de majestad real: en los salones del palacio de los Virreyes, su propio retrato reemplaza al de Fernando VII; se ensancha el lujo en todos los sitios por donde pasa el Protector. Una carroza de seis caballos, con cocheros de librea, lleva al general de una parte a otra. Las gentes salen de sus casas para verlo pasar y admiran su visto-

---

1. O'Leary, Narración, tomo II, pág. 174. Edición de 1952, Caracas. También en *Catálogo...*, tomo II, pág. 204; y Lecuna advierte que ese plan de Bolívar fue publicado en el *Argos*, de Buenos Aires, Nº 44, del 31 de mayo de 1823.

sísimo uniforme nuevo de granadero con palmas de oro reluciente. Es creada la guardia regia... Las fiestas y la molicie continúan en Lima. Por todas partes hay síntomas de descomposición en el ejército libertador. En la Logia Lautaro no se habla de San Martín sino con el mote de «el rey José», quien, para congraciarse mejor con sus oficiales, les reparte medio millón de pesos, a razón de veinticinco mil a cada uno. El derroche se multiplica, mientras el comercio yace en la inacción porque la guerra impide que viajen barcos entre España y América. En el pueblo hay miseria y descontento. Los jefecillos se dedican a intrigas. Y, como si todo esto no bastase para minar la obra emancipadora, se produjo el rompimiento entre el Protector y su valeroso ayudante Cochrane, sin cuya colaboración desde el sitio de la escuadra, habría sido imposible llegar hasta Lima... No es solamente Lima la zona en donde asoman sítomas de descomposición. En los campos, por reinar el hambre, aparecen cuadrillas de salteadores..." [1].

Después se distanciaron también Bolívar y San Martín, y subterráneamente se agigantaba la espinosa cuestión de límites entre Colombia y el Perú; es fácil imaginar también los numerosos rozamientos que se producirían entre peruanos, chilenos, argentinos y colombianos; las ambiciones personales y el espíritu de intriga que soplarían sobre aquellas brasas; y, menos visible pero más poderoso que todos aquellos motivos de trastorno, el interés que tenían los realistas emboscados, los egoístas y los cobardes en que, cansado al fin el espíritu público, regresara a la feliz conformidad que en apariencia le había dado al Perú largos años de paz y bienestar.

La historia pone orden, posteriormente, y distribuye responsabilidades, al señalar los elementos que así concurren en determinado momento para anarquizar un país y quebrantar su espíritu. Pero si de buena fe imaginamos los que desorganizaron entonces al Perú, y los que, en forma de sentimientos contradictorios y por eso mismo más exaltados, desmoralizaron a sus clases dirigentes y abatieron el ánimo popular, la verdad es que no encontramos cómo ni a quién culpar. Y mucho menos nos será lícito condenar a la nación que, víctima de tales circunstancias, cuanto más ardor pone en desligarse de ellas, más opresoras las siente y menos puede comprenderlas.

Lo peor fue que los recelos y el resentimiento que los peruanos podían sentir legítimamente contra los extranjeros que pretendían emanciparlos, y que hasta el presente nada habían hecho, bueno es recordarlo, se manifestaron violentamente contra el Libertador y las tropas colombianas que acababan de llegar. Casi desdeñosamente fueron rechazados los ofrecimientos de aquél; y los sufridos soldados que desde las riberas del Orinoco venían marchando durante semanas y meses, soportando miserias, fatigas y en-

1. Alfonso Rumazo González: *Biografía de Manuela Sáenz.* Almendro y Nieto, editores. Buenos Aires, República Argentina, págs. 114, 117 y 118.

fermedades, sólo burlas o denuestos encontraban en los papeles públicos del Perú. Según don Simón Rodríguez, se había inventado "que cuando los soldados de Colombia llegaron al Perú, se amotinaron porque se les quiso pagar el sueldo en *dinero;* que el General en Jefe despachó inmediatamente goletas a traer fondos de Colombia; que volvieron cargadas de *yucas*, y que el motín se convirtió en *vivas*" [1].

Muy desacertada era esa invención para escarnecer a aquellos veteranos. Con orgullo podían ellos alegar que comiendo solamente plátanos y yucas habían vencido a las mejores tropas realistas y emancipado a tres países; y descalzos, desnudos y a veces sin armas.

Pero no es verdad que se les diera dinero, porque ya no lo había. La Junta de Gobierno que había sucedido a San Martín ni siquiera quiso convenir en un acuerdo que les garantizase lo indispensable para subsistir; y cuando el coronel Juan Paz del Castillo que los mandaba, pidió permiso para retirarse con ellos a Colombia, se apresuraron a concedérselo.

No manifestaron, sin embargo, igual decisión aquellos gobernantes para poner orden en la administración pública y dirigir la guerra contra los españoles. Después de aquellas alegres cuentas de los primeros días, el erario público llegó a estar tan comprometido que al fin hubo de recurrir el gobierno a la emisión de papel moneda, y esto a su vez aumentó la miseria y el descontento; un ejército de cuatro mil hombres, argentinos y chilenos, al mando del general Rudecindo Alvarado, hermano de uno de los miembros de la Junta de Gobierno, fue derrotado completamente por los españoles en las batallas de Torata y Moquegua (o Moquehua) y no llegó a salvar ni la cuarta parte de sus efectivos [2]. Este desastre de las armas republicanas, engendró a su vez otro, que a la larga resultó peor, y fue que el ejército impuso al gobierno el nombramiento de don José de la Riva Agüero para Presidente de la República. Y digo que resultó peor, porque Riva Agüero, inepto y vanidoso —malvado y despreciable persona, lo llamó San Martín—, no pudo entenderse con el Congreso, encendió la guerra civil y acabaría por entrar en tratos desleales con los españoles.

Tal estado de anarquía facilitó al activo general realista Canterac llegar hasta Lima, amenazó con incendiarla y al fin la entregó al saqueo; y casi al mismo tiempo —julio de 1823— una expedición que al mando de Santa Cruz había obtenido algunos triunfos en el Alto Perú, fue acosada por los realistas Valdés y Olañeta, se retiró precipitadamente y acabó por desbandarse.

Fue entonces cuando llamaron a Bolívar. "—Tengo el honor de estar ya a la presencia del Libertador de Colombia y el Perú", le dijo el primer

1. *Defensa de Bolívar por don Simón Rodríguez.* Edición 1915, Caracas, pág. 25.
2. Según O'Leary, se salvaron 500 de los derrotados (Narración, II, pág. 177); Lecuna dice que 900 (*Crónica razonada,* III, pág. 241).

comisionado, general Mariano Portocarrero, que Riva Agüero envió para llamarlo. "—Señor general: Responda U. S. al gobierno del Perú, que los soldados de Colombia ya están volando en los bajeles de la República, para ir a disipar las nubes que turban el sol del Perú", le contestó Bolívar. E inmediatamente dispuso que 6.000 soldados que tenía preparados saliesen para el Virreinato. Aunque iban mandados por el héroe de Bomboná, el general Manuel Valdés —que no debe confundirse con el general realista Jerónimo Valdés, el vencedor en Torata y Moquegua— el Libertador nombró también al general Sucre Ministro Plenipotenciario ante el gobierno de Lima, con facultad para intervenir en la conducción de la guerra, cuando Valdés lo considerara conveniente o fuera necesario según los intereses del Perú y de Colombia. Ni Valdés ni Sucre, pudieron, sin embargo, hacer otra cosa, en medio de la desorganización que encontraron, que salvar del desastre aquel precioso contingente de veteranos; baste decir que Santa Cruz, en la víspera de su desastrosa retirada, se negó a aceptar el auxilio de Sucre, ya dispuesto para ir a socorrerlo.

Una segunda diputación del Presidente peruano volvió entonces a solicitar de Bolívar que pasara en persona a dirigir la guerra; y el propio Congreso dio un voto de gracias al Libertador y le envió, con una tercera delegación, el decreto en que aquel cuerpo lo llamaba también al Perú.

En nombre de estos comisionados habló al Libertador el poeta Olmedo, que se había refugiado en Lima y era miembro del Congreso. Sus primeras palabras fueron para pintar la República en ruinas que le entregaban: "Señor: el Congreso del Perú ha querido fiar a una diputación de su seno el honor de renovar a V. E. sus sentimientos de consideración y gratitud y de reiterarle los ardientes deseos de que su presencia vaya a poner un fin pronto y glorioso a los males de la guerra. Los enemigos han ocupado la capital de la República. La devastación precede y sigue por todas partes la marcha del engreído y sanguinario Canterac; todas las huellas de sus pasos quedan cubiertas de sangre y de cenizas...". Y como sin duda Olmedo no podía olvidar en ese momento su hostilidad hacia Colombia en Guayaquil y la que algunos peruanos habían demostrado contra el Libertador, su discurso terminaba evocando la cólera de Aquiles, fina manera de pedir a Bolívar que olvidara aquellos agravios: "...todos los ojos, todos los votos —decíale— se convierten naturalmente a V. E....Rompa V. E. todos los lazos que lo retienen lejos del campo de batalla. Después de la revolución de tantos siglos, parece que los oráculos han vuelto a predecir que tantos pueblos confederados en una nueva Asia por la venganza común, de ninguna manera podrán vencer sin Aquiles. Ceda V. E. al torrente que quizá por la última vez le arrebate a nuevas glorias".

No era sin embargo el resentimiento del Pelida lo que detenía a Bolívar, ni siquiera el deseo —muy justificable, según lo que hemos narrado— de que en la posteridad no hubiera dudas sobre el llamamiento que le hacían.

"Mucho tiempo ha —le respondió a Olmedo— que mi corazón me impele hacia el Perú; mucho tiempo ha que los más valientes guerreros de toda la América colman la medida de mi gloria llamándome a su lado; pero yo no he podido vencer la voz del deber que me ha detenido en las playas de Colombia. He implorado el permiso del Congreso General para que me fuese permitido emplear mi espada en servicio de mis hermanos del sur; esta gracia no me ha venido aún. Yo me desespero en esta inacción, cuando las tropas de Colombia están entre los peligros y la gloria, y yo lejos de ellas".

La autorización del Congreso colombiano le llegó como hemos dicho, a tiempo que una cuarta delegación de los peruanos —esta vez enviada por el Marqués de Torre Tagle, que había sustituido a Riva Agüero en el gobierno— le traía nuevas instancias para que fuera a socorrerlos. Al fin, el 7 de agosto de 1823 salió para el Perú, y el 1º de setiembre desembarcó en El Callao.

El Congreso peruano había destituido a Riva Agüero, declarándolo reo de alta traición; y la primera autorización que dio aquella Asamblea al Libertador, el 2 de setiembre, fue para someter al depuesto Presidente. Una vez más el destino parecía burlarse del hombre de las dificultades: cuando podía creer que estaban a punto de cumplirse sus votos de que todos los pueblos libres de la América meridional concurriesen en simbólica unión a expulsar los últimos españoles que se conservaban invictos, tenía que aceptar la miserable comisión de reducir primero a un rebelde. Le sucedía eso a él, que siempre había sentido horror a las luchas fratricidas, porque en ellas —decía— "el vituperio cae siempre sobre el vencido y el vencedor" [1]. Debía dirigir una campaña de peruanos contra peruanos, él, que hasta entre las frenéticas rivalidades del caudillismo venezolano y granadino había proclamado: "En la guerras civiles es política el ser generosos, porque la venganza progresivamente se aumenta" [2]. El año 26 escribiría a Santander: "Es glorioso, sin duda, servir a la patria, salvarla en el combate, pero es muy odioso el encargo del mando sin otros enemigos que los propios ciudadanos y los hombres del pueblo que se llaman víctimas. Yo he sacrificado todo por la patria y por la libertad de ella; pero no puedo sacrificarle el carácter noble de hombre libre y el sublime título de Libertador" [3]. Olmedo probablemente le hubiera recordado las pruebas impuestas a Hércules y a Perseo.

La facción de Riva Agüero era peligrosa porque, aunque los españoles habían desocupado a Lima, que volvió a ser residencia del Gobierno legítimo, el ex Presidente se había situado en el norte, en Trujillo, y con una fuerza de 3.000 hombres que lo seguían, podía interrumpir las comunicaciones

1. *Cartas*, tomo VI, pág. 11.
2. *Cartas*, tomo I, pág. 131.
3. *Cartas*, tomo V, pág. 350.

terrestres con Colombia; a la vez que una nueva sublevación de Pasto aislaba a Guayaquil y a Quito de la lejana Bogotá.

Aquella escandalosa pugna entre los gobernantes peruanos debía envalentonar, además, a los realistas, que conservaban intactas y victoriosas sus fuerzas en el interior del país; agravaban la desorganización íntima del Perú, dando nuevas fuerzas a las intrigas, calumnias y violencias que suelen engendrar las guerras civiles, y comprometía en ella a los jefes colombianos.

Este daño moral, tan profundo, no iba a desaparecer tampoco al reducirse la facción, y unido a los muchos traumas que todavía debía sufrir el espíritu público por las otras disidencias que luego narraremos, persiste todavía en algunos peruanos y oscurece, no hay duda, el agradecimiento que deben al Libertador. En su discurso de contestación al general Portocarrero, cuando éste fue a pedirle que pasara al Perú, Bolívar había prometido: "Colombia hará su deber en el Perú: llevará sus soldados hasta el Potosí, y estos bravos volverán a sus hogares con la sola recompensa de haber contribuido a destruir los últimos tiranos del Nuevo Mundo. Colombia no pretende un grano de terreno del Perú, porque su gloria, su dicha y su seguridad se fijan en conservar la libertad para sí, y en dejar independientes a sus hermanos" [1]. Esa promesa fue cumplida al pie de la letra, pero es muy doloroso que Bolívar se creyera obligado a hacerla y que hoy no todos la recuerden.

Como era su costumbre, Bolívar intentó primero, de acuerdo con el Congreso, llegar a un entendimiento honorable con Riva Agüero, que hasta entonces no había entrado francamente en el camino de la traición; y con ese objeto inició correspondencia con él y promovió el envío recíproco de comisionados; pero el propio Congreso descubrió muy pronto que Riva Agüero desdeñaba aquellas tentativas de avenimiento, y que estaba en tratos con el virrey La Serna, suprema autoridad de los realistas en el Perú. En consecuencia, ordenó categóricamente al Libertador que moviera sus fuerzas contra el proscrito. Afortunadamente, el jefe peruano que sostenía a éste, coronel Antonio Gutiérrez de La Fuente, con pruebas de los tratos desleales de Riva Agüero, se sintió horrorizado de la traición a que se le arrastraba, convino con el Libertador en una capitulación que ponía a salvo a su antiguo jefe, y no habiendo aceptado éste, lo arrestó y lo hizo salir para Guayaquil. De esta ciudad pasó Riva Agüero a Europa, y más tarde, bajo el pseudónimo de Pruvonena, publicó unas *Memorias y Documentos para la Historia de la Independencia del Perú,* llenas de bajezas y calumnias contra Bolívar y San Martín, y que, por desgracia, autores interesados —entre ellos, en la actualidad, Salvador de Madariaga— aprovechan abundantemente como si fueran fidedignas.

---

1. O'Leary, Narración, tomo II, pág. 188.

Aparte de esta última venganza, de tipo personal pero no sin trascendencia sobre la opinión pública en el Perú, la infamia de Riva Agüero contribuyó a que se perdiera gran parte de las fuerzas peruanas que lo acompañaban y que Bolívar pensaba unir a las suyas para marchar contra los españoles. Se encontró, pues, el Libertador, comprometido en cuatro tareas que debía sacar adelante simultáneamente con la mayor eficacia, pues una falla en cualquiera de ellas podía acarrear el desastre definitivo: tenía que apremiar a Torre Tagle y al Congreso para sanear la administración pública, pues la falta de recursos para las tropas había llegado a ser gravísimo peligro; era urgente también formar un nuevo ejército peruano, darle consistencia de fuerzas veteranas, y aprovechar al máximum los oficiales y jefes del país que se mostraran competentes y seguros; entretanto, debía apresurar la llegada de nuevos contingentes colombianos, y para esto convencer a Santander y al Congreso de Colombia, que seguían considerando temeraria aquella empresa; y, finalmente, era menester ocultar a los españoles esas desesperadas circunstancias y preparar apresuradamente alguna base en donde, a la defensiva por lo menos, se les pudiera contener.

A fines de 1823 Bolívar pintaba así la situación, en carta para el Ministro de Chile en Lima: "El Perú está dividido en dos zonas: la del sur pertenece a la guerra exterior; la del norte le toca la guerra intestina. Unicamente Lima, saqueada y aniquilada, está en poder del gobierno legítimo: este gobierno no posee nada sino deudas". Y agregaba: "Colombia ha mandado 7.000 hombres aquí a su costa, con excepción de diez y siete mil pesos que ha adelantado para el mismo equipo de nuestras tropas. Tenemos cuatro buques de guerra en su servicio: dos de ellos, comprados con ese objeto, todo a su costa. Colombia tiene 17.000 hombres bajo las armas empleados contra el enemigo común en Venezuela y Nueva Granada; y Colombia ya sólo es un dilatado desierto, pero hará todavía más por la libertad de sus hermanos" [1].

Sobre Quito y Guayaquil —el país recientemente incorporado a Colombia, y donde él podía temer que también se le considerara "extranjero"— tenía que recaer principalmente el peso de aquellos sacrificios. En una de sus cartas al general Bartolomé Salom, que mandaba en aquel departamento, le exigía: aumentar las fuerzas veteranas con nuevos reclutas; disciplinar las milicias; abrir las comunicaciones hacia Bogotá, o sea reiniciar la campaña contra los pastusos; mandar buques a Panamá en busca de 3.000 hombres que debían haber llegado allí del norte de Venezuela y de la Nueva Granada; suspender el pago de todas las deudas públicas, para poder atender a aquello, y, además, en ayuda directa al Perú, "mande Ud. al Callao —le ordenaba— galleta de la harina del país, arroz, menestras y carne salada en cantidad de veinticinco mil pesos mensuales para

1. *Cartas*, tomo III, pág. 242.

mantener allí una guarnición de Colombia" [1]. Lo cual equivalía a extender también a aquellas regiones que se acababan de unir a Colombia, el dilatado desierto en que habían quedado convertidas Nueva Granada y Venezuela.

Desde luego, consideraba vergonzoso tomar algo del Perú para sí mismo: "Se me olvidaba decir a Ud. —le participa a Santander— que estos señores me han señalado cincuenta mil pesos de sueldo, pero yo he contestado que no los admito, porque no es justo ni noble que yo me ponga a sueldo del Perú, pudiendo con mil onzas, que pueden gastarse aquí, librar de esta mancha al jefe de Colombia" [2].

Su amor a ésta no lo apartaba tampoco, con respecto a ella misma, de ese propósito de desinterés y de justicia. En otra carta al Vicepresidente colombiano, le indica: "Aquí está Mosquera tratando sobre límites: pienso no sacar mucho partido para que no se atribuya a la fuerza el resultado de la negociación, porque en moral como en política hay reglas que no se deben traspasar, pues su violación suele costar caro. Una protesta a tiempo destruye el efecto de concesiones simuladas; y, además, se aumentan los motivos de adversión entre las partes. Nosotros aquí somos ahora bienhechores y no debemos perder este bello título por muchas leguas cuadradas" [3].

Con mayor razón le preocupaba la impresión que podían producir en el pueblo los sacrificios que debía exigir. "He mandado —le explicaba al Coronel Heres— que se dé en la Gaceta la inserción de los fondos públicos, porque, en materia de hacienda, yo quiero que haya la mayor claridad y que su distribución sea constante a todo el mundo... Necesitamos de mucha política y de mucha consideración para que este pueblo no se haga enteramente godo. Por lo mismo, el dinero es más necesario para que supla las contribuciones que no podemos ni debemos echarles a estos desgraciados hombres, pues aquí la época de la patria ha sido la época del crimen y del saqueo. Cándidamente me han confesado los habitantes que eran mejor tratados por los españoles antes; así volverán fácilmente y con gusto a su yugo" [4]. Se refería al norte del Perú, arruinado por la facción de Riva Agüero; pero con respecto a Quito y Guayaquil también le escribía a Salom: "Haga Ud. que todos nuestros jefes y magistrados traten lo más suavemente posible a esos habitantes; pero que les pidan, rueguen y supliquen para que hagan nuevos y nuevos sacrificios para no perderlo todo, todo, si vuelven los españoles allá" [5].

Estos miramientos, que no había podido tenerlos con sus propios compatriotas en los terribles años anteriores, no eran, sin embargo, bien apre-

---

1. *Cartas*, tomo III, pág. 262.
2. *Cartas*, tomo III, pág. 241.
3. *Cartas*, tomo III, pág. 273.
4. *Cartas*, tomo III, págs. 283 y 284.
5. *Cartas*, tomo III, pág. 291.

ciados en el Perú, que por haber vivido siempre en paz, juzgaba que cualquier exigencia era exorbitante. Y además odiosa, porque venía —dirían— de un extranjero para sostener tropas extranjeras.

En cuanto a sus propias penalidades, apenas le inspiraban al Libertador donosas burlas: "En medio de los Andes, sufriendo un aire mefítico que llaman *soroche,* y sobre las nieves y al lado de las vicuñas, escribo a Ud. esta carta que deberá estar helada, si un cóndor no se la lleva y la hace calentar con el sol". Así se expresa en una carta del 8 de diciembre de 1823, y al final de ella profetiza: "En un año o tenemos paz o hemos vencido, o nos ha llevado Caplán" [1]. Efectivamente, un año y un día después de aquella fecha sus armas vencían en Ayacucho.

A poco de haber llegado al Perú, Bolívar se había ocupado también en interceder por el sabio Bonpland, a quien retenía preso el dictador del Paraguay, doctor Gaspar Rodríguez Francia. La carta que a este siniestro déspota dirige el Libertador, prueba, como ya lo dijimos al comienzo de esta biografía, que las relaciones en París del joven Bolívar con Humboldt y Bonpland fueron asiduas y casi íntimas; como para que después el Libertador invitara a Bonpland a radicarse en Colombia, y tuviera, para él y para Humboldt, el cariñoso recuerdo que en su correspondencia les dedica. Comenzaba así aquella carta:

"Excmo. señor:

"Desde los primeros años de mi juventud tuve la honra de cultivar la amistad del señor Bonpland y del barón de Humboldt, cuyo saber ha hecho más bien a la América que todos los conquistadores.

"Yo me encuentro ahora con el sentimiento de saber que mi adorado amigo, el señor Bonpland, está retenido en el Paraguay por causas que ignoro. Sospecho que algunos falsos informes hayan podido calumniar a este virtuoso sabio y que el gobierno que V. E. preside se haya dejado sorprender con respecto a este caballero. Dos circunstancias me impelen a rogar a V. E. encarecidamente por la libertad del señor Bonpland. La primera es que yo soy la causa de su venida a América, porque yo fui quien le invité a que se trasladase a Colombia, y ya decidido a ejecutar su viaje, las circunstancias de la guerra lo dirigieron imperiosamente hacia Buenos Aires; la segunda es que este sabio puede ilustrar mi patria con sus luces luego que V. E. tenga la bondad de dejarle venir a Colombia, cuyo gobierno presido por la voluntad del pueblo".

Y con un leve matiz de amenaza terminaba así el Libertador: "... yo, mientras tanto, le espero con la ansia de un amigo y con el respeto de un discípulo, pues sería capaz de marchar hasta el Paraguay sólo por libertar al mejor de los hombres y al más célebre de los viajeros" [2].

---

1. Cartas, tomo III, pág. 293. La expresión, "esto se lo llevará Caplán", ha sido siempre muy popular en Venezuela. Desde luego, Caplán era el demonio.
2. *Cartas,* tomo III, pág. 264.

En carta a la señora de Bonpland reitera los mismos sentimientos, y encuentra además, para Humboldt, el más feliz epíteto: descubridor del Nuevo Mundo, lo llama: "Si por un prodigio de la buena suerte —escribíale— el señor Bonpland pudiere salir de los calabozos del Paraguay, yo ofrezco a Ud. y a toda su familia un destino honroso y útil al compañero del descubridor del Nuevo Mundo. Entonces mi satisfacción será infinita porque reuniría en el seno de mi patria a uno de mis mejores amigos y a un sabio" [1].

Pero cada día empeoraba la situación del Perú y dificultades de toda índole estrechaban más y más al Libertador. 12.000 hombres que había pedido a Colombia no llegaban y, por otra parte, parecía imposible que el Perú pudiera sostener las fuerzas necesarias para salir al encuentro de los españoles, fuesen propias o ajenas. Bolívar había pedido auxilios —dinero, armas o tropa— a México, a Guatemala, a Chile, a Buenos Aires, y después de haber concebido grandes esperanzas, éstas se desvanecieron: ya le parecía imposible, por más tacto y paciencia que desplegara, evitar rozamientos con los otros jefes republicanos —Santa Cruz, el vicealmirante Guise, el propio Torre Tagle— y reducir a los intrigantes y traidores. Si los realistas tomaban la ofensiva era seguro que volverían a ocupar a Lima, y muy posible que arrollaran al reducido contingente colombiano y a sus desorganizados aliados.

Desde luego, para diciembre de 1823, menos de cuatro meses llevaba el Libertador en el Perú y era humanamente imposible que obtuviese mejores resultados, ocupado como había estado en dominar a Riva Agüero. Pero eso no mitigaba sus inquietudes; y la clarividencia con que apreciaba los complejos factores que debilitaban al Perú a veces lo desesperaba. "A la verdad —escribía a Heres— es obra magna la que tenemos entre manos, es un campo inmenso de dificultades, porque reina un desconcierto que desalienta al más determinado. El campo de batalla es la América meridional; nuestros enemigos son todas las cosas; y nuestros soldados son los hombres de todos los partidos, y de todos los países, que cada uno tiene su lengua, su valor, su ley y su interés aparte. Sólo la Providencia puede ordenar este caos con su dedo omnipotente, y hasta que no lo vea no creo en tal milagro" [2].

En el mismo sentido, le escribía a Sucre: "El negocio de la guerra del Perú requiere una contracción inmensa y recursos inagotables. No se puede ejecutar sin una gran masa de tropas: para estas tropas no creo que los recursos son proporcionados, a menos que los reunamos todos con mucha anticipación, mucha proporción y mucha inteligencia. Necesitamos, ante todo, conocer el país y contar con los medios: después, discu-

1. *Cartas*, tomo III, pág. 266.
2. *Cartas*, tomo III. pág. 300.

tir si nuestros medios son de ofensa o defensa; después, colocar estos medios, y después emplearlos. Sobre todo esto, yo ruego a Ud., mi querido general, que me ayude, con toda su alma, a formar y llevar a cabo este plan. Si no es Ud. no tengo a nadie que me pueda ayudar con sus auxilios intelectuales. Por el contrario, reina una dislocación de cosas, hombres y principios, que me desconcierta a cada instante: llego a desanimarme a veces. Tan sólo el amor a la patria me vuelve el brío, que pierdo al contemplar los obstáculos. Por una parte se acaban los inconvenientes, y por otra aumentan: ahora se acaba la guerra civil y empieza el desorden de esta expedición de Arica, que nadie sabe adonde irá a parar. Tres buques han llegado al Callao, Santa y Huanchaco, con tropas y elementos de guerra, los demás se irán adonde Dios quiera. A todo esto estamos sin dinero, a pesar de las bellas esperanzas que teníamos; tampoco tenemos noticias de la expedición de Panamá; no debemos contar más que con 2.000 hombres de las tropas de Riva Agüero; el país es patriota, pero no quiere el servicio militar; es bueno, pero apático; tiene víveres y bagajes, pero no muchas ganas de darlos, aunque se les pueden tomar por la fuerza" [1].

Pero las disensiones intestinas era lo que más lo atormentaba: "Las comunicaciones de ayer —diría en su respuesta al Ministro de Guerra del Perú— no han dejado de producirme una desagradable impresión; yo veo por ellas multiplicarse los obstáculos a la libertad del Perú. Por una parte, la expedición de Chile dispersa y aun vuelta a su país; por la otra, Santa Cruz y sus partidarios con ideas siniestras; Guise con iguales ideas; los facciosos de Lima haciendo progresos en Canta y Huarochiri. La exposición de Herrera manifiesta ampliamente el partido realista que predomina en Lima de un modo, a la verdad, bien extraño; en fin, el conjunto de las noticias de ayer es horrible, y apenas me deja la esperanza de un éxito muy disputado al infortunio y a la fuerza. Todo amenaza ruina en este país: mientras yo avanzo hacia el Norte, el Sur se ha desplomado. Cuando vuelva al Sur, estoy cierto que esta parte del Norte va a sufrir trastornos inevitables" [2].

Y terminaba: *"El gobierno debe pedir al congreso leyes terribles contra los conspiradores de cualquier partido que sean, y el gobierno debe cumplirlas con un rigor inexorable.* El Perú está minado por sus enemigos, y tan sólo una contramina puede salvarlo. Yo no me atrevo a dictar providencias que juzgo saludables, porque no soy peruano; y todo lo que yo hago se atribuye a Colombia y se atribuye a una mira adversa... Antes de ahora he dicho que quisiera que el gobierno del Perú hiciese el gasto del odio que habría de recaer sobre mí por las medidas fuertes, que yo haría lo demás. En prueba de ello me he encargado de esta guerra

1. *Cartas*, tomo III, pág. 302.
2. *Cartas*, tomo III, pág. 304.

civil, que, por cierto, no ha dejado de tener una gran parte de odios y calumnias; pero yo debía encargarme de ella para salvar este país" [1].

Ya veremos que el gobierno, a quien pedía aquellas medidas contra los traidores, estaba dispuesto —por lo menos el Presidente Torre Tagle y varios de sus altos funcionarios— a pasarse al enemigo.

Con razón, pues, el Libertador volvía desesperadamente sus miradas hacia Colombia. A tanta distancia de Bogotá, ya no se atrevía a ordenar: rogaba. "Mi pobre reputación —le decía a Santander— volverá a correr tantos peligros como los ya vencidos; y, por lo mismo, ruego a Ud., como amigo, que me mande todos los auxilios imaginables" [2]. E insistía con Briceño Méndez, Ministro de la Guerra de Colombia: "Sea Ud. importuno, ruegue, pida, suplique al Vicepresidente y a cuantos tengan influencia en la marcha de las tropas para que las manden pronto, pronto; que no duerman, que no coman, que no descansen, hasta verlas venir. De otro modo: ¡adiós Colombia! ¡adiós Libertad! ¿tan preciosas amigas, cómo debemos perderlas sin llorar lágrimas de sangre?" [3].

Por fin, tantas angustias y las penalidades sufridas en la campaña doblegaron su organismo. Desde el principio de las operaciones en el norte, no había querido volver a Lima, temeroso de agravar con su presencia las maquinaciones, rozamientos y maledicencias que tenían como centro aquella capital; ni lo tentaban tampoco los halagos que en ella pudiera recibir, y que quizá tendría que pagar afrontando nuevas calumnias. Se creyó, sin embargo, obligado a regresar cuando ya no era posible de otra manera arbitrar los recursos que necesitaba; y en contraste una vez más con aquellas alturas donde se helaban sus cartas, tomó el desolado y ardiente camino de la costa, "formado por un desierto de arena de 500 leguas de longitud y cuya anchura varía desde siete hasta cincuenta millas" [4].

Naturalmente, ocurrió lo que era lógico temer: al llegar a Pativilca, pueblecito situado a tres jornadas de Lima, cayó sin conocimiento y se le declaró una fiebre muy alta que le hacía delirar y él tomaba por ataques de demencia. "Es —explicaba a Santander— una complicación de irritación interna y de reumatismo, de calentura y de un poco de mal de orina, de vómitos y dolor cólico. Todo esto hace un conjunto que me ha tenido desesperado y me aflige todavía mucho. Yo no puedo hacer un esfuerzo sin padecer infinito. Ud. no me conocería porque estoy muy acabado y muy viejo; y en medio de una tormenta como ésta, represento la senectud. Además, me suelen dar, de cuando en cuando, unos ataques de demencia

---

1. *Cartas*, tomo III, pág. 305.
2. *Cartas*, tomo III, pág. 255.
3. *Cartas*, tomo III, pág. 318.
4. Cornelio Hispano: *El Libro de Oro de Bolívar*. París, 1926. Citado por el doctor Oscar Beaujon, en su estudio *El Libertador enfermo*, Caracas, 1963, pág. 36.

aun cuando estoy bueno, que pierdo enteramente la razón, sin sufrir el más pequeño ataque de enfermedad y de dolor. Este país con sus *soroches* en los páramos me renueva dichos ataques cuando los paso al atravesar las sierras. Las costas son muy enfermizas y molestas porque es lo mismo que vivir en la Arabia Pétrea" [1].

Sin embargo, a pesar de que en esa carta anunciaba su propósito de regresar a Bogotá, en cuanto pudiera poner a Sucre al frente del ejército, y se mostraba dispuesto a abandonar también a Colombia y dejar el servicio público, apenas comenzó a reponerse recuperó su temple ordinario; volvió a aparecer en él el hombre que veía en aquellas pruebas su destino inevitable, su martirio y su gloria.

Precisamente en aquellos días llegó a visitarle don Joaquín Mosquera, Ministro de Colombia ante los gobiernos del Perú, Chile y Buenos Aires, y narraba después: "...encontré al Libertador ya sin riesgo de muerte, pero tan flaco y extenuado que me causó su aspecto una muy acerba pena. Estaba sentado en una pobre silla de vaqueta, recostado contra la pared de un pequeño huerto, atada la cabeza con un pañuelo blanco, y sus pantalones de jin que me dejaban ver sus rodillas puntiagudas, sus piernas descarnadas, su voz hueca y débil y su semblante cadavérico. Tuve que hacer un grande esfuerzo para no largar lágrimas y no dejarle ver mi pena y mi cuidado por su vida.

"Usted recordará que en aquella época el ejército peruano, fuerte de seis mil hombres, se había disipado sin batirse; que el ejército auxiliar de Chile nos había abandonado regresando a su país; que no quedaban más fuerzas que unos cuatro mil colombianos y tres mil peruanos. La fuerza de los españoles ascendía a veintidós mil hombres. Los peruanos, divididos en partidos, tenían anarquizado el país. Todas estas consideraciones se me presentaron como una falange de males para acabar con la existencia del héroe medio muerto, y, con el corazón oprimido, temiendo la ruina de nuestro ejército, le pregunté:

"—¿Y qué piensa usted hacer ahora?

"Entonces, avivando sus ojos huecos y con tono decidido, me contestó:

"—¡Triunfar!" [2].

En tal estado de miseria física había quedado el Libertador, que cuando quiso acompañar durante un trecho del camino a Mosquera, que se despedía, tuvo que tomar "una mula mansa", y mientras aquél esperaba su equipaje en un lugar "a la entrada del desierto de Haarmei", Bolívar se acostó "sobre un capote de barragán" [3].

---

1. *Cartas*, tomo IV, pág. 9.
2. Citado por Antonio Arraiz, en *Culto bolivariano*, pág. 107.
3. Oscar Beaujon, *op. cit.*, pág. 40.

Sin embargo, en aquella misma entrevista había expuesto a Mosquera el plan de campaña que realizaría: "Tengo dadas las órdenes para levantar una fuerte caballería en Trujillo; he mandado fabricar herraduras en Cuenca, Guayaquil y Trujillo; he ordenado tomar para el servicio militar todos los caballos buenos del país, y he embargado todos los alfalfales. Luego que recupere mis fuerzas me iré a Trujillo. Si los españoles bajan de la cordillera, infaliblemente los derroto con la caballería; si no bajan, dentro de tres meses subiré la cordillera y los derrotaré".

Y a Sucre le había escrito: "El cuadro es horroroso, pero no me espanta, porque estamos acostumbrados a ver muy de cerca fantasmas más horribles, que han desaparecido al acercarnos a ellos" [1].

1. *Cartas*, tomo III, pág. 314.

XXX

"ALFARERO DE REPUBLICAS"

En febrero de 1824 Bolívar se encontraba todavía en Pativilca, y aparte del estado de languidez en que lo había dejado la enfermedad y del cual se queja en carta a Sucre, se sentía solitario. "Póngase usted bueno —le escribe a Heres— y véngase... Morlás se ha ido y Torres Valdivia no hace nada. Yo estoy solo con Espinar atendiendo a Colombia y al Perú, a la guerra y a la política; a la hacienda y al gobierno. Nadie puede darme un consejo en el caso más trivial, ni siquiera recordarme en caso de distracción..." [1].

Y los acontecimientos eran cada día más apremiantes. Aunque en su correspondencia con algunos de sus subalternos, se muestra confiado en derrotar a los españoles si van a buscarlo en el norte, no podía soñar siquiera en tomar la ofensiva y su preocupación era más grave de lo que aparentaba. En carta a O'Leary le confiesa que en la batalla de Moquegua y en la desdichada campaña de Santa Cruz se habían perdido "los buenos escuadrones" que tenía el Perú; mucho había sufrido también el ejército peruano del norte, a causa de la infidencia de Riva Agüero; los refuerzos pedidos a Colombia no llegaban; la ciudad de Pasto se sublevaba en cuanto se retiraban de ella las fuerzas colombianas, y cortaba las comunicaciones del Perú, Quito y Guayaquil con Bogotá. En enero se supo, además, que Francia y la Santa Alianza habían restablecido el absolutismo en España y que probablemente ayudarían a ésta en la reconquista de América.

"Los godos del Perú —comentaba Bolívar a Santander— han profesado altamente la opinión hasta ahora de no reconocer la independencia de América, ni aun cuando el gobierno español la reconociese; todo esto aun antes de sus victorias. Ellos sabrán además, porque nosotros tenemos el cuidado de publicarlo, lo que el duque de Angulema ha dicho en su proclama con respecto a la sumisión de América; y ellos deducirán de esta profesión política de la Francia que la guerra contra nosotros debe continuar con más empeño. Por consiguiente, no debemos esperar más que sangre y fuego de los compañeros de Canterac, La Serna y Valdés; por consiguiente, no debemos esperar nuestra libertad sino de los 12.000 colombianos que he pedido para que vengan al Perú, de los cuales 3.000

---

1. *Cartas*, tomo IV, pág. 60.

deben venir a Pasto, para poder destruir a esos numantinos tártaros, que se están poniendo casi invencibles" [1].

En comunicación al Secretario de Relaciones Exteriores de Colombia, le advertía al mismo tiempo: "La Santa Alianza ha llevado sus armas hasta los muros de Cádiz: el mundo viejo gravita ya sobre el nuevo... Ya se anuncian los temores de que el Rey Fernando procurará desembarazarse de un ejército que no ha podido ni debido serle fiel. Para ello adoptará la medida de enviarlo a América... La Francia puede darle cuantos auxilios marítimos necesite"; en vista de lo cual sugería "que el Poder Ejecutivo tome en consideración las circunstancias críticas de que nos vemos amenazados, e invite al gobierno británico, por medio de nuestro enviado diplomático, no sólo a fin de que pronuncie su reconocimiento de la independencia de Colombia, sino a que insista exigiendo de la España el reconocimiento de la misma independencia de todas las secciones de América" [2].

¿Pero tendrían buen éxito esas gestiones? ¡Tantas veces Inglaterra los había defraudado! "Vendido por un tratado de comercio", como decía Miranda!

Para ganar tiempo, Bolívar pidió al Presidente Torre Tagle que solicitara un armisticio de los españoles, y que el oficial que se enviara con tal objeto los halagara con la esperanza de que esa suspensión de las hostilidades desorganizaría al ejército colombiano y obligaría a los peruanos a reconciliarse con España. En las instrucciones que le comunica al coronel Tomás de Heres, para que éste verbalmente las traslade al Presidente, exige desde luego el mayor disimulo, se extiende minuciosamente en los pormenores, y repite: "Volveré a explicar mi secreto: que es ver cómo ganamos cuatro o seis meses, para que lleguen las tropas de Colombia que espero y entonces todo queda asegurado. El oficial que vaya a Jauja que sea sumamente sagaz y escogido entre todos los que existan en esa capital; que inste mucho por ir donde el mismo general La Serna; que diga que *tiene cosas interesantes que comunicarle verbalmente;* y que, en caso de no poderlo conseguir, le diga al jefe de vanguardia que si *los españoles quisieran entrar en un armisticio de ocho, diez o doce meses, las tropas de Colombia se desesperarían, porque no se les paga nada, y porque están padeciendo mil miserias y al fin se irían del país; que entonces el gobierno del Perú y el pueblo no tendrían otra cosa que hacer que el de reconciliarse con sus hermanos los españoles.* Debe quejarse mucho del estado de miseria del país, y de la conducta insolente de los aliados; debe decir que *todo el mundo clama por la paz, aunque los mande el diablo. Debe manifestar deseos de quedarse pero que no lo hace por miramientos a sus re-*

1. *Cartas*, tomo IV, pág. 34.
2. *Cartas*, tomo IV, pág. 38.

laciones y a la venganza que yo tomaría de su familia. Este hombre debe ser escogido como un ramito de romero" [1].

Pero aquella tramoya, como la llamaba el mismo Bolívar, tuvo el desenlace más inesperado: que simple y llanamente el Presidente Torre Tagle se pasó a los españoles con gran parte del tren oficial. Bolívar había recomendado en sus instrucciones: "si le preguntan al oficial parlamentario ¿cuál es la opinión del Sr. Tagle, o si se le ha oído decir algo en favor de los españoles?, que diga *que no*, y que es demasiado patriota para que entre por nada, por sus compromisos anteriores"; pero aquel oficial, que debía ser seleccionado como "un ramito de romero", y que fue nada menos que el propio Ministro de Guerra don Juan Berindoaga, Conde de San Donás, fue el que sirvió de enlace secreto para la traición y siguió en ella a Torre Tagle. El Libertador le había escrito a éste, con respecto a su proyecto: "yo quisiera que ni el mismo papel lo supiese, porque en cuanto se sepa, se perdió el Perú para siempre" [2]; y en carta a Santander anuncia después de la infidencia: "Los godos no nos darán tiempo para nada, puesto que Torre Tagle les dirá nuestros secretos de entretenerlos un poco hasta recibir nuevos refuerzos" [3].

Con Torre Tagle y Berindoaga desertaron también hacia el campo realista el Vicepresidente don Diego de Aliaga, numerosos funcionarios y 337 oficiales del ejército. Otra traición había entregado también El Callao a los realistas: el 5 de febrero se insurreccionó el Regimiento del Río de la Plata que lo guarnecía; puso preso al gobernador de la plaza, general Rudecindo Alvarado, y a varios oficiales leales; lograron los sublevados que se les incorporara la artillería y otras fuerzas, y se lo ofrecieron todo a los realistas. Poco después otro cuerpo, también argentino, los célebres Granaderos a Caballo de los Andes, imitaron a la guarnición de El Callao, depusieron a sus jefes y se unieron a los traidores. "Los españoles —dice Lecuna— incorporaron a sus tropas más de 1.000 soldados de los cuerpos insurreccionados, y se llevaron prisioneros 105 jefes y oficiales" [4]. Desde luego, Lima cayó también en poder de los realistas.

Como siempre sucede, Torre Tagle y Berindoaga quisieron justificarse posteriormente con ataques a Bolívar y patrañas más o menos verosímiles. Entre otras, que el Libertador pensaba fusilarlos cuando, ante las primeras pruebas de su deslealtad, mandó detenerlos.

Pero en el propio manifiesto que Torre Tagle dio para cohonestar su conducta, encontramos la explicación de ella, desnuda y precisa: "Unido ya —dice— al ejército nacional mi suerte será siempre la suya. No me alucinará jamás el falso brillo de ideas quiméricas que sorprendiendo a

1. *Cartas*, tomo IV, pág. 17.
2. *Cartas*, tomo IV, pág. 13.
3. *Cartas*, tomo IV, pág. 110.
4. *Crónica razonada...*, tomo III, pág. 363.

los pueblos ilusos sólo conducen a su destrucción y hacer la fortuna y saciar la ambición de algunos aventureros. Por todas partes no se ven sino ruinas y miserias. En el curso de la guerra: ¿Quiénes sino muchos de los llamados defensores de la patria han acabado con nuestras fortunas, arrasado nuestros campos, relajado nuestras costumbres, oprimido y vejado a los pueblos? ¿Y cuál ha sido el fruto de esta revolución? ¿Cuál el bien positivo que ha resultado al país? No contar con propiedad alguna ni tener seguridad individual. Yo detesto un sistema que termina al bien general y no concilia los intereses de todos los ciudadanos". Y, olvidando que acababa de ser el primer magistrado del Perú, termina: "De la unión sincera y franca de peruanos y españoles, todo bien debe esperarse; de Bolívar, la desolación y la muerte" [1].

Por dos veces, en tan cortas líneas, lamenta Torre Tagle los bienes materiales que él y los suyos ven sacrificados: "... han acabado con nuestras fortunas... no contar con propiedad alguna..."; pretende implícitamente que una revolución puede hacerse sin sacrificar la "seguridad individual" y armonizando "los intereses de todos los ciudadanos"; y a las medidas que obviamente se necesitaban para contrarrestar tan ingenuo egoísmo, las considera opresión y vejamen. "Oprimido y vejado a los pueblos", precisa; como si los poseedores de aquellas fortunas, los dueños de aquellas propiedades, no hubieran mantenido durante tres siglos, unidos a los realistas, la más inicua explotación del pueblo.

Tenía que ser aquél, un lenguaje incomprensible para los venezolanos, granadinos y quiteños. Recordemos que desde el principio de la guerra, Bolívar había sacrificado fortuna y privilegios, sin advertirlo siquiera. Sucre, no solamente había sufrido, desde sus 15 años, las tremendas penalidades de las campañas en Venezuela; seis de sus hermanos perecieron, además, en circunstancias atroces, uno de ellos alanceado en el hospital, dos fusilados por los realistas, una de las hermanas violada y asesinada en su lecho de enferma. Ya hemos narrado cómo, a fines del año 14, don Martín Tovar aconsejaba a su esposa e hijas que se ocultaran en los bosques, y que pasaran después a las Antillas a ganarse el pan bordando o haciendo dulces, mientras él seguía en las filas del ejército. No era absolutamente excepcional esa conducta en 1816: damas venezolanas de la más refinada sociedad tocaban el arpa en los bailes de negros del Caribe, para lograr comer, y así las dejaron sus padres, hermanos y esposos cuando emprendieron la reconquista contra el recién llegado ejército de Morillo. La propia novia del Libertador, Josefina Machado, sacrificó su juventud y su amor en esa azarosa existencia. Más tarde, en un intervalo de relativa bonanza, todo lo que sacaban los patriotas de las ricas *Misiones* de Guayana, lo dedicaban a comprar armas; ellos siguieron alimentándose con yucas y plátanos, vistiéndose con los heterogéneos uni-

1. Citado por Luis Alayza Paz Soldán en *Unanue, San Martín y Bolívar*. Lima, 1934, pág. 433.

formes que conseguían los corsarios republicanos durante sus correrías. Y por cierto que, para los británicos recién llegados —los "extranjeros", el epíteto con que ahora se les perseguía a ellos— reservaban aquellos patriotas dos "lujos" que no podían guardar para sí: zapatos adecuados y pan de trigo. En Pantano de Vargas y Boyacá, los soldados que habían atravesado el páramo, combatieron "vestidos de mujeres", como ellos mismos decían desenfadadamente; porque sólo tenían, para cubrir su desnudez, las telas de colorines que las mujeres granadinas les habían dado de sus propios trajes.

Frente a esa vida, que habían llevado durante 14 años, ¡qué despreciables debían considerar los veteranos colombianos aquellas lamentaciones de Torre Tagle sobre seguridad individual y "nuestras fortunas" perdidas! Y sin embargo, ¡eso era lo que escuchaban por doquiera, la base de todos los reproches que se les hacían! ¡Y la razón de los que todavía les hacen algunos historiadores, tan ingenuamente egoístas como el Marqués de Torre Tagle y el Conde de San Donás!

Bolívar tenía que ordenar exacciones que, claro está, debían parecer escandalosas a las clases dirigentes, acostumbradas al sosiego y a los privilegios. Por ejemplo, en oficio de su Secretario al Provisor del Obispado de Trujillo, se le advertía que "no debiendo haber clases privilegiadas cuando se trata de sostener la causa de los pueblos", esperaba el Libertador que el clero contribuyera a la defensa común con las asignaciones que se le habían hecho [1]; pero como esas advertencias no bastaron, se decretó el embargo de la plata labrada y joyas de oro de las iglesias [2]. Lo que ignoraban los peruanos es que con ese dinero se debía pagar, entre otros, al Almirante inglés Martín Jorge Guise, Comandante de la Escuadra del Perú, que era muy valiente, muy eficaz y prestaba invalorables servicios con sus buques a los patriotas, pero que amenazaba con irse a Chile si no se le pagaba. "Me es muy satisfactorio —le escribía Bolívar— que V. S. H. haya recibido los veinte mil pesos que remití para la escuadra, y que estuviera pronto para dar la vela para El Callao a continuar el bloqueo de aquel puerto. Esta operación de V. S. H. impone a los enemigos del Perú un perpetuo silencio sobre las novedades que forjaban cada día acerca de las operaciones de la escuadra del mando de V. S. H." Pero, a pesar de eso, no se sentía nada seguro el Libertador, y después de largas explicaciones a aquel díscolo jefe, tiene que terminar su carta con esta imperiosa conminación: "Yo no dudo que V. S. H. pesando estas razones conocerá su solidez y no adoptará la medida de ir a Chile, lo cual sería visto como un abandono de la causa del Perú con las fuerzas que le ha confiado en las circunstancias más críticas y en la época de su salvación. Así, yo protesto contra esta medida si V. S. H. llega a adoptarla, y la desapruebo

1. O'Leary, *Documentos*, tomo XXII, pág. 86.
2. Lecuna, *Crónica razonada...*, tomo III, pág. 397.

desde ahora, haciendo a V. S. H. responsable de ella ante el Perú, ante la causa de la América entera, y ante la noble patria de V. S. H., la Inglaterra, que tan generosamente ha tomado bajo su protección una causa que V. S. H. ha defendido con tanta bizarría y constancia" [1]. Cuánto añoraría Bolívar, en esos momentos, al magnánimo Brión, que en Venezuela había dado toda su fortuna a la patria sin reclamar jamás.

Ignoraban también los peruanos que Colombia hacía por ellos no menos sacrificios. Al general Bartolomé Salom, que gobernaba el Departamento de Quito, tenía que escribirle el Libertador, con fecha 15 de enero de 1824: "...el Perú no tiene en el día ramos de hacienda de que disponer. Si Ud. no se esfuerza a mandarme los reclutas pedidos, los vestuarios, fornituras, morriones, capotes, quinientas sillas, ponchos o frazadas ordinarias y todos mis demás pedidos para el ejército, nada haremos de provecho; el Perú se perderá irremediablemente..." [2]. En la misma carta le advierte que "a Guayaquil se le deben setecientos mil duros" (aparte de las numerosas exigencias análogas a aquélla, que ya se le habían hecho), y apenas un mes después le habla de una nueva contribución a la ciudad de Quito: 25.000 pesos. A pesar de estar ella misma amenazada por España y la Santa Alianza, alrededor de 7.000 fusiles envió Colombia al Perú durante aquella campaña [3].

Por cierto que aquel incesante pedir originó también en los departamentos colombianos del sur incidentes desagradables, y Bolívar reaccionó con vehemencia: "Ustedes pueden hacer —le dice a Santander— los más pomposos elogios de Sucre y Salom que han mandado a los quiteños y que, a la verdad, son los mejores hombres del mundo. ¡Qué ingratos! Haber sacado nosotros la flor de Venezuela para hacerles bien, y pagarnos con calumnias" [4]. Pero esos arrebatos eran transitorios en el Libertador, pues ocho días después pondera con entusiasmo "un pueblo tan patriota y tan colombiano como ha sido el de Quito" [5].

Esa es otra particularidad que deben tener en cuenta los peruanos de hoy; porque los desahogos que se encuentran contra el Perú en la correspondencia de Bolívar, han sido usados con frecuencia para zaherirlos o indisponerlos contra el Libertador. Tanto en este sentido, como para la crítica histórica, deben considerarse esas explosiones temperamentales sin valor alguno. Pese a las apariencias adversas de los acontecimientos, en todos sus juicios objetivos sobre el Perú, Bolívar es justo y demuestra amor a aquella tierra. Aun en el momento de enfrentarse a la infidencia de Torre Tagle, la explicación que da de ella es casi una justificación: "La causa de todo

1. *Cartas*, tomo IV, pág. 140.
2. *Cartas*, tomo IV, pág. 23.
3. Lecuna, *Crónica razonada...*, tomo III, pág. 391.
4. *Cartas*, tomo IV, pág. 10.
5. *Cartas*, tomo IV, pág. 23.

esto es —le escribe a Santander— que estos hombres ven su país aniquilado sin el menor triunfo, no pueden concebir que pueda vencer con tan escasos medios como los que tengo. Muchos han pensado que los abandonaré sin combatir, porque los enemigos internos lo han hecho así correr" [1].

Y, desde luego, sabe que la desorganización del gobierno no indica falta de patriotismo en el pueblo: "Cada vez que pienso —le dice a Sucre— que tenemos cerca de 10.000 hombres; que antes de cuatro meses tendremos otros tantos, que no faltan materiales en el país, y que el pueblo es patriota y se está perdiendo por falta de gobierno, me desespero y me animo a tomar un partido decisivo" [2].

¿Y acaso sobre la propia Caracas, que amaba con pasión, no deja caer también, ocasionalmente, sus anatemas y su cólera? "¡Qué desgraciado es el hombre público en Caracas y sobre todo si es bueno!", exclama en una de sus cartas [3]; y, justamente contra los blancos de Quito, escribe en otra ocasión: "Peores que los caraqueños, lo que no es poco decir" [4].

Debe considerarse sobre todo que, tanto en los desastres que antes hemos narrado, como entre las cavilaciones y menudos contratiempos que sin cesar lo asediaban, encontramos siempre a Bolívar en esta posición: que él era el único responsable *por lo que se debía hacer*, y a la vez estaba obligado a responder ante los que se daban el lujo de indicarle *lo que no se debía hacer*.

En sus relaciones con el Congreso colombiano y el Vicepresidente Santander se encontraba acorralado por el mismo sistema. Los políticos de Bogotá, quizá porque —como los peruanos— no tenían confianza en el triunfo del Libertador, quizá porque consideraban que la empresa de éste dejaba demasiado desguarnecida a Colombia, quizá porque Santander se dejaba arrastrar cada día más por sus recelos frente a la gloria creciente de Bolívar y de Sucre, se mostraban renuentes a enviarles nuevos auxilios. Bolívar hasta entonces había remediado esa situación recurriendo a Quito y Guayaquil, departamentos sobre los cuales poseía facultades extraordinarias y donde contaba con fieles amigos. Pero agotados estos recursos y ante los nuevos peligros que afrontaba el Perú, creía indispensable Bolívar que Colombia se sacrificara íntegramente, si era necesario, para la definitiva liberación del continente.

Flemáticamente le respondía, por el contrario, Santander, con fecha 6 de enero de 1824, que "si el Congreso me da auxilios pecuniarios, o de Europa los consigo, tendrá Ud. el auxilio, y si no, no" [5]. Y agregaba que pediría

1. *Cartas*, tomo IV, pág. 108.
2. *Cartas*, tomo IV, pág. 69.
3. *Cartas*, tomo IV, pág. 192.
4. *Cartas*, tomo XI, pág. 240.
5. *Cartas de Santander*. Caracas, 1942, pág. 275. El editor hace constar que el último "no", está en el original en letras más grandes y negras que las otras.

al Congreso "una ley para poder auxiliar, porque hasta ahora no la tengo"; lo cual era casi un sarcasmo.

Algo después, el 1º de mayo, ante nuevas exhortaciones de Bolívar, le contesta: "Yo soy gobernante de Colombia y no del Perú; las leyes que me han dado para regirme y gobernar la República nada tienen que ver con el Perú y su naturaleza no se ha cambiado, porque el Presidente de Colombia esté mandando un ejército en ajeno territorio. Demasiado he hecho enviando algunas tropas al sur; yo no tenía ley que me lo previniese así, ni ley que me pusiese a órdenes de Ud., ni ley que me prescribiese enviar al Perú cuanto Ud. necesitase y pidiese. O hay leyes o no las hay. Si no las hay, ¿para qué estamos engañando a los pueblos con fantasmas? Y si las hay es preciso guardarlas y obedecerlas, aunque su obediencia produzca el mal" [1].

Demasiado parecidos estos argumentos de Santander, a los de los cartagineses para no auxiliar a Aníbal en Italia. Y el escrúpulo de que carecía de leyes que le permitieran socorrer a su angustiado jefe era un sofisma insostenible. ¿Podía creerse que si él unía su influencia sobre el Congreso al prestigio de Bolívar, y hacía valer la importancia de aquella empresa de vida o muerte, se hubieran atrevido los congresistas a dejar comprometida la libertad de América y la existencia misma de Colombia? Por supuesto, olvidaba también el Vicepresidente sus arranques de energía en 1819, cuando le indicaba al Libertador "que el asiento de Piar lo piden de justicia otros compatriotas nuestros" [2], y a propósito de lo sucedido en el Congreso de Angostura, opinaba: "No hay remedio; es preciso todavía ahorcar gente sin proceso ni juicio" [3]. Esto lo había escrito precisamente cuando acababa de reconstruirse el gobierno constitucional de la República.

Es verdad que, como hemos dicho, la intervención de Francia y la Santa Alianza en España, para restablecer el absolutismo de Fernando VII, hacía temer que también lo ayudaran en la reconquista de Colombia. Pero con mucha razón Bolívar le argumentaba al Vicepresidente: "Este temor no me parece fundado, porque ninguna combinación puede persuadirme de que la Francia entre en planes hostiles contra el Nuevo Mundo, cuando ha respetado nuestra neutralidad en tiempos calamitosos y en que éramos verdaderamente despreciables. Por otra parte, los ingleses deben adoptar nuestra causa el mismo día que los franceses adopten la española; y la superioridad de los ingleses es tan grande sobre la de los aliados, que se debe contar como un triunfo este suceso. Mientras tanto, nosotros no seremos tan insensatos que, para atender a un peligro remoto, desatendamos a uno cierto e inmediato. Yo le aseguro a Ud. que semejante demencia no creo que se le pueda ocurrir a nadie; porque dejar abierta una puerta tan

1. *Cartas de Santander*, Caracas, 1942, pág. 290.
2. *Cartas de Santander*. Caracas, 1942, pág. 99.
3. *Cartas de Santander*. Caracas, 1942, pág. 116.

grande como la del Sur, cuando podemos cerrarla antes que lleguen los enemigos por el Norte, me parece una falta imperdonable. Yo quiero suponer que vengan los franceses: por lo mismo deberíamos emplear velozmente nuestras fuerzas en destruir estos canallas del Perú, para ir después contra los tales franceses al Norte con todas las fuerzas americanas que yo sabría llevar, de grado o por fuerza, pues, la fuerza aumenta la fuerza, como la debilidad aumenta la debilidad" [1].

La actitud de Inglaterra y la promulgación de la Doctrina Monroe alejaron, en efecto, el peligro de una intervención reaccionaria europea en la América. Pero no por eso se mostraron los políticos bogotanos más dispuestos a interesarse por el Perú. Baste decir que el 1º de marzo debía reunirse aquel Congreso al cual pensaba pedirle Santander "una ley para poder auxiliar"; pero no se instaló sino el 5 de abril, y a principios de mayo fue cuando Santander le pidió autorización para levantar nuevas fuerzas [2].

Precisamente el 6 de mayo, Bolívar había querido hacer un último esfuerzo para conmover a Santander con el recuerdo de los antiguos prodigios, y le escribía: "No sé qué decir a Ud. de las cosas peruanas. Mucho han mejorado con la energía del año 13 que he desplegado el año de 24, sin temor de los redentores y habladores; porque no hay mejor apología que una *república libre.* El que hace estas cosas siempre es bueno, y yo me he metido a alfarero de repúblicas, oficio de no poco trabajo, pero al mismo tiempo glorioso". Y agregaba: "Mande Ud. esos 4.000 hombres que ha ido a buscar Ibarra y el día que Ud. sepa que han llegado al Perú, haga Ud. de profeta y exclame: ¡Colombianos, ya no hay más españoles en América!" [3].

Pero como así mismo resultara infructuosa esta invocación, decidió no escribir más al Vicepresidente. Cuando volvió a hacerlo, en noviembre, después de Junín, le reiteró, sin embargo, que él no había pretendido que violara la Constitución, y que sin hacerlo hubiera podido, a lo menos, enviar tropas a Guayaquil y al Istmo [4].

Inútilmente intentó también Bolívar obtener tropas u otros recursos de los países hermanos. Los pidió a Buenos Aires, a Chile, a Guatemala, a México. Al propio O'Higgins, que se encontraba en el Perú, lo interesó a favor de éste [5]. Pero nada consiguió. Una vez más, estaba solo.

Afortunadamente, aquel debatirse angustioso no melló su combatividad, ni atenuó el ritmo frenético con que se había dedicado a reorganizar lo que le quedaba. A Sucre, que estaba al frente del ejército, le escribía desde

1. *Cartas,* tomo IV, pág. 106.
2. Lecuna, *Crónica razonada...,* tomo III, pág. 388.
3. *Cartas,* tomo IV, págs. 149 y 150.
4. *Cartas,* tomo IV, pág. 200.
5. *Cartas,* tomo IV, págs. 28, 97 y 100.

Pativilca el 4 de febrero: "Conservemos sobre todo el prestigio favorable que se ha concebido del ejército colombiano; conservemos inmaculada nuestra gloria; y yo ofrezco a Ud. un resultado final digno de la grandeza de nuestra causa. Grabe Ud. profundamente en su alma estas ideas; proféselas Ud. como la fe del día, y ámelas con su corazón, para que la repugnancia no las combata y aun las destruya. Aleje Ud. de su espíritu toda consideración que no coadyuve a fortificar este plan. Llame Ud. a su ayuda todos los pensamientos y todas las pasiones que puedan servir a completarlo. El espíritu de Ud. es fecundo en arbitrios, inagotable en medios cooperativos, la eficacia, el celo y la actividad de Ud., sin límites. Emplee Ud. todo esto y algo más por conservar la libertad de la América y el honor de Colombia. El designio es grande y hermoso, y, por lo mismo, digno de Ud." [1].

Desde el 10 de febrero el Congreso peruano le había confiado la Dictadura; y él, a su vez, nombró el día 13 a Sucre Jefe del Ejército Unido. Para la reorganización política y administrativa del país contaba con peruanos eminentes, patriotas y honestos; entre otros, don José Sánchez Carrión, a quien nombró Ministro General de Negocios, y don Hipólito Unanue, que en 1822 no simpatizaba con Bolívar, pero en las nuevas circunstancias colaboró con él abnegadamente.

En cuanto al estado de ánimo del propio Libertador, ante la nueva responsabilidad que asumía, "yo me voy a Trujillo —le decía a Sucre— a declarar la ley marcial y a poner jefes militares en las divisiones militares que voy a establecer. Estoy resuelto a no ahorrar medida alguna y a comprometerme hasta el alma porque se salve este país". Y todavía se encontraba convaleciente, en Pativilca.

Durante aquellos meses terribles, en que las derrotas sufridas por las fuerzas peruanas, la crisis espiritual del país, la traición de Torre Tagle, la enfermedad del Libertador y la tardanza de los refuerzos colombianos colocaron a Bolívar a la defensiva y en gravísima situación, una circunstancia feliz evitó, sin embargo, que los españoles atacaran a los comprometidos republicanos. Y fue que ellos mismos quedaron divididos a consecuencia del triunfo de los *serviles* en España, pues en tanto que el general Pedro Antonio de Olañeta se mostraba partidario del "Rey absolutamente absoluto", como decían aquéllos, los otros jefes españoles —el virrey La Serna, Canterac, Valdés— eran más o menos liberales. Olañeta llegó hasta proclamarse, en el Alto Perú, independiente del Virrey, y éste mandó a Valdés contra el disidente.

En gran parte esa actitud imprudente se debía al engreimiento que tantos años de triunfo en el Perú les producían. En España iban a llamarlos desdeñosamente "los Ayacuchos"; y las patrañas que les inventaron du-

1. *Cartas*, tomo IV, pág. 62.

rante las disensiones civiles en la península, todavía oculta para muchos españoles lo que aquellos hombres hicieron por su lejano gobierno. Bolívar, que los veía de cerca, sí sabía lo que podía temerse de ellos. "Los soldados de los godos —le escribía a Santander— andan quince o veinte leguas en un día, y su alimento lo llevan en un saquito de coca y en otro de cebada, o maíz cocido o tostado. Con esto marchan semanas y semanas, sus jefes y oficiales no duermen por estar cuidando de la tropa. Se lo diré a Ud. de una vez, no hay amigo ni enemigo que no cuente maravillas de este ejército español, y a fuerza de repetírmelo lo voy creyendo. Hace doce años que mantienen la guerra y hace doce años que son victoriosos con muy ligeras desgracias" [1]. En otra ocasión, para ponderar lo que podría hacer con 12.000 colombianos, si se los enviaban, dice que quizá se logrará minar "hasta los corazones mismos de esos tenaces, de esos pertinaces españoles" [2]. Y aunque inspirada por el despecho, no deja de expresar el mismo elogio esta otra expresión suya, cuando ve que ninguno de los dos bandos realistas se muestra dispuesto a pactar con los republicanos: "Observe Ud. lo que dice Canterac al terminar su carta de que siempre serán españoles, gane quien ganare. La decisión de estos godos ha sido siempre por la guerra; como todos los españoles, tenaces por la tiranía y por la injusticia, sin tener este carácter para sostener los principios liberales" [3].

Pero si Bolívar sabía muy bien que aquellos duros combatientes eran iguales en todas partes y bajo cualquier denominación que adoptaran, ellos no conocían al Libertador sino de oídas. No sabían que en pocos meses era capaz, sin recursos y aislado, de improvisar un ejército, dar consistencia de veteranos a contingentes heterogéneos disciplinados sobre la marcha, y salir a buscarlos, a ellos, a través de las temibles cordilleras andinas. Lo vinieron a saber en la víspera misma de Junín, cuando vieron que se atrevía a cortarles la retirada encontrándose él a centenares de leguas de sus propias bases y para decidir con la caballería una batalla que se dio a 4.200 metros de altura.

Nunca como en aquella campaña mereció Bolívar la comparación con Federico el Grande, que ya hemos hecho. Mientras Sucre, al frente del ejército, defiende los pasos de la sierra por donde los realistas podían ir a buscarlos, él cuida de todo: recomienda al general La Mar "medidas indirectas, suaves y sagaces" para que no vuelva a haber rozamientos entre las tropas colombianas y las del Perú; estudia los caminos que se pueden utilizar en caso de retirada o para hostigar a los españoles; señala los lugares donde es más conveniente acantonar cada cuerpo; manda

1. *Cartas*, tomo IV, pág. 82.
2. *Cartas*, tomo IV, pág. 63.
3. *Cartas*, tomo IV, pág. 98.

a hacer el vestuario para las tropas, sables "y lanzas finas como las que usamos en Venezuela"; indica las marchas y las otras medidas de adiestramiento que deben seguir las tropas; se ocupa en el modelo de las herraduras y los clavos que deben emplearse en ellas para proteger el casco de los caballos de la costa cuando se les lleve a la sierra. En un caso llega hasta dar los nombres de los oficiales que deben mandar cada uno de los seis pequeños barcos que espera de Colombia. Y exige oficios y no cartas ni recados en los asuntos oficiales, porque quiere precisión y responsabilidad en todo.

Como Jefe del Estado vigila desde las cuentas de la tesorería, que quiere sean insospechables, hasta la presentación de la *Gaceta* y de otro periódico, que critica como un profesional. Y en el cuidado de las tropas parece un simple jefe de escuadrón. "No permita Ud. —le dice a Sucre— que los caballos se hierren con las herraduras que se han mandado, porque los clavos no valen nada, nada; que se vayan adobando entre tanto las herraduras, mientras se consiguen buenos clavos, que los mandaré de hierro de Vizcaya, grandes y buenos. Los herradores y herreros, que adoben perfectamente las herraduras, para que no se pierda el tiempo". Tiene fe absoluta en la caballería colombiana: "Aquí tenemos —escribe a Santander— solamente los lanceros que fueron de Rondón y los Húsares de Silva; en muy buen estado y capaces de derrotar doble número; pero no un quíntuplo, como Ud. puede imaginar fácilmente, a menos que repitamos los antiguos milagros de Maturín, San Mateo y Boyacá". Por eso cuida aquellos cuerpos hasta en los menores detalles. Considera horrible falta que sufran los caballos. "Las bestias que han entrado en la sierra, de los valles de la costa —advierte—, sufren mucho por el clima y por la piedra: pensemos en los medios de evitar esta horrible falta". Y ordena: "Cada hombre irá montado en una mula y llevará su caballo del diestro". El problema de los caballos de tierra blanda, que se inutilizan en los terrenos pedregosos, lo había sufrido en Venezuela el año 18; ahora insiste acerca de él en todas las instrucciones a los subalternos: "Haga Ud. que a los caballos de la costa se les hagan todos los remedios imaginables a fin de que se les endurezcan los cascos, quemándose con planchas de hierro caliente y bañándoselos con cocuiza, que se mandará buscar donde quiera que la haya".

"Parecerán increíbles —narra O'Leary— los arbitrios de que se valía para suplir la falta de materiales que se necesitaban en la construcción de algunos objetos; para hacer las cantinas, por ejemplo, hizo recoger todos los artículos de hoja de lata y las jaulas de alambre en muchas leguas a la redonda; faltaba el estaño para soldarlas; pero aconteció que un día al levantarse de su asiento se rasgó el pantalón con un clavo, examinólo al instante y resultó ser del metal de que había menester. De más

está decir que al día siguiente no quedó en ninguna casa de Trujillo, ni en las iglesias, una sola silla con clavos de estaño" [1].

Cuida asimismo de mover todos los resortes del corazón humano, según su expresión de 1817. En el pueblo peruano de Lambayeque se trabajaba febrilmente para el ejército, y él les manda a decir: "El pueblo de Lambayeque es muy benemérito, y yo lo amo naturalmente mucho; dígaselo Ud. a su intendente para que todos lo sepan" [2].

En realidad, sólo contaba Bolívar con esa faja costanera al norte del Perú; el resto del país y el Alto Perú estaban ocupados por los realistas. En cuanto a Colombia, Quito tenía que vigilar a Pasto en el norte, y solamente Guayaquil y los otros departamentos del sur seguían ayudando. De Bogotá y del resto del país, nunca se sabía si llegarían o no los refuerzos esperados. "Me dicen —escribía Bolívar a Sucre— que las tropas de Venezuela desesperan de venirse donde yo esté. La *Guardia* está soberbia, en estado, número y calidad. Dios la traiga con bien" [3].

Pero como si contara con toda una nación a sus espaldas, el Libertador se ocupa también en mejorar los periódicos de que dispone. "Ya que hay tan poco papel para la *Gaceta* —le dice a Heres— ésta debería tener un margen más pequeño". Y en otra carta le indica a José Gabriel Pérez: "Remito a Ud. *El Centinela*, que está indignamente redactado, para que Ud. mismo lo corrija, y lo mande de nuevo a reimprimir, a fin de que corra de un modo decente y correcto. Despedace Ud. esta infame gaceta, para que quede mejor. La divisa está indignamente colocada. La contestación, etc., en letras mayúsculas. La puntuación corregida; las impropiedades destruidas, todo rehecho" [4].

Este impulso simultáneo que daba a todas las actividades, es el secreto del triunfo en Bolívar. Las batallas son accidentes, dentro del vasto conjunto que organiza este "alfarero de repúblicas". Por eso lo vemos agigantarse desde Boyacá hasta Ayacucho, época claramente diferente a la anterior de 1813 a 1819. En ésta, la guerra localista, fragmentaria, en que predominan las guerrillas y los combates que nunca son decisivos, no permite apreciar en Bolívar sino la combatividad y la constancia. De 1818 en adelante cambia totalmente el carácter de la guerra. La disminución de las guerrillas, las operaciones de largo alcance, el hecho de que los republicanos comienzan ya a contar con una infantería bien equipada, le permiten a Bolívar mostrar lo mejor de su genio; aparece en él el organizador. Es ahora un río que deja de ser torrente y se hace cada vez más

---

1. O'Leary. Edición de 1952. Caracas, tomo I, pág. 249.
2. Por estas citas sobre los preparativos del Libertador y otras que omitimos, ver *Cartas*, tomo IV, págs. 126, 127, 128, 133, 138, 139, 140, 144, 146 y 149.
3. *Cartas*, tomo IV, pág. 121.
4. *Cartas*, tomo IV, págs. 139 y 146.

sosegado y ancho, irresistible por el caudal de sus aguas, no solamente por su fuerza.

Había encontrado también en Sucre el complemento más feliz de su carácter. A pesar de que varias divergencias que hubo entre ellos hubieran podido en esos años separarlos, pocas veces encontramos en la historia un ejemplo de lo que puede ser la grandeza humana, libre de recelos y mezquindades, como el que nos presentan en sus relaciones Bolívar y Sucre durante aquella campaña. Bolívar envía con frecuencia a su subalterno instrucciones minuciosas y a veces órdenes; pero a la vez recibe de él observaciones y advertencias. No solamente organiza Sucre, con capacidad insuperable, todo lo relativo a la defensa, y luego a la ofensiva que propone, sino que el apoyo moral y la seguridad que brinda al Libertador llegan a ser para éste indispensables. Bolívar, por otra parte, lo celebra regocijado, y en cierto momento lo llama a su lado, con estas halagüeñas expresiones: "Lo que más me interesa en el día es verme con Ud. para determinar aquí diferentes designios, que conviene mucho que Ud. sepa para que me aconseje, y para su ejecución en la parte que a Ud. toque. Tengo un gran pensamiento que debe terminar la guerra, si su éxito corresponde a mis esperanzas, que son muy vehementes, tanto me parecen probables. Por lo mismo que la cosa es de suma importancia me es indispensable un consultor como Ud., que reúne la parte deliberativa a la ejecutiva, sin cuya reunión no hay verdadera ciencia práctica. Ultimamente nada deseo tanto como ver llegar a Ud. pronto" [1]. ¡Qué diferente este Bolívar del hombre autoritario, violento, "irresistible", que a veces los necios, tanto como los malvados, nos han querido presentar!

Sucre no pudo separarse en ese momento del ejército para acudir a aquella cita, pero siguen deliberando por medio de frecuentes cartas. Y el Libertador comenta un proyecto que le envía, así: "Ya ve Ud. que este plan coincide con lo que Ud. me indica con tanto acierto como previsión" [2].

No faltan tampoco por parte del Libertador las demostraciones de franco cariño: "La falta de Ud. no la reemplaza nadie en el mundo", "un millón de cosas tengo que decirle, y cuando me pongo a escribir se me olvidan", "le recomiendo de nuevo que se cuide, que no ande solo, y que no se meta en aventuras".

En junio, cuatro meses después de haber recibido la Dictadura, Bolívar estaba ya listo para asumir la ofensiva. Pero se trataba de ir a buscar a los realistas tramontando la Cordillera Blanca, formidable macizo montañoso donde se unen los tres ramales de los Andes peruanos que bajan del norte y que después de entrelazarse en aquel nudo, se abren hacia el sur en dos grandes cordilleras. Los diferentes cuerpos del ejército

---

1. *Cartas*, tomo IV, pág. 65.
2. *Cartas*, tomo IV, pág. 70.

habían sido colocados por Bolívar y Sucre en los lugares más adecuados para que se fueran reuniendo a medida que avanzaban, y Sucre había formado depósitos de víveres y leña a lo largo de los senderos para aliviar el sufrimiento de las tropas. Pero éstas debían atravesar los pasos más altos del mundo adonde hubieran subido hasta entonces ejércitos regulares. Baste considerar que el portachuelo de Yanashallahs, por donde pasó el Libertador, alcanza más de 5.000 metros de altura. El aire enrarecido asfixiaba; cualquier esfuerzo continuado o excesivo era mortal; el temible mareo de las alturas, llamado *soroche* por los nativos, producía vértigos, desvanecimientos y a veces delirios, que el propio Bolívar había sufrido; un alud o una nevada podían sepultar a todo un batallón.

En previsión de estas fatigas, Bolívar había recomendado a Sucre desde el mes de enero: "Por esta causa deberán hacer nuestros soldados todas las semanas dos marchas de diez leguas cada una... proporcionándoles al mismo tiempo todas las comodidades posibles; sin comprometer en estas marchas a los convalecientes, débiles y estropeados para que no se agraven. También debemos hacerles pasar la gran cordillera, de cuando en cuando, para que se acostumbren al soroche y a las punas" [1].

Pero Sucre, por iniciativa propia, no había sido menos cuidadoso que su jefe. El general inglés Miller, que lo acompañaba, escribió después: "El general Sucre desplegó desde el comienzo de la campaña el saber más profundo, y el juicio más exquisito, en las disposiciones que adoptó para facilitar la marcha del ejército a Pasco, distante cerca de 200 leguas de Cajamarca, por el terreno más áspero, del país más montañoso de la tierra" [2].

El mismo jefe se refiere así a las tropas que el Libertador revistó después de aquella marcha: "Allí, en medio del espectáculo de la naturaleza, estaban reunidos hombres de Caracas, Panamá, Quito, Lima, Chile y Buenos Aires; hombres que se habían batido a orillas del Paraná, en Maipó, en Boyacá, en Carabobo, en Pichincha y al pie del Chimborazo. En medio de aquellos americanos valientes defensores de la libertad, había algunos extranjeros fieles aún a la causa en cuyo obsequio perecieron otros tantos paisanos suyos. Entre ellos hallábanse algunos que habían combatido a orillas del Guadiana y del Rhin, y que presenciaron el incendio de Moscú y la capitulación de París" [3].

No menos imponente fue el lugar donde se avistaron republicanos y realistas; una majestuosa y solitaria planicie a 4.200 metros de altura, rodeada en la lejanía de nevados picachos y en medio de la cual reposaban las aguas de las altas vertientes en la laguna de Chinchaycocha o Junín.

---

1. *Cartas*, tomo IV, pág. 49.
2. *Memorias del general Guillermo Miller*. Madrid, 1910, tomo II, pág. 130.
3. Miller, *op. cit.*, tomo II, pág. 140.

Por la margen oriental de esta laguna subían los españoles hacia el norte, mandados por el general Canterac; por la orilla opuesta descendían los patriotas hacia el sur, con Bolívar y Sucre. Según parece, Canterac, que sólo sabía vagamente de la marcha de los libertadores en su busca, no se proponía con aquel movimiento sino enterarse mejor de las posiciones de sus enemigos; pero se sabe por una comunicación para él del virrey La Serna que con ese amago pensaban, además, atemorizar a los patriotas: "Con semejante movimiento —le decía La Serna— hacia el norte del cerro de Pasco, como creo indiqué a Ud. hace algún tiempo, se impone al enemigo..." [1]. La sorpresa de aquel general debió ser, pues, extraordinaria, cuando advirtió que Bolívar lo buscaba a su vez y que forzaba la marcha para cortarlo al sureste de la laguna. Claro que con mayor razón podía juzgarse que Bolívar también quedaba cortado, por la enorme distancia a que se hallaba de sus bases; pero sucedió con el Libertador en muchas ocasiones lo que ocurría con Nelson en el mar: que perseguía o provocaba al enemigo en circunstancias adversas para él, y lo intimidaba.

Lo cierto es que Canterac trató de retirarse precipitadamente, mientras Bolívar, para evitar que se le escapara, se adelantó con la caballería al resto del ejército, hizo que los jinetes abandonaran las mulas y cabalgaran en los caballos de combate que llevaban del diestro, y se lanzó al descenso sobre la pampa ribereña a la laguna. Entonces los realistas se decidieron a hacerle frente, y confiados en la superioridad numérica de su caballería, en lo que debía haber sufrido la de los patriotas por aquella marcha precipitada y en las dificultades con que tropezaba para salir a campo descubierto y formarse en batalla, corrieron sobre ella a disputarle el paso.

"¡Soldados!, había dicho el Libertador a los suyos, los enemigos que vais a destruir se jactan de catorce años de triunfos, ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las nuestras que han brillado en mil combates!" El choque en efecto fue terrible. No intervino la artillería, ni siquiera los fusileros. Sólo dos pistoletazos se oyeron al comenzar el combate; y después, el encarnizado cruce de las armas blancas, sables y lanzas, en un furioso cuerpo a cuerpo. En los primeros momentos los republicanos no podían forzar la entrada y pareció que se desorganizaban; aunque es posible que esto se debiera a su peculiar ardid de dispersarse, aparentar que huían y volver caras; desconcertante estrategia que los llaneros de Venezuela llamaban *ternejal*, con la cual vencieron en *Las Queseras del Medio* y en tantos otros encuentros, y que los realistas del Perú no conocían. Eran las cinco de la tarde y ya las sombras del crepúsculo comenzaban a caer sobre la solemne meseta. Al fin los republicanos lograron romper por la izquierda a los enemigos y penetraron profundamente en su campo. Entonces se generalizó la pelea en la propia llanura de Junín, y arrastrados por su furia ambos contendientes se alanceaban

1. Citado por Lecuna, *Crónica razonada...*, tomo III, pág. 413.

en grupos aislados. El general argentino Necochea, que desde el principio de la acción se había batido con valor y pericia insuperables, cayó en el campo con siete heridas y quedó por algunos momentos en poder de los realistas; pero pronto fue rescatado por los capitanes Sandoval y Camacaro, que con Carvajal, Silva y otros jefes veteranos de la caballería colombiana, comenzaban ya la derrota del enemigo. Con no menos bizarría combatieron los peruanos, y uno de sus cuerpos recibió de Bolívar, como galardón, el nombre del campo donde quedó victorioso: *Regimiento de Húsares de Junín*, se llamó en lo sucesivo.

Contribuyó también a la victoria republicana, una circunstancia al parecer fortuita, pero que el Libertador había previsto: aquellas "lanzas finas como las que usamos en Venezuela", que él había pedido se le enviaran. Tres varas y media de largo alcanzaban estas lanzas, en tanto que las de los españoles apenas eran de dos varas. Lo que parece increíble es que, a pesar de su desmesurada longitud, las pudieran usar con tanta agilidad. El general Guillermo Miller, que estuvo en Junín y escribió mil tonterías para atribuirse el triunfo en esa batalla, dice sin embargo sobre nuestros llaneros: "Las lanzas que se usan en Colombia tienen de 12 a 14 pies de largo, y el asta de ellas la forma una vara gruesa y flexible. Los lanceros fijan las riendas encima de la rodilla en forma que pueden guiar el caballo y les quedan las dos manos en libertad para manejar la lanza, y generalmente hieren a su enemigo con tal fuerza, con particularidad cuando van al galope, que lo levantan dos y tres pies encima de la silla" [1].

No menos impresión causó a los realistas aquella manera de combatir de los llaneros, que se dispersaban y reagrupaban, corrían en desbandada y volvían de pronto a cargar en macizos pelotones, sin que se advirtiera a veces quién los dirigía ni cómo. Parecía una costumbre nacida de su excesivo individualismo y síntoma de indisciplina, y requería, por el contrario, extraordinaria conciencia de solidaridad y larga veteranía. El general Páez y los otros caudillos llaneros la habían convertido en un sistema, conscientemente aprovechado. En sus *Notas a las Máximas de Napoleón*, comentaba aquel extraordinario e intuitivo jefe: "Es cosa esencialísima enseñar a la caballería a cargar, retirarse y volver caras. A ser *ternejal* en sus cargas, como dicen nuestros llaneros" [2].

Según el diccionario, *ternejal* significa lo mismo que *terne*, perseverante, obstinado. Pero es evidente que los llaneros venezolanos le daban además un sentido especial. Y tal recuerdo dejó entre los españoles esa peculiar maniobra, que el general realista Ferraz, en unas confidencias al teniente coronel O'Connor, mucho tiempo después, le decía que en Ayacucho él se opuso a que los alabarderos del virrey La Serna acosaran a los lanceros republicanos porque "los colombianos aparentaban desordenarse para atraer

1. *Memorias del General Guillermo Miller*. Madrid, 1910, tomo II, pág. 144.
2. *Notas del General José Antonio Páez a las Máximas de Napoleón*. New York, 1865.

a sus contrarios tras ellos y así los esperaban y alanceaban a su gusto, como lo hicieron en el campo de Junín" [1].

Después de la batalla, Canterac prosiguió aceleradamente su retirada y no se detuvo sino en el Cuzco. Perdió la tercera parte de sus efectivos y dejó abiertos para Bolívar los caminos hacia la costa y la entrada a Lima. El efecto moral de la victoria, sobre el pueblo peruano y los realistas, fue más notable aún. Que Bolívar, en cuatro meses, hubiera podido organizar un ejército capaz de tramontar la Cordillera Blanca, y a 200 leguas de su base buscar y batir a aquellos "tenaces y pertinaces españoles", les estaba haciendo ver que los prodigios que se contaban del Libertador no eran una leyenda.

Entre los políticos de Bogotá produjo también un saludable cambio de actitud. Su portavoz, Santander, le escribió a Bolívar: "Mi placer y mi júbilo son tanto más grandes, cuanto que Ud. ha obtenido este primer triunfo sin necesidad de auxilios enviados por el gobierno. Deseo que éste sea el precursor de la independencia absoluta de todo el Perú, conseguida por los esfuerzos solos de Ud." [2].

Desde luego, el ejército se sentía enardecido y lleno de entusiasmo. En una proclama Bolívar ofreció: "¡Peruanos! La campaña que debe completar vuestra libertad ha empezado bajo los auspicios más favorables. El ejército del general Canterac ha recibido en Junín un golpe mortal, habiendo perdido por consecuencia de este suceso un tercio de su fuerza y toda su moral... ¡Peruanos! Bien pronto visitaremos la cuna del imperio peruano y el Templo del Sol. El Cuzco tendrá en el primer día de su libertad más placer y más gloria que bajo el dorado reino de sus Incas" [3]. Sin duda durante más de once años venía soñando con esta proclama.

La batalla de Junín se dio el 6 de agosto de 1824. Al día siguiente era aniversario de Boyacá y se cumpliría justamente un año de haber embarcado Bolívar en las costas colombianas para cumplir sus promesas al Perú.

---

1. Francisco Burdett O'Connor. Recuerdos. Tarija, 1895. Citado por Vicente Lecuna en *Crónica razonada...*, tomo III, pág. 417.
2. *Santander, Cartas.* Edición de Caracas, 1942, pág. 311.
3. *Proclamas y discursos del Libertador.* Caracas, 1939, pág. 290.

XXXI

"A SU LIBERTADOR SIMON BOLIVAR"

Aquel esperanzado afecto que Bolívar había puesto en Sucre y la lealtad filial con que éste le correspondía, podrían hacer creer que entre ambos no surgieron nunca discrepancias. Nada menos cierto. Sucre era muy apegado a sus propias convicciones, orgulloso y, en asuntos de dignidad y de principios, inquebrantable. Es natural, pues, que con relativa frecuencia sostuvieran con tenacidad opiniones opuestas y, justamente en aquellos días de absoluta compenetración en otros sentidos, aquellos dos jefes tuvieron que superar disentimientos personales que pudieron ser graves.

El primero de esos incidentes ocurrió en circunstancias muy dolorosas para Bolívar. Recién llegado al Perú, en lugar de la campaña que esperaba contra los realistas y en la cual iban a estar representados, a lo menos simbólicamente, todos los pueblos de América, se encontró, por el contrario, obligado a tomar partido entre el Congreso y Riva Agüero; y más tarde, lanzado ya éste en el camino de la traición, tuvo el Libertador que comprometer su prestigio y las armas de Colombia en la miserable tarea de reducir al infidente. Como hemos dicho, aquello representaba una terrible prueba para Bolívar, que en su propia patria siempre consideró humillante ser jefe de una facción.

El Libertador le expresó francamente la situación a Sucre: "He perdido —le explicó— la paciencia con Riva Agüero. Mientras él conspiraba a la cabeza de una fracción del ejército peruano, yo me abstenía de emplear las armas contra él; pero acabo de saber que está en connivencia con el Virrey La Serna. Tratándose de una revolución peruana, yo procuraba atraerlo a buen sentido, pero una vez que se entiende con el Virrey debemos tirar de la espada para someterlo. Con este objeto quiero que Ud. marche a Haraz". Sucre le contestó, tajante: "Para eso no cuente Ud. conmigo; hemos venido de auxiliares de los peruanos, y no debemos mezclarnos en sus partidos domésticos" [1]. En vano le expuso Bolívar las razones objetivas de aquella dura decisión y sus propias tribulaciones; Sucre apenas accedió a acompañarlo, sin mando ni ingerencia alguna en la empresa. Sin embargo, cuando el Libertador escribió después un *Resumen sucinto de la vida del General Sucre,* explica noblemente los motivos de éste para aquella negativa:

---

1. Larrazábal: *Vida de Bolívar,* tomo II, pág. 217. Según narración de don Joaquín Mosquera, a quien rogó el Libertador que convenciera a Sucre.

"El General Sucre —dice— dio en aquel momento brillante testimonio de su carácter generoso. Riva-Agüero lo había calumniado atrozmente; lo suponía autor de los decretos del Congreso; el agente de la ambición del Libertador; el instrumento de su ruina. No obstante esto, Sucre ruega encarecida y ardientemente al Libertador, para que no lo emplee en la campaña contra Riva-Agüero, ni aun como simple soldado; apenas se pudo conseguir de él, que siguiese como espectador, y no como jefe del ejército unido: su resistencia era absoluta. El decía que de ningún modo convenía la intervención de los auxiliares en aquella lucha, e infinitamente menos la suya propia, porque se le suponía enemigo personal de Riva-Agüero, y competidor al mando. El Libertador cedió con infinito sentimiento, según se dijo, a los vehementes clamores del General Sucre. El tomó en persona el mando del ejército, hasta que el General La Fuente por su noble resolución de ahogar la traición de un Jefe, y la guerra civil de su patria, prendió a Riva-Agüero y a sus cómplices. Entonces el General Sucre volvió a tomar el mando del ejército" [1].

La segunda divergencia entre Bolívar y Sucre se produjo pocos días después. Sucre, enojado por "la memoria o relación —dice— del Secretario de Guerra (de Colombia) al Congreso, en la cual me ha presentado el Gobierno ante los pueblos de mi patria como un jefe nulo e incapaz", rehusó aceptar el mando de las tropas colombianas en el Perú. En carta a Bolívar, agregaba: "Si yo tomara un servicio activo dirigiendo soldados que siempre han merecido la victoria, y llevando a la vez el bochorno que tengo, mis compatriotas y Ud. mismo me considerarían como un general dispuesto a sufrirlo todo por conservar su uniforme y su empleo" [2]. El Libertador, que en realidad nada tenía que ver con aquellas extravagantes apreciaciones del Ministro de la Guerra de Colombia, le contestó: "He visto todo y he procurado satisfacer a Ud.: todavía haré más por lograr persuadir a Ud. de que yo no le he ofendido ni aun remotamente, y que si lo he hecho estoy pronto a dar una plena satisfacción, porque yo soy justo y porque amo a Ud. muy cordialmente a pesar de todo" [3].

En agosto de 1824 —donde hemos dejado nuestra narración en el capítulo anterior— ocurrió el tercero y más grave de esos rozamientos. Una gran parte de la tropa había quedado dispersa a retaguardia durante la precipitada marcha en busca de los españoles, otros jefes y soldados en guerrillas de observación y en los hospitales. Bolívar creyó, pues, indispensable encomendar a un jefe de primera calidad la reorganización de aquellos efectivos y le dio esa comisión a Sucre.

Se trataba en realidad de hacer lo que él mismo había tomado para sí,

---

1. Bolívar: *Resumen sucinto de la vida del General Sucre*". Publicado en O'Leary, Correspondencia, tomo I, pág. 13.
2. O'Leary, tomo I de las *Cartas al Libertador*, pág. 98.
3. *Cartas*, tomo III, pág. 281.

entre los meses de febrero a junio, mientras Sucre en la vanguardia preparaba el paso de la Cordillera Blanca. Sucre, sin embargo, se sintió humillado y le escribe al Libertador: "Yo he sido separado de la cabeza del ejército, para ejecutar una comisión que en cualquier parte se confía cuando más a un Ayudante General, y enviado a retaguardia al tiempo en que se marchaba sobre el enemigo; por consiguiente se me ha dado públicamente el testimonio de un concepto incapaz en las operaciones activas, y se ha autorizado a mis compañeros para reputarme como un imbécil o como un inútil. Pienso, señor, que al usar este lenguaje no se me acusará de orgulloso ni de aspirador. Habiendo rehusado de todo mi corazón el primer rango del Perú que obtuve una vez por la representación nacional, parece que poseo un derecho a exigir de mis compatriotas que me crean con sólo el deseo de un poco de estimación pública; pero este desprendimiento de los destinos, ni me aleja de los miramientos que debo a mi actual empleo, ni me autoriza para prostituirle su decoro" [1].

Y aunque terminaba por poner al Libertador como juez de aquella situación, le manifestaba su deseo de separarse del ejército. Con cierto retintín de sarcasmo, concluye: "Porque como otras veces he dicho a Ud., yo puedo y quiero ser de simple particular en Colombia un buen ciudadano, ya que la suerte no me ha protegido bastantemente para ser un buen militar".

La respuesta de Bolívar es una de las más hermosas manifestaciones de aquel gran carácter. Comienza por decirle a Sucre, en tono festivo y usando una expresión de Rousseau, que "esta es la sola cosa que Ud. ha hecho en su vida sin talento". Y agrega: "Creo que a Ud. le ha faltado completamente el juicio cuando Ud. ha pensado que yo he podido ofenderle. Estoy lleno de dolor por el dolor de Ud., pero no tengo el menor sentimiento por haberle ofendido. La comisión que he dado a Ud. la quería yo llenar; pensando que Ud. lo haría mejor que yo, por su inmensa actividad, se la conferí a Ud. más bien como una prueba de preferencia que de humillación. Ud. sabe que yo no sé mentir, y también sabe Ud. que la elevación de mi alma no se degrada jamás al fingimiento; así, debe Ud. creerme". Insiste después en otras consideraciones análogas, y añade: "Si Ud. quiere saber si la presencia de Ud. por retaguardia era necesaria, eche Ud. la vista sobre nuestro tesoro, sobre nuestro parque, nuestras provisiones, nuestros hospitales y la columna del Zulia; todo desbaratado y perdido en un país enemigo, en incapacidad de existir y moverse... Si salvar el ejército de Colombia es deshonroso, no entiendo yo ni las palabras ni las ideas". Terminaba: "Esas delicadezas, esas hablillas de las gentes comunes, son indignas de Ud.: la gloria está en ser grande y en ser útil... si Ud. quiere venir a ponerse a la cabeza del ejército, yo me

1. O'Leary, Correspondencia, tomo I, pág. 173.

iré atrás, y Ud. marchará adelante para que todo el mundo vea *que el destino que he dado a Ud. no lo desprecio para mí*" [1].

Esta carta de Bolívar es del 4 de setiembre de 1824 y, efectivamente, a los pocos días dejó a Sucre al frente del ejército y se dirigió a la costa para recibir los refuerzos que esperaba de Colombia y atender a varios asuntos del gobierno. Siempre estaba, sin embargo, tan atento al estado y situación de las tropas, que una de sus cartas con instrucciones para Sucre, lleva esta mención después de la fecha: "A las cinco de la mañana" [2].

Pero el 24 de octubre recibió una noticia que ha podido ser un hachazo mortal para su empresa: le participaban de Bogotá que el Gobierno colombiano le había retirado, por una Ley votada el 28 de julio, seguida de un decreto el 2 de agosto, las facultades extraordinarias que le había dado para dirigir la guerra en el sur. Le quitaban también el mando de las fuerzas auxiliares del Perú, y no le reconocían autoridad para dar ascensos militares en la campaña.

Aquellas insensatas disposiciones habían sido dictadas antes del triunfo de Junín y es evidente que si éste no hubiera sorprendido poco después a los políticos de Bogotá, habrían decidido también el retiro del ejército colombiano que combatía en el Perú. Porque si no, ¿en qué situación quedaba éste desligado de Bolívar, que era, a la vez, Presidente de Colombia en campaña y Dictador del Perú? ¡Cuánta razón había tenido el Libertador al apresurar aquella temeraria operación!

Lo peor es que la Cámara de Representantes de Bogotá llegó hasta discutir si el Libertador "había dejado de ser Presidente por admitir la dictadura sin permiso del Congreso", según le participaba Santander a Bolívar. Y aunque en su carta el Vicepresidente se mostraba muy compungido por ello y aseguraba que no quiso objetar la Ley "para manifestarles que nos era indiferente el tener o no facultades extraordinarias", lo cierto es que por su parte agravó extraordinariamente aquella intriga consultando al Congreso "si los grados y empleos concedidos por el Libertador en el ejército de Colombia tendrían validez en ésta" [3].

Bolívar se alarmó por el efecto desastroso que todo aquello podía producir en el ejército, y recomendó encarecidamente a Sucre la mayor prudencia frente a la reacción que podía esperarse. Pero el propio Sucre encabezó una representación de todas las fuerzas colombianas al Libertador, en la cual, aunque se muestran comedidas al calificar la propia Ley, exhiben su exasperación por "la atroz injuria del poder ejecutivo en consultar al congreso si los empleos que V. E. había dado al ejército serían reconocidos

---

1. *Cartas*, tomo IV, pág. 179. El último subrayado es del propio Bolívar.
2. *Cartas*, tomo IV, pág. 181.
3. *Cartas de Santander*. Edición de Caracas, 1942. Tomo I, pág. 305. Ver también O'Leary, "Narración", tomo II, pág. 278 y siguientes.

en Colombia, como si nosotros hubiéramos renunciado nuestra patria". Expresaban también su deseo de regresar a Colombia. "Después de catorce años —decían— en que los enemigos fueron expulsados más acá del Ecuador, y que integrada la República en su territorio habíamos cumplido nuestros juramentos a Colombia, el ejército fue invitado a la campaña del Perú; V. E. lo envió, y autorizado luego en los términos constitucionales, vino a mandarlo según se lo había ofrecido solemnemente. Si este ejército tuvo en la guerra del Perú deberes de obediencia hacia su gobierno por los tratados existentes, los tiene V. E. mucho más sagrados hacia él particularmente desde febrero, en que dislocado completamente el orden regular de las cosas en este país, le ofrció V. E. acompañarlo en las desgracias o conducirlo a la victoria... Si en medio de la carrera V. E. nos dejase, por ningún motivo humano, tendríamos el derecho de suplicar a V. E. que nos volviese a nuestra patria; allí, cerca del gobierno, cerca de los apoderados de la República, gozaríamos inmediatamente de la beneficencia de las leyes, recibiría pronto el ejército sus recompensas y serían innecesarias las facultades extraordinarias que V. E. ejerció para premiarlo". Acerba pero justificada ironía, en la cual iba envuelta una amenaza que han debido prever aquellos cómodos legisladores; "los descansados hombres de Bogotá", como los llamaba Sucre en una carta.

Bolívar acató, sin embargo, lo dispuesto por el gobierno colombiano, entregó definitivamente el mando militar a Sucre y se conformó con enviarle frecuentemente advertencias y consejos.

Para todos era evidente que se acercaba un desenlace definitivo. El ejército español, muy superior en número al republicano, tenía además la ventaja de aquellos infantes que llevando solamente un saquito de granos y algunas hojas de coca realizaban jornadas increíbles. La estrategia del Virrey La Serna y de Canterac consistió, pues, en fatigar y desconcertar a los patriotas mediante rápidas y largas maniobras, para tratar de sorprenderlos en alguna posición desesperada. Sucre contaba con el entusiasmo y la confianza que mostraban sus fuerzas, y deseaba ardientemente la batalla decisiva. El Libertador, por su parte le aconsejaba: "Ya que nosotros no podemos volar como los enemigos conservémonos con prudencia y circunspección. Alguna vez se han de parar y entonces combatiremos" [1]. Posteriormente Bolívar mismo describió así estas operaciones: "el general Sucre desplegó todos los talentos superiores que lo han conducido a obtener la más brillante campaña de cuantas forman la gloria de los hijos del nuevo mundo. La marcha del ejército unido, desde la provincia de Cotabamba hasta Huamanga, es una operación insigne, comparable quizá a lo más grande que presenta la historia militar. Nuestro ejército era inferior en mitad al enemigo, que poseía infinitas ventajas materiales sobre el nuestro. Nosotros nos veíamos forzados a desfilar sobre riscos, gargantas,

1. *Cartas*, tomo IV, pág. 214.

ríos, cumbres, abismos, siempre en presencia de un ejército enemigo y siempre superior" [1].

Por dos veces, durante aquellas prolongadas maniobras, el ejército realista le tomó la espalda al republicano, y el 3 de diciembre, mientras éste se veía obligado a desfilar por la quebrada de Corpahuaico —o Collpahuaico— logró infligirle graves pérdidas y arrebatarle parte de la artillería y del parque. Pero, como dijo el propio Sucre, este momentáneo descalabro le valió al Perú su libertad, porque decidió a los españoles a aceptar la batalla.

Se dio el 9 de diciembre de 1824, en Ayacucho, campo coronado por las alturas de Cundurcunca, donde se habían situado los realistas. El triunfo de los republicanos fue aplastante, y sólo la generosidad del vencedor le puso límites al conceder a los vencidos una capitulación cuando ya el Virrey La Serna estaba herido y prisionero. "Nuestros despojos —comentó Sucre en su parte oficial— eran ya más de mil prisioneros, entre ellos sesenta jefes y oficiales, catorce piezas de artillería, dos mil quinientos fusiles, muchos otros artículos de guerra, y perseguidos y cortados los enemigos en todas direcciones, cuando el general Canterac, comandante en jefe del ejército español, acompañado del general La Mar, se me presentó a pedir una capitulación. Aunque la posición del enemigo podía reducirlo a una entrega discrecional, creí digno de la generosidad americana conceder algunos honores a los rendidos que vencieron catorce años en el Perú".

"Se hallan por consecuencia —continúa el parte— en este momento, en poder del ejército libertador, los tenientes generales La Serna y Canterac, los mariscales Valdés, Carratalá, Monet y Villalobos, los generales de brigada Bedoya, Ferraz, Camba, Somocursio, Cacho, Atero, Landázuri, Vigil, Pardo y Tur, con dieciséis coroneles, sesenta y ocho tenientes coroneles, cuatrocientos ochenta y cuatro mayores y oficiales; más de dos mil prisioneros de tropa; inmensa cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos militares poseían; mil ochocientos cadáveres y setecientos heridos, han sido en la batalla de Ayacucho, las víctimas de la obstinación y de la temeridad españolas".

A elogio suena este reproche, así como los que antes hemos citado del Libertador sobre los tenaces y pertinaces españoles. Y, sin embargo, cuando aquellos jefes regresaron a la metrópoli, sus enemigos políticos lograron que se les llamara despectivamente los Ayacuchos, como si la capitulación de ese día pudiera hacer olvidar el ánimo indomable con que prolongaron durante catorce años el poderío de España. Pero lo más curioso es que no han faltado tampoco en nuestros días escritores españoles que con el mismo estrecho o malintencionado criterio han querido perpetuar el

1. En el resumen de la vida de Sucre ya citado.

infamante equívoco. La verdad es que la campaña del Perú no se ganó en Junín y Ayacucho, aunque fueran tan brillantes ambas acciones; se ganó durante aquellos cortos meses en que Bolívar reconstruyó el temple de la nación peruana y formó el ejército invencible con que se aventuró por la Cordillera Blanca.

Toda la empresa emancipadora tiene el mismo carácter: no podía fracasar porque representaba una idea convertida en propósito colectivo imposible de domeñar; y fue el fruto inmediato, no tanto del valor y la pericia en los combates, como de la capacidad de organización de su caudillo máximo, de la fe y el entusiasmo que arrastraba consigo. Y nunca como entonces demostró el Libertador las mejores dotes de su carácter: previsión, actividad, experiencia, habilidad para aprovechar al máximo los recursos humanos, la reposada energía del hombre reflexivo y los alardes de improvisación y de coraje con que once años antes había realizado la Campaña Admirable. Si en 1819 un jefe de la capacidad de Morillo advirtió a su Rey desde Venezuela que ya no podría dominar a los republicanos sino "ahogándolos" bajo fuerzas muy superiores y calificó de "prodigios" lo que había visto hacer a Bolívar, ¿cómo exigir en 1824 a los españoles que combatían en el Perú, casi abandonados a sus propias fuerzas, que cambiaran el curso de la guerra?

Obsérvese que cuando en 1821 Bolívar sale de Venezuela para emprender aquella otra etapa de su obra que va a culminar en Ayacucho, deja atrás a veteranos como Urdaneta, Páez, Montilla, Monagas, que hubiera podido considerar insustituibles. Elevará a los primeros rangos otros a quienes señala desde el principio, con infalible mirada, la jerarquía y la obra que les corresponden, Sucre, Córdova, Salom, Lara, Heres, La Mar, Flores, Miller, O'Connor, Silva. En el Perú aparta decididamente a los ineptos o corrompidos, se rodea de preciosos auxiliares como Sánchez Carrión y Unanue, salva para la patria la oficialidad del país, despilfarrada hasta entonces bajo jefes incapaces, advierte las reservas de patriotismo y combatividad que conserva el pueblo peruano y convierte en veteranos sus reclutas, en abnegados proveedores del ejército a sus humildes artesanos. Todo eso es lo que haría inevitable su victoria. Lo único en que el destino recompensó a Bolívar más allá de lo que podía prever fue en darle entonces a Sucre, el hijo espiritual que, por primera vez, permitió algún reposo al infatigable combatiente.

Esas consideraciones sobre el carácter del Libertador y la guerra emancipadora van dirigidas también a los escritores americanos, para quienes nuestra independencia es solamente una aventura militar. Su verdadero significado, lo que la hace digna todavía del análisis histórico es que, por el contrario, en ella se manifestaron virtudes fundamentales de nuestros pueblos —tenacidad, paciencia, desinterés, disciplina espiritual y fe— que acaso otra gran voz puede convocar de nuevo. Podemos admirar

—¿por qué no?— las catorce cargas de Mucuritas y las lanzas de Junín, pero en el alma colectiva y en la sagacidad con que Bolívar buceó en ella, encontramos valores permanentes muy superiores a aquellos felices azares.

Por cierto que, ni aun después de Ayacucho, la gloriosa miseria que siempre había acompañado al ejército republicano, quería abandonarlo. Tres días después de la batalla, Sucre escribe al Libertador: "Nos faltan medicinas y todo para estos heridos que en todo exceden de mil... Todos los cuerpos necesitan vestuarios... Los oficiales están desnudos, pues de mí para abajo, todos, todos, han perdido sus equipajes, robados por los huantinos" [1].

Pero entrar como libertadores en el Cuzco había sido el sueño de aquellos combatientes durante sus largas penalidades, y antes de finalizar el año, el 30 de diciembre, le participa Sucre a Bolívar, con indisimulable emoción: "Por fin escribo a Ud. del Cuzco el año 24, y le escribo después que ya no hay enemigos en el Perú. Se ha verificado la oferta que Ud. hizo a los pueblos de acabar con la guerra en este año, y es una de mis satisfacciones más grandes. Le hago a Ud. el presente de la bandera que trajo Pizarro al Cuzco trescientos años pasados: son una porción de tiras deshechas; pero tiene el mérito de ser la conquistadora del Perú" [2].

Sólo dos jefes españoles quedaban en armas: el general Olañeta, que había permanecido como disidente absolutista en el Alto Perú y no fue incluido en la capitulación de Ayacucho, y el general José Ramón Rodil, que desconoció aquel convenio, y encerrado con sus tropas en el Callao, sufrió el asedio de los republicanos hasta 1826, en que se vio obligado a rendir la plaza. El general Bartolomé Salom, aquel veterano que diez años antes se conformó con realizar funciones de subalterno entre los 250 hombres de la expedición de Los Cayos, había dirigido el sitio y fue el que recibió ese último baluarte de España en América.

Libre, pues, todo el Perú, el Libertador se apresuró a convocar el Congreso y éste se reunió el 10 de febrero de 1825, justamente el día en que se cumplía un año de haberle conferido aquel mismo cuerpo la Dictadura. Pocas veces en la historia, un hombre investido con el poder supremo por una nación, pudo presentar a ésta, en tan corto tiempo, resultados tan espléndidos. En febrero de 1824 habían llegado al máximo los infortunios del Perú: casi todo su territorio ocupado por las fuerzas españolas, arruinado el erario, destruidos los mejores cuerpos de su ejército, desalentado el pueblo, desesperados o anarquizados sus dirigentes; y el propio Libertador tan enfermo que ni siquiera podía cabalgar una mula mansa, según el episodio que ya hemos narrado. Un año después: dos espléndidas victorias habían puesto en manos de los republicanos el simbólico estan-

---

1. *Cartas de Sucre. O'Leary*, tomo I de correspondencia, pág. 200.
2. *Cartas de Sucre*, en el tomo ya citado, pág. 209.

darte de Pizarro; en ambos triunfos el ejército peruano, admirablemente reorganizado, había competido en valor, eficacia y disciplina, con los veteranos que desde 1810 se adiestraban en Venezuela y la Nueva Granada; ahora el Perú era libre, no sólo por la reconquista de su vasto territorio, sino porque de nuevo en todas las clases sociales renacía el patriotismo, el entusiasmo y la confianza.

Naturalmente, las demostraciones de regocijo y de agradecimiento al Libertador fueron delirantes. El Congreso le pidió que continuara en el ejercicio del poder supremo durante un año más; le ofreció un millón de pesos para él y otro para el ejército; le decretó honores de Presidente perpetuo con el título de Padre y Salvador del Perú; dio el nombre de Bolívar a la ciudad de Trujillo. Sucre recibió de los peruanos el título de Gran Mariscal de Ayacucho, y Bolívar, por su parte, le cedió en cierta manera la gloria máxima de la emancipación americana, al declarar en una proclama que aquel jefe había ganado "la más gloriosa victoria de cuantas han obtenido las armas del Nuevo Mundo".

El Libertador rehusó el millón de pesos que le ofrecía el Perú, porque "jamás he querido —respondió— aceptar de mi patria misma ninguna recompensa de este género"; y aunque el Congreso lo dejó a su disposición, a fin de que lo destinase "a obras de beneficencia en favor del dichoso pueblo que le vio nacer y demás de la República de Colombia que tuviere V. E. por conveniente", en definitiva tampoco con este fin dispuso de aquel dinero. Pero de todos los honores que le tributó el Perú, el más conmovedor para él fue, sin duda, la medalla que sus representantes mandaron acuñar con esta inscripción: "A su Libertador Simón Bolívar". Extendíase así hasta las fronteras de Chile el título que once años antes le había dado Caracas, la insignia de obligación y gloria que él reputaba superior a una corona.

A pesar de tantos agasajos, Bolívar no permaneció en Lima sino cuatro meses. En abril de 1825 salió en visita a los departamentos del sur. Quería ver, personalmente, en qué estado se hallaban y continuar en ellos el trabajo de reorganización administrativa que desde su llegada al Perú había emprendido.

Uno de los problemas que consideraba más graves para el país era el tremendo desnivel entre sus clases sociales. Desde 1815, en su carta de Jamaica, había apuntado el profundo desajuste que aquello significaba para la reorganización republicana del Perú, y ahora, al verlo de cerca, le parecía más alarmante e injusto. Ya hemos narrado las medidas que dictó en Trujillo para la protección de los esclavos que quisieran cambiar de dueño. Pero tanto como los infelices negros, los indígenas sufrían horrible opresión. Sucre, a pesar de ser tan comedido en sus juicios, le refería en una carta pormenores que asombran, y aunque esa correspondencia es de 1826 y se refiere al Alto Perú, narra lo que Bolívar veía

sin duda todos los días. "Respecto de los antiguos curas —le decía el Gran Mariscal— le diré que se han descontentado con la resolución de que a ningún indio se le obligue por fuerza a hacer fiestas, sino que sólo paguen las que voluntariamente quieran. No puede Ud. pensar las infamias que hacían los curas para exigir de los indios el pago de estas fiestas; llegaba el caso de que cuando un pobre no podía pagar los cincuenta o cien pesos de su fiesta, le quitaban una hija, la más bonita, para venderla al uso del primero que pagara... estoy convencido que no los satisface sino dejarles sus inmunidades, las riquezas todas del país, y aun creo que sería preciso entregarles el Gobierno mismo para que fueran bien contentos" [1].

Desde luego, si eso se les permitía a los curas, es fácil suponer lo que por su cuenta harían los grandes propietarios y las autoridades; sin excluir a los propios caciques, que en lugar de dolerse por sus hermanos de raza, ejercían contra ellos la más desenfrenada explotación. En realidad, negros, indios, mestizos y la masa general del pueblo se encontraban en el fondo de una profunda espiral jerárquica que parecía descender hasta el infierno.

Ya desde el 8 de marzo de 1824 Bolívar había decretado en Trujillo repartos de tierras entre los indígenas y la abolición de los cacicazgos; el 4 de julio de 1825, amplió aquellas disposiciones y declaró que para siempre los indios quedaban exentos de cualquier clase de servicio personal obligatorio [2]. "El trabajo de la mita —narra O'Leary— que desde el año anterior había abolido, no era la única carga bajo la cual gemía el indio miserable; un sinnúmero de injusticias le oprimían y cualquiera de ellas hubiera bastado a abrumarle. El corregidor, el cura, el agricultor, el minero, el mecánico, todos y cada uno de ellos eran sus opresores, obligándole a cumplir los contratos más onerosos y fraudulentos; la vida para él era una maldición bajo tamaña servidumbre; hasta los consuelos de la religión se le vendían a precio de oro. Pero en defensa de los indios interpuso el Libertador su autoridad expidiendo decretos para extirpar tantos abusos; prohibiendo bajo las penas más severas que se les emplease en ningún trabajo sin que precediese un ajuste libremente estipulado. En las obras públicas de utilidad general, en que hasta entonces habían sido ocupados los indios exclusivamente, ordenó que los demás ciudadanos compartiesen con ellos la carga por iguales partes, y que cesasen las extorsiones a que antes se les había compelido" [3].

¡Cuánto entusiasmo pondría el Libertador en aquellas medidas! En el Perú se daba el caso —sólo repetido en México— de que los dos principales afluentes étnicos que habían concurrido a la formación del país,

1. *Cartas de Sucre*. O'Leary, tomo I de la "Correspondencia", pág. 384.
2. Lecuna, *Catálogo...*, tomo III, págs. 363 y 370.
3. O'Leary. "Narración", tomo II, pág. 352. Edición de Caracas, 1952.

poseían igual abolengo de grandeza y cultura. La defectuosa organización social engendrada por la conquista —que llegó hasta pervertir a los ministros de Dios— había convertido también aquella felicísima herencia en una maldición para ambas razas, adormecida la blanca en su opulencia. la indígena en su miseria. ¿Pero no sería posible todavía iniciar entre ellas una aproximación fecunda? A lo menos, Bolívar no dejaría de indicar a las generaciones futuras aquella rica veta de oro espiritual abandonada.

Un desgarrador pensamiento nos hiere sin embargo al considerar aquellas generosas medidas del Libertador: cuántos disimulados odios, cuántos arteros resentimientos, suscitarían contra él entre los que estaban acostumbrados a usar sin remordimientos tantos privilegios; y cuántos de esos malos sentimientos prevalecerán todavía en los juicios de los que son herederos —a veces sin advertirlo ellos mismos— de aquella inicua tradición. Porque los desamparados, para los cuales quiso ser él también el Libertador, todavía no tienen voz que hable por ellos.

Naturalmente, el desarrollo de la educación pública, y que fuera accesible a todos, volvía a ser, como en Colombia, preocupación cotidiana del Libertador. En la ciudad de Trujillo —que había declarado capital provisional del Perú antes de la campaña de Junín— fundó una Universidad: en sus instrucciones al Consejo de Gobierno, que dejó encargado del poder al comenzar su viaje al sur, le indicaba enviar "diez jóvenes con los comisionados a Inglaterra, o por separado, para que aprendan allí las lenguas europeas, el derecho público, la economía política y cuantos conocimientos forman al hombre de Estado"; decretó el establecimiento de una Escuela Normal en la capital de cada Departamento, según el sistema de Lancaster; fundó varios colegios de educación media —tanto para varones como para niñas— aprovechando en algunos de ellos los edificios que se habían tomado a los jesuitas, y en todos los casos organizó cuidadosamente las rentas que debían sostener cada instituto [1].

Pero interesábale especialmente la educación primaria y artesanal, para elevar social y económicamente el nivel del pueblo. Y la protección de los más desvalidos, los que jamás habían tenido ocasión de aprender un oficio para ganarse la vida, las mujeres, los huérfanos y ancianos.

Para esto esperaba encontrar un precioso auxiliar en don Simón Rodríguez. Como hemos dicho en uno de los primeros capítulos de esta biografía. Bolívar le había pedido insistentemente a Santander que se lo enviase, en diciembre de 1823 y mayo de 1824, apenas supo la llegada a Bogotá de su extraordinario maestro; y durante su enfermedad en Pativilca, le escribió directamente a don Simón aquella apasionada carta en que le

---

1 *Decretos del Libertador*. Caracas, 1961. Tomo I, págs. 300, 323, 354, 417, 420. Ver también O'Leary, "Narración", tomo I, págs. 318, 311 y 351.

decía: "Ud. formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso". A pesar de estas demostraciones de afecto, Rodríguez no se había apresurado a venir; en parte por el justificado escrúpulo de que se le considerase un parásito al lado de su omnipotente discípulo, en parte porque su carácter iba haciéndose cada vez más huraño e inestable. Cuando al fin llegó a Lima, "yo vi —narra O'Leary— al humilde pedagogo desmontarse a la puerta del palacio dictatorial, y en vez del brusco rechazo, que acaso temía del centinela, halló la afectuosa recepción del amigo, con el respeto debido a sus canas y a su antigua amistad. Bolívar le abrazó con filial cariño y le trató con una amabilidad que revelaba la bondad de un corazón que la prosperidad no había logrado corromper".

Prueba de que aquella compenetración entre ambos no era puramente sentimental, como no lo era el empeño del Libertador en crear institutos de enseñanza, la tenemos en la explicación del plan que se proponían seguir, según el propio Rodríguez. Decía éste, algunos años después: "Expidió un decreto para que se recogiesen los niños pobres de ambos sexos... no en *Casas de misericordia* a hilar por cuenta del Estado; no en *Conventos* a rogar a Dios por sus bienhechores; no en *Cárceles* a purgar la miseria o los vicios de sus padres; no en *Hospicios,* a pasar sus primeros años aprendiendo a servir, para merecer la preferencia de ser vendidos, a los que buscan criados fieles o esposas inocentes. Los niños se habían de recoger en *casas cómodas y aseadas,* con piezas destinadas a talleres, y éstos surtidos de instrumentos y dirigidos por buenos maestros. Los varones debían aprender los tres oficios principales, *Albañilería, Carpintería* y *Herrería,* porque con tierras, maderas y metales se hacen las cosas más necesarias y porque las operaciones de las artes mecánicas secundarias, dependen del conocimiento de las primeras. Las hembras aprendían los oficios propios de su sexo, considerando sus fuerzas; se quitaban por consiguiente, a los hombres, muchos ejercicios que usurpan a las mujeres. Todos debían estar decentemente alojados, vestidos, alimentados, curados y recibir instrucción moral, social y religiosa. Tenían, fuera de los maestros de cada oficio, agentes que cuidaban de sus personas y velaban sobre su conducta, y un Director que trazaba el plan de operaciones y lo hacía ejecutar. Se daba ocupación a los padres de los niños recogidos, si tenían fuerzas para trabajar; y si eran inválidos se les socorría por cuenta de sus hijos: con esto se ahorraba la creación de una casa para pobres ociosos, y se daba a los niños una lección práctica sobre uno de sus principales deberes. Tanto los alumnos, como sus padres, gozaban de libertad —ni los niños eran frailes ni los viejos presidiarios— el día lo pasaban ocupados y por la noche se retiraban a sus casas, excepto los que querían quedarse. La intención no era (como se pensó) llenar el país de artesanos rivales o miserables, sino instruir, y acostumbrar al trabajo, para hacer hombres útiles, asignarles tierras y auxiliarlos en

su establecimiento... era *colonizar el país con sus propios habitantes.* Se daba instrucción y oficio a las mujeres para que no se prostituyesen por necesidad, ni hiciesen del matrimonio una especulación para asegurar su subsistencia" [1].

Para apreciar debidamente el alcance de este plan en aquellos días, debemos recordar que en la propia Europa no existían entonces, para los hijos del pueblo, sino aquellas *Casas de Misericordia,* aquellos *Conventos, Cárceles* y *Hospicios,* que indignaban a Bolívar y a don Simón; y que hasta principios de este siglo las mujeres, sin oficio y esclavizadas por los prejuicios, crecían aterrorizadas por la disyuntiva de prostituirse abiertamente o de aceptar en el matrimonio otra forma de prostitución, disimulada. En cuanto a la estupenda síntesis del proyecto —*colonizar el país con sus propios habitantes*— se anticipaba a uno de los problemas más graves que ocasionó después en la América española la inmigración: que los recién llegados podían desplazar o subordinar a los criollos, víctimas de su escasa preparación y de hábitos sociales defectuosos. Lo cual hizo temible al inmigrante que nos debía servir de ejemplo, ha despertado xenofobias odiosas, le da a veces al extranjero, por reacción, una idea exagerada de su superioridad, y, en algunos países, ha detenido aquel aporte bienhechor. Comenzar *por colonizar el país con sus propios habitantes* articula en la forma más justa y feliz los beneficios de la educación y de la inmigración y favorecería a ambas provocando entre ellas influencias recíprocas.

Numerosos decretos de otra índole dio además el Libertador: para mejorar la administración pública y el sistema judicial, sobre economía, caminos, etc.; algunos de sabor muy moderno, como era el que se proponía proteger la cría de las vicuñas, domesticarlas y hacer más provechosa su utilización por el pueblo; pero comparados esos decretos, en su alcance social, con los que hemos estudiado, apenas merecen que se les mencione. No podemos, sin embargo, silenciar una de sus recomendaciones al Consejo de Gobierno, prueba de su inquebrantable resolución de defender la América contra cualquier poder que la amenazara. "En caso —le ordenaba— que alguna potencia europea además de la España declare la guerra a cualquiera de los estados americanos, antes españoles, o se tengan fundados temores de un rompimiento, el consejo de gobierno tomará contra los súbditos de la potencia o potencias que declaren la guerra cuantas medidas de precaución crea convenientes, expulsando los que sean sospechosos. Tomará cuantas medidas crea necesarias para aumentar las fuerzas de mar y tierra de la República y para preparar el envío de auxilios a los estados amenazados, arreglándose en este negocio a la ley del congreso

1. Simón Rodríguez, "El Libertador del mediodía de América y sus compañeros de armas defendidos por un amigo de la causa social". Arequipa, 1830. La cita de Rodríguez se refiere en concreto a lo decretado en Bolivia; pero los planes eran iguales para el Perú y Colombia. En ésta —en Bogotá— Rodríguez acababa de fundar una "Casa de Industria Pública", según el mismo modelo.

sobre auxilios a los nuevos gobiernos y muy particularmente a Colombia. cuyas fuerzas se hallan en este territorio y que tantos sacrificios ha hecho por la libertad del Perú" [1].

En su gira por los Departamentos del sur, alternaban con aquella labor los agasajos que por doquiera recibía. Algunos de esos festejos eran humildes y conmovedores, como los que improvisaba el pueblo que acudía a los caminos y pequeñas poblaciones para verlo pasar; otros eran fastuosos, como los que le prepararon en Arequipa y el Cuzco las autoridades.

En Arequipa, narra O'Leary, "la municipalidad y gran concurso de vecinos salieron a recibirle a muchas leguas de la ciudad, llevándole un magnífico caballo espléndidamente enjaezado: los estribos, el bocado, el pretal y los adornos de la silla y de la brida eran de oro macizo. Al aproximarse a la ciudad, un inmenso gentío de todos los pueblos de los alrededores cubría el camino interrumpiendo el paso".

Bolívar, por su parte, logró en aquella ciudad una de sus más bellas improvisaciones oratorias. Saludando en las educandas de Arequipa a las mujeres del Perú, con un apelativo que indica cuánto se exaltaba su imaginación en aquellas tierras de tan extraordinarios recuerdos, les dijo: "¡Hijas del sol!, ¡ya sois tan libres como hermosas! ¡Tenéis una patria iluminada por las armas del ejército libertador! ¡Libres son vuestros padres y vuestros hermanos; libres serán vuestros esposos, y libres daréis al mundo los frutos de vuestro amor!" [2].

El Cuzco no fue menos espléndido. "Los frentes de las casas —narra el mismo O'Leary— estaban adornados de ricas colgaduras y ornamentos de oro y plata, y los arcos triunfales en las calles ostentaban los mismos ricos adornos, vistosamente arreglados, y de las ventanas y balcones caía una lluvia de flores y coronas de laurel que las manos preciosas de las bellas arrojaban al pasar la comitiva, así como puñados de monedas y medallas al pueblo que la vitoreaba. Lo mismo que en Arequipa, regalóle la municipalidad un caballo con jaez de oro, y del mismo metal las llaves de la ciudad que le presentaron. Después de asistir al solemne *Te Deum* que se cantó en la catedral, se dirigió a la casa municipal, donde le esperaban las señoras principales de la ciudad con una corona cívica de oro cubierta de diamantes y perlas. Aunque no podía negarse a aceptar estos costosos regalos sin desairar a las que se los hacían, me consta que no conservó para sí ninguno de ellos; los repartió entre los oficiales de su estado mayor y algunos jefes del ejército y hasta entre los soldados dando la preferencia a los que más se habían distinguido en la campaña. Yo tuve el honor de ser obsequiado por él con las llaves de la ciudad" [3].

---

1. O'Leary, "Narración", tomo II, pág. 357.
2. *Proclamas y discursos del Libertador*. Caracas, 1939. Pág. 311.
3. O'Leary, "Narración", tomo II, pág. 351.

Pero sin duda, más que todos aquellos honores, el mejor premio del destino para el Libertador fue el de haber podido completar en aquellas regiones, centro de la civilización incaica, el programa que para él debía ser alma de la revolución continental. Un decreto que dio en el Cuzco, el 4 de julio de 1825, comenzaba así: "Considerando: 1º Que la igualdad entre todos los ciudadanos es la base de la Constitución de la República"; y después de otras consideraciones disponía: "1º Que ningún individuo del Estado exija directa o indirectamente el servicio personal de los peruanos indígenas sin que preceda un contrato libre del precio de su trabajo. 2º Se prohibe a los prefectos de los departamentos, intendentes, gobernadores y jueces, a los prelados eclesiásticos, curas y sus tenientes, hacendados, dueños de minas y obrajes que puedan emplear a los indígenas contra su voluntad en *faenas, séptimas, mitas, pongueajes* y otras clases de servicios domésticos usuales. 3º Que para las obras públicas de común utilidad que el gobierno ordenare no sean pensionados únicamente los indígenas como hasta aquí, debiendo concurrir todo ciudadano proporcionalmente según su número y facultades. 4º Las autoridades políticas, por medio de los alcaldes o municipalidades de los pueblos, harán el repartimiento de bagajes, víveres y demás auxilios para las tropas o cualquiera otro objeto de interés sin gravar más a los indígenas que a los demás ciudadanos. 5º Los jornales de los trabajadores en minas, obrajes y haciendas, deberán satisfacerse según el precio que contrataren en dinero contante, sin obligarles a recibir especies contra su voluntad y a precios que no sean corrientes de plaza" [1].

Cada una de las frases de este decreto narra indirectamente los tres siglos de explotación y sufrimiento que habían pesado sobre el pueblo peruano. Pero estas disposiciones, unidas a las otras que sobre educación había dictado, para hacer efectiva la igualdad proclamada, eran sobre todo, la justificación moral de la independencia y de todos los sacrificios que había exigido. Sueños, meditaciones y penalidades venían uniéndose caudalosamente, desde un siglo antes, en esa gran corriente histórica: el apostolado y los sufrimientos de Miranda, los suplicios de Tupac Amaru, de los Comuneros del Socorro, y de José María España; el severo reflexionar de don Manuel Gual, y la sangre de los quiteños de 1809. Para lograr aquello, Venezuela y Nueva Granada habían quedado convertidas en desiertos, por una guerra de catorce años. Para obtener ese triunfo tuvieron que sufrir implacables exacciones Quito, Guayaquil y el Perú cuando el Libertador debió improvisar, equipar y alimentar un ejército a la vista de 20.000 veteranos españoles.

Si la proclamación de independencia de un país debe consistir en una declaración de principios que la justifiquen, bien podemos decir que el conjunto de medidas dictadas por Bolívar después de Ayacucho, de

1. *Decretos del Libertador.* Caracas, 1961. Tomo I, pág. 407.

acuerdo con una doctrina coherente de redención popular, constituyen un Acta de la Independencia Americana mucho más importante que todos los documentos que con ese título se habían dado en estas naciones. Y cambian radicalmente la posición del Libertador en la historia. Ya no hemos de verlo simplemente como el caudillo de una empresa militar afortunada: fue el guía hacia aquella meta de justicia y dignidad, sin la cual carecía de sentido la emancipación. Tal es su verdad íntima: Bolívar fue por encima de todo un reformador social, que sólo por la necesidad de hacer triunfar sus ideales tuvo que montar en el caballo de los conquistadores.

No es esto tampoco un añadido *a posteriori*. Una vez más debemos recurrir al testimonio de don Simón Rodríguez: "Bolívar no vio en la dependencia de la España oprobio ni vergüenza, como veía el vulgo, sino un obstáculo a los progresos de la sociedad en su país". Y esto es lo que le da actualidad permanente a su vida y a sus enseñanzas.

XXXII

"COLONIZAR EL PAIS CON SUS PROPIOS HABITANTES"

Después de Ayacucho, Sucre prosiguió la campaña contra los destacamentos realistas que al sur del Perú se mantenían en armas, y debía seguir contra el general Olañeta que refugiado en el Alto Perú era una amenaza contra el país recién libertado y contra las provincias del Río de la Plata.

El Gran Mariscal sentía, desde luego, que aquellas operaciones serían apenas un paseo militar después del resonante triunfo que acababa de obtener; y, efectivamente, los cuerpos realistas, que carecían de un mando único y estaban desmoralizados, se fueron rindiendo a medida que el vencedor avanzaba contra ellos. Más tenaz en su resistencia fue Olañeta, y aunque se retiró hasta las fronteras argentinas, aun en aquella situación pensaba resistir. Sin embargo, habiéndose pronunciado contra él uno de sus propios subalternos, salió a combatirlo y perdió en aquel último encuentro la acción y la vida.

Otro problema más grave —de derecho político— hacía vacilar al gran estratega venezolano. El Alto Perú había dependido durante largos años del Virreinato de Lima, pero desde 1778 pertenecía al del Río de la Plata; por consiguiente, ambos Estados podían alegar sobre él derechos de jurisdicción igualmente legítimos e igualmente discutibles, y Sucre, por su parte, sentía repugnancia a ejercer puramente un mando militar en aquel vasto territorio que, lógicamente, aspiraba a un orden político diferente. Entre otras razones, una de mucho peso moral respaldaba estas aspiraciones: dos de sus ciudades más importantes, Chuquisaca y La Paz, se habían anticipado a los movimientos separatistas de las capitales hispanoamericanas en 1810, y La Paz por su propia iniciativa y con sus solos recursos depuso a las autoridades españolas en julio de 1809. Aunque ese movimiento fue ahogado en forma sangrienta por los realistas, había dado a aquella población el prestigio de ser la primogénita de la libertad; y este sentimiento, unido a las otras demostraciones de patriotismo que en varias ocasiones dio el Alto Perú, exigían muchos miramientos al disponer de sus destinos. "Todos mis embarazos habrían cesado —explicó más tarde Sucre— resolviéndome a dirigir el Alto Perú por un gobierno militar, pero ni éste es propiamente un gobierno, ni yo podía presentar a los primeros hijos de la revolución las leyes de la milicia como los bienes que ellos esperaban de nuestra victoria" [1].

---

1. Memoria de Sucre a la Asamblea General de los Departamentos del Alto Perú, el 6 de agosto de 1825. *Documentos referentes a la creación de Bolivia*, por el doctor Vicente Lecuna, Caracas, 1924. Tomo I, pág. 285.

Guiado, pues, por esta exigencia de pulcritud espiritual que siempre era su norma, decidió Sucre convocar una reunión de los representantes de todo el país, y por decreto de 9 de febrero de 1825 fijó como objeto de aquella asamblea establecer un "régimen provisorio de gobierno" para aquellas provincias. Categóricamente dejaba establecido, además: "1º Que al pasar el Desaguadero el ejército libertador ha tenido el solo objeto de redimir las provincias del Alto Perú de la opresión española, y dejarlas en posesión de sus derechos. 2º Que no corresponde al ejército libertador intervenir en los negocios domésticos de estos pueblos" [1].

El Libertador no aprobó, sin embargo, aquella medida, y también con apariencia de razón le objetaba a Sucre que la convocatoria de una asamblea era ya un acto de soberanía que debía disgustar por igual a Lima y a Buenos Aires.

¿Pero qué hacer entonces? Si se atenían al *uti possidetis* vigente para 1810, principio que reiteradamente había proclamado Colombia y en virtud del cual justificaba sus derechos a Guayaquil, debían considerar al Alto Perú como dependencia del Virreinato de Buenos Aires; pero esto conducía a una situación dificilísima: 1º, porque era tomar abiertamente una posición contraria a los intereses del Perú; 2º, porque las otras provincias que componían el Virreinato del Río de la Plata se habían declarado autónomas y tenían cuerpos deliberantes propios, lo cual con mayor razón indicaba que lo podía tener el Alto Perú; 3º, porque cuando Sucre dio su decreto todavía Olañeta era una grave amenaza para los dos países limítrofes y Buenos Aires, que confrontaba aquella falta de unidad, no podía pensar en reducirlo; 4º, porque las provincias del Alto Perú eran decididamente contrarias a la unión con los argentinos: "Desde ahora sí le advierto —decía Sucre a Bolívar— que ni Ud. ni nadie las une de buena voluntad a Buenos Aires, porque hay una horrible aversión a este vínculo; si Ud. tiene idea de unirlas, puede decir a Buenos Aires que mande un fuerte ejército para que lo consigan, pues de otro modo es difícil" [2]. La otra solución —considerar como peruano aquel territorio— hubiera sido abiertamente brutal, le daba de una vez al ejército libertador el carácter de una fuerza de conquista y echaba por tierra el *uti possidetis* que era la única posibilidad de legítima paz internacional entre los pueblos suramericanos.

Bolívar tuvo, pues, que aceptar el parecer de Sucre, y el 16 de mayo dio en Arequipa otro decreto que ratificaba el de 9 de febrero sobre reunión de la asamblea.

Mucho debió aliviarlo para tomar esta determinación haber sabido por Sucre que el general Juan Antonio Alvarez de Arenales, Comisionado por

1. Citado por O'Leary, *Narración*, tomo II, pág. 366.
2. O'Leary, *Narración*, tomo II, pág. 373.

el gobierno de Buenos Aires para tratar con los Departamentos del Alto Perú, había recibido instrucciones de aquél de dejar a éstos que resolvieran por sí mismos su situación. "Ayer vino a casa —agregaba Sucre— el general Arenales, y habiéndole dicho que había resuelto suspender la reunión de la asamblea general hasta la venida de Ud., o hasta recibir contestaciones de Buenos Aires, me respondió que en su opinión todo retardo era un mal, porque cada vez y en cada pueblo se convencía más y más que la reunión de la asamblea era el único partido de salvar las provincias" [1]. Consecuente con esto, el Congreso de Buenos Aires expidió además un decreto, en que decía: "Aunque las cuatro provincias del Alto Perú han pertenecido siempre a este Estado, es la voluntad del Congreso General Constituyente que ellas queden en plena libertad para disponer de su suerte según crean convenir mejor a sus intereses y a su felicidad" [2].

Más reacio el Perú a renunciar sus derechos, había contestado una consulta del Libertador con el siguiente acuerdo: "1º El ejército unido debe marchar contra el enemigo hasta destruir, a juicio del Libertador, el último peligro de que la libertad del Perú estuviese nuevamente invadida o perturbada; y establecer provisoriamente en las provincias libertadas, el gobierno más análogo a sus circunstancias. 2º La empresa será de la responsabilidad de la República del Perú hasta llegar el caso del artículo anterior. 3º Si verificada la demarcación, según el artículo constitucional, resultaren las Provincias Altas separadas de esta República, el gobierno a quien pertenecieran, indemnizaría al Perú de los costos causados en emanciparlas" [3].

En suma, se trataba de una situación imposible de resolver a satisfacción de todos. La historia ha demostrado después superabundantemente, que ni el Perú ni la República Argentina hubieran ganado nada en riqueza, estabilidad o dicha, con haber retenido bajo su dominio el Alto Perú; y que, por el contrario, la extensión geográfica de éste, sus aspiraciones a un gobierno propio, y la distancia que separa sus ciudades de las de Lima y Buenos Aires, hubieran sido siempre motivo de odios y turbulencias en caso de haber quedado unido a uno u otro Estado.

Sin embargo, todavía perduran contra Bolívar y Sucre resentimientos por aquella causa; y con razón el Libertador comentaba en una carta a éste: "Ayer al llegar aquí, he recibido sus dos cartas del 27 en Chuquisaca con un oficio del general Arenales en que me dice que su gobierno le ha ordenado coloque esas provincias en estado de decidir de sus intereses y gobierno. Esta representación de parte del general Arenales me ha decidido a dar el decreto que acompaño para que se cumpla y ponga en

1. O'Leary, *Narración*, tomo II, pág. 375.
2. Lecuna, *Documentos referentes a la Creación de Bolivia*, tomo I, pág. 202.
3. Paz Soldán, *Historia del Perú Independiente*, tomo II, pág. 3.

ejecución inmediatamente. Ud. verá por él que concilio todo lo que es conciliable entre intereses y extremos opuestos. No creo que de ningún modo me puedan culpar los pretendientes al Alto Perú; porque sostengo por una parte el decreto del congreso peruano; y adhiero por otra a la voluntad del gobierno de Buenos Aires. Por supuesto, dejo en libertad al Alto Perú para que exprese libremente su voluntad. A pesar de todo esto, estoy cierto que todos quedarán disgustados; porque no hago más que paliar o más bien neutralizar las diferentes medidas que cada uno querría adoptar, porque entre partes contendientes los juicios que más participan de la equidad son los que menos se agradecen, porque son los que menos satisfacen a las dos partes" [1].

Tan delicada sentía su situación que no quiso entrar en el Alto Perú durante las deliberaciones de sus representantes; y recomendaba a Sucre: "El lugar de la asamblea debe estar despejado de tropas del ejército libertador a veinte leguas en contorno; ningún militar se encontrará en todo el ámbito señalado; un juez civil mandará dicho lugar, y por supuesto, Ud. estará lo más lejos que pueda".

Desde luego, alegría y entusiasmo asomaban por doquiera en el Alto Perú por tan felices augurios. Los desdichados rozamientos y las intrigas personalistas que habían enturbiado la llegada de Bolívar al Perú, no existían aquí, y el más franco agradecimiento podía unirse al júbilo de todos para saludar a los libertadores. La asamblea de diputados, reunida en Chuquisaca el 10 de julio, declaró que se confiaba "a la mano protectora del padre común del Perú, del salvador de los pueblos, del hijo primogénito del Nuevo Mundo, del inmortal Bolívar", proclamó la independencia del Alto Perú el 6 de agosto, aniversario de Junín, y dispuso que el nuevo Estado se llamara República Bolívar, nombre que se cambió poco después por el de Bolivia.

Una comisión de la asamblea llevó a Bolívar, que todavía se encontraba en el Perú, aquellas demostraciones de afecto, y fue entonces cuando el Libertador se decidió a visitar el país que llevaba su nombre. En uno de los pueblos fronterizos, un mestizo de abolengo incaico que por excepción había conquistado las borlas del doctorado, José Domingo Choquehuanca, lo saludó con palabras que se han hecho memorables: "Nada de lo hecho antes de vos —le dijo— se parece a lo que habéis hecho, y para que alguno pueda imitaros, será preciso que haya un mundo por libertar. Habéis fundado tres repúblicas que en el inmenso desarrollo a que están llamadas, elevarán vuestra grandeza a donde ninguno ha llegado. Vuestra fama crecerá, así como aumenta el tiempo con el transcurso de los siglos, y así como crece la sombra cuando el sol declina".

Todos los pueblos se engalanaban para recibirlo y competían en halagos y

1. O'Leary, *Narración*, tomo II, pág. 376.

festejos. En La Paz le obsequiaron una corona cívica de oro y diamantes; pero Bolívar se la cedió a Sucre, diciendo: "Esta recompensa toca al vencedor, y como tal la traspaso al héroe de Ayacucho" [1]. Varias ciudades hicieron acuñar medallas conmemorativas en honor de los dos libertadores y finos obsequios los esperaban en todas ellas.

Hasta el Potosí llegó Bolívar en aquella gira triunfal. Era el límite que desde 1814 había puesto a sus sueños de gloria y libertad; pero quizá, aunque varias veces lo mencionó como un lejano símbolo, jamás pensó que en realidad, y en forma concreta, entraría al término de sus campañas en aquella ciudad y ascendería a la montaña que para el mundo entero representaba una fábula de riqueza y poderío.

O'Leary, que iba en su comitiva, narra: "Pero después de su llegada, el Libertador, acompañado del general Sucre, del prefecto del departamento, de los plenipotenciarios del Plata y de su Estado Mayor, visitó el arduo monte que da nombre a la ciudad. La subida es escarpada, casi perpendicular y sólo practicable en mulas hasta los dos tercios de su altura, y el resto a pie y con sumo trabajo, por la naturaleza abrupta del terreno y la dificultad para la respiración... Sobre aquel famoso pico desplegó el Libertador las banderas de Colombia, Perú y La Plata... y debió ser ciertamente el más feliz en la vida de Bolívar, ese día notable en que ascendió a aquel pico clásico de los gigantescos Andes, con cuya grandeza competía la del que había llegado al zenit de la fama" [2].

Una tentadora propuesta le traían además aquellos representantes de Buenos Aires que le acompañaban. El gobierno de La Plata se encontraba en grave pugna con el Brasil, por haber invadido éste la Banda Oriental, hoy República del Uruguay, con la intención de incorporarla al Imperio; y como también tropas brasileñas habían penetrado en la Provincia de Chiquitos, perteneciente a Bolivia, los argentinos venían a proponerle una acción conjunta contra los agresores, dirigida por el propio Libertador. La proposición era deslumbrante: significaba para Bolívar ponerse al frente de las tropas republicanas de la América meridional para castigar aquella primera usurpación de fronteras por parte del régimen imperial, quizá proclamar la República en el Brasil, y regresar triunfante a Venezuela por la costa atlántica del vasto continente redimido.

Afortunadamente, el Libertador supo dominarse. Aquella gloria personal

1. O'Leary, *Narración*, tomo II, pág. 384. Lecuna, *Crónica razonada...*, tomo III, pág. 502, confirma lo narrado por O'Leary, pero en el mismo tomo, págs. 493 y 643, habla además de otra corona, recibida en el Cuzco por Bolívar, reservada por éste para Sucre y donada en definitiva por el Gran Mariscal al Congreso de Colombia. Agrega que se conserva en el Museo Nacional de Bogotá y que se la llama Corona del Cuzco. Don Angel Grisanti, en su *Vida ejemplar del Gran Mariscal de Ayacucho*, Caracas, 1952, dice por su parte que la guirnalda que en La Paz le ofrecieron a Bolívar, se la pasó éste a Sucre y el Gran Mariscal al general granadino José María Córdova.
2. *Narración*, tomo II, pág. 388.

la hubiera conquistado al precio de nuevos sacrificios para los pueblos exhaustos, y graves complicaciones con algunas potencias europeas podían temerse. Lo seducía más su primitivo propósito de invadir al Paraguay para derribar el sombrío despotismo del doctor Francia y libertar al sabio Bonpland; pero como esta idea no encontró acogida en los comisionados argentinos, también renunció a ella.

Abrumadora era, por otra parte, la tarea que con más urgencia reclamaba la América: darle sentido trascendente, alcance de redención popular, a aquella revolución que hasta entonces no había triunfado sino en los campos de batalla. Bolívar, que siempre lo había sentido así, apuntaba en aquellos días, entre otros pensamientos autógrafos que se encontraron en sus papeles: "Toda revolución tiene tres períodos: la guerra, la reforma y la organización. La primera pasó, fue obra de los soldados, la segunda la tuvimos en Cúcuta y Bogotá, ésta quisiera yo que fuera la de organizarnos" [1]. Volvía así a expresar que, para él, la victoria militar y la reconstrucción jurídica del Estado lograda en Cúcuta y en Bogotá, no eran sino etapas transitorias de la verdadera revolución, que debía consistir en una nueva organización de la sociedad.

Ya hemos visto que la inmisericorde explotación que sufría el pueblo indignaba a Sucre tanto como a él. Juntos se dieron a la tarea de remediarla, apartando el mayor tiempo posible en medio de los agasajos que recibían. Aparte de numerosas disposiciones de urgencia, sobre caminos, organización judicial, selección del personal administrativo, hacienda pública, explotación de las minas, reforestación de las regiones desérticas o devastadas, etc., el Libertador y Sucre pusieron el mayor empeño en extender a Bolivia las disposiciones dictadas por aquél en el Perú para emancipar a los indígenas y dotarlos de tierras propias, suprimir los abusos que prácticamente los reducían a la esclavitud y elevar siquiera un poco su misérrima situación. De las medidas dictadas para extender la educación y someterla a un amplio plan de reforma social, ya hemos hablado.

La colaboración entre Bolívar y Sucre —aparte de la afinidad espiritual que los unía— derivaba de la situación legal que ocupaban, porque la Asamblea de Chuquisaca había dispuesto que el Libertador ejerciera el poder supremo en el país mientras permaneciera en él, y al ausentarse pasaran a Sucre sus atribuciones. Así se verificó, en efecto, cuando el Libertador decidió, en los primeros días de 1826, regresar al Perú.

Los representantes de Bolivia le habían pedido también al Libertador que redactara la Constitución de la nueva República, y Bolívar se entregó de inmediato a esta tarea con tanto ímpetu que habiendo llegado a Lima

1. *Papeles de Bolívar.* Fragmentos autógrafos. Edición hecha por don Vicente Lecuna. Caracas, 1917.

en febrero del 26, en mayo envió a los bolivianos su proyecto y, en forma de discurso, los comentarios que lo justificaban. Como representante supremo del Estado y centro del equilibrio entre sus diferentes poderes, vuelve a aparecer en este trabajo del Libertador el Presidente vitalicio, "porque en los sistemas sin jerarquía —comentaba— se necesita, más que en otros, un punto fijo alrededor del cual giren los magistrados y los ciudadanos, los hombres y las cosas". Pero el verdadero poder no residía en él: "Está privado —sigue explicando Bolívar— de todas las influencias: no nombra los magistrados, los jueces, ni las dignidades eclesiásticas por pequeñas que sean. Esta disminución de poder no la ha sufrido todavía ningún gobierno bien constituido: ella añade trabas sobre trabas a la autoridad de un jefe que hallará siempre a todo el pueblo dominado por los que ejercen las funciones más importantes de la sociedad. Los sacerdotes mandan en las conciencias; los jueces, en la propiedad, el honor y la vida; y los magistrados en todos los actos públicos. No debiendo éstos sino al pueblo sus dignidades, su gloria y su fortuna, no puede el Presidente esperar complicarlos en sus miras ambiciosas. Si a esta consideración se agregan las que naturalmente nacen de las oposiciones generales que encuentra un gobierno democrático en todos los momentos de su administración, parece que hay derecho para estar cierto de que la usurpación del poder público dista más de este gobierno que de los otros".

El eje de su organización constitucional lo traslada, pues, el Libertador a los cuerpos representativos que en la práctica manejarían la vida pública, y al Poder Judicial, que dotado de "una independencia absoluta", debía ser el verdadero defensor de los derechos del ciudadano. Entre los cuerpos representativos distingue cuatro principales. En primer término, nombrados directamente por los ciudadanos, los Colegios electorales de cada provincia, que representan —dice— "las necesidades y los intereses de ellas, y sirven para quejarse de las infracciones de las leyes y de los abusos de los magistrados". Tenían además la atribución de proponer candidatos para casi todos los otros cargos públicos —jueces, prefectos y corregidores, curas y vicarios, etc.—, y constituían un verdadero poder: el Poder Electoral. En segundo término —o en el más alto, según quiera juzgarse— colocaba las tres Cámaras que componían el Poder Legislativo: una de *Tribunos*, elegidos por cuatro años; otra de *Senadores*, que duraban ocho años en sus funciones; y la de Censores, vitalicios y destinados a ejercer —a semejanza del Poder Moral que había propuesto en Angostura— "una potestad política y moral que tiene alguna semejanza con la del Areópago de Atenas y de los Censores de Roma".

Pero más que esta organización formal del Estado, considero importante el propósito de reformador social que aparece siempre en Bolívar. En ese sentido, los fogosos comentarios que hace para pedir la abolición de la esclavitud en Bolivia y lograr que de una vez se consagrase la igualdad efectiva de todos los ciudadanos, no pueden omitirse: "¡Legisladores!

—clama— la infracción de todas las leyes es la esclavitud. La Ley que la conservara sería la más sacrílega. ¿Qué derecho se alegaría para su conservación? Mírese este delito por todos aspectos, y no me persuado que haya un solo boliviano tan depravado, que pretenda legitimar la más insigne violación de la dignidad humana. ¡Un hombre poseído por otro! ¡Un hombre propiedad! ¡Una imagen de Dios puesta al yugo como el bruto! Díganos ¿dónde están los títulos de los usurpadores del hombre?... Trasmitir, prorrogar, eternizar este crimen mezclado de suplicios, es el ultraje más chocante. Fundar un principio de posesión sobre la más feroz delincuencia no podría concebirse sin el trastorno de los elementos del derecho, y sin la perversión más absoluta de las nociones del deber. Nadie puede romper el santo dogma de la igualdad. Y ¿habrá esclavitud donde reina la igualdad? Tales contradicciones formarían más bien el vituperio de nuestra razón que el de nuestra justicia; seríamos reputados por más dementes que usurpadores".

La audacia de estas declaraciones sólo se aprecia debidamente si recordamos que en la América del Norte —considerada como un modelo de democracia— más de treinta años después fue cuando se declaró abolida la esclavitud, y eso provocó una guerra implacable. En los países para los cuales hablaba el Libertador, hábitos inmemoriales de gobierno habían consolidado además una jerarquización tan dura, que todas las clases sociales inferiores apenas se diferenciaban de los esclavos. Y Bolívar sabía muy bien que con aquellas innovaciones se enfrentaba al odio de los más poderosos: "Los intolerantes y los amos de esclavos —escribió a Santander— verán mi discurso con horror, mas yo debía hablar así, porque creo que tengo razón y que la política se acuerda en esta parte con la verdad" [1].

Otro proyecto lo ocupaba también en aquellos días: la reunión en Panamá de los representantes de todos los países hispanoamericanos, para realizar gradualmente, en sucesivas asambleas, la unidad continental. Era un propósito que venía desde Miranda y en Venezuela había arraigado tanto, que en una de las primeras canciones patrióticas de la Revolución —que después se convirtió en el Himno Nacional— se consideraba ya realizado: "Unida con lazos que el cielo formó, la América toda existe en nación", cantaban aquellos revolucionarios. Pero Bolívar, más que todos, había luchado insistentemente por su triunfo, especialmente en 1815, 1818, 1821 y 1823, según ya hemos visto. Finalmente, el 7 de diciembre de 1824, dos días antes de Ayacucho y a pesar de las inquietudes con que seguía esta campaña, pidió a los otros gobiernos americanos procedieran a nombrar sus plenipotenciarios. "Parece —les decía— que si el mundo hubiese de elegir su capital, el Istmo de Panamá sería señalado para este augusto destino, colocado como está en el centro del globo, viendo por una parte el

1. *Cartas*, tomo V, pág. 323.

Asia, por otra el Africa y Europa. El Istmo de Panamá ha sido ofrecido por el Gobierno de Colombia para este fin en los tratados existentes. El Istmo está a igual distancia de las extremidades, y por esta causa podría ser el lugar provisorio de la primera Asamblea de los Confederados". Para juzgar del alcance que le daba Bolívar a aquella iniciativa no debemos, sin embargo, referirnos solamente a sus palabras en esta ocasión, sino al conjunto de sus reflexiones sobre el porvenir de la América hispana y las necesidades de su organización. Y teniendo en cuenta esa doctrina bolivariana, expuesta en numerosas cartas y documentos, creemos poder sintetizar así los objetivos que le asignaba a la reunión anfictiónica de Panamá: 1º Paz permanente entre las naciones americanas y respeto recíproco de sus fronteras; arreglo de sus diferencias por medio de deliberaciones amistosas o por el arbitraje obligatorio; 2º defensa solidaria contra cualquier agresión externa; 3º estabilización en todas ellas del sistema republicano; 4º consultas periódicas o permanentes entre todos los Estados, para resolver sus problemas comunes y adelantar las reformas sociales de la revolución.

Entre los ya citados *Papeles de Bolívar* existe además un borrador suyo que le asigna esas finalidades al Congreso de Panamá. Las precisa así: "1º El nuevo mundo se constituiría en naciones independientes, ligadas todas por una ley común que fijase sus relaciones externas y les ofreciese el poder conservador en un congreso general y permanente. 2º La existencia de estos nuevos Estados obtendría nuevas garantías. 3º La España haría la paz por respeto a la Inglaterra, y la Santa Alianza prestaría su reconocimiento a estas naciones nacientes. 4º El orden interno se conservaría intacto entre los diferentes Estados y dentro de cada uno de ellos. 5º Ninguno sería débil con respecto a otro; ninguno sería más fuerte. 6º Un equilibrio perfecto se establecería en este verdadero nuevo orden de cosas. 7º La fuerza de todos concurriría al auxilio del que sufriese por parte del enemigo externo o de las facciones anárquicas. 8º La diferencia de origen y de colores perdería su influencia y poder. 9º La América no temería más a ese tremendo monstruo que ha devorado a la isla de Santo Domingo, ni tampoco temería la preponderancia numérica de los primitivos habitadores. 10º La reforma social, en fin, se habría alcanzado bajo los santos auspicios de la libertad y de la paz..." [1].

La necesidad de obtener el apoyo de la Gran Bretaña contra la Santa Alianza y la negra reacción que se había enseñoreado de Europa, hizo que Bolívar insistiese particularmente en poner aquel proyecto bajo la protección de Inglaterra; y quizá lo movía también a ello el deseo de neutralizar, con el ejemplo de las instituciones políticas británicas, la tendencia muy

1. El doctor Vicente Lecuna fue el primero en publicar dicho documento, en Washington, en 1916; y después lo incluyó en la edición de los *Papeles de Bolívar*, Caracas, 1917, pág. 237; y en su *Crónica razonada...*, tomo III, pág. 526.

generalizada entonces entre los hispanoamericanos de imitar el régimen federal norteamericano, que Bolívar estaba dispuesto a admitir como lazo de unión entre los Estados confederados, pero no en la Constitución interna de cada uno de ellos.

El 22 de junio de 1826 se reunió por fin en Panamá la Asamblea. No concurrieron sino los representantes de México, Centroamérica, Colombia y el Perú. Inglaterra envió un observador; Estados Unidos y el Brasil prometieron asistir, pero en definitiva no lo hicieron, por diferentes motivos; Bolivia, que ni siquiera era independiente para la fecha de la convocatoria, delegó después en el Libertador el nombramiento de sus representantes, pero demasiado tarde; Chile y la Argentina, "están —decía Bolívar— en una situación lamentable, y casi sin gobierno". De todos modos los plenipotenciarios reunidos representaban a las naciones hispanoamericanas más extensas y poderosas, y el tratado que firmaron el 15 de julio de 1826 es de extraordinario alcance como doctrina, en comparación con lo que el Derecho Internacional conocía hasta entonces.

Los puntos acordados los sintetiza así el eminente comentarista doctor José Gil Fortoul: "...se establece una liga y confederación perpetua para sostener en común, defensiva y ofensivamente, la soberanía e independencia de las potencias aliadas, contra toda dominación extranjera. Cada dos años en tiempo de paz, y cada año en tiempo de guerra internacional, se reunirá una asamblea general compuesta de dos ministros plenipotenciarios por cada Estado, cuyos principales objetos serán: negociar y concluir todos aquellos tratados, convenciones y demás actos que tiendan a las mejores relaciones recíprocas de los confederados; contribuir al mantenimiento de la paz y amistad, sirviéndoles de punto de contacto en los peligros comunes, de fiel intérprete de los tratados y convenciones concluidos en la misma asamblea, cuando ocurriere alguna duda sobre su inteligencia, y de conciliador en sus disputas y diferencias; procurar la conciliación y mediación entre las potencias aliadas, o entre éstas con una o más potencias extrañas a la confederación que estuvieren en guerra o amenazadas de un rompimiento; y "ajustar y concluir, durante las guerras comunes de las partes contratantes con una o muchas potencias extrañas a la confederación, todos aquellos tratados de alianzas, conciertos, subsidios y contingentes que aceleren su terminación". Ninguno de los confederados podrá celebrar tratados de alianza con otra potencia sin consultar previamente a los demás. Siempre que no lograren transigir amigablemente entre sí sus diferencias presentes o eventuales, las someterán al juicio de la asamblea, cuya decisión, sin embargo, no será obligatoria si las potencias en conflicto no hubieren convenido antes en que lo fuese. No podrá tampoco uno de los confederados declarar la guerra a otro ni ordenar actos de represalias sin someter antes su causa, apoyándola en documentos, a la decisión conciliatoria de la asamblea. Para que un confederado declare

la guerra o rompa las hostilidades contra una potencia extraña, deberá solicitar antes los buenos oficios y mediación de sus aliados. En ningún caso podrá la confederación ligarse con el enemigo de una de las potencias aliadas. Será excluido de la Confederación el Estado que declare la guerra o rompa las hostilidades sin haber solicitado su mediación, o que no cumpla sus decisiones en caso de haberse sometido previamente a ellas. Las demás potencias de América podrán incorporarse en la confederación dentro de un año de ratificado este tratado, aceptando todas sus bases. Se comprometen además los confederados a cooperar a la completa abolición del tráfico de esclavos, y a declarar piratas a los buques cargados de ellos, procedentes de Africa. Cada Estado conserva el ejercicio de su soberanía respecto de sus relaciones exteriores con las otras potencias, en cuanto no se oponga al tenor y letra del tratado. Por convenciones especiales se estipula, el mismo 15 de julio, el contingente que ha de aportar cada Estado para levantar y mantener un ejército de 60.000 hombres de infantería y caballería, y una armada de veintiocho buques, con el objeto de defenderse de España. Y en la propia fecha acuerda el Congreso trasladarse a la villa de Tacubaya, cerca de la ciudad de México, a continuar allí sus deliberaciones. Lo que no se pudo efectuar" [1].

Aunque en definitiva los problemas internos de su reorganización republicana iban a impedir a estos países el desarrollo de aquellos principios, su valor doctrinal honra a la América hispana, que dio con ellos al mundo un ejemplo excepcional. Gradualmente han ido acercándose a ellos, como norma moral superior, las relaciones interamericanas; y ante ese hecho apenas puede considerarse como un mero accidente que no siguieran realizándose inmediatamente las sesiones de la magna asamblea. No un sueño, sino una profecía, han resultado, pues, las palabras con que el Libertador le asignaba acción perdurable: "Cuando después de cien siglos —decía en su convocatoria del 7 de diciembre de 1824— la posteridad busque el origen de nuestro Derecho Público y recuerde los pactos que consolidaron su destino, registrará con respeto los protocolos del Istmo. En ellos se encontrará el plan de las primeras alianzas, que trazarán la marcha de nuestras relaciones con el universo".

En una de sus cartas a don Pedro Gual, representante de Colombia en el Congreso de Panamá, le hablaba además el Libertador de otro proyecto sobre el cual volvió después varias veces, y que aunque no se realizó, tampoco podemos silenciar: deseaba una alianza militar más estrecha de Colombia, México y Guatemala, a fin de libertar a Cuba y Puerto Rico; pero estaba resuelto a que Colombia sola realizara esta expedición si no encontraba auxiliares. "También creo —le decía— que el ejército (de los presuntos aliados) no debe bajar de 20.000 hombres y la escuadra debe ser igual, por lo menos, a la de los españoles de América, siempre con la

1. José Gil Fortoul, *Historia Constitucional de Venezuela*, Caracas, 1930. Tomo I, pág. 516.

idea ostensible de tomar La Habana y Puerto Rico. Me extenderé más aún: si en el tratado salimos perjudicados por la desproporción del contingente, debemos sufrirla para no encontrarnos solos en esta lucha; pues al cabo Colombia sola tendrá que combatir" [1].

Es también de estos días el borrador de Bolívar sobre la educación pública, que comentamos en los primeros capítulos de este libro. Agreguemos que con tanta minuciosidad pensaba el Libertador en la educación de la niñez, que en ese documento señala los métodos para enseñar mejor a leer y escribir, explica hasta qué punto debía insistirse en los buenos modales y recomienda los juegos y recreaciones que conviene permitir, porque son, dice, "tan necesarios a los niños como el alimento" [2].

Otro documento análogo del Libertador ha pasado a la historia sin fecha: las instrucciones dirigidas por Bolívar al director de un colegio norteamericano sobre el método que debía seguirse en la educación de su sobrino Fernando. Contiene recomendaciones pedagógicas muy originales y se extiende hasta juzgar sobre el baile, "que es la poesía del movimiento", dice. Pero es sobre todo interesante, porque nos hace recordar que Bolívar se ocupó cuando joven en la educación de su otro sobrino, Anacleto, y ahora cuida de la de Fernando hasta el punto de meditar y redactar lo que cree más conveniente para su formación espiritual.

A pesar de que tan importantes cuidados, y las preocupaciones consiguientes, debían mantener en constante tensión el espíritu de Bolívar y de que a ello se añadía el abrumador trabajo cotidiano de un hombre en su posición, sus adversarios políticos se habían dado a la triste tarea de propalar que vivía entregado a los placeres en su quinta de La Magdalena, cerca de Lima. Y naturalmente, llegó a decirse que en materia de mujeres era insaciable.

Desde luego, es preciso considerar estas leyendas dentro del ambiente de la época, para no darles crédito excesivo ni tampoco indignarse como si se tratase de calumnias deshonrosas. De Europa llegaban a la América modelos que provocaban a la imitación. Sin contar las aventuras que Byron exhibía con satánico alarde y las que Chateaubriand sublimizaba untuosamente al amparo del Genio del Cristianismo, las de algunos políticos y militares —Nelson, en primer término—, tenían resonancia mundial. Había casos en los cuales parecen calcados los desplantes que se atribuían a Manuelita Sáenz al lado de Bolívar: por ejemplo, el de la Duquesa de Devonshire, amiga de Charles James Fox, el rival de Pitt, que en Inglaterra había organizado desfiles vestida de militar [3]. Es muy probable, pues, que estos ejemplos, influyeran entonces en un doble sentido: o bien para quitar

1. *Cartas*, tomo VI, pág. 54.
2. *Papeles de Bolívar*, pág. 301.
3. *William Pitt*, por Jacques Chastenet. Buenos Aires, 1945. Pág. 41.

a Bolívar los escrúpulos que pudiera sentir en imitarlos; o bien para estimular a sus detractores en la invención de lo que en realidad no sucedía.

Recordemos también que el *donjuanismo* se consideraba hasta hace poco una demostración de virilidad superior, y casi siempre se aureolaba con ella a toda figura de primer rango. Con respecto a Bolívar, los mismos venezolanos no quisieron quedarse atrás en esto, y ya hemos visto cómo insistieron en poetizar aventuras tan triviales como la de Fanny du Villars. Pero como es un tema que falseado en un sentido o en otro podría desfigurar todo el carácter del personaje, creemos que vale la pena insistir. Y desde luego, adelantamos que, para nosotros, la verdad de lo sucedido en Lima debe buscarse en el justo medio, como lo juzgamos a propósito de la vida de Bolívar en París. Es indudable que el Libertador —como Miranda, y hasta como el sufrido don Andrés Bello— poseía por temperamento un exagerado apetito sexual; pero asimismo todo nos prueba que, también como sus dos eminentes compatriotas, jamás permitió que aquella inclinación perturbara los objetivos superiores que había señalado a su vida. Ya hemos visto que durante sus campañas en Venezuela apenas se detenía unos días en las ciudades, preocupado siempre por volver al campamento; cuando no para proseguir las operaciones militares, para cuidar de las tropas o vigilar a los subalternos. Ni siquiera en Angostura, donde tenía a Josefina Machado, ni en Bogotá, donde cortejaba a Bernardina Ibáñez, pudo retenerlo el amor. Al llegar al Perú se alejó de Lima y se estableció en el norte, a veces en lugares donde vivía aislado y sin ninguna comodidad, como en Pativilca. En sus cartas de esos días manifiesta reiteradamente que no quiere volver al ambiente ciudadano "a perder el tiempo y la paciencia". Exceptuando su forzado asilo en Jamaica, a partir de 1813 su más larga permanencia en una ciudad fue en Lima, cuatro meses, de diciembre de 1824 a abril de 1825, y los siete meses, de febrero a setiembre de 1826, entregado a las agobiantes tareas que hemos descrito. Semejante vida no indica, en absoluto, propensión a los placeres ni a la vanidad.

Digamos finalmente que, en el Perú, la compañía constante de Manuelita —que cuidaba su archivo, le servía a veces de amanuense y como amante lo celaba ruidosamente— apenas permitiría a Bolívar cortos y ocultos devaneos. Pero es sobre todo la exageración de los que crearon aquellas leyendas, lo que las desacredita. El costumbrista peruano Ricardo Palma llegó hasta inventar picarescas anécdotas —como la muy conocida de *Las tres etcéteras del Libertador*— en que para hacer sonreír con las supuestas aventuras del héroe, no vacila en presentar a sus compatriotas como afanosos proveedores, que hasta en los más apartados pueblos lo esperaban para ofrecerle mujeres. Asimismo se ha llegado a contar de las exorbitantes cantidades de dinero que consumió en perfumes y las que se gastaban en su mesa.

Con razón comentaba arrogantemente don Simón Rodríguez: "¿Qué peruano ignora que Bolívar nació en la abundancia y que la renunció por la vida de soldado? Un hombre que sabe comer sobre un tambor con sus oficiales, no viaja para que le den *espléndidos banquetes.* Bolívar no vino al Perú *a comer dulce.* ¿Qué dirá la Europa al leer, en un *ensayo político,* exclamaciones sobre sopas? ¿Al ver a un hombre enternecerse en presencia de una mesa?" [1]. Aunque también reconoce que "los peruanos son rumbosos en sus obsequios: acostumbrados a mostrarse en todas ocasiones, no reparan en incomodidades ni en dinero; y por personas menos importantes que Bolívar hacen gastos extraordinarios que consideran de obligación; su generosidad les hace honor...".

Justamente en octubre de 1825, Bolívar, que había rehusado recibir sueldo en el Perú y el millón de pesos que le acordaron después de Ayacucho, le escribía a Santander sobre unos pagos que había mandado a hacer: "El Presidente de Colombia no debía estar a sueldo del Perú, y si hay dificultad por estas mesadas mande Ud. que me las carguen por mis sueldos atrasados. Todas ellas no montan a diez y seis mil pesos, y esta miseria no vale la pena de una contradicción, pues yo dije al Perú que mi gobierno lo pagaba y, por lo mismo, no quise recibir los cincuenta mil pesos" [2].

Pero otro género de oposición, realmente respetable, asomaba en el Perú. Era natural que el país, una vez independiente, deseara dedicarse a disponer de su destino. Tenían que ser muy numerosos los peruanos que se sintieran incómodos ante aquellos libertadores extranjeros, unos por vanidad o mezquinos resentimientos, pero los más, sin duda, por una muy justificada previsión nacionalista. Y, desde luego, en las altas esferas eran cada vez más numerosos los que disentían de la concepción política bolivariana.

La situación se complicó porque el Libertador deseaba además que la Constitución que había hecho para Bolivia fuera adoptada en el Perú, y sus planes comprendían la unión de los dos países y su confederación ulterior con Colombia. Los colegios electorales del Perú aceptaron en efecto aquella Constitución; pero todo indicaba que tan vastos objetivos suscitarían muy pronto ásperas divergencias. El propio Sucre, a quien podían suponer heredero político de Bolívar, pero que por su parte no pensaba sino en regresar a Colombia, manifestó: "De mi parte haré la confesión sincera de que no soy partidario de la Constitución boliviana; ella da sobre el papel estabilidad al gobierno, mientras que de hecho le quita los medios de hacerse respetar, y no teniendo vigor ni fuerza el Presidente para mantenerse, son nada sus derechos y los trastornos serán frecuentes" [3]. Lo cual, por desgracia, ni siquiera sirvió para probar

1. *Defensa,* edición de Caracas, 1916. Pág. 85.
2. *Cartas,* tomo V, pág. 156.
3. *Documentos referentes a la creación de Bolivia,* tomo II, pág. 607.

a sus adversarios y a los de Bolívar que, a lo menos, ellos no aspiraban a la tiranía que aquéllos aparentaban temer.

Fue de Venezuela, sin embargo, de donde partió la clarinada que le advirtió a Bolívar el desquiciamiento político que se aproximaba. Muchos males afligían a la devastada patria del Libertador. La miseria general era tal, que según el testimonio de un oficial extranjero, en las calles de Caracas se veían capitanes del ejército libertador pidiendo limosna. Los azares de aquella larga guerra habían mantenido a lo mejor de su población en una especie de nomadismo continuo, que junto a la miseria había hecho prosperar la ignorancia y hábitos anárquicos de imprevisión y atropello. El espléndido florecimiento colectivo que dio origen a la independencia, y la había realizado, fue dirigido por una burguesía culta pero bastante próxima al pueblo, que por estas felices circunstancias llegó a ser exponente de las mejores virtudes públicas: patriotismo, desinterés, solidaridad social, equilibrado sentido político, respeto a la legalidad y, sin embargo, bastante independencia de criterio para ser sanamente revolucionaria, laboriosidad y constancia; pero esa burguesía —que es lo que equivocadamente se ha llamado aristocracia u oligarquía— desapareció casi por completo, y sus restos se encontraban dispersos y desorientados.

Como es frecuente en las situaciones de descontento general, los venezolanos, y sobre todo los caraqueños, acusaban al gobierno de Bogotá de que nada hacía para remediar sus males; y la tendencia separatista, que había comenzado, como hemos visto, desde el propio año 1821, aumentaba cada día más.

Otra amenaza, además, que no por parecer superficial era menos grave, se cernía sobre la República: la rivalidad entre militares y civiles, ensoberbecidos algunos de aquéllos por sus triunfos, y no menos petulantes muchos de los segundos, que usando y abusando de la libertad de prensa o atrincherados en los ayuntamientos y otros cuerpos deliberantes, comenzaban a hacer correr la odiosa y temeraria consigna de "libertarse de los libertadores". Con la agravante de que no pocos de estos presuntos paladines del *civismo* eran simples intrigantes de ínfima calidad moral, como Rafael Diego Mérida, *el Malo;* o antiguos realistas o hijos de realistas, que buscaban ese medio para trepar de nuevo o satisfacer viejos rencores.

A todas éstas, el general Páez que años después, más educado, llegaría a ser un admirable Presidente de la República, se encontraba todavía muy poco maduro para el papel de primer rango que las circunstancias habían puesto en sus manos. Personalmente había incurrido en excesos que merecían dura censura y, sin embargo, exasperado por aquella oposición civil —que más tarde, insistimos, soportó con admirable paciencia cuando menos la merecía—, le pintaba al Libertador el antagonismo entre militares y civiles, con tanta violencia que llegamos a dudar de lo que en sus quejas había de justo.

En una carta fechada en Caracas el 1º de octubre de 1825 y que Bolívar recibió en Lima en marzo de 1826, le decía: "Querido general: Ud. no puede figurarse los estragos que la intriga hace en este país, teniendo que confesar que Morillo le dijo a Ud. una verdad en Santa Ana, sobre «*que le había hecho un favor a la república en matar a los abogados*»; pero nosotros tenemos que acusarnos del pecado de haber dejado imperfecta la obra de Morillo, no habiendo hecho otro tanto con los que cayeron por nuestro lado; por el contrario, les pusimos la república en las manos, nos la han puesto a la española, porque el mejor de ellos no sabe otra cosa, y están en guerra abierta con un ejército a quien deben todo su ser, y de cuyo cuartel general han salido los congresos sin tomar la más mínima parte en ellos como corporación, y obrando con aquella buena fe que sólo se conoce en la noble profesión de los militares" [1].

Juzgaba también Páez que hombres "que en cualquiera otra parte que hubiese moral pública ocuparían el lugar más inferior... manejan a su antojo las elecciones, señalan el primer magistrado de la república", etc.; y concluía: "A los valientes que han formado esta república se les niega ya lo que las leyes conceden a las últimas clases del estado. En Caracas se disputó el voto del ejército en las elecciones parroquiales, lo mismo que en Puerto Cabello; en Valencia y Maracaibo se eludió por aquellos medios de que sabe usar la superchería. Yo pude haber usado de la fuerza para ello, pero no quise dar este argumento más a la intriga, porque todo esto es parcial y debe curarse con otra cosa que remedie el todo. Los curiales pretenden reducirnos a la condición de esclavos y esto no se puede sufrir ni lo permite el honor y menos la seguridad del país, que aún no ha transigido (sic) con sus enemigos exteriores. Nuestro ejército se acabará pronto si no se atajan las justas causas de su descontento, y estoy bien seguro que, en un caso de guerra, los señores letrados y mercaderes apelarán como siempre a la fuga, o se compondrán con el enemigo, y los pobres militares irán a recibir nuevos balazos para volver a proporcionar empleos y fortuna a los que actualmente los están vejando".

Por desgracia, el remedio que proponía Páez era igualmente insensato: "La situación en este país —le indicaba a Bolívar— es muy semejante en el día a la de la Francia cuando Napoleón el Grande se encontraba en Egipto y fue llamado por aquellos primeros hombres de la revolución, convencidos de que un gobierno que había caído en las manos de la más vil canalla no era el que podía salvar aquella nación, y Ud. está en el caso de decir lo que aquel hombre célebre entonces: los intrigantes van a perder la patria, vamos a salvarla".

Y como para que no hubiera dudas sobre lo que le insinuaba, insistía: "Este país, en lo general de su escasa población, no tiene más que los

---

1. *Cartas*, tomo V, pág. 212.

restos de una colonia española, de consiguiente, falto de todo elemento para montar una república".

Bolívar reaccionó reafirmando rotundamente sus principios republicanos: "Usted —le contestó a Páez— no ha juzgado, me parece, bastante imparcialmente el estado de las cosas y de los hombres. Ni Colombia es Francia, ni yo Napoleón. En Francia se piensa mucho y se sabe todavía más, la populación es homogénea, y además la guerra la ponía en el borde del precipicio. No había otra república grande que la francesa y la Francia había sido siempre un reino. El gobierno republicano se había desacreditado y abatido hasta entrar en un abismo de execración. Los monstruos que dirigían la Francia eran igualmente crueles e ineptos. Napoleón era grande y único, y además sumamente ambicioso. Aquí no hay nada de esto. Yo no soy Napoleón ni quiero serlo; tampoco quiero imitar a César; aún menos a Iturbide. Tales ejemplos me parecen indignos de mi gloria. El título de Libertador es superior a todos los que ha recibido el orgullo humano. Por tanto, es imposible degradarlo".

Y en oposición al pesimismo de Páez, insistía: "La república ha levantado el país a la gloria y a la prosperidad, dado leyes y libertad. Los magistrados de Colombia no son ni Robespierre ni Marat. El peligro ha cesado cuando las esperanzas empiezan: por lo mismo, nada urge para tal medida. Son repúblicas las que rodean a Colombia, y Colombia jamás ha sido un reino. Un trono espantaría tanto por su altura como por su brillo. La igualdad sería rota y los colores verían perdidos todos sus derechos por una nueva aristocracia" [1].

Con el mismo sentido de salvaguardia contra cualquier tentación, invocó también el título de Libertador en carta a Santander. Con fecha 19 de setiembre de 1826, le decía: "Libertador o muerto es mi divisa antigua. Libertador es más que todo; y, por lo mismo, yo no me degradaré hasta un trono" [2].

Pero poco después de haber recibido la carta de Páez le llegaron peores noticias de Venezuela. Ya en varias ocasiones los frecuentes reclutamientos para el ejército habían producido manifestaciones de descontento y roces entre las diferentes autoridades; y habiendo publicado Páez, en diciembre del 25, un nuevo bando sobre alistamiento, el vecindario de Caracas se negó a concurrir al llamado de las autoridades. Esto impacientó a Páez que dio órdenes, en consecuencia, para que las tropas regulares recogieran en las calles de la capital a cuantos hombres encontrasen, de tal manera "que la ciudad presentó el aspecto de una plaza entrada a saco", según comenta Gil Fortoul de acuerdo con testimonios de la época. Justo es decir que el bando publicado por Páez era en ejecución de un decreto

1. *Cartas*, tomo V, pág. 240. La palabra "colores" significaba, en este caso, los pardos.
2. *Cartas*, tomo VI, pág. 75.

del Gobierno de Bogotá y que aquel General se había mostrado antes muy renuente a hacer nuevas levas de tropas contra el sentir colectivo. A pesar de esto, y de que al fin el alistamiento se realizó sin más tropelías, tanto el Intendente del Departamento de Venezuela, General Juan Escalona, como la Municipalidad de Caracas, acusaron a Páez, el primero en informe al Ejecutivo de Bogotá, y la segunda ante la Cámara de Representantes. Esta, a su vez, llevó la acusación ante el Senado, el cual la admitió, suspendió a Páez del cargo de Comandante General del Departamento y lo llamó a comparecer en Bogotá "ante la Comisión del Senado nombrada para instruir el proceso".

Pero tras algunas incidencias, que narraremos después, Páez se negó a obedecer; y lo que de inmediato podía temerse era que Venezuela, acaudillada por aquel temible jefe, se separara definitivamente de la unión colombiana. Por lo pronto, aquel desacato al Congreso rompía el ordenamiento jurídico de la nación, a la vez que hacía meditar muy seriamente en lo difícil que era castigarlo.

Bolívar decidió, pues, regresar a Caracas. El 1º de setiembre encargó del gobierno del Perú al general Santa Cruz y al Consejo de Ministros, y el día 3 se embarcó en El Callao para Guayaquil. Pero no llegó a Bogotá sino el 14 de noviembre, y a la frontera de Venezuela en los primeros días de diciembre.

XXXIII

"NO PUEDE *SER* MAS DE LO QUE *ES*: PERO SI PUEDE *HACER* MAS DE LO QUE *HA HECHO*"

Sánchez Carrión solía decir en el Perú que Bolívar era como el caduceo de Mercurio, rodeado de serpientes amigas, pero que cuando faltase el caduceo todas se despedazarían.

En Colombia, por otra parte, era tal la violencia de las pasiones que un hombre tan respetuoso de las formas legales como Sucre, y de tanta severidad moral, le escribía al Libertador después de Ayacucho: "Cada vez me convenzo más de que necesitamos tener este ejército entusiasmado, y pronto para llevar el orden a Colombia, si fuere perturbado por partidos" [1].

Y Bolívar, con la insuperable plasticidad de su estilo, observaba a su vez, en carta a Santander: "Nada me persuade que podamos franquear la suma prodigiosa de dificultades que se nos ofrece. Estamos como por milagro sobre un punto de equilibrio casual, como cuando dos olas enfurecidas se encuentran en un punto dado y se mantienen tranquilas apoyadas una en otra y en una calma que parece verdadera aunque instantánea".

Tal era la situación cuando el imprudente acuerdo del Congreso, de llamar a Páez a Bogotá para juzgarlo, desataron el choque entre los anárquicos elementos que se agitaban bajo aquella realidad social. Aparte de que se pasaba por alto que Páez había procedido, en cuanto al reclutamiento, cumpliendo reiteradas órdenes del gobierno, y que sus primeros intentos de realizarlo sin violencias habían sido desdeñados por el vecindario de Caracas, el Ejecutivo de Bogotá agravó la medida tomada por el Congreso con una inexplicable provocación, pues cuando Páez se mostró inclinado, en los primeros momentos, a desprenderse de la Comandancia General de Venezuela para acudir a Bogotá, el Vicepresidente Santander nombró para sustituirlo al general Juan de Escalona, que era quien lo había acusado y que, guiado por resentimientos personales, llegó hasta trasmitir al gobierno el calumnioso rumor de que "el general Páez había mandado hacer fuego a los que huyesen y registrar las casas si fuere preciso".

Santander siempre se había mostrado, además, excesivamente celoso de sus prerrogativas frente a los militares; en Venezuela se suponía que esa susceptibilidad crecía desmedidamente cuando se trataba de militares

---

1. O'Leary, *Narración*, tomo II, pág. 305. Edición de 1952.

venezolanos; y con respecto a Páez en particular, se sabía que existían varios motivos especiales que la estimulaban. Y de que aparentando imparcialidad, Santander estaba interesado en descargar sobre Páez un golpe mortal, no podía haber dudas, porque su portavoz en el Congreso, don Francisco Soto, asumió inmediatamente y con la mayor vehemencia el papel de acusador contra el jefe llanero.

Otro suceso, muy reciente, daba también particular relieve a esas circunstancias. Retirado como inválido de guerra, vivía en un barrio de Bogotá el coronel venezolano Leonardo Infante, hombre de color y totalmente ignorante, que a pesar de esto había conquistado aquel alto grado por su extraordinario valor y constantes servicios a la patria. Irritado por la forzada inacción a que se veía condenado, Infante desahogaba su resentimiento con frecuentes atropellos al vecindario, y eso lo había hecho odioso. Ocurrió entonces que un oficial subalterno, llamado Francisco Perdomo, fue asesinado, se acusó a Infante de ser el homicida y un Consejo de Guerra lo condenó a muerte. Pero el proceso había sido llevado con evidente animadversión, y elevado el expediente ante la Corte Marcial en apelación, "los votos de los cinco vocales de este tribunal —narra O'Leary— se dividieron: dos hubo a muerte, dos por la absolución y uno por la condena a diez años de presidio. Conforme a las ordenanzas militares, ya esto bastaba para librarle de la muerte; pero, a pesar de eso, se pretendió sostener que la corte no debía fundar su fallo en ese código, no obstante ser militar el acusado y serlo también dos de los ministros de aquel alto tribunal. La corte se declaró en discordia, y el conjuez nombrado para dirimirla dio su voto a muerte; pero con todo, no resultaba aún la mayoría absoluta de votos que requería la ordenanza o la ley penal de la legislación común; porque tres eran a vida y tres a muerte. Para salvar esta dificultad, se citó una ley que sólo preceptuaba la mayoría relativa, y en virtud de ella se impuso la pena capital" [1].

Tan odioso proceder fue subrayado por dos ocurrencias patéticas. Una, que en el momento de morir, Infante proclamó: "Señores, he cometido muchos crímenes durante la guerra, esos los voy a pagar ahora; pero en cuanto a la muerte de Perdomo, declaro delante de todos que no he tenido ninguna parte en ella y que muero inocente". Otra, que en contraste con esta emocionante declaración, Santander se presentó a caballo en el lugar de la ejecución y, delante del cadáver, arengó a las tropas. Lo mismo que había hecho cuando el suplicio del general Barreiro en 1819.

No terminaron allí, sin embargo, las consecuencias de aquel infortunado suceso: el doctor Miguel Peña, también venezolano y Presidente de la Corte que conoció en apelación de la sentencia contra Infante, se negó a firmar ésta por considerarla inicua, fue acusado ante el Senado y suspen-

1. O'Leary, *Narración*, tomo II, pág. 560. Edición de 1952.

dido de su cargo. Ahora estaba en Venezuela, en 1826, al lado de Páez, atizando, naturalmente, su desconfianza y sus temores.

Muy comprensible resulta, pues, que Páez, considerando que tanto el Congreso como el Ejecutivo le eran manifiestamente hostiles en Bogotá, que en Venezuela quedaba como suprema autoridad un enemigo suyo y que Bolívar estaba ausente, pues todavía no había manifestado su propósito de venir a Venezuela, temiese correr la suerte de Infante. Decidió, por consiguiente, no acatar la citación que le hacía el Senado; pero en los procedimientos que él, o sus consejeros, creyeron necesario seguir para cohonestar la desobediencia, incurrió a su vez en excesos mucho más graves que los cometidos hasta entonces.

Se trataba de aparentar que los pueblos se oponían a su salida de Venezuela, y provocar con tal fin los consabidos "pronunciamientos" de las Municipalidades. Pero como la de Valencia —que era donde Páez tenía más prestigio— se limitó en una primera reunión, el 27 de abril, a deplorar la separación de Páez, pero dejando constancia al mismo tiempo de la necesidad "de obedecer a las leyes y a las instituciones establecidas", ocurrieron los revoltosos a toda clase de intrigas, rumores alarmantes y violencias para lograr su objeto, hasta el extremo de asesinar a tres infelices totalmente ajenos a los sucesos y tirar sus cadáveres a la puerta del Ayuntamiento valenciano. Al mismo tiempo, para intimidar a Caracas, el general Mariño anunció que se dirigía a ella con una vanguardia de 3.000 hombres y pidió para esas tropas alojamiento y raciones. Bajo la alarma que tales novedades producía y dividida como estaba la opinión pública, ambas ciudades se allanaron al fin a lo que se exigía de ellas y sus representantes confiaron a Páez el mando supremo del Departamento, con el título de Jefe Superior, Civil y Militar.

Los venezolanos llamaron aquellos acontecimientos de 1826 *La Cosiata,* lo cual significa en lenguaje popular algo oscuro y ambiguo, poco honesto, peligroso. Y como si todo, efectivamente, hubiera de tener ese carácter, el juramento que le tomó a Páez la Municipalidad de Valencia lo comprometía a respetar las leyes establecidas, pero bajo "condición de no obedecer las órdenes del Gobierno de Bogotá".

Hasta la Constitución que el Libertador había ideado para Bolivia resultó un motivo de discordia; porque Bolívar la había enviado en consulta a varios amigos y políticos de Quito, Nueva Granada y Venezuela, y ahora casi todos la relacionaban con lo que ocurría: sus partidarios, porque creían que la ruptura del orden constitucional permitiría que se adoptase de inmediato, y sus adversarios, para exagerar esta posibilidad como una amenaza a las instituciones.

Uno de los emisarios enviados por Bolívar con aquel objeto fue O'Leary, que debía además seguir a Venezuela e informarle de su situación. Pero

hasta el avisado irlandés perdió la cabeza en medio de tantas intrigas, y concibió el atolondrado proyecto de dar un golpe en Caracas contra Páez, para llevarlo por la fuerza a Bogotá. A consecuencia de esto Bolívar se enfureció contra él y durante algún tiempo lo alejó de su lado. Aunque, por otra parte, no dejaba de ser muy sagaz en sus apreciaciones el futuro historiador. "Yo debo decir que a la verdad —informaba al Libertador— todo el mundo deseaba reformas ahora meses, pero en el día no se desean tanto, porque nadie quiere que la civilización venga de Apure y que el nuevo código sea escrito con la punta de la lanza de Páez" [1].

De todos modos, era una situación muy inestable, que en ninguna parte presentaba terreno seguro donde poner el pie. Santander, al principio, pareció no darle importancia y apenas, en la postdata de una carta a Bolívar, que todavía se encontraba en el Perú, le decía: "Ayer ha admitido el Senado la acusación introducida contra Páez por la Cámara de Representantes por frioleras cometidas por él en Caracas en el arreglo de la milicia. Me tiene muy molesto esta cosa" [2]. Pero a medida que se desarrollaban los sucesos y que, por una parte se enardecía contra Páez, y, por la otra, veía cada vez más difícil reducirlo, empezó a mostrar un estado de ánimo muy diferente. Y terminó por hacerle a Bolívar esta extraña proposición: "Respecto a la venida de Ud., permítame que le diga mi opinión. Ud. no debiera venir al Gobierno, porque este Gobierno, rodeado de tantas leyes, amarradas las manos, y envuelto en mil dificultades, expondría a Ud. a muchos disgustos, y le granjearía enemigos... Supuesto, pues, que no debe Ud. venir a desempeñar el Gobierno, éste debe autorizarlo plenamente como lo estaba Ud. en el Sur para que siga a Venezuela con un ejército a arreglar todo aquello" [3].

Con lo cual cedía a Bolívar —para evitarle disgustos y enemigos!— la conducción de una guerra civil, en la cual se hubieran alineado inmediatamente alrededor de Páez el resentimiento de los militares y las tendencias separatistas que desde 1821 se manifestaban en Caracas. Sin contar con que todavía, desde La Habana, Morales amenazaba a Venezuela: "Casi a un tiempo —le había escrito Bolívar a Páez desde Lima— he sabido que Morales se halla en La Habana pronto a expedicionar a la Costa Firme con 14.000 hombres, y que, en estas circunstancias, ha sido Ud. llamado a la capital para ser juzgado. En este estado de cosas hay que temerlo todo: anarquía y guerra, guerra y anarquía. Mucho me inquieta el partido que Ud. haya de tomar en un caso tan singular. Si Ud. viene, Morales se anima a expedicionar, y se le convida por este medio a desolar nuestra querida patria. Si Ud. no cumple con la orden del Congreso, se introduce la anarquía, que es peor que la guerra. Los legisladores al llamarlo a Ud. han dicho:

1. O'Leary, tomo III de la *Narración*, págs. 66 y 68. Edición de 1883, Caracas.
2. *Cartas de Santander*. Edición de 1942. Caracas, tomo II, pág. 184.
3. *Cartas de Santander*, tomo II, pág. 258.

perezca la república antes que los principios: sin ver que los principios se sepultan con la república"[1].

Sobre el peligro de esa invasión española, el mismo Santander había escrito a Bolívar: "En Madrid han apurado las medidas de expedición contra Colombia, desde que han sabido la rebelión de Páez. Se ha llamado a Morillo que estaba en París y se hallaba ya en España después de purificado, para entregarle el mando de la expedición, en la cual traerá a Morales de su segundo"[2].

Sin duda, en todas estas cosas venía meditando el Libertador en su largo viaje desde el Perú hasta la frontera venezolana, aunque apenas hubo pisado tierra colombiana, en Guayaquil, dio una proclama en que fijaba cuál sería en definitiva su conducta. Dirigiéndose a todos los colombianos indistintamente, les decía: "¡Colombianos!... Os ofrezco de nuevo mis servicios, servicios de un hermano. Yo no he querido saber quién ha faltado; mas no he olvidado jamás que sois mis hermanos de sangre y mis compañeros de armas. Os llevo un ósculo común, y dos brazos para uniros en mi seno: en él entrarán, hasta el profundo de mi corazón, granadinos y venezolanos, justos e injustos: todos del ejército libertador, todos ciudadanos de la gran república.

"En vuestra contienda no hay más que un culpable, yo lo soy. No he venido a tiempo. Dos repúblicas amigas, hijas de nuestras victorias, me han retenido hechizado con inmensas gratitudes, y con recompensas inmortales. Yo me presento víctima de vuestro sacrificio: descargad sobre mí vuestros golpes; me serán gratos si ellos satisfacen vuestros enconos.

"¡Colombianos! Piso el suelo de la patria; que cese, pues, el escándalo de vuestros ultrajes, el delito de vuestra desunión. No haya más Venezuela no haya más Cundinamarca: soy colombiano y todos lo seremos, o la muerte cubrirá los desiertos que deje la anarquía"[3].

El Libertador siguió, pues, en correspondencia con Páez, mezclando en sus cartas advertencias que a veces llegaban a ser reproches, con demostraciones de amistad y consideración. Pero cuando se enteró de que se proyectaba en Caracas y en Valencia separar a Venezuela de la Unión Colombiana, y que contra él mismo se echaban a rodar rumores calumniosos, le escribió rudamente al caudillo llanero: "No puedo menos de extrañar que después de haber llegado Guzmán al cuartel general de Ud., hayan tenido lugar sucesos tan extraordinarios; y que mi nombre haya servido de juguete a las más infames intrigas. Ud. sabe muy bien que Guzmán no ha ido a Lima sino a proponerme de parte de Ud. la destrucción de la República a imitación de Bonaparte, como Ud. mismo me

1. *Cartas*, tomo V, pág. 284.
2. *Santander, Cartas.* Tomo II, pág. 290.
3. *Proclamas y discursos del Libertador.* Caracas, 1939. Pág. 310.

lo dice en su carta, que tengo en mi poder original. Por el coronel Ibarra y Urbaneja me ha mandado Ud. proponer una corona que yo he despreciado como debía. Tanto el general Mariño, como Carabaño, Rivas y otros de esos señores me han escrito en el mismo sentido instándome a que me hiciese príncipe soberano. Todo el mundo sabe esto en el Perú y Colombia; y por consiguiente, es una necedad atribuirme un proyecto tan diabólico, que yo he despreciado como la fiebre de la más vil ambición de unos satélites... Yo no quiero el trono ni la presidencia ni nada, nada. Así, pues, no ansío más que la tranquilidad de Venezuela para renunciar al mando; pero antes debemos afirmar el destino de la patria sin sangre ni combates. Este voto es el más sincero y el más encarecido. Yo me ofrezco para víctima de este sacrificio; mas no permitiré que nadie se haga el soberano de la nación: Ud. no tiene este derecho ni yo ni una fracción del pueblo. Por consiguiente, todo lo que se haga será nulo y la constitución que den el 15 de enero próximo en Venezuela para aquel departamento, tendrá tanto valor como la que se diese una aldea, pues con respecto al todo de la nación, toda parte aislada es nula" [1].

Y adoptando un tono más personal, que pocas veces se ve en su correspondencia, le decía en otra carta: "El voto nacional ha sido uno solo: *reformas* y *Bolívar*. Nadie me ha recusado, nadie me ha degradado... No pretenda Ud. deshonrar a Caracas haciéndola aparecer como el padrón de la infamia y el ludibrio de la ingratitud misma. ¿Qué no me deben todos en Venezuela, y hasta Ud. no me debe la existencia? El Apure sería la habitación del vacío, el sepulcro de sus héroes, sin mis servicios, sin mis peligros, y sin las victorias que he ganado a fuerza de perseverancia y de penas sin fin" [2].

Páez no tenía autoridad sino en el Departamento de Venezuela. Los otros departamentos de lo que había sido y sería más tarde la República de Venezuela estaban bajo autoridades diferentes. Desde Maracaibo, el 19 de diciembre de 1826, Bolívar dispuso en un decreto que todos quedaban sometidos a él directamente: "Los Departamentos de Maturín, Venezuela, Orinoco y Zulia —decía— quedan desde este día bajo mis órdenes inmediatas... Desde el momento que las autoridades competentes reciban este decreto, dejarán de obedecer a toda autoridad suprema que no sea la mía" [3]. Y movió varios cuerpos de ejército sobre el centro de Venezuela, como saludable advertencia.

Esa política hábil y enérgica del Libertador dio al fin sus frutos: los turbulentos se desanimaron o sintieron temor; jefes muy allegados a Páez, como Carabaño, buscaron congraciarse de nuevo con el Libertador; un cuerpo entero del ejército que guarnecía a Caracas la abandonó para

1. *Cartas*, tomo VI, pág. 117.
2. *Cartas*, tomo VI, pág. 133.
3. *Decretos del Libertador*. Caracas, 1961. Tomo II, pág. 67.

unirse en Oriente al general Bermúdez que había permanecido fiel; la propia plaza de Puerto Cabello se pronunció contra Páez y proclamó su adhesión a Bolívar. Este, por su parte, hizo todo lo posible para facilitar amistosamente el sometimiento de Páez: ofreció la convocatoria de una asamblea general para tratar de las "reformas" que Venezuela pedía, y desde Puerto Cabello, donde desembarcó el 31 de diciembre, le explicaba ese mismo día al caudillo llanero: "Como mi autoridad no está reconocida en el territorio que Ud. manda, he debido traer conmigo una fuerza necesaria para hacerme respetar" [1].

Siempre en ese mismo tono de jefe, pero cordial, insistía en otra carta del día siguiente: "Yo creo que Ud. está loco cuando no quiere venir a verme y teme que yo lo reciba mal. General, ¿Ud. puede persuadirse de que yo sea menos generoso con Ud., que ha sido siempre mi amigo, que con mis propios enemigos? No crea Ud. tal cosa. Voy a dar a Ud. un bofetón en la cara yéndome yo mismo a abrazar a Ud. Morillo me fue a encontrar con un escuadrón y yo fui solo, porque la traición es demasiado vil para que entre en el corazón de un grande hombre" [2].

Con la misma fecha dio un decreto en el cual disponía que nadie podría ser perseguido por actos, discursos u opiniones en relación con lo sucedido, confirmaba a Páez en el cargo de Jefe Superior de Venezuela, volvía a prometer la convocatoria de una gran convención nacional y ratificaba que inmediatamente se mandaría reconocer y obedecer su autoridad como Presidente de la República. Páez, en efecto, así lo hizo; Bolívar y él se abrazaron en el camino a Valencia, según lo había propuesto el Libertador, y ambos entraron en Caracas, el 12 del mismo mes, en medio de los festejos y homenajes que es fácil suponer.

El día 4, en Valencia, había ocurrido sin embargo un incidente que por ser muy característico debemos narrar. En un banquete dado por Páez al Libertador, un coronel Escuté, que había sido realista pero ahora figuraba entre los áulicos de Páez, le faltó el respeto a un sacerdote del séquito de Bolívar. Indignado éste, lo increpó: "Está Ud. todavía, señor Escuté, con las manos tintas en sangre americana, y se atreve a insultar a mi capellán, a faltarme el respeto a mí, que soy el Presidente de Colombia. ¿Piensa Ud. que no recuerdo que en Semen mandaba Ud. una compañía de cazadores realistas?... Sepa Ud. que aquí no hay más autoridad ni más poder que el mío, yo soy como el sol entre todos mis tenientes, que si brillan es por la luz que yo les presto".

Caracas no podía ofrecer al Libertador los suntuosos agasajos que le habían hecho las ciudades del Perú y Bolivia. Las ruinas del terremoto de 1812 entristecían todavía gran parte de la ciudad, y la miseria general

1. *Cartas*, tomo VI, pág. 139.
2. *Cartas*, tomo VI, pág. 141.

era tal que, según hemos narrado en capítulos anteriores, hasta la bella Belén Aristeguieta, parienta y amiga del Libertador, de Sucre y los Toros, carecía de un traje adecuado para presentarse en público, "y ni una luz para alumbrarme tengo", le decía a Bolívar. Pero el espontáneo entusiasmo de todos ocultaba en parte aquella triste realidad, y las aclamaciones del pueblo a Bolívar, a Páez y a la concordia que nuevamente volvía a lucir, demostraban el regocijo de los viejos patriotas; y el de los jóvenes, que quizá veían por primera vez al más glorioso de los caraqueños.

Coronas de frescas palmas o cestillos de flores, ofrecidos al Libertador, eran las demostraciones más frecuentes de aquel afecto unánime, y una delegación de bellas muchachas presentó también a Bolívar banderolas con lemas alusivos a las virtudes del héroe y del ejército que había asegurado la libertad continental. El Libertador las distribuyó entre sus acompañantes, y para sí reservó únicamente la que decía *Constancia*. A Caracas dedicó la que llevaba por emblema *Generosidad*.

Desde luego, las familias que conservaban alguna fortuna le ofrecieron banquetes, o bien organizaban en honor suyo excursiones a los bellos aledaños de la capital. Dos de éstas fueron especialmente gratas al Libertador: una a Bello Monte, a orillas del Guaire y del río Valle, y otra a la llamada Casa de Anauco, que cercana a las riberas de este riachuelo, era el centro de un delicioso y perfumado bosquecillo en las faldas del Avila. Siempre había soñado Bolívar con vivir algún tiempo en esta casa, que pertenecía a sus parientes los Toros, y con frecuencia en sus cartas, desde Bogotá o Lima, hablaba de ese proyecto que parecía sosegar su espíritu.

Sin embargo, tal como lo había hecho en medio del fausto y los placeres que se le habían ofrecido en el otro extremo del continente, el Libertador se apartó ahora de esta dulce amistad acariciante, para dedicarse empecinadamente a la reorganización administrativa del país y a mejorar la educación pública.

Su trabajo debía comenzar, desde luego, por imponer rígidas normas de economía, lo cual tenía que disgustar a muchos. Pero el Libertador fue inflexible aun contra sus compañeros de armas, por cuyas estrecheces sentía dolorida consideración: por un decreto dado en Bogotá, el 24 de noviembre, había dispuesto que todos los generales, coroneles y oficiales que no estuviesen en servicio activo "se consideren en uso de licencia temporal, sin goce de sueldo alguno, hasta que las circunstancia varíen y sin derecho a reclamarlo" [1]. Y al propio Páez lo redujo en ese sentido, de acuerdo con una comunicación que debemos copiar como prueba de la energía e imparcialidad que se propuso. Decía así: "A S. E. el general José A. Páez, Jefe Superior, etc., etc., etc., Señor: Habiendo consultado el Tesorero de este Departamento si el plazo perentorio de ocho días señalado

1. *Decretos del Libertador*, tomo II, pág. 59.

para los cobros haya de comprender también a V. E., a quien pone por deudor a la Hacienda Pública, de la suma de 8.871 pesos y 7 reales, por sueldos percibidos de más, y habiendo ofrecido el Libertador que por sí instaría a V. E. al reintegro, de su orden lo comunico a V. E. para el efecto que se expresa. V. E. bien conoce cuánto importa el ejemplo por parte de los magistrados. Soy de V. E. con perfecto respeto muy obediente servidor. El Secretario de Estado y General del Libertador, *J. R. Revenga*. Caracas, enero 25 de 1827" [1].

Todas sus otras medidas se dirigieron al mismo objeto, de dar máxima regularidad y eficacia a la administración pública. Y por cierto que, cuando años después volvió a desatarse contra él la furia de los demagogos y resentidos, uno de éstos propuso indultar a todos los que habían sido condenados por contrabandistas o malversadores de las rentas públicas, a pretexto de que también habían sido víctimas de "la tiranía" del Libertador. Insensata proposición que por fortuna fue rechazada.

Como siempre, volvió a ocuparse en la suerte de los esclavos, y quiso estudiar personalmente cuáles habían sido los resultados de la ley de manumisión que obtuvo del Congreso en 1821. "Interesado vivamente el Libertador —decía un oficio de Revenga al Intendente— en la suerte de aquella parte infeliz de la humanidad que sufre todavía el peso de la esclavitud, y deseoso de aliviar su suerte por cuantos medios tiene a su arbitrio por la ley, me ha ordenado pida a V. S. una lista general de los esclavos que anualmente hayan manumitido en este Departamento desde la publicación de la Ley sancionada en Cúcuta el 19 de julio de 1821" [2].

Pero deseaba sobre todo darle nuevo impulso a la educación pública; y para ayudarlo en esa tarea tenía a su lado al doctor José Rafael Revenga, aquel estupendo financista y diplomático que se había presentado en Colombia, a su regreso de Londres, con un cargamento de útiles escolares comprado a sus expensas, para fundar una escuela normal gratuita.

Y a través de Revenga se relacionó entonces con otro venezolano de la misma calidad moral e intelectual y absorbido también por idénticos propósitos, el doctor José María Vargas. Ya desde los días finales del régimen colonial se había hecho notar Vargas por su patriotismo, espíritu filantrópico y devoción por la educación popular. Se cree que realizó entonces una traducción del Contrato Social, que por desgracia se ha perdido; y aventado más tarde fuera de la patria, cuando cayó la primera República en 1812, siguió estudios de medicina en Edimburgo con el propósito de utilizarlos en beneficio de sus compatriotas y para la reforma de los estudios médicos en la Universidad de Caracas. Tan atrasada estaba la medicina en Venezuela, y tan desprestigiados los que la ejercían, que no

---

1. Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, Nº 3. Caracas, 1939. Pág. 247.
2. Revista de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, Nº 3. Caracas, 1939. Pág. 248.

tenían acceso los médicos al Rectorado de la Universidad, pues además de disponer los estatutos de ésta que para esa alta dignidad debía elegirse alternativamente a un eclesiástico y a un seglar, los que sólo tuvieran título de doctor en medicina no eran elegibles.

El Libertador dio un decreto que derogaba estas arcaicas limitaciones; y poco después, otro por el cual suprimía las limitaciones de raza o religión que cerraban hasta entonces el ascenso a las altas dignidades científicas, y aun a la simple profesión de abogado [1]. Entre otros, nada menos que el erudito y combativo Juan Germán Roscio había tenido que sostener un largo proceso para vencer aquellas restricciones; y logró triunfar porque sólo era mestizo (hijo de blanco y mujer con sangre india) sin tacha de negro, mulato o procesado por asuntos de fe, pues estas últimas "manchas", y aunque sólo fueran heredadas de remotos ascendientes, constituían obstáculos insuperables.

Este solo ejemplo bastaría para indicarnos el alcance de las medidas tomadas por el Libertador. En cuanto a la primera, la relativa al Rectorado, que permitió después elegir para ese cargo a Vargas, echó sobre éste una tarea titánica. No sólo debió tomar para sí varias cátedras de la carrera de medicina, porque no había a quién confiarlas ni dinero para traer profesores del extranjero; tuvo que organizar también, bajo su enseñanza personal, los estudios de odontología y oftalmología, más atrasados aún, y los de química, botánica y mineralogía, casi desconocidos en el país. Afortunadamente, consciente de que todo esto necesitaba Venezuela, Vargas se había preparado para ello, y sus asombrosos conocimientos realizaron una completa transformación en la vetusta casa de estudios que se le confiaba.

Se han conservado unas sucintas líneas de Revenga para Vargas, en que lo invitaba a una comida íntima con él y el Libertador. Y nos refresca el ánimo evocar a aquellos tres hombres, evadidos momentáneamente de la amarga realidad política que los rodeaba, para deliberar, en aquel improvisado *simposium*, sobre lo que proyectaban para asegurar a la patria un porvenir en que nadie pensaba. Sobre todo porque el uno militar, el otro universitario, y el tercero diplomático y financista, lo que más les preocupaba era, sin embargo, la educación popular.

Desde el Perú y Bolivia, en medio de aquellos agasajos que sus adversarios tanto le echarían en cara, se había ocupado Bolívar en la situación lastimosa de la educación en su patria. Hemos narrado cómo, desde 1810 y bajo la influencia de Miranda, comenzó a pensar en el llamado "método lancasteriano" que parecía ser la única manera de educar al pueblo con los escasos medios, en maestros y dinero, de que Venezuela podía disponer. Poco después de Carabobo, el propio Lancaster llegó al país para ensayar

1. *Decretos del Libertador*, tomo II, págs. 86 y 276, respectivamente.

su sistema, pero la Municipalidad de Caracas se le mostró adversa, y tropezó inmediatamente, además, con la siempre presente, e invencible, falta de recursos. Bolívar tomó entonces sobre sí la protección del pedagogo; desde Lima le escribió para alentarlo en su empresa; en otra carta se quejó al Ayuntamiento caraqueño por haberlo hostilizado; le ofreció 20.000 duros del millón que el Perú le había autorizado a emplear; y como al fin su letra para saldar esta deuda no pudo ser satisfecha por el gobierno peruano, dispuso que al venderse las minas de Aroa —lo único que le quedaba de su patrimonio familiar— se le pagaran a Lancaster 22.000 duros, a lo cual montaba ya aquella deuda con los intereses.

Pero lo que demuestra hasta qué punto aquellos hombres se interesaban en la educación del pueblo, fue que el sistema lancasteriano suscitó entre ellos una especie de controversia doctrinaria, que parece propia de educadores profesionales. Bolívar y Revenga ponían en él grandes esperanzas; más tarde Vargas, y Cagigal, el fundador de los estudios matemáticos en Venezuela, también se mostraron inclinados a adoptarlo; don Simón Rodríguez, por el contrario, lo atacaba vehementemente, lo comparaba a ciertas sopas de hospital, que llenan el estómago, decía, pero no alimentan, y en el punto que más interesaba a Bolívar llegó a escribir después: "Persuádanse los jefes del pueblo que nada conseguirán si no instruyen. A esta indicación objetan muchos que el Gobierno no es maestro y que para formar un pueblo se necesitan siglos. Ni lo uno ni lo otro es cierto. El gobierno debe ser maestro. Cuando más se necesitan cinco años para dar un pueblo a cada República. Pero, para conseguirlo, es preciso algo más que fundar escuelas de Lancaster". Don Andrés Bello se colocaba en un término medio: opinaba que el método lancasteriano era aprovechable en la enseñanza primaria, pero no para la educación media y la superior. Son muy explicables esas diferencias de criterio: Bolívar, Revenga, Vargas y Cagigal, consideraban sobre todo que la "enseñanza mutua", base de aquel método, permitía economizar maestros y dinero; don Simón Rodríguez rehusaba aceptar esta imposición de las circunstancias; don Andrés Bello, la reducía a sus justas proporciones. Por lo demás, el sistema de Lancaster llegó a tener numerosos partidarios en la propia Inglaterra, donde se utilizaba en 95 escuelas con más de 30.000 alumnos.

Pero aquellos momentos de esperanzado trabajo, de grandes proyectos para el porvenir, serían los últimos que el destino concedería a Bolívar. Pronto iba a comenzar el derrumbe de toda su creación política, y esta vez definitivamente.

El primer golpe fue la sublevación en Lima de la Tercera División Auxiliar de Colombia. La realizó su Jefe de Estado Mayor, un oficial granadino llamado José Bustamante, que logró arteramente hacer presos a sus jefes y condujo después aquellas tropas al sur de Colombia. En Guayaquil nombraron entonces los sublevados Jefe Civil y Militar al general La Mar,

partidario, como hemos visto, de que aquellas provincias pasarán al Perú; y añadían así, evidentemente, a su primera traición otra contra la patria misma. Sin embargo, como habían proclamado para cohonestar su actitud la defensa de los principios liberales contra la Constitución boliviana, Santander elogió alborozadamente aquel escandaloso pronunciamiento. En una carta privada a Bustamante le hablaba de "los sentimientos de júbilo que han manifestado los pueblos al ver la fidelidad y lealtad que han expresado los militares de esa división"; y en una nota oficial, que se allanó a firmar el general Soublette, como Ministro de la Guerra, el gobierno de Bogotá aprobó sin reservas la sublevación.

Naturalmente, esto último provocó en los otros cuerpos del ejército y entre los ciudadanos conscientes y patriotas, una reacción de estupor y espanto. Desde Bolivia, Sucre le escribió a Santander: "Los aplausos que los papeles ministeriales de Bogotá dan a la conducta de Bustamante en Lima, muestran cuántos progresos hace el espíritu de partido. Ya estos elogiadores estarán humillados bajo el peso de la vergüenza, sabiendo que este mal colombiano no ha tenido ningún estímulo noble en sus procederes. La nota del General La Mar de 12 de mayo al general Flores, justifica que la pretensión de estos sediciosos era sustraer a Colombia sus departamentos del Sur y agregarlos al Perú en cambio de un poco de dinero ofrecido a Bustamante y sus cómplices". Y con todo el peso de su indiscutible autoridad moral, agregaba: "La nota del Secretario de Guerra a Bustamante aprobando la insurrección, es el fallo de la muerte de Colombia. No más disciplina, no más tropas, no más defensores de la patria. A la gloria del ejército libertador va a suceder el brigandaje y la disolución" [1].

Santander no estaba dispuesto, sin embargo, a retroceder: ciego de despecho y cólera porque Bolívar no había "castigado" a Páez, se proponía destruir a Colombia y, frente al prestigio del Libertador que él no podía contrarrestar, se disponía a usar todos los medios a su alcance. Ya se lo había manifestado altivamente a Bolívar: "O lo que somos o nada, es mi deseo. Si no hay fuerza moral ni física para refrenar a los perturbadores y sostener el sistema actual, tal cual lo prescribe la Constitución, debe disolverse la unión y formarse los Estados independientes de Venezuela, Nueva Granada y el Sur". Y en carta posterior añadía: "De otro modo y si se sostiene la facultad de acelerar la convocatoria de la Gran Convención para reformar las instituciones, le anuncio a Ud., desde ahora, que no hay Unión Colombiana y que se trabajará por restablecer la república de Nueva Granada de 1815. En esto piensan hombres de influencia, y yo soy de la opinión de que más vale solos que mal acompañados" [2].

Lo malo es que Páez tiraba del otro extremo de la manta con la misma decisión, y que Santander, aunque había llamado "frioleras" los aconte-

1. O'Leary, tomo I de *Cartas*, pág. 611.
2. Santander, *Cartas*. Edición de Caracas, 1942. Pág. 307.

cimientos al comenzar éstos, después pensaba nada menos que en un patíbulo para Páez. Como una concesión, según parece, le escribía a Bolívar el 15 de octubre de 1826: "Hay medios de salvarlo de un patíbulo, sin comprometer las leyes, ni el honor del gobierno ni el de Ud." [1].

Todavía es difícil juzgar con imparcialidad aquellos confusos sucesos, en los cuales lo que no se veía o no sucedió podía ser lo más grave. Pero es indudable que, aparte de lo temerario que hubiera sido arrastrar a Páez bajo juicio a Bogotá, a riesgo de una guerra civil y en todo caso dejando destruido el espíritu militar de Venezuela en momentos en que España la amenazaba, no dejaba de ser inicuo también entregar el glorioso caudillo llanero a unos políticos, que no por llamarse civiles dejaban de exhibir tan violentas pasiones. ¿Y no habían sido esos mismos políticos de Bogotá, que ahora le ofrecían a Bolívar facultades extraordinarias para conducir una guerra contra Páez, los que se las habían retirado antes de conocer la victoria de Junín, dejando en peligro mortal al ejército colombiano y a la propia emancipación americana?

La verdad es que, además del enconado antagonismo entre Páez y Santander, sobre Bolívar caía anticipadamente el siglo y medio de dolorosos tanteos que debía sufrir la América. Y todas las amarguras y frustraciones que debían sobrevenir, y que él adivinaba, pesaban ya sobre su pecho.

Cuando llegó a Bogotá, en los primeros días de marzo, la noticia de la sublevación de Bustamante, los enemigos del Libertador organizaron festejos públicos, tiraron cohetes y repicaron las campanas, hicieron desfiles con música por las calles y Santander participaba en ellos. Poco después, además, el Vicepresidente concedió al traidor ascenso a Coronel.

Uno de los más enconados agitadores, Vicente Azuero, había redactado un *memorial* que formaba parte de una intensa campaña de prensa contra la Constitución boliviana y los propósitos "cesaristas" del Libertador. Ocurrió esto cuando Bolívar y Santander no se habían distanciado todavía, y el Vicepresidente le había ofrecido al Libertador sostener su proyecto constitucional; sin embargo, desde entonces Santander alentaba subrepticiamente a Azuero en aquella campaña, y al fin se decidió a firmar él mismo aquel documento. "De tal manera —narra el eminente historiador granadino Liévano Aguirre— el famoso memorial de Azuero, ahora firmado por el propio Santander y por la mayoría de los miembros del gobierno, fue dado a la publicidad, y el Vicepresidente, con fondos oficiales, compró una gran parte de la edición para distribuirla en el país por conducto de los organismos administrativos" [2].

Para acelerar esta campaña contra el Libertador, Santander se apresuró a reunir el Congreso, en el cual contaba con la mayoría porque había sido

1. *Santander, Cartas.* Tomo II, pág. 299.
2. Indalecio Liévano Aguirre, *Bolívar.* Editorial "El Liberal", Bogotá. Pág. 453.

elegido bajo su influencia como Vicepresidente encargado del Poder Ejecutivo. Bolívar, por su parte, amenazaba con recurrir a los Colegios Electorales para que autorizaran la convocatoria de la Gran Convención Nacional que había prometido. El punto débil en la posición de Bolívar era que la Constitución, según sus propias disposiciones, no podía ser modificada sino en 1831; y en la actitud de Santander, la fragilidad radicaba en los procedimientos francamente subversivos a que había recurrido utilizando su alta investidura. Bolívar podía justificar su propósito de reunir la Convención Constituyente alegando que la sublevación de Páez y la amnistía que él se había visto obligado a concederle habían roto de hecho la Constitución; y Santander, por su parte, presentaba sus propios actos —hasta el aplauso a Bustamante— como inspirados solamente en la defensa de la ley y la libertad. Desde luego, entre ellos la ruptura se había hecho definitiva, y rápidamente se agudizaba en todas partes entre granadinos y venezolanos. Todavía hoy, en Nueva Granada —que es la actual Colombia— se suele considerar a Venezuela como militarista e inclinada al poder personal, en tanto que los venezolanos reprochan a los granadinos que su pretendido apego a las leyes sólo es un artificio para elaborarlas de acuerdo con los intereses de una oligarquía opresora, e interpretarlas según sus pasiones y odios hereditarios; tristes consecuencias del antagonismo que entonces se desató.

Santander logró que el Congreso se instalara a principios de mayo en Tunja; y en junio, Bolívar, que todavía trabajaba en Caracas en su Decreto sobre Instrucción Pública y en la organización de la Universidad, anunció su regreso a Bogotá. En su viaje desde Lima había recorrido en cuatro meses 1.346 leguas a caballo, llevado por la esperanza de mitigar la lucha de los partidos y ocuparse, por fin, en mejorar la situación del pueblo venezolano. Ahora, a los seis meses escasos de su llegada, debía salir de nuevo, dejando sus disposiciones administrativas y sobre educación pública confiadas al dudoso interés de Páez, y mirando ante sí cada vez más comprometido el porvenir de la unión colombiana.

Bolívar embarcó en La Guaira, para Cartagena, el 5 de julio; pero no llegó a Bogotá sino en setiembre. Entretanto, otros graves acontecimientos se produjeron y todos fueron aprovechados por Santander para acelerar la disolución de Colombia, que el doctor Vicente Azuero propuso, lisa y llanamente, en *El Conductor* de Bogotá el 19 de julio [1].

Las consecuencias de la infamia de Bustamante no se limitaron a Colombia. En realidad, aquel miserable había sido comprado por las clases oligárquicas del Perú, y, como lo esperaban, al obtener mediante aquella traición que las tropas de Colombia regresasen a ésta, lograron también promover una reacción en el propio Perú contra el Libertador y apoderarse del poder.

1. Citado por Lecuna en *Catálogo...*, tomo III, pág. 380.

Pero no se limitaban a esto sus intenciones: deseosas de vengarse de Bolívar y Sucre, por las reformas sociales en que éstos se habían empeñado, y necesitando a la vez que los pueblos las olvidasen, buscaron para ambos fines alucinar la opinión pública con dos objetivos fáciles de convertir en "causa nacional": la incorporación al Perú de Guayaquil en el norte y de Bolivia en el sureste; vasto imperio que, sin embargo, no le hubiera dado jamás al pueblo peruano un adarme de felicidad siquiera.

Para intentar lo primero nombraron Presidente del Perú al general José de la Mar, empeñado desde años atrás en anexar a aquella nación las provincias donde había nacido; y para molestar a Sucre, y preparar la penetración peruana en Bolivia, se dedicaron —haciendo también uso del dinero— a fomentar conspiraciones y pronunciamientos en el país vecino. En ambos frentes lograron desdichados éxitos: a propósito de Guayaquil se exacerbó el antagonismo entre Colombia y el Perú, hasta culminar muy pronto en una guerra fratricida entre ambos países; y en Bolivia, Sucre, que nunca había deseado la Presidencia y que sólo por instancias de los propios bolivianos y del Libertador la continuaba ejerciendo, tuvo que afrontar intrigas y motines que al fin lo decidieron a renunciar definitivamente y volver a Colombia.

Pocos meses antes Bolívar le había escrito: "Diráse que yo he libertado el Nuevo Mundo, pero no se dirá que yo haya perfeccionado la estabilidad y la dicha de ninguna de las naciones que lo componen; Ud., mi querido amigo, es más feliz que yo" [1]. Ahora debía el Libertador renunciar también a aquella última esperanza; confinado a Colombia, y atado a menudas pugnas regionalistas, ya sus sueños de política continental no volverían a él sino como el águila de Prometeo, a roerle las entrañas.

Como hemos dicho, en el Congreso colombiano dominaban Santander y su partido y, sin embargo, aquel cuerpo decidió, el 2 de marzo de 1828, convocar la Convención proyectada por Bolívar y que debía modificar la Constitución antes de la fecha en que esta misma lo permitía. ¿Por qué ese cambio de actitud? ¿No significaba sumarse a la tesis de la revisión constitucional, que en Bolívar y en Páez habían considerado como un ataque a las instituciones? Evidentemente. Pero es que ahora Santander estaba seguro de que podía utilizar aquel debate parlamentario para sus nuevos planes: no, como lo había proyectado Bolívar, para consolidar a Colombia, sino para destruirla.

Le bastaba para ello usar en la Convención los mismos procedimientos que lo habían hecho dueño del Congreso; con la ventaja de que apareciendo en su nueva actitud como abanderado de las "reformas" y de la división de Colombia, ponía de su lado a muchos venezolanos que detestaban la unión con la Nueva Granada y estaban dispuestos a sacrificar por este sentimiento

1. *Cartas*, tomo VI, pág. 203.

su adhesión personal a Bolívar. En cuanto a las maniobras con que reforzaba, además, aquel propósito, júzguese por lo siguiente: cuando se preparaba la reunión del Congreso, uno de los elegidos para éste se encontraba enfermo en Tunja y no podía trasladarse a Bogotá; pues bien, Santander decidió entonces que el Congreso se reuniese en aquella ciudad y no en la capital, para no perder aquel voto. Con actividad y astucia iguales se decidió a predominar en la Convención. "Ni siquiera se olvidó de acondicionar alojamientos en los caminos para sus amigos y para quienes desearan adherirse a su causa", observa Liévano Aguirre.

Al mismo tiempo dirigía subterráneamente una campaña de prensa contra el Libertador, tan violenta y sin escrúpulos, que parece inconcebible en un hombre de tan privilegiado talento. A uno de sus adeptos, don Juan Madiedo, escribía con fecha 10 de marzo: "...remito un cuaderno reimpreso en Lima, que descubre mil cosas de nuestro héroe. Aunque podrán Uds. tener algunas dificultades para publicar extractos, siempre se gana el que circule en las tertulias de los patriotas y se sepan las hazañas de nuestro Libertador o Esclavizador. Ultimamente remito la censura que Soto ha escrito contra el infame, inconstitucional y absurdo decreto del Libertador Presidente en que declara se lleva el gobierno para Venezuela y deja a Bogotá a sus degradados Ministros. Este es el paso más absurdo y arbitrario que ha dado Bolívar y es menester manifestar al pueblo y al mundo los absurdos y arbitrariedades de este hombre, que dice que gobierna conforme a las leyes y que ama los derechos del pueblo. Agregue Ud. lo que quiera imprimir y publíquelo como editorial, pues no tenemos más interés que el bien público" [1].

Con semejantes antecedentes no es de extrañar que aun antes de haberse instalado formalmente la Convención, los primeros diputados llegados a Ocaña, que era donde debía reunirse, dieran una demostración del sectarismo que los animaba muy parecida a las del caso Bustamante. Había sucedido, en efecto, que el general José Padilla, oficial granadino de color, pero que como Infante había conquistado su alto grado por eminentes y constantes servicios a la patria, muy considerado hasta entonces por el Libertador, se sublevó, sin embargo, en Cartagena el 1º de marzo de 1828. Naturalmente, Bolívar ordenó que se le abriera juicio, conforme a las disposiciones legales sobre conspiradores; pero los diputados reunidos en Ocaña, que ya formaban la Comisión preparatoria de la Asamblea y habían nombrado director de ella a Francisco Soto, acordaron, por el contrario, "manifestar al general Padilla el aprecio con que ha visto sus sentimientos de respeto a la Gran Convención" [2].

Es muy interesante el retrato de Padilla hecho por un francés que lo conoció en aquellos días. "Ascendido —dice— de simple piloto a la cate-

---

1. *Cartas de Santander*. Edición ya citada. Pág. 138.
2. Citado por Lecuna, en *Catálogo...*, tomo III, pág. 381.

goría de Almirante de la República, Padilla se mostró siempre celoso de la preeminencia de los blancos. Irritado por algunas afrentas reales o supuestas, y probablemente en complicidad con otros enemigos del gobierno, trató de sublevar la población negra y la mulata... Por espacio de tres días vivieron en consternación los habitantes y los extranjeros; pero, gracias a las medidas vigorosas del comandante general, fracasó el plan incendiario. Los conspiradores se dispersaron. Padilla corrió a ponerse bajo la protección de la Convención de Ocaña, en donde aún predominaba la influencia de Santander... Durante mi estada en Cartagena, pasé las veladas a menudo en casa del almirante Padilla. Era un ente colosal, un demagogo a lo Dantón, robusto y tuerto como Polifemo, y rebosante de odio tal contra la raza europea, que algunas veces brotaba a través de su meticulosa cortesía y de su fastuosa hospitalidad. Cuando, jinete en vigorosa mula, dominaba con su ancho pecho el Estado Mayor de la plaza, el pincel de un artista hubiera podido sacar gran partido de esa figura homérica, haciéndola contrastar con la de Bolívar, impregnada de melancolía pensativa, extenuada por los afanes y las vigilias y pálida como la del Primer Cónsul" [1].

Una vez más nos habla así un extranjero de la melancolía de Bolívar, que sus compatriotas no parecían advertir. Si hubieran sabido siquiera que mientras ellos se entregaban a aquella pugna suicida, él sufría sobre todo por la falta de autoridad moral que debía tener una asamblea manchada por tales excesos! En carta a Páez le observaba: "...serán muy fuertes las reacciones que causen las leyes convencionales, pues desde el momento que le falta la legitimidad a una institución nueva, todos sus enemigos se consideran con derecho y con potestad para arruinarla y los hombres honrados muestran poco interés por ella y aun califican de justo el proyecto de destruirla. Solamente la ley o la sanción de muchas generaciones pueden apoyar a los gobiernos; sin estas bases se está vacilando en una relucha continua, hasta que todo se aniquila, produciendo el cansancio lo que la voluntad no permitía, ¡pero cuán costoso y cuán cruel no es semejante establecimiento!" [2].

Pero este pesimismo del Libertador fue excedido en mucho por la realidad. Soto y Azuero, los portavoces de Santander, presentaron a la Asamblea un proyecto de Constitución federal que a la debilidad de este sistema unía varias disposiciones cuidadosamente meditadas para anular el poder central. No se trataba en suma de la disolución inmediata de Colombia, sino de algo más prometedor para ellos: dejar que en manos de Bolívar se disgregara. Sin embargo, como había previsto Santander, aparte de que la mayoría de los granadinos por consecuencia con él aprobaban ese

1. P. D. Martín-Maillefer, *Los novios de Caracas*. Edición de 1954, Caracas. Pág. 91.
2. *Cartas*, tomo VII, pág. 215.

proyecto, varios de los venezolanos lo hicieron también, porque coincidía con sus tendencias separatistas.

Los diputados que bajo la inspiración de Bolívar deseaban salvar la unión colombiana habían presentado otro proyecto de Constitución, y cuando advirtieron que quedaban en minoría, propusieron se llamara al Libertador para escucharlo en la Convención. Era muy justo, puesto que Santander, aunque Vicepresidente, era miembro de la Asamblea y participaba en todas sus deliberaciones. ¿Por qué no escuchar a Bolívar, aunque sólo fuera una vez? Los santaderistas, sin embargo, clamaron contra aquella proposición; ya era bastante amenaza para la libertad de las deliberaciones, decían, la presencia del "tirano" en la vecina población de Bucaramanga. El propio Santander, además, poniendo de lado aquellas groseras invectivas, dio otro argumento más de acuerdo con su carácter: comenzó por recordar los grandes servicios del Libertador y la admiración que todos le debían; pero, concluyó, ese mismo prestigio hacía temible su presencia. A él mismo le había sucedido —agregaba muy conmovido— que habiéndose acercado poseído de cólera o desconfianza a Bolívar, después de escucharlo había cedido por completo a su fascinación.

Encontrando cerrados así todos los caminos, los bolivarianos decidieron que era preferible abandonar la asamblea y dejarla sin *quorum;* y así lo hicieron. Pero, prácticamente, la República quedaba también sin gobierno y sin leyes, anarquizado aquél y desprestigiadas éstas por aquel forcejeo. ¿Qué iba a ocurrir?

Eran ya los primeros días de junio del año 1828. Bolívar había permanecido durante los dos meses anteriores en Bucaramanga, donde uno de sus contertulios, el coronel Luis Perú de Lacroix, escribió el *Diario* que lleva el nombre de aquella ciudad y que varias veces hemos citado. No quiso, sin embargo, el Libertador esperar en aquella población a los diputados que habían abandonado la asamblea. Al saber lo ocurrido se puso en marcha hacia la capital, y en la población del Socorro vino a su encuentro la noticia de que en Bogotá una manifestación popular lo había proclamado Dictador; iniciativa que poco después fue seguida por las ciudades más importantes del país.

¿Un triunfo para el Libertador? De ninguna manera. Desde el primer momento, él mismo comprendió que significaba más responsabilidad, pero menos poder. Porque sus atribuciones, que al parecer no tenían limitación alguna, iban a encontrar siempre que tratara de ejercerlas el valladar de aquella ilegitimidad que él consideraba lo más funesto para las decisiones de la Convención. Durante la guerra había aceptado o exigido con frecuencia el mando absoluto; ¿pero dónde podía golpear ahora el irresistible *forgeron* sin que sus golpes cayesen sobre un compatriota? Si no había querido ser un Napoleón, menos deseaba imitar a Sila; y ésta es la imagen que se le presenta con tanta insistencia que en tres de sus cartas la

encontramos bajo diferentes formas: "Para salvar la patria —había escrito en junio de 1826— he debido ser un Bruto, y para contenerla en una guerra civil, debería ser un Sila. Este carácter no me conviene, antes perderé todo, la vida misma" [1]. En otra carta —fechada en agosto del mismo año— vuelve a expresarlo: "No creo que se salve Colombia con la Constitución boliviana, ni con la federación ni con el imperio. Ya estoy mirando venir el Africa a apoderarse de la América y todas las legiones infernales establecerse en nuestro país. Si yo quisiera imitar a Sila pudiera retardar quizá algún tanto nuestra pérdida, pero después de haber hecho el Nerón contra los españoles me basta la sangre" [2]. Y en junio de 1827 escribía a sir Robert Wilson, que le había enviado su hijo para que le sirviera de edecán: "Quiero pasar por todo, prefiero sucumbir en mis esperanzas a pasar por tirano, y aun aparecer sospechoso. Mi impetuosa pasión, mi aspiración mayor es la de llevar el nombre de amante de la libertad. El papel de Bruto es mi delirio; y el de Sila, aunque salvador de la constitución romana, me parece execrable" [3].

Cada día miraba más lejana aquella gozosa jactancia de ser "alfarero de repúblicas". La arcilla, el torno y el modelo habían desaparecido en medio de la imprevista tormenta; y hasta la sabia mano del artífice ya no tenía la paciencia y la perseverancia de otros días. Lo atormentaban con excesiva frecuencia la introspección y la duda. "Yo no estudio a la Convención, sino a la República entera y el carácter del género humano", escribía. Como un Hamlet solitario, perdido entre sucesos sin sentido y desoladas cavilaciones.

Hasta en una particularidad que podría parecer nimia, pero que es muy significativa, podemos adivinar cuánto sufría: durante los seis meses que permaneció en Caracas ninguna mujer llegó a interesarle. Ningún recuerdo o leyenda en ese sentido dejó en la ciudad que más quería. Apenas había rebasado los cuarenta y cuatro años de su vida, y Manuelita no estaba con él; en Lima —si es que merece fe lo que allí se decía— había disfrutado ávidamente amor y placeres después de Ayacucho. ¿Por qué ese repentino ascetismo en Caracas?

Dijérase que un Júpiter celoso le arrebataba de las manos aquellas diademas de palmas y flores que le llevaban las jóvenes de Caracas, y lo condenaba a dar vueltas y vueltas a la encendida rueda de Ixión. Sus amigos y los que todavía pensaban que era posible reconstruir a Colombia lo incitaban a seguir luchando; y creían estimularlo con el reproche que podía herir más su amor propio: que renunciar era desertar. Pero él respondía perplejo: "Si deserto salgo mal; si me quedo salgo peor".

---

1. *Cartas*, tomo V, pág. 350.
2. *Cartas*, tomo VI, pág. 47.
3. *Cartas*, tomo VI, pág. 311.

Aunque también, desde lo más íntimo de su conciencia, lo acicateaba quizás aquella síntesis con que don Simón Rodríguez explicaba la índole de su ambición: "Bolívar sabe que no puede *ser* más de lo que *es;* pero sí que puede *hacer* más de lo que *ha hecho*". Y tras esta quimérica posibilidad iba a sacrificar los últimos meses que le quedaban de vida.

XXXIV

"HE AQUI LO QUE ME DETIENE Y ME HACE DUDAR"

Aquella aversión de Bolívar al "maquiavelismo", de que hemos hablado al tratar de su juventud, lo llevó a una decisión tajante cuando se convenció del doble juego que le hacía Santander: le pidió que cesara de escribirle porque ya no lo consideraba su amigo. El Vicepresidente le contestó con fecha 27 de abril de 1827: "...sufriré este último golpe con la serenidad que inspira la inocencia... Mis votos serán siempre por su salud y prosperidad; mi corazón siempre amará a Ud. con gratitud; mi mano jamás escribirá una línea que pueda perjudicarle, y aunque Ud. no me llame en toda su vida, ni me crea su amigo, yo lo seré perpetuamente con sentimientos de profundo respeto y de justa consideración" [1].

Sin embargo, ya hemos visto con cuanta agresividad dirigía la campaña de prensa contra el Libertador. En la misma carta a Madiedo, ya citada, dejó también constancia de sus incitaciones a Padilla: "El General Padilla me ha escrito —dice— dos cartas que me han encantado, ofreciendo sostener siempre las instituciones liberales y las reformas de la Convención. Hablándome de una representación militar alarmante que se estaba promoviendo por Lima, me dice que no sólo no la ha firmado, sino que se opondrá a que la firme ningún individuo de sus órdenes y sostendrá con su espada y con su influencia a la Convención. Esto es muy laudable. Hablen ustedes en sus papeles de Padilla con dignidad y justicia, presentándolo como el mejor apoyo de la causa de la libertad y el acérrimo defensor y sostenedor de los decretos de la Convención. Yo le escribo hoy divinamente".

Por lo demás, él mismo explicaba a Azuero, sin disimularlo, esa peculiar estrategia: "En mi profesión —le escribía— se evita dar una batalla campal a un enemigo poderoso y bien situado, cuando hay esperanzas de destruirlo con partidas, sorpresas, emboscadas y todo género de hostilidades" [2].

"Por aquel tiempo —narra O'Leary, que lo presenció— se formaron sociedades secretas que se denominaban *Círculos*, cuyo objeto principal era minar la reputación del Libertador y sembrar la desconfianza entre las diferentes clases que componían a Colombia, desconfianza que tan amargos frutos debía dar después. El *Círculo* principal residía en Bogotá y constaba de doce individuos, cada uno de los cuales era jefe de un *Círculo*

1. *Cartas de Santander*, tomo III, pág. 125.
2. Liévano Aguirre Op cit. Pág. 468.

subalterno, que se componía también de doce miembros, y así sucesivamente se formaban otros en las provincias, que estaban en correspondencia con el central de Bogotá. Por medio de esta organización, de la que eran principales directores Santander, Soto y Azuero, se mantenía agitado el país y se concitaban odios contra el Libertador, haciéndolo aparecer como enemigo del pueblo y promotor de planes liberticidas" [1].

Todo esto sucedía antes de haber asumido Bolívar la Dictadura. Y el argumento de que Bolívar ya había violado las leyes por la amnistía concedida a Páez y por haber prometido una asamblea nacional que estudiara las reformas pedidas por Venezuela, era insostenible desde que el propio Congreso convocó la Convención y Santander aparecía como abanderado de aquellas reformas.

¿Cuál era, pues, la causa que arrastraba al Vicepresidente hacia aquella enconada y temeraria actitud?

Casi todos los historiadores suponen que fue el rencor que sentía contra Páez y el despecho porque el Libertador no lo castigó. El propio Bolívar parece haberlo creído así y mucho tiempo después, en noviembre de 1830, escribía que la lucha entre Páez y Santander "nos ha destruido a todos" [2]. En gran parte he seguido hasta aquí esa interpretación porque es la que mejor se acomoda a los sucesos narrados. Pero el hecho de que un hombre tan dueño de sí mismo como Santander, lejos de ceder a medida que el tiempo transcurría, se mostrara cada vez más intransigente, nos indica que se debe buscar un motivo, menos accidental, para explicarnos su conducta.

Otros escritores han preferido atribuir el rompimiento entre Bolívar y Santander a la Constitución Boliviana, inaceptable para el Vicepresidente, según unos porque chocaba con sus principios liberales, según otros porque implicaba el ascenso de Sucre a Vicepresidente de la Gran Confederación de Colombia, Perú y Bolivia y relegaba a Santander a un tercer rango. Pero es el caso que, justamente cuando aquellas dos ideas —nueva Constitución según el modelo bolivariano y Confederación de las tres naciones— formaban un solo proyecto, encontramos que Santander no las reprueba, y promete, por el contrario, emplear todas sus fuerzas en darles popularidad. El 3 de diciembre de 1826 le escribía, en efecto, al general Santa Cruz, Presidente del Consejo de Gobierno del Perú: "He hablado bastante con el Libertador sobre el proyecto de la Confederación entre Bolivia, Perú y Colombia, por la cual yo no estaba antes, más bien porque no conocía a fondo el plan, que por cualquiera otra causa. Este proyecto, como ordinariamente todos, tiene inconvenientes y desventajas que será difícil, aunque no imposible allanar; pero sus ventajas y utilidades pueden compensar aquéllas de un

---

1. Copiado del Prólogo de Monseñor Nicolás E. Navarro a O'Leary. Caracas, 1952. Pág. XVI.
2. *Cartas*, tomo IX, pág. 389. Véase también en el mismo sentido, pág. 353.

modo que logremos coger el fruto de los sacrificios que nuestros respectivos países han hecho por la libertad e independencia. No estoy todavía tan convencido de la necesidad de la Confederación, que pueda hacerme cargo, ni de presentar todas las ventajas de ella, ni responder a las objeciones que se hagan; pero puedo asegurar a Ud. que la idea en grande no me desagrada, y que si Bolivia y el Perú se detienen en llevarla a efecto por falta de cooperación de Colombia, me comprometo a poner de mi parte cuanto me permitan mis fuerzas para hacerla popular y lograr verificarla" [1].

Pero aunque no diéramos mucha importancia a estas promesas de Santander, o admitiéramos que otras declaraciones suyas contra la Constitución boliviana bastan para desautorizarlas, queda en pie otro hecho más importante: que para el momento de la Convención de Ocaña ya no pensaban en aquella Constitución ni Bolívar ni sus amigos, como lo prueba el proyecto constitucional que éstos presentaron.

La oposición de Santander a Bolívar, cada vez más radical, debemos explicarla, pues, por un motivo de esos que se llaman muy humanos, y que desgraciadamente lo son: que después de tantos años de ejercer la Presidencia de la República, mientras Bolívar guerreaba, Santander no podía conformarse ahora con el papel subalterno a que lo relegaba la presencia del Libertador. Por eso trató de quitarle importancia, en el primer momento, a "las frioleras" que ocasionaron la acusación contra Páez: a fin de evitar que Bolívar regresara del Perú. Por eso, cuando este regreso se hizo inevitable y lo pidió él mismo ante la imposibilidad de reducir a Páez, le propuso al Libertador aquel extraño plan de conducir una guerra civil contra Venezuela, mientras él permanecía en Bogotá como Vicepresidente constitucional, con su Congreso y sus periodistas.

Naturalmente que su decepción debió de ser muy grande cuando supo que el Libertador volvía a la Nueva Granada dejando pacificada a Venezuela. Aunque Bolívar no insistiera en su proyecto de la Gran Confederación; aunque Sucre —querido o respetado desde Venezuela hasta el Potosí, y tanto por los políticos como por los militares—, no regresara para relegarlo a aquel tercer puesto tan temido, la posición de Santander tenía que ser muy opaca al lado del Libertador. Y esos sí son de los sentimientos que pueden crecer día a día y que en un político se irritan con cada pormenor de la vida pública.

Desde luego, todos los motivos que hemos venido analizando es muy posible que actuaron, simultánea o sucesivamente, en el ánimo de Santander. Y también debemos creer que sinceramente llegó a considerarse como representativo de los principios liberales. En casi todos los hombres el concepto de la justicia es más fuerte que el de la legalidad, y con toda seguridad sienten que una cosa que no es justa no puede ser legal; pero

1. *Cartas de Santander*, tomo III, pág. 11.

los juristas se acostumbran fácilmente a la idea de que todo lo que puede defenderse con la ley en la mano es justo, y los políticos llegan a considerar, por lo menos "justificables", todos los medios que puedan emplearse para el triunfo de su causa, siempre que satisfagan las apariencias. En Santander, como jurista y como político, se manifestó siempre, en forma impresionante, esa deformación profesional. Siempre que encontraba una ley o un buen argumento para explicar su conducta, y cualquiera que ésta fuese, se sentía satisfecho. Después del suplicio de Barreiro, la única necesidad que manifiesta es de que Bolívar "lo cubra" con su aprobación. Durante la campaña del Perú, rehusa compartir la angustia del Libertador por la suerte de aquel país y la del propio ejército colombiano, porque no ha obtenido todavía "una ley que le permita auxiliar". Cuando el Congreso de Bogotá despoja a Bolívar del mando de aquel ejército, no veta esa ley que ha podido ocasionar un desastre total, y le comunica impasiblemente al Libertador que desea demostrar así que para el Ejecutivo es indiferente tener o no facultades extraordinarias. Inmediatamente después agrava la situación consultando a ese mismo Congreso si serían válidos en Colombia los grados obtenidos en aquella campaña; "como si hubiésemos dejado de ser colombianos", comentaron con amargura aquellos veteranos que estaban dando su vida a tan larga distancia de su patria. ¿Pero, por qué no? —respondería íntimamente este nuevo Incorruptible— ¿acaso esa consulta no era estrictamente legal? ¿no indicaba una vez más su apego a las instituciones? Así mismo, el año 26, frente a la desobediencia de Páez, no considera los horrores de una guerra civil en la devastada Venezuela, ni las amenazas de España que él mismo había comunicado al Libertador, sino la necesidad de que éste salga automáticamente contra aquél, militar contra militar. En los casos de Bustamante y de Padilla no podía invocar ninguna ley, pero su conciencia sigue tranquila y su lenguaje arrogante: aquellos militares defendían la "buena causa", alegaría. El argumento del político.

Para 1828 ni larga ni pesada podía considerarse la autoridad presidencial de Bolívar, puesto que no la había ejercido sino cortos meses en los intervalos de sus largas campañas. Lo más que podían atribuirle sus enemigos eran "proyectos liberticidas". Sin embargo, ya en los diarios de Bogotá se había hecho la apología del "tiranicidio", y en aquellas "tertulias de los patriotas", de que hablaba Santander en su carta a Madiedo, se recitaban estos versos de Vargas Tejada:

Si de Bolívar la letra con que empieza
y aquella con que acaba le quitamos
"Oliva" de la paz símbolo, hallamos.
Esto quiere decir que la cabeza
al Tirano y los pies cortar debemos
si es que una paz durable apetecemos.

Todavía sesionando la Convención de Ocaña, le llegaron al Libertador informes de que se pensaba asesinarlo; a los cuales, como sucede siempre en esos casos, no dio crédito. "Aunque le es bien conocida la maldad del general Santander y de sus compañeros, no podía creer que llegase hasta formar tal proyecto", anotó Perú de Lacroix [1]. Otra conspiración con el mismo objeto se tramó para realizarla el 10 de agosto durante un gran baile de máscaras con que se debía celebrar el aniversario de la entrada de Bolívar en Bogotá después de la victoria de Boyacá. Se frustró debido a una desesperada estratagema de Manuelita Sáenz: se presentó en la fiesta desgreñada, sucia y haciendo contorsiones, lo cual enfureció al Libertador y lo hizo abandonar el baile prematuramente [2].

El proyecto estaba, pues, en marcha, cuando Bolívar asumió la dictadura a consecuencia de la disolución de aquella asamblea y del pronunciamiento de Bogotá. Uno de los principales conjurados, el doctor Florentino González —esposo de la bella Bernardina Ibáñez, tan cortejada por el Libertador— cuenta en una *Narración* publicada muchos años después: "Era nuestro objeto destruir este régimen, apoderándonos de las personas de Bolívar y sus Ministros, venciendo la resistencia que podíamos encontrar en algunos grupos de la fuerza armada; y poner en seguida a la cabeza del gobierno al jefe constitucional de la nación (Santander), quien dispondría de la suerte de los usurpadores" [3].

Tan desprevenido estaba Bolívar, que el 21 de setiembre fue de paseo, acompañado solamente por dos amigos, al pueblo de Soacha, cerca de Bogotá; lo cual quiso aprovechar otro de los conjurados, el venezolano Pedro Carujo, para realizar, acompañado por cuatro asesinos, el diabólico proyecto. Parece que desistieron debido a la intervención de Santander, y entonces fijaron los comprometidos una nueva fecha, el 28 del mismo mes. Pero el día 25 en la tarde, habiendo sido arrestado por amenazas imprudentes que profirió en público, un tal capitán Benedicto Triana, que estaba en el plan, todos se creyeron descubiertos, y decidieron intentar aquella misma noche el asesinato. Contaban con la cooperación de algunos militares, entre ellos el Jefe de Estado Mayor de la plaza y "resolvimos —narra González— arrostrar todos los peligros, tomar a viva fuerza los cuarteles de *Vargas* y *Granaderos* y el palacio del Dictador, y apoderarnos de la persona de éste, vivo o muerto, según fuese posible, en medio de la lid en que íbamos a entrar. Ya no podíamos lisonjearnos de triunfar sino con la impresión de terror que causase en nuestros contrarios la noticia

---

1. *Diario de Bucaramanga*. Edición crítica por Monseñor Nicolás E. Navarro, Caracas, 1935. Pág. 170.
2. Es la interpretación que da Rumazo González en su biografía ya citada. En el tomo XIII, pág. 68 de la Colección Blanco y Azpurúa aparece otra versión ligeramente diferente, publicada en Bogotá en abril de 1853 por Marcelo Tenorio.
3. La narración de González fue reproducida por Blanco y Azpurúa, tomo XIII, pág. 84; y la citan, naturalmente, todos los historiadores de aquel suceso.

de la muerte de Bolívar, y ella fue resuelta, en aquel momento supremo, en que ya era imposible arreglarnos al plan primitivo".

A las doce de la noche acometieron el asalto al palacio presidencial, lograron asesinar al centinela y a un cabo que se les resistió; dominaron al resto de la guardia, que nada sospechaba; al teniente Andrés Ibarra, único edecán del Libertador que dormía allí y que salió, casi desnudo, a hacerles frente, lo hirieron de un sablazo, "creyendo que era Bolívar", dice González, y llegaron, ya como vencedores, y profiriendo gritos y amenazas, al propio dormitorio del Libertador.

Pero entonces, narra el mismo conjurado, "nos salió al encuentro una hermosa señora, con una espada en la mano; y con admirable presencia de ánimo, y muy cortésmente, nos preguntó qué queríamos".

Era Manuelita Sáenz, que Bolívar había llamado a su lado aquella noche porque se sentía enfermo, y que según su costumbre le cuidó y le leyó hasta verlo dormido. Fue ella también quien oyó los primeros ruidos del asalto, despertó al Libertador, lo ayudó a vestirse y logró convencerlo de que se tirase a la calle por una ventana que los asesinos habían descuidado. "Yo fui a encontrarme con ellos —narró después ella misma— para darle tiempo a que se fuese, pero no tuve tiempo para verle saltar ni para cerrar la ventana. Desde que me vieron, me agarraron y me preguntaron: ¿dónde está Bolívar? Les dije que en el Consejo, que fue lo primero que se me ocurrió. Registraron la primera pieza con tenacidad, pasaron a la segunda, y viendo la ventana abierta, exclamaron: huyó, se ha salvado" [1].

Los conjurados mataron también al coronel Ferguson, otro de los edecanes, que estaba enfermo fuera de palacio y corrió hacia éste para cumplir con su deber; y en el cuartel de artillería, que atacaron para libertar a Padilla, asesinaron al coronel José Bolívar, venezolano pero no pariente del Libertador.

Bolívar entre tanto se refugió bajo un puente, mientras su repostero, al cual encontró por casualidad en el momento de lanzarse por la ventana, iba a informarse cuál era la situación en los cuarteles. Estos, naturalmente, se habían conservado fieles, y muy pronto la indignación que despertó en el pueblo y en el ejército la noticia del atentado, atemorizó a los conjurados. Grupos enardecidos recorrían las calles dando vivas al Libertador y gritos de muerte contra los asesinos; y el general Santander tuvo que buscar refugio en la casa del general Urdaneta, Ministro de la Guerra, porque desde el primer momento todos le señalaban como el autor intelectual del crimen.

---

1. Manuela Sáenz a O'Leary, en carta del 10 de agosto de 1850. Tomo III de la *Narración*, pág. 370.

El primer impulso del Libertador fue perdonar a todos los comprometidos, y quiso prohibir que Manuelita fuera llamada para identificar a los que habían entrado en palacio. "Esta señora, dijo, jamás será el instrumento de muerte ni la delatora de desgraciados". Y acerca de Santander decía en carta a Sucre un mes después de los acontecimientos: "estoy desbaratando el abortado plan de conspiración; todos los cómplices serán castigados más o menos; Santander es el principal, pero es el más dichoso. porque mi generosidad lo defiende" [1].

Sin embargo, juzgados conforme a la ley de conspiradores, catorce de los acusados fueron condenados a muerte, cinco de ellos individuos de tropa anónimos y, entre los principales, el general Padilla; Florentino González, Pedro Carujo y otros de los más culpables sólo fueron sentenciados a prisión y, debido a diferentes circunstancias, quedaron libres poco después; a Santander le conmutó Bolívar la pena de muerte por la de destierro, y antes de terminar el año fueron indultados los que se habían fugado u ocultado. "Seguimos la causa de los conspiradores —informaba Bolívar a O'Leary— y se van ejecutando las sentencias con más o menos rigor, según lo exigen los hechos y los delitos; pero mi corazón está quebrantado de pena por esta negra ingratitud; mi dolor será eterno, y la sangre de los culpables reagrava mis sentimientos. Yo estoy devorado por sus suplicios y por los míos" [2].

En todas sus determinaciones se reflejaba ese escrúpulo de orden moral que atormentaba al Libertador: bajo la obsesión de que sus adversarios se habían hecho dueños de los principios de libertad y justicia en cuyo nombre había procedido siempre, no osaba tomar ninguna determinación sino después de dudas mortales, a menudo se contradecía y desconcertaba a sus amigos, o se exasperaba cuando éstos le aconsejaban proceder con la energía que nunca le había faltado. Toda su actuación durante aquellos tres últimos años de su vida está marcada por esta angustia incesante, y por eso hemos dicho que fue entonces —en el momento de su fracaso como político— cuando alcanza, por ese dolor de tan fina calidad espiritual, el máximum de su grandeza íntima. Bajo el peso de una autoridad al parecer omnipotente y que en realidad no se atrevía a usar, la lucidez con que analiza su tragedia no lo ayuda sin embargo a salir de ella. En carta a Urdaneta lo había comentado así: "debo irme a romper con el mal. Lo último sería tiranía y lo primero no se puede llamar debilidad, pues no la tengo. Estoy convencido de que si combato triunfo y salvo el país y Ud. sabe que yo no aborrezco los combates. Mas ¿por qué he de combatir contra la voluntad de los buenos que se llaman libres y moderados? Me responderán a esto que no consulté a estos mismos buenos y libres para destruir a los españoles y que desprecié para esto la opinión

1. *Cartas*, tomo VIII, pág. 98.
2. *Cartas*, tomo VIII, pág. 93.

de los pueblos; pero los españoles se llamaban tiranos, serviles, esclavos, y los que ahora tengo al frente se titulan con los pomposos nombres de republicanos, liberales, ciudadanos. He aquí lo que me detiene y me hace dudar" [1].

"He aquí lo que me detiene y me hace dudar": preciosa prueba, ante la posteridad, de que aquellos principios de moral pública eran más sinceros en él que en sus enemigos. Y de que ni Santander, ni Páez lo detuvieron, sino ese valladar invisible que él mismo colocaba ante sí.

En vano se esforzaba a veces en identificar su situación presente con la de sus mejores días. Hasta en esos momentos, la esperanzada invocación terminaba en el dilema hamletiano que lo paralizaba: "Cuando me hablan de valor y de audacia —escribe— siento revivir todo mi ser, y vuelvo a nacer, por decirlo así, para la patria y para la gloria. ¡Cuán dichosos fuéramos si nuestra sabiduría se dejara conducir por la fortaleza! Entonces yo ofrecería hasta lo imposible; entonces se salvaría Colombia y el resto de la América también. Que se unan, pues, todos nuestros amigos en este sentimiento y se alejarán para siempre de mi boca esas indignas palabras de peligro y de temor; que me manden salvar la República, y salvo la América toda; que me manden desterrar la anarquía, y no queda ni su memoria. Cuando la ley me autoriza, no conozco imposibles" [2].

Este dolor insomne, y el quebranto producido en su vacilante salud por las horas que pasó a la intemperie en la noche fatal, lo habían reducido al más lastimoso estado. El representante diplomático de Francia lo vio así: "Llegamos a la quinta y nos recibió doña Manuela Sáenz. Nos dijo que aun cuando el héroe estaba muy enfermo, anunciaría nuestra visita. Pocos momentos después apareció un hombre de cara muy larga y amarilla, de apariencia mezquina, con un gorro de algodón, envuelto en su bata, con las piernas nadando en un ancho pantalón de franela. A las primeras palabras que le dirigimos respecto a su salud: "¡Ay! —nos respondió enseñándonos sus brazos enflaquecidos— no son las leyes de la naturaleza las que me han puesto en este estado, sino las penas que me roen el corazón. Mis conciudadanos, que no pudieron matarme a puñaladas, tratan ahora de asesinarme moralmente con sus ingratitudes y calumnias. Cuando yo deje de existir, esos demagogos se devorarán entre sí, como lo hacen los lobos, y el edificio que construí con esfuerzos sobrehumanos se desmoronará en el fuego de las revoluciones" [3].

En ese estado, todavía encontraba fuerzas, sin embargo, para alguno de aquellos grandes proyectos que siempre lo habían entusiasmado. Precisamente en diciembre de ese año 1828 comisionó a Revenga, que era

1. *Cartas*, tomo VII, pág. 260.
2. *Cartas*, tomo VII, pág. 280.
3. Liévano Aguirre, *op. cit.*, pág. 486.

entonces Ministro de Hacienda, para realizar el plan que éste había concebido de pagar con el tabaco de Venezuela la deuda pública de Colombia. Tales eran los compromisos de la República, que en los mercados internacionales estaban a punto de considerarla insolvente. Y no olvidemos que durante el siglo pasado, acechando de continuo Europa los fracasos de estas naciones con la esperanza de que volvieran a convertirse en tierras de conquista, si se les podía acusar de "incumplimiento de sus obligaciones", las grandes potencias se creían autorizadas a las mayores tropelías. Pero Bolívar y Revenga esperaban que si lograban aumentar el cultivo del tabaco en Venezuela y moralizar la percepción de la renta que producía, no sólo podría Colombia volver a pagar los intereses de su deuda, sino ésta misma. Con ese objeto vino, pues, Revenga a Venezuela y la obra que realizó en unos cuantos meses fue pasmosa. Desde la forma de empacar el tabaco y el estado de los caminos por donde debía sacarse, hasta conseguir nuevos mercados para ese producto en el extranjero y barcos para transportarlo, en todo se ocupó y obtuvo felices resultados. No se limitó sin embargo a esa misión, que ya era bastante para consumir las fuerzas del funcionario más laborioso: según su costumbre, de cada región del país que visitaba remitía informes al Libertador sobre el estado de la educación pública, los edificios que podían utilizarse para fundar escuelas y colegios, las rentas que podrían asignárseles, etc., etc. [1].

Pero ya Bolívar tenía que atenderle a una tarea, la más ingrata, en el otro extremo de la República: el general La Mar, como Presidente del Perú, la había invadido, y el 1º de febrero de 1829 sus tropas se apoderaron de Guayaquil. El veterano general Juan José Flores, humilde hijo del pueblo de Venezuela, que por su talento y sus servicios se había elevado hasta aquel alto grado y sería después Presidente del Ecuador, organizaba la resistencia contra los invasores; pero llegó un momento en que Bolívar tuvo que declararle que ni un centavo ni un soldado podía enviarle, tales eran las exigencias que de todos lados caían sobre él.

Afortunadamente había regresado Sucre. Durante sus últimos días en Bolivia fijó un precedente para las relaciones futuras de los países hispanoamericanos, que debe ser memorable. Reiteradamente había manifestado a los bolivianos que no podría permanecer entre ellos porque no quería renunciar a su nacionalidad nativa; pero, cuando víctima de un atentado en Chuquisaca, se encontraba rodeado de conspiradores y asesinos, su primer pensamiento fue que no vinieran a rescatarlo las tropas auxiliares de Colombia, porque eso correspondía a los propios bolivianos, en cuya lealtad y cariño con razón confiaba. Y rechazó al mismo tiempo la artera intervención del general Gamarra, que so pretexto de auxiliarlo, había invadido el país con tropas peruanas. "Desde el mismo 18 —le escribió—

1. "La Hacienda Pública de Venezuela en 1828-1830. Misión de José Rafael Revenga como Ministro de Hacienda". Edición del Banco Central de Venezuela. Caracas, 1953.

yo conté que usted y sus tropas podían servirme si las llamaba en un conflicto; pero como la mayor de las calamidades públicas es que tropas extranjeras se mezclen en las disensiones de una nación, me guardé bien de dar aquel paso, y con él un ejemplo fatal. Fui tan circunspecto y precavido en esto, que previne a los Ministros, en medio mismo de los apuros, que por ningún motivo llamasen un solo soldado colombiano de los pocos que quedaban en La Paz, y que se limitaran a participar el suceso al general Urdinínea, incluyéndole el decreto por el que se le nombraba Presidente del Consejo de Ministros, a fin de que él tomase las medidas que juzgara oportunas como boliviano y como encargado de la administración... Sin pedir auxilio a nadie he sido sacado de las manos de los asesinos por las tropas y los pueblos bolivianos. Todas las Provincias se alarmaron contra los facciosos al conocer la novedad. Acaso usted habrá sabido el entusiasmo de Potosí, Chichas, Cinti, Porco, Chayanta, etc., donde se alistaron más de seis mil paisanos para venir contra los amotinados. He recibido una herida, pero también he recibido los testimonios del más cordial afecto de los pueblos... En marzo del año pasado recibí en La Paz tantas cartas del Perú, de personas respetables y de muchas autoridades, llamándome; y aunque yo tenía allí cuatro mil soldados veteranos, y aunque el Perú no tenía entonces ningunas fuerzas que oponerme, y aunque se me habían hecho insultos personales, me guardé bien de dar el fatal ejemplo de que extranjeros intervinieran en los negocios domésticos de un país... En fin, mi estimado General, agradeciendo a usted la señal de gratitud a mis servicios al Perú, viniendo a interponerse con su ejército entre los asesinos y mi persona, espero que para cumplimiento de este testimonio de aprecio, regrese usted al Perú. Preferiría mil muertes antes que por mí se introdujese en la América el ominoso derecho del más fuerte. Que ningún pueblo americano dé el abominable ejemplo de intervención y mucho menos de hacer irrupciones tártaras. Mañana Colombia, más fuerte que el Perú, y con algunos más derechos, intervendría en los negocios peruanos; y observando la Europa que nuestro derecho de gentes son el poder y las bayonetas, no vacilaría en darnos preceptos y en disponer de nuestra suerte. Medite usted cuán fatal es la lección que usted ha dado. Habría querido no recibir el favor que usted me ofrece; habría querido ser víctima de disensiones en Bolivia antes que haber visto hollar los derechos y la independencia de un pueblo americano" [1].

Es fácil imaginar la alegría de Bolívar al saber que ya Sucre se encontraba de nuevo en tierra colombiana. Inmediatamente lo nombró jefe de todas las provincias del sur, donde sabía que lo adoraban, y puso a sus órdenes el ejército organizado por Flores para rechazar a La Mar. Como siempre.

---

1. *Documentos para la historia de la vida pública del Libertador*, por Blanco y Azpurúa, tomo XII, pág. 426.

encuentra para su subalterno un fino halago paternal: "Yo le he dado a Ud. —le escribe— el ser de Simón Bolívar. Sí, mi querido Sucre, Ud. es uno conmigo, excepto en su bondad y en mi fortuna" [1].

Y como lo esperaba el Libertador, Sucre derrotó completamente a los invasores, el 27 de febrero en el Portete de Tarqui. También, como lo había hecho después de Pichincha y Ayacucho, aquel Bayardo de la historia americana concedió una honrosa capitulación a los vencidos, limitando sus exigencias a la entrega de las provincias invadidas. "Quise mostrar —decía en el parte oficial— que nuestra justicia era la misma antes que después de la batalla".

El vanidoso La Mar desconoció, sin embargo, a los pocos días aquel tratado y se negó a entregar Guayaquil. Bolívar quiso entonces asumir personalmente la dirección de las operaciones, y una vez más, sin atender a aquel estado de extenuación en que había quedado, realizó el largo camino de Bogotá a Pasto y luego a Quito. En esta ciudad manifestó en una proclama: "Recuperaremos a Guayaquil únicamente para cumplir los preliminares de paz concluidos con el Perú: no dispararemos un tiro ni aun para defendernos, sino después de haber agotado todo sufrimiento y de haber reclamado en vano nuestros incontestables derechos. Haremos más: expulsados que sean los peruanos y los facciosos, de Guayaquil, pediremos la paz a los vencidos: esta será nuestra vindicta" [2]. Afortunadamente, los propios peruanos echaron a La Mar del poder y después del país, y se restableció la paz entre las dos naciones hermanas.

Se le presenta así al Libertador la tentadora posibilidad de regresar al Perú, donde muy pronto volvió a mostrarse a su favor la opinión pública y el Congreso preparaba homenajes para honrarlo [3]. ¿Sería posible intentar de nuevo la Gran Confederación, para dar estabilidad política a las cinco naciones libertadas por él y consolidar en la América del Sur un poderoso Estado que se hiciera respetar por Europa y los Estados Unidos del Norte? Era una imagen deslumbrante, pero Bolívar comprendió ahora que no era sino eso: engañosa apariencia. Antes de salir para aquella última campaña, desde Venezuela le había escrito el Intendente del Departamento, Briceño Méndez: "Si la presencia de Ud. es necesaria en el Sur, lo será también la ruina de la República. Usted se irá y probablemente ésta lo alcanzará bien lejos; pero debe ir persuadido de que no puede mirar siquiera para atrás. Yo estoy tomando mis medidas de seguridad propia, antes que se sepa la marcha de usted, que es el toque de alarma para todos los partidos. Si usted tiene la fortuna de que nuestras armas triunfen en Popayán y el Perú, sin necesidad de su presencia personal, puede ser que vivamos tranquilos; pero si se va, triunfe o no, debe despe-

---

1. *Cartas*, tomo VIII, pág. 100.
2. *Proclamas y discursos del Libertador*. Edición ya citada. Pág. 392.
3. *Cartas*, tomo IX, págs. 184 y 187.

dirse para siempre. Esta es mi opinión, y la de todos sus amigos" [1]. Y con la misma esperanza de que Bolívar se consagrara exclusivamente a su tierra natal, Revenga le decía al Presidente del Consejo de Ministros: "El pueblo gime y sólo lo consuela su confianza en el Libertador. Ya ha empezado a propalarse, y se repite como refrán, que sólo la esperanza de que el Libertador corrija los males que se experimentan, alienta a sobrellevarlos todavía" [2].

Sí: de todas partes lo llamaban; pero ya no era para realizar obra magna, sino para corregir los innumerables males y desaciertos que disgregaban la República. Sarcástica contrafigura que el destino parecía utilizar para humillarlo con lo que antes lo había exaltado.

Otro conflicto había surgido además: el general Córdova, a quien Bolívar y Sucre habían agasajado tanto por su brillante participación en la victoria de Ayacucho; que había sostenido hasta entonces apasionadamente la autoridad de Bolívar y después de la conspiración del 25 de setiembre se mostró implacable contra los comprometidos; que en el mes de julio figuraba todavía en el Gobierno como Ministro de Marina, se alzó en setiembre contra el Libertador y ocupó la provincia de Antioquia. Poco duró su aventura; habiendo rechazado un indulto que se le ofreció, hizo frente con extraordinario valor al general O'Leary, que había sido enviado para reducirlo, y derrotado el 17 de octubre en El Santuario, quedó mortalmente herido en el combate.

Tan dura había sido la actitud de Córdova contra los *setembristas* que, según narra un historiador, "el coronel Guerra, antes de subir al patíbulo, exclamó: «No es el Libertador el que me fusila: es Córdova el que me asesina»" [3]. Y aunque no se puede dar crédito a esta acusación, porque Guerra, siendo jefe de Estado Mayor en Bogotá tomó parte activa en aquella conspiración, y por eso, conforme a la ley no podía ser sentenciado sino a muerte, también el doctor Florentino González, en su narración ya citada, acusa a Córdova de haber amenazado públicamente, en ocasión anterior, a los que se oponían a la Dictadura [4].

¿Cómo explicarnos, pues, ese repentino cambio de Córdova? Aunque en la carta que en aquellos días éste escribió a Páez invitándolo a sublevarse también [5], no habla sino de la "tiranía" de Bolívar y de un proyecto de Constitución que dice se preparaba, pero que en nada difería, según lo expone, de la Constitución boliviana aceptada por él, casi todos los histo-

---

1. Gil Fortoul, op. cit., tomo I, pág. 623.
2. Revenga, op. cit., pág. 158.
3. J. D. Monsalve, *Estudios sobre el Libertador*, pág. 238. Citado por Rumazo González, en su biografía de Manuela Sáenz, pág. 250.
4. Blanco y Azpurúa, tomo XIII, pág. 66.
5. O'Leary, tomo VII, pág. 414.

riadores enlazan su nueva actitud al rumor que poco después se extendió por toda Colombia de que el Libertador pretendía coronarse.

Por desgracia, aquella alarmante noticia nació de un desatinado proyecto concebido mientras el Libertador se hallaba en el sur, por el Consejo de Ministros y otros individuos "de experiencia y de influjo", como los califica el historiador Restrepo, testigo cercano de aquellos sucesos. Según el mismo escritor, consistía en que "se adoptara en principio la monarquía constitucional en Colombia, y que Bolívar, mientras viviera, mandase en ella con el título de Libertador Presidente; pero que desde ahora se llamase a un príncipe extranjero a sucederle, quien sería el primer rey, y hereditario el trono en sus descendientes".

Cuando le llegó a Bolívar la primera noticia de este plan, a fines de 1828, escribió a don Estanislao Vergara, Ministro de Relaciones Exteriores, con fecha 14 de diciembre: "Diré a Ud. que siendo una materia ardua y espinosa y aventurada, yo creo que una anticipada resolución podría comprometer al gobierno de Colombia. Ella debe ser obra de las circunstancias. Una conducta circunspecta y aun pasiva es preferible al presente. Un gobierno cuya posición es precaria y vacilante no puede tener miras extensas" [1]. Pero dos días después y como si no quisiera dejar duda alguna sobre su opinión personal, vuelve a escribirle en forma categórica: "No se oye otra cosa sino que soy un tirano de mi patria y que sólo aspiro a edificar un trono imperial sobre los escombros de la libertad de Colombia. Aunque mis amigos, que lo son todos los hombres de juicio, se ríen de estas calumnias, ellas cunden en el pueblo inocente e incauto; medran a la sombra del partido sordo de los convencionistas; y cuando menos pensemos aparecerían estas imposturas revestidas de un carácter colosal, que se harían dueñas de la opinión pública. Los papeles ingleses, los de Estados Unidos y quién sabe qué otros hablan en el mismo sentido de *una monarquía.* Es, pues, de primera importancia refutar estas opiniones falsas, totalmente falsas; desmentir a los impostores con la acritud, precisión y energía que merecen; desengañar a la nación entera y prometerles que en el año próximo verán reunida la representación nacional con una plenitud de libertad y de garantías de que no gozó jamás" [2]. Y, efectivamente, el 24 del mismo mes convocó un Congreso que debía reunirse el 2 de enero de 1830 y que fue, por cierto, el que se llamó con justicia *Congreso Admirable* [3].

El Consejo de Ministros continuó, sin embargo, sondeando la opinión de algunos representantes diplomáticos extranjeros en relación con aquel proyecto, y estando el Libertador en el Campo de Buijó, frente a Guayaquil, su secretario don José D. Espinar dirigió un oficio al mismo Ministro de Relaciones Exteriores, con fecha 6 de julio de 1829, realmente des-

1. *Cartas,* tomo VIII, pág. 153.
2. *Cartas,* tomo VIII, pág. 168.
3. *Decretos del Libertador,* tomo III, pág. 300.

concertante. Amargo pesimismo, apoyado en un agudo análisis de lo que sucedía en América, refleja todo el documento; pero sus conclusiones, aunque en apariencia se asemejan a las ideas de Bolívar sobre la necesidad de que Inglaterra tutelase la comprometida independencia de la América meridional, exagera esas ideas hasta desfigurarlas. En su parte más expresiva decía así: "¿Qué medios pueden escogitarse para salvarnos por nuestros propios esfuerzos del estremecimiento casi universal que ha derrocado los imperios, que ha sepultado las repúblicas, que ha hecho desaparecer naciones enteras? ¿Cómo librar a la América de la anarquía que la devora y de la colonización europea que la amenaza? Se reunió un congreso anfictiónico, y sus tareas fueron desdeñadas por las naciones más interesadas en sus convenios. Se propuso una federación parcial de tres estados soberanos, y la maledicencia y el escándalo se elevaron hasta los cielos. En fin, la América necesita de un regulador, y con tal que su mediación, protección o influencia emanen de una nación poderosa del antiguo continente, y con tal que ejerza un poder bastante para que en caso de ser desatendida e insuficiente su política, emplee la fuerza y haga oír la voz del deber, lo demás es cuestión de nombre.

"S. E. está al cabo de las dificultades que hay para que Colombia implore el favor de la Europa o de una nación cualquiera para sí y los demás estados americanos. Lo está también de los celos que excitaría entre las potencias europeas la influencia que una de ellas (que no fuese la España) ejerciese sobre la América; pero debiendo ésta a la Inglaterra doscientos millones de pesos, es sin duda la nación a quien más interesa impedir la destrucción y la esclavitud de la América. Pero este interés aislado o falto de aplicación y ejercicio no pondrá a la América a cubierto de ser colonizada nuevamente por la España u otra nación continental; y he aquí el término de la revolución y el fruto de veinte años de sacrificios.

"S. E. no tiene en este negociado el más remoto interés personal, fuera del de Colombia, fuera del de la América. No se adhiere a la palabra; busca la cosa. Llámese como se quiera, con tal que el resultado corresponda a sus deseos, de que la América se ponga bajo la custodia o salvaguardia, mediación o influencia de uno o más estados poderosos que la preserven de la destrucción a que la conduce la anarquía erigida en sistema, y del régimen colonial de que está amenazada. ¿Inglaterra no ofreció espontáneamente su mediación entre el Brasil y el Río de la Plata? ¿No intervino a mano armada entre la Turquía y la Grecia? Busquemos, pues, señor ministro, una tabla de qué asirnos, o resignémonos a naufragar en el diluvio de males que inundan a la desgraciada América" [1].

¿Reflejaban realmente esas expresiones el pensamiento del Libertador? Y en caso de que así fuera, ¿corresponden a sus verdaderos propósitos

---

1. *Cartas*, tomo IX, pág. 11.

políticos o simplemente a un transitorio estado depresivo, harto justificado por las circunstancias en que se encontraba?

En todo caso, siete días después, el 13 de julio, Bolívar escribe directamente a Vergara, y no solamente demuestra con excepcional clarividencia los peligros del proyecto monárquico, sino que explica las causas de sus aparentes vacilaciones como para no dejar la menor esperanza a los autores del plan. Decíale: "Yo he dicho hasta ahora a Uds., sí, sí, a todo cuanto me han propuesto sin atreverme a dar mi opinión verdadera, temiendo que interceptaran mis cartas y se prevalieran de ellas para hacer guerra al mismo gobierno y alarmar la multitud contra el consejo. Mi opinión es vieja, y por lo mismo creo haberla meditado mucho. Primero. No pudiendo yo continuar por mucho tiempo a la cabeza del gobierno, luego que yo falte, el país se dividirá en medio de la guerra civil y los desórdenes más espantosos. Segundo. Para impedir daños tan horribles que necesariamente deben suceder antes de diez años es preferible dividir el país con legalidad, en paz y buena armonía. Tercero. Si los representantes del pueblo en el Congreso juzgan que esta providencia será bien aceptada por éste, deben verificarlo lisa y llanamente, declarando, al mismo tiempo, todo lo que es concerniente a los intereses y derechos comunes. Cuarto. En el caso de que los representantes no se juzguen bastantemente autorizados para dar un paso tan importante, podrían mandar pedir el dictamen de los colegios electorales de Colombia, para que estos digan cuál es su voluntad y sus deseos; y, conforme a ellos, dar a Colombia un gobierno. Quinto. No pudiéndose adoptar ninguna de estas medidas porque el congreso se oponga a ellas, en este extremo solamente debe pensarse en un gobierno vitalicio como el de Bolivia, con un senado hereditario como el que propuse en Guayana. Esto es todo cuanto podemos hacer para consultar la estabilidad del gobierno, estabilidad que yo juzgo quimérica entre Venezuela y Nueva Granada, porque en ambos países existen antipatías que no se pueden vencer. El partido de Páez y el de Santander están en este punto completamente de acuerdo, aunque el resto del país se oponga a estas ideas.— El pensamiento de una monarquía extranjera para sucederme en el mando, por ventajosa que fuera en sus resultados, veo mil inconvenientes para conseguirla: Primero. Ningún príncipe extranjero admitirá por patrimonio un principado anárquico y sin garantías. Segundo. Las deudas nacionales y la pobreza del país no ofrecen medios para mantener un príncipe y una corte miserablemente. Tercero. Las clases inferiores se alarmarán, temiendo los efectos de la aristocracia y de la desigualdad. Y cuarto. Los generales y ambiciosos de todas condiciones, no podrán soportar la idea de verse privados del mando supremo. — No he hablado de los inconvenientes europeos, porque pudiera darse el caso que no los hubiera, suponiendo siempre una rara combinación de circunstancias felices. — En cuanto a mí, Ud. debe suponerme cansado de servir y fastidiado por tantas ingratitudes y crímenes que se cometen diariamente contra mí. Ud. vio el caso extremo en que

me colocó la gran convención de dejar sacrificar el país o de salvarlo a mi costa. El artículo de que Ud. me habla, el más favorable que se ha podido escribir en mi honor, únicamente dice que mi *usurpación es dichosa y cívica.* ¡Yo usurpador! ¡Una usurpación cometida por mí! Mi amigo, esto es horrible; yo no puedo soportar esta idea, y el horror que me causa es tal que prefiero la ruina de Colombia a oírme llamar con ese epíteto. Ud. dirá que después no será lo mismo. Replico que no pudiendo soportar nuestro país ni la libertad ni la esclavitud, mil revoluciones harán necesarias mil usurpaciones. Esto es hecho, mi amigo; y, tómese por donde se quiera, los sucesos del año 28 han decidido de mi suerte"...

... ...

"Un país que está pendiente de la vida de un hombre, corre tanto riesgo como si lo jugaran todos los días a la suerte de los dados. Y si este hombre ha sufrido mucho durante veinte años, tiene muchos enemigos que lo quieran destruir, está fastidiado del servicio público y lo aborrece mortalmente, entonces la dificultad de mantener este estado se multiplica hasta lo infinito. Esta es la verdad, mi querido amigo, y créame Ud. sobre mi palabra. Yo no quiero engañar a Uds. ni perderme yo: *no puedo más,* y este sentimiento me lo dice mi corazón cien veces por día. Póngase Ud. en mi lugar para que me pueda excusar, y penétrese Ud. bien de su posición para que conozca que lo que digo es cierto. Ambos necesitamos de tomar un partido. Uds. el suyo, y yo el mío. Con esta medida quedaremos todos bien, o al menos, menos mal" [1].

Ese mismo día, reitera al general Urdaneta: "Para el proyecto de la monarquía no hay sujeto, porque yo no quiero ni quiere ningún príncipe de Europa subir a un cadalso regio; y si yo me olvidara alguna vez de lo que dije a Bolivia, tengo a mi lado a Iturbide que me lo recordará todos los días. Esto es lo que conviene, mi amigo, al país, a Ud. y a mí. Digo a Ud., porque, aunque es el más comprometido, no deja de tener retirada en el día. Si Ud. no quiere salir de Colombia, váyase Ud. a Caracas y ayude Ud. a Páez a reunir las opiniones de Venezuela. Si quiere Ud. salir del país, le ofreceré a Ud. la mitad de lo que tenga, y sobre esto debe Ud. contar como infalible. Mejor es estar tranquilo que vivir sobre el trono del universo. Decídase Ud. a esto y me dejará libre para obrar como quiero y me conviene. Crea Ud. que sus compromisos forman para mí unos grillos pesadísimos. Salga Ud., vuelvo a decirle, de ellos y quedaremos más libres que nunca. Yo no tengo ganas de volver más a Bogotá y, por más que diga otra cosa, este es mi ánimo y no se lo niego a Ud. porque no debo. Hemos triunfado, mi querido general, y éste precisamente es el momento en que debemos abandonarlo todo, para que nunca se diga que nos han obligado. He nombrado a Córdoba Secretario de

1. *Cartas,* tomo IX, pág. 20.

Marina. Siendo necesario iré también a Venezuela a ayudar a mis amigos a constituir el país. Páez puede hacer un excelente jefe si todos lo ayudamos. Autorizo a Ud. para que avise a Montilla mi opinión" [1].

Y con fecha 13 de setiembre, insiste en carta a O'Leary: "Supongamos que la sabiduría del congreso constituyente que va a reunirse en enero lograra acertar en sus reformas legislativas, ¿cuáles pueden ser éstas? Consultemos la extensión de Colombia, su población, el espíritu que domina, la moda de las opiniones del día, el continente en que se halla situada, los estados que la rodean y la resistencia general a la composición de un orden estable. Encontraremos por resultado una serie de amenazas dolorosas que no nos es dable desconocer. Nuestra extensión exige una de dos especies de gobierno enteramente opuestas, y ambas a dos extremadamente contrarias al bien del país: la autoridad real, o la liga general son las únicas que nos pueden convenir para regir esta dilatada región. Yo no concibo que sea posible siquiera establecer un reino en un país que es constitutivamente democrático, porque las clases inferiores y las más numerosas proclaman esta prerrogativa con derechos incontestables, pues la igualdad legal es indispensable donde hay desigualdad física, para corregir en cierto modo la injusticia de la naturaleza. Además, ¿quién puede ser rey en Colombia? Nadie, a mi parecer, porque ningún príncipe extranjero admitiría un trono rodeado de peligros y miserias; y los generales tendrían a menos someterse a un compañero y renunciar para siempre la autoridad suprema. El pueblo se alarmaría con esta novedad y se juzgaría perdido por la serie de consecuencias que deduciría de la estructura y base de este gobierno. Los agitadores conmoverían al pueblo con armas bien alevosas y su seducción sería invencible, porque todo conspira a odiar ese fantasma de tiranía que aterra con el nombre sólo. La pobreza del país no permite la erección de un gobierno fastuoso y que consagra todos los abusos del lujo y la disipación. La nueva nobleza, indispensable en una monarquía. saldría de la masa del pueblo, con todos los celos de una parte, y toda la altanería de la otra. Nadie sufriría sin impaciencia esta miserable aristocracia cubierta de pobreza e ignorancia y animada de pretensiones ridículas... No hablemos más, por consiguiente, de esta quimera" [2].

Hemos indicado cuidadosamente las fechas de cada documento, porque nos demuestran que cuando hubo alguna vacilación en el ánimo de Bolívar, inmediatamente la corrigió; y que sus convicciones, contrarias al establecimiento de una monarquía en América, se mantienen constantes durante todos aquellos meses y siempre las expresa apoyado en largas meditaciones.

Las dudas que han quedado en la historia, acerca de este desgraciado proceso, se deben principalmente a la vehemencia con que procedieron algunos de sus autores, a veces atribuyendo a Bolívar lo que éste no había

1. *Cartas,* tomo IX, pág. 25.
2. *Cartas,* tomo IX, pág. 123.

pensado y hasta con el deliberado propósito de arrastrarlo después a secundarlos. Nos asombra, en ese sentido, que un militar de la rectitud de don Diego Ibarra, y con la responsabilidad de haber sido primer edecán del Libertador, no vacilara sin embargo en pedirle a Urdaneta que le remitiera una opinión favorable de Bolívar sobre el proyecto, "*fuese o no verdadera*", a fin de hacerla valer en Venezuela. Decíale así, en carta desde Caracas, fecha 14 de octubre de 1829: "El general Páez dice que no da paso a nada mientras no reciba una contestación terminante del Libertador, y también dice que tiene temor de que esto no salga bien, sin embargo que ofrece seguir a don Simón hasta el sepulcro; yo le he dicho que del general Bolívar no espere nada terminante... En este estado tiene Ud. las cosas por aquí, y así es que sería muy bueno que Pepe volviese pronto, trayendo una buena contestación de don Simón, fuese o no verdadera, a fin de quitar este inconveniente, que es el que se presenta ostensiblemente: entonces no le queda ningún recurso al hombre y tiene que pronunciarse o ponerse en contra" [1].

Así terminaba aquel desdichado año de 1829, siempre inflexible Bolívar en su determinación de que se reuniera el Congreso el próximo 2 de enero para renunciar el mando. Con fecha 6 de diciembre, encontramos que todavía repite en carta a Guzmán: "La nación puede darse la forma que quiera, los pueblos han sido invitados de mil modos a expresar su voluntad y ella debe ser la única guía en las deliberaciones del Congreso; pero persuádase Ud. y que se persuada todo el mundo que yo no seré el rey de Colombia ni por un extraordinario evento, ni me haré acreedor a que la posteridad me despoje del título de Libertador que me dieron mis conciudadanos y que halaga toda mi ambición" [2].

Estaba todavía en Popayán. No había querido volver a Bogotá, para que no se dijese que iba a ejercer presión sobre los diputados al Congreso, que comenzaban a llegar. Regresó el 15 de enero, y el día 20 presentó a aquella asamblea su renuncia.

En el último párrafo de su mensaje decía, a la vez melancólico y esperanzado: "¡Conciudadanos! Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás. Pero ella nos abre la puerta para reconquistarlos bajo vuestros soberanos auspicios, con todo el esplendor de la gloria y de la libertad" [3].

---

1. O'Leary, tomo XI, pág. 401.
2. *Cartas*, tomo IX, pág. 210.
3. *Proclamas y discursos del Libertador*, pág. 398.

XXXV

"LLEVEN MI EQUIPAJE A BORDO DE LA FRAGATA"

El mismo día de su renuncia, Bolívar declaró en una proclama a los colombianos: "Hoy he dejado de mandaros", y sin esperar a que el Congreso eligiera nuevo Presidente, quiso separarse del poder. Consultó en consecuencia a aquella asamblea a quién podía entregarlo, pues el doctor Castillo y Rada, Presidente del Consejo de Ministros y que por tal título debía ser el llamado a sustituirlo, era también congresista. El Congreso, sin embargo, reacio a colaborar en aquella decisión, declaró que en sus atribuciones no entraba hacer la elección que se le pedía, y entonces el Libertador nombró por decreto al general Domingo Caicedo para presidir el Consejo y le entregó también la Presidencia de la República el 1º de marzo.

Temía con razón el Congreso que al declararse irrevocable la renuncia de Bolívar, se acelerara la disolución de Colombia, que ya se anunciaba por todas partes. Venezuela había manifestado desde el año anterior su voluntad de separarse, y la antigua Presidencia de Quito se disponía a hacer lo mismo. En vano el Congreso envió a la frontera venezolana una comisión, presidida por Sucre, para tratar amistosamente con los delegados que se pidió a Páez nombrara, sobre las quejas que pudiera presentar Venezuela. El movimiento iniciado en ésta había tomado un carácter personalista y odioso, que hacía imposible cualquiera conciliación. Ya no se trataba solamente de que Venezuela se organizara como República independiente, a lo cual desde luego tenía derecho. Páez, ansioso de consolidar su propia autoridad y temeroso siempre de no poder contrarrestar el prestigio del Libertador si éste se decidía a reducirlo por la fuerza, se había apresurado a reunir contra él a todos los que pudieran servirle en sus designios: militares descontentos, como Mariño y Arismendi; antiguos realistas o hijos de realistas, que por rencor o por el deseo de recuperar la preeminencia tenían que ser ardorosos partidarios de una nueva situación; los demagogos que nunca faltan en semejantes casos y —¿cómo no?—, algunos hombres también de buena fe y escasa previsión, como el inmutable don Martín Tovar.

Aquellas deliberaciones en la frontera estaban, pues, destinadas a fracasar. Una vez más Sucre, con aquella rectitud que en todas las ocasiones se manifestaba en él como suprema elegancia del espíritu, dictó cátedra de moral pública. Propuso: "Habiéndose hecho azarosos algunos militares, que abusando de su poder y de su influencia, han hollado los unos las leyes,

y acusádose a otros por sospechas de intentar un cambio de las formas de Gobierno, se prohibe que durante un período que no será menos de cuatro años, pueda ninguno de los Generales en Jefe, ni de los otros Generales que han obtenido los altos empleos de la República en los años desde el 20 al de 30, ser Presidente o Vicepresidente de Colombia, ni Presidentes o Vicepresidentes de los Estados, si se establece la confederación de los tres grandes Distritos; entendiéndose por altos empleos los de Presidente y Vicepresidente, Ministros de Estado y Jefes Superiores" [1].

Como vemos por el texto, la proposición de Sucre excluía a Bolívar y a él mismo de toda participación en el gobierno, y con respecto al Libertador tenía el valor moral de poner sobre la mesa de discusión las "sospechas de intentar un cambio de las formas de gobierno". Pero como también quedaban excluidos Páez y sus principales secuaces, los comisionados de Venezuela la rechazaron. Indicio muy revelador de la falta de escrúpulos que iban alcanzando las pasiones: llegaron hasta informar a su gobierno que "la mala fe" de los enviados de Bogotá era lo que había impedido una "inteligencia amigable y fructuosa".

Igualmente repulsivos eran los procedimientos con que se le quería dar apariencia de plebiscito nacional al "pronunciamiento" de Venezuela contra el Libertador. Según las instrucciones que un allegado de Páez enviaba a otros agentes de éste en provincias, "no hay tiempo ni para rascarnos la cabeza, trabajando en esta Secretaría día y noche, y hasta la madrugada para despachar la correspondencia y los comisionados que van a Oriente, a Apure, al Occidente, Maracaibo y al quinto infierno; y todos, quiere el general (Páez) y quiere don Carlos (Soublette) que lleven instrucciones detalladas para obrar cortando todo nudo que encuentren; y han de llevar escritos de aquí los pronunciamientos que deben hacer las Municipalidades, las Juntas de caserío y todo Dios; porque conviene que vengan todas, todas, todas las actas, sin quedar un rincón que no pida tres cosas, a saber: nada de unión con los reinosos; Jefe de Venezuela, el general; y abajo don Simón. Todo el mundo debe pedir esto, o es un enemigo; y entonces..." [2].

Es del propio documento el amenazante punto suspensivo con que termina el párrafo que he copiado. Y de cómo se reforzaba en cada caso esa intimidación es buen testimonio lo que se hizo en la población de Escuque, según la protesta que en nombre de sus vecinos hacía Francisco A. Labastida, en febrero de 1830, refiriéndose a la conducta del Jefe Militar del Cantón: "Las mismas asambleas populares —narra— han sido juguetes de su insolencia, pues ha pretendido que firmen los ciudadanos, no lo que realmente han dicho y acordado en sus reuniones, sino algunos pape-

---

1. Gil Fortoul, op. cit., tomo I, pág. 662.
2. Blanco y Azpurúa, tomo XIII, pág. 706.

les que a su modo escribía él en su casa, amenazando con sus terrores a los que no querían obedecer. ¿Y será libertad esto, Excmo. Señor? ¿Podrá hablar con libertad un pueblo que en el momento de reunirse ve formado en la plaza un escuadrón de caballería y una compañía de fusileros? Si el contenido de los papeles que el señor Segarra quería que firmásemos hubiesen sido algunas quejas justas y fundadas, para comprobar nuestro pronunciamiento, en buena hora que insistiese; pero querer que suscribiésemos una multitud de dicterios, injurias e insolencias contra el General Bolívar, no nos pareció regular, porque hemos creído que podíamos desconocer su autoridad y tratarla con decoro" [1]. Numerosos documentos inéditos que se conservan en el Archivo Nacional de Caracas. demuestran asimismo cómo se organizó el espionaje de las opiniones privadas y se ejercía la violación de la correspondencia [2].

De esta infatigable maquinación, muy poco o nada llegaba, naturalmente, a conocimiento del Libertador; y en cambio veía alzarse por dondequiera una reacción contra él, que cuanto más inexplicable, tenía que sentir más dolorosa. "Yo no puedo vivir —escribía a O'Leary— bajo el peso de la ignominia que me agobia, ni Colombia puede ser bien servida por un desesperado, a quien le han roto todos los estímulos del espíritu y arrebatado para siempre todas las esperanzas" [3]. Otra carta, para Castillo Rada y justamente del 4 de enero de 1830, sugiere que llegó hasta pensar en el suicidio: "Aseguro a Ud., mi querido amigo —le decía—, que nunca he sufrido tanto como ahora, deseando casi con ansia un momento de desesperación para terminar una vida que es mi oprobio" [4].

Durante tres años venían empleándose contra él y su obra aquellos procedimientos combinados de Páez y Santander. Halagos a los descontentos, para suscitarle enemigos; intrigas y rumores, para desacreditarlo; amenazas, para mover a los cobardes; la demagogia y la intimidación moral, para hacer vacilar a los hombres honrados y al propio Libertador. ¿Qué le ofrecían entre tanto sus amigos y los que querían salvar a Colombia? No le ofrecían nada; le pedían. Para tantos males una solución que nadie podía saber cuál sería; y, con más frecuencia y neciamente, que volviera a ser el héroe irresistible de otros días. Pero, ¿contra quién?

Nunca, en su correspondencia de aquellos días, aparecen planes de largo alcance. Perdido entre un vasto dolor y cuidados pequeños, como diría en sus versos Baudelaire, la política lo forzaba a un diario zurcir de soluciones inmediatas. Sólo una vez, en carta a O'Leary, vuelve a la idea que alimentaba desde 1813, de separar el gobierno político del mando militar. para entregar aquél a un magistrado que cuidara del orden legal y de la

1. Archivo Nacional, Caracas. Sección "Secretaría del Interior y Justicia", tomo V, folio 421.
2. Id. Id., tomos I y V, folios 48 y 269.
3. *Cartas*, tomo IX, pág. 92.
4. *Cartas*, tomo IX, pág. 227.

libertad, mientras él, conservando únicamente atribuciones militares y funciones circunstanciales, se dedicaba a proteger la constitucionalidad y la paz. "La verdad es —le decía— que si me quieren estrechar demasiado me han de desesperar más de lo que estoy. Allá va una idea para que Ud. le dé vueltas y la considere bien: ¿no sería mejor para Colombia y para mí, y aún más para la opinión, que se nombrase un presidente y a mí se me dejase de simple generalísimo? Yo daría vueltas alrededor del gobierno como un toro alrededor de su majada de vacas. Yo lo defendería con todas mis fuerzas y las de la república. Este gobierno sería más fuerte que el mío, porque añadiría a mis fuerzas propias las intrínsecas del gobierno y las particulares del personaje que lo sirviera. La administración general estaría siempre completa, acabada, sin mengua de legitimidad ni de autoridad. El gobierno sería fuerte por sí mismo y por el apoyo que yo le diera. Tendría unidad, estabilidad y continuación. No se vería obligado a estar dando saltos como yo, y dejando vacíos inmensos por detrás. En lugar de moverse trastornando toda la administración y todas las cosas con su marcha, como me sucede a mí a cada instante, formaría un sistema de acción que llevaría adelante sin variaciones y sin pasar por las manos diferentes como acontece ahora, lo que tiñe todo de diferentes colores y de una manera extravagante. Yo correría los departamentos; impediría los desórdenes; entraría en campaña sin necesidad de abandonar el gobierno. Mi atención se dedicaría toda entonces al ejército y a la aplicación de la fuerza armada. Mi movilidad sería admirable para acudir con prontitud y oportunamente a donde quiera que la necesidad o el peligro me llamara. Con esto se evitarían todas las insurrecciones y todos los ataques repentinos, y el gobierno estaría sentado sobre su silla gozando de plena tranquilidad y seguro de que yo me presentaría por todas partes como un muro dentro del cual se salvarían el orden público y la paz doméstica. La administración marcharía sin obstáculo; los ciudadanos reposarían gozando del curso de las leyes; y mi opinión recobraría el lustre que ha perdido. Con ella ganaría Colombia mucho; y yo, gloria, libertad y dicha. Si no se adopta este partido, o me pierden a mí, o pierden a Colombia; y en ambos casos nos perdemos todos" [1].

Esa idea, que como muchas otras de Bolívar fue desacreditada posteriormente por burdas imitaciones, era quizá el único sistema que hubiera asegurado a Colombia libertad y estabilidad durante algún tiempo, mientras, de acuerdo con sus planes de reformas sociales y educación popular, se preparasen bases más amplias para una reorganización constitucional estable.

De halagadoras reflexiones debía de estar rodeado, en su mente, aquel proyecto. Lo mejor que en la guerra habían dado Venezuela, Colombia, la América toda, no era la combatividad y pericia de sus soldados; no era tampoco la abnegación y el valor moral con que sufrieron fatigas y pri-

1. *Cartas*, tomo IX, pág. 91.

vaciones, sino la capacidad de organización, la tenacidad y disciplina con que fueron disputando, paso a paso, al infortunio y al desamparo, las vías de la victoria. Todos los elementos que forman lo que puede llamarse sentido político en los hombres y en las naciones —la solidaridad, la paciencia y la perseverancia, la intuición en cada caso de lo que es conveniente y posible, la mesura del carácter para no abandonarse a quimeras e improvisaciones—, todo eso fue el secreto del triunfo americano durante aquella larga contienda de catorce años. ¿Habían muerto tantas virtudes? ¿No sería posible todavía reanimarlas, para la tarea de consolidar la independencia y hacerla fructífera? Aquel plan que en el Perú había visto tan coherente y factible —educación en el trabajo para todos, y aspiración fundada a la propiedad... colonizar el país con sus propios habitantes, según las consignas de don Simón Rodríguez— quizá no exigiría más de cinco, diez años, bajo una buena administración y podría dar un pueblo nuevo a estas improvisadas repúblicas.

Pero era demasiado tarde. Lo menos que hubieran deseado aquellos caudillos y políticos regionales, que ya tenían en sus manos el mando efectivo, era un plan de esa naturaleza. Y el propio Libertador, aunque sólo a ratos se daba cuenta de la mortal extenuación que lo afligía, la verdad es, y sus amigos y subalternos lo veían, que no podía ofrecerle al país aquellos diez o cinco años. Ni siquiera uno. Los estragos de la noche setembrina, el largo viaje de ida y vuelta a Guayaquil, la ansiedad constante en que vivía, habían minado tanto su organismo, que cuando lo volvieron a ver en Bogotá, sus amigos quedaron aterrados. El general Joaquín Posada Gutiérrez narra en sus *Memorias*: "Cuando Bolívar se presentó, yo vi derramarse algunas lágrimas. Pálido, extenuado, sus ojos tan brillantes y expresivos en sus bellos días, ya apagados; su voz honda apenas perceptible, los perfiles de su rostro, en fin, todo anunciaba en él, excitando una vehemente simpatía, la próxima disolución del cuerpo".

Al fin rompió las últimas ataduras con que las instancias de sus amigos y sus propios sueños venían martirizándolo. "No deseo más que mi *licencia* o la *libertad*, como los soldados o los esclavos", había escrito a José Angel Alamo; y el 27 de abril ratificó en un mensaje al Congreso su renuncia a la Presidencia de la República.

En el mismo documento expresaba también su decisión de expatriarse, a fin de que su nombre no fuera pretexto de nuevas perturbaciones: "Debéis estar ciertos —decía— de que el bien de la patria exige de mí el sacrificio de separarme para siempre del país que me dio la vida, para que mi permanencia en Colombia no sea un impedimento a la felicidad de mis conciudadanos" [1].

Las provincias del sur, que ya de hecho se consideraban separadas de

---

1. *Proclamas y discursos del Libertador*. Caracas, 1939. Pág. 404.

Colombia e iban a constituir la República del Ecuador, le habían pedido que fuera a vivir allí. Por medio de una representación firmada en Quito el 27 de marzo de 1830 y que encabezaba el general Flores, le decían: "...nos dirigimos a V. E. suplicándole se sirva elegir para su residencia esta tierra que adora a V. E. y admira sus virtudes. Venga V. E. a vivir en nuestros corazones, y a recibir los homenajes de gratitud y respeto que se deben al Genio de la América, al Libertador de un mundo" [1]. Sucre, que ya se encontraba de regreso en Bogotá, lo instaba en el mismo sentido. Pero el Libertador le respondió: "La República se va a dividir en partidos; en cualquier parte que me halle me buscarían por caudillo del que se levante allí; y mi dignidad ni mi puesto me permiten hacerme jefe de facciones" [2].

Pero carecía de dinero para sostenerse decorosamente en el extranjero. Su cuantiosa fortuna había sido consumida por la guerra y las constantes dádivas y pensiones que ordenaba sobre ella, en favor de parientes, amigos o compañeros de armas. Uno de sus más enconados detractores, el aventurero H. L. Ducoudray Holstein, narra acerca de ese desprendimiento del Libertador: "Debo, sin embargo, hacerle justicia diciendo que no fue nunca avaro, porque es generoso y se preocupa poco o nada con el dinero. Lo vi a menudo vaciar su bolsa y darle su último doblón a cualquier oficial que le pedía algo a cuenta de su salario, y en alejándose, oí siempre a Bolívar que decía, riéndose: «—*Le pauvre diable!*, está más necesitado que yo, y para mí no tiene valor esa miseria de oro; le he dado todo lo que tenía»" [3]. Consta asimismo en la correspondencia del Libertador que por dos veces le ofreció a Urdaneta la mitad de su fortuna, cuando lo invitaba a que ambos se retirasen de la vida pública, en aquellos aciagos años del 28 al 30. Otro de sus rasgos de generosidad, con don Fernando Peñalver, parece una hermosa leyenda, y, sin embargo, está acreditado también en sus cartas. Fue en mayo de 1821. Tanto Bolívar como Peñalver sufrían todavía las estrecheces que hemos narrado en aquellos años; recuérdese que en una de sus cartas de mayo del año anterior, narraba Bolívar: "Infante le ganó unos reales al cura de San Cayetano y me está manteniendo" [4]. Pues bien, también en mayo del año siguiente, y sin haber salido de aquella penuria, le escribe a Peñalver: "Mi querido amigo: anoche recibí la carta de Ud. que me trajo Anacleto. He sabido, con mucho sentimiento, por el portador, que Ud. se halla en extrema miseria; y como no tengo un maravedí de que disponer, le envío a Ud. la adjunta orden para mi criado, que tiene mi equipaje para que se lo entregue, lo venda y se socorra. Entre otras cosas debe haber

---

1. Blanco y Azpurúa, tomo XIV, pág. 163.
2. Citado por José Ignacio Méndez en *El ocaso de Bolívar*. Bogotá, 1951. Pág. 38.
3. Antonio Arraiz, op. cit., pág. 65.
4. *Cartas*, tomo II, pág. 172.

alguna plata labrada que, de cualquier modo, se puede vender de pronto" [1].

Numerosos episodios análogos podrían citarse. Dijérase que llegó a ser absolutamente indiferente en cuanto al dinero, así como había renunciado a toda suerte de comodidades o de ostentación. En diciembre de 1829 le dice a don José Angel Alamo: "Siento que Ud. y otros amigos se maten en agenciarme ese negocio; y siento más que haya quien tema hacer justicia conmigo. Esta es una conjuración cruel contra mi honor. Abandone Ud., pues, mi defensa, y que se apoderen de mi propiedad el enemigo y el juez... No haga Ud. más en el asunto. Yo moriré como nací: desnudo. Ud. tiene dinero y me dará de comer cuando no tenga" [2].

Se refería a unas minas de cobre —lo único que le quedaba del patrimonio familiar— que pretendía vender; pero sobre las cuales pesaba un litigio, agravado por la animadversión y el interés político de sus enemigos de Venezuela.

Además, todavía debía pagar con su precio los 22.000 pesos ofrecidos a Lancaster para su ensayo de educación popular en Caracas. "Los señores Powles & Co. me reclaman —le decía a su apoderado— lo que les debo de aquella letra protestada del señor Lancaster que Ud. sabe, y deseo que Ud. mande pagar desde el momento que se reciba el primer dinero y que en el caso de que no se llegasen a vender las minas el señor Powles recibirá el arredamiento de ellas hasta cubrir sus veinte y dos mil pesos... Tenga Ud. la bondad de avisarlo así a esa casa para tranquilizar sus cuidados sobre esa cantidad" [3]. Son del 28 de abril de 1830 esas instrucciones, el día siguiente al de su renuncia definitiva: así fue fiel, hasta el último momento y hasta la última moneda, al propósito que tanto había amado.

Porque al fin, para poder emprender viaje, tuvo que poner a la venta sus alhajas y caballos; y su propia vajilla de plata que entregada como metal en bruto a la Casa de la Moneda le produjo 2.500 pesos. Salió de Bogotá, hacia Cartagena, el 8 de mayo. Cuatro días antes, el Congreso había elegido Presidente de la República a don Joaquín Mosquera y Vicepresidente al general Domingo Caicedo.

Antes de partir, el día 7, tuvo ocasión de presenciar un triste ejemplo de la anarquía que dejaba a sus espaldas. Un batallón y un escuadrón de caballería, compuestos en su mayoría de venezolanos, se sublevaron y exigieron dinero y víveres para regresar a Venezuela. El gobierno tuvo que acceder a sus demandas, y por las calles de Bogotá, a tambor batiente y con banderas desplegadas, desfilaron los dos cuerpos, como si se tratase de una de sus antiguas gloriosas campañas y no de una deserción en masa.

---

1. *Cartas*, tomo II, pág. 349.
2. *Cartas*, tomo IX, pág. 221.
3. *Cartas*, tomo IX, pág. 260.

No carecían totalmente de razón, sin embargo, aquellos levantados veteranos. Con bastante frecuencia, en la América hispana se culpa a los militares de inclinación a la violencia y espíritu sectario, pero los políticos caen a su turno en esos mismos excesos, que son los que destruyen por su base la armonía social y crean un estado de ánimo colectivo propicio a cualquiera aventura anarquizante. Y así sucedió entonces: apenas se hubo separado del poder el Libertador, los demagogos quisieron lanzarse contra él, contra sus amigos y colaboradores, contra los militares y contra los venezolanos que quedaban en territorio granadino. Naturalmente, cuando son tan numerosos los amenazados, y por su parte poco inclinados además a presentar la otra mejilla, la lucha es inevitable.

En medio del impreciso y extenso malestar que eso acarreaba, hasta Manuelita Sáenz llegó aquel mar de leva. Los santanderistas la odiaban, y especialmente le echaban en cara que en un grotesco simulacro, que con todo cuidado preparó en su casa, había fusilado en efigie a Santander. Desde luego, no querían recordar que eran los mismos días en que Vargas Tejada recitaba en los círculos de conspiradores, entre gritos y aclamaciones, los versos en que proponía cortar al "tirano" la cabeza y los pies.

Durante el juicio a los *setembristas*, Manuela mintió para salvar la vida a algunos de ellos, y por otros intercedió, los hizo esconder o los protegió de otras maneras. Aunque en su carta a O'Leary ya citada, veinte años después de muerto el Libertador, tuvo la delicadeza de atribuir a éste él mérito de su actitud. Decía: "Cuando el general (Bolívar) marchó de Bogotá no sé para dónde, fue que me dijo: «—Está al llegar preso el general Padilla; te encargo que lo visites en su prisión; que lo consueles y lo sirvas en cuanto se le ofrezca». Así lo hice yo. El señor general Obando, a quien Dios guarde por muchos años, ha dicho en Lima antes de ahora, que yo, en medio de mis malas cualidades, tenía la de haberme portado con mucha generosidad, a lo que yo contesté que esa virtud no era mía, sino del Libertador, que me había dado tantas y tan repetidas lecciones de clemencia con el mismo panegirista. Esto es muy cierto: a Ud. le consta. De modo que tantos escapados de la muerte fue por el Libertador. Baste decir a Ud. que yo tuve en mi casa a personas que buscaban y que el Libertador lo sabía. Al general Gaitán le avisaba que se quitase de tal parte porque ya se sabía. Al doctor Merizalde lo vi en una casa al tiempo de entrar yo a caballo, y le dije a la dueña de casa: «Si así como vengo con un criado, viniese otra persona conmigo, habrían visto al doctor Merizalde: dígale Ud. que sea más cauto». Tal vez sería por eso que después de muerto el Libertador, me hizo comadre Merizalde. Infinitas cosas referiría a Ud. de este género y las omito por no ser más larga, asegurándole a Ud. que en lo principal no fui yo más que el instrumento de la magnanimidad del gran Bolívar" [1].

1. O'Leary, tomo III, pág. 375.

En otra de sus cartas, para el Libertador, dejó también el testimonio de aquella influencia bienhechora. Intercedía en este caso por otros individuos, pero con el estilo, a la vez altivo y acariciante que solía usar con Bolívar, le dice: "Usted sabe que jamás he hablado a usted más que por desertores o condenados a muerte; si usted los ha perdonado, lo he agradecido en mi corazón sin hacer ostentación; si no los ha perdonado, lo he disculpado y sentido sin sentirme; yo sé bien cuanto puedo hacer por un amigo y ciertamente no es comprometer al hombre que más idolatro".

Pero no le perdonaban que hubiera salvado al Libertador la noche fatal; y, además, querían herirlo a él a través de ella. Por eso insistían en atribuirle numerosos amantes. No es inverosímil, por desgracia, suponer que Manuela, de acuerdo con su agresiva independencia de criterio, llegara a separar en ocasiones, de la apasionada fidelidad espiritual que siempre guardó al Libertador, la fidelidad de orden físico que quizá para ella no tenía ningún valor. Pero también podemos pensar que la misma fuerza de su carácter debía ser opuesta a la pasividad ocasional que supone el entregarse a otros hombres sin amor, y que, de haber aceptado a alguno, lo hubiera seguido en entrega única y total.

Otro argumento, que en cierta ocasión oímos al penetrante crítico don Enrique Planchart, nos parece además decisivo: después de la muerte de Bolívar nunca más se repitieron aquellos cuentos sobre la lascivia de Manuelita. ¿No es suficiente prueba de que sólo fueron inventados para herir al Libertador?

Tan orgullosa de ser la amante de Bolívar, y tan abnegada, se mostró Manuela cuando el Libertador se hallaba enfermo, destrozado espiritualmente y proscrito, como en los meses espléndidos de Lima. Treinta y tres años tenía solamente cuando murió su héroe; quedó pobre y fue perseguida encarnizadamente; su antiguo esposo quiso auxiliarla y ella rechazó toda ayuda; terminó sus días alimentada por el trabajo de sus propias manos, en un oscuro pueblecito del Perú; y aún así, reducida a extremo desamparo, defendía con la misma entereza y entusiasmo de siempre el recuerdo de su perdido amor. ¿Cómo no preguntarnos, pues, y también apasionadamente, por qué aquella mujer, libre, bella, ardiente y codiciada, tuvo fuerzas suficientes para resistir a los requerimientos que de todas partes debían de asediarla?

Parece una respuesta anticipada a esta pregunta lo que la propia Manuela dijo en aquellos días a sus perseguidores, en una hoja pública: "Pueden calificar de crimen mi exaltación, pueden vituperarme; sacien, pues, su sed, mas no han conseguido desesperarme; mi quietud descansa en la tranquilidad de mi conciencia y no en la malignidad de mis enemigos, en la de los enemigos de S. E. el Libertador. Si aun habiéndose alejado este señor de los negocios públicos, no ha bastado para saciar la cólera de

éstos, y me han colocado por blanco, yo les digo: que todo pueden hacer, pueden disponer alevosamente de mi existencia, menos hacerme retrogradar ni una línea en el respeto, amistad y gratitud al general Bolívar; y los que suponen ser esto un delito, no hacen sino demostrar la pobreza de su alma, y yo la firmeza de mi genio"[1].

El nuevo Presidente, don Joaquín Mosquera, a pesar de pertenecer a una familia tan querida y honrada por Bolívar que al propio don Joaquín llegó a considerarlo como un hermano, había nombrado Ministro del Interior al rencoroso doctor Vicente Azuero, y esto envalentonó, naturalmente, a los enemigos del Libertador. Manuela, por su parte, se dedicó a provocarlos con travesuras, que ellos tomaban muy seriamente por una conspiración. Uno de los letreros que ella hizo fijar en las esquinas decía simplemente: "Viva Bolívar, fundador de la República"; pero Azuero lo comentaba así: "Un negro había fijado pasquines subversivos e incendiarios en la casa situada en la diagonal de la torre de la Catedral y en la iglesia de San Francisco; el tal negro era de la servidumbre de la Manuela Sáenz; ésta había mandado, con una zambita, a obsequiar a los soldados que estaban de guardia en el Palacio del Excelentísimo Vicepresidente de Colombia, general Domingo Caicedo, con una botella de cerveza, un plato de panecillos de dulce, cigarros, un peso en plata y un tarrito con ají"[2].

En otra ocasión supo Manuela que en la plaza principal iban a quemar unos castillos de fuegos artificiales, dentro de los cuales habían puesto imágenes injuriosas de ella y del Libertador. Al pronto entregó sendas lanzas a dos de sus esclavas, tomó ella otra, y las tres mujeres asaltaron el armatoste haciendo huir a sus guardianes y lo destruyeron.

Algunas de estas cosas debieron de llegar a oídos del Libertador, porque se apresuró a escribirle desde el camino: "Mi amor: tengo el gusto de decirte que voy muy bien y lleno de pena por tu aflicción y la mía por nuestra separación. Amor mío, mucho te amo, pero más te amaré si tienes ahora más que nunca mucho juicio. Cuidado con lo que haces, pues si no nos pierdes a ambos perdiéndote tú. Soy tu más fiel amante. *Bolívar*"[3].

Algunos historiadores suponen que debió de ser escrita poco después otra carta del Libertador para ella que se ha conservado sin fecha. Le decía: "El yelo de mis años se reanima con tus bondades y gracias. Tu amor da una vida que está expirando. Yo no puedo estar sin ti, no puedo privarme voluntariamente de mi Manuela. No tengo tanta fuerza como tú para no verte: apenas basta una inmensa distancia. Te veo aunque lejos de ti. Ven, ven, ven luego". Y como firma: "Tuyo de alma"[4].

---

1. Alfonso Rumazo González, *Manuela Sáenz*, pág. 271.
2. Alfonso Rumazo González, op. cit., pág. 272.
3. *Cartas*, tomo IX, pág. 265.
4. *Cartas*, tomo VII, pág. 377.

Extraño idilio al borde del sepulcro, que se complicaba, como si el Libertador hubiera estado en sus mejores días, con otra carta en que Joaquina Garaicoa, *la Gloriosa*, le decía desde Guayaquil: "Mi Glorioso: Yo estoy fuera de mí, me aflijo, me espanto, no me entiendo cuando considero que Ud. estará ya fuera de Colombia; mas no puedo dudarlo según las últimas noticias. Ud., que conoce mi entusiasmo y todo lo que Ud. es para mí, aún no puede persuadirse de cuanto siento: intenté manifestarlo a Ud. escribiéndole por el correo del interior luego que vi su último mensaje, dije a Ud. como en ésta cuanto me fue posible; mas todo es nada: no hay palabras que transmitan mis sentimientos hacia mi *Libertador, el Padre de Colombia.* En medio de lo que nos oprime el peso de esta desgracia, yo me reanimo al considerar que siempre tengo a Ud. en mi corazón; que allí, le veo, le hablo, con la confianza que me inspiran sus bondades; le oigo, le abrazo, le admiro, y yo finalmente me lisonjeo con la confianza de que Ud. en todas partes es quien en todo el mundo es admirado; y lo será mucho más con este último rasgo del más heroico desprendimiento que asombrará a los ambiciosos, y pondrá un sello en los labios de sus gratuitos e injustos enemigos. Si antes he cuidado y querido a la Fineza, como prenda de Ud. y como ella merece por sus gracias, yo la estimaré más cada día y siempre la miraré como Fineza de Ud.; ella será mi mejor compañera, y siempre estará en mis más gratos y dulces recuerdos. Dígnese Ud. recibir las consideraciones de mi Madre y de cada una de esta su casa, el respeto ilimitado del Cura, y las más cordiales aficiones de su invariable admiradora que tiene la gloria de suscribirse con los grandes títulos que Ud. mismo le dio en su generosidad. Gloriosa, Simona Joaquina Trinidad... y Bolívar" [1].

Si aquellas pruebas de amor de Manuela y de Joaquina confortaron el ánimo del Libertador, muy pronto una atroz noticia vino a interrumpir los momentos de sosiego o satisfacción que pudo disfrutar. El 1º de julio, encontrándose ya en Cartagena, supo que el 4 de junio, en la montaña de Berruecos, cerca de Pasto, había sido asesinado Sucre. —"¡Santo Dios! ¡Se ha derramado la sangre de Abel!", fue lo único que llegó a decir, y permaneció mudo, ensimismado en su inexpresable dolor.

El 26 de mayo, Bolívar le había escrito por última vez, y le decía: "Yo me olvidaré de Ud. cuando los amantes de la gloria se olviden de Pichincha y de Ayacucho". También en el *Diario de Bucaramanga,* y aunque dentro de un juicio recogido en forma poco hábil por Perú de Lacroix, hay una frase del Libertador que parece un anticipado epitafio de su sin igual compañero: "...tiene el alma grande y fuerte; sabe persuadir y conducir a los hombres; los sabe juzgar..."

Tan recto y humanitario había sido Sucre, que ni aun contra los realistas

---

1. Lecuna, *Catálogo...*, tomo III, pág. 285.

y en la época de la guerra a muerte quiso usar del rigor. En el Perú pronunció por primera vez una condena a muerte contra un oficial español, de apellido Echevarría; pero a poco le indultó. No llegó, sin embargo, a tiempo su orden de clemencia, y Echevarría fue ejecutado. Sucre creyó necesario justificarse y pudo hacerlo así: "...en el curso de nuestra guerra terrible y desastrosa, en que tres de mis hermanos han sido fusilados fríamente por los enemigos, es Echevarría el primer peninsular que he condenado a muerte, teniendo a mi disposición, de Pichincha al Potosí, veintiocho generales y mil trescientos oficiales españoles". En cuanto a su conducta con sus enemigos personales, vaya este ejemplo: un oficial llamado Valentín Matos trató de asesinarlo en Bolivia; juzgado y condenado a muerte, Sucre le conmuta esta pena por la de destierro y le regala 200 pesos para el viaje, de sus fondos particulares; poco después se celebra el primer aniversario de la República y Sucre decreta: "el reo Valentín Matos, condenado a muerte y conmutada esa pena en destierro que actualmente sufre por el asesinato premeditado contra mi persona, queda exento de toda pena por dicho delito..." [1].

El asesinato de Sucre fue ordenado por uno de aquellos siniestros jefes pastusos, el general José María Obando, antiguo realista, cuyo último crimen había sido sublevarse en connivencia con los peruanos cuando éstos invadieron a Colombia. El jefe de los forajidos que lo ejecutaron, un tal Apolinar Morillo, venezolano, así lo declaró hasta el momento de subir al patíbulo; y lo mismo aseguraron sus principales cómplices. Pero como Obando figuraba ya en los círculos de Nueva Granada que comenzaban a llamarse "liberales", y después llegó a ser primera figura entre ellos, logró que sus partidarios desviaran de él la evidencia del crimen.

Se trataba también con esto de ocultar otro hecho, menos probado desde luego, pero acerca del cual coinciden importantes testimonios: que a su vez Obando recibió instrucciones de Bogotá para el asesinato, y de uno de aquellos círculos. Se sabe hasta la casa, cerca de la Catedral, donde se tomó la criminal decisión, y uno de los que asistieron al conciliábulo narró años después: "...que él fue el primero que salió de la casa, y al llegar a la puerta, vio al general Sucre paseándose en el atrio de la Catedral con los brazos cruzados; que esto lo había impresionado mucho, pues era como un espectro que se le aparecía, habiéndose momentos antes, decretado su muerte..." [2]. Públicamente, además, aquellos fanáticos habían anunciado el crimen y hasta habían indicado quién lo cometería. En uno de sus diarios, llamado *El Demócrata*, decían el 1º de junio a propósito de la salida de Sucre hacia el sur: "Puede ser que Obando haga con Sucre, lo que no hicimos con Bolívar, y por lo cual el gobierno está tildado de débil, y nosotros todos y el gobierno mismo, carecemos de seguridad".

---

1. Gil Fortoul, op. cit., tomo I, pág. 475.
2. *Sucre, figura continental*, por Carlos Héctor Larrazábal. Buenos Aires, 1950. Pág. 289.

El sentimiento que los guiaba fue, desde luego, adivinado por Bolívar desde el primer momento. El mismo día que tuvo la fatal noticia, escribió al general Flores: "El inmaculado Sucre no ha podido escaparse de las asechanzas de estos monstruos. Yo no se qué causa ha dado este general para que atentasen contra su vida, cuando ha sido más liberal y más generoso que cuantos héroes han figurado en los anales de la fortuna, y cuando era demasiado severo hasta con los amigos que no participaban enteramente de sus sentimientos. Yo pienso que la mira de este crimen ha sido privar a la patria de un sucesor mío..." [1].

Otro golpe de orden moral cayó a los pocos días sobre el Libertador. Venezuela, ya separada definitivamente de la unión colombiana, había reunido en Valencia un Congreso Constituyente, y presionado este cuerpo por aquellos individuos que azuzados desde la Secretaría de Páez creían necesario infamar por todos los medios el nombre de Bolívar, declaró que se podrían abrir nuevamente negociaciones con Nueva Granada y Quito, "pero Venezuela —decía el Presidente del Congreso de Valencia al de Colombia— a quien una serie de males de todo género ha enseñado a ser prudente, que ve en el general Simón Bolívar el origen de ellos y que tiembla todavía al considerar el riesgo que ha corrido de ser para siempre su patrimonio, protesta que no tendrán lugar los arreglos propuestos, mientras el Libertador permanezca en el territorio de Colombia" [2]. El rencor que reflejaban estas declaraciones bastaba, desde luego, para desautorizarlas. Dentro de la más absoluta objetividad, los venezolanos tenían que ser los últimos en quejarse de despotismo por parte del Libertador. Desde el año 1813 al de 1821 sólo estuvo en Venezuela para guerrear en las más duras condiciones y en regiones casi despobladas; inmediatamente después de Carabobo salió para el sur; y desde su regreso en 1827, y excepto los seis meses durante los cuales se dedicó en Caracas al fructífero trabajo administrativo que hemos narrado, Venezuela quedó prácticamente separada del gobierno central.

Pero lo peor en este infame suceso fue que le procuró al doctor Vicente Azuero la indigna satisfacción de comunicar al Libertador aquella ofensa que le hacía su patria nativa. Hablando en nombre del Presidente Mosquera, le decía a Bolívar: "El Excmo. Sr. Presidente de la República, embarazado con el contenido de dicha comunicación, y en la duda acerca del partido que deba adoptar, al fin ha resuelto que se remita a V. E. una copia, como tengo el honor de verificarlo, a fin de que V. E. quede informado de esta notable circunstancia, por lo que pueda influir en la dicha de la nación, y por la trascendencia que tiene con la gloria de V. E." [3].

---

1. *Cartas*, tomo IX, pág. 279.
2. Blanco y Azpurúa, tomo XIV, pág. 294.
3. Blanco y Azpurúa, op. cit., tomo XIV, pág. 295.

El gobierno de Mosquera no tenía, en absoluto, por qué trasmitir a Bolívar, que ya era un simple particular y se encontraba de viaje al exterior, aquellas desatentadas declaraciones del Congreso de Valencia. ¿Y qué significaban aquellas ambiguas expresiones: "en la duda acerca del partido que deba adoptar... por lo que pueda influir en la dicha de la nación"? ¿Sugerían que Mosquera había pensado en expulsar, él, al Libertador? ¿Le pedía, para evitarse ese paso, que acelerara su exilio? Así lo entendió Bolívar, y comentaba en una de sus cartas: ¡Echarme de Colombia implícitamente mi mejor amigo y el que yo hubiera escogido por hermano!... nada tenía que responder al señor Mosquera y mi mayor moderación ha consistido en no haberle escrito" [1].

Pero la intemperancia de los demagogos en el gobierno no es menos ciega que la de los tiranos, y al igual que la de éstos parece que con cada atropello que realiza se enardece más. Una de las medidas que se le ocurrieron al gobierno de Mosquera fue la de licenciar un cuerpo de tropas venezolanas, pero alejándolas antes de la capital, para aislarlas. Naturalmente, aquellos veteranos sospecharon que se les iba a dispersar indefensos y sin recursos, a larga distancia de su tierra nativa y a merced de la hostilidad que cada día se hacía más aguda entre granadinos y venezolanos. Decidieron, pues, sublevarse; derrotaron a las fuerzas del gobierno y lo derribaron.

Por desgracia para Bolívar, comenzaron inmediatamente los "pronunciamientos" en su favor, y mediante un acta firmada en Bogotá, a principios de setiembre, los dueños de la nueva situación lo llamaron al poder supremo, confiándoselo, mientras él lo asumía, al general Rafael Urdaneta. Como siempre también, ocurrieron sus amigos y partidarios a acosarlo para que volviera a la vida pública.

El Libertador reaccionó violentamente. El mismo 10 de setiembre escribió al general Briceño Méndez: "Uds. instan mucho porque yo me vuelva un faccioso y me ponga a la cabeza de unos rebeldes; a lo menos éste es todo el sentido de una carta muy larga del señor Aranda. He leído esta carta que ciertamente me ha llenado de disgusto, en lugar de animarme a cometer una acción criminal. No están ellos contentos todavía de haberme perdido en la opinión pública por los consejos de Ocaña y las infames actas y los proyectos de monarquía; sino que también se me quiere privar del honor personal, degradándome a la especie de los enemigos de la patria. Aranda dice que yo soy ingrato con mis amigos, débil, y me tacha hasta de cobardía. Ud. sabe muy bien, que el único carácter que hay en Colombia enérgico es el mío, pues es el único título que he tenido para mandar a todos los demás, y Ud. sabe también que mi aborrecimiento al mando ha sido tan sincero como todo mi carácter. Me exigen que yo sacrifique mi

1. *Cartas*, tomo IX, pág. 343.

nombre de ciudadano honrado, sólo para llevar a cuatro emigrados a sus casas. Pues bien, no lo haré y le juro a Ud. que jamás volveré a tomar el mando, para no volver a ser ingrato con mis amigos ni cobarde con mis enemigos" [1].

Se encontraba ya en Cartagena, y agregaba a la misma carta: "Aquí me han querido nombrar de general del ejército a imitación de una acta del Socorro y de una proclamación de Justo Briceño. Es inútil añadir que no he admitido semejante impertinencia".

Pero el hábito del mando y sobre todo el deseo de no dejar abandonado a Urdaneta, que había asumido tan duras responsabilidades, lo llevaron a darle consejos a aquel general, a declarar vagamente que serviría como "ciudadano y soldado" y a prometer al propio Urdaneta que contribuiría "al restablecimiento del orden, a la reconciliación de los hermanos enemigos, y a recuperar la integridad nacional". Llegó hasta ofrecerle en la misma carta que volvería a la capital "a reiterar mis protestas solemnes de obedecer las leyes y las autoridades actualmente constituidas, hasta que las elecciones constitucionales nos proporcionen los beneficios de un cuerpo legislativo y los nuevos magistrados que nos den los sufragios de la nación" [2].

Casi inmediatamente recobró, sin embargo, su habitual lucidez, y con ella la repugnancia a ser considerado como jefe de un partido. "Ud. me dice —le escribe a Vergara el 25 del mismo mes— que dejará luego el ministerio porque tiene que atender a su familia, y luego me exige Ud. que yo marche a Bogotá a consumar una usurpación que la gaceta extraordinaria ha puesto de manifiesto sin disfrazar ni en una coma la naturaleza del atentado. No, mi amigo, yo no puedo ir, ni estoy obligado a ello, porque a nadie se le debe forzar a obrar contra su conciencia y las leyes. Tampoco he contribuido en la menor cosa a esta reacción, ni he comprometido a nadie a que la hiciera. Si yo recogiese el fruto de esta insurrección yo me haría cargo de toda su responsabilidad. Créame Ud., nunca he visto con buenos ojos las insurrecciones; y últimamente he deplorado hasta la que hemos hecho contra los españoles" [3].

Y el 16 de octubre ratifica a Urdaneta: "Tenga Ud. entendido que se ha observado en la historia, que en todas las guerras civiles ha vencido siempre el más feroz o el más enérgico, según la acepción de la palabra. Al partido de Ud. no le queda otro recurso que optar entre dejar el país o deshacerse de sus enemigos, porque la vuelta de éstos será espantosa. Por no colocarme yo en tan cruel alternativa no me he atrevido a tomar parte en esta reacción, pues estoy persuadido que nuestra autoridad y

1. *Cartas*, tomo IX, pág. 303.
2. *Cartas*, tomo IX, pág. 312.
3. *Cartas*, tomo IX, pág. 323.

nuestras vidas no se pueden conservar sino a costa de la sangre de nuestros contrarios, sin que por este sacrificio se logre la paz ni la felicidad, mucho menos el honor" [1].

Su salud, además, decaía por momentos, inexorablemente. Como se mezclan y confunden las imágenes en la mente de un calenturiento —y probablemente eso era lo que sucedía en realidad—, en sus cartas de aquellos días se atropellan fragmentos contradictorios de proyectos irrealizables, la angustia y el dolor. A Briceño Méndez le escribe desde Cartagena el 20 de setiembre: "Uds. verán mi proclama: aunque parece que ofrezco mucho, no ofrezco nada, sino servir como soldado. No he querido admitir el mando que me confieren las actas, porque no quiero pasar por un jefe de rebeldes y nombrado militarmente por los vencedores. He ofrecido al gobierno servirle porque no me puedo excusar en peligros semejantes. Si me dan un ejército lo aceptaré, y si me mandan a Venezuela iré... Yo no puedo vivir entre asesinos y facciosos; yo no puedo ser honrado entre semejante canalla, y no puedo gozar del reposo en medio de las alarmas. A nadie le piden tantos sacrificios como a mí, y esto para que todos hagan lo que les tiene más en cuenta. Aquí no hay equidad, mi amigo: por consiguiente, yo debo tomar por mí mismo la parte de mi justicia. Yo estoy viejo, enfermo, cansado, desengañado, hostigado, calumniado y mal pagado. Yo no pido por recompensa más que el reposo y la conservación de mi honor; por desgracia es lo que no consigo" [2].

Desde Turbaco dice a Urdaneta, el 2 de octubre: "Yo he venido aquí de Cartagena un poco malo, atacado de los nervios, de la bilis y del reumatismo. No es creíble el estado en que se encuentra mi naturaleza. Está casi agotada y no me queda esperanza de restablecerme enteramente en ninguna parte y de ningún modo. Sólo un clima como el de Ocaña puede servirme como alivio, pues la tierra caliente me mata y en la fría no me va bien..." [3]. Y desde Soledad tiene que declararle catorce días después: "...mis nervios sufren extraordinariamente de este inmenso calor; de suerte que, con mucho dolor, suelo menearme y dar un paseo en la casa, sin poder subir una escalera por lo mucho que sufro... Todo esto, mi querido general, me imposibilita de ofrecer volver al gobierno, o más bien de cumplir lo que había prometido a los pueblos de ayudarlos con todas mis fuerzas, pues no tengo ninguna que emplear ni esperanzas de recobrarlas" [4].

Carecía de médicos, y por otra parte no deseaba ninguno y se negaba a tomar cualquier medicina. De acuerdo con las ideas de la época, y con su propio carácter, se proponía hacer ejercicio para combatir el decai-

---

1. *Cartas*, tomo IX, pág. 336.
2. *Cartas*, tomo IX, pág. 321.
3. *Cartas*, tomo IX, pág. 328.
4. *Cartas*, tomo IX, pág. 334.

miento que sentía, y "navegar unos días en el mar para remover —decía— mis humores biliosos y limpiar mi estómago por medio del mareo".

Es de suponer los estragos que esos desesperados recursos harían en su desgastado organismo. "Mi mal se va complicando —observa el 6 de noviembre— y mi flaqueza es tal que hoy mismo me he dado una caída formidable, cayendo de mis propios pies sin saber cómo y medio muerto" [1].

Encontraba a Soledad demasiado húmeda y siguió a Barranquilla. En esta ciudad, un patriota granadino, que llevó durante cuatro días un *Diario* de lo que le vio hacer y decir, anotó un pormenor que parece una amarga alegoría: dice que el Libertador, para recibirlo, "bajó la escalera apoyado del capitán Iturbide, su edecán" [2]. Este capitán Iturbide era hijo de Agustín I de México: ¡qué sarcasmo del destino! El patriota irlandés O'Connell había enviado al Libertador su hijo "para que admirando e imitando vuestro ejemplo, sirva bajo vuestras órdenes"; otro tanto hizo Sir Robert Wilson, veterano de todas las guerras europeas de su tiempo; un sobrino de Kosciusko y un hijo de Murat aspiraron a lo mismo, y aquél exclamó al presentársele: "He atravesado el diámetro del globo exaltado por las glorias del héroe del Nuevo Mundo, para tener la honra de servirle" [3]. Y sin embargo, para bajar aquella escalera, que parecía simbólica, no tenía como apoyo sino al hijo del fracasado emperador mexicano.

Así mismo, Byron, La Fayette, la familia de Washington, Bernadotte, lo habían glorificado, y, como dice Unamuno, "con el nombre de Bolívar en los labios, en canciones patrióticas, tomaron a París los revolucionarios de 1830". Pero a él no le llegaban en aquellos momentos sino los libelos que sus enemigos esparcían, y exclamaba, ya destrozado: "mi aflicción no tiene medida, porque la calumnia me ahoga como aquellas serpientes de Laocoonte" [4].

De acuerdo con lo que había proyectado, se trasladó por mar a Santa Marta, adonde llegó en la noche del 1º de diciembre. Allí encontró a un médico francés, Alejandro Próspero Reverend, el cual se dedicó a cuidarlo y desde ese mismo día llevó un *diario* donde anotaba el curso de la enfermedad [5]. En el primer asiento, dice: "S. E. llegó a esta ciudad de Santa Marta a las siete y media de la noche, procedente de Sabanilla, en el bergantín nacional *Manuel;* y habiendo venido a tierra en una silla de brazos, por no poder caminar, le encontré en el estado siguiente: cuerpo

---

1. *Cartas*, tomo IX, pág. 369.
2. *Diario de Barranquilla cuando estuve cerca del Libertador*, por José Vallarino Jiménez. Boletín de la Academia Nacional de la Historia, Caracas. Nº 101, pág. 262.
3. Arraiz, op. cit., pág. 214. Por el hijo de Murat, ver también: *Cartas*, tomo IX. pág. 60, donde agradece aquella oferta "al sobrino del gran Napoleón y al hijo del primer soldado del mundo".
4. *Cartas*, tomo IX, pág. 246.
5. Blanco y Azpurúa, tomo XIV, pág. 464.

muy flaco y extenuado; el semblante adolorido y una inquietud de ánimo constante. La voz ronca, una tos profunda con esputos viscosos y de color verdoso. El pulso igual, pero comprimido. La digestión laboriosa. Las frecuentes impresiones del paciente indicaban padecimientos morales. Finalmente, la enfermedad de S. E. me pareció ser de las más graves, y mi primera opinión fue que tenía los pulmones dañados".

Este diagnóstico fue confirmado al día siguiente por el doctor N. Night, cirujano de la goleta de guerra *Grampus*, de los Estados Unidos, que casualmente se hallaba en el puerto; y entre ambos médicos acordaron el tratamiento que debía seguir el enfermo. Este no mejoraba, sin embargo: "duerme solamente dos o tres horas a prima noche, y el resto lo pasa desvelado, y como con pequeños desvaríos", anota Reverend el día 3. Tenía, además, hipo, vómitos y dolores en el pecho.

Sin embargo, el día 6 se trasladó a la quinta de San Pedro Alejandrino, en las afueras de la ciudad, y experimentó extraordinario alivio: "llegó bastante contento del viaje que decía le había aprovechado, pues le condujeron en berlina", dice la anotación de ese día.

La quinta adonde se había trasladado el Libertador era propiedad de un español llamado don Joaquín de Mier, que ya había obsequiado a Bolívar, cuando éste se encontraba en Barranquilla, con cerveza, vino y legumbres para su mesa, y que en aquel refugio le aderezó hidalga hospitalidad.

Según tradición conservada por el historiador Salgado Gómez, "el señor Mier, que viajaba al lado del enfermo hacia su casa de campo, hizo detener el coche en la puerta de su casa de Santa Marta para despedirse de su esposa, la señora Rovira. Al salir, le dijo la señora en francés: —Deténte un momento, y traemos al Libertador para conversar con él. —Imposible —repuso su marido— ¿no ves su estado? No puede dar un paso. Y el Libertador, incorporándose trabajosamente dentro del vehículo, interrumpió en el más puro francés: —Señora, aún me quedan alientos para ir a besar a usted las manos!" [1].

También el día 7 se mantuvo la mejoría lograda por el enfermo: "S. E. pasó una buena noche y el día contento, alabando mucho la mudanza de temperamento", dice el *diario*. Con indomable voluntad que ni aun en esa situación cedía, Bolívar había continuado su correspondencia política, y por lo menos dos cartas, que se han conservado, escribió ese día 7. En una de ellas, bastante larga, le participa a Urdaneta: "Aquí han llegado ocho jefes de Venezuela y entre ellos los generales Infante, Silva y Portocarrero" [2].

Pero al día siguiente sufrió una brusca y definitiva recaída: aumentó la fiebre, volvieron el hipo, el desvelo y los desvaríos. "El enfermo —anota

1. Reproducido por Antonio Arraiz, op. cit., pág. 224.
2. *Cartas*, tomo IX, pág. 405.

Reverend— disimulaba sus padecimientos, pues estando solo daba algunos quejidos".

Algo sorprendente: ninguna mujer acompañó al Libertador en sus últimos momentos; ni siquiera una criada se menciona. Pero entre los compañeros de armas que lo rodeaban estaban los generales José María Carreño, el glorioso mutilado que desde 1813 combatía a su lado, José Laurencio Silva, veterano de Carabobo, Junín y Ayacucho, y Mariano Montilla, que había vuelto a ser su amigo entrañable. Fue Montilla quien tomó la triste responsabilidad de pedir al médico una opinión categórica sobre el estado del Libertador; y cuando oyó que ya no había esperanzas de salvarlo, "se dio una fuerte palmada en la frente echando un formidable *taco*, al mismo tiempo que las lágrimas se le asomaban a los ojos", narra Reverend.

También por iniciativa de Montilla vino de Santa Marta el Obispo José María Esteves, que hizo saber al Libertador el peligro de muerte en que se hallaba. Era el 10 de diciembre; al día siguiente Bolívar recibió los Sacramentos, firmó su testamento, una proclama de despedida a los colombianos, y la última de sus cartas.

¿Había vuelto el Libertador a las creencias religiosas de su juventud? Sólo hemos encontrado un indicio que nos parezca realmente convincente; hasta por su misma insignificancia aparente, que lo hace más sentido y espontáneo. En carta para Montilla, del 13 de noviembre, y hablándole de su salud y de lo que proyectaba para restablecerla, agrega en un paréntesis: "si Dios quiere concedernos esta gracia" [1]. No vacilamos en afirmar que desde los lejanos días en que hablaba de sus plegarias por la libertad del tío Esteban, en ninguna otra de sus cartas o confidencias familiares habló con esa humildad de la voluntad divina.

En su testamento ordenó que sus restos reposaran en la ciudad de Caracas, y legó a su Universidad dos obras de la biblioteca de Napoleón que el general Wilson le había regalado, el "Contrato Social" de Rousseau y "El arte militar" de Montecuculi. En una de sus últimas cartas ya había dejado a los caraqueños el testimonio de su perdón y de su amor. Refiriéndose a los ataques que en su ciudad nativa se le hacían, declaró: "Diré, no obstante, que no les aborrezco, que estoy muy distante de sentir el deseo de venganza, y que ya mi corazón les ha perdonado, porque son mis queridos compatriotas y, sobre todo, caraqueños..." [2].

En otra cláusula del testamento disponía: "que los papeles que se hallan en poder del señor Pavageau se quemen"; y el doctor Reverend comentó en sus recuerdos esa orden, así: "Entre los papeles que por disposición testamentaria mandó el Libertador que se quemaran me fue enseñado uno, el único que el señor Pavageau apartó para sí, y era un acta o represen-

1. *Cartas*, tomo IX, pág. 384.
2. *Cartas*, tomo IX, pág. 264.

tación de varios sujetos, cuya firma recuerdo muy bien y tal vez conocida por los contemporáneos de la época si estuvieran vivos, en la cual proponían al Libertador que se coronase. Bolívar rechazó la tal proposición en estos términos: "Aceptar una corona, sería manchar mi gloria; más bien prefiero el precioso título de primer ciudadano de Colombia". Estas palabras, afirmo como hombre de honor, haberlas visto estampadas en este documento, que no se publicó para cumplir con las órdenes del Libertador, y también por no comprometer las firmas de los autores de la proposición" [1].

A partir del día 12, el Libertador se agravó por momentos. A menudo deliraba, y en uno de aquellos desvaríos, creyendo estar entre sus soldados, les ordenaba: "¡Vámonos! ¡Vámonos!... esta gente no nos quiere en esta tierra... ¡Vamos, muchachos!... lleven mi equipaje a bordo de la fragata".

El día 17 de diciembre, a mediodía, Reverend, que estaba como siempre a su lado, comprendió que sus últimos momentos se aproximaban. "Me senté —narra— en la cabecera, teniendo en mi mano la del Libertador, que ya no hablaba sino de un modo confuso. Sus facciones expresaban una perfecta serenidad; ningún dolor o seña de padecimiento se reflejaban sobre su noble rostro. Cuando advertí que ya la respiración se ponía estertorosa, el pulso de trémulo casi insensible, y que la muerte era inminente, me asomé a la puerta del aposento, y llamando a los generales, edecanes y los demás que componían el séquito de Bolívar: "Señores, exclamé, si queréis presenciar los últimos momentos y postrer aliento del Libertador, ya es tiempo". Inmediatamente fue rodeado el lecho del ilustre enfermo, y a pocos minutos exhaló su último suspiro Simón Bolívar..." El doctor Reverend, que con tanta solicitud atendió al Libertador; que a veces, personalmente, lo cargaba de la hamaca a la cama, y que no quiso aceptar honorarios por aquellos cuidados, también se hizo cargo de vestir el cadáver. Y narra así un episodio que ocurrió entonces, y que a veces ha sido desfigurado: "Entre las diferentes piezas del vestido que trajeron, se me presentó una camisa que yo iba a poner, cuando advertí que estaba rota. No pude contener mi despecho, y tirando de la camisa exclamé: "Bolívar, aun cadáver, no viste ropa rasgada; si no hay otra voy a mandar por una de las mías". Entonces fue cuando me trajeron una camisa del general Laurencio Silva..."

La última carta del Libertador, del 11 de diciembre, como hemos dicho, fue para pedir al general Justo Briceño que se reconciliara con Urdaneta y lo ayudara a mantener la unión colombiana. Eso mismo fue lo que pidió a todos los colombianos en su última proclama. Decía:

---

1. Blanco y Azpurúa, tomo XIV, pág. 479.

"Colombianos:

"Habéis presenciado mis esfuerzos para plantar la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad. Me separé del mando cuando me persuadí que desconfiabais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado, mi reputación y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono.

"Al desaparecer de en medio de vosotros, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la Unión: los pueblos obedeciendo al actual gobierno para libertarse de la anarquía; los ministros del santuario dirigiendo sus oraciones al cielo; y los militares empleando su espada en defender las garantías sociales.

"¡Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la Unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.

"Hacienda de San Pedro, en Santa Marta, a 10 de diciembre de 1830. 20º.

"SIMON BOLIVAR".

No fue escuchado, y de Colombia iba a desaparecer hasta el nombre; porque fue sólo a mediados del siglo cuando la Nueva Granada lo tomó para sí.

Lo esencial de su obra se salvó, sin embargo: la libertad de América, que debía ser el punto de partida para la conquista de todos los demás bienes, según su exposición al Congreso colombiano. Porque las reformas sociales, que él ambicionaba como objetivo y justificación de la independencia, no podían ser adquiridas por la voluntad de un solo hombre, tenían que ser confiadas a las generaciones futuras. Desde que comenzó a pensar en ellas, de adolescente, al lado de don Simón Rodríguez, debió admitir que también en la vida de los pueblos debía aplicarse aquel pensamiento que fue para él enseñanza de perseverancia y de valor moral: que el camino de la perfección se compone de modificaciones favorables.

UNAS SUPUESTAS CARTAS DE BOLIVAR PARA FANNY DU VILLARS

(APENDICE AL CAP. VIII)

Durante mucho tiempo estas cartas fueron reputadas como absolutamente fidedignas y entusiasmaron a no pocos escritores. Incluso para explicar que en ellas apareciera la destinataria como Teresa aunque se llamaba Fanny, llegaron a imaginar que Bolívar, voluntariamente o en un arrebato lírico, buscaba personalizar en su amante de París a la perdida esposa: "Bolívar desbautiza a esta mujer y la llama como a la esposa muerta", dice Blanco Fombona; "él la llamaba Teresa para hacerse perdonar por la sombra de su difunta esposa", inventó Ludwig; y el error llega hasta Madariaga, el cual prefiere suponer que Bolívar idealizó a Fanny "hasta ver en ella una reencarnación de su difunta esposa".

Contra el parecer de estos escritores, juzgamos que bastante indelicada y desagradable hubiera sido, tanto para la esposa muerta como para la amante viva, aquella "poética" trasposición de sentimientos; pero, en fin, lo cierto es que las cartas no estaban dirigidas a Fanny, como se había venido creyendo gracias a una serie de mistificaciones que sería largo de narrar. El historiador venezolano Marcos Falcón Briceño ha podido establecer que la verdadera destinataria fue una dama francesa llamada Teresa Laisney, casada con el coronel Mariano de Tristán, peruano; y que la primera fuente de esas cartas —no vistas en el original por nadie, desde luego—, fue una publicación hecha por la escritora socialista Flora Tristán, hija de Mariano y Teresa, en el periódico *Le Voleur* de París, el 31 de julio de 1838[1].

Vamos a copiar ambas cartas, tal como las traduce el doctor Falcón Briceño del periódico cuyo original reproduce en facsímil; y después analizaremos los errores que contienen, aunque asimismo el lector puede observar de paso muchos de ellos, de acuerdo con lo que, como absolutamente cierto, se sabe de la juventud de Bolívar.

Advirtamos antes también que actualmente las opiniones sobre la autenticidad de esas cartas se mantienen así: algunos escritores, aunque pocos, las consideran fidedignas; otros suponen que fueron elaboradas con fragmentos de verdaderas cartas provenientes de Bolívar, pero con ajustes e interpolaciones que, naturalmente, no puede saberse hasta dónde llegan; y no

---

1. Marcos Falcón Briceño, *Teresa, la confidente de Bolívar. Historia de unas cartas de juventud del Libertador.* Caracas, 1955.

faltan historiadores, como Carlos Pereira, que no sólo las consideran falsas sino ridículas. Nosotros queremos asomar una cuarta interpretación: quizá Bolívar escribió efectivamente la primera de esas cartas y parte de la segunda, pero no con la intención de narrar hechos reales, como se ha supuesto, sino para comenzar con la colaboración de Teresa una de esas novelas en forma epistolar que entonces estaban muy de moda. Esta versión nuestra explicaría por qué, aunque todo lo que se narra en estas cartas, no sólo es falso, sino que debía ser increíble tanto para Bolívar como para Teresa, encontramos, sin embargo, en ellas, el nombre y el sobrenombre de don Simón Rodríguez, el afecto de Bolívar hacia él y otros pormenores que difícilmente podrían aparecer en cartas totalmente apócrifas. Que el estilo caiga a veces en ampulosidades que rechaza el gusto actual, no debe alarmarnos. Recordemos que también Napoleón, cuando joven, intentó hacer literatura de ficción; y que Chateaubriand en las *Memorias de Ultratumba* juzga declamatoria la prosa del futuro emperador. Más tarde, se agravó esa tendencia, hasta la extravagancia; y cayó en ella el propio Víctor Hugo, a torrentes.

Observemos finalmente esto: mientras esas cartas se creyeron dirigidas a Fanny se consideraban como cartas de amor; pero en realidad no hay una sola expresión en ellas que nos permita darles este carácter. Y hasta tendríamos que considerar muy impropio en un amante confesarle a la mujer amada que a las tres semanas de estar en París se siente aburrido, que el presente es para él "un vacío completo" y que apenas satisface un deseo se le convierte en un objeto de disgusto. He aquí la primera carta:

"Querida señora y amiga:

"Tenéis razón: Si queréis saber algo de mí es preciso escribirme; de esta manera me obligaré a responderos y esto será un trabajo agradable. Digo trabajo, esta es la palabra, porque todo lo que me obliga a pensar en el mismo tema aunque sea diez minutos solamente, me fatiga la cabeza, obligándome a dejar la pluma o la conversación para tomar el aire en la ventana.

"Daréis mucho —decís— por saber quién ha podido hacer del pobre chico Bolívar de Bilbao, tan modesto, tan estudioso, tan económico, el Bolívar de la calle Vivienne, murmurador, perezoso y pródigo. ¡Oh!, Teresa, mujer imprudente, a la que no obstante no puedo negar nada, porque ella ha llorado conmigo en los días de duelo; ¿por qué queréis imponeros de este secreto? Cuando os impongáis del enigma, ya no creeréis en la virtud...

"¡Ah! cuán espantoso es no creer en la virtud. ¿Quién me ha metamorfoseado? ¡Ay! Una sola *palabra*, palabra mágica que el sabio Rodríguez no debía haber pronunciado jamás. Escuchad, puesto que queréis saberlo.

"Recordaréis lo triste que me hallaba cuando os dejé para reunirme con Rodríguez en Viena. Yo esperaba mucho de la sociedad de mi amigo, del compañero de mi infancia, del confidente de todos mis goces y penas, del mentor cuyos consejos y consuelos han tenido siempre para mí tanto imperio. ¡Ay!, en estas circunstancias su amistad fue estéril. Rodríguez no ha sentido amor sino por las ciencias. Mis lágrimas lo afectaron porque él me quiere sinceramente, pero no las comprende. Yo lo hallo ocupado en un gabinete de física y química que tenía un señor alemán y en el cual estas dos ciencias debían ser demostradas en asamblea pública por Rodríguez. Apenas si le veo una hora al día. Cuando me reúno con él, me dice de prisa: «Mi amigo, diviértete, reúnete con jóvenes de tu edad, vete al espectáculo, en fin, es preciso distraerte y este es el solo medio que hay para que te cures». Yo comprendo entonces que le falta alguna cosa a este hombre, el más sabio, el más virtuoso, y sin duda, el más extraordinario que se pueda encontrar. Yo caigo bien pronto en un estado tal de consunción que los médicos declararon que iba a morir. Era lo que deseaba. Una noche que yo estaba muy mal, Rodríguez me despierta con mi médico; los dos hablaban en alemán. Yo no comprendía una palabra de lo que ellos decían; pero, en su acento, en su fisonomía, conocía que su conversación era muy animada. El médico, después de haberme examinado cuidadosamente, se marchó. Tenía todo mi conocimiento y aunque muy débil podía sostener todavía una conversación. Rodríguez se sentó cerca de mí. Me habla con esa bondad afectuosa que me ha manifestado siempre en todas las circunstancias graves de mi vida; me reconviene con dulzura que me quiera morir y abandonarlo en la mitad del camino. Me hizo comprender que existía en la vida de un hombre otra cosa que el amor y que podía ser muy feliz dedicándome a la ciencia o entregándome a la ambición. Sabéis con qué encanto persuasivo habla este hombre; aunque diga los sofismas más absurdos, cree uno que tiene razón. Me persuade, como lo hace siempre que quiere. Viéndome entonces un poco mejor, me deja, pero al día siguiente me hace iguales exhortaciones. La noche siguiente, exaltándome la imaginación con todo lo que yo podría hacer de hermoso, de grande, sea por las ciencias o la libertad de los pueblos, le dije: «Sí, sin duda, yo siento que podría lanzarme en las brillantes carreras que me presentáis, pero para ello es preciso que yo fuese rico: sin medios de ejecución no se alcanza nada; y lejos de ser rico, soy pobre y estoy enfermo y abatido. ¡Ah, Rodríguez, prefiero morir!»... Y le tendí la mano para suplicarle que me dejara morir tranquilo. Se vio en la fisonomía de Rodríguez una revolución súbita: queda un instante incierto como un hombre que vacila acerca del partido que debe tomar. De repente, elevando los ojos y las manos al cielo, exclamó, con voz inspirada: «¡Está salvo!». Se acerca a mí, toma mis manos, las aprieta con las suyas que tiemblan y están bañadas en sudor y me dice, con un acento que no le conocía: «¿Así, mi amigo, si fueras rico, consentirías en vivir?, ¡di,

respóndeme, respóndeme!». Quedé irresoluto: no sabía lo que esto significaba; respondo: «Sí». «¡Ah!...», exclama él, «¿el oro sirve, pues, para alguna cosa? Pues bien, Simón Bolívar, ¡sois rico! Tenéis actualmente *cuatro millones*...». No os pintaré, querida Teresa, la impresión que me hicieron estas palabras, ¡tenéis actualmente *cuatro millones!* A pesar de la riqueza de nuestra lengua española, es, como todas las otras, impotente para explicar semejantes emociones. Los hombres las prueban pocas veces: sus palabras corresponden a las sensaciones ordinarias de este mundo; las que yo sentía eran sobrehumanas; estoy admirado de que mi organización las haya podido resistir.

"Me detengo: la memoria que acabo de evocar me abruma. ¡Oh cuán lejos están las riquezas de dar los goces que ellas hacen esperar!... Estoy bañado en sudor y más fatigado que después de mis largas marchas con Rodríguez. Me voy a bañar. Os iré a buscar después de comida para ir al Teatro *Francés*. Os pongo esta condición, que no me preguntéis nada relativo a esta carta, comprometiéndome a continuarla después del espectáculo. — *Simón Bolívar*".

"Rodríguez no me había engañado: yo tenía realmente cuatro millones. Este hombre caprichoso, sin orden en sus propios negocios, que se endeudaba con todo el mundo sin pagar a nadie, hallándose muchas veces reducido a carecer de las cosas más necesarias, este hombre ha manejado la fortuna que mi padre me ha dejado con tanta habilidad como integridad, y la ha aumentado en un tercio. Sólo ha gastado en mi persona veinte y ocho mil francos durante los ocho años que yo he estado bajo su tutela. Ciertamente él ha debido cuidarla mucho. A decir verdad, la manera como me hacía viajar era muy económica: él no ha pagado más deudas que las que contraje con mis sastres. En lo que respecta a mi instrucción no era objeto de gastos, puesto que él era mi maestro universal.

"Rodríguez pensaba hacer nacer en mí pasiones intelectuales que, orgullosas dominadoras, convertirían a las de los sentidos en sus esclavas. Espantado del imperio que tomó sobre mí mi primer amor y de los dolorosos sentimientos que me condujeron a las puertas de la tumba, se lisonjeaba que desarrollaría mi antigua dedicación a las ciencias, pues tenía medios para hacer descubrimientos, siendo la celebridad la sola idea de mis pensamientos. ¡Ay! El sabio Rodríguez se engaña; me juzga por él mismo. Acababa de cumplir los veinte y un años, y no podía ocultarme por más tiempo mi fortuna, pero me la habría hecho conocer gradualmente, y de eso estoy seguro, si las circunstancias no le hubiesen obligado a hacérmela conocer de una vez. Yo no había deseado las riquezas; ellas se me presentaron sin buscarlas, sin estar preparado para resistir a su seducción. Yo me abandono enteramente a ellas. Nosotros somos los juguetes de la fortuna; a esta grande divinidad, la sola que yo reconozco, es a quien es preciso atribuir nuestros vicios y nuestras virtudes.

Si ella no hubiese puesto un inmenso caudal en mi camino, servidor celoso de las ciencias, entusiasta de la libertad, la gloria hubiese sido el único objeto de mi pensamiento, el único objeto de mi vida. Los placeres no me han cautivado sino de una manera superficial. La embriaguez ha sido corta, pues se ha hallado muy cerca del fastidio. Decís que me inclino más al fausto que a los placeres. Convengo en ello porque me parece que el fausto tiene un falso aire de gloria.

"Rodríguez no aprobaba el uso que yo hacía de mi fortuna; le parecía que era mejor gastarla en instrumentos de física y en experimentos químicos; así es que no cesa de vituperar los gastos que él llama tonterías o frivolidades. Desde entonces, me atreveré a confesarlo, desde entonces sus reconvenciones me molestaban y me obligaron a abandonar Viena para libertarme de ellas. Me dirigí a Londres, donde gasté ciento cincuenta mil francos en tres meses. Me fui después a Madrid, donde sostuve un tren de príncipe. Hice lo mismo en Lisboa. En fin, por todas partes ostento el mayor lujo y prodigo el oro a la simple apariencia de los placeres, pero en medio de estos placeres yo permanezco indiferente.

"Fastidiado de las grandes ciudades que he visitado, vuelvo a París con la esperanza de hallar lo que no he encontrado en ninguna parte, un *género de vida que me convenga.* Pero, Teresa, yo no soy un hombre como todos los demás y París no es el lugar que puede poner término a la vaga incertidumbre de que estoy atormentado. Sólo hace tres semanas que he llegado aquí y estoy aburrido.

"Ved aquí cara amiga, todo lo que tenía que deciros del tiempo pasado; el presente no existe para mí, es un vacío completo donde no puede nacer un solo deseo, que deje alguna huella grabada en mi memoria. Será el desierto de mi vida. Apenas tengo un ligero capricho lo satisfago al instante y lo que yo creo un deseo, cuando lo poseo, sólo es un objeto de disgusto. ¿Los continuos cambiamientos que son el fruto de la casualidad, reanimarán acaso mi vida? Lo ignoro; pero si no sucede esto, volveré a caer en el estado de consunción de que me había sacado Rodríguez al anunciarme mis cuatro millones. Sin embargo, no creáis que me rompa la cabeza en vanas conjeturas sobre el porvenir. Unicamente los locos se ocupan de estas quiméricas combinaciones. Sólo se pueden someter al cálculo las cosas cuyos datos son conocidos; entonces el juicio, como en las matemáticas, puede formarse de una manera exacta.

"¿Qué pensaréis de mí? Responded con franqueza. Ello no me corregirá. Yo pienso que hay pocos hombres que sean corregibles, pero como es siempre útil el conocerse y saber lo que se puede esperar de sí, yo me creeré feliz cuando la casualidad me presente un amigo que me pueda servir de espejo.

"Adiós, yo iré a comer mañana con vos. — *Simón Bolívar*".

Como es fácil advertir, toda la carta gira alrededor de dos hechos falsos: que don Simón Rodríguez fue tutor de Bolívar y que éste ignoraba su fortuna hasta que aquél, viéndolo a punto de morir, se la reveló en aquella forma novelesca. No hay, pues, una sola línea que como dato histórico se salve de la falsedad fundamental que vicia toda la narración. Rodríguez no fue tutor de Bolívar; ni podía serlo porque aquel cargo se confiaba siempre a parientes próximos que sustituyeran a los padres en la guarda del menor, tanto como en la conservación de sus bienes. Y en cuanto a su fortuna, Bolívar la conocía desde que, muy niño, fue llevado solemnemente por funcionarios judiciales a tomar posesión material del Mayorazgo que había heredado. Sabemos, además, que es falso ese estado de abandono desesperado que pinta la carta, y que es una de las cosas que más ha entusiasmado a algunos escritores. Bolívar, por el contrario, había preparado en Venezuela fundaciones agrícolas, acerca de las cuales pedía noticias minuciosas, según la correspondencia de Cádiz para su apoderado, que hemos citado.

Aun como fantasía literaria —según la interpretación que hemos propuesto—, la ficción de que Bolívar ignoraba su fortuna introduce en la carta contradicciones que apenas podrían disculparse considerando que el autor era un escritor inexperto y muy joven: si desconocía su fortuna, ¿cómo se había casado y cómo había viajado hasta Viena? ¿Cómo podía aconsejarle Rodríguez, cuando aún le ocultaba su riqueza, que se reuniera con jóvenes de su edad, frecuentara los espectáculos, etc.?

Ya hemos advertido en el texto que la vida de gastos extravagantes que se atribuye a Bolívar es también una fantasía insostenible; y todavía podríamos señalar otros pormenores inverosímiles que la propia Teresa no hubiera dejado de advertir. Si su autor no creía en nada, ni deseaba pensar en nada, ¿cómo es que se considera a sí mismo "celoso de las ciencias y entusiasta de la libertad"? ¿Y cómo es posible que ese celo y ese entusiasmo se hubieran venido al suelo por el solo hecho de conocer su fortuna? ¿No había dicho pocos párrafos antes que por ser pobre era por lo que no podía seguir las brillantes carreras que le señalaba Rodríguez?

La suposición nuestra de que Bolívar hubiera querido intentar solamente una ficción novelesca, y que en este primer ensayo no sería sensato exigirle la habilidad y el cuidado de un escritor experimentado, nos permiten disculpar aquellas incongruencias. Por otra parte, la interrupción de la carta a la mitad de ella, a pretexto de enseñársela a Teresa en el teatro, para que ésta se la devolviera en seguida y poder continuarla, nos inclina fuertemente a suponer que la supuesta correspondencia formaba parte de una ficción convenida entre ambos.

Contra nuestra interpretación no dejaremos de observar, sin embargo, otra particularidad que se ha escapado a los críticos: en el cuarto párrafo de la carta, donde se nombra dos veces a Rodríguez, el original francés dice

"don Rodríguez", y no simplemente Rodríguez como traduce Falcón Briceño, ni señor Rodríguez como traducen otros [1]. Pues bien, ni en España ni en Venezuela se usa el "don" acompañando al apellido, sino al nombre; Bolívar no pudo, pues, escribir don Rodríguez; y debemos deducir que la carta fue falsificada por una persona que ignoraba el verdadero uso del "don" en castellano. A menos que Bolívar escribiera "Don Rodríguez", arrastrado por la imitación de la moda francesa; o bien que, habiendo puesto "Rodríguez" o "señor Rodríguez", Flora tradujera "Don Rodríguez".

La segunda carta, que ni siquiera tiene el colorido de la primera, se aleja más aún de la realidad. Hela aquí:

"Querida señora y amiga:

"Yo no le he escrito desde mi partida de París; ¡ah!, ¿qué le habría podido decir? No tengo nada que referir que pueda interesarle. ¡Siempre el mismo tren de vida, siempre el mismo fastidio! Voy a buscar otro modo de existencia; estoy fastidiado de la Europa y de sus viejas sociedades; me vuelvo a América; ¿qué haré yo allí? No lo sé. Usted sabe que todo en mí es espontáneo, que no formo jamás proyectos. La vida del salvaje tiene encantos para mí, es probable que yo construya una choza en medio de los bellos bosques de Venezuela. Allí yo podré arrancar las ramas de los árboles a mi gusto, sin temor de que se me gruña, como le sucedía a usted cuando yo tenía la desgracia de tomar algunas hojas de vuestros naranjos. ¡Ah!, Teresa, feliz aquellos que creen en un mundo mejor, pues este es muy árido.

"Para mí habría sido muy grato abrazar al Coronel antes de partir, yo no le escribo; ¡eh!, ¿qué podría yo decirle que no sepa ya? El me trataría de loco si yo le dijese que la vida es triste, a él, que no tiene bastante tiempo para admirar las nubes que pasan sobre su cabeza, las hojas que el viento agita, el agua que corre en el arroyo, las plantas que crecen en sus orillas! Feliz mortal. No tiene necesidad de tomar parte en los dramas de los hombres para animar su vida. Para él la naturaleza está llena de movimiento y de variedad. Cuanto a mí, la naturaleza me parece tan monótona como el hombre que la atormenta. Voy a volver a ver otros hombres, otra naturaleza. Los recuerdos de mi infancia le prestarán un encanto que se desvanecerá cuando los haya visto otra vez; pero el gran emperador acaba de invadir a España y yo deseo ser testigo de la acogida que tendrá este acontecimiento en América. Dígale a Mariano que yo lo querré siempre, que haré el largo viaje de Caracas al Perú, aun cuando no sea sino para dar noticias suyas a su familia; que yo abrazaré a su hermano don Pío con tanto afecto como pudiera hacerlo él mismo.

1. "Vous vous rapellez l'état de tristesse dans lequel j'étais tombé lorsque je vous quittai pour aller rejoindre don Rodríguez a Vienne... Don Rodríguez n'a jamais éprouvé d'amour que pour les sciences", etc. Tomado de la reproducción facsimilar que trae Falcón Briceño, en su trabajo ya citado.

Según todo lo que nos ha dicho, este don Pío debe ser un hombre muy amable.

"Adiós, querida Teresa, o más bien, a la nada... pues usted lo sabe, yo no tengo la felicidad de creer en la vida del otro mundo. — *Simón Bolívar*".

Sólo a una persona absolutamente ignorante de lo que era la América, podía ocurrírsele que un criollo regresara a ella para llevar la "vida del salvaje".

Muy diferente era lo que Humboldt vio, aun fuera de Caracas, y Bolívar lo conocía muy bien: "Casi todas las familias —escribió aquel sabio— con las que habíamos cultivado en Caracas amistad, los Ustáriz, los Tovares, los Toros, se hallaban reunidas en los hermosos valles de Aragua. Propietarios de las más ricas plantaciones, rivalizaban entre sí para hacernos agradable nuestra permanencia. Antes de internarnos en las selvas del Orinoco, gozamos una vez más de todas las ventajas de una civilización adelantada" [1].

Más extravagante aún era que Bolívar le ofreciera a otro hispanoamericano —que conocía como él la geografía del nuevo mundo— ir desde Venezuela hasta el Perú para llevarle a la familia de don Mariano noticias de éste. Sin exagerar en absoluto, bien podemos decir que antes de que el Libertador destruyera con sus fabulosas campañas la imagen que todos tenían de lo que eran las distancias entre estos países y los obstáculos naturales que los separaban, nadie pensó jamás en ir por tierra desde Caracas hasta Lima. ¡Quizá nadie ha vuelto desde la Independencia, ni en automóvil!

Las inconsecuencias en los pormenores de esta carta no son menos chocantes: en el primer párrafo dice que esa vida del salvaje tiene encantos para él, y en el segundo, que la naturaleza le parece tan monótona como el hombre, etc., etc.

Finalmente, lo más grave: según los comentarios con que Flora Tristán acompañó la publicación de estas cartas, la segunda fue dirigida por Bolívar a Teresa desde Cádiz en 1807. Se sabe, por el contrario, que a fines de 1806 fue cuando salió Bolívar de Europa, y no por Cádiz, sino por Hamburgo. Pero en la carta se habla, además, de que Napoleón acababa de invadir a España, hecho que no ocurrió sino cuando ya Bolívar estaba en Venezuela.

A lo menos esta parte —o toda la segunda carta— deben considerarse, pues, como inventadas muchos años después de los acontecimientos a que se refieren, aun cuando se aceptara la interpretación que yo insinúo. Los otros anacronismos y contradicciones pierden importancia si consideramos que las cartas formaban parte de una invención novelesca, entre

---

1. Humboldt, *Viaje...*, tomo III, pág. 75.

otras razones porque no se necesitaría ponerle fecha a aquella correspondencia; pero que Bolívar hablara en Europa de un acontecimiento que todavía no había ocurrido, escapa a toda explicación. Y repito que sólo me ha movido a lanzar la hipótesis apuntada el hecho de que en la primera carta se habla de don Simón Rodríguez, de su sobrenombre y del afecto que lo ligaba a Bolívar, datos que no podemos suponer los obtuviera Flora Tristán de tercera persona. De no existir esta particularidad, estimaríamos ambas cartas como apócrifas en su totalidad.

Si del análisis de las cartas, pasáramos al de los comentarios con que Flora Tristán acompañó la publicación de ellas, y que no hemos reproducido aquí, no terminaríamos nunca de señalar despropósitos. A Rodríguez lo presenta como un joven extranjero que vivía en Caracas a fines del siglo XVIII; y a él y al padre de Bolívar como "dos sabios" en estrecha intimidad, de la cual emanó la supuesta tutela de don Simón sobre el hijo de su amigo. Refiriéndose después a las relaciones que tuvieron en París los esposos Tristán con Bolívar, dice que dejaron de ver a éste durante dos años —entre los 21 y los 23 años de edad— y encontraron que había crecido cuatro pulgadas y que, antes imberbe, ahora lucía patillas y un bello bigote negro. Naturalmente que esas anomalías fisiológicas no hacen sino estimular a Flora a imaginar otras: "La metamorfosis moral —agrega— no era menos completa; ella no volvía a encontrar al hombre silencioso, modesto, melancólico, que no se ocupaba de otra cosa que de ciencias y trabajos manuales".

Insertaba, asimismo, Flora Tristán en su publicación, otra carta dirigida a su padre y atribuida a Bolívar. "Hace seis años —le dice éste al Coronel Tristán— que yo le quiero con la amistad más verdadera y que por la nobleza de su carácter y la sinceridad de sus opiniones profeso el más profundo respeto"; lo cual parece indicar que, a lo menos según Flora Tristán, las cartas de Bolívar a Teresa no deben considerarse cartas de amor y pruebas de un cómodo "*menage a trois*", según venían presentándolas todos los historiadores. Y la verdad es, como hemos dicho, que si abandonamos la idea de que estuvieran dirigidas a Fanny du Villars, nada en ellas nos sugiere que fueran cartas de amor.

Pero aquella expresión que se atribuye a Bolívar introduce también en esta historia otro anacronismo inexplicable: si aquella amistad duraba ya seis años, la carta tenía que ser de 1805 o de un año posterior, puesto que Bolívar hizo su primer viaje a Europa en 1799; sin embargo, en ella Bolívar llama Primer Cónsul a Napoleón —que era Emperador desde 1804— y se empeña en convencer al Coronel Tristán de que la libertad no podrá subsistir en Francia, cosa que desde algunos años antes estaba fuera de toda discusión.

Pero son tales las patrañas introducidas en la historia por estas invenciones de Flora Tristán, por las que concibió Fanny, y por las que se apresuraron

a recoger en París algunos hispanoamericanos poco después de la muerte del Libertador —cuando estuvo más de moda su recuerdo, como consecuencia de la revolución de 1830— que tropezamos aquí con otro embrollo: según esta última carta que comentamos, en la propia casa de Bolívar en París —y durante una recepción ofrecida por éste y a la cual concurrían como invitados altos funcionarios del gobierno francés— se suscitó una violenta escena a consecuencia de las acusaciones del propio anfitrión contra el "Primer Cónsul", y Flora comenta que Bolívar quedó catalogado desde entonces como un *jacobino* y toda la sociedad francesa abandonó su trato. Ahora bien, Bolívar llegó a París en mayo de 1804 y el 18 de ese mes fue proclamado Napoleón emperador. No había tenido tiempo, pues, de montar casa el venezolano para dedicarse a declamar contra el "Primer Cónsul". Por otra parte, según O'Leary y sus informaciones procedentes de Fanny, era en la casa de ésta donde Bolívar se dedicaba a aquellos altercados; de modo que vuelven a mezclarse Fanny y Teresa Laisney en otra trama de extravagancias y anacronismos.

Todo un volumen, como hemos dicho, podría escribirse sin agotar la crítica de estos infundios; y aunque suponemos que ya el lector tiene material suficiente para juzgar por sí mismo sobre tales fuentes históricas, todavía debemos mencionar otra invención de Flora Tristán que algunos historiadores han incorporado a sus juicios sobre el Libertador, incluso para elaborar teorías sobre la naturaleza del genio en general. Según los pretendidos recuerdos conservados por los Tristán, cuando Bolívar los visitaba "no podía evitar de romper todo lo que estaba a su alcance: ramas de árboles, yemas de viña, flores, frutos, etc.... La casa tampoco estaba al abrigo de su manía destructora; arrancaba las franjas de las cortinas, desgarraba con los dientes la pasta de los libros que estaban en las mesas, descomponía la chimenea con las tenazas, en una palabra, no podía estar diez minutos sin romper o destruir algo". Claramente se advierte en estas invenciones el prejuicio de ver en Bolívar desde su juventud, al futuro Libertador. Porque es fácil concebir que cuando un hombre ha adquirido celebridad universal se le celebren esos excesos; pero si para aquella época Bolívar era solamente para el Coronel Tristán "el pobre chico Bolívar" —como solía llamarlo, según Flora—, no se explica que le tolerara tales desmanes.

Otros, aún más comprometedores, narra también la hija: "A la vuelta de la calle Richelieu —cuenta— mi madre estuvo a punto de ser arrollada por los fogosos caballos de una soberbia carroza que daba la vuelta a toda brida. Ella se pegó de la pared para resguardarse, pero cuál sería su sorpresa cuando vio detenerse la carroza súbitamente, el individuo que iba en ella abrir la puerta con precipitación, lanzarse hacia mi madre y tomarla en sus brazos estrechándola como si quisiera asfixiarla. «—Soy yo, soy yo. ¿No me reconoce usted, pues? ¡Ah!, tanto mejor, ello me

prueba que estoy cambiado». Y este hombre, o más bien, este loco, carga a mi madre a la carroza, hace subir a mi padre y da orden de volver al hotel. «—Y bien, Coronel, he aquí a vuestro pobre chico Bolívar, él ha crecido al fin, y su barba le ha salido y le queda mejor, ¿qué dice usted?»".

Aparte de esa preocupación de Bolívar por su barba, cuando ya tenía más de veinte años, se había casado y enviudado, y llevaba en París tal tren de vida, nos resulta bastante ridículo que el Coronel Tristán aceptase ser manejado de esa manera, y su esposa con él. Ni imaginamos cómo podía conciliar Flora ese comportamiento con el "profundo respeto" que Bolívar demostraba por el carácter de su padre, según la misma Flora. Además, según la narración, aquel era el primer encuentro de Bolívar con los Tristán en 1804; antes no los había tratado sino en Bilbao, durante el primer viaje. ¿Puede admitirse que una amistad tan efímera lo impulsara, y le diera derechos, a tales demostraciones?

Se cuenta que en cierta ocasión se quiso limpiar el samán de Güere, en Venezuela, de las parásitas que lo cubrían, y se encontró que aquella vegetación extraña, amontonada sobre el gigante de las campiñas aragüeñas, pesaba más de 5.000 libras. Algo parecido ocurre cuando tratamos de desembarazar a Bolívar de las invenciones que a cada paso encontramos adheridas a su historia. Y si el lector se queja por tener que soportar parte de ese inútil peso, diremos que tiene razón, pero que es inevitable. Muchas de esas falsedades han sido copiadas sin examen por historiadores bastante leídos; otros narradores las exageran por mal gusto; y no faltan quienes las han tomado como datos para interpretar al héroe.

* * *

Después de escrito lo anterior, hemos recibido de París, como obsequio del distinguido escritor don G. F. Pardo de Leygonier, un libro titulado "*Flora Tristan.* — Morceaux choisis précédés de *La Geste Romantique de Flora Tristan* - contée par Lucien Scheler pour le centenaire de 1848. — La Bibliothèque Française. París, 1947". Observamos en este volumen que Flora fue a Arequipa poco después de 1830, o sea cuando don Simón Rodríguez estaba todavía en aquella ciudad o acababa de salir de ella. Es muy posible, pues, que allí conociera Flora los datos acerca de las relaciones de Bolívar con Rodríguez que, adulterados, figuran en las cartas; y esto nos inclina más a considerarlas apócrifas.

Por otra parte, Flora exalta hasta tal punto la fantasía del comentarista, que éste no vacila en presentar a don Mariano Tristán como descendiente de... Montezuma. Semejante salto, desde el Perú hasta México, nos explica que Flora creyera posible también el viaje de Caracas al Perú, que según una de esas cartas, le ofreció hacer Bolívar a don Mariano para saludar a la familia de éste.

INDICE ONOMASTICO

C

CH

D

E

F

H

I

J

K

L

LL

M

N

O

P

S

T

U

V

W

Y

Z

INDICE

ESTE LIBRO SE TERMINO DE
IMPRIMIR EN LAS PRENSAS
VENEZOLANAS DE EDITORIAL
ARTE EN CARACAS, EL DIA
9 DE DICIEMBRE DE 1964, CXL
ANIVERSARIO DE LA BATALLA
DE AYACUCHO.

